LA SONATA DEL DIABLO

OSCAR DE MURIEL

LA SONATA DEL DIABLO

OSCAR DE MURIEL

Oscar de Muriel

LA SONATA DEL DIABLO

montena

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleermex

@megustaleermex

Penguin
Random House
Grupo Editorial

¡Oh, si pudiera encontrarme un breve día compartiendo las artes secretas de los Dioses; ser yo mismo un Dios, ante los ojos y oídos de la embelesada humanidad; y, habiendo aprendido el misterio de la lira de Orfeo, o encerrado en mi violín una sirena, deleitar a los mortales con mi propia gloria!

MADAME BLAVATSKY

El primero es para las Torcacitas

Prólogo

23 de junio de 1883

El doctor Clouston apenas podía mantenerse en el asiento. Las ruedas del carruaje crujían sobre baches y charcos, rompiendo el silencio nocturno en una carrera desesperada hacia el norte de Escocia.

Había pasado todo el trayecto dando saltos y golpeándose la cabeza contra el techo del carruaje; sin embargo, los malestares físicos eran nada comparados con su ansiedad. La noticia que había recibido era tan horrible, tan monstruosa que aún no podía asimilarla, y en lo más profundo de su mente intentaba mantener una chispa de esperanza.

Se repetía a sí mismo que tan sólo había leído el telegrama apresurado de un sirviente, y el viejo George siempre había sido propenso a exagerar. Buscó en su bolsillo y encontró la nota arrugada; apenas unas cuantas líneas emborronadas, pero que incluían las palabras *demente, mutilado, muertos*… y los nombres de cada miembro de la familia McGray. ¿Cómo podía un papel tan pequeño albergar un mensaje tan devastador?

Clouston se estremeció de nuevo. En vano intentó distraerse mirando a través de las ventanas, pues el cielo estaba cubierto de nubes espesas y el camino se veía tan oscuro como las fauces de un lobo. En las últimas horas del viaje incluso prefirió concentrarse en el ajetreo del carruaje y en la ligera náusea que le provocaba.

Al fin, cuando pensó que había pasado una eternidad viajando, vio la casa emerger frente a él. Aunque eran los días más largos del verano y los primeros rayos de sol ya se asomaban, los campos aún estaban muy oscuros, y lo primero que Clouston vio fue el tenue resplandor de un fuego saliendo de una ventana.

El carruaje apenas se había detenido cuando Clouston pateó la puerta y saltó a la tierra lodosa. Los caballos relinchaban y resoplaban; eso y el golpeteo de sus pezuñas eran los únicos ruidos que podían escucharse.

—Qué prospecto tan alegre —murmuró.

Thomas Clouston era un hombre de mediana edad, delgado pero fuerte y tan ágil como su trabajo requería: llevaba diez años siendo el director del Real Manicomio de Edimburgo, y el puesto no era para pusilánimes.

Caminó rápidamente hacia la casona y casi de inmediato alguien abrió la puerta principal. Dos figuras salieron a recibirlo, e instantáneamente reconoció a los únicos sirvientes que acompañaban a los McGray en sus viajes de verano: George y Betsy, ambos viejos y arrugados, pero recios y curtidos por el trabajo en el campo.

Sus rostros estaban alumbrados por una sola vela que la encorvada Betsy sostenía con mano firme. Una vez cerca, Clouston vio la cera caliente escurriendo sobre unos dedos desprotegidos.

—¡Por Dios, mujer, use un candil!

—No se preocupe, 'ñor —le respondió con su marcado acento escocés.

—¡Qué bueno que vino, doctor! —exclamó George. Tenía los ojos hinchados y su cabello gris era un desastre—. No esperábamos que llegara tan pronto, bendito Dios. Pase, pase, por favor…

Pero Clouston no se había detenido y ya estaba cruzando el marco de la puerta.

—¿Dónde están? —urgió.

El estrecho recibidor, helado y muy oscuro, le trajo a la mente una cripta. Sólo había un leve resplandor, el que Clouston había visto desde el camino, y que venía del salón adjunto. La puerta estaba entreabierta.

—Los tenemos ahí —dijo George en un susurro, como si temiera… *despertarlos*.

Clouston tragó saliva, al tiempo que Betsy empujaba la puerta rechinante. Vio que sólo había un leño quemándose lánguidamente en la gran chimenea, proyectando sombras titilantes a su alrededor. Y entonces su corazón dio un vuelco.

Cercanos al fuego, como dos sombras recortadas entre la media luz, había dos rudimentarios ataúdes de madera.

—Oh, Dios mío… —profirió Clouston.

Se acercó con paso vacilante, mientras un miedo helado se expandía en su pecho.

Sólo después de atisbar sobre los ataúdes abiertos lo creyó. El cuadro era tan espantoso que Clouston tuvo que cubrirse la boca, reprimiendo unas arcadas repentinas. Por un momento su mente quedó en blanco, intentando desesperadamente asimilar lo que veían sus ojos.

—¿Cuándo… a qué hora pasó? —dijo finalmente. Le era difícil hablar con aquel nudo en la garganta.

—Anoche —contestó George, casi en un lamento—. El 'ñor de la funeraria terminó de prepararlos hace unas horas.

Clouston asintió y respiró profundamente. Eso siempre lo ayudaba.

—¿Fue usted quien mandó llamar a la funeraria?

—No, fue el chico, Adolphus —respondió George, limpiándose unas lágrimas que ya no podía contener—. Ay, el pobrecillo… No sé de ’ónde ha sacado fuerzas; llamó a la funeraria, ordenó todos los papeles… ¡Hasta se vendó él solito después de que…!

George se estremeció y no pudo decir más.

—Ya’stá descansando —agregó Betsy—, si a eso le puede llamar descanso…

—Quiero verlo —dijo Clouston sin demora, y George y Betsy lo guiaron hacia un estudio cercano, el que le había pertenecido al ahora difunto James McGray, padre de Adolphus.

George abrió la puerta con cuidado, intentando no despertar a su patrón, y Betsy entró para alumbrar el cuarto con la vela que acababa de pegar a un plato sucio. Clouston le arrebató la luz y avanzó con pasos silenciosos.

Su corazón se hundió aún más al ver al pobre muchacho, postrado en un sillón raído. El hijo de los McGray, alto y fuerte, en aquel momento yacía casi como un cadáver: sus mejillas estaban pálidas y la piel alrededor de sus ojos estaba enrojecida como si se tratara de carne viva. El joven Adolphus respiraba profunda y dolorosamente, y sus pupilas se agitaban con frenesí bajo sus párpados. Su mentón y manos saltaban ocasionalmente. Clouston había visto ese sueño agitado en más pacientes de los que podía recordar, pero nunca imaginó que llegaría a observarlo en el apuesto y vivaz hijo de los McGray.

—Dudo que el pobre vuelva a dormir en paz… —vaticinó Clouston —. Ojalá me equivoque…

La mano de Adolphus dio otro espasmo y entonces Clouston vio el aparatoso vendaje que la envolvía. Acercó la vela y vio que la tela estaba húmeda y sucia, con un manchón oscuro de sangre a medio coagular en un extremo. Las manchas de tierra sugerían que Adolphus también había ayudado a cargar los ataúdes.

—Hay que cambiar estas vendas —espetó Clouston.

—Uy, preferiría que no, ’ñor —se apresuró a decir Betsy—. El pobre muchacho no ha dormido desde que empezó todo. Apenas pudo sentarse cuando llegaron los cajones y…

—¡Mujer, el muchacho necesita vendas limpias! Lo último que queremos es que se le infecte la mano.

Betsy hizo una torpe reverencia y salió del estudio, buscando a tientas en la oscuridad. Clouston se volvió hacia George y tuvo que hacer la pregunta que más temía:

—¿Dónde está la jovencita?

La cara del mayordomo perdió el poco color que le quedaba.

—Tuvimos… tuvimos que encerrarla, ’ñor. ¡Se ha vuelto completamente loca!

Clouston le dio una palmada en el hombro.

—No se sienta culpable, George. Hicieron lo que era necesario.

—Ya sé, ’ñor, pero… —George lloriqueaba miserablemente, temblando de la cabeza a los pies. Las arrugas en su frente estaban enrojecidas de tanto fruncir el ceño—. ¡La señorita McGray, doctor! Nuestra niña…

Betsy regresó, cargada con vendas y derramando gruesas lágrimas. Fue hacia Adolphus apresuradamente, intentando ocultar su dolor.

Clouston sabía que aún no se había enfrentado al peor horror de aquella noche. Siguió a George por las escaleras, hacia un corredor en tinieblas. Todas las puertas estaban cerradas, y la más alejada aún tenía una llave en el cerrojo.

—¿Cómo lograron encerrarla?

—Ay, doctor, no fuimos nosotros. Éramos dos jardineros, el sargento y yo, ¡y no pudimos contenerla! No, ella corrió sola a su cuarto. Lo único que pudimos hacer fue encerrarla en cuanto estuvo dentro. Nadie se atrevió a hacer más. Usted mismo vio lo que le hizo al joven Adolphus.

Clouston se estremeció sólo de pensar en el vendaje ensangrentado que Betsy debía estar cambiando en aquel momento. La situación era, después de todo, tan horrible como George había descrito en su telegrama.

En cuanto Clouston estiró una mano para girar la llave, George le sujetó el brazo:

—¿Va a entrar? ¿Así como así? ¡Le estoy diciendo que la niña…!

Si se hubiera tratado de cualquier otro hombre, Clouston simplemente lo habría hecho a un lado de un empujón, pero en vez de ello palmeó la espalda de George y lo apartó gentilmente.

—Mi buen George, he lidiado con casos muy tristes en mi carrera. Créeme, puedo manejar esto.

Por un momento George no se movió, hasta que Clouston volvió a girar la llave. El mayordomo se apartó instantáneamente.

Clouston abrió sólo lo suficiente para dejar pasar su delgado cuerpo, y una repentina ráfaga de viento helado lo golpeó en la cara. En cuanto estuvo dentro cerró la puerta, y cuando escuchó el chasquear del cerrojo se sintió más vulnerable que nunca. El cuarto estaba tan silencioso que el zumbar de sus propios oídos se volvió un clamor persistente.

La ventana que miraba al oriente estaba abierta de par en par, y

Clouston vio el azul pálido del cielo, pues empezaba a amanecer. En medio de las sombras encontró la silueta esbelta de Amy McGray.

Estaba sentada sobre la cama, agazapada y balanceándose lentamente hacia atrás y hacia adelante. Su ligero vestido blanco parecía refulgir ante la débil luz del sol, y bastaba una mirada para saber que la muchachita de dieciséis años no tenía salvación: la tela de su vestido, delgada y fina, estaba manchada de sangre. Sobre su pecho, abdomen y muslos.

Clouston dio un grito ahogado y avanzó, creyéndola herida, pero se detuvo al ver que la muchacha sostenía un enorme cuchillo que reflejaba los tenues rayos del sol.

Clouston pensó que debía ser la cuchilla que Betsy usaba en la cocina para cortar huesos. El pálido índice de la muchacha acariciaba suavemente el filo del metal, manchado de rojo. Sus manos y brazos estaban igualmente embarrados de sangre seca, que empezaba a descamarse.

Clouston habría podido dejarse caer de rodillas y romper en llanto. Aquélla era la jovencita que había tocado los villancicos más hermosos en Navidad; la muchacha que aún sonreía emocionada cuando le ofrecían caramelos de whisky, y que podía arrancarle una sonrisa al gruñón de su padre, que en paz descanse, sólo con un abrazo. Sus padres y hermano solían llamarla Pensy —Pensamiento— porque sus ojos, grandes y muy oscuros, enmarcados por largas pestañas, la hacían parecerse a las flores favoritas de su madre.

Sin embargo, en ese momento la pobre se asemejaba más a un espectro que a un capullo. Contemplaba la cuchilla con una mirada a la vez intensa y ausente. Clouston no pudo dejar de pensar en una tétrica muñeca de porcelana, y tuvo que reunir todo el valor que sus más de veinte años de experiencia podían darle. Inhaló profundamente y se acercó un poco. Extendió una mano y sólo entonces se percató de cuánto temblaba.

—Amy —dijo con su voz más gentil—, dame ese cuchillo… —la joven no respondió—. Por favor, ¿podrías…?

Pensy se movió, pero sólo para girar lentamente y darle la espalda. Sus ojos vidriosos reflejaban los rayos del sol y Clouston notó que estaba deshidratada; seguramente no había comido o bebido durante casi dos días. Siguió acariciando el filo… tan suave y delicadamente que no hería su piel tersa.

Clouston, con el corazón martilleándole el pecho, se acercó un paso más. Tuvo que tragar dos veces antes de poder hablar:

—Pensy —dijo, recurriendo al apodo familiar; a veces funcionaba —, dame ese cuchillo. Betsy lo necesita en la cocina.

El vaivén terminó. Pensy se volvió espasmódicamente y se puso en pie sobre la cama, encarando a Clouston. La mirada ya no estaba ausente: los ojos, oscuros como pozos, ardían con una ira inexplicable.

—Cree que estoy loca… —siseó, y entonces, lentamente, levantó el brazo blandiendo el horrible cuchillo. Sus pupilas temblaban; el frenesí de la locura se apoderaba de ella.

Clouston no retrocedió, ni siquiera cuando vio que la joven tensaba las piernas, preparándose para embestir.

—Dame eso —insistió el doctor, firme pero aún cortés. Jamás había dejado que un paciente se saliera con la suya—. Betsy te va a limpiar y te daremos algo de comer…

—¡No estoy loca! —volvió a sisear, rechinando los dientes, y después susurró, respirando agitadamente—: Lo que me ha pasado es mucho peor…

Hubo un silencio escalofriante. Sólo se escuchaba el roce de las cortinas agitadas por la brisa. Y entonces Pensy estalló en risas. Era el sonido más venenoso que Clouston había escuchado salir de una persona; una carcajada de inframundo que crecía y crecía como puñaladas en sus oídos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Clouston, sin ademán de retroceder—. ¿Qué te ha pasado? ¡Si me dices, puedo ayudarte!

Pensy respiró profundamente y pronunció las últimas palabras que el mundo le escucharía:

—Es el demonio…

Y entonces Pensy dejó salir el alarido más angustiado, más penetrante de su vida, y se abalanzó sobre el desconcertado doctor.

1

Quizás el mejor momento para iniciar mi historia es la tarde del 9 de noviembre de 1888, el día en que todo empezó a desmoronarse.

Acababa de recibir un mensaje urgente del comisionado sir Charles Warren, director de Scotland Yard, pidiendo que nos reuniéramos en la primera fila de butacas de la Catedral de San Paul.

El mensaje no era del todo sorprendente, pues se vivían tiempos agitados. Londres se preparaba para celebrar la embestidura de su nuevo alcalde, pero el ambiente festivo estaba a punto de empañarse: había escuchado que, aquella misma mañana, Jack el Destripador había atacado de nuevo, o al menos eso sugerían los últimos reportes. Supuse que la inusual llamada de Warren estaría relacionada con aquel asesinato, y al final sólo estuve parcialmente equivocado.

Mi carruaje tardó muchísimo en llevarme de la sede de Scotland Yard a la catedral. Era un día tormentoso, las calles de Londres estaban enlodadas y los cocheros tenían que moverse con cautela.

A través de las ventanillas vi que los caminos bullían de gente a pesar de la hora y la lluvia implacable. Incontables paraguas, empapados, marchaban de un lado a otro, como conchas negras que reflejaban el resplandor naranja de los faroles de gas.

Pensé con amargura que aquélla no era la ciudad en la que adoraba pasar los inviernos de mi niñez. Ahora vivía en una Londres atestada de obreros mal pagados, de marinos y pepenadores, todos tiznados por el humo de aquellas fábricas que devoraban carbón con un hambre insaciable… Aquélla era la Londres asediada por Jack el Destripador y otros mil bandidos sin nombre.

El alto domo de la catedral se elevaba como un guardia inquebrantable, con sus piedras originalmente blancas ahora tan renegridas como la cara de un minero. Mi cochero no tardó en detenerse frente al gran atrio. Bajé y caminé hacia las columnas blancas para entrar al templo, encontrándolo en un silencio total. El eco trepidante de mis pasos resonó a lo largo y ancho de la nave.

La Catedral de San Paul normalmente lucía brillante y espaciosa, con sus arcos imponentes que se extendían en perfecta simetría, y la luz multicolor filtrándose a través de los antiquísimos vitrales. Aquella tarde, empero, el miserable clima de noviembre oscurecía el lugar y lo hacía ver casi siniestro.

Sólo había dos hombres presentes: un joven sacristán que encendía cirios, y un perfil oscuro justo frente al altar —este último era, por su puesto, sir Charles Warren, encorvado y estrujando su sombrero con manos temblorosas.

Cualquiera hubiera pensado que se trataba de un feligrés en traje de luto; su ralo cabello blanco y su espeso bigote, igual de canoso, contrastaban con el negro de su ropa. Reconocí el corte anticuado de su chaqueta, tan conservador como el hombre mismo. No era secreto que sir Charles Warren era un caballero chapado a la antigua, aferrado a sus costumbres y muy criticado por ello. Su mayor error era ejercer un control férreo sobre las fuerzas policiacas, rehusando dar la más mínima autonomía al Comisionado Adjunto y a los Superintendentes. Para empeorar las cosas, también era incapaz de delegar cualquier tarea que considerara vital; era lógico que aquella tarde quisiera verme en persona.

—No sabía que fuese usted tan devoto —le dije, haciéndolo saltar a pesar de haber hablado con cautela.

De inmediato enderezó su espalda, lanzándome una mirada gélida.

—Llegas tarde, Frey.

—Las calles están imposibles. Mis disculpas —tuve que responder con la misma formalidad, a pesar de que sir Charles y yo habíamos sido colegas cercanos los últimos siete años.

Había un aire ominoso en él, tan palpable como un muro que nuestra amistad no podía cruzar. Me senté a una distancia prudente:

—Señor, ¿qué puedo hacer por usted?

Warren se aclaró la garganta:

—Han ocurrido dos asesinatos terribles, Frey. Seguramente ya has oído noticias del primero…

—Así es. Mary Jane Kelly, otra mujer en Whitechapel; territorio del Destripador.

Sir Charles negó con la cabeza:

—Esta vez ha sido distinto, Frey. Ha sido brutal… *brutal* en verdad. El reporte del doctor Bond me ha dado náuseas: las entrañas de la mujer estaban salpicadas por todo el lugar. La escena era tan terrible que uno de nuestros oficiales vomitó al verlo todo, y un condenado corresponsal del *Times* estaba cerca tomando notas. En este instante tengo a varios agentes intentando… *persuadirlo* de no publicar la historia.

Asentí brevemente, pues sabía perfectamente cuáles eran los métodos de persuasión preferidos por la policía londinense.

—¿Es por eso que me ha llamado? ¿Desea que colabore en el caso del Destripador?

—Oh, no… —Warren se masajeó los párpados mientras hablaba—. Esto ha sucedido en el peor momento posible. Sabía que iba a pasar tarde o temprano, pero no esperaba que fuera tan pronto.

—¿De qué habla?

Warren suspiró:

—Te he dicho que han ocurrido dos asesinatos terribles. Primero ha sido esa tal Kelly… el segundo se trata de un hombre mayor, un músico, según parece. Aparentemente lo han asesinado de la manera más cruel… creo que en Escocia.

—Disculpe —dije, frunciendo el ceño—, ¿por qué ha dicho que *lo cree*? ¿Acaso no confía en el reporte?

—No he recibido reporte alguno, Frey. No tengo acceso más que a rumores.

Fruncí el entrecejo aún más:

—¿Di… disculpe? Usted es director de las fuerzas policiacas, y…

Entonces comprendí. Warren tragó saliva y habló sombríamente:

—Ya no más, Frey. Me han obligado a renunciar.

—¿Lo han obligado? ¿Quién?

Warren exhaló con pesadez:

—Lord Cecil.

El Tercer Marqués de Salisbury… y primer ministro del Imperio Británico. Aquel nombre me hizo comprender perfectamente la seriedad del asunto, y en el instante de silencio que siguió, un torrente de imágenes me vino a la mente.

El alboroto causado por Jack el Destripador había alcanzado su punto máximo y el miedo colectivo se había prolongado demasiado. La prensa, tan ávida de publicar escándalos, había exagerado los hechos ya de por sí perturbadores, y los pobres londinenses no tenían otro asunto de que hablar. Hacía apenas unos días los encabezados habían hablado de una infame carta escrita en sangre, donde Jack alardeaba de sus crímenes y perversión. La carta por supuesto resultó ser falsa, pero el terror se había anidado en la imaginación de la gente.

Pude imaginar a lord Cecil irrumpiendo en las oficinas de Warren, harto de las circunstancias y exigiendo respuestas, sólo para encontrarse con que los mejores agentes de Scotland Yard no estaban siquiera cerca de encontrar al asesino. Sólo se había logrado rastrear a un puñado de sospechosos, pero sin un ápice de evidencia concreta.

Entonces pensé en este misterioso asesino que emergía en Escocia. Si ni siquiera sir Charles Warren tenía acceso a los reportes…

—De la poca información que he logrado conseguir —Warren prosiguió—, parece que lord Cecil teme que haya un imitador del

Destripador en Escocia… y tal vez muchos imitadores más, atacando ya en Londres.

—¿Qué cree que esté planeando el primer ministro?

—Olvida eso por un momento, Frey. Te he llamado para advertirte.

—¿Advertirme?

—Sí. Conmigo fuera del tablero, van a reestructurar todos los niveles de Scotland Yard en un santiamén.

—¿Cree que su puesto será ocupado por… Monro? —pronuncié el nombre con acritud, sabiendo bien la respuesta.

—Seguramente.

James Monro era el Comisionado Adjunto de Scotland Yard, superado en rango sólo por Warren. Recientemente, cualquier colaboración entre ambos había resultado casi imposible, y era secreto a voces que uno de los dos pronto habría de renunciar.

—La organización de Scotland Yard no es lo único que cambiará, Frey. Pronto van a rodar cabezas, y es probable seas uno de los primeros.

Por un momento asentí en silencio, meditando las palabras de Warren. Su antigua amistad con mi tío y mi difunta madre había sido vital para mi contratación, y su cercanía a mi familia era bien conocida por todos. Era natural que si él caía, todos sus aliados y protegidos caerían también. Los periódicos aún hablaban de mi éxito en el caso de la Piadosa Mary Brown (una amable costurera que envenenó a sus cinco esposos con arsénico después de comprarles generosos seguros de vida); sin embargo, mi dedicación y habilidades no tendrían peso en cuanto la brutalidad de la política entrara al juego.

—¿Cree que debería enfrentarlos? —pregunté.

—Mi mejor consejo es… que *no* lo hagas.

Parpadeé, confundido. Estaba esperando cualquier otra respuesta, cualquiera excepto aquélla.

—¿Así que si deciden echarme, usted quiere que simplemente obedezca y me aparte como un pusilánime idiota? ¿Después de siete años de servicio?

Warren me miró con severidad.

—Exacto, y lo harás si tienes suficiente sensatez —su voz se había elevado y los ecos se prolongaron más que el discurso mismo—. Esta situación sacará a relucir lo peor de esta gente… —luego susurró—: No querrás inmiscuirte en ese lodazal, Ian.

Sir Charles rara vez usaba mi nombre de pila. En el fondo sabía que el viejo tenía razón; me estaba ofreciendo su mejor consejo, y aunque décadas de amistad lo respaldaban, mi mente se resistía. No

eran noticias fáciles de digerir.

—Entonces debo esperar que Monro me mande llamar muy pronto… —dije con un suspiro, y después sonreí con amargura—. Parte de mí no puede esperar. Encararlo será muy entretenido.

Warren saltó de la butaca, gruñendo ante mi sarcasmo:

—Si piden tu renuncia, debes obedecer de inmediato, ¿entiendes? No creas que tu abolengo o tu labia harán mucho por ti en estas circunstancias. Todo cambiará, Frey. Recuerda mis palabras.

Me lanzó una última mirada fulminante; era imposible decir si el hombre estaba furioso o al borde del llanto. Lo que haya sido, Warren prefirió ocultarlo; dio media vuelta y salió del templo a toda prisa.

*

Salí de la catedral asediado por pensamientos sombríos.

Como he dicho, fueron las conexiones de mi familia y un buen puñado de suerte lo que inicialmente me llevó a Scotland Yard. Comencé mi servicio casi inmediatamente después de abandonar la Facultad de Medicina de Oxford y la de Derecho en Cambridge. Mi camino no estaba claro y parecía haber pocas cosas que me motivaran. Pude haber permanecido en casa viviendo de la fortuna familiar —mis dos abuelos me heredaron generosas cuentas bancarias—, pero mi cerebro es demasiado inquieto y pronto me encontré terriblemente aburrido. Más importante aún, había un vacío inexplicable en aquella vida de ocio que no podía aceptar. La idea de una existencia inútil, de pasar por el mundo como una brisa inadvertida, era un pensamiento tan insoportable que a veces no me dejaba dormir. Dicho breve y altivamente por mi padre, lo que yo deseaba era “probar mi valía”.

Dada la conexión de mi tío con el Comisionado, pronto me encontraron un puesto como Inspector Adjunto. Era una posición modesta para alguien que ha pasado por Oxford, pero no me molestó demasiado, pues en un principio sólo se trataba de una distracción temporal. Mis conocimientos de anatomía y leyes, aunque fragmentarios, podrían resultarle útiles a la policía, y el trabajo me daría una buena razón para salir de casa. Esto último no era en absoluto una trivialidad; no podía tolerar una semana más escuchando el chismorreo incesante de mi madrastra, o a mi hermano Myles tocando el violín a las horas más ridículas de la madrugada.

Sin embargo, Scotland Yard me atrapó para nunca dejarme ir.

Sin darme cuenta comencé a trabajar hasta bien entrada la noche, estudiando archivos y develando los más complejos acertijos. Una marca en la pared, el contenido de una billetera, un mechón del cabello de algún amante perdido, un guante olvidado… esos

diminutos detalles de la vida diaria, objetos que el ojo ordinario jamás captaría… ésas eran nuestras herramientas, suficientes para dibujar el retrato entero de víctimas y agresores. Sus vidas y personalidades, sus debilidades, sus pasiones y filosofías… sus secretos más íntimos y oscuros estaban a la mano del que supiese leer el mundo que nos rodea.

Cuán emocionante, cuán fascinante era aquel juego. Al fin había encontrado mi lugar. Mi entusiasmo había impresionado al comisionado Warren, y a lo largo de los años nos volvimos colegas muy cercanos.

El carruaje dio un tumbo, sacándome de mis pensamientos por un momento. Caía una lluvia miserable sobre Londres, desde unas nubes negras y espesas, por lo que la única luz en las calles venía de los faroles de gas. Los caminos en el centro de la ciudad eran un desastre: desnivelados, salpicados de baches, y se inundaban con una facilidad desconcertante. Las calles empeoraban en los alrededores de la pequeña casa que rentaba en Suffolk Street.

Es curioso que haya llegado a considerar aquella casa mi hogar. Al igual que mi profesión, sólo había sido planeada como un arreglo temporal. La había alquilado cuatro años antes, cuando los casos comenzaron a mantenerme en las oficinas más y más tarde. Siendo inspector, estaba perfectamente al tanto de la depravación, libertinaje e inseguridad que reinaban en Londres, y lo último que deseaba era deambular por esas calles en la madrugada. Entonces decidí rentar algún alojamiento cerca de Great Scotland Yard Street, donde pudiera pernoctar cuando el trabajo me retuviera hasta entrada la noche.

También me refugiaba allí para meditar y reflexionar sobre los casos, pues valoro mi privacidad, en especial cuando necesito concentrarme. Como jamás desearía dejarme ver en las oficinas con una camisa arrugada, mudé parte de mis pertenencias y, por supuesto, tuve que contratar un ama de llaves. Las cosas continuaron en la misma corriente, y sin darme cuenta, aquella casa se convirtió en mi residencia principal. A pesar de ser una construcción modesta, a veces resultaba más hogareña que la mansión de mi familia en Hyde Park Gate.

Al llegar me sorprendí al ver luz en la ventana de la cocina, donde encontré a Joan, mi ama de llaves, sirviéndose pan y carnes frías.

Joan era una viuda recia de cuarenta y muchos años. Con su cabello grisáceo y una pechera tan amplia como su retaguardia, su figura me recordaba a la de un pichón gigante. Desde el momento en que la contraté me di cuenta de su tendencia a hablar de más, y con el tiempo también descubrí su debilidad por el jerez barato, pero no

podía quejarme: Joan mantenía los cuartos impecables, sabía exactamente cómo me gustaba la ropa, y además preparaba el café más delicioso. Conscientemente, evitaba reprenderla por su vocabulario, incluso cuando se le escapaba alguna vulgaridad frente a mis invitados, pues temía que algún otro patrón intentara robármela.

—Joan, ¿cómo es que sigues aquí? Tu puntualidad para irte siempre compensa tu impuntualidad para llegar.

Cualquier otro día, Joan habría respondido con alguna de sus chanzas, pero para mi asombro permaneció en silencio.

—Joan, ¿pasa algo?

—Mensajes para usted, señor —dijo con su marcadísimo acento de Lancashire, señalando dos sobres sobre la mesa, pero después no se movió.

Sentí temor al mirar aquellos mensajes, pensando que las predicciones de Warren se habían vuelto realidad tan pronto, pero aun antes de tocar los sobres pude reconocer la letra en las direcciones.

—Una nota de Eugenia y otra de mi hermano —murmuré con sospecha. No debía de ser nada urgente o habrían mandado un sirviente a buscarme—. Joan, no te has quedado aquí hasta casi medianoche sólo para entregarme esto. Dime qué ocurre.

Joan le asestó una gran mordida al pan atiborrado de carne salada, como para reunir valor, y habló en cuanto tragó el bocado:

—¿Es cierto, señor? ¿Otro asesinato?

Di un fatigado suspiro mientras abría el primer sobre. Sabía que Joan no descansaría hasta que le dijera la verdad.

—Eso parece, Joan. Hubo un ataque anoche —no había terminado de hablar cuando ya estaba leyendo la nota, que no era para nada urgente; se trataba de un mensaje de mi querida Eugenia, mi prometida, quien me mantenía al tanto de sus quehaceres diarios y me preguntaba por enésima vez cuándo podría visitarla, pues la había descuidado un poco por mi trabajo. La segunda nota era de Laurence, mi hermano mayor, recordándome la cena familiar la noche siguiente.

Mi atención volvió a Joan en cuanto terminé de leer:

—No has esperado hasta esta hora para confirmar las últimas noticias del Destripador, ¿o sí?

Al fin confesó:

—No, Mr. Frey. Se… se me olvidó que ya es otoño y los días se están acortando, y cuando me di cuenta ya estaba muy oscuro.

Arqueé una ceja:

—Continúa.

—Sé que va a decir que soy una molestia… pero regresarme sola a casa, usted sabe, a esta hora, con todo lo que está pasando… Pensé

que hay algo de espacio en la bodega, señor. Podría quedarme ahí cuando se me vaya el tiempo y se oscurezca… sólo hasta que la policía lo atrape. Ni va a notar que estoy aquí, ¡se lo prometo!

Podía escuchar la voz de mi padre como si estuviera junto a mí —*¡Joder, Ian; eres demasiado blando con los empleados!*—, ¿pero cómo podría negarme a darle asilo a aquella pobre mujer? Incluso yo, un inspector alto y armado de treinta y un años, temía deambular por las calles de la ciudad durante la noche.

—Por favor, Mr. Frey. ¡Puedo pagarle renta por el cuarto! Si quiere puede descontarlo de mi sueldo, o…

Tuve que interrumpirla:

—¡Joan, muestra algo de compostura, por amor a Dios! ¿Acaso me conociste ayer? No pensaba pedirte ninguna renta. Y no digas más sobre usar la despensa; hay un cuarto trasero que puedes usar como te parezca conveniente —le di un vistazo a mi reloj de bolsillo—. Ya es muy tarde. Por hoy puedes dormir en el cuarto de huéspedes… pero sólo hoy, ¿oíste? Ya sabes que a Myles le gusta venir a pasar la noche sin avisar.

—¡Oh, gracias, Mr. Frey! ¡No sabe cómo se lo…!

—Ya, ya —le dije cansinamente, y corrí a las escaleras antes de que Joan me hiciera presenciar algún incomodísimo arrebato de llanto. En cuanto estuvo repuesta, me preparó una merienda ligera y le encargué que limpiara mis zapatos enlodados antes del desayuno.

Me fui a la cama pensando en la advertencia de sir Charles: “Todo cambiará, Frey. Recuerda mis palabras”.

Sin importar cuán agitado estaba, caí rendido en cuanto mi mejilla tocó la almohada. Aquél sería mi último sueño reparador por un buen tiempo, pues al día siguiente, cual predicho, todo cambió.

2

Londres en una mañana de noviembre apesta a cloacas y cerveza rancia derramada en las tabernas. Arrugué mi nariz ante los olores y me encaminé apresuradamente hacia Scotland Yard, esquivando los trozos congelados de estiércol de caballo que salpicaban las calles.

Hedor y cagarrutas no eran los únicos pensamientos repugnantes en mi mente. Mientras desayunaba había recibido una nota de Wiggings, mi asistente, diciéndome que James Monro, el nuevo comisionado, exigía mi inmediata presencia en la oficina central. Al instante supe que mi carrera en la policía londinense había terminado.

No conocía mucho al hombre, pero las contadas ocasiones en que había colaborado con Monro habían sido suficientes para forjarme una opinión de él: de mente cuadrada, prejuicioso, religioso al grado de fanatismo… y para coronarlo todo, el tipo había nacido en *Edin-jode-burgo* —como a mi padre le gusta llamar a la capital escocesa.

Es bien sabido que todo equilibrado caballero inglés aborrecerá sin reservas cualquier persona u objeto venido de Escocia, pero mi padre lleva esta doctrina al extremo. En su juventud condujo unos negocios fallidos en Aberdeenshire, y la cantidad de dinero que perdió fue tan obscena que, hasta el fin de sus días, jamás habrá de pronunciar el nombre de ciudad, pueblo, villa o personaje escocés sin insertar algo de injuria entre sus sílabas (ahora la ciudad de Aberdeen era para él *Aber-jodidín*).

Si habían de despedirme, al menos le ahorraría al viejo Mr. Frey la desgracia de ver a uno de sus herederos bajo el mando de un soplagaitas escocés.

*

Como de costumbre, Scotland Yard era uno de los puntos más bulliciosos en el área de Westminster. Incontables carruajes traían y se llevaban gente, y un tropel de oficiales y agentes entraban y salían del edificio de ladrillo rojo. El ajetreo era igual en su interior, con gente corriendo como hormigas en todas direcciones, y mi oficina en el segundo nivel no era la excepción. Había torres de documentos apiladas hasta el techo y más de una vez me había encontrado con Wiggings medio enterrado tras una avalancha de papel. Se estaban

construyendo oficinas más amplias cerca del puente de Westminster, y yo había esperado la mudanza con ansias (ahora nunca vería los beneficios).

Al entrar a la oficina encontré a Wiggings encorvado sobre su usual pila de pendientes.

—Buenos días, señor —me dijo con voz temblorosa. Nunca he entendido la razón de su timidez; el muchacho es instruido y confiable, con un futuro y carrera prometedores si tan sólo logra reunir algo de confianza en sí mismo.

—Así que el comisionado quiere verme —dije al tiempo que descartaba mi abrigo.

—Sí, señor.

—¿Y he de ir a *su* oficina o a la de Warren?

—Ninguna de las dos, señor. Quiere verlo en el salón de audien…

—*¿Qué?*

Wiggings tumbó su manguillo y tintero.

—El… el comisionado llamó a una junta de gabinete a las diez en punto —tartamudeó Wiggings mientras lo ayudaba a limpiar la tinta derramada—, pero quiere verlo a usted en privado antes de que lleguen los oficiales mayores.

—Se deshace de mí a primera hora… El vejete no pierde el tiempo —gruñí, saliendo de la oficina a toda prisa.

Encontré la sala de audiencias tan sombría como una tumba. El lugar tenía ventanales amplios, pero la luz del sol era tan débil que, a pesar de la hora, más bien parecía que estuviera entrada la noche.

Sólo había una figura presente: James Monro, un hombre robusto de cincuenta y tantos años, de cara cuadrada, bigote gris y unas tupidas patillas blancas recortadas en el peor de los gustos. Lo encontré cómodamente sentado en la silla central, con la facilidad de alguien que ha sido comisionado por décadas.

—Me parece que debo felicitarlo… señor —le dije, haciendo gala de mi mejor hipocresía.

—No seas ridículo, Frey —contestó—. Siéntate. Tengo mucho que decirte y muy poco tiempo.

Ocupé una silla cercana y entrelacé mis dedos sobre la enorme mesa, esperando, pero Monro permaneció con la nariz pegada al montón de documentos que tenía desperdigados enfrente. Pronuncié palabra sólo después del lapso de espera que los modales me exigían.

—Disculpe, señor, tenía la impresión de que había cierta urgencia…

Monro alzó su dedo índice para silenciarme.

“¡Cómo debe estar disfrutándolo!”, pensé, pero no pude más que

permanecer en mi asiento, rechinando los dientes y odiando sus patillas erizadas, su tabique desviado y sus estúpidos ojitos bovinos.

Finalmente habló, observándome con gran severidad:

—Lo diré simple y llanamente. Como sabrás, tu amigo sir Charles ha… renunciado. Estando al mando, planeo implementar cambios sustanciales, comenzando por el despido de cualquier elemento superfluo que siga aquí sólo gracias a las tendencias sentimentales de Warren.

"Así es como termina", pensé, retirando mis manos para apretarlas en puños bajo la mesa.

—Es bien sabido que tu salario es excesivo para tu puesto y que te resulta difícil cooperar con tus colegas. Basta mencionar que hace poco llamaste a Berry, el fotógrafo… ¿Cómo era? ¿Pedazo fétido de borrego rancio?

¿Cómo podría haberlo llamado diferente? La fotografía era inmensamente costosa, reservada para casos extraordinarios como los destripamientos de Whitechappel, y aquel troglodita de manos torpes y dedos como jamones trataba el equipo con total menosprecio: con gran frecuencia rompía los trípodes de su cámara Gandolfi, y los lentes y placas de negativos estaban siempre embarrados con grasa de sus sándwiches retacados de tocino. La paciencia me falló cuando el chacal me entregó las fotografías de una escena de crimen todas salpicadas de salchicha a medio masticar.

Me aclaré la garganta.

—Entiendo que mi reacción puede haberles parecido… severa a ciertas personas, pero no es costumbre mía arrojar insultos a cuanto…

Monro me dirigía una mirada casi asesina y me pareció más juicioso ahorrarle el resto de mis comentarios.

—En breve —me dijo—, no podemos seguir manteniéndote en servicio.

Monro claramente planeaba sustituir a todos los altos oficiales que hubieran sido leales a Warren. Sus "cambios sustanciales" eran simplemente para rodearse de aliados y asegurar su propia autoridad. Un simple y patético juego de estrategia, que tristemente mandaba mi carrera a la letrina.

—Lo entiendo perfectamente —logré decir sin un solo estremecimiento en la voz.

—Y si no tienes nada más que añadir, debo pedirte que te vayas. Espero una visita muy importante y más vale que no te encuentre aquí. Dios sabe que voy a darle muy malas noticias.

Me puse de pie pero no pude contenerme:

—¿Es acaso sobre el músico asesinado en Escocia?

Casi pude ver la sangre abandonar el rostro de Monro.

—¿Cómo… cómo coños te has enterado de eso? —y entonces su piel pasó de pálida a enrojecida—. ¿Estás tratando de chantajearme?

—Por supuesto que no —contesté con voz impávida—. El chantaje implicaría que necesito algo de usted, y habrá hielo en los infiernos antes que un Frey de Magdeburgo se rebaje a buscar la ayuda de un vulgar escocete como usted. Buen día, señ…

En ese instante la puerta se abrió de golpe. Un hombre bajo y rechoncho entró apresuradamente, envuelto en un costoso abrigo de lana y seguido de cerca por cuatro guardias y un asistente. Al quitarse el abrigo vi su hinchado abdomen, su cabeza calva y su barba espesa. Sentí una punzada al notar que se trataba ni más ni menos que de lord Robert Cecil de Salisbury, primer ministro del Reino Unido.

Monro se puso de pie automáticamente, casi tumbando su enorme silla.

—Primer ministro —dijo Monro con voz ladina—. Bienvenido a nuestras…

—Ahórrese la zalamería —espetó Salisbury, pasando frente a mí. Me lanzó una mirada iracunda—. ¿Y quién es éste?

Monro estaba paralizado. Abrió la boca dos veces pero no pudo emitir sonido alguno. Viendo que no podía hablar, hice una respetuosa reverencia.

—Inspector Ian Frey, milord.

—Estaba despidiéndolo —Monro dijo de inmediato—. El inspector Frey era parte del círculo más cercano a Warren. Lamento tanto que haya tenido que…

—Su cara me es familiar —dijo el primer ministro, ignorando completamente a Monro—. ¿No es usted el detective que encarceló a la viuda negra que usaba arsénico?

—La Piadosa Mary Brown —me apresuré a decirle, mi pecho inflándose como un fuelle—. Así es, señor, soy yo.

Hubo un cambio casi imperceptible en la expresión de lord Salisbury, que no habría notado de no haber estado tan cerca de él. Sostuvo una mirada firme por un momento, arqueando una ceja lentamente, estudiándome. Me percaté de que un millón de pensamientos pululaban en su mente… y la noción no me agradaba.

—Déjenos, Frey —ordenó, pero en un tono mucho menos duro que su primer bramido.

Hice una nueva reverencia y salí de inmediato, con la mirada aguda del primer ministro grabada en mi mente.

Aún me estremezco al pensar en aquel momento. Si Monro me hubiese descartado como un donnadie sin decir mi nombre, o si me

hubiese echado del salón apenas un minuto antes, el resto de mi vida habría sido completamente diferente.

3

Me tomó apenas unas horas darle al inspector Swanson un breviario de mis casos abiertos. Mis muy bien ordenados expedientes fueron de gran ayuda, así que cuando dejé la oficina el hombre ya estaba zambulléndose con confianza en las pilas de documentos.

Wiggings, que había sido mi asistente por más de tres años, no pudo ocultar su tristeza. Me era claro que disfrutaba su trabajo casi tanto como yo, y me frustraba no poder seguir el progreso de su carrera.

Cuando me vio salir del cuarto, Wiggings intentó pronunciar un hasta luego, pero un nudo en la garganta no se lo permitió. Le di una palmada en el hombro y le dirigí un guiño.

—Algún día volveré, Wiggings —le aseguré, a pesar de no guardar la más mínima esperanza. Una vez en la calle, llamé al primer carruaje que vi.

Recordé con desmayo que de pronto me encontraba libre para asistir a la cena de mis padres… y para darles las pésimas noticias. El viejo Mr. Frey no iba a estar muy contento, y mi hermano Laurence seguramente haría un espectáculo del asunto. Chequé mi reloj de bolsillo y vi que tenía suficiente tiempo para pasar por Suffolk Street, ponerme una muda de ropa fresca y llamar al barbero para la rasurada que me hacía falta. Podría estar desempleado y deshonrado, pero desaliñado jamás.

*

La mansión de los Frey en Hyde Park Gate no estaba lejos de los Jardines de Kensington. La elegante casa tenía una fachada blanca e inmaculada, que radiaba entre los grises opacos de Londres. Al entrar a la amplia y limpísima calle vi que los maples empezaban a perder su follaje, despejados constantemente por barrenderos incansables.

El carruaje se detuvo frente a la casa de tres pisos, donde el mayordomo ya me esperaba para tomar mi abrigo, sombrero y guantes.

Me recibieron los muros con paneles de roble, las alfombras de terciopelo verde y el aroma característico de la mansión: una mezcla de agua de rosas y tabaco fino, que siempre trae a la mente los más

cálidos recuerdos de mi infancia.

Caminé por el largo corredor decorado con retratos de doce generaciones de Frey retrocediendo en el tiempo hasta el banquero protestante que tuvo que escapar de Magdeburgo en 1583. Sin importar las idas y venidas en la moda, a los Frey nunca nos ha gustado ostentar vello facial; ninguno de los rostros en los lienzos mostraba bigotes o barbas o patillas extravagantes, y mi padre y tres hermanos, al igual que yo, siempre nos mostrábamos pulcramente rasurados.

Pude haber pasado horas admirando esas pinturas. Aún me hechizan, sin importar que hayan ocupado nuestras paredes desde que tengo memoria. No puedo evitar enorgullecerme de la historia y logros de mi familia; aunque no pueda llamarlos míos, me hacen sentir parte de algo más vasto que mi breve existencia.

De pronto el eco de un violín llegó a mis oídos. Era Myles, el menor de mis hermanos, tocando en la sala contigua.

Era un cuarto espacioso con ventanales anchos y techos altos. Un tapiz exquisito, bordado con las figuras de un dragón, un león y un unicornio decoraba la pared opuesta, y las otras estaban cubiertas con óleos italianos que describían paisajes del Mediterráneo. Sillas de caoba y sillones forrados en terciopelo estaban bien distribuidos sobre el tapete persa, y las llamas ardían alegremente en la vasta chimenea.

De pie al centro de la sala, de espaldas a mí, estaba mi hermano de dieciocho años —a pesar de la diferencia de edades, Myles siempre ha sido mi hermano predilecto—. Siempre me ha parecido que el muchacho es muy flacucho y de hombros demasiado estrechos, y ahora, en mangas de camisa para tocar con más libertad, su delgadez era evidente.

Sentados frente a él estaban mi padre y mi madrastra, escuchando embelesados mientras uno de los lacayos sostenía a su alcance una bandeja con canapés y carnes frías. Estaban a punto de saludarme, pero levanté una mano, pidiéndoles que permanecieran en silencio hasta que Myles terminara su pieza.

Mis ojos deambularon por la habitación mientras saboreaba la música, y sólo entonces me percaté de la presencia de otro joven muchacho sentado junto al fuego: el penúltimo de mis hermanos, Oliver.

Desearía poder decir algo más sobre él, pero Oliver es el epítome de la monotonía. Recuerdo que incluso siendo un bebé yacía en su cuna, sin llorar, jugar o siquiera moverse; simplemente mirando a la nada con sus enormes ojos azules. De niño no le gustaba correr o salir a cazar o montar a caballo, por lo que esperábamos que Oliver tuviera

una inclinación más intelectual. A lo largo de los años le regalé libros, instrumentos musicales y materiales artísticos. Mi padre acabó por darse por vencido, pero por mucho tiempo yo continué llevando al muchacho a museos, teatros y óperas, sin embargo él sólo estaba interesado en sentarse en algún rincón de las salas masticando galletitas. Como resultado, se convirtió en un jovencito bastante pálido y más bien regordete. Esta tarde, sentado demasiado cerca al hogar, sus mejillas se habían puesto rojas, como si las hubieran marcado con círculos de hierro candente. Y aunque su cara mostraba toda su incomodidad, Oliver ni siquiera se molestaría en cambiar de lugar.

Viéndolo junto a Myles —que estaba de pie, delgado y vivaz, tocando el violín con todo vigor—, resultaba imposible creer que fuesen hermanos.

Contrario a mí, Myles y Oliver tienen cabello claro y ojos azules, y son más bien de complexión delicada. Nuestras diferencias físicas son naturales, pues ellos son mis medios hermanos, hijos de mi padre y su segunda esposa.

Myles concluyó con un trino vigoroso y toda la familia aplaudió (Oliver con algo de letargo). Su oído de músico instantáneamente percibió el inesperado aplauso a sus espaldas y se volvió para darme la bienvenida.

—¡Ian! ¡Pensaba que estarías ocupado!

Sonreí, palmeándole el hombro:

—Pues no es algo raro que te equivoques, Myles. Excelente pieza. ¿Cuál fue?

—El Capricho número veinticuatro de Paganini en La menor. Ya deberías reconocerlo.

—Qué progresista. Pensaba que sólo tocabas música barroca.

Después de un rápido saludo a Oliver, me acerqué para besar la mano de mi madrastra, Catherine.

—Qué sorpresa, Ian. Siempre es un gusto verte.

—Y a ti, Catherine —respondí con toda educación. Siempre he logrado ocultar todo el desprecio que siento por aquella mujer. Catherine White contrajo nupcias con mi padre cuando yo sólo contaba nueve años, y aun entonces no podía más que torcer la boca y tratarla con fingido respeto.

A sus treinta y ocho años aún se ve estupenda. Siempre he pensado que su largo cuello parece algo tirado hacia atrás, tal vez por el peso de sus peinados tan extravagantes. Aquel cuello estirado también le da un aire altivo, exaltado por su total carencia de humor —siempre se sienta con la espalda lo más recta posible, con sus manos dispuestas

recatadamente sobre sus piernas y sus ojos fieros evaluando cuanto tenga enfrente.

Mi padre, ahora un hombre mayor a sus sesenta y cinco (y veintisiete años mayor que su segunda mujer), me saludó con poca emoción; siempre ha sido una figura tan distante como los retratos en las paredes. Aunque solía ser un caballero muy refinado, en tiempos recientes ha comenzado a relajar sus modales y el cuidado de su salud. Su cintura se ha dilatado apresuradamente y no recuerdo haberlo visto sin algún tipo de licor en la mano. En esta ocasión sostenía una copa gorda llena de coñac, y las comisuras de su boca estaban llenas de migajas de pan. Me consolaba que aún se recatara en reuniones importantes.

—Pudiste habernos dicho que vendrías —me gruñó.

—Hubo unos problemas inesperados —respondí, tratando de sonar respetuoso pero no servil ante el viejo—. Espero aún ser bienvenido.

—¡Pero claro que lo eres! —exclamó Catherine, como de costumbre, aparentando limar las asperezas—. Tu padre sólo está contrariado porque no has venido a cenar con nosotros desde hace *tanto, tanto tiempo*.

Podría parecer conciliadora, pero a Catherine le deleitaba enfatizar las palabras precisas para empeorar el genio de mi padre.

—Desatender a su familia y amistades y sólo para dedicarse a ese absurdo intento de trabajo —farfulló mi padre—. Tus abuelos deben estar revolcándose en la tumba.

No puedo recordar cuántas veces hemos tenido esa discusión. Miré a mi alrededor, buscando cualquier excusa para cambiar de tema.

—¿Y dónde está nuestro queridísimo Laurence? —pregunté con sarcasmo.

—Tu hermano tuvo la *delicadeza* de enviarnos un mensaje —me dijo Catherine—. Los negocios lo detuvieron en Chancery Lane, pero nos *aseguró* que llegaría a tiempo para cenar.

—Lo cual significa que debería estar aquí en menos de siete minutos —repliqué, pero casi como si lo hubiese llamado, escuchamos la campana de la puerta. Myles corrió a la ventana.

—Hablando del demonio…

Catherine habló mientras mi estómago se retorcía:

—¡Qué encantador! Vamos a tener a la familia completa. Esto no había pasado ¡en meses!

Suspiré con frustración, pensando: “Si tan sólo la etiqueta me permitiera abofetear a esta mujer…”

En un momento Laurence entró a la sala con su caminar confiado, la ropa más elegante y sosteniendo un bastón que en realidad no

necesitaba para nada.

La gente siempre comenta cuán parecidos somos. Laurence y yo compartimos el cabello y ojos oscuros de nuestra difunta madre, Cecilia, una dama de ascendencia francesa, y nuestras caras alongadas, con quijadas estrechas y pómulos afilados son herencia de Monsieur Plantard, nuestro abuelo del lado materno. Hasta hace poco también teníamos la misma complexión alta y larguirucha, pero el trabajo más sedentario de mi hermano, quien se dedica a las leyes, está dándole una cintura algo más ancha. Nos han dicho que tenemos miradas igualmente penetrantes, pero quiero pensar que la mía no tiene aquel dejo de mofa y desdén tan típicos en Laurence.

—¡Buenas noches, familia! —anunció con su voz grave y escandalosa.

—Pensábamos que te retrasarías más —dijo mi padre, sonriendo por primera vez en el día—. Me alegra que no fuera así.

Laurence se sirvió una copa de coñac.

—Estuve a dos pasos de no venir, padre, pero una noticia increíble me ha obligado —las comisuras de su boca se levantaron ligeramente en una sonrisa torcida. Supe que se avecinaba su ataque—. Ian, hermano —dijo, volviéndose hacia mí—, he escuchado de boca de James Swanson que te han echado de Scotland Yard… y de la manera más escandalosa. ¿Puede ser cierto?

Catherine lanzó un grito ahogado, que fue el único sonido además del crepitar del fuego. Sentí cómo mi rostro palidecía.

—¿Para qué lo preguntas si ya sabes la respuesta? —espeté.

—Santo Dios —dijo mi padre, llevándose una mano a la frente.

—No puede ser cierto —dijo Catherine—. Tu padre va a estar ¡tan decepcionado!

—¡Ya veo que está malditamente decepcionado! —exclamé—. ¡Está sentado justo ahí!

—¡No le hables a tu madrastra en ese tono! —rugió mi padre. Con el rabillo del ojo vi que Oliver se encogía en su sillón y que Myles abrazaba su violín con manos temblorosas—. ¡Qué desgracia has traído a la familia!

—Ciertamente —dijo Laurence—. Y aún no has escuchado lo mejor; lo que todo el mundo está comentando. Tu querido hijo fue despedido justo enfrente del mismísimo lord Salisbury. No contento con eso, Ian llamó a James Monro un “vulgar escocete”.

Catherine tomó la mano de mi padre:

—¡Oh, Ian, por favor dinos que no es cierto!

—No me echaron “justo enfrente” del primer ministro —dije cansinamente—. Fue unos segundos antes de que entrara, y *entonces*

Monro le dio un resumen de mi despido.

—¿Cómo puedes bromear al respecto? —siseó Laurence—. ¿Acaso no ves que ninguna institución… o persona respetable te querrá cerca después de esto? Jamás debiste enlistarte en la policía si no tenías el estómago para…

Me lancé sobre Laurence y lo jalé de las solapas, mis ojos refulgiendo de ira.

—*¡Ian, no!* —gritó Catherine.

—¡Cállate, imbécil! —le susurré a Laurence, lo más quedo posible para que sólo él pudiera oírme—. Tú no habrías durado una semana en mis zapatos.

—Ian, suelta a tu hermano. ¡Ahora mismo! —ordenó mi padre, y aparté a Laurence de un empujón—. ¿Qué diría la gente si supieran que los hermanitos Frey se abalanzan uno contra el otro como perros salvajes?

Entonces escuchamos al mayordomo aclararse la garganta. Había llegado hace un largo rato para anunciar la cena, pero en vez de hablar había contemplado la escena con una sosegada sonrisa.

—Bien, bien —farfulló mi padre—. Podemos hablarlo todo durante la cena.

—Se me ha arruinado el apetito —respondí de inmediato, encaminándome hacia la puerta.

—Oh no, deberías quedarte —intervino Myles, tirándome del brazo, y luego me susurró al oído—: también tengo noticias importantes.

Suspiré con resignación. Por alguna razón nunca puedo decirle que no al pillo.

—Muy bien, me quedo. Pero no me siento junto a Laurence.

*

Comimos en un silencio muy incómodo. Myles, intentando calmar los ánimos, nos contaba las historias más hilarantes del Teatro Lyceum.

—Y entonces Mr. Sullivan dijo que su sobrina toca el clavicordio como los mismos ángeles… Tuve que morderme el labio para no decirle que el clavicordio suena como dos esqueletos copulando sobre un techo de lámina.

—¡Myles! —exclamó su madre—. No te permito ese lenguaje en la mesa. Tu padre tampoco.

El viejo en realidad estaba riéndose bajo su servilleta, y Myles supo que era el momento justo para atacar:

—Por cierto, Mr. Sullivan ha compuesto un acompañamiento excelente para la nueva producción de *Macbeth*. Mamá ya lo ha

escuchado.

—Oh, por supuesto. Mr. Sullivan fue tan amable de invitarme a un ensayo; qué música tan maravillosa. Pero me indigna que la zorra de Ellen Terry sea la nueva lady Macbeth… aunque, bueno, el papel sí que se presta para una loba como ella.

—Como la obra está ambientada en Escocia —Myles prosiguió—, Henry Irving quiere montarla en Edimburgo el próximo verano —de pronto fijó su mirada en mí, y de inmediato supe lo que se avecinaba —. El teatro en Escocia siempre necesita músicos, así que… pues… me han ofrecido una plaza en Edimburgo.

Catherine y mi padre le dirigieron miradas ausentes, como si hubiesen escuchado una frase incompleta. Myles tuvo que declarar sus intenciones letra por letra, con la expresión más seria de que era capaz:

—Quiero ir.

Las miradas pasaron de ausentes a perturbadas. Catherine colocó cuidadosamente sus cubiertos sobre la mesa, como si fuesen explosivos.

—Myles, cariño, no puedes hablar en serio.

—Más que en serio. Es una gran oportunidad. ¡Seré primer violín!

Nuestro padre resopló:

—*¿Primer violín en Edin-jode-burgo?* ¡Por Dios, qué condenado logro! Preferiría que tocaras el tercer triángulo en la capilla más pendenciera de Whitechapel.

—*¡Padre!*

—Sé realista, hermano —dijo Laurence, tan desdeñoso como de costumbre—. ¿En dónde te hospedarías? No tenemos parientes ni conocidos por aquellos lugares.

—Podría rentar un cuarto —dijo Myles, dejando a su madre boquiabierta—. ¿Cuál es el problema? Ian lo hace.

Me hundí en mi silla.

—No estamos hablando de Ian —replicó mi padre—. ¡Eres demasiado imberbe para vivir solo en otro país!

Myles profirió las palabras más predecibles:

—¿Imberbe? ¡Tengo dieciocho años! —y por si fuera poco le lanzó más leña al fuego—. ¿Acaso quieres que viva aquí para siempre y me vuelva tan lelo y apocado como Oliver?

Catherine protestó como pocas veces, pero nuestro hermano recién aludido estaba tan concentrado en su filete de venado que ni siquiera nos escuchó.

La voz de mi padre sonó grave, en ese tono ignominioso que hemos temido desde la infancia:

—No me irrites más, Myles. No irás y fin de la discusión. ¿Entiendes?

Myles arrojó su servilleta sobre la mesa y se puso de pie tan rápido que tumbó su silla. Al salir del comedor, chocó contra el sirviente que entraba.

—Ha heredado el mal genio de los Frey —dijo Laurence mientras rellenaban su copa de vino.

Catherine me lanzó una mirada asesina:

—¡Y todo es tu culpa, Ian! ¡Mira el ejemplo que le has dado a mi muchacho, yéndote de la casa y metiéndote en esos rumbos pulguientos donde vives!

Respiré tan profundo como me fue posible, pero en vez de responderle a mi madrastra me dirigí al sirviente, quien traía una nota en una bandejita de plata:

—¿Sí?

—Es un mensaje para usted, señor.

—Tal vez te quieran de vuelta en tu trabajo —murmuró Catherine, sarcástica hasta el tuétano.

Al tomar el sobre reconocí la letra de mi adorada prometida.

—Es de Eugenia —dije. Mis ánimos se levantaron aún más al leer la nota:

Mi tan querido Ian,
Te he buscado en Suffolk Street. Tu ama de llaves me ha dicho que estás con tus padres. ¿Podría charlar contigo el día de hoy? Tengo que verte con urgencia. Te esperaré toda la noche en vela si es preciso.
E.

—¡Pues a pesar de lo encantadora que ha sido esta reunión, debo irme! —anuncié con una sonrisa triunfal—. Eugenia necesita verme sin demora.

—Me pregunto para qué —musitó Laurence.

En cuestión de minutos estaba ya en un carruaje, en camino a la casa de los Ferrars. De pronto el viento helado y fétido de Londres se sentía extrañamente vigorizante.

4

Eugenia estaba esperándome en su saloncito particular, y cuando entré la acompañaba sólo una doncella que servía el té.

Al verla sola sentí una oleada de ternura. Todo en aquel rostro era dulce y bello: los grandes ojos azules, la piel tersa, los labios infantiles y los rizos dorados. Aquella noche llevaba un vestido de muselina rosa, ajustado perfectamente a su pequeña cintura. Un gatito blanco jugueteaba en su regazo, maullando mientras le acariciaban el limpísimo pelambre. De pronto todos los pleitos y tribulaciones del día me parecieron nimiedades.

Eugenia, que acababa de cumplir veinte años hacía un par de meses, era una muchachuela a quien me encantaba consentir. Sus frecuentes caprichos y la manera en que arrugaba la nariz y golpeaba el piso con sus tacones cuando no podía salirse con la suya simplemente la hacían más encantadora.

Su padre, Reginald Ferrars, era un abogado muy prestigiado en las cortes de Chancery Lane. El hombre era socio de Laurence y asistía con mucha frecuencia a las tertulias organizadas por Catherine. Precisamente conocí a Eugenia en una de esas ocasiones, y no tardamos mucho en formalizar nuestro compromiso.

—Buenas noches, querida —le dije con una sonrisa—. ¿Por qué estás aquí sola? ¿Tu padre no está en casa?

Me senté junto a ella, pensando cómo la gente suspiraba y sonreía al vernos juntos. Para sus ojos éramos la pareja perfecta: ella pequeña, dulce y delicada; yo alto y protector.

—Papá está ocupado —fue todo lo que me dijo.

Entonces pude examinar su expresión. El cálido resplandor de la chimenea y la luz tenue de las lámparas de gas habían ocultado lo pálidas que estaban sus mejillas. Y su entrecejo estaba fruncido.

—Eugenia… ¿pasa algo?

Con un movimiento de la mano les indicó a las dos doncellas —la que servía el té y la que había anunciado mi llegada— que se retiraran. Así lo hicieron, pero Eugenia no habló de inmediato. Mientras le acariciaba el lomo a su gatito pude ver, aunque fugazmente, cuánto temblaban sus dedos.

—Por favor, dime qué ocurre —le dije con suavidad.

Fijó la mirada en su regazo, inhaló profundamente, y entonces

habló a toda velocidad, como si las palabras le quemaran la garganta y tuviera que escupirlas:

—Ian, no puedo casarme contigo.

El gatito maulló y se retorció entre las nerviosas manos de Eugenia, para después liberarse y saltar al piso. Después no hubo más que silencio.

Esperaba que Eugenia dijera algo más. Lo que fuera. A pesar del torrente de malas noticias que había llovido sobre mí a lo largo del día, fue hasta este momento que tartamudeé:

—¿Qué… que-que…? ¡Debes estar bromeando! —reí nerviosamente y busqué su mano—. Eugenia, ha sido un día renegrido y no creo que…

En cuanto mis dedos tocaron los suyos Eugenia retiró su mano:

—Ian, jamás he hablado más en serio. Tengo que romper nuestro compromiso.

Fue entonces que buscó mi mano, pero sólo para entregarme un elegante anillo de diamante.

Observé la joya resplandeciente mientras ella buscaba a su gato. Las cinco puntas doradas de una diminuta hoja de maple envolvían un diamante de corte perfecto. Aquél era el anillo que había mandado a hacer especialmente para ella en las joyerías de Giuliano.

—¿Eso es todo? —le pregunté—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión tan de repente? ¿Te han contado ya de mi despido? ¿Es eso lo que te preocupa?

—Oh, Ian, ya he escuchado la noticia, pero no es por lo que… Es… —de nuevo no pudo decir más.

—Puedes decirme lo que sea que haya pasado. No importa lo que sea, lo entenderé, te lo prometo.

Su voz fue más bien un gemido cuando al fin consiguió hablar:

—Alguien… alguien más ha pedido mi mano…

—*¿Que alguien más qué?*

—Y… y pues… he aceptado.

Sus ojos azules, usualmente angelicales, de pronto brillaban con acrimonia. Parpadeé, inhalé, miré alrededor y sólo después de un momento me percaté de que los engranes de mi cerebro se habían detenido. Y una vez que las palabras de Eugenia se asentaron en mi mente, mi boca estalló en un torrente de injurias que fluyeron como chorros de ácido:

—¡Pero qué arpía tan ponzoñosa y traicionera eres!

—*¡Ian!* ¡Prometiste que entenderías!

—¡Y tú prometiste casarte conmigo, querida! Parece que los dos somos terribles en esto de las promesas.

—Ian…

—Mi carrera y reputación se han arruinado tal vez para siempre, incluso ante los ojos del primer ministro, ¿y el mismo día, de la manera más casual, me anuncias que has aceptado la mano de Dios sepa qué maldito rufián?

A través de la ventana vi que los transeúntes nos lanzaban miradas curiosas, pues mi última oración había sido un franco rugido. Caminé en círculos cual león enjaulado, intentando controlar mi ira.

—Ian, deberías marcharte —dijo Eugenia con labios temblorosos.

Muy pronto me arrepentiría de mi exhibición, pero en aquellos instantes no podía pensar con claridad.

—¿Qué hay de tu honor? —espeté sin escucharla—. ¿Sabes lo que dirá la gente cuando se sepa lo que has hecho?

—Tal vez alaben mi sensatez —replicó ella—. ¿No acabas de decir que eres *tú* a quien no le queda reputación alguna?

Podía soportar esas recriminaciones del mundo entero, incluso de mi padre, pero viniendo de Eugenia las palabras eran como dagas.

—Por favor, Ian, *márchate* —insistió.

En cualquier otro día habría protestado, me habría plantado en aquel punto y habría batallado hasta que Eugenia recobrara la cordura. Pero tuvo que ocurrir aquel día, cuando mi corazón estaba agotado como nunca y no tenía fuerzas para una batalla más.

Eugenia tenía razón: mi única opción era retirarme antes de perder la poca dignidad que me quedaba.

Apreté el anillo entre mis dedos mientras caminaba a la puerta. Antes de salir le dirigí una última mirada a mi antigua prometida. Tenía al gato entre sus brazos y sus ojos estaban fijos en la ventana, como si me hubiera marchado ya.

A pesar de mi fatiga logré pronunciar una última pregunta:

—¿Al menos puedo saber quién es el nobilísimo caballero que se le declara a una mujer comprometida?

Pero Eugenia no contestó. Simplemente permaneció inmóvil frente a la ventana, acariciando a su gato.

—Pensándolo bien… prefiero no saber —murmuré al dar la media vuelta.

Eugenia aún me tenía reservada otra desagradable sorpresa, pero pasaría bastante tiempo antes de que la descubriera.

*

Aquella mañana, ignorando todo lo que me aguardaba, había tenido un puesto prestigiado que me mantenía activo y motivado, y una futura esposa que me hacía sentir en las nubes… En suma, tenía un

futuro brillante frente a mí… Y sin embargo, antes de que el sol se ocultara por completo lo había perdido todo; todo excepto mi desmedida vanidad.

Subí los escalones a la entrada de mi casa y busqué las llaves en mi bolsillo.

—Dios… —susurré. La puerta ya estaba entreabierta, dejando el camino libre para que cualquiera entrara en mi propiedad. Tragué con dificultad e instintivamente busqué mi pistola, sólo para recordar que la había descargado aquella tarde, después de haber sido despedido.

Desde afuera parecía que todos los cuartos estaban a oscuras, así que desenfundé mi arma de cualquier manera; al menos no me vería indefenso.

Abrí la puerta de un puntapié, al tiempo que exclamaba:

—*¡Joan!*

No hubo respuesta.

Desde la calle los faroles lanzaban tenues rayos de luz anaranjada que se filtraba en mi recibidor, apenas lo suficiente para adentrarme los primeros dos o tres metros. Con paso cauteloso, me introduje lentamente en las tinieblas.

Me detuve un instante, mientras mis ojos se acostumbraban a la oscuridad, y de pronto mi corazón saltó al percatarme de las siluetas encogidas de al menos cinco hombres que aguardaban en el corredor.

Bramé a todo pulmón:

—*¡No se muevan, o…!*

Entonces una mano helada se aferró a mi hombro y escuché que la puerta se cerraba de golpe. Di media vuelta con mi corazón latiendo a toda velocidad, y apunté mi arma a la vasta sombra de un desconocido. No pude ver más que un par de ojos fijos en mí, observándome con malicia mientras el intruso hablaba:

—Basta, Frey. Sé que no tienes balas.

5

Vacilé, sintiendo una gota de sudor frío rodar sobre mi sien y escuchando a los hombres acercarse. Por un momento no creí lo que acababa de escuchar.

—¿Es usted… Salisbury?

El hombre suspiró y encendió un fósforo. La diminuta flama reveló una barba espesa y la mirada más penetrante. Efectivamente, se trataba del primer ministro de Gran Bretaña. Bajé mi arma de inmediato, totalmente confundido.

—Así es, Frey —me dijo, encendiendo la lámpara de aceite más cercana—. Aunque para ti es *lord* Salisbury, si gustas hacer el favor.

Miré alrededor y reconocí a los guardias que había visto junto a él aquella misma mañana —sólo que ahora ninguno llevaba uniforme.

Era la situación más disparatada que pudiera imaginarse: de pronto tenía que reverenciar al hombre que acababa de invadir mi casa.

—Por supuesto —dije—, pero su señoría sin duda entenderá mi desconcierto…

—El desconcertado soy yo. No esperaba que un inspector experimentado viviera en una casucha tan diminuta… —aquel comentario habría aniquilado a mi padre.

—¡Y con una sola sirvienta que "termina" sus deberes y se larga a media tarde! —dijo una segunda voz… la última que esperaba escuchar.

Ni más ni menos que el robusto sir Charles Warren. Tuve que sacudir la cabeza para asimilar el prospecto: dos de los hombres más poderosos de Gran Bretaña, a quienes el mundo creía los más empedernidos rivales, ¡en liga e irrumpiendo en mi hogar!

—¡Sir Charles!

—Entendemos lo peculiar de nuestra visita —me dijo—, pero tenemos que lidiar con un asunto urgente… Tan urgente que hemos tenido que arrastrarnos en medio de la noche como viles ladronzuelos. ¿Podemos hablar en privado?

Le di un rápido vistazo a la expresión de Warren. Sus ojos desbordaban inquietud, y los labios de Lord Salisbury estaban tan apretados que parecían apenas una línea torcida.

—Por aquí, por favor —dije, guiándolos a mi pequeño estudio.

El primer ministro les indicó a sus oficiales que aguardaran en el

pasillo. Algunos me vieron con incomprensión, revelando que ni siquiera ellos sabían exactamente lo que ocurría.

Entramos a mi estudio, y al encender la lámpara vi una nota de Joan. Con la ortografía más atroz y el vocabulario más inentendible, la mujer me decía que le aterraban las calles tan oscuras y se disculpaba por marcharse una hora más temprano. Seguramente había leído con demasiada atención las descripciones tan explícitas que los periódicos daban del último asesinato del Destripador.

Arrugué la nota y la lancé a un lado.

—Caballeros, tomen asiento.

Sir Charles atisbó al pasillo, asegurándose de que sus hombres estuviesen lejos, y me indicó que cerrara la puerta. Ambos se sentaron frente a mi escritorio; Warren, con las piernas exhaustas, más bien se desplomó sobre la silla.

—Iré directo al grano —comenzó lord Salisbury, bufando y gruñendo en el asiento cual buey incómodo—. Sir Charles me ha comentado que estás al tanto de la situación en Escocia, ¿es correcto?

—¿El asesinato del músico? Así es, milord.

—No ha sido un asesinato cualquiera. El hombre… —Salisbury parecía más y más incómodo—. ¿Tienes algo de brandy? Me hace falta un trago.

Tomé el mejor decantador de mi repisa y serví tres copas. El primer ministro se bebió la suya de un golpe y sacudió sus mejillas bofas, revigorizado.

—Al menos compras buenos destilados. Como te decía, la víctima ha sido un virtuoso ya mayor de Edimburgo: Sylvain Fontaine. Me parece que tu familia sabe de música, tal vez hayas escuchado su nombre.

—No personalmente —admití—, pero tal vez mi hermano menor sí.

—Bien, el asesinato no tiene motivo aparente —intervino sir Charles—. El tipo era un viudo pacífico. Había pasado los últimos treinta años enseñando música en Escocia y, según he escuchado, era muy apreciado entre sus colegas.

—¿Pero…?

—Su asesinato fue brutal: degollado, y después le abrieron el abdomen y le mutilaron las entrañas.

Últimamente me había acostumbrado a escuchar descripciones similares, pero aún me resultaban nauseabundas.

—Suena a algo perpetrado por Jack el Destripador —comenté.

—Precisamente —asintió sir Charles con vehemencia—. Debe tratarse de algún maldito sádico que está emulando la obra del

Destripador. Fontaine murió apenas unas horas antes que Mary Jane Kelly; es imposible que alguien haya viajado de Edimburgo a Londres en tan poco tiempo.

—Y por supuesto el asunto debe permanecer en absoluto secreto —agregó Salisbury—. Si el caso llega a oídos de la prensa esos desgraciados reporteros nos harán pedazos. Sólo un puñado de hombres está al tanto de la naturaleza de este asesinato, y no podemos permitir que salga de nuestro círculo. Ni siquiera el estúpido de Monro sabe los detalles. Basta que un hombre encienda la mecha para que todo un rebaño de descerebrados le siga los pasos. ¿Puedes imaginarte lo que le pasaría al Imperio Británico si de pronto tuviéramos un Destripador en cada condado? ¡Pánico! Maldito e incontrolable pánico en cada rincón.

Me estremecí ante la imagen: las Islas Británicas paralizadas por el miedo, con asesinatos igual de brutales cometiéndose cada pocos días. No me extrañaba que estuviesen tan preocupados: la muerte de este hombre en particular no era crucial para ellos, pero el contexto y el momento en que había ocurrido tornaban el caso extremadamente peligroso.

—Así que desean que investigue —murmuré. A decir verdad me parecía un caso extremadamente interesante; de aquellos que definen o destruyen una carrera. Inesperadamente, mi corazón palpitaba con expectación, pero el entusiasmo no duraría mucho.

—Sí —contestó el primer ministro—. Recordé tu nombre esta mañana. Tal vez te hayas percatado. Todos los domingos me entretenía leyendo los reportes de tu búsqueda de aquella viuda negra.

No me sorprendía. El caso de la Piadosa Mary Brown había sido uno de los arrestos más comentados por la prensa en los últimos años. La mujer había vivido en cinco condados, desde Lincolnshire hasta Devonshire, adoptando un nombre diferente con cada esposo que decidía envenenar. Recolectar suficiente evidencia para condenarla me había costado sangre, sudor y lágrimas.

—Necesito a uno de nuestros mejores hombres en el norte —continuó lord Salisbury—, pero con el caso del Destripador en su peor momento, no podemos prescindir de ningún nombre importante sin causar sospecha. Tu antagonismo con Monro resulta ser la coartada perfecta: nadie en Londres se extrañará cuando sepan de tu transferencia a Escocia; no después de que sir Charles, tu mentor y archienemigo de Monro, ha sido obligado a renunciar.

Noté que sir Charles se agitaba ante la frialdad con que se hacía referencia al fin de su carrera. El primer ministro era sin duda muy bueno para las intrigas.

Saboreé un trago de brandy:

—Supongo que habrá que crear alguna excusa para justificar mi presencia en Escocia.

—Ya nos hemos encargado de eso —dijo sir Charles—. Serás asistente de una nueva subdivisión liderada por el inspector McGray.

Arqueé una ceja:

—No he escuchado de nuevas subdivisiones.

—Éste es un caso particular —dijo lord Salisbury—. El inspector McGray ha abogado por la creación de un equipo dedicado a investigar… ermm… apariciones.

Hubo un silencio incómodo en el estudio.

—¿Apariciones? —repetí—. ¿Qué tipo de apariciones?

—¿Qué otro tipo hay? —espetó Salisbury con las mejillas enrojecidas—. Fantasmas, duendes, brujas, toda esa clase de patrañas. Usaremos la subdivisión de McGray (de hecho, la estamos creando) como cortina de humo. Ningún reportero "respetable" querrá seguir un caso asignado a un agente tan ridículo.

Me tomó un instante asimilar lo que implicaban aquellas frases. La idea sonaba ridícula… pero precisamente por eso funcionaría.

—Si ésas son nuestras circunstancias —dije, analizando la situación en mi mente—, el resto del mundo creerá que me marcho a Escocia en desgracia, después de haber sido degradado por el comisionado Monro… ¿Es correcto?

Sir Charles suspiró con pesadez y Salisbury habló con toda monotonía:

—Correcto, Frey. Oficialmente nunca vinimos a verte, fue Monro y sólo Monro quien decidió enviarte a Escocia, y tú estuviste feliz de aceptar el puesto en vez de ser despedido definitivamente.

Sentí que mi pecho hervía. Recordé las rabietas interminables de mi padre contra los escoceses y pude verlo con la boca llena de migajas, escupiendo pan y mantequilla mientras gritaba "¿Edin-jode-burgo?"

—Espero haber sido suficientemente claro —dijo Salisbury—. Y también espero que entiendas la seriedad de la situación. Le he encomendado a sir Charles que monitoree tus avances, lo cual no le será difícil ahora que tiene tanto tiempo libre. Lo mantendrás informado constantemente y le reportarás todos tus movimientos. También le he ordenado a Monro que te haga llegar el papeleo "oficial" para formalizar tu traslado. Ahora los dejo para que acuerden la logística entre ustedes —en cuanto Salisbury se puso de pie, sir Charles y yo saltamos también de nuestros asientos—. Oh, dejen las formalidades para días más tranquilos; sé perfectamente cómo abrir

una puerta —y así lo hizo, pero antes de salir nos dirigió una mirada fulminante—. No nos decepciones, Frey. Tuve una audiencia con su majestad la reina y la pobre está terriblemente angustiada.

Entonces dejó el estudio y pude escucharlo a él y a sus hombres saliendo en tropel de mi casa. De nuevo tuve la sensación de estar presenciando un sueño.

—Ni siquiera ha preguntado si acepto el puesto o no —dije después de un breve silencio.

Sir Charles soltó una risita después de un sorbo de brandy:

—No necesita preguntarte tu opinión, el hombre es el primer ministro. Además, serías un tonto de no aceptar el caso. Es muy posible que esto salve tu carrera: más de un miembro de la familia Frey estaría feliz de saber que lord Salisbury te ha asignado personalmente un trabajo tan importante. ¿Quién sabe? Si te va bien, quizás incluso logres cambiar la opinión de cierta señorita Ferrars…

El nombre llegó tan inesperadamente que me sonrojé cual tomate maduro.

—*¿Cómo sabe…? ¿Cómo es que sabe…?* —me aclaré la garganta, percatándome de lo aguda que había sonado mi voz—. Sir Charles, ¡qué atrevimiento! ¡Ni siquiera le he dado esa noticia a mi padre!

Sir Charles sonrió:

—Frey, tengo muchos oídos… y muy bien distribuidos.

—Me alegra que por lo menos esté de mi lado —bebí las últimas gotas de mi brandy y volví a sentarme tras mi escritorio—. Si resuelvo la situación volverán a admitirme en Londres, ¿no es así? ¡Es lo menos que podría esperar!

Sir Charles me miró fijamente. La lámpara de aceite acentuaba las arrugas de su cara y lo fatigado que estaba.

—Eso sólo puede decidirlo lord Salisbury, Frey. Aunque ha pedido mi ayuda, temo que no tengo influencia alguna para ayudarte. Debes hacer lo que se te ha ordenado y esperar que el primer ministro te vea con buenos ojos.

Solté una carcajada:

—Déjeme recapitular: debo irme totalmente deshonrado a la inmunda ciudad de Edimburgo, fingir ser parte de una patética subdivisión bajo el mando de un escocete desequilibrado que cree en fantasmas y duendes, romperme la espalda y la mente para capturar a un escurridizo imitador de Jack el Destripador, todo en total secreto… Y sólo si mi suerte es increíblemente buena y todo marcha de acuerdo al plan, tal vez, *tal vez* tenga oportunidad de volver a la vida que tenía asegurada apenas ayer.

De nuevo hubo un profundo silencio. Sir Charles jugó con su copa

y no pude más que morderme los labios, frustrado ante lo injusto de la situación.

—Es una paradoja —me dijo sir Charles sombríamente— que algunas de las mentes más brillantes y nobles tengan que batallar toda la vida, sólo para mantener en línea a la escoria de la humanidad… esos parásitos sin escrúpulos o cerebro que sólo viven para chupar la sangre de la sociedad como sanguijuelas. Y al final, incluso si nuestra labor es excelente, el mundo no habrá ganado nada… sólo la oportunidad de seguir girando con sus muchos otros problemas.

Aquel breve soliloquio resumía toda una vida de lucha. Sir Charles, habiendo trabajado para la policía durante años, debía estar hablando desde lo más profundo de su ser. Tal vez yo mismo estaba destinado a la misma amargura. Lo único que quedaba claro es que no tenía opción; debía seguir las órdenes del primer ministro sin chistar.

—Voy a arrepentirme de esto —susurré, consternado como nunca —. Iré a Escocia y haré lo que sea necesario… aunque sé perfectamente que al final me arrepentiré.

Sir Charles sonrió cansinamente y habló con un tono conciliador, casi paternal:

—Quizá… pero mira el lado bueno: habrás trabajado en aras del bien común.

Estiré el brazo para alcanzar el decantador y servirme una segunda copa.

—Por mí que se joda el bien común.

¡Sangre! ¡Odio la sangre!

¡Y cómo chilló! ¡Como esos cerdos en el matadero!

Piensa que soy una sabandija, como piensa el resto. Como todos esos que me tratan como bestia…

Pero ya verán… Sí, ya se arrepentirán…

6

—¡Pero, señor, no se puede ir!

—Y voy a necesitar abrigos extra, de los más gruesos, pero ésos están en mis guardarropas de Hyde Park Gate.

—¡He trabajado para usted más de cuatro años y me echa así tan de repente! ¿Qué voy a hacer ahora?

—Te encargarás de que mis pertenencias lleguen sanas y salvas a Edimburgo, Joan —le contesté, intentando distraerla de la realidad—. Eso te dará trabajo por algunos días más, y cuando hayas entregado todo, te daré una liquidación suficiente para que vivas bien por algunos meses.

—Ay, pero, Mr. Frey, y cuando se me acabe eso ¿qué voy a hacer? Soy una pobre vieja viuda; nadie va a querer contratar estos huesos enfermos.

Solté una carcajada, en mi mejor esfuerzo por reanimarla.

—Joan, ¿a quién quieres engañar? ¡Eres un tonelito muy duro de matar! Y además te daré una buena carta de recomendación para que encuentres otro empleo sin problemas.

—¡Pero, señor…! —suspiró, dejó caer sus brazos y se encorvó en total miseria.

Me sentí terriblemente culpable. Me quejaba de haber perdido prestigio y a mi prometida, pero mis infortunios no eran nada comparados a los de Joan: ella estaba perdiendo su única fuente de ingresos.

—Si tu situación no mejora —le dije—, puedes contactar a Myles. Él me contará todo y haremos lo que podamos para ayudarte. ¿Te parece?

Joan asintió en silencio, aún bastante preocupada, pero no pude pensar en otra forma de consolarla. Juntó las cartas que le había encomendado entregar y salió del estudio.

La pobre Joan me había encontrado en un estado deplorable aquella mañana: con grandes ojeras, mi camisa terriblemente arrugada y una pila de cartas en mi escritorio esperando ser enviadas. Me había tomado toda la noche coordinar mi partida y viaje a Escocia, y sólo cuando vi la cara consternada de Joan me percaté de que no había dormido ni me había cambiado de ropa. La camisa que llevaba era la misma que había usado cuando me despidieron de Scotland Yard,

cuando encaré la insolencia de mi hermano mayor y cuando Eugenia me rechazó, todo antes de regresar a casa para encontrar mi futuro patas arriba una vez más. La cabeza me daba vueltas al pensar que todo había sucedido en un solo día… sin saber que me aguardaban jornadas incluso más largas.

*

A pesar de todos mis esfuerzos, perdí el tren que me habría llevado de la estación King's Cross a Edimburgo en menos de nueve horas. Llegué apenas unos minutos tarde y sólo pude quedarme iracundo en la plataforma, desbocando las peores injurias imaginables en el noble lenguaje de la reina Victoria. Uno de los empleados de la estación, al ver mi exabrupto, me recomendó viajar por mar: navegando desde el río Támesis llegaría al puerto de Leith en Edimburgo a la mañana siguiente.

El transporte marítimo en los últimos años se había ido relegando más y más al envío de carga, así que me fue difícil encontrar una embarcación adecuada. Después de indagar bastante, encontré un buque pequeño con dos camarotes para pasajeros. Era en verdad un espanto, con el casco todo corroído y un persistente olor a aceite, pero al menos tendría algo de privacidad.

Abordar aquel buque fue uno de esos momentos que se quedan grabados en la memoria; unos de esos recuerdos que permanecen para siempre frescos, como si hubiesen ocurrido hace unos minutos. Aún puedo verme en aquel bullicioso puerto londinense, envuelto en mi abrigo más grueso y cargando una maleta pesada en cada mano. Le eché un último vistazo a Londres y a su jungla de chimeneas humeantes. Frente a mí se abrían las aguas picadas y chocolatosas del Támesis, a punto de llevarme a situaciones que no había previsto en mis sueños más descabellados… ni en mis peores pesadillas.

Por un momento titubeé, con un pie en la borda y tentado a olvidarme de todo. Comencé a dar media vuelta para volver a la seguridad de Hyde Park Gate, pero una fuerza invisible me lo prohibió. Sentí un escalofrío, y fue aquel estremecimiento el que me trajo de vuelta a la realidad. Entonces abordé, al tiempo que musitaba "de aquí a los infiernos…"

*

El viaje, aunque corto, fue un tormento. No sólo porque el aporreado barco de vapor rebotaba sobre las olas como guijarro en un estanque, sino por mi terrible estado de ánimo.

Recostado en la durísima cama y observando el techo agrietado, de pronto todo en mi vida me parecía trivial. ¿Qué pena podía valer aquella lucha? ¿Por qué molestarme siquiera en viajar a Escocia? Este imitador del Destripador bien podría resultar tan escurridizo como el original. ¿Qué pasaría si el crimen de este desdichado también quedaba impune? E incluso si mi misión resultaba un éxito, nada garantizaba que mi vida volviera a ser la de antes.

Esa horrible sensación de una vida sin propósito era como una mano invisible oprimiéndome el pecho; algo que había sentido antes, tras abandonar la facultad de medicina en Oxford. Fue poco después de abandonar también la facultad de leyes en Cambridge, y aún me lastima recordar cuán derrotado me sentí entonces. No fue porque las lecciones o las prácticas me intimidaran; me agradaba estudiar anatomía, memorizar los nombres en latín, investigar enfermedades y sus síntomas, y en particular disfrutaba ejercitar mi intuición, que era una habilidad necesaria para diagnosticar males; desde entonces ya se asomaba el detective en mí.

Sin embargo, todo cambió durante la disección del cadáver de una desafortunada mujer, seguramente robado de su tumba (prácticamente todos los cuerpos que se diseccionaban en las universidades eran obtenidos ilegalmente, pero tanto los profesores como la policía le prestaban oídos sordos al asunto). Sólo hasta que abrimos su abdomen nos percatamos de su embarazo, y encontrar la diminuta mano de aquel feto fue una sorpresa escalofriante. Jamás olvidaré aquellos deditos diminutos pero ya formados a la perfección, con uñas del tamaño de granos de sal. El profesor se volvió loco de entusiasmo, explicándonos la naturaleza del útero y las maravillas del periodo de gestación, para después proceder a diseccionar también el feto y mostrarnos que los órganos ya estaban también exquisitamente formados. La escena no me pareció repulsiva, sino que me perturbó de una manera totalmente distinta: me partió el corazón. De inmediato supe que jamás sería un buen doctor… o siquiera uno malo. Tal vez habría salido adelante, pero la profesión me habría carcomido poco a poco. Un par de meses después ya estaba de vuelta en casa, una vez más atrapado en una vida sin sentido.

Mi trabajo en la policía me había salvado; me había dado dirección, propósito y metas… pero ahora el puesto me había sido arrebatado, y tan repentinamente como lo había obtenido. Como suele pasar, no me percaté de cuánto disfrutaba y dependía de mi labor hasta que la hube perdido.

Por un largo rato di vueltas en la cama, asediado por aquellos pensamientos, pero la mente no es incansable y al final logré dormir.

Cuando desperté, tan sólo unas horas después, el buque seguía meciéndose sobre olas fieras. Intenté volver a dormir, pero con el movimiento resultaba imposible, así que decidí aprovechar el tiempo. Sir Charles me había dado un expediente con una sinopsis del caso, y también el papeleo "oficial" referente a mi transferencia.

Lo primero que leí fue un breve reporte sobre la nueva subdivisión del agente McGray. Y digo que era suya porque el condado de Edimburgo le había otorgado total autonomía. El nombre oficial era "Comisión para la Elucidación de Casos Presuntamente Relacionados con lo Oculto y Fantasmal"; el aliento no me alcanza para leer aquel título de un tirón.

El procedimiento dictaba que si un caso permanecía sin resolver por más de un tiempo determinado, el inspector McGray tendría acceso a todos los expedientes y testimonios. Él mismo determinaría si los casos eran de naturaleza "fantasmal" y si debían investigarse bajo la luz poco ortodoxa de sus teorías.

Era de imaginarse que tan sólo un puñado de casos lograría colarse hasta las manos de McGray… y mías. De momento, la subdivisión sólo tenía dos casos abiertos además de la muerte del violinista. El primero era el de una casa supuestamente embrujada en la que una mujer había perdido la razón sin motivo aparente; el segundo era una investigación sobre —me dio pena ajena sólo de leerlo— fuegos fatuos en el cementerio de Old Calton. Parecía que la subdivisión había existido desde hacía tiempo, en vez de haber sido creada sólo como cortina de humo para el segundo Destripador. Supuse que los expedientes habrían sido escritos con fechas falsas para crear esa impresión; de no ser así, los impuestos de la nación estaban siendo malgastados en las peores estupideces imaginables. ¿Aunque qué más podía esperarse, si toda aquella patraña había sido concebida y llevada a cabo por rufianes escoceses?

El capitán anunció que estábamos cerca del puerto de Leith, así que volví a guardar los documentos. Al hacerlo me percaté de una nota adjunta al final del expediente. Era la letra de sir Charles, y las palabras emborronadas indicaban cuán apresuradamente la había escrito. Decía:

De momento deberás hospedarte en el domicilio de McGray: Moray Place Núm. 27. Se te asignará una dirección permanente en unas dos semanas.

—¡Oh, genial! —gruñí.

*

La ciudad estaba siendo aporreada por una lluvia torrencial que hacía

del paisaje un borrón gris y deprimente. Y la temperatura debía ser al menos unos cinco grados más fría que en Londres, dándome escalofríos en cuanto salí de la embarcación.

Al caminar por el muelle encontré que el puerto de Leith era una cacofonía de gaviotas, marinos, vaporeras y carruajes, casi tan bullicioso como cualquier muelle del Támesis. Con mis guantes de cuero y mi paraguas tan inglés, me sentí totalmente fuera de lugar: un pulcro atuendo negro entre aquella multitud de cargadores y verduleras. De todas direcciones llegaban voces con aquel vulgar y rasposo acento escocés, tan ofensivo al oído. Justo cuando pensaba que aquellos escotos sonaban aún más toscos y brutos que los irlandeses, dos trogloditas en faldas pasaron frente a mí, arreando a un buey muy terco y gritándole injurias en un lenguaje más desfigurado de lo que creía posible. Nos golpeó una ráfaga de viento y lluvia, y no pude evitar sentir lástima por aquellos arreadores y sus piernas descubiertas y peludas.

Un muchacho se acercó y ofreció llevar mi equipaje. Le lancé un penique y le pedí que me llevara con algún chofer confiable. Con gran agilidad, el muchacho esquivó a los rufianes y a su buey y en un instante lo perdí de vista. Pensé que acababa de robarme, pero en cuanto los hombres lograron mover a su bestia, vi que el muchacho había detenido una carretilla para mí.

Salté al asiento trasero y recibí mis maletas. El conductor, un hombre flacucho al que le faltaban todos los dientes frontales excepto uno, me habló con una voz obviamente modulada para oídos extranjeros.

—¿A'onde, ñor?

Busqué el expediente y la nota de Warren:

—Emm… Moray Place, número 27.

De inmediato me mostró una sonrisa sin dientes:

—¡Oi, la casa del Nueve-Uñas!

Arqueé una ceja, pero el hombre ya estaba azuzando al pulguiento caballo.

Marchamos por una avenida amplia, ascendiendo una suave pendiente. Edimburgo está asentado en un terreno ondulante, y la primera cima que alcanzamos fue la de Calton Hill. Miré a mi izquierda, pensando que desde aquel punto podría ver las otras colinas de la ciudad, pero el clima era terrible. El castillo de Edimburgo no era más que una silueta grisácea bajo el cielo blanquecino, rodeado por niebla espesa, al igual que las rocas del monte que los escoceses llaman El Trono de Arturo, y que se encuentra casi al centro mismo de la ciudad.

A mi izquierda estaba también la entrada al cementerio de Old Calton, y me pregunté si el inspector McGray me haría visitar aquel lugar en busca de fuegos fatuos. Descendiendo al otro lado de Calton Hill entramos a un vecindario muy elegante: vi enormes mansiones de estilo georgiano a ambos lados de la avenida, con fachadas inmaculadas de granito y arenisca.

—Éste es el Barrio Nuevo —comentó el cochero.

Un momento después viramos a la derecha y entramos a una estrecha calle llamada Forres Street, que nos llevó a una amplísima glorieta. En su centro había un hermoso jardín con bancas y caminillos que dibujaban figuras geométricas en el césped.

La glorieta estaba rodeada por espléndidas mansiones, todas de cuatro niveles. Vi un carruaje bastante lujoso llevándose a una pareja, pero además de eso el lugar era plácido y silencioso. Difícil de creer, estando a menos de doscientos metros de la bulliciosa avenida.

Moray Place era, después de todo, una ubicación envidiable en el elegante Barrio Nuevo. Me permití un suspiro de alivio, pues había pensado que me esperaba una de esas pocilgas medievales en la sucia y sobrepoblada High Street.

Pero justo cuando pensaba que había llegado a un vecindario respetable, pasamos frente a una casa con varias ventanas tapiadas con ladrillo desnudo, y no era porque el lugar estuviese abandonado. Todo había comenzado en 1696 con la introducción del ridículo impuesto sobre ventanas, después copiado por tantas naciones a todo lo ancho del globo. Los habitantes de Edimburgo, reacios a pagar, habían optado por la aristocrática alternativa de taponar sus ventanas. No conformes con ello, y para demostrar abiertamente su afrenta al gobierno, los marcos de las ventanas se dejaban intactos para decirle a la corona “aquí había ventanas, pero haremos lo que sea para evadir sus malditos impuestos”. Las fachadas mismas de Edimburgo se habían convertido así en estandartes que proclamaban su odio a los ingleses.

Me llevé una mano al rostro al ver otra mansión de granito cuyas ventanas estaban selladas con el enladrillado más burdo que pueda imaginarse. El asunto de los impuestos tenía casi dos siglos, y la Cámara de los Comunes había abolido el gravamen sobre ventanas hacia al menos treinta años, pero esta gente aún no olvidaba o hacía intento alguno de restaurar sus casas.

Ese detalle me recordó que no debía dejarme engañar: aquel barrio podría parecer refinado y elegante, pero no dejaba de encontrarme muy, muy lejos del mundo al que estaba acostumbrado. Ésta era la verdadera Escocia.

El cochero chimuelo le dio media vuelta a la glorieta y se detuvo

frente al número veintisiete.

—La residencia del Nueve-Uñas —anunció.

No se trataba de la mansión más grande, con una fachada que sólo abarcaba tres ventanas, pero sin duda exudaba cierto encanto (todas sus ventanas estaban intactas, lo cual era un buen comienzo).

Bajé del carruaje, llamé a la puerta de roble y mientras esperaba contemplé la fachada más de cerca. Al menos desde fuera la casa parecía bien mantenida, con ventanas limpias a través de las cuales podían verse cortinas de terciopelo verde.

Nadie abría la puerta y la lluvia empezaba a empaparme los pantalones, así que llamé de nuevo. El cochero trajo entonces mis maletas.

—¿Nadie en casa, ñor?

—¡Debe haber al menos un condenado sirviente! —refunfuñé, aporreando la puerta mucho más fuerte que antes.

No había terminado de golpetear cuando una voz áspera gritó:

—*¡Ya voy, ya voy! ¡Frenen sus trinches mulas!* —un momento después un hombre entrado en años abrió la puerta—. ¿Cuál es la pinche pri…?

Guardó silencio en cuanto me vio. El hombre era bastante bajo, de pómulos protuberantes y nariz abultada, y con mechones desaliñados y canosos que sólo salían de sus sienes. Llevaba un delantal manchado y estrujaba un trapo grasiento con ambas manos. Aunque su cara estaba enrojecida, como si acabara de salir de un sauna, el color abandonó su rostro en un instante.

—¡Perdone, ñor, no sabía quién tocaba! Pensé que era el ropavejero o…

—No hay necesidad de disculparse —le dije con aridez—. Soy Ian Frey y busco al inspector Adolphus McGray.

—Oi, el ñor Frey de Londres, ¡por supuesto! No lo esperábamos tan temprano, patrón. El ñor McGray no está en casa.

—Me imagino que podré encontrarlo en la Alcaldía.

—Uy, no. A esta hora el ñor McGray ha de'star en el manicomio.

Alcé las cejas con sorpresa:

—¡Oh! Pues… no puedo decirle que me sorprenda. ¿Sabe acaso si Mr. McGray recibe tratamiento adecuado?

Le agradezco a la providencia que el mayordomo no tuviera puñales en los ojos:

—*¡El ñor McGray no va como paciente!* Fue a visitar a alguien.

El cochero soltó una risita. Sólo pude aclararme la garganta y cambiar el tema de inmediato:

—Tengo entendido que pernoctaré provisionalmente en esta

residencia.

—¿Pernoqué?

—Pernocta… Dios, ¡que me alojaré aquí de momento!

—¡Ahhh! Pos sí, ñor. Deme sus petacas. ¿Se quiere lavar la cara?

Estuve tentado a refrescarme y cambiarme de ropa, pero pensé que sería mejor reportarme con mis superiores lo más pronto posible.

—Gracias, pero no. ¿Sabe si el inspector McGray tiene pensado ir a la Alcaldía esta tarde? ¿O en cualquier momento del día?

—Pos creo que sí. El patrón me dijo que tenía que arreglar dos que tres asuntos pa'usté. Traerle unos papeles pa'firmar, creo que dijo.

—Bien. Quizá me tope con él en algún momento —y sin decirle más subí de nuevo al coche, seguido por el conductor—. Llévame a la Alcaldía.

Sus ojillos refulgieron ante la promesa de más paga:

—Claro. Está en High Street, ñor.

Nos encaminamos al sur, hacia la muy ancha Princes Street y la estación de trenes, las cuales dividían a la ciudad en dos: la opulencia del Barrio Nuevo al norte, y las barracas atestadas y sucias del Barrio Viejo al sur.

Un apeste ofensivo me golpeó la nariz en cuanto entramos a la infame High Street. Ésta era la imagen de Edimburgo que siempre había tenido en mente: edificaciones precarias de muchos pisos y paredes marrones y mugrientas. Algunas de esas construcciones tenían más de diez niveles, atestando familias enteras en cada cuarto.

Esos barrios populosos me hacen odiar esta era de revolución tecnológica. Las nuevas industrias han arrancado a nuestra gente del campo, sólo para encerrarla en fábricas claustrofóbicas donde se respiran humos fétidos, y después de interminables jornadas de trabajo se les obliga a vivir más hacinados que las bestias en los rastros… y todo para ganar unos cuantos peniques más a la semana. La gente es despojada de su dignidad, y me pregunto de qué más nos despojará esta insaciable sed de riqueza.

Sobresaliendo por encima de aquellos edificios se veía el campanario de la catedral de Saint Giles, que lucía como una corona ennegrecida, y no muy lejos estaba la Alcaldía.

Unos arcos de piedra gris daban paso a un pequeño patio frontal, donde multitud de carruajes iban y venían a todas horas del día. Cuando llegamos había cuatro coches en fila para dejar a sus pasajeros, así que tuvimos que esperar unos minutos. Mientras tanto, miré al otro lado de la calle: justo frente a la Alcaldía estaba la antiquísima pira llamada Mercat Cross. Siglos atrás, aquella plataforma de piedra se usaba para ejecuciones públicas en las que los

convictos no sólo eran ahorcados, sino también quemados, empalados, despellejados, mutilados y descuartizados de manera tan salvaje que el mismísimo Jack el Destripador no habría podido contemplar.

Tras bajar del coche y pagarle al conductor, pregunté por el inspector McGray.

—No'stá por aquí ahorita —me dijo un oficial bastante joven—, pero nos dijo que vendría hoy.

—¿A qué hora suele llegar?

—Uy, con él nunca se sabe, ñor. Hay días que llega antes de que amanezca y otros que no se le ven ni las pulgas hasta después de la cena.

Maldije mi mala suerte y consideré marcharme, pero pensé que no sería mala idea reportarme con el oficial en jefe, cuyo nombre había visto en el expediente de Warren.

—¿Puedes llevarme con el superintendente Campbell?

—Uy, no sé. El ñor Campbell 'tá siempre muy ocupado.

—Estoy seguro de que querrá hablar conmigo —afirmé, y le dije mi nombre. El oficial me condujo al segundo piso y enseguida al ala oeste del edificio, donde se encontraba la oficina de Campbell. El asistente de Campbell estaba reticente a anunciarme, y sólo accedió después de mucha insistencia. Para su sorpresa, Campbell quiso verme sin demora.

La oficina tenía un gran ventanal con vistas privilegiadas de las torres del castillo, pero el cielo estaba tan encapotado que cuatro lámparas de aceite apenas proporcionaban suficiente luz. Tras un amplio escritorio de roble, arrellanado en su mullido asiento y con las yemas de los dedos presionando la madera pulida, me aguardaba el Superintendente George Campbell.

Debía tener unos sesenta años (o eso me habían informado), pero para su edad y alto rango, el hombre daba un aire más bien… salvaje. Con su cabello canoso y encrespado, bigotes gruesos y ojos grises de contornos afilados, las facciones de Campbell me parecían las de un león enfurruñado.

—Llegas muy temprano —me dijo con voz grave y un acento muy bien modulado. Era claro que se trataba de un escocés educado en Inglaterra.

—Así es. Inspector Ian Frey. A sus órdenes, señor.

Ofrecí un apretón de manos pero Campbell ignoró el gesto.

—Ya sé quién eres —respondió ásperamente, con la nariz pegada a sus pilas de documentos.

Retiré mi mano enseguida y adopté la misma actitud severa. Nunca he rogado por simpatía.

—Me pareció pertinente reportarme ante usted.

—Ciertamente —murmuró Campbell mientras escaneaba otra pila de documentos con sus ojos de gato—. Veo que solías gozar de muy buena reputación, Frey —e hizo particular énfasis en *solías*.

Me rehusé a responder y permanecí en silencio, plantado firmemente sobre la alfombra. Después de leer sus documentos Campbell procedió a evaluarme. Su mirada era penetrante como pocas.

—Bien, Frey, me imagino que ya sabes de lo que este caso se trata *en realidad*. ¿Es correcto?

Así que ni siquiera se atrevía a mencionar el asunto en voz alta.

—Es correcto —fue mi escueta respuesta.

—Bien, bien —Campbell asintió lentamente, aun examinándome sin siquiera parpadear—. Antes de que empieces tu trabajo, quiero dejarte algo muy en claro: no me agrada tu presencia. Para nada. Tengo una lista de inspectores de primera que a esta hora ya podrían estar evaluando la escena, de no ser porque en Londres dudan de mi capacidad y me creen un pobrecillo funcionario provinciano. Y ahora me obligan a recibir a un dandi pomposo y frívolo cuya única referencia es ese escándalo en los periódicos sobre aquella pérfida Mary White.

—Mary Brown.

—¡Del maldito color que haya sido! Ten presente que necesitamos respuestas; pronto y sin excusas. Y también necesitamos a alguien que contrarreste la insensatez de tu nuevo departamento. No confiaré en ti hasta que me traigas resultados, ¿has entendido?

Me rechinaban los dientes de ira.

—Sí, señor. Si me permite agregar…

—Puedes agregar todo lo que te dé la gana cuando me hayas traído al culpable. Ahora vete, y no te atrevas a defraudar al reino de Su Majestad.

No me molesté en responder; simplemente di media vuelta y salí de la oficina con el estómago en llamas.

Antes de dejar la Alcaldía me acerqué al oficial que me había recibido y pregunté una vez más por el inspector McGray. El tipo aún no aparecía.

Bufé con frustración. Lo único que podía hacer era volver a Moray Place y esperar allí al escurridizo McGray. ¡Desperdiciar así la tarde cuando la investigación era tan urgente! Era desesperante, pero al menos tendría oportunidad de lavarme y cambiarme de ropa.

Estaba a punto de llamar un coche cuando escuché los gritos del oficial:

—¡Ei, ñor! ¡Vea, ahí'stá el Nueve-U… que diga, el inspector McGray!

Me volví rápidamente y vi a un jinete irrumpiendo en el patio de la Alcaldía. Desmontó y así vi por primera vez a Adolphus "Nueve-Uñas" McGray.

7

Lo primero que llamó mi atención fue su caballo. Era un animal espléndido de color castaño, patas musculosas y lomo sólido. La raza debía ser árabe o anglo-árabe, pues tenía un cuello largo e inclinado y un pecho hundido. Una mano larga y fuerte palmeó la cabeza del corcel. A esa mano le faltaba un dedo.

—Nueve-Uñas… —murmuré, recordando las palabras del chofer chimuelo y casi pronunciadas por el joven oficial.

Entonces miré a aquel hombre. Era un poco más alto que yo, así que su frente sobresalía bastantes centímetros por encima de la multitud. Tenía hombros muy anchos y extremidades largas y recias.

—¡Inspector McGray! —llamó el oficial—. Este ñor ha'stado buscándolo.

McGray se acercó con paso firme y tuve oportunidad de estudiar sus facciones. Su quijada cuadrada y amplios ojos azules sugerían que alguna vez había sido bien parecido, sólo que ahora lucía totalmente demacrado: sus ojos estaban enmarcados por unas ojeras renegridas y arrugas prematuras, sus mejillas se veían espinosas con una barba de varios días, y su cabello oscuro estaba salpicado de canas. A pesar de unas entradas incipientes, su cabello era abundante, aunque parecía que nunca se molestaba en peinarlo.

Sin embargo, su característica más notable —además de sus nueve dedos— era su atuendo: McGray llevaba estampado escocés de la cabeza a los pies: tartán café en los pantalones y tartán verde en el chaleco. Las únicas prendas sin la tradicional cuadrícula escocesa eran su arrugada camisa y su abrigo deshilachado; este último parecía haber sido festín de polillas durante años.

El tipo estaba empapado, y su cabello y ropa escurrían copiosamente como si hubiese cabalgado a través de medio Edimburgo bajo la fuerte lluvia. Estiró su mano derecha —la de sólo cuatro dedos— con un movimiento brusco que me salpicó todo el pecho. Me sacudí el agua de lluvia y me quité un guante para saludarlo.

—Inspector Ian Frey —saludé, evitando conscientemente decir "a sus órdenes".

Me dio un apretón de manos tan tremendo que sentí (y también escuché) cómo me tronaban un par de falanges. A pesar de mi mejor

esfuerzo, no pude reprimir una mueca de dolor.

McGray se rio y habló con una voz tan áspera como profunda, y tan escocesa como su horrible ropa:

—¡Oi! ¡Qué señorito tan delicado me mandaron! —miró al oficial —. McNair, ¿cuánto crees que nos dure el dandi?

McNair me miró con nerviosismo pero tuvo la prudencia de guardar silencio.

—¡Tucker! ¡Ven! —gritó McGray.

Tucker resultó ser un golden retriever que llegó corriendo desde la calle. El perro era bastante ligero para su raza y tenía un pelambre inusualmente claro. El animal se acercó para olfatear mi ropa, pero de pronto se levantó en dos patas queriendo lamerme la cara.

Di un paso atrás, viendo con horror cómo sus patas lodosas me embarraban la chaqueta, camisa y corbata de seda con inmundicia escocesa.

—¡Qué diablos! —grité, pero para Tucker fue como una invitación a jugar y continuó saltando alegremente contra mi pecho.

McGray estaba carcajeándose y en segundos todos los peatones en High Street observaban mi desgracia. Al fin McGray mostró algo de compasión.

—'Tá bien, Tucker. Deja en paz a la princesita londinense.

El perro obedeció, pero al retirarse sus garras se engancharon en mi ropa y escuché el desgarrón de mi corbata y mi camisa.

—*¡Coño!* —exclamé sin pensar.

Tucker dio vueltas alrededor de su amo, arrastrando jirones de seda francesa aún enredados en sus garras. Con la lengua de fuera, el hocico del animal parecía sonreír burlonamente.

Saqué mi pañuelo y estoicamente intenté limpiar el lodo de mi ropa.

—Apreciaría que en el futuro se abstuviese de llamarme "princesita londinense".

McGray volvió a reírse:

—Oi, ¡cuánta trinche formalidad! La princesita puede tutearme si es que no se le cae la tiara.

—¿Trinche…?

—Ay, se me olvidaba que los inglesitos no entienden si uno no les habla con tres trinches canicas en la boca. Y hablando de bocas, me muero de hambre. Ven y hablamos con unas cervecitas.

—¿Cerve…? ¡No he viajado desde tan lejos para beber "cervecitas"! —espeté—. Preferiría que empezáramos a trabajar lo más pronto po…

McGray me silenció con un vigoroso manotazo en la espalda, que

casi me tira de bruces.

—Nah. No sé tú, pero yo necesito mover el buche antes de trabajar.

Para entonces ya estaba cruzando el patio a grandes zancadas. Resoplé, contrariado, y tuve que seguirlo trotando patéticamente. Entonces me percaté de cuánta hambre tenía también; después de todo, no había probado bocado además del magro desayuno en el barco.

—Me han informado que el caso del violinista es extremadamente urgente —farfullé mientras marchábamos por la calle—. He visto en el reporte preliminar que el cadáver se encuentra en la morgue. Deberíamos examinarlo antes que nada.

—Ei, nos da tiempo —McGray me dirigió una sonrisa burlona—, aunque tienes que prometer que no te basquearás encima del Dr. Reed. Sé lo suavecitas que son las tripas de los sureños.

—Debes saber que tengo estudios de medicina, y que…

—Que los dejaste a medias por lo quisquilloso que eres —McGray hizo un guiño—. Yo también leí unos reportes preliminares.

Miré al cielo, rogando misericordia.

No esperaba comer en un lugar decente, así que no me sorprendió que McGray me llevara a una taberna mugrienta en el extremo oeste de High Street. El anuncio sobre la entrada rezaba *Ensign Ewart*.

—¿Qué le parece a Su Majestad? —preguntó McGray cuando entramos.

De inmediato vi que se trataba de uno de esos antiquísimos establecimientos que han sobrevivido a través de los siglos, y que al parecer continuarán abiertos para siempre.

El interior era bastante oscuro. Tal vez era por el día tan nublado, pero con sus ventanas pequeñas al estilo Tudor supuse que ni el día más soleado del verano sería suficiente para iluminar bien aquel tugurio. Los muebles estaban agrietados y carcomidos, y tan atestados que el lugar lucía bastante más pequeño de lo que ya era. Había barriles de cerveza apilados contra la pared opuesta, justo junto a la barra, que estaba repleta de botellas de licor, y de frascos llenos de cebollas y huevos duros conservados en vinagre.

—Qué pocilga tan pintoresca —fue todo lo que pude decir.

Vi un grupo de granujas arracimados en una larga mesa, y en cuanto escucharon mi voz, el más desharrapado de todos saltó de su asiento.

No deja de sorprenderme cuánto puede denigrarse la gente. Sé que debería mostrar más empatía, pero aquel vagabundo habría sido un reto para la piedad de la virgen María: cabello y cara grasientos, barba

repugnante llena de migajas y pedacitos de carne a medio masticar, ropa mugrienta y apestosa… De hecho, percibí la fetidez de su aliento en cuanto abrió la boca, a un metro de distancia. El hombre estaba totalmente intoxicado y gruñó en el dialecto más ininteligible:

—¡Jijos, iren quién llegó! ¡S'el Nueve-Uñas! —los otros hombres, igual de tomados, se rieron a carcajadas. Uno de ellos tumbó un tarro de cerveza que se derramó a su alrededor.

—Encantadora ubicación para almorzar —suspiré.

El rostro de McGray no estaba irritado sino más bien aburrido.

—Ei, ei —respondió, levantando la mano para mostrar el muñón que quedaba de su dedo anular—. Ve, no ha vuelto a crecer. ¿Nos dejas comer en paz?

—*¡Voy!* ¿No nos tocas tantito violín?

Los hombres se rieron tan fuerte que las paredes se cimbraron. Tucker ladró con fiereza, mostrando sus colmillos afilados.

—Qué borracho has de'star para atreverte a burlarte de mí… —McGray no lo dijo en tono amenazante, sino como si recitara un hecho.

—¡Mmmta! ¡El Nueve-Uñas va a llamar a sus espantos pa' que me vengan a jalar las patas! 'Tá igual de chiflado que su hermani…

McGray se movió como un rayo, haciéndonos saltar a todos. En una zancada alcanzó al borracho, lo asió del cuello y le azotó la cara contra la mesa más cercana, sujetándolo firmemente con una sola mano —la misma de la que el tipo acababa de burlarse—. Un salpicón de sangre manchó la madera vieja.

Las risas se ahogaron de inmediato y los otros tres rufianes se levantaron tambaleándose por el alcohol. Dejé caer mi paraguas, preparándome para la pelea, justo cuando uno de los borrachos se me echaba encima. Estaba tan ebrio que lo noqueé con un solo puñetazo directo a la cara. El tipo cayó de espaldas con la nariz sangrando.

—¡Oh, por el amor de Dios…! —suspiré, viendo que mi mejor guante se había embadurnado de sangre alcohólica. Saqué mi pañuelo y procedí a limpiarme meticulosamente.

—Ei, estás muy borracho —McGray repitió, apretando el cuello del hombre con gran fuerza. Su voz se había vuelto un siseo escalofriante.

El hombre agitaba sus brazos con desesperación, y McGray sujetó uno y lo torció hasta que escuché el crujir de huesos. Tucker ladraba con frenesí.

—¡¿Qué demonios estás haciendo?! —grité con horror, pero McGray me ignoró.

Se inclinó para susurrar al oído del rufián:

—Te sabes las reglas. Di lo que se te pegue la gana de mí, pero

nunca, *nunca* te burles de mi familia —el borracho se retorcía de dolor —. A nuestra Mary no le gusta tener gente de tu calaña en su taberna. Dile a tus cuates que se larguen.

El hombre más pequeño dio un salto al frente. Pensé que iba a atacarme también, pero el pequeñajo simplemente corrió despavorido hacia la calle. El último de los borrachos tomó de las muñecas al hombre caído y lo arrastró aparatosamente hacia la salida.

—¡Mira nomás! —exclamó McGray, estrujando el cuello del granuja un poco más fuerte—. Ni tuviste que decirles nada.

Y sujetándolo del cuello lo levantó y lo empujó a la salida, para lanzarlo de bruces a las calles enlodadas. Hubo una ola de carcajadas de los transeúntes.

—Lástima que te haya tocado ver eso —dijo McGray al volver, tan casualmente como si acabara de aplastar una mosca. Los pocos clientes de la taberna nos observaron por un segundo, pero de inmediato volvieron a sus asuntos con toda naturalidad. McGray se veía igual de sereno: se arrellanó frente a una mesa cerca del fuego, masajeando su mano y limpiándose los salpicones de sangre con el faldón de su abrigo—. ¡Buen golpe, Frey! No me esperaba ese gancho derecho de un inglesito como tú.

Pero yo seguía escandalizado.

—¡Aca… acabas… acabas de romperle un brazo a ese hombre!

Nueve-Uñas se encogió de hombros:

—¡Va! Tanto alboroto por una simple astilladita; esos chacales sanan de la noche a la mañana. Aunque sí me siento algo culpable… —no podía haberse visto más despreocupado—. ¿Cerveza?

Lo único que pude pronunciar fue un balbuceo ininteligible.

—¡Oi, Adolphus! —exclamó una voz gruesa. Al volverme vi que una muchacha regordeta se acercaba con un trapeador y un cubo de agua. Llevaba puesto un delantal manchado que apenas alcanzaba para rodear su amplia cintura, y su cabello pelirrojo era una explosión de rizos tan anaranjados como las pecas de su cara—. Perdón por esos brutos. ¡No los puedo controlar!

McGray se rio y sus ojos brillaron cuando le habló a la muchacha. Las arrugas a ambos lados de su boca se acentuaron con la risa, pero extrañamente le daban un aire más bien infantil.

La mujer empezó a limpiar la sangre y la cerveza derramada, con sus ojos verdes fijos en mí.

—¡Uy, te mandaron uno guapo!

—¡Oi, Mary! Qué gallinita tan coqueta eres. No me digas que te tiemblan las piernas por un inglesito tan paliducho y esmirriado. Frey, por dios, siéntate; no te quedes ahí estirado como astabandera.

Cuando vi la silla grasienta pensé en darle una limpiada con mi pañuelo, pero decidí que no era necesario, Tucker ya había arruinado mi ropa. El flojo sabueso estaba echado justo frente a la chimenea, disfrutando del calor; difícil de creer que menos de un minuto antes estaba gruñendo como lobo salvaje.

Iba a decir algo pero McGray alzó una mano para silenciarme:

—Bien, ahora comamos en paz. Mary, ¿qué hiciste hoy?

—Lo de siempre, pero también me trajeron un paquete de haggis.

—¡Pues tráemelo, mujer! —dijo McGray, todo entusiasmo—. Y una pinta de cerveza.

—¿Haggis pa' tu amigo también?

Resistí la necesidad de carcajearme. El estómago de una oveja relleno de su sangre y otras tripas picadas no era mi almuerzo ideal.

—Una simple empanada será suficiente —dije tan cortésmente como me fue posible.

—¿Quiere decir un bridie, ñor?

—¿Quise decir *qué*, disculpe?

—Ei, tráele un bridie —tradujo McGray.

En poco tiempo Mary trajo una cacerola humeante y sirvió varios cucharones de haggis en el plato de McGray. Debo admitir que el aroma a carne y especias no era del todo desagradable, pero preferiría besar una letrina pública antes que probar algo con esa apariencia. Aquello parecía el bolo alimenticio rumiado por una vaca, sólo que empapado en grasa y del color grisáceo más repulsivo. Después Mary me trajo una empanada de carne.

—¿Quiere gravy pa'l bridie? —me preguntó, al tiempo que hundía un cucharón en otra cacerola. Lo extrajo lleno y escurriendo un fluido marrón y viscoso.

—No, se lo agradezco.

—¿Una pinta?

—No, se lo agradezco.

Mary miró a McGray con desconcierto, pero él sólo se encogió de hombros. En cuanto probé la empanada terriblemente seca todo tuvo sentido.

McGray procedió a devorar las horrorosas tripas fritas, masticando escandalosamente y salpicando comida y bebida a su alrededor. Me sentí enfermo sólo de verlo, pero mirar en otra dirección era inútil, pues aún podía escucharlo relamerse los labios con singular regodeo.

Lancé un suspiro y no pude reprimir un comentario desdeñoso:

—¿Qué fue lo que salió mal contigo?

McGray me echó una mirada inquisitiva:

—¿Mal cómo?

—Vives en el vecindario más opulento de esta ciudad, obviamente tienes el carácter tempestuoso que ayuda a abrirse paso a los puestos más altos de las fuerzas policiacas, y (me duele admitirlo) tienes cierta actitud que me hacer suponer que no eres totalmente estúpido…

McGray me observó con ojos penetrantes:

—Ei, gracias. ¿Pero…?

—Pero te vistes como el bufón de la reina María Primera de Escocia, has instigado la creación del departamento más ridículo en la historia de la policía británica, y por lo visto te fascina pasar tu tiempo en los chiqueros más inmundos en la faz de la Tierra… Sin afán de ofender.

Lo último lo dije para la dueña de la taberna, que justo entonces trapeaba a centímetros de mí. Afortunadamente sólo respondió con un vago "¿Eh?"

McGray se rio entre dientes antes de levantar su pinta y beber un larguísimo trago. Al sostener el vaso su dedo faltante era más que evidente.

—No te burles de nuestra Mariquita Primera. Su fantasma aún vaga por toda Escocia… ¡y no menees los ojos así cada vez que te hablo, o te quiebro los brazos de charamusca que tienes! 'Ora dime, ¿qué te han contado de mi subdivisión?

Estaba tentado a preguntarle cómo había perdido el dedo, pero preferí guardar el tema para después.

—He tenido conocimiento de tu subdivisión desde hace muy poco. Me asignaron apenas anteayer.

—La típica respuesta educadita y vaga de un inglés —me dijo—. ¿Sabes lo que vamos a investigar?

—Mis superiores las han llamado… "apariciones".

—¿Y qué opinas de las "apariciones"?

Tragué dolorosamente el bocado seco de "bridie" y lo sentí descender por mi garganta como una soga hecha nudos.

—Mi opinión no importa.

—Crees que estoy chiflado, lo sé, pero esos detallitos me importan un bledo. La gente se burla de mí a cada rato, como acabas de ver. Al menos tú usarás palabras bonitas y pomposas que tal vez no haya escuchado aún.

Lancé un suspiro:

—Verás, ni siquiera tengo la energía para pensar en un discurso elaborado. Los fantasmas y espíritus solían exaltarme cuando era pequeño y necesitábamos una buena historia de horror para contar junto al fuego. Pero afortunadamente la mayoría crecemos y nos olvidamos de todo aquello.

McGray lanzó una carcajada:

—Ei, eres uno d'esos que chilla "McGray, vas a arruinar tu carrera" y mierda por el estilo; lo he oído todo. Y de seguro tus jefes te dijeron que sólo seré un estorbo mientras persigues al heredero de Jack el Destripador.

El infame nombre me golpeó como una pedrada. ¡McGray lo sabía todo!

Alcé la mirada tan bruscamente que casi me torcí el cuello.

—¿Cómo es que sabes…? Se suponía que no…

—No sólo leo reportes y cuentos de fantasmas. Sé que te enviaron porque temen que su destripadorcillo inspiró a algún escocés a…

—*¡Sshhhh!* ¡El caso es tan delicado que sólo un puñado de almas lo saben, y tú lo balbuceas al detalle en este asqueroso cuchitril!

McGray rió a carcajadas y sentí fuego en el estómago.

—Créeme, los escoceses no necesitamos robar ideas cuando de depravación se trata. Y si así fuera, créeme que el último lugar al que miraríamos sería a la acolchonadita Inglaterra.

—Sin importar lo que pienses —susurré—, este caso ha llegado en el peor momento y es crucial que se resuelva, así que no esperes que salte de emoción cuando me pidas que salgamos a cazar fuegos fatuos.

McGray sonrió de oreja a oreja:

—Oi, así que has leído nuestra lista de casos. Ei, vamos a investigar esas lucecillas.

—No me interesa investigar flamas de metano producidas por materia en descomposición. Preferiría que acabaras de engullirte esa plasta de inmundicia para que podamos empezar a trabajar en el caso.

Empujé mi plato. Aún me sentía famélico, pero me era imposible pasar otro bocado.

—¿No te vas a comer tu bridie?

—Absolutamente no. Es el equivalente culinario de una patada en las ingles.

Afortunadamente McGray comía a toda velocidad y pronto estuvimos fuera del Ensign Ewart. Rápidamente abrí mi paraguas, imaginándome que los inquilinos de aquellos edificios podrían vaciar sus bacinicas hacia la calle en cualquier momento.

McGray, caminando inmutable, me miró con menosprecio:

—No puedo creer que un dandi tan delicado como tú haya atrapado a la Piadosa Mary Brown.

Suspiré, pensando en la gloria de aquellos días:

—Pues tampoco la habrías creído culpable de haberla visto: era una mujercilla diminuta con ojos de corderito y voz de monja. Pero su *modus operandi* era obvio: todos los cuerpos mostraban indicios

innegables de envenenamiento por arsénico. Lo cual me recuerda… quisiera examinar el cuerpo de Fontaine lo más pronto posible.

—Ei. Hablé con el encargado de la morgue en la mañana. Ya debe tener listo el reporte de la autopsia.

—Deberíamos ir ahí directamente —sugerí, ansioso de comenzar el trabajo de verdad—. Aún no sé qué clase de instalaciones tengan en sus morgues; el cadáver bien podría estar agusanándose en este preciso momento.

Aunque lo dije en broma, mis palabras resultarían casi proféticas.

8

Convenientemente, la morgue ocupaba uno de los sótanos de la Alcaldía, aunque, para mi gusto, demasiado cerca de lo que sería nuestra oficina.

Sentí un escalofrío repentino cuando sus puertas se abrieron, pues aquella morgue era tan deprimente como su contraparte londinense: la estrecha recepción sólo tenía los muebles más esenciales, y sus paredes de mosaico estaban opacas tras años de ser limpiadas y relimpiadas. Las morgues siempre lucen así: ordenadas, higiénicas y funcionales… y tan frías a la mirada como lo son a la piel.

Nos recibió un jovencito al que confundí con el recepcionista. Tenía mejillas redondeadas y ojos azules y vidriosos que lo hacían verse como un mocoso. Su inmaculada bata de laboratorio me sacó de mi error.

—Buen día, inspector McGray —dijo con un acento bien modulado, aunque inconfundiblemente escocés—. No esperaba que viniera tan temprano.

—Ni yo. Aquí el nuevo está ridículamente ansioso de empezar su trabajo —respondió McGray—. Frey, éste es el Dr. Reed, nuestro forense en jefe.

—¡Dr. Reed! —repetí sin creer lo que oía. Sabía lo difícil que era encontrar buenos médicos forenses, pero nunca pensé que una morgue pudiera ser administrada por alguien tan joven—. Dime qué edad tienes, por favor.

El jovencito levantó la quijada con orgullo:

—Veintitrés, señor —de inmediato vio mis cejas arqueadas y agregó con aún más entusiasmo—: Me gradué con dos años de antelación.

—Ya veo… ¿Y eso fue hace…?

—Emmm… tres meses. ¡Pero tengo mucha experiencia de campo!

—Al menos éste sí se graduó —agregó Nueve-Uñas, avivando las llamas en mi estómago—. ¿Terminaste la autopsia, Reed?

—Por supuesto, inspector. Aquí la tengo —Reed fue al pequeño escritorio y sacó un expediente bastante grueso—. Recibí una nota del superintendente Campbell pidiéndome que le diera prioridad a este caso. También me advirtió que es totalmente confidencial.

Reed me entregó el expediente.

—¿Puedes mostrarnos el cadáver? —pregunté—. Quisiera examinarlo personalmente.

—Oh, me temo que no será posible, señor. Lo entregué a la familia esta mañana.

Mis ojos casi se me salen de sus cuencas:

—¡¿Que hiciste qué?!

Reed palideció:

—Pue… pues… su sobrino-nieto deseaba sepultarlo al lado de la difunta esposa… y eso está demasiado lejos.

Respiré profundo. El muchacho debía estar bajo mucha presión y no ganaría nada intimidándolo.

—Necesito ver ese cadáver. Tendrás que pedirles que lo devuelvan —esperé a que Reed me respondiera, pero sólo tartamudeó—. ¿Y ahora cuál es el problema?

Se olvidó de modular su acento escocés:

—Oi, pues eso no se va a poder, ñor.

—¿De qué rayos hablas?

—Bueno… ehhh… lo van a enterrar en Calais, ño… señor. Por eso es que accedí a entregarlo tan pronto. Me dijeron que el barco zarpaba hoy al mediodía.

—¡¿Qué?!

—¡Pero le aseguro que mi reporte es exhaustivo!

—*¡Eso no me importa!* ¡No vuelvas a deshacerte de cadáveres sin nuestra autorización! ¿Entendido?

—¡Basta! —rugió McGray justo cuando Reed estaba a punto de romper en llanto. Me arrebató el expediente con una mirada fulminante—. Mejor leamos el trinche reporte antes de que quemes al pobre en leña verde.

Solté un bufido:

—Bien, supongo que no tiene remedio. Incluso si mandáramos traer el cuerpo de Calais, para cuando llegue ya estaría más pútrido que tu plato de haggis —Reed estaba mordiéndose las uñas con vehemencia y me sentí algo culpable—. Está bien, está bien, pero no vuelvas a hacer algo así en el futuro.

McGray leyó en voz alta:

—Silvín Fontín…

—Sylvain Fontaine —acoté.

—¡Oh, shush! Veamos… Sexo masculino, cincuenta y ocho años de edad… ¡guau, noventa y cinco kilos! No era una varita de nardo. Emm… ei, aquí'stá: garganta y abdomen abiertos, sin marcas de lucha…

—Un hombre mayor con sobrepeso no sería difícil de subyugar —

dijo Reed.

—Un corte a todo lo largo del abdomen… —prosiguió McGray. Entonces levantó las cejas—: Faltaban varios órganos: corazón, hígado y la mitad de los intestinos.

—Qué belleza —murmuré con sarcasmo, recordando la autopsia de Mary-Jane Kelly, la última víctima del Destripador. También le habían extirpado el corazón, pero ese detalle aún no llegaba a los periódicos —. ¿La incisión se veía como si la hubiera practicado un hombre con entrenamiento médico? —le pregunté a Reed, buscando más factores en común.

—Emmm… no le entiendo, señor.

—¿Era un corte limpio y recto o… despedazamiento?

—Oh, el corte era muy burdo: el músculo incluso estaba desgarrado en ciertos puntos. Lo menciono todo en el reporte —el muchacho claramente intentaba contrarrestar su error, pues pronto añadió—: También se tomaron fotografías en la escena antes de que trajeran el cuerpo, y algunas más durante la autopsia.

Suspiré con alivio. Debí saber que un caso tan importante como éste (a la altura del de Jack el Destripador) sería documentado por un fotógrafo.

—Bien. ¿Cuándo esperas que el revelado esté listo?

—Está programado que envíen las fotografías a su oficina en dos o tres días, pero puedo hablar con el fotógrafo. Es buen amigo mío, y si tenemos suerte podrían estar listas mañana por la tarde.

—Eso nos ayudaría mucho —dijo McGray, palmeando el hombro del muchacho—. ¿Nos podemos llevar el reporte?

—Adelante, señor.

—Y mejor nos damos prisa, McGray —le dije—. Quisiera inspeccionar la casa de Fontaine mientras aún tenemos algo de esta magra luz de día.

—Ya, princesita, no me gusta que me traigan a las carreras todo el tiempo —y se volvió hacia Reed para conversar calmadamente sobre la madre y la prometida del joven. Los miré con impaciencia, tamborileando en el piso con mi zapato. Cuando al fin nos dirigíamos a la salida, Reed corrió tras nosotros:

—¡Oi, casi se me olvida! Mr. Campbell me pidió que les diera esto —nos entregó dos llaves de bronce—. Éstas son las únicas llaves que abren el cuarto donde encontraron a Fontaine. Lo desconcertante es que el cuarto estaba cerrado con llave desde dentro. Estas dos copias fueron encontradas en el interior.

Tomé ambas llaves, que eran duplicados perfectos. Reed hizo una reverencia y volvió a la morgue.

McGray habló en voz baja cuando subíamos las escaleras:

—Tenle un poco de consideración. Sé que está un poquito verde, pero es muy bueno en su trabajo.

—Se ve capaz —contesté—, pero para él este caso puede ser demasiada carga y demasiado pronto.

McGray mostró una mueca sombría:

—Ei, ahí puede que tengas razón.

*

Decidimos tomar un carruaje a la calle de Abbey Hill, donde la víctima había vivido… y muerto. Oscurecería muy pronto, y aunque McGray se había mofado de mi prisa, en realidad estaba igual de entusiasmado con la investigación.

La lluvia había cesado pero la niebla persistía, y las torres y chimeneas del Palacio de Holyrood emergieron lentamente conforme descendíamos la pendiente de High Street. Cuando rodeamos el palacio vi las ruinas sin techo de la antiquísima Abadía de Holyrood. Bajo las nubes negras y con las laderas rocosas del Trono de Arturo en la distancia, el grupo de construcciones parecía un grabado salido de una novela gótica. Tal vez era por todas las historias tétricas que había escuchado de aquel lugar en mi niñez, o por la portentosa arquitectura gótica de sus torres frontales, o quizá porque las rocas erosionadas de la abadía daban la impresión de haber yacido ahí desde el principio del tiempo.

—¿Por qué a ustedes los escoceses les encanta dejar construcciones derruidas o incompletas? —le pregunté a McGray—. Mira esa abadía reducida a escombros… es deprimente.

—Pues fueron ustedes inglesitos y sus condenados protestantes los que la saquearon y la dejaron así.

—Debo decirte que provengo de una muy prominente familia protestante. Mis ancestros fueron amistades cercanas de Martín Lutero, y…

—¡Oi, ya cállate! Suenas como la reina Vicky presumiendo el árbol genealógico de sus perras de caza.

El carruaje nos llevó hacia la curveada calle de Abbey Hill, que claramente recibía su nombre de las ruinas cercanas. Se trataba de una fila de casas estrechas pero elegantes, y el cochero se detuvo frente a una de las residencias centrales.

McGray llamó a la puerta y casi de inmediato nos atendió una mujer bajita y regordeta. Tenía una nariz enorme y su cara estaba arrugada como una pasa.

Nueve-Uñas dio un paso al frente:

—'Nas tardes. Inspector McGray, pa' servirle. Y aquí la princesita empingorotada es el inspector Frey.

—Eh… Ei, me dijeron que más gentes vendrían a investigar pronto. Pasen —el ama de llaves nos guió a un recibidor colmado de cajas y envoltorios—. Disculpen el tiradero, pero la casera de Mr. Fontaine me pidió que desalojara la casa de inmediato.

—No me sorprende de la vieja —dijo McGray, pero sin más explicación.

—¿La escena del crimen no ha sido alterada, espero? —le pregunté de inmediato.

—Para nada, ñor. Ni siquiera tengo las llaves. Ese fotógrafo tan maleducado se las llevó después de que irrumpieron al cuarto de mi patrón.

—Esas llaves han llegado a nuestras manos —respondí, mostrándole el juego—. ¿Nos indica el camino?

La mujer nos llevó al primer piso y señaló la puerta correspondiente.

—Ahí lo tienen. No quiero ver, pa'serles honesta, pero estaré abajo en la cocina si necesitan algo.

—Gracias, ñora —le dijo McGray—. En un rato bajamos pa'cerle unas preguntas. Espero que no la molestemos mucho.

Al contrario, los ojos de la mujer brillaron de emoción:

—Oh, por supuesto. Voy hacer un poco de té si les apetece.

—Excelente, ñora —le dijo McGray con un guiño, pero me habló con urgencia en cuanto la vimos marcharse—. ¡Abre, Frey!

Casi le pregunto cómo es que me llamaba por mi nombre en vez de "princesita" o algo peor, pero me detuve a tiempo; McGray me habría preguntado si extrañaba el apodo.

Me costó trabajo girar la llave en el cerrojo.

—La llave está desgastada —pensé en voz alta—. Parece que cerraban este cuarto con mucha frecuencia.

En cuanto abrí la puerta emergió un olor ligero pero aun así nauseabundo. Entramos a un amplio estudio que ofrecía una vista dramática del palacio y, especialmente, de los escombros de la abadía. La ventana estaba rota y había trozos de vidrio esparcidos por la alfombra. Vi una repisa repleta de partituras y conté tres violines suspendidos encima, colgados de elegantes ganchos de bronce. Noté que faltaba uno, pues había un cuarto gancho sin instrumento. Junto a la chimenea había un escritorio cubierto de papeles y un atril de madera para sostener partituras. A primera vista se trataba de un estudio cómodo en el que hasta mi hermano Myles habría deseado practicar, especialmente con una vista tan inspiradora.

—Aquí —dijo McGray, arrodillándose al pie del atril.

Sólo al bajar la mirada me percaté de aquel horror.

Había un símbolo torcido en la alfombra verde, pintado apresuradamente con sangre que ahora, coagulada, lucía casi negra. Era un triángulo alargado e invertido, como la punta de una flecha, dividido verticalmente por una línea recta. En su interior habían dibujado cinco ojos de pupilas verticales, dos en la mitad izquierda y tres en la derecha. Los trazos eran burdos, casi primitivos, y le daban a esos ojos una mirada tan inexpresiva como perturbadora… como los ojos fijos de una serpiente.

Salpicados alrededor había algunos jirones de carne reseca (quienquiera que hubiese removido el cadáver lo había hecho a toda prisa). Reconocí el color blanquecino característico de los intestinos y el amarillo repugnante del tejido adiposo. El olor a putrefacción de pronto me pareció más intenso, como si la escalofriante imagen lo acentuara.

—No me esperaba esto —McGray murmuró con ansiedad, sin poder apartar la vista del dibujo—. Esperaba un pentagrama, o una cabeza de chivo, o alguna idiotez de ésas… Esto es serio, Frey; muy serio.

—¿De qué hablas? Jamás había visto este garabato.

Los ojos de McGray se agitaron con un millón de pensamientos:

—Exacto… muy pocos lo han visto.

Junto al símbolo había un gran embarrón de sangre, de un rojo más oscuro que las manchas alrededor. McGray lo palpó cuidadosamente.

—Lo atacaron mientras tocaba —señaló el atril. No había partituras en él, sólo diminutas gotas de sangre en la esquina superior —. Cayó y lo desmembraron en este punto, donde escurrió la mayor parte de su sangre…

La mancha principal estaba junto al escritorio, debajo del cual vi el violín faltante, como si se agazapara entre las sombras. McGray estiró un brazo y lo levantó con cuidado. El instrumento tenía un barniz de tono rojizo intenso, que reflejaba la luz sobre la superficie curvada. Parecía ser extremadamente viejo, como uno de esos violines del siglo XVII que Myles a veces tocaba en préstamo.

La característica más peculiar es que no tenía una voluta en forma de caracol, como los violines comunes tienen al final del diapasón. En su lugar tenía una cabeza de león finamente tallada, y con dos ojos azules de vidrio soplado.

—Bonito instrumento —dijo McGray, examinándolo en todos los ángulos. El fondo del violín era de madera de maple, que

naturalmente tenía franjas oscuras como la piel de un tigre; también tenía una barbada inusual hecha de limpísimo palo de rosa. El frente del instrumento también estaba salpicado de sangre, sólo un poco más oscura que el color del barniz. McGray lo depositó cuidadosamente sobre el escritorio.

—Así que asesinaron a Fontaine y después lo usaron para su ritual satánico —resumí; a veces hablar en voz alta me ayuda a hilvanar los hechos—. Estaba de pie en este punto, con el violín en sus manos…

Me planté frente al atril e intenté imaginarme cómo habría sido la escena para Fontaine… cómo se habría sentido en aquellos momentos.

—¡Mira! —dije en un susurro—. ¿Cómo es que…?

—¿Cómo es que qué?

—Por supuesto. El atril está vacío. Mira esto.

Y le señalé a McGray lo que había encontrado: un pequeño semicírculo de sangre, cuyo lado izquierdo era perfectamente recto.

—Alguien retiró la partitura *después* de matarlo —McGray dedujo inmediatamente—. La mitad que falta de esa gota cayó sobre la página que después alguien quitó de aquí.

Rápidamente buscamos en el piso y entre las partituras del escritorio, pero ninguna de ésas estaba salpicada de sangre.

—No tiene sentido —dije—. ¿Por qué llevarse unos papeles cuando… me pasas el violín? Quiero ver a través de las efes.

McGray se rió:

—¿Las efes? Qué nombre tan refinado para dos hoyos…

Bufé y le arrebaté el instrumento.

—Qué pueril…

Entonces miré la cavidad del violín. La madera del interior delataba también la antigüedad del instrumento, pero aun así encontré una marca que no fue difícil de descifrar.

—Este violín fue hecho por un "N. Amati"… suena familiar… ¡en 1629! Este violín debe valer cientos, si no es que miles de libras. Y ésos en la pared me imagino que deben ser igual de valiosos. ¿Por qué no robarlos también?

—No hace falta ver los violines para saber que el objetivo del asesinato no fue el robo. Me basta ver eso —McGray señaló los ojos pintados en la alfombra.

—¿Entonces por qué llevarse esa partitura?

—Especulemos sobre eso después —sugirió McGray—. 'Ora prefiero investigar cómo es que el asesino entró al estudio.

—Oh, me imaginaba que tu principal sospechoso sería un duendecillo malvado capaz de atravesar la pared.

McGray ignoró mi comentario:

—Me comentaron que Fontín se encerraba para practicar. Después del asesinato su ama de llaves tuvo que llamar a la policía y los oficiales tuvieron que romper la ventana para entrar.

—¿La ventana? Pero si estamos en el segundo piso. ¿Por qué no rompieron la cerradura?

McGray sonrió con amargura:

—Fontín tenía una casera del demonio… Una bruja tacaña y miserable.

—Oh. Asumo que la conoces.

—Todo el mundo en Edimburgo la conoce. La vieja no quería que se dañara su propiedad, y esa puerta es de roble del bueno —McGray arrugó la nariz con desagrado—. Como haya sido, los oficiales encontraron las dos llaves en este escritorio y las confiscaron bajo órdenes de Campbell. Además de Fontín, la única otra persona en casa a la hora de su muerte fue la viejita que nos abrió la puerta, y no da pinta de ser capaz de destripar a su jefe.

—No la descartaría tan pronto. Recuerda lo que te conté sobre la Piadosa Mary Brown. Tal vez haya tenido una tercera llave de la que no sabemos nada.

—En un rato la interrogamos —asintió McGray—. Y si no fue ella, entonces el asesino debió entrar por… —dio unos pasos hacia la ventana rota—. El fotógrafo me dijo que esta ventana tenía un candado cuando los oficiales irrumpieron; la ventana sólo pudo haberse cerrado desde dentro —dio media vuelta y me vio meditabundo—. ¿Se te'stá ocurriendo alguna brillante idea?

—Desafortunadamente estoy pensando en otra pregunta. Si no hay forma de que alguien pudiera entrar, hay más de un problema en cuanto a la forma de salir.

McGray me prestó total atención:

—Continúa.

—La autopsia decía que faltaban órganos (intestinos, corazón e hígado) pero mira la alfombra. No hay manchas además de donde Fontaine yacía. No hay un rastro dejado por la sangre; nada que indique hacia dónde se llevaron los órganos.

—Bien pensado, dandi —McGray contempló el piso y después señaló la chimenea—. ¿Crees que los hayan quemado?

—¿En un hogar tan estrecho? Lo dudo.

Ambos nos arrodillamos frente a la chimenea e inspeccionamos el montículo de cenizas. No había nada inusual allí.

—Puede que hayan tenido espacio suficiente para quemar el corazón y el hígado —dije—, pero los metros de intestinos faltantes definitivamente no. Al menos no sin salpicar todo alrededor. Tienen

que habérselos llevado.

Miramos a nuestro alrededor, totalmente confundidos. En mi experiencia, la escena del crimen casi siempre sugiere los eventos con toda claridad; éste era uno de esos casos extremadamente inusuales en los que la primera inspección sólo creaba más preguntas que respuestas. Suspiré, pensando que la tarea iba a ser mucho más difícil de lo que esperaba.

—No creo que logremos mucho nomás aquí parados —dijo McGray.

—Bien. ¿Deseas que hablemos con el ama de llaves?

—Ei, pero antes de eso —Nueve-Uñas tomó un leño medio quemado de la chimenea y lo restregó vehementemente sobre la alfombra, borrando los cinco ojos perturbadores. Continuó hasta que sólo quedó una mancha renegrida de carbón. Entonces lanzó un suspiro de alivio y volvimos a cerrar el cuarto con llave.

*

La cocina aún estaba ordenada y limpia, y el ama de llaves nos sirvió el té tan amablemente que no pude dejar de sentir un dejo de simpatía. A pesar de ello, me habían entrenado para mirar a todos con sospecha.

—Disculpen que no les ofrezca asientos en la salita. Todos los muebles ya'stán embalados y listos pa'que se los lleven.

—No se preocupe, seño —dijo McGray, tomando una taza de té, que se veía diminuta entre sus cuatro dedos gruesos—. ¿Cómo la llamo?

—Pos me llamo Hill, ñor, pero todos me dicen Amá Hill —la mujer permaneció de pie frente a la mesa, estrujando un trapo con sus manos arrugadas.

—Siéntese —le ofreció McGray, pero la mujer negó con la cabeza.

—Gracias, ñor, pero no sería apropiado.

—Insisto —reiteró McGray, moviendo una silla, y la mujer accedió, visiblemente halagada. McGray parecía saber cómo ganarse la confianza de un testigo desde el primer momento—. Así que había trabajado pa' Fontín un buen rato, ¿eh, Hill?

—Ei, ñor. Desde que llegó a Edimburgo… emm… hace más de veinte años… ¡Dios, casi treinta!

—¿Buen patrón?

—¡Oi, el mejor del mundo! Jamás me levantó la voz; siempre fue tan educado y tan considerado con sus empleados. Cuando se me murió mi marido, Mr. Fontín se deshizo en atenciones y se encargó del funeral y todo, absolutamente todo —los ojos se le empañaron y tuvo

que usar el trapo para enjugarse las lágrimas—. Ustedes disculparán, pero fue todo tan repentino…

—¿Por qué se encerró en el estudio? —le pregunté en cuanto estuvo más calmada.

—Casi siempre lo hacía cuando practicaba. Era mi culpa: el ñor tocaba horas y horas sin descanso, sin comer o beber. Yo acostumbraba meterme y llevarle una bandeja con viandas. No le gustaba que lo interrumpiera pero era demasiado educado para reprenderme, así que al final acabó por encerrarse cuando quería privacidad. Hasta confiscó el duplicado de la llave y nunca volvió a darme otro.

—¿Se encerraba con frecuencia? —pregunté.

—Ei. Varias horas casi todos los días, sobre todo cuando tenía conciertos por venir.

Asentí, recordando la llave desgastada, y supe que Hill estaba diciendo la verdad; son esos detalles, en apariencia triviales, los que suelen confirmar o refutar la honestidad de un testigo. Pero aún me parecía que había algo raro en la historia de Fontaine.

—¿Era un buen músico?

—¡Pues claro, ñor! Era un genio.

Arqueé una ceja:

—¿Entonces por qué tenía que practicar tanto? Según entiendo, son los estudiantes y los músicos jóvenes los que necesitan más tiempo.

Amá Hill meditó por un momento.

—Bueno, ñor, mi patrón sí necesitaba la práctica. Tal vez haya sido su edad, pero en los últimos dos que tres años como que perdió algo de habilidad.

—¿Se volvió malo de verdad? —preguntó McGray.

—Oi, no'stá bien que lo diga, pero a veces tocaba horrible. Hubo un tiempo, hace unos años, en que sonaba como si'stuviera rascando alambre de púas como los principiantes. Fue entonces cuando empezó a practicar más y más. De poco a poquito volvió a su nivel anterior, pero ya nunca pudo mantenerse allí sin horas y horas de práctica.

Recordé las palabras de mi hermano. Myles decía que los violines no son para nada instrumentos nobles: el sonido trémulo y expresivo que los hace famosos sólo se obtiene después de años de práctica, e incluso periodos cortos de inactividad pueden mermar la capacidad de un músico.

—¿Recuerda qué hizo Fontaine más temprano aquel día? —le pregunté.

—¡Pos claro que me acuerdo! —replicó, casi ofendida ante la

sugerencia de que la memoria le fallara—. En la mañana fue al conservatorio de música, como cualquier otro día. Regresó a casa después de ir al laudero, de donde recogió un violín que le habían estado reparando. Comió su cena y después subió a su estudio pa'practicar.

—¿Escuchó algo fuera de lo común?

—Ay, no, ñor, ¡y he tratado harto de acordarme! —sonaba en verdad mortificada—. Estuve en la cocina todo el tiempo, y cuando me fui a dormir, Mr. Fontín seguía tocando.

—¿Tonces usted estaba dormida cuando… cuando sucedió? —preguntó McGray.

—Ei, ñor.

—¿Dónde está su cuarto?

—Es ése —contestó, señalando una puerta estrecha en el extremo más alejado de la cocina. Tenía sentido: las habitaciones de los sirvientes solían estar bastante lejos de los cuartos privados de sus patrones. Hill no habría escuchado nada desde allí.

—¿Diría usted que algo… anormal sucedió durante la noche?

Hill abrió la boca pero no emitió sonido alguno, claramente reprimiendo algo. Estuve a punto de decirlo pero McGray habló primero:

—Algo que no quiera decirnos, ¿seño?

La mujer sacudió la cabeza:

—Ay, ñores, van a pensar que soy una vieja senil…

McGray se inclinó hacia ella y habló con gentileza:

—No la juzgaremos, seño. Y lo que pueda decirnos tal vez nos ayude a atrapar al desgraciado que hizo esto. Cuéntenos, por la memoria de su patrón.

Hill tragó con dificultad, limpiándose más lágrimas:

—Esa noche el patrón estaba tocando… una pieza… *horrible*.

McGray frunció el ceño:

—¿Horrible? ¿Como cuando parecía que estaba raspando alambres?

—No, ñor. No es que estuviera tocando mal. Quise decir que… la música era horrible… me puso la carne de gallina.

Los ojos de McGray se agitaron con interés.

—Siga. ¿A qué sonaba?

—Ay, no sé cómo explicarle —Hill se rascó el cabello gris—. Sonaba como una de'sas piezas bien difíciles que le gustaba tocar… pero me dio escalofríos. Sonaba como… como puñaladas… y luego era como si el violín temblara. El miedo mismo ha de sonar así…

—¿Y reconocería esa pieza si la volviera a escuchar? —preguntó

McGray.

—Claro, ese sonido no se me olvidará nunca.

—¿Eso es lo que temía decirnos?

Sus ojos me dijeron que no era todo.

—No, ñor… Era un sonido espeluznante pero eso no es lo raro. Podría jurar que… sonaba como si hubiera muchos violines tocando en el estudio… pero mi patrón era el único ahí.

Hill se mordió el labio y no dijo más. Sus ojos nerviosos esperaban nuestra reacción.

—¿Tá completamente segura? —preguntó McGray con toda paciencia.

—Como les dije. 'Ora creen que'stoy loca, pero eso es lo que oí. Habría jurado que había tres o cuatro violinistas en el estudio aquella noche. Y tengo buen oído; fui a muchos ceilidhs cuando era joven.

—¿Ceilidhs? —pregunté.

—Bailes —informó McGray de mala gana antes de volverse de nuevo a la mujer—. No se preocupe, seño, le creemos —se bebió de un golpe el resto del té—. De mi parte es todo, a menos que la princesilla tenga más preguntas.

Resoplé enojado ante el calificativo antes de contestar:

—Sólo una. ¿Cómo se llama el laudero que ha mencionado?

—Uy, no sé. Todos le dicen Joe el Rascatripas.

—¿Acaso los escoceses no pueden llamar a nadie por su nombre? —refunfuñé.

—Mejor que bautizar todo con "Victoria". Sus calles, sus plazas, sus cataratas africanas… hasta a sus pasteles les ponen la V de la vieja gorda.

Preferí ignorarlo:

—¿Y sabe dónde podemos encontrar a ese tal Joe?

—No, lo siento, ñor. Pero puede preguntar en el conservatorio. Todos le mandan sus violines a Joe cuando necesitan reparaciones.

—Excelente. Creo que eso es todo.

McGray dio las gracias por el té y nos levantamos para retirarnos.

—¿Estará bien sin Mr. Fontín? —McGray le preguntó a Hill mientras nos guiaba a la puerta. La mujer se sonrojó un poco ante el interés por su futuro.

—Ei, ñor. Los parientes de mi patrón me llevarán con ellos después de que vengan a hacerse cargo del resto de los muebles. Voy a trabajar en una de sus casas en Dover.

—Me alegra. ¿Eso cuándo será?

—En dos o tres semanas, me parece.

—Bien. Volveremos pronto pa'darle otro vistazo al estudio.

—¿Ya puedo limpiar?

—No, temo que aún no —intervine al instante, guardándome las llaves en el bolsillo.

—Su Alteza Serenísima tiene razón —dijo McGray—. Necesitamos verlo así como'stá una vez más.

Al subir al carruaje pude escuchar a "Amá Hill" susurrando al oído de McGray:

—Eu, ¿por qué le dice *princesita* al joven?

—¿Pos qué no lo ve? —le respondió McGray sin la menor intención de bajar la voz.

Tristemente, justo cuando lo dijo yo estaba limpiando el lodo de mis suelas con exagerada pulcritud. Hill se cubrió la boca, aunque su risita fue más que obvia. No me quedaba más que ignorarlos; había cosas más importantes de que preocuparse.

Le di un último vistazo a la casa de Fontaine y pensé en la pequeña chimenea, en las partituras perdidas, en la puerta cerrada con frecuencia y en los cinco ojos pintados con sangre. Todos esos detalles hablaban de conocimiento, planificación minuciosa y, por encima de todo, algún propósito oculto e ignominioso. Había algo en aquel asesinato que se me antojaba mucho más siniestro que el simple sadismo de Jack el Destripador.

Y cuando el carruaje se puso en marcha experimenté una sensación extraña. Además de las preguntas obvias, había algo anormal en aquel cuarto, algo fuera de lugar, pero no pude identificar qué. Sabía que estaba pasando por alto algún detalle, y el remordimiento no me dejará jamás. No teníamos idea entonces, pero había más muertes por venir; muertes que tal vez habrían podido evitarse si tan sólo hubiese identificado aquel pequeñísimo detalle a tiempo.

Raspar… y raspar… y raspar la inmundicia pegajosa.
¡Trabajo duro! ¡Sólo para el más tenaz!

¡Oh, pero qué bello será! ¡Qué bello!
¡Todos me temerán… y se arrepentirán y adorarán mi labor…
sí, por los siglos de los siglos!

9

El carruaje nos llevó de nuevo a la Alcaldía, casi al extremo oeste de High Street. Ahí dejé a McGray, pues tenía que recoger su caballo y a su perro, y el conductor me llevó hacia el norte, de vuelta al Barrio Nuevo.

A pesar de la oscuridad, cientos de columnas de humo negro podían verse flotando sobre la ciudad: alumbradas desde abajo por las luces anaranjadas de incontables ventanas, casi parecían vapores salidos del caldero de una bruja. No me extrañaba que la gente también llamara a Edimburgo *Auld Reekie*, el Viejo Tiznado.

Justo cuando entramos a la glorieta de Moray Place la llovizna comenzó de nuevo.

—Y pensaba que el clima de Londres era malo —murmuré mientras entraba a la casa.

El mayordomo de McGray, George, me recibió y tomó mi paraguas y abrigo.

—Ya le preparé su cuarto y desempaqué sus tiliches, patrón. Lo encuentra todo en el guardarropa. Ah, y la cena'stá lista. Digo, si tiene hambre.

—Excelente. No han cocinado haggis, espero.

—Ay, no, patrón, pero si quiere le conseguimos un poco pa'mañana.

—¡No por favor! Ni mañana ni nunca.

Caminé a lo largo del corredor y al fin tuve oportunidad de ver el lugar con detenimiento. La casa estaba limpia pero claramente deteriorada: la alfombra estaba desgastada; las esquinas de la mesa de centro, erosionadas, y los paneles de roble de las paredes estaban rayados y roídos por polilla en las esquinas.

George me llevó a un modesto desayunador. Había una mesa que no podría sentar a más de cuatro personas, y me dio la impresión de que el cuarto había sido en otro tiempo un pequeño estudio o sala de estar, adaptado apresuradamente para servir de comedor.

—No parece que el inspector McGray reciba muchas visitas —comenté.

George hizo una mueca de amargura.

—Neh. Ésta no es una casa que frecuenten los pomposos y presumidos de sociedad —lanzó un grito aguardentoso hacia la puerta

trasera de la habitación—: ¡Agnes! ¡Tráete ya la cena del ñor Frey!

Una voz incluso más aguardentosa (si era del todo posible) le respondió desde el cuarto contiguo:

—¡Ya voy, vejete! ¡Pérese un trinche minuto!

Me senté a la mesa y después del minuto más largo de la historia, una mujer muy esquelética de mediana edad apareció con una bandeja. Su cabello gris estaba alborotado como si lo hubiesen dinamitado, y con su nariz ganchuda parecía la típica bruja de un cuento de hadas. Agnes dispuso frente a mí un plato de consomé humeante y una gruesa rebanada de pan.

—Ahí'stá.

Le eché una mirada estupefacta, ya sin rastro de paciencia:

—Por dios, mujer, tráeme una cuchara y servilleta. ¿Acaso quieres que sorba la sopa como mula en el abrevadero?

Muy a regañadientes, la mujer regresó a la cocina y volvió con la prometida cuchara y un trapo mugriento.

George me miraba absorto, abriendo la boca como si desease decir algo.

—¿Y ahora qué ocurre? —le pregunté.

—Patrón, ¿puedo preguntar qué le pasó a su ropa?

Miré mi camisa y chaqueta con desmayo. Tucker las había rasgado y manchado, y después uno de los rufianes de la taberna me había salpicado de sangre.

—Gajes del oficio —suspiré.

—Yo se lo arreglo, ñor —dijo Agnes, tirando de mi solapa muy confianzudamente.

Me alejé de un tirón:

—Lo dudo.

—¡De veritas, ñor! Coso muy bien. Ni va a notar los hoyos.

—De acuerdo, inténtalo. De cualquier forma ya están arruinados.

Al final pude comer, pero la sopa estaba espesa e insípida, con carne y verduras aguadas que parecían haber estado hirviendo durante días. Y el pan estaba duro como roca. A pesar de todo, después de haber comido sólo un desayuno frugal en la mañana y apenas algunas mordidas del "bridie" en la taberna, lo devoré todo en pocos minutos.

Casi había terminado cuando escuché que alguien entraba por la puerta principal. Era McGray, de nuevo empapado por la lluvia, pero nada en comparación a la primera vez que lo vi. Tucker venía detrás, con las patas y el vientre todos enlodados, trotando alegremente.

—¡Oi, al menos ya te'stán alimentando!

—Si a esto se le puede llamar comida…

Nueve-Uñas se carcajeó:

—Ei, pero si sobrevives al puchero de Agnes no hay veneno en el mundo que pueda matarte.

George vino y tomó el abrigo de McGray:

—¿Le damos algo de cenar, patrón?

—¡Neh! —McGray se estremeció ante el prospecto—. Me comí un tentempié en el Ensign —él y George intercambiaron miradas de complicidad—. Pero dale algo de avena al Centeno. Y una zanahoria. El pobre caballo sí que se los ganó hoy.

—Ya mismo, patrón.

—¿Tienes tu propio establo? —le pregunté.

—Ei. ¿Por qué?

—Me gustaría mandar traer a mi yegua. ¿Es posible mantenerla aquí también?

McGray alzó las cejas:

—Voy, ¿a poco cabalgas? Yo pensaba que los londinenses sólo viajaban en carruajes con forros de oropel.

—Es obvio que sé cabalgar.

—Hay espacio pa'otro caballo —dijo George—. Y atender dos animales en vez de uno no me tomará mucho más tiempo.

—Espero que seas mejor con los animales de lo que esa tal Agnes es en la cocina.

McGray palmeó la espalda de George con afecto:

—¡Por supuesto! George es el mejor con las bestias, Frey. Si hasta consigue cuidar bien de mí.

George se sonrojó visiblemente y se retiró a toda prisa.

—¿Ya terminaste de cenar? —preguntó McGray.

—Ciertamente —contesté, alejando el plato. Encontrar un lugar decente donde comer en Edimburgo sería mi mayor prioridad.

—Bien, porque quiero hablar contigo. Sígueme, pues.

McGray me llevó a un salón amplio de techos altos que en algún momento debió haber sido el comedor principal. La ancha ventana ofrecía una vista privilegiada de los jardines de la glorieta y las mansiones vecinas, pero el lugar en sí era un magnífico desorden.

Había torres de libros y expedientes y periódicos viejos que ascendían hacia el techo como árboles torcidos (no querría estar cerca cuando esas montañas perdieran su precario balance). Vi dibujos y pinturas de demonios y monstruos extraños pinchados a las paredes con tachuelas, y también una colección de objetos raros, incluyendo tallas mesoamericanas en piedra y muñecos de vudú. Un fuego enorme ardía en un hogar diseñado para calentar fiestas con docenas de invitados, y frente a la chimenea estaban dispuestos un sofá

acolchado y un sillón de cuero. Tucker se echó sobre un tapete a una distancia prudente del fuego; la única sección del piso libre de cachivaches.

Esquivé libros y cacharros siguiendo el ejemplo de McGray.

—Toma asiento, Frey.

Tuve que hacer a un lado un montón de papeles antes de poder sentarme.

—¿Cómo puedes vivir entre estas montañas de basura?

—Aunque no lo creas, sé exactamente 'ónde está cada trique en este cuarto —me dijo, yendo derecho a una pila de libros, donde rebuscó no más de tres segundos antes de sacar un tomo muy avejentado—. Es cuando limpian que ya no encuentro las cosas.

Se sentó en el sillón de piel y abrió el libro sobre la empolvada mesita de centro que nos separaba. Era un libro grande y muy grueso, encuadernado en cuero que se desmoronaba de viejo. Vi que las páginas amarillentas estaban escritas a mano, y mientras McGray pasaba las hojas a toda velocidad, me pareció ver runas nórdicas y bosquejos muy extraños. Reconocí un pentagrama rodeado por caracteres hebreos, y también feos dibujos de cuerpos diseccionados y criaturas deformes.

Tomé aire:

—¿Es un libro de brujería?

McGray asintió con lentitud:

—Ei, he investigado las artes oscuras desde hace bastante tiempo. Este libro dice cosas que las brujas no revelan de buena gana.

—¿Entonces cómo es que llegó a tus manos?

—No te gustaría saberlo —McGray siguió pasando las páginas con indiferencia, mientras yo miraba alrededor.

—¿Todos estos libros y documentos son parte de tus… "investigaciones" de lo macabro?

—Ei. Tengo casi tantos aquí como en la oficina, pero prefiero que los más importantes estén aquí.

—Pues ha sido una investigación exhaustiva —susurré. En toda mi vida sólo había visto una biblioteca privada igual de extensa: la de mi difunto abuelo, pero él había tenido setenta años para reunirla… y siempre la mantenía perfectamente organizada—. Esto definitivamente muestra… emm… dedicación.

En realidad quería decir obsesión. Aún no podía descartar que McGray se hallara entre las filas de los enfermos mentales.

Encontró la página que buscaba, giró el libro hacia mí, y vi el mismo símbolo que habíamos encontrado en el estudio de Fontaine, dibujado sobre dos páginas enteras.

—Así que realmente es un símbolo usado en brujería —afirmé.

—Ei y neh. Es un símbolo que crearon para invocar al demonio. ¿Has escuchado hablar del Ojo de la Providencia?

—El Ojo de la Providencia —repetí—. ¿Te refieres al símbolo que usan los yanquis en sus billetes?

—Ei. Un ojo dentro de un triángulo que apunta hacia arriba. El triángulo simboliza la Santísima Trinidad; el tres es considerado un número divino. Incluso los dioses paganos de los celtas tenían tres caras. Pero en este símbolo el triángulo está al revés para representar rebelión; el inframundo.

Me llevé una mano a la boca para cubrir un repentino bostezo:

—Esos satanistas… Les basta con poner algo de cabeza para que se vuelva obra del diablo: cruces al revés, pentagramas al revés, Aves Marías rezados al revés… Al menos deberían ser un poco más creativos, ¿no lo crees?

Ahora McGray era el impaciente:

—Eso no es todo lo que han hecho para corromper el Ojo de la Providencia. ¿Ves los cinco ojos?

—Sí, y he querido preguntarte por qué cinco. ¿Y por qué los dibujan asimétricamente? Tres en un lado y dos en el otro.

—Representan tres pares de ojos, o los ojos de las tres caras del diablo.

—Espera, has dicho tres pares, pero sólo veo cinco.

—Ei. En la biblia apócrifa de los hebreos, dios le atraviesa un ojo a satanás con una lanza antes de echarlo del paraíso. Eso coincide con una creencia pagana muy antigua: los espíritus del inframundo eran marcados o mutilados para diferenciarlos de los espíritus buenos, así como marcaban a los delincuentes en la edad media.

—¿Quieres decir que las brujas crearon este signo para complacer tanto a las deidades cristianas como a las paganas? —me reí un poco —. Así es como me gustaría poder apostar en las carreras de Ascot.

—¡Neh, neh, lo entendiste todo al revés! Frey, todo esto coincide porque proviene de sabiduría antiquísima. Esto es conocimiento mucho más antiguo que la cristiandad como la practicamos hoy. Esas brujas saben lo que están haciendo. No utilizan este símbolo a la ligera; ni siquiera se lo enseñan a muchas de sus practicantes.

—Muy bien, todo esto es muy folclórico, y seguramente lo habría disfrutado junto al fuego en un día lluvioso, pero vayamos al grano, McGray. Tienes una buena idea de para qué utilizaron este signo, ¿verdad?

—Ei. Cuando las brujas dibujan los cinco ojos del diablo con la sangre de una víctima lo están invitando a observarlas.

—¿Quieres decir… buscando la protección del demonio?

—Protección, algún favor, consejo.

—Típico de las brujas.

—Ei, pero Fontín no me parece el típico sacrificio. Las brujas suelen ofrecer gatos negros, bebés, vírgenes jóvenes… no músicos entrados en años y tan pasaditos de peso. Y tampoco recuerdo que extraer órganos sea parte del ritual.

—¿Por qué crees que lo cambiaron en esta ocasión?

—Ni idea, pero estoy seguro de que la respuesta está en algún libro de mi colección.

—Preferiría interrogar a más gente que haya conocido a Fontaine; indagar más sobre lo que ocurrió alrededor del momento de su muerte.

—Tal vez, pero también necesitamos saber qué estamos buscando. Mañana lo dedicaremos a investigar en la oficina.

—No estoy de acuerdo en lo absoluto —dije con firmeza—. Este tipo de interrogatorios deben hacerse lo más pronto posible, antes de que la gente olvide los detalles.

—¿Y qué vas a preguntarles? "¿¡Eh, disculpe, dígame qué gravy le ponía Fontín a sus papas!?"

—¡Y supongo que pasar el día entero con las narices metidas en tus librejos polvorientos será de más provecho!

—Igual y no, pero aquí yo'stoy a cargo. Acuérdate de eso.

Sentí una oleada de furia. ¡Con qué clase de idiota me habían asignado! Me obligué a respirar profundo, dándome cuenta de cuán apretados estaban mis puños.

—¿Te molesta si lo discutimos en la mañana? En este momento sólo acabaré gritándote vilipendios.

—Ei, que se te enfríe la testa. Has tenido un día muy largo. Le diré a George que te enseñe tu habitación —entonces bramó—: ¡George! —y el mayordomo apareció al instante—. George, lleva a la Duquesa de Buggin'shire a sus reales aposentos.

George asintió, intentando ocultar su risa, y me guió al corredor. Le di una última mirada a McGray y lo encontré pasando las páginas del vetusto libro con una mano, mientras que estiraba la otra para rascar las orejas de su perro.

—¿McGray no duerme?

—No, ñor. El pobre patrón no ha dormido bien en años. Se va a la cama hasta bien entrada la madrugada. Si es que duerme. A veces pasa dos que tres días sin pegar el ojo.

Asentí mientras murmuraba:

—Comportamiento obsesivo y trastornos del sueño…

—¿Eu?

—Oh, nada —respondí sin demora—. Sólo… pensaba en voz alta.

*

George me condujo a una habitación de buen tamaño. Estaba limpia y ordenada, con una vieja cama adoselada y una ventana pequeña que miraba hacia el patio trasero. Sin embargo, lo primero en llamar mi atención fue el estrechísimo guardarropa, pues el vetusto mueble no podría albergar más de diez prendas. Al abrirlo encontré que estaba casi lleno tan sólo con mi magro equipaje. Sólo podía esperar que el comisionado Monro me encontrara una residencia permanente antes de que Joan arribara con el resto de mis pertenencias.

A pesar de lo fatigado que estaba, decidí elegir mi ropa para el día siguiente. Ya se ha vuelto un hábito que invariablemente me ayuda a liberar la mente de las presiones del trabajo. El mejor modo de olvidarme de crímenes horrendos es combinando chaquetas, camisas y corbatas.

Sólo que esta vez algo seguía dando vueltas en mi cabeza. Definitivamente había algo raro en el estudio de Fontaine, pero aún no lograba identificarlo. Todo en aquel cuarto —el símbolo, la sangre en la alfombra y salpicada sobre el violín, las partituras perdidas, las palabras de Hill sobre la melodía tenebrosa— centelleaba una y otra vez en mi mente. Había visto algo sin lugar a dudas… incongruente.

La llave desgastada me vino a la memoria: el hecho de que ambas llaves se hubiesen encontrado adentro, y la ventana también cerrada desde el interior. Pero quienquiera que hubiese atacado a Fontaine había entrado y salido limpiamente, sin romper cerraduras y sin dejar el menor rastro… ni siquiera un hilillo de sangre, a pesar de la carnicería que se había hecho con el cadáver. El cerebro se me partía buscando explicaciones.

Pude haber considerado las posibilidades durante horas, pero algo me distrajo. Después de elegir mi traje azul marino, busqué el pequeño cofre donde guardo mis mancuernillas. Al abrirlo, lo primero que vi fue un par de finas mancuernillas de marfil tallado en forma de rosas, montadas en oro.

Sentí una opresión en el pecho. Eugenia me las había regalado en mi último cumpleaños, pero no recordaba haberlas puesto en mi equipaje —lo cual no me sorprendía, pues había empacado frenéticamente, arrojando a mis maletas cuanto artículo y ropa limpia estuviese a la mano.

Me maldije por no ver aquellas rosas blancas a tiempo. Tal vez las habría descartado con amargura, o las habría traído conmigo como

recuerdos del amor perdido. Ambas opciones habrían sido mejor que aquella desagradable sorpresa. Los ojos fieros de Eugenia, su frialdad cuando le dije adiós, la furia de mi propia respuesta… todas esas imágenes me tomaron desprevenido, disparándose ante mis ojos tan vívidas como si hubiesen ocurrido hacía un instante.

Con el orgullo aún lastimado y las heridas abiertas, intenté bloquear todo sentimiento. Intenté convencerme de que jamás había sentido verdadero amor por ella; que simplemente fantaseaba con la idea de una esposa, un hogar y una familia, y que Eugenia no había sido más que una pieza obligatoria en aquel escenario.

Mirándolo todo con objetividad, realmente era una pérdida lamentable. De haber continuado mi vida en Londres, Eugenia habría sido la pareja ideal para mí. Con nuestros temperamentos igual de imperfectos, personalidades altivas y pretensiones sociales, nos habríamos complementado perfectamente el uno al otro… tal vez la gente no nos habría considerado el más afable de los matrimonios, pero ciertamente habríamos sido felices.

La vida habría sido tan distinta… para ambos.

Recuerdo haberme recostado con la mente extenuada, y al reposar mi cabeza sobre la almohada dejé caer las desdichadas mancuernillas.

Nunca supe qué les ocurrió. Tal vez Agnes las recogió para venderlas por unos cuantos chelines…

10

Mi quijada cayó hasta el suelo en cuanto McGray me mostró nuestra "oficina", que resultó ser una bodega lóbrega en uno de los sótanos de la Alcaldía. Tenía una hilera de ventanas diminutas justo debajo del techo, y a través de sus barrotes podían verse los pies de la gente y las pezuñas de los caballos que iban y venían en el patio frontal.

McGray encendió una lámpara de aceite y el descomunal desorden de aquel lugar me golpeó de lleno. Había tantos libros y cachivaches estrafalarios como en su biblioteca personal, pero aquí en la oficina también guardaba incontables frascos de formaldehído donde preservaba cosas demasiado desagradables para guardarlas en casa.

—Soy un poquitín desordenado —dijo McGray—, pero eso cambiará, 'ora que'stás aquí. Por cierto, ése's tu escritorio.

Señaló un pequeño mueble en una esquina, medio oculto entre las montañas de porquerías. Miré perplejo aquel destartalado escritorio y la rudimentaria silla de madera detrás, ambos cubiertos por una gruesa capa de polvo.

—¿En verdad esperas que ordene y limpie este muladar? —espeté —. Soy inspector, no tu maldita sirvienta.

—Pos alguien tiene que limpiar y no voy a ser yo —McGray me aventó una carpeta de documentos—. Ah, y lleva estos papeles de tu transferencia al archivo.

El oficial McNair entró justo cuando McGray decía aquello. Lo seguía un hombrecillo bajo y entrado en años que vestía un almidonado traje gris.

—Inspector McGray, este ñor dice que quiere hablar con usté.

McGray, que ya estaba leyendo un viejísimo libro de brujería, alzó la mirada con reticencia.

—¿Quién? ¿Y pa'qué?

El hombrecillo dio un paso al frente:

—Soy Charles Downs, abogado del difunto monsieur Fontaine. Me han dicho que debo hablar con usted sobre el testamento de mi cliente.

—Yo me encargo, McNair —dijo Nueve-Uñas. El oficial se retiró y McGray invitó a Downs a tomar asiento—. ¿Qué podemos hacer por usté?

Donws ya estaba sacando un puñado de documentos de su maletín:

—Recién he visitado la residencia de mi cliente y me han dicho que la policía restringió todo acceso. Verá, soy el albacea testamentario de monsieur Fontaine.

—Ei, ya veo.

—Monsieur Fontaine heredó la mayor parte de sus propiedades a sus sobrinos y a su ama de llaves… todo excepto cuatro artículos…

El hombre hizo una pausa para añadir dramatismo, pero McGray perdió la paciencia:

—¡Oi, déjese de teatritos puñeteros y vaya'l grano!

Downs dio un brinco y continuó, visiblemente sonrojado:

—Bien, monsieur Fontaine deseaba que su colección de violines fuese repartida entre sus estudiantes y colegas del Conservatorio de Música de Edimburgo —extendió el testamento para que McGray pudiera leerlo—. Como ve, el difunto monsieur Fontaine pidió explícitamente que esos instrumentos fuesen entregados lo más pronto posible. Incluso le asignó un violín específico a cada beneficiario.

McGray leyó para después asentir:

—Y me imagino que quiere que le demos esos rascatripas.

—Es correcto, inspector. El ama de llaves tuvo a bien decirme que ustedes cerraron el estudio donde se encuentran los instrumentos y que tomaron posesión de las llaves.

—Estamos investigando esa habitación, Mr. Downs —intervine—. No podemos permitir que se lleve objeto alguno hasta que hayamos concluido las averiguaciones.

—Entiendo, pero el último deseo de mi cliente era…

—Con todo respeto —interrumpí—, los deseos de cualquiera, hayan sido los primeros o los últimos, son totalmente irrelevantes en este momento. Estamos investigando una muerte, Mr. Downs; no se trata de una fiesta de verano.

McGray se reclinó, acariciando su barba de tres días.

—Querías que te sacara a dar la vuelta, ¿no, Frey? —me dijo, pero preferí sólo asentir—. 'Toy pensando que podemos organizarnos: ve con Mr. Downs a la casa de Fontín, revisa el estudio otra vez si quieres, y luego dale los violines. Después que él te lleve al conservatorio pa'que puedas hacer todos esos interrogatorios que tanto te emocionan. Mientras yo investigo en mis libros.

—Excelente. Parece que te resta una pizca de cordura, Nueve-Uñas.

Pensé que me molería a golpes por llamarlo así, pero sólo arqueó una ceja:

—Uy, me gané tu aprobación; mi vida está completa —le dio un vistazo a su reloj de bolsillo—. No puedo creer que ya es hora del almuerzo. ¿Vienes al Ensign?

No podría comer otra vez en aquella sucia taberna, pero tampoco podía seguir castigando a mi estómago de esa manera; otros dos días comiendo tan poco y me desplomaría del hambre. Afortunadamente, Mr. Downs malentendió a McGray, pensando que la invitación también se extendía a él:

—Gracias, inspector, pero prefiero comer en el New Club. Puedo regresar a la hora que mejor le convenga.

McGray fijó la hora para aquella tarde y Downs se dispuso a marcharse. Entonces me levanté desesperadamente:

—¡Espere, espere! ¿Dónde es que ha dicho que prefiere comer?

*

El New Club resultó ser un respetable club de caballeros donde se ofrecía buena comida, whisky fino y puros decentes. Y su mayor aliciente era su ubicación: justo en el centro de Princes Street. Desde allí podía caminar a la Alcaldía en pocos minutos. En cuanto a alimentación se refiere, aquel lugar sería mi salvación.

Por tratarse de un club privado, Mr. Downs me registró como su invitado personal (el amable gesto me hizo sentir culpable por haberlo tratado tan ásperamente en un principio). Luego me dijeron que podía unirme pagando una anualidad muy razonable, aunque estaba tan hambriento que felizmente habría pagado el triple.

Me resultó muy difícil mantener los modales mientras devoraba un grueso y jugoso filete de res, bien sazonado y acompañado de vino tinto francés. Una vez revitalizado por la comida, pensé que podría aprovechar el tiempo e indagar más acerca de la personalidad de Fontaine.

—Era un tipo muy calmado —me decía Downs, saboreando un filete incluso más grande que el mío—, muy calmado de verdad.

—¿Hace cuánto que lo representa?

Downs miró al techo, murmurando los números:

—Trece, cator… no, espere, ¡quince años! Dios, ¿a dónde se va la vida?

—Oh, entonces me imagino que lo conocía bien.

—Para nada, inspector. Como le dije, monsieur Fontaine llevaba una vida muy tranquila, lo que me daba muy poco trabajo; una que otra escritura, un par de pólizas de seguro, y ahora su testamen…

Hubo una repentina conmoción en el club. Escuchamos las protestas escandalosas del jefe de meseros, y tuve que cubrirme el rostro al ver que perseguía al altísimo McGray. El atuendo ridículo de Nueve-Uñas era como una farola de color entre las chaquetas negras y los manteles blancos. Irónicamente, por alguna razón traía consigo

una aparatosa linterna de minero.

Para empeorar las cosas, junto a él venía un chiquillo muy bajo y delgado, que sin lugar a dudas era un limpiachimeneas. Parecía tener unos doce años, pero bien podría haber sido mayor; esos pobres muchachos rara vez comen suficiente para crecer bien. Creí que tenía cabello negro, pero cuando se acercaron más me percaté de que en realidad era un muchacho rubio totalmente cubierto de hollín. Se estaba limpiando la cara con un trapo tan mugriento que sólo logró dejarse la piel aún más negra.

—¡Caballero, *por favor*, debo suplicarle que se marche! La etiqueta de nuestro establecimiento exige que…

—Con mil demonios, —Nueve-Uñas sujetó al mesero por la solapa —, ya te dije que soy de la policía, así que cállate la trompa ¡o aquí mismo te parto tus bracitos de merolico!

—Me temo que no bromea —comenté, y el pobre mesero tuvo el buen juicio de retirarse—. ¿Qué ocurre, McGray?

Se inclinó para hablarme en un susurro:

—Cambio de planes. Ya sé cómo entraron al estudio de Fontín.

11

—¿La chimenea, McGray? —le pregunté en la privacidad del coche que nos llevaba de vuelta a Abbey Hill—. No puedes hablar en serio.

—¿Tienes una mejor idea?

—Bueno, no, ¡pero tú viste lo estrecha que era! Y además, Fontaine murió durante la noche. En noviembre, así que el fuego seguramente estaba encendido. Si alguien hubiese intentado irrumpir desde la chimenea, se habría rostizado los pies. Eso sin mencionar el humo.

—¿Tienes una mejor idea? —repitió en exactamente la misma entonación.

Traté de encontrar cualquier otra explicación, pero desafortunadamente McGray tenía razón: la chimenea era la única vía de acceso y era nuestro deber investigarla.

—También tengo mis reservas —dijo McGray—, pero si hay algún rastro allá arriba este muchacho seguro lo encontrará.

Afortunadamente llegamos al Palacio de Holyrood antes de lo que esperaba, pues la temperatura había descendido rápidamente, y cuando bajamos del coche la brisa se había vuelto gélida.

El muchacho saltó del asiento del conductor.

—Éste's Larry —me dijo McGray—. Ha limpiado las chimeneas de mi casa los últimos dos años, ¿no es así?

—Ei, patrón.

—Pero hoy te tengo un trabajo más emocionante. ¡Nos vas a ayudar a investigar un asesinato!

El niño sonrió, pero estaba tan esmirriado que un tazón de puchero seguramente lo habría emocionado todavía más. Pensé en darle una muy generosa propina cuando termináramos con el trabajo.

Mr. Downs, que nos había seguido en su coche particular, arribó unos minutos después.

Amá Hill nos recibió tan cordialmente como el día anterior, aunque algo sorprendida de volver a vernos tan pronto. McGray, Larry y yo nos encaminamos al primer piso, con Downs pisándonos los talones. McGray levantó una mano para detenerlo.

—Disculpe, Mr. Downs, éste es asunto de la policía.

Downs gruñó de la manera más desesperante:

—Pero se trata del patrimonio de mi cliente y es mi deber…

—*¿Quiere hacer el favor de esperar aquí?* —espeté—. ¡Con un

demonio!

Downs me miró con furia y musitó con ojeriza:

—A ver quién le muestra dónde comer la próxima vez…

Hill le habló con tono conciliador:

—¿No gusta una tacita de té, ñor?

McGray le hizo un guiño mientras la mujer se llevaba al abogado.

—Vas a ver algo muy desagradable —McGray le dijo a Larry con preocupación—. Mataron a un hombre en este cuarto.

En condiciones normales jamás expondría a un menor a tal espectáculo; sin embargo, lejos de asustarse, los ojos de Larry brillaron con expectación. La sonrisa de McGray me dijo que ésa era la reacción que esperaba. Comprendí que aquel muchacho habría visto, probablemente con gran frecuencia, tragedias incluso peores que las que enfrentaba en mi puesto.

Encontramos el estudio tal y como estaba el día anterior. La única diferencia era que el olor se había mitigado un poco.

Cuando Larry entró, sus ojos azules centellearon en todas direcciones, para acabar fijándose en la gran mancha de sangre en la alfombra.

—¡Guauuu!

También miré alrededor, sólo que sin entusiasmo alguno. Seguía preguntándome qué podría estar fuera de lugar, pero estar de nuevo en la escena sólo logró confundirme más. No había olvidado ningún detalle: allí estaba la mancha de sangre, la marca renegrida donde originalmente habían trazado el símbolo del diablo, el violín y el atril salpicados de sangre. Me encogí de hombros, pensando que quizás estaba volviéndome paranoico e intentaba buscar pistas donde no había más que ver. Después de todo, este caso sería crucial en mi carrera.

McGray palmeó a Larry en el hombro:

—Queremos que subas por la chimenea y nos digas exactamente lo que encuentres allá arriba —encendió la flama de la linterna, cuyo rayo blanquecino iluminó la penumbra de la tarde, y se la entregó al muchacho—. ¡Vas pa’rriba!

La linterna de minero tenía correas de cuero que Larry se pasó alrededor del cuerpo (estaba tan flacucho que las correas le dieron dos vueltas a su torso). Mientras entraba a la chimenea, pensé que el muchacho estaba bastante más tiznado que los hogares que se dedicaba a limpiar.

Esperaba que McGray se arrodillara y atisbara hacia arriba con impaciencia, pero en vez de ello permaneció de pie, acariciándose la barba incipiente.

—¿Qué ves, Larry?

La voz del muchacho reverberó desde el hogar:

—Emm… Ladrillos, patrón… y harta ceniza…

—¡No me digas! —murmuré con el sarcasmo más desfachatado.

Nueve-Uñas me dio un codazo en las costillas:

—¿Dirías que no le han dado una limpiada en mucho tiempo?

—Emmmmm… ei y neh.

—¿Qué?

—'Tá sucio, pero parece que alguien estuvo raspando aquí.

—*¡Ajá!* ¿Reconoces algo que…?

—Hay marcas de dedos, patrón.

—Genial. ¿Son claras?

—¡Ei, bien claras!

—Espléndido. ¿Puedes subir a lo más alto? Dinos si encuentras algo raro.

—Ei.

Atisbé por la chimenea y vi el resplandor de la linterna agitándose mientras Larry ascendía. Estaba casi en la cúspide cuando lo oímos gritar: —¡Hay algo aquí, patrones! Un pedazo de papel.

McGray inhaló con anticipación:

—¿Lo puedes bajar?

—Ei, pero'stá todo pegajoso y… ¡Guácala!

—¿Qué pasa?

—¡'Tá todo lleno de sangre!

—'Tonces definitivamente lo necesitamos, Larry.

—'Tá bien, 'tá bien.

Después de un "guácala" aún más escandaloso, Larry comenzó a descender. Al ver la luz acercándose me retiré del hogar.

—Ya casi llego, patrones —pero tan pronto como saltó, Larry lanzó un chillido de dolor, tan repentino que me hizo brincar. McGray se lanzó hacia él y asió al muchacho antes de que se desplomara al piso.

—*¡Mi pie!* —gritó con ojos llorosos.

McGray cargó al muchacho y cuidadosamente lo sentó sobre el escritorio. Levantó el pie de Larry con delicadeza y le habló con tono preocupado, casi paternal: —Ya, ya, hijo. Caíste sobre un vidrio roto…

Me acerqué a darle un vistazo: una astilla de vidrio oscuro había atravesado la suela de Larry para enterrarse en su pie. Era natural: el muchacho llevaba los zapatos más viejos y roídos.

Saqué un pañuelo de mi bolsillo:

—Larry, esto va a doler pero será rápido. Quiero que muerdas esto.

El muchacho obedeció, aunque sus ojos lagrimosos temblaban. McGray le palmeó la espalda y entonces, con un rápido movimiento,

extraje la astilla. Larry gruñó de dolor, mordiendo el pañuelo con fiereza, pero después suspiró con alivio. Le quité el zapato y le envolví el pie con el mismo pañuelo.

—Ya, ya. Vas a estar bien.

—Te llevaremos al doctor, Larry, no te preocupes.

—Toy bien —replicó con terquedad y vi que tenía un puño apretado—. Esto es lo que encontré.

Abrió la mano y nos mostró un trozo húmedo de papel, la mayor parte manchada de sangre oscura. Lo tomé y alisé con cuidado. De inmediato reconocí un número de página, un garabato ininteligible estampado en tinta azul, y la esquina de un grupillo de notas musicales.

—Es parte de una partitura —dije—. Debe ser la pieza que Fontaine estaba tocando.

Larry frunció el ceño:

—La sangre todavía'stá fresca, patrón.

Negué con la cabeza:

—El clima ha estado muy lluvioso, por eso es que no ha tenido oportunidad de secarse. Más vale que conservemos esto —lo plegué con toda delicadeza y lo envolví en mi segundo pañuelo.

—¡Soberano vidrio en el que caíste! —dijo McGray, examinando la astilla. Puntiaguda y afilada, me recordó la forma de un diente de tiburón. McGray entornó los ojos—: Tiene sangre seca pegada.

Miré de cerca y noté diminutos jaspeados amarillos en el cristal verde oscuro, como si hubiese sido parte de un florero muy costoso. Había una mancha coagulada junto a la sangre fresca de Larry.

—Creo que tenemos el arma homicida, Frey…

—¿Crees que asesinaron y destriparon a Fontaine usando vidrio?

—Ei, pero obviamente esto perteneció a un objeto más grande.

—¿Crees que hayan roto un ornamento y usaron las piezas como arma? —pregunté, dándome cuenta de que no podía haber sido así, como bien apuntó McGray: —Neh, no hay pedazos de vidrio en el cuarto, y uno no se detiene a barrer un florero roto después de matar a un hombre. Quien haya hecho esto trajo el vidrio consigo, pero debió romperlo al subir, y también rasgó la partitura.

McGray estaba razonando bien. Me entregó el trozo de vidrio: —Guarda esto, dandi. Conozco a alguien que lo puede examinar.

—Oh, ¿algún fabricante de vidrio en la ciudad?

—Neh. Una clarividente.

—¡¿Qué?!

—¡Ya, no pongas esa cara de que'stás olfateando mierda! Ni has conocido a la mujer. Madame Katerina es la mejor gitana en el

negocio… al menos aquí en rumbos del Viejo Tiznado.

—Esto se vuelve cada vez más ridículo —musité, envolviendo el vidrio junto con la partitura.

McGray me pidió que llamara a Mr. Downs, que para entonces ya estaba mucho más relajado, comiendo panecillos con mantequilla en la cocina. Le había pedido a Amá Hill que trajera los estuches de los violines, y la mujer ya los había dispuesto pulcramente junto a la puerta del estudio.

Antes de permitir que Downs entrara, McGray le solicitó a Hill una sábana, que usamos para cubrir las manchas en la alfombra, pues los detalles de la muerte aún debían permanecer en secreto. Cuando Downs entró lo miró todo con ojos escrutadores, y dudo que hubiese mostrado más curiosidad si la sangre hubiese estado a la vista. Lo que sí vio fue a Larry sentado sobre el escritorio.

—¿Qué le pasó al niño?

—Me tropecé —se apresuró a contestar el perspicaz Larry.

Downs traía su montón de documentos y cuidadosamente retiró los violines de la pared.

—Veamos… aquí está el Guadagnini… el Galiano, que es el del barniz más oscuro… Oh, y el orgullo de Fontaine: su Stradivarius.

Mientras los examinaba, Downs tachaba los nombres en una lista. Tomó algunas notas y después los depositó en sus estuches. El hombrecillo se estaba tomando su tiempo.

—¿Se puede apurar? —McGray finalmente rezongó—. Tenemos que llevar al pequeñín al doctor.

—Oh, sí, inspector, es sólo que falta un violín.

—'Tá en el escritorio —dijo McGray—, atrás de Larry.

El muchacho iba a entregárselo, pero el abogado casi se le echa encima: —*Yo* lo recojo, muchacho —levantó el violín con el cuidado con que se carga a un recién nacido y miró a través de las efes (los "hoyos", según el tosco vocabulario de McGray).

—¡Oh, sí, éste es el Amati Maledetto! A Fontaine le encantaba.

Esa frase me hizo fruncir el entrecejo y McGray se dio cuenta: —¿Qué pasa?

Dudé en contestarle con la verdad, pues no quería alimentar sus delirios: —Maledetto… reconozco la raíz en latín… *maledictio*…

—El Amati Maldito —dijo Downs mientras colocaba el instrumento en el estuche con forro de terciopelo.

La cara de McGray se tornó roja de emoción:

—¡Maldito!

—Sí, inspector. A este violín lo apodan el Amati Maldito. Usted sabe, a los músicos les encanta tener sus leyendas.

—¿Sabe por qué le dicen así?

—Por dios —dije con exasperación—, ¿no has dicho que debemos llevar a Larry al doctor?

—¡Shhhh! También quiero oír —exclamó el mocoso, olvidándose súbitamente del dolor.

—¡Ei, cierra el pico, princesita!

Downs negó con la cabeza:

—Desafortunadamente no conozco la historia, pero alguien en el conservatorio seguramente los puede ayudar.

McGray sonrió de oreja a oreja como un infante: —Pos pensaba llevar a Larry al doctor y dejarte los interrogatorios en el conservatorio, pero ésta es muy buena razón para acompañarte, Frey.

12

—Antes de que pronuncies una palabra, permíteme hacerla de clarividente también… Profetizo que tu teoría es que Fontaine fue víctima de la sórdida maldición de aquel violín.

—Oi, cállate. Aún no sabemos si es sórdida o no.

—Oh, esas cosas siempre lo son. Ahí tienes la típica novia ensangrentada que atormenta a las doncellas que osan mudarse a su derruida mansión, o el niño asesinado que se aparece todas las noches con una daga teñida de rojo. En este caso esperaría al menos un violinista empalado durante el renacimiento, que viene a degollar a cualquiera que se atreva a tocar su amado instrumento.

—Bien. Ya'stás pensando igual que yo.

El frío empezaba a calar y la niebla continuaba avanzando sobre la ciudad: podía verla arrastrándose a lo largo de High Street mientras el carruaje nos llevaba de vuelta a la Alcaldía. McGray había decidido llevar a Larry con el doctor Reed, pues era probable que no admitieran a un muchacho así de mugriento en el hospital de Edimburgo. El joven Reed accedió de buena gana a tratar al niño y aproveché la oportunidad para preguntar por las fotografías.

—Me temo que no estarán listas hoy, Mr. Frey —se disculpó mientras desinfectaba la herida de Larry con algodón y alcohol. El muchacho gemía pero lo soportaba valientemente—. Se les terminaron algunos químicos —continuó Reed—, pero sí conseguí acelerar las cosas: el fotógrafo me aseguró que las fotos estarán en el escritorio del inspector McGray mañana por la tarde.

—Buen trabajo, Reed —le dijo McGray—. Larry, ¿te dejamos con el doctor Reed? Tenemos que hablar con la gente del conservatorio.

—Tá bien, patrón.

—En marcha —secundé—. Ten, Larry. Te mereces una buena cena —y lancé un chelín que el muchacho atrapó en el aire.

—Pasa a la casa y pídele a George que te dé leche y harina —agregó McGray—. Tenemos de sobra.

Viendo que Larry no podía estar más agradecido, nos retiramos.

Downs había preferido esperar afuera con los violines, y al parecer el frío le estaba calando hasta los huesos, pues lo encontramos todo agazapado.

El carruaje nos llevó hacia el norte. Pasamos junto a las columnas

al estilo griego de la Galería Nacional de Escocia mientras cruzábamos los jardines de Princes Street, y después entramos una vez más al Barrio Nuevo. Continuamos a través de calles elegantes hasta que llegamos a una avenida curva llamada Royal Crescent, donde vi un edificio redondo y blanco y tuve que señalarlo:

—Mr. Downs, ¿es eso un *gymnasium*?

—Así es, inspector, y uno muy afluente. No es que yo frecuente lugares así.

—¿Sabe si allí se practica esgrima?

—Ciertamente. Varios de mis clientes me lo han comentado.

—Excelente. Tendré que enrolarme. Valió la pena haberle pedido a mi ama de llaves que trajera mi equipo de esgrima.

—¿Le haces a ese deporte para margaritas? —inquirió McGray, arrugando la cara con repulsión.

—¿Marga…? McGray, la esgrima es un deporte extremadamente rudo.

—Ei, dos monigotes en pañales blancos jugando a pincharse con palitos. Suena *muy* rudo…

Pasamos el gimnasio, giramos al oeste y pronto llegamos a un edificio castillesco al fondo de un largo prado. Sus paredes eran de ladrillo oscuro y renegrido por el humo, y tenía varias torretas puntiagudas y muchas chimeneas apuntando hacia el cielo encapotado. El lugar parecía haber sido originalmente un bastión de defensa, siglos atrás.

—El conservatorio, caballeros —anunció el conductor.

—¿Podrían darme una mano con éstos? —preguntó Downs, que no podía cargar con todos los violines. El hombre era en verdad muy bajito.

Al entrar, la construcción me pareció ominosa, aunque el cielo gris pudo haber acentuado esa impresión.

Downs pidió hablar con un tal Lewis Ardglass y McGray se sobresaltó:

—¡Ardglass! —de inmediato se aclaró la garganta. Era la primera vez que lo veía turbado de esa manera.

—Así es —le dijo Downs—. Debo suponer que usted conoce a su tía, lady Anne Ardglass.

—Ei, sí que la conozco —refunfuñó McGray—. La vieja bruja no tiene pa'cuándo morirse.

Downs palideció ante el comentario de McGray, y después sólo pudimos seguir nuestro camino en un incómodo silencio. Nos adentramos en un largo pasillo, escuchando el sonido apagado de incontables instrumentos. Al parecer había muchos estudiantes

practicando en los niveles superiores, y aunque todos tocaban piezas diferentes, el sonido general era relajante, incluso placentero.

Llegamos a una ancha escalera de roble, donde nos esperaba un hombre de mediana edad y más bien obeso. Tenía toda la apariencia de un músico demente: medio calvo, con desastroso cabello entrecano sólo en la nuca y las sienes; sus cejas eran gruesas y proyectadas hacia arriba cual cepillos erizados; y sus prominentes patillas al estilo teutónico eran un alarde de su mal gusto, al igual que su chaqueta, que era al menos dos tallas más chica que lo necesario para envolver aquella cintura.

—¡Mr. Downs, qué sorpresa!

Downs nos presentó como los inspectores a cargo de investigar la muerte de Sylvain Fontaine. El gordito era obviamente Lewis Ardglass, director del Real Conservatorio de Música de Edimburgo.

En cuanto vio a McGray sus ojos se abrieron al máximo.

—¡Dios, pero si es el mismísimo Nueve-U… que diga, Mr. Adolphus McGray! Dígame, ¿cómo está su hermana?

McGray lo miró con un odio irrefrenable. Por un momento pensé que explotaría tan salvajemente como en la taberna. Afortunadamente sólo siseó:

—Como ha de esperarse. ¿Y Lady Copas?

Mr. Ardglass se aclaró la garganta como si estuviese a punto de regurgitar, y el rostro de Downs se enrojeció como una cereza madura.

—Inspector Ian Frey, a sus órdenes —dije neutralmente, intentando romper la tensión—. Quisiéramos hacer algunas preguntas sobre Sylvain Fontaine.

—Y mientras, puedo entregar estos violines a sus nuevos dueños. Verá, Mr. Ardglass, mi cliente les ha heredado estos instrumentos a sus colegas y estudiantes más distinguidos.

Mr. Arglass no pudo ocultar una chispa de codicia en su mirada:

—*¿En verdad?*

—Se va a tener que esperar —dijo McGray—. Quiero interrogar a todos los legatarios y estar presente cuando reciban sus instrumentos.

Vi que McGray me miraba con las cejas arqueadas y supe lo que buscaba: un heredero sospechoso.

—Como desee, inspector —contestó Downs—. Y muy conveniente: debo entregarle el primer instrumento a Mr. Ardglass.

Ardglass se apretó el pecho con el gesto más falso de sorpresa:

—¡Oh, mi buen, *buen* Sylvain! ¡Al final se ha acordado de mí!

—Por favor —musitó McGray—, no se nos vaya a mear del gusto.

Ardglass se molestó bastante, pero no tanto como después de escuchar lo que Downs aún tenía que decirle:

—En realidad el violín no es para usted, Mr. Ardglass, sino para el conservatorio.

—¿Pe-pe… perdón?

—Monsieur Fontaine deseaba que el instrumento estuviese bajo la custodia de usted, pero indicó muy claramente que legalmente el violín le pertenece a la institución, y ha de prestarse para que lo toquen sólo los alumnos y profesores más destacados.

La sonrisa de Ardglass se desvaneció en un parpadeo:

—¡Típico de Sylvain! Y bien, ¿cuál es el violín que debo "custodiar"?

—El más valioso, claro está. El Stradivarius de mi cliente.

Fue como aventarle sal a la herida y Ardglass recibió el estuche con total acrimonia. La avaricia en su rostro era evidente, y el orgullo herido.

Firmó apresuradamente los documentos correspondientes y después McGray prosiguió con el interrogatorio:

—¿Sabe mucho de Fontín? ¿De su carrera… o su vida personal?

—Sé lo que hay que saber. El hombre era mitad francés y mitad escocés. Estudió música en París, se casó, después perdió a su esposa y nunca pudo recuperarse. Creo que por eso es que se afincó en Edimburgo. Y era un viejo muy calmado: dividía su vida entre dar clases aquí, practicar en casa, y ocasionalmente iba a las recepciones que organizamos después de los recitales más importantes.

—¿Alguna vez tuvo problemas o querellas de cualquier tipo? —pregunté.

—No, no. Como le digo, era un hombre muy calmado. Incluso aburrido, si me permite decirlo.

McGray estaba pensativo, acariciándose la quijada:

—¿Ustedes dos se llevaban bien?

La voz de Ardglass se tornó tensa:

—No puedo decir que fuésemos amigos; nuestra relación era meramente profesional. Sylvain era segundo en rango sólo después de mí, y el mejor virtuoso que hemos tenido en años.

—Y tengo entendido que había trabajado aquí durante muchísimo tiempo, ¿no es así?

—Sí. Alrededor de… bien, veintitantos años, creo.

Observé a Ardglass con interés:

—¿No está seguro?

—Bueno, él llegó antes que yo.

McGray entornó los ojos:

—Así que el viejo había trabajado aquí más tiempo que usted, ¿pero seguía siendo segundo en rango? ¿Cómo es eso?

Ardglass instantáneamente se puso a la defensiva:

—Se le ofreció el puesto de director pero él lo rechazó. ¡Fontaine nunca fue un hombre de autoridad! —entonces se percató de su tono e inhaló profundamente, para después mirarme y musitar—. Usted me disculpará… No se nos ha dicho nada sobre las circunstancias de su muerte. ¡Ni su sirvienta sabe nada! Y ahora tenemos a la policía aquí haciendo preguntas… Fue algo muy malo, ¿no es así?

Mostré mi gesto más neutral:

—Aún no estamos en posición de divulgar detalles, pero créame, no hay razón para alarmarse.

Observé la reacción de Ardglass. El hombre estaba alarmado, pero al mismo tiempo confundido.

—Algo más —añadí—. Queremos interrogar al laudero de Mr. Fontaine. Nos han dicho que aquí podrían proporcionarnos su dirección.

—Oh, por supuesto. La anotaré para usted.

Ardglass volvió pronto con una nota. Al leerla pensé que se trataba de una broma:

—¿Joe el Rascatripas? ¿Ustedes también lo llaman así?

—Sí, todo el mundo. Nadie sabe su verdadero nombre. Es un tipo algo excéntrico, debo admitir, pero muy bueno en su labor. Gente de toda Escocia acude a él para reparar instrumentos.

—¿Eso es todo lo que deseaban preguntar, inspectores? —intervino Downs, una vez más leyendo sus papeles arrugados. McGray y yo asentimos, y el hombrecillo revisó los documentos—. Mr. Ardglass, seguramente puede ayudarme a encontrar a la segunda heredera. ¿Está Miss Caroline en el conservatorio?

Ardglass quedó perplejo:

—¿Miss Caroline? ¿Se refiere a mi sobrina?

—Así es.

—¡¿Qué?! ¿A la niña berrinchuda que sólo toca valses de novatos y esas horribles danzas folclóricas le toca un violín? —tuvo que aclararse la garganta—. Desafortunadamente se encuentra en Londres. Volverá en unos días.

—Mejor guarde ese instrumento hasta que la señorita regrese —le indicó McGray—. Y avísenos antes de entregárselo.

A regañadientes, Downs aceptó. Vi que Ardglass quería añadir algo pero no lograba enunciar las palabras.

—¿Diga, Mr. Ardglass?

—¿Puedo preguntar… —casi susurraba— cuál instrumento le heredaron?

—Para ella es el Guadagnini.

Ardglass torció la cara como si hubiese chupado un limón:

—¡Oh, el del timbre más dulce!

—Si Miss Ardglass no está presente —prosiguió Downs—, el siguiente en la lista es el violín Galiano, que le he de entregar al… Signor Raniero Caroli.

—¡¿Qué?! ¿Hasta al italianete de pacotilla le toca…?

—¡Oi, ya cállese, pinche gordinflón! —exclamó McGray—. Nomás díganos a dónde ir.

Después de rechinar los dientes, Ardglass nos dijo que Caroli estaba dando una clase y le pidió a un estudiante que nos mostrara el camino.

Mientras caminábamos hacia el salón de clases, le hablé a McGray al oído:

—¿Hay algún antecedente entre tú y la familia Ardglass?

—Ei. ¿Cómo te diste cuenta? Nos aborrecemos, pero eso no es lo que me molesta. Su nombre está apareciendo en este caso con mucha frecuencia.

—¿De qué hablas? Es la primera vez que escucho ese apellido.

—Te digo después, Frey.

*

Llegamos a la puerta de un pequeño salón de clases, donde un estudiante tocaba una rapidísima fuga. Más escandalosos que la música eran los gritos entusiasmados de un hombre que sonaba italiano hasta el tuétano:

—¡Hombre, arquea con sentimiento! ¡Más fuerte! ¡Anda, que no vas a romper el violín!

McGray tuvo que aporrear la puerta para llamar su atención.

—Voy —la puerta se abrió y vimos salir a un hombre delgado de alrededor de treinta años, de apariencia tan mediterránea como su voz: piel apiñonada, cabello negro y ondulado y grandes ojos oscuros. Pude imaginarme a un buen número de escocesillas pelirrojas suspirando por él—. ¿Los puedo ayudar? ¡Oh, Mr. Downs, qué bueno verlo!

Estrechó la mano de Downs tan efusivamente que todo el cuerpecillo del hombre se estremeció. Nuevamente Downs nos presentó y anunció que teníamos asuntos importantes de qué hablarle.

Caroli asintió:

—Bien, bien. Déjenme despedir a este muchacho y ya vuelvo.

Un momento después vimos salir a un estudiante regordete y Caroli nos invitó a pasar. Vi que el pequeño salón era un total desorden: arcos rotos e instrumentos dañados en una esquina, papeles

arrugados por todo el piso y torres de partituras en todas partes. Apenas había suficiente espacio al centro del salón para que un estudiante pudiera tocar frente a un viejo atril. Caroli hizo a un lado dos pilas de papeles, revelando dos sillas que habían estado completamente ocultas.

—Siéntense, por favor.

Downs y yo tomamos asiento, pero McGray prefirió permanecer de pie. Caroli movió un violín decrépito para sentarse en el escritorio.

—Es sobre Sylvain, ¿no?

Downs le habló del instrumento que había heredado y le mostró el violín de barniz marrón oscuro.

—Fontaine deseaba que usted tuviera este Galiano.

Contrario a Ardglass, la sorpresa de Caroli fue genuina:

—¡Oh, el buen Sylvain! No debió…

Caroli firmó los documentos y recibió el violín y el estuche, y durante el resto de nuestra charla los mantendría en su regazo. Sus ojos cintilaban, seguramente impaciente por tocarlo. Cuando le preguntamos acerca de Fontaine, el afecto que Caroli sentía por el viejo violinista fue evidente. Nos habló con candor sobre sus cualidades, pero aun él no pudo decirnos nada nuevo sobre su carácter. Fontaine en verdad había sido un hombre muy apacible, enamorado de su profesión, muy respetado y sin enemigos o discordia alguna.

—Envidiaba su técnica —confesó Caroli—. Fontaine entrenó en Italia y en Francia con los mejores maestros; Paganini entre ellos, según tengo entendido.

—¿Paganini? —repitió McGray.

—Un violinista muy famoso —le dije.

—¡Eso ya lo sé! —replicó, asestándome un manazo en la nuca.

Me volví muy lentamente hacia él con una mirada rabiosa:

—Haz eso una vez más y haré que te tragues cada cuadrito de tu tartán de payaso —cuando me volví hacia Caroli, el italianete estaba sonriendo con gran hilaridad. Me aclaré la garganta—. Por lo que nos dice, Mr. Caroli, ¿supongo era muy cercano a Fontaine?

—¡Oh, claro! Fuimos muy buenos amigos durante años. Sylvain fue el primero en trabar amistad conmigo y mi esposa cuando nos mudamos aquí. Cenábamos juntos al menos una vez por semana. A mi Lorena le gustaba la compañía del viejo, y a Sylvain le encantaba la comida que prepara mi mujer. Hace una pasta que no lo creerían. Su secreto son los tomates: los rostiza con un poco de sal y vinagre bal…

—Entiendo la idea general —interrumpí—. Ahora dígame, ¿vio usted a Fontaine el día de su muerte?

—Claro. Aquí en el trabajo, como de costumbre.

—Y dado lo cercanos que eran, me imagino que él le habría comentado cualquier acontecimiento inusual, ¿no es así?

—Sí, pero todo fue normal ese día. Conversamos como de costumbre, Sylvain dio sus clases… creo que lo único fuera de su rutina fue salir temprano para ver a Joe el Rascatripas.

—Sabemos de él —le dije—. Bien, si llega a recordar algo más, sin importar cuán insignificante, por favor, avísenos.

—Delo por seguro.

—Mr. Caroli, se ve que usté es hombre de confianza —dijo McGray justo cuando me disponía a levantarme—. ¿Podemos mostrarle algo y hacerle una pregunta estrictamente confidencial?

Miré a McGray con incomprensión.

—Sí, claro —dijo Caroli—. ¡Los ayudaré todo lo que pueda!

Después de pedirle a Downs que saliera por un momento, McGray se dirigió a mí:

—Frey, enséñale el papel.

—Pensé que lo estabas reservando para tu vieja gitana —dije al tiempo que sacaba mi pañuelo. Traté de extraer el papel del envoltorio sin dejar que el trozo de vidrio quedara en evidencia.

Caroli jadeó al ver el papel manchado de sangre. Su rostro apiñonado se tornó amarillento:

—¡Entonces es cierto! ¡Sylvain fue asesi…!

McGray lo tomó del hombro para mirarlo severamente:

—Mr. Caroli, sé que es difícil pa'usté, pero justo ahora necesitamos que se concentre. ¿Nos puede ayudar?

Caroli tragó saliva y asintió sólo una vez.

—¿Puede decirnos de dónde salió esto? —y McGray señaló las corcheas visibles en el pliego—. ¿De qué pieza musical?

Caroli sacudió la cabeza:

—¡Oh, no, para nada! Apenas si hay notas ahí. Pero… mmm… ese sello parece ser de nuestra biblioteca. Sylvain se llevaba partituras todo el tiempo para practicar en casa.

—Excelente. Tal vez podamos saber qué pieza estaba tocando. ¿Tiene usted acceso al registro de la biblioteca?

—Temo que no personalmente, pero conozco bien al bibliotecario. Me dejará ver el registro si se lo pido.

—Genial. ¿Puede ir ahorita y decirnos qué libros le habían prestado a Fontín?

—Claro que puedo, aunque el bibliotecario está enfermo el día de hoy. Es un borracho empedernido. Pero puedo pedirle las llaves del registro en cuanto vuelva.

—Ei, se lo agradeceremos —concluyó McGray—. Y si no le molesta, ¿podría mantener en secreto lo que sea que encuentre?

Nuevamente Caroli asintió, y volví a envolver el trozo de papel junto con el vidrio. Entonces dejamos que Downs volviera.

—Sólo me falta entregar un violín —nos dijo—, pero tal vez ya sea muy tarde. Mr. Caroli, ¿conoce a un joven llamado Theodore Wood? ¿Cree que aún esté en el conservatorio?

Caroli se rio:

—Ese *ragazzo* viviría en el salón de clases si lo dejáramos traer una cama —Caroli nos llevó por otro corredor, hablando en voz baja—. Theodore… emmm… no tiene que digamos un talento natural para la música. Está mal que lo diga, pero sólo avanza porque practica como demente, ¡día y noche! A veces no duerme o se le olvida que hay que comer. Yo no podría ser tan diligente.

—Parece conocerlo bien —dije.

—Oh, sí, somos camaradas. Theodore es bastante… emmm… digamos excéntrico. La gente tiende a evadirlo, pero mi mujer y yo nos hemos vuelto sus amigos más cercanos.

El conservatorio ahora estaba silencioso y el sol ya se había puesto. Caminamos junto a un ventanal y vi el tropel de estudiantes y maestros que se marchaban a casa, la mayoría cargando estuches con sus instrumentos. Sólo podía escucharse un violín en el edificio, sus ecos rebotando entre los oscurecidos pasillos. Aunque había gente a mi alrededor, el lugar se sentía desolado.

Caroli llamó a la puerta de uno de los salones de práctica más alejados, y escuchamos una voz al otro lado:

—¡Ahora no!

—Déjenme pasar primero —dijo Caroli, viendo mi exasperación—. Soy de los pocos que pueden razonar con él —Caroli entró al salón y lo escuchamos hablar en murmullos; después siguió su escandalosa risa, y después nos abrió la puerta—. El muchacho los recibirá. Ahora, si me disculpan, debo retirarme o mi esposa empezará a preocuparse. Está esperando nuestro primer hijo.

Lo vimos marcharse y luego entramos al salón de práctica para conocer al último heredero del día… y éste resultó ser el más extraño de todos.

Lo encontramos practicando casi en tinieblas, iluminado sólo por la luz crepuscular que entraba por la estrecha ventana, y por las débiles flamas anaranjadas de una pequeña chimenea. Las sombras se marcaban nítidamente en su rostro.

Theodore Wood era un joven esquelético pero de abdomen abultado, por lo que su cuerpo me hizo pensar en una enorme pera

con pajillas por brazos y piernas. Tenía una nariz aguileña, pómulos hundidos y llevaba el largo cabello pelirrojo sujetado en una cola de caballo. Sin embargo, su característica más peculiar era el moretón renegrido en el lado izquierdo de su cuello.

Es común que a los violinistas se les irrite la piel del cuello y la barbilla: tienen que sostener el instrumento sólo con el hombro y la quijada, para que así la mano izquierda pueda moverse sobre las cuerdas con libertad. Como consecuencia el violín está en fricción constante con su piel. Al mirar más de cerca descubrí que el caso de Theodore era extremo: no sólo tenía una marca, sino un ramillete de ampollas abultadas. Mi hermano Myles me había dicho que algunos músicos incluso desarrollaban alergias al barniz de sus violines. Mi madrastra estaba en extremo preocupada por esto, y siempre obligaba a Myles a practicar protegiéndose el cuello con un pañuelito de seda, que sólo descartaba cuando tocaba en público.

McGray también se percató de aquel cuello, y me murmuró su elegante comentario al oído:

—¡Qué horrible chupetón de violinista!

Por tercera vez, Downs explicó el testamento de Fontaine, mientras Wood lo escuchaba con un semblante más bien… escalofriante. El tipo ni siquiera parpadeaba, y cuando Downs le mostró el estuche Woods lo miró como si se tratase del Santo Grial.

—¿Fontaine quería darme esto? —preguntó, como si estuviera en trance.

—Así es. Le ha heredado su Amati.

—¡No lo puedo creer! —siseó Wood. Los ojos casi se le salen de las órbitas cuando sus manos temblorosas recibieron el estuche.

—Éste también se nos va a mear de la emoción —McGray volvió a murmurar, y por primera vez le di la razón.

Downs estaba diciéndole a Wood que tenía que firmar algunos documentos, pero el hombre lo ignoraba. Ya estaba abriendo el estuche, regocijándose ante la imagen del violín de barniz rojizo adornado con la cabeza de león. Aún conservaba las manchas de sangre, pero Wood no parecía notarlo.

—No lo merezco —dijo, levantando el violín, sopesándolo, y entonces se lo llevó al cuello y punteó las cuerdas—. Tengo que afinarlo.

—¡Mr. Wood, debo insistir sobre el papeleo!

Wood finalmente accedió, pero firmó tan apresuradamente que su nombre quedó registrado como un garabato ilegible. Entonces se arrodilló ante el fuego y comenzó a ajustar las pijas y el afinador.

McGray se inclinó sobre Wood, mirando al violín con igual

fascinación:

—Theodore, ¿me puedes decir por qué este violín es tan especial?

Al principio pensé que Theodore lo ignoraría tal y como había ignorado a Downs, pero que alguien le preguntara sobre música lo llenó de entusiasmo. Su voz torpe de pronto sonó fuerte y clara:

—¡Oh, este diablillo tiene tanta historia! Es uno de los instrumentos más antiguos que se conocen. Le llegó a pertenecer a Antonio Stradivarius, que lo usó de modelo para sus propios violines cuando aún estaba perfeccionando su oficio. ¡Se puede decir que éste es el padre de todos los Stradivarius! —Wood estaba relamiéndose los labios al decir aquello—. Después le perteneció a Paganini, ¡el virtuoso más famoso de la historia! Me imagino que han oído hablar de él.

—Ei —dijo McGray, mirándome con burla—. He oído bastante de él.

—Cuando Paganini quedó en bancarrota y tuvo que subastar todos sus instrumentos, sólo conservó los que más apreciaba: éste y su famoso Canon Guarnerius. Ese violín tenía sonido explosivo en los conciertos, pero al parecer sólo tocaba este Amati en privado.

McGray frunció el ceño:

—¿Sabes por qué?

Theodore se encogió de hombros:

—No, nadie lo sabe. Algunos dicen que es porque tiene un sonido oscuro, como ronco. Mírelo de cerca: la cintura es un poco más ancha que la de un violín común, así que el tono es algo más grave; hasta nuestros días ese tipo de sonido nunca ha estado en boga. Otros dicen que Paganini estaba tan enamorado de aquel tono que lo reservaba sólo para sí mismo… ¡Eso es lo que ahora quiero creer!

Sus dedos largos y huesudos punteaban las cuerdas mientras hablaba. Cada vez que el violín trinaba, Wood inhalaba profundamente, como si las notas fueran nubes de fragancia exquisita.

“El pobre Theodore está loco”, pensé al verlo agazapado junto al hogar, con los ojos fijos en el instrumento y un gesto casi enfermizo.

—Bien, he terminado con mi deber —dijo Downs con un suspiro, claramente agotado y aburrido tras la jeringonza de Wood—. Inspectores, ¿les importa si me retiro?

—Adelante —le dije, y Downs metió los documentos en su maletín. Me volví hacia él—. Mr. Downs, por favor recuerde que debe avisarnos antes de darle el violín a Miss Ardglass. Necesitamos estar pre…

Entonces hubo un sonido agudo y Theodore lanzó un aullido ensordecedor.

Me di la vuelta de inmediato y lo encontré de rodillas, cubriéndose la cara con la mano derecha. Le escurría sangre entre los dedos y un salpicón rojo había manchado la chimenea. Soltó el violín y lo vi caer sobre la alfombra, con una cuerda rota y ensangrentada.

—¡Por Dios!

Me arrodillé e intenté retirar la mano con la que Wood se cubría, pero el pobre hombre jadeaba y se estremecía.

—¡La… la cuerda se rompió! —farfulló.

—Calma, calma —le dije con suavidad, aunque mi rostro estaba tan alterado como los de McGray y Downs.

Al fin, Theodore retiró la mano. Sentí arcadas al ver que su ojo izquierdo estaba fuertemente cerrado: la piel de su párpado estaba empapada de sangre.

—¿Le dio en el ojo? —jadeó Downs.

—¡Dios! —volvió a aullar Theodore—. ¡Me arde!

—Calma —insistí, mirando más de cerca. La piel de Theodore estaba rasgada en dos secciones: la cuerda no había llegado a la cuenca ocular… aparentemente—. Parece que sólo te cortó la mejilla y la ceja, pero necesito que abras el ojo para estar seguro.

—¡No, no! —seguía gritando—. ¡Arde! ¡Arde!

—Tienes sangre en el ojo —le dije—. Por eso es que arde.

No estaba tan seguro, pero era necesario saber si necesitábamos llevarlo al hospital o sólo lavarle la herida. Pensé que con cuidado podría abrirle el párpado, pero Theodore saltó en cuanto las yemas de mis dedos hicieron contacto con su piel. Se arrastró, gimiendo, hacia una esquina y se encogió en sí mismo como un feto.

Nueve-Uñas saltó hacia él y casi pisotea el violín al tratar de alcanzar a Theodore, pero al final logró sujetarlo de los brazos y levantarlo sin esfuerzo.

—Queremos ayudarte. Ya sé que te duele, pero…

Theodore no se tranquilizaba, así que McGray simplemente lo prensó contra la pared con un brazo y le sujetó la cabeza con la otra mano.

—Frey, haz lo que tengas que hacer.

En otras circunstancias me habría escandalizado, pero no había tiempo que perder. Tan cuidadosamente como me fue posible, empujé la piel del pómulo y la ceja.

—¡Due… duele! —chillaba Theodore.

Vacilé por un instante, pero al fin logré abrirle el párpado. Vi emerger la blancura del globo ocular, y por un momento temí lo peor.

Theodore pestañeó un par de veces, pero entonces su pupila empezó a moverse.

—Puedo… ¡puedo ver!

Todos suspiramos de alivio.

—Genial, Theodore —le dijo McGray al soltarlo—. Perdona la sacudida, pero teníamos que estar seguros.

Theodore asintió con nerviosismo. La piel alrededor de las cortadas ya estaba inflamándose.

—Deberías lavarte la cara —le dije—. Tu ojo está bien pero aún debemos atender esas heridas. Mr. Downs, ¿puede ayudarlo?

—Oh, por supuesto —dijo Downs, ofreciéndole su pañuelo a Theodore—. Venga, jovencito. Hay que darle una buena enjuagada.

Iba a seguirlos pero Downs alzó una mano:

—Está bien, inspector, he visto suficientes heridas en mi vida —y después de decirlo ayudó a Theodore a salir al corredor.

En cuanto se fueron, McGray se arrodilló frente al violín, fascinado:

—¡No sabía que las cuerdas estuvieran tan tensas!

—Deben estarlo —le dije—. De otra forma no dan las notas correctas.

—Qué… interesante…

—Ya estás convencido de que esa cosa tiene una maldición, ¿verdad?

McGray alzó las cejas, y las arrugas en su frente se hicieron más profundas.

—Tal vez… pero no puedo probarlo. Aún no.

Levantó el violín con extremo cuidado. Cualquiera diría que estaba manejando pólvora. El vidrio en los ojos del león reflejaba las llamas trémulas de la chimenea, y por un momento fue como si la cabeza de madera parpadeara.

—A ver… ¿Qué te hizo enojar, pequeñuelo?

—McGray, por favor… deja de hablarle al violín.

—¿Por qué? Tal vez tenga historias que contarnos.

Lo dijo con toda seriedad, pero luego sonrió sardónicamente y perdí la paciencia.

—¡Oh, dame acá!

Y justo cuando le arrebaté el violín, una segunda cuerda se reventó.

Ya debe estar en su lugar… junto con mi regalo.
¡Tan bien colocado!

Pero se hace tan larga, tan larga y tan dolorosa esta espera… sobre todo aquí, de rodillas como los perros.

Pronto… Pronto… Pronto…

13

—¡Agnes! ¡Agnes!

—¿Qué, patrón?

—*¿Qué demonios es esto?*

—Pos su chaqueta, patrón. Ya la remendé.

—¡Dijiste que nadie notaría el rasgón!

—Ei, y ya no tiene hoyos, ¿no ve las puntadas?

—*¡Claro que las veo, mujer!* ¡Parece que estabas cosiendo un jamón relleno antes de meterlo al horno!

—Pero, patrón…

—¡Oh, basta! ¡Llévate la maldita prenda, no quiero ni verla!

—Uy, ¿no la quiere? ¿Me la puedo quedar pa'mi marido?

—¡Quédatela, o quémala, o úsala de trapeador… pero nunca, *nunca* vuelvas a tocar mi ropa! ¿Entendido?

—Ei, patrón. Qué drástico…

Y Agnes se apropió de la chaqueta con sus ávidas manos. Ahora también debería buscar una lavandería apropiada. Difícil de creer que extrañaba más a Joan que a mi propio padre.

*

Esa mañana Campbell quiso verme en su oficina. Ya había pasado dos días investigando el caso (que en realidad parecían haber sido dos semanas), así que era momento de darle mi primer reporte.

Campbell entrelazó los dedos y me miró tan inquisitivamente como el primer día.

—¿Y bien, Frey? ¿Qué noticias me traes?

—La principal, señor, es que definitivamente no se trata de un imitador.

—Oh, ¿estás seguro?

—Totalmente. Es claro que la persona que buscamos no está tratando de emular. El *modus operandi* es totalmente distinto, al igual que la víctima. Los asesinatos del Destripador fueron perpetrados por simple sadismo, y la obra de un imitador tendría el mismo tinte. Pero en este caso es claro que el asesino actuó con algún propósito bien definido; como parte de un ritual. Estamos detrás de alguien muy versado en magia negra.

—Bien, bien. ¿Qué más sabes del asesino?

—Es poco lo que sabemos con certeza. Buscamos a alguien ágil y delgado, capaz de ingresar al estudio a través de la chimenea. Eso inmediatamente descarta al ama de llaves de Fontaine.

—Bien. Tenía mis sospechas de ella —la mandíbula del hombre estaba ligeramente menos tensa cuando habló. Ése era probablemente el único gesto con que mostraba su aprobación—. Pero aun si no se trata de un imitador debes ser tan cuidadoso como antes; esto no debe llegar a la prensa. Bien debes saber que esos periodistas no buscan la verdad; arman una historia que venda y después sólo pescan los detalles que respalden sus cuentos.

—Entiendo, señor.

—Bien, bien. Vuelve al trabajo entonces. ¿Crees que veamos otras muertes de este tipo?

—Es difícil de decir… No estamos seguros de la naturaleza del ritual; bien podría ser un evento aislado. De cualquier manera, le aseguro que haré todo lo posible para encontrar al culpable tan pronto como… tan pronto como las excentricidades de McGray me lo permitan.

Campbell abrió los ojos un poco más:

—¡Oh! ¿Está siendo un obstáculo?

Sólo pude pensar en la mañana desperdiciada leyendo libros patéticos sobre ocultismo.

—Seré honesto, señor: las cosas avanzarían más rápido sin él. Hoy, por ejemplo, ha concertado una cita con una clarividente gitana.

Campbell meditó, y por un momento fui lo suficientemente inocente para creer que me apoyaría.

—Temo que las cosas deben seguir como están, Frey. No hay mejor cortina de humo que McGray.

—Eso lo entiendo, señor, pero si al menos pudiera darme autonomía suficiente, en vez de atarme bajo la autoridad de…

—¿Es esto relativo al caso, Frey? ¿O simplemente tu incapacidad de seguir órdenes? —vacilé apenas un instante, pero eso fue suficiente para Campbell—. Las cosas se mueven a buen ritmo; no veo motivo para alterar la situación.

—Señor, con todo respeto…

—Mencionaste que el asesino es alguien experto en magia negra, ¿no es así?

—Así es, pero…

—Entonces McGray será de ayuda. Dudo que tú tengas esa clase de conocimientos.

Me mordí el labio con frustración:

—Supongo que es verdad, pero…

—No discutiré más contigo, Frey. ¿Hay algo más que quieras mencionar?

No pude contener un gruñido de contrariedad, pero entonces recordé que sí tenía otro asunto que tratar:

—También quería comentarle sobre este muchacho en la morgue…

—¿El doctor Reed?

—El mismo. Recomendaría que contratara a un médico forense de más experiencia. Reed es demasiado joven para administrar la morgue de la ciudad.

Campbell asintió:

—Lo sé. Tuvimos que contratarlo después de la muerte del doctor Carter. Reed es uno de los graduados más distinguidos en la ciudad. De hecho, eres el primero que se queja de él.

—No es en realidad una queja, señor. Simplemente creo que este caso puede ser demasiado para él. No estoy pidiendo que lo despida, simplemente que se traiga a alguien de más experiencia.

—Frey, hoy tengo una agenda muy ocupada. Tendrás que conformarte con Reed y punto final. Un forense experimentado nos costaría dinero y no estamos en posición de derrochar el presupuesto. Te convendría recordar que no estás en tu acaudalada Londres.

Lancé un resoplido:

—Señor, el comisionado Monro me envió porque confía en mi buen juicio. Francamente, no veo el propósito de mi presencia si usted y McGray descartan todas mis sugerencias.

—¿Eso es todo, Frey?

Volví a gruñir:

—Sí, señor.

—Bien. Puedes retirarte.

Una vez más salí de aquella oficina con las manos atadas, pero pensé en el segundo reporte que acababa de enviarle a sir Charles Warren (del que Campbell no sabía nada) y cuyo contenido seguramente llegaría a oídos del primer ministro. Mientras que el recuento de mis avances no era muy distinto de lo que acababa de decirle a Campbell, en ese segundo reporte no había escatimado en adjetivos condenatorios para McGray.

Bajé las escaleras y entré al muladar de oficina, que en secreto bauticé como La Cloaca, y allí encontré a McGray con los pies sobre el escritorio. Levantó una carpeta:

—Las fotografías, Frey. ¿Les echas una visteada?

Revisé las lustrosas fotografías, escudriñando meticulosamente cada centímetro y cada figura. Me alegré al ver que al menos la escena

del crimen realmente había sido conservada sin alteración alguna. Las últimas imágenes mostraban el cuerpo eviscerado de Fontaine antes de ser movido de la alfombra, y luego vi una fotografía del violín salpicado de sangre, medio escondido bajo el escritorio, tal y como lo habíamos encontrado. También había un par de fotografías del símbolo satánico y del atril vacío, en el que reconocí las mismas manchas de sangre.

Al final había fotografías tomadas durante la autopsia, que mostraban el abdomen casi vacío del hombre en gran detalle. Afortunadamente sólo había tomado café aquella mañana, pues tuve que prestar particular atención a esas imágenes. Pude corroborar que el ataque a Fontaine había sido brutal: el corte en su garganta era certero y limpio, pero el trabajo en su estómago era tan salvaje como había reportado Reed.

—¿Te dicen algo, Frey?

Negué con la cabeza:

—Documentan muy bien la escena y la autopsia, pero para ser honesto no me sugieren nada nuevo.

—Ni a mí, pero archívalas de todos modos.

Lancé la carpeta a uno de los cajones vacíos de mi escritorio, sin saber que aquellas imágenes eventualmente resultarían muy útiles.

—¿Y ahora qué? —pregunté cansinamente—. ¿Tu gitana clarividente? Personalmente preferiría visitar al laudero.

—Ei, tenemos que ver al tipo pronto, pero hoy vamos con Madame Katerina. Y creo que también deberíamos cruzar dos que tres palabras con el clan Ardglass.

—Oh, cierto —recordé la tensión de McGray al toparse con Lewis Ardglass—. ¿Cuál es el problema con ellos?

McGray suspiró, jugueteando con algo que parecía un amuleto de madera. Lo pasó a través de sus dedos y me sorprendió la destreza que aún conservaba el muñón de su dedo.

—No debería contarte esto, y sólo lo hago porque no quiero que andes remilgando cada vez que los trate como la ponzoña que son —hubo otro suspiro, como si McGray estuviera armándose de paciencia —. Todo empezó cuando mi padre compró la casa de Moray Place, hace nueve… rayos, ¡hace diez años! La zorra de Lady Copas nos difamó cuanto pudo. Teníamos dinero pero no éramos de abolengo, y eso no le gustaba. Por un tiempo no fuimos bien recibidos en sociedad… Por supuesto, eso cambió en cuanto la horda de convenencieros supieron cuánto valía la familia McGray en plata. Entonces las cosas mejoraron y tuvimos muy buenos tiempos, pero eso no duró. Cuando… —McGray se detuvo de pronto; su quijada estaba

tensa y había rencor en su mirada. Dejó el amuleto en el escritorio—. Cuando mis padres murieron, Lady Copas atacó de nuevo, chismorreando y plantando cizaña como había hecho antes. ¡Por eso es que ni siquiera puedo conseguir un cocinero decente!

—¿Por qué la apodas Lady Copas?

McGray se carcajeó, con los ojos brillando de satisfacción:

—No nomás yo. Todo el mundo le dice así por cómo bebe… Dice tener sangre noble y venir de una dinastía que data de la Guerra de las Rosas, de esas familias que sólo se casan con plebeyos de vez en cuando para evitar que sus vástagos les salgan con labio leporino. Y podrá darse todas las ínfulas que quiera, pero no deja de ser una vieja borracha que no puede pasar más de tres días sin ponerse hasta las chanclas.

—¿Hasta… dónde has dicho?

—¡Hasta las chan…! ¡Tomada, ebria, intoxicada, incapaz de soltar la botella! Como sea, la vieja bruja se ha adueñado de medio Edimburgo y gana una fortuna rentando sus propiedades.

—¡Ya veo! ¿Entonces ella era la casera de Fontaine?

—Ei. La sirvienta de Fontín llamó a la policía cuando no pudo abrir la puerta y el hombre no le contestó. Lady Copas fue la que no permitió que los oficiales entraran por la puerta porque le costaría menos reemplazar una ventana. La arpía tan tacaña…

Ponderé la información.

—Sí, es posible que exista una conexión. Y hay algo que no me agrada de ese tal Lewis. Ahora que si esa mujer es dueña de tantas propiedades, es posible que sólo se trate de una coincidencia. De cualquier manera deberíamos hacerles algunas preguntas. ¿Después de visitar a tu charlatana, tal vez?

—Veamos cómo se pone el día. Y no le digas charlatana. Acabarás adorando a Madame Katerina.

*

Sabía que McGray no cambiaría de planes, pero eso no evitó que me quejara con ahínco durante todo el trayecto: a través del Barrio Viejo, a todo lo largo de las avenidas que rodeaban el castillo, y finalmente cuando llegamos a uno de los puntos más sucios de Edimburgo: el mercado de ganaderos.

—Supongo que ya antes has consultado a esa condenada clarividente.

—Ei.

—¿Y qué es lo que hace? ¿Lee hojas de té? ¿Bola de cristal? ¿O sólo trata de adivinar una y otra vez durante horas hasta que atina en

algo?

McGray confundió mi sarcasmo con genuino interés:

—En realidad tiene este don que ella llama “el ojo interno”. Dice que puede ver cosas cuando toca algo con suficientes… ella las llama “impresiones”; energía que todos dejamos atrás.

No podía creer cuán estúpido resultaba todo aquello. Y el acento rasposo de McGray hacía que todo sonara aún más descabellado.

—Ahora que lo pienso —dije, sacando mi reloj de bolsillo y envolviéndolo en mi pañuelo junto con el cristal y el fragmento de partitura—, será extremadamente interesante experimentar con las habilidades de tu hechicera —le hice un guiño—. Tú sabes, simple curiosidad científica. Le daré mi reloj, pretendiendo que es parte de la evidencia. Lo llamaremos nuestra “muestra control”, como hacen los biólogos.

McGray me miraba atentamente:

—Haz lo que quieras, pero luego no gimotees si no te gusta lo que oigas.

La gitana vivía en una de las casuchas que rodeaban al mercado de ganaderos, a sólo unas cuadras al sur de la escarpada ladera de Castle Rock. Afortunadamente para mí no era día de subastas; de otra manera la plaza habría estado atiborrada de vacas y bueyes apestosos provenientes de todos los rincones de Escocia, y el aire habría estado lleno del griterío de ganaderos y compradores pujando por el mejor precio, y del clamor de sus ovejas y reses. La plaza, a pesar de estar vacía, aún apestaba a bestias, y el suelo sin pavimentar, aplanado por incontables pezuñas durante años, estaba todo salpicado de excremento que nadie limpiaba.

Encontramos postes para atar los caballos y nos dirigimos a una de las viejas casas. Entonces sentí que mi pie se hundía en una masa de heces blandas.

—¡Oh, por el amor de Dios!

McGray se carcajeó de mi brillante zapato súbitamente cubierto de cagarruta. Luego caminó hacia lo que parecía ser el puesto de cerveza más mugriento y destartalado en toda la ciudad, encaramado toscamente en las ventanas de una casa cualquiera. Me recordó las pocilgas del este de Londres: tugurios sucios donde los trabajadores más pobres se reunían para beber y olvidarse un poco de la miseria de sus vidas.

—Pensé que veníamos a ver a tu gitana loca, no por cerveza. Aunque este lugar es tan sofisticado como esos que te gusta frecuentar.

—Madame Katerina es dueña de estos alambiques. La cerveza es su

segundo negocio.

Lancé un silbido:

—¡Productora de alcohol *y* clarividente! ¿Emborracha a los clientes y después les lee las manos? ¡Esa mujer es toda una mercenaria!

McGray le habló al gordinflón que le servía cerveza a un par de obreros:

—Buenas, buenas. ¿Podemos hablar con tu patrona?

—Seguro, Mr. McGray. Ya sabe que usté siempre es bienvenido.

El gordito les cobró a sus clientes, ya medio embriagados, y nos dejó pasar. Lo seguimos a través de una bodega oscurecida y repleta de barriles, y continuamos hacia una escalera que crujía bajo los pies. Entramos a un cuarto igual de oscuro, iluminado sólo por el resplandor anaranjado de una diminuta chimenea. Había una ventana, pero estaba cubierta con gruesas cortinas.

—Madame Katerina no tarda —nos dijo el tipo antes de retirarse.

Miré a mi alrededor con incomodidad:

—Oh, McGray, ¿a dónde me has traído?

El hastío en mi voz era justificado. De todos los cuchitriles que había visto en los días anteriores, éste era el peor de todos: las paredes estaban cubiertas de tapetes descoloridos y apolillados (de segunda o tercera mano), había repisas que exhibían aves y serpientes disecadas, esqueletos, bolas de cristal de todos tamaños y muchos otros artefactos cuyo propósito prefería no suponer. Se asemejaba al desorden en la oficina de McGray, pero diez veces más extraño.

Mientras miraba me fue invadiendo un repentino estupor, en parte por el intenso olor a incienso y otras hierbas, pero también porque el fuego calentaba el cuarto más de lo necesario. Y los tapetes que forraban las paredes encerraban tanto el calor como la pestilencia de las hierbas.

Me senté a la mesa redonda dispuesta en el centro de la habitación, me quité el abrigo y saqué mi guante. Tuve que presionarlo un momento sobre mi nariz y después me limpié cuidadosamente el sudor que ya me escurría de las sienes.

Nueve-Uñas no pudo haberme mirado con más burla:

—¡Oi, pa'la próxima te traemos tu bolsita de popurrí y tu abanico de encaje belga!

Estaba a punto de protestar pero me interrumpió la voz escandalosa y áspera de una mujer:

—¡Oh, Adolphus, sabía que vendrías! ¡Soñé contigo anoche!

Al darme vuelta vi que de entre los tapetes bordados emergía una mujer de complexión bastante robusta, y aquella gitana era tan increíblemente rara que no sé por dónde empezar: estaba envuelta en

mantos y velos multicolores, sobre los que lucían decenas de cadenas, pendientes, brazaletes y amuletos, que tintineaban cada vez que se movía. Tenía un rostro angular, y su nariz aguileña, cejas pobladas y orejas puntiagudas estaban todos perforados con al menos una arracada o pendiente.

Entre su total extravagancia había un par de cosas que literalmente destacaban, pues la mujer tenía el busto más ancho y enorme que he visto en mi vida. No conforme, llevaba un escote terriblemente indecente y caminaba arqueando la espalda, exhibiendo su patrimonio de la manera más vulgar y descarada.

Tuve que reírme, aún sin creer que me encontrase allí:

—¿Escuchaste eso, McGray? ¡Ella *sabía* que vendrías! Debe haber visto tu barba espinosa en los asientos del té… Oh, aguarda, dijiste que lo que usa es su "ojo interno".

La gitana me miró con rencor y volvió a hablar con su voz rasposa y su muy peculiar acento de Europa oriental:

—¡Dios, trajiste al inspector Frey! ¡El mayor fiasco de la policía inglesa! —se acercó y me hizo un guiño malicioso—. Y no necesito el ojo interno para darme cuenta de eso.

Alejé la cara, pues su aliento apestaba a cerveza rancia. Sus ojos verdes, a pesar de sus pestañas anormalmente largas y aglomeradas en tortas de maquillaje, tenían una mirada fiera y alerta. Era claro que me encontraba frente a una persona muy inteligente, aunque sin escrúpulos.

—Princesita… te presento a Madame Katerina —dijo McGray… sin necesidad alguna.

La mujer se sentó frente a mí, extendiendo ambos brazos sobre la mesa como si quisiera imponer su autoridad, y tamborileó sus larguísimas uñas sobre el mantel rojo (pintadas de negro, parecían las garras de una bestia). Su pecho era tan ofensivamente amplio que era difícil no posar la vista en él.

—Adolphus, ¿qué te trae por aquí?

Murmuré:

—Oh, vio que McGray vendría, pero no pudo ver para qué…

—Cállate y enséñale las cosas —dijo McGray, sentándose junto a mí—. Encontramos estos cacharros en…

—¡Shush! —exclamó Katerina—. Recuerda que no debes contaminar mi visión. Dame las cosas y yo hablaré.

Extendió las manos y vi que los costados de sus dedos estaban tatuados con dibujos de rosas y espinos.

Primero sustraje la partitura y Katerina me la arrebató, torciendo y estirando el cuello como si se preparara para alguna extenuante labor

física. Cerró los ojos fuertemente y empezó a pasar los dedos por el pequeño papel… y entonces gimió.

La mujer pasó varios minutos en aquel trance y me sentí como un total imbécil sólo de verla. Sin embargo, cada vez que iba a decir algo o a arrebatarle el papel, McGray invariablemente me asestaba un codazo en las costillas.

Al fin, después de lo que me pareció una eternidad, la mujer habló con voz entrecortada:

—Ve-veo… un túnel oscuro… negro, muy negro. Y más allá… una luz débil al final…

Arqueé una ceja, tan perplejo como McGray. ¿Acaso la gitana estaba viendo…?

Katerina dio un quejido de frustración y abrió los ojos.

—Lo siento, es todo lo que puedo ver… este papel no tiene suficientes impresiones para mostrarme más.

—Qué sorpresa —musité.

Katerina golpeó la mesa con la palma de su mano y vociferó:

—¡Insoportable sabelotodo! ¿Acaso podrías ver si apago todas las luces? ¡Aún no termino! No hay suficientes impresiones, pero… sí siento que… —sonaba confundida, como si no encontrara las palabras adecuadas—. Siento que hay mucho más en aquella imagen… es como si hubiera mirado por la ventana y de pronto alguien cerrara las cortinas.

Me encogí de hombros:

—Qué argumento tan imaginativo. Puede que tenga más suerte con esto —y le entregué mi reloj de bolsillo. McGray la observaba incluso con más atención que cuando saqué la partitura.

En cuanto sus dedos tocaron el reloj la mujer saltó:

—¡Santo cielo, cuánto ruido! ¡Cuánto ruido en la mente de este hombre! Es como un torrente. Quisquilloso… cascarrabias… engreído…

—¡¿Qué?!

—Pos a mí me suena correcto —declaró Nueve-Uñas con la sonrisa más amplia posible.

—Pero hay algo más. Algo sutil, como susurrando entre todo aquel ruido. Sí. Una pena que él conoce muy bien: una sensación de… ¿cómo le dice él? *Una vida sin propósito… De no pertenecer* —entonces dejó caer el reloj sobre la mesa—. Pero además de eso, esto le pertenece a un muchacho bastante inofensivo.

Tomé mi reloj, mirando a McGray con el rabillo del ojo, y vi su sonrisita mordaz.

—Traemos un tercer objeto —dije—. Pero tenga cuidado, es filoso.

Coloqué la punta de vidrio sobre la mesa, y el semblante de Katerina cambió de inmediato. Lo observó por un momento, examinándolo con precaución. Con mano titubeante, Katerina lo levantó pero por un momento nada ocurrió. Cerró los ojos e inclinó la cabeza, como si intentara escuchar un sonido muy tenue, y esperó.

Súbitamente, Katerina jadeó y cambió de color, como invadida por una repentina náusea, y por un instante la creí a punto de vomitar. Estaba temblando, con el rostro contorsionado en una mueca de horror, y sostenía el vidrio con tanta fuerza que temí que le cortara la piel.

Abrió la boca, pero fue otra voz la que emergió: un susurro rasposo y amenazante que me dio escalofríos.

—Veo… sombras largas en un piso asqueroso… Es una jaula, ¡son los barrotes de una jaula! Y hay algo ahí, algo ruin y malvado, arrastrándose, merodeando. Oh, es una presencia muy fuerte: turbulenta… atormentada. Es… ¡un genio! Enjaulado y perturbado. ¡Y sediento de sangre! ¡Sediento y desesperado por mostrarle su valía a todo el mundo!

Entonces arrojó el vidrio sobre la mesa. Pude ver el contorno marcado en su piel, que milagrosamente no estaba herida. Recargó la espalda en el asiento, jadeando como si hubiese corrido una milla y con la cara descompuesta.

—¿Tá bien? —le preguntó McGray.

—Pensé que estarías acostumbrado a sus teatritos —le dije, pero McGray se veía genuinamente preocupado. Se acercó a la mujer y le habló con suavidad:

—Nunca te había visto así. ¿Te traemos agua o algo?

Negué con la cabeza, aún sin creer que aquel acto fuese real, pero Katerina seguía inhalando profunda y agitadamente.

—¡Siento que he visto al demonio! —al fin susurró, sin rastro de fiereza en la mirada. Al contrario: estaba tan aterrorizada como confundida. Asió con fuerza la mano de McGray—. ¡Ay, Adolphus, tienes que atraparlo! Es un monstruo. ¡Te digo que es un monstruo!

McGray asintió:

—Ya que lo has visto, puedo contarte que encontramos estas cosas en la escena de un crimen. Mr. Fontín…

—Fontaine.

—¡Oi, shush! Era un músico. Lo degollaron y destriparon.

Iba a protestar, pues McGray estaba revelando detalles confidenciales, pero extendió su mano (la de cuatro dedos), pidiéndome que aguardara.

—Katerina, había una marca pintada con su sangre… los cinco

ojos.

Katerina tomó aire:

—No me sorprende, al menos no después de asomarme a la mente de ese demonio…

—¿Pudiste ver algo más?

Katerina negó con la cabeza, contrariada:

—No, no, Adolphus. Déjame intentar de nuevo.

Levantó la astilla y la sostuvo por un largo rato; susurró y gruñó, pero esa primera reacción tan explosiva no se repitió.

—Lo siento —gimió con abatimiento—. Ya gastó toda su energía… Pero pude sentir otra presencia… más débil. No sé cómo describirlo. Alguien gentil… avejentado. No tiene sentido.

McGray asintió, mientras me preguntaba si la gitana podría estar hablando de Fontaine. Reprimí esos pensamientos tan ridículos.

Katerina me devolvió el vidrio y después tomó una vez más el fragmento de partitura.

—Es una lástima que no pueda ver más en esto. Este papel parece esconder más de lo que revela —lo miraba con recelo—. Créeme, Adolphus. Investiga más sobre él, y tanto como puedas. Este papelillo te indicará el camino.

14

McGray salió muy entusiasmado de la cervecería de Madame Katerina:

—¡Te lo dije, dandi! Katerina es una en un millón… y casi consulté un millón de adivinas antes de encontrarla.

—Sigo sin creerle.

—¿Y cómo explicas lo que dijo de ti?

—Coincidencia, y muy afortunada para ella —rezongué, rumiando mi malhumor.

—Ei, el dandi siempre tiene la razón. Y además a Katerina le faltó el detalle más importante: no mencionó lo delicadito y quejumbroso que eres. En otro asunto, me alegra que el tal Caroli esté buscando el título de la partitura. Cuando lo vimos presentí que debía preguntarle.

—Ya, ya. Pronto me dirás que tú también tienes un jodido ojo interno. ¿Te parece que visitemos al tal Joe el Rascatripas?

—Neh, ya es más de mediodía. Necesito comer.

Suspiré con resignación, dándome cuenta de que protestar contra McGray era una pérdida de tiempo. Inocentemente me invitó a almorzar en el Ensign Ewart, y tuve que reírme:

—¿Comer ahí de nuevo? Prefiero embarrarme la lengua con un cultivo de peste bubónica.

Nueve-Uñas me contestó con una farfulla ininteligible en su acento más escocés y se marchó. Lo vi dirigirse hacia Castle Rock seguido de Tucker, mientras yo me encaminaba al norte, al New Club.

Aquel día estaban sirviendo la más apetitosa fuente de pescado y mariscos, y mientras la saboreaba me puse a pensar en la infame gitana.

Era una persona desagradable; de esos pillos de sangre fría que saben exactamente cómo exprimir el bolsillo de los pobres o ignorantes. No obstante —y me disgusta escribir esto—, ¡la desdichada mujer había hablado con sensatez! La exactitud con que había descrito mi carácter había sido sorprendente… incluso perturbadora: aún dudaba que mis esfuerzos por reivindicar mi carrera valiesen siquiera la pena, y me sentía totalmente fuera de mi elemento en esta ciudad y en esta ridícula subdivisión… Y Katerina se las había arreglado para describir esas emociones con asombrosa precisión. Incluso había mencionado “una vida sin propósito”, las mismas palabras que me habían asediado durante el tempestuoso viaje

a Edimburgo.

¿Podían existir tales coincidencias?

Era muy poco probable, pero no imposible.

¿Y qué tal si la información que nos había dado para el caso resultaba ser igual de acertada? Su descripción de una imagen que bien podría haber sido el interior de la chimenea también me desconcertaba, y sus palabras siguientes —esas que no podía verificar con conocimiento previo— habían sido intrigantes, especialmente la mención de un encierro: "¡Un genio! Enjaulado y perturbado. ¡Y sediento de sangre! ¡Sediento y desesperado por mostrarle su valía a todo el mundo!" Era una declaración escalofriante, y no podía olvidar aquella expresión aterrada y casi humilde en su mirada, como si el miedo hubiera desplazado toda su maña.

Estaba tan absorto en mis pensamientos que no me percaté de una voz que llamaba mi nombre. El sujeto tuvo que aclararse la garganta ruidosamente para captar mi atención, y al levantar la vista vi que se trataba de Lewis Ardglass, apostado frente a mí con su protuberante barriga.

—¡Oh, Mr. Ardglass!

—Inspector Frey, ¡qué agradable sorpresa encontrarlo por aquí! Ignoraba que tuviera una membresía.

—Es muy reciente.

—¿Le molesta si conversamos unos minutos?

—Por favor, tome asiento —así lo hizo Ardglass, y un mesero al instante limpió la mesa y nos sirvió un muy fuerte café negro—. Pero no puedo quedarme mucho más tiempo. Debo volver a mi trabajo.

—Entiendo, inspector. Sólo lo entretendré un momento. Verá, anoche tuve ocasión de cenar con mi querida tía, lady Anne Ardglass. ¿Ha escuchado hablar de ella?

La descripción que McGray me había dado de aquella "Lady Copas" era difícil de olvidar.

—Su nombre ha sido mencionado al menos un par de veces desde mi llegada.

Mi respuesta pareció mortificarlo en vez de agradarle. Lady Copas debía tener cierta reputación, después de todo.

—Pues conversando con ella —prosiguió Ardglass—, el nombre de usted inevitablemente salió a relucir, y mi buena tía está intrigada. Desea saber si usted está emparentado de alguna forma con los Frey de Magdeburgo, muy bien conectados en Chancery Lane.

Alcé las cejas con sorpresa:

—Ciertamente. No sabía que nuestro nombre fuera conocido tan lejos de Londres.

—Oh, créame, un círculo muy selecto sí que sabe de ustedes. Verá, mi tía atravesó por unos negocios muy espinosos, y sus problemas con ciertas escrituras fueron resueltos por un muy buen abogado, Mr. William Frey. ¿Lo conoce?

—Puede decirse. Es mi padre.

—¡Su padre! ¡Oh, qué encantador! Mi tía estará feliz de saberlo. Me contó cuán problemática fue la compra de aquella propiedad, pero que el buen padre de usted se encargó de absolutamente todo; rápida y eficientemente. En cuanto se involucró en el caso mi buena tía no tuvo que mover un dedo.

Asentí:

—Sí, mi padre aún es bien conocido en Chancery Lane, pero me temo que ya se ha retirado.

—Muy merecidamente, estoy seguro. Inspector, debo decirle que mi tía estaría encantada si pudiera usted visitarla en cuanto su agenda se lo permita.

Al instante pensé que Lady Copas había sido la casera de Fontaine, y visitarla podría resultar de gran ayuda. Aunque el hecho de que ella misma solicitara una cita inevitablemente incitó mis sospechas.

—Temo que no será de inmediato —le dije, no queriendo parecer demasiado ansioso—. El caso de Mr. Fontaine es prioridad para la policía.

—Claro, eso lo entiendo. Tiene usted una profesión por demás demandante. Pero siéntase en absoluta libertad de visitarnos en cuanto tenga algo de tiempo libre. Le daré la tarjeta de mi tía… —y me ofreció una tarjeta escrita en costoso papel de algodón—. ¿Hay alguna manera en que podamos contactarlo?

—De momento estoy hospedándome en Moray Place, número 27. Allí puede enviar cualquier correspondencia —miré mi reloj de bolsillo—. Ahora, si me disculpa, debo irme —no es que tuviera demasiada prisa, pero nunca me ha gustado fraternizar demasiado con gente involucrada en mis investigaciones. Tomé la tarjeta y la guardé en mi bolsillo interior.

—¡Oh, inspector Frey! —farfulló Ardglass antes de que pudiera alejarme—. Por favor, no crea nada de lo que aquel roñoso Nueve-Uñas le cuente. La gente dice que hay sangre demente en las venas de los McGray; *sangre demente*, le digo. Sé que usted y yo somos gente civilizada que no cree en esa clase de patrañas, pero uno no puede negar ciertas cosas cuando una familia resulta ser así de… rara.

Arrugué la nariz. Cada vez que Ardglass abría la boca me inspiraba un poco más de antipatía.

15

—¡¿Qué carajos es esto, Frey?!

No acababa de cruzar el marco de la puerta cuando el grito atronador de McGray me perforó los oídos.

El corredor principal estaba atestado de baúles y embalajes de todos tamaños y formas, dejando sólo el mínimo espacio para que alguien se escurriera entre la aglomeración. Resaltaban dos torres particularmente altas, entre las cuales me aguardaba la figura regordeta de Joan. La mujer tenía el ceño fruncido con más irreverencia que nunca, y sus ojeras abultadas parecían gritar lo cansada y fastidiada que estaba. Sin embargo, ver su rostro tan familiar me produjo una sensación de calidez que no me esperaba.

—¡Patrón! —exclamó George al otro lado del corredor, buscando desesperadamente un hueco por dónde pasar—. ¡La vieja esta llegó con ínfulas de dueña y llenó la casa de cachivaches! ¡Y la bruja no entiende razón!

—*¿A quién le dice bruja?* —bramó Joan. Tuve que posar una mano sobre su hombro para evitar que vociferara toda la vulgaridad de que era capaz.

—McGray, te presento a Joan, mi ama de llaves. Le encargué que trajera mis pertenencias más esenciales de Londres.

—¡¿Esenciales?!

—¡Hasta trajo esa condenada yegua y ya la metió al establo con su caballo, patrón! —agregó George.

—¡Oh, me has traído a Philippa! —exclamé con la sonrisa de un niño en Navidad. Entonces mis ojos encontraron los de McGray y tuve que enseriarme—. Joan, recuerdo haberte dado una lista muy sucinta de lo que debías traer. ¿Por qué has cargado con todo esto?

—Traje sólo lo que usted me pidió, señor —respingó Joan, entregándome la lista de dos páginas escrita con mi puño y letra. Ojeé las páginas rápidamente y revisé las pilas de embalaje a mi alrededor. Estaba seguro de que había algún error, pero pronto me percaté de cuánto había subestimado el volumen de mis requerimientos.

—Santo dios… —suspiré—. Jamás pensé que el encargo sería tan voluminoso…

—Señor, lo único que traje y que no está en su lista es su yegua, pero el joven Myles insistió. Dijo que usted no estaría contento sin una

montura decente.

Asentí y muy lentamente me di la vuelta para encarar a McGray:

—¿Hay algún… ejem… hay algún problema si almaceno esto aquí?

McGray sacudió la cabeza:

—¿Pos qué trinche remedio?

Joan suspiró con alivio y extendió una mano, esperando la liquidación que le había prometido. Pero de pronto se me ocurrió…

—McGray, supongo que debería permitírseme tener un sirviente personal. Preferiría que Joan permaneciese aquí.

—¡Imposible! ¡Nomás tenemos cuartos pa'dos sirvientes! —farfulló George, y McGray tuvo que contenerlo tal y como yo había contenido a Joan.

—No será por mucho tiempo —agregué sin tardanza, pensando en la chaqueta arruinada por Agnes y la avena llena de grumos que la mujer servía por las mañanas—. Después de todo, el comisionado Monro se comprometió a encontrarme alojamiento en menos de dos semanas.

—¡Y ojalá le cumpla! —dijo Joan con desdén—. Esto es una madriguera maloliente.

Le lancé una mirada asesina, y dibujé con mis labios: "¡no estás ayudando!"

McGray de nuevo sacudió la cabeza. Era claro cuán hastiado de mí estaba ya.

—¿Cómo puedes decir que éstos son tus "esenciales"? —caminó alrededor y tomó la primera caja que vio—. ¡Té Earl Grey! ¡Ei, porque los salvajes escoceses no sabemos qué es el té! Y 'ora quieres que te atienda una inglesa. Típico: los inglesitos no pueden salir ni a la esquina sin cargar con sus tés, sus mermeladitas, sus nauseabundos sándwiches de pepino… —miró a Joan—. ¡Y con sus viejas gordas también!

Los ojos de Joan casi saltan de su cabeza:

—¡Vieja gorda su madre, cabroncillo de nueve uñas!

¡Joan tan sólo llevaba horas en Edimburgo pero ya había escuchado aquel infame apodo! McGray pestañeó por un segundo y preferí cubrirme el rostro. Entonces escuché el sonido menos esperado: McGray estallando en carcajadas.

—¡Ei, esta vieja me agrada, Frey! Muy bien, se queda.

Inmediatamente escuché el aullido desesperado de George:

—¿Qué? ¡Patrón, no puede hablar en serio!

—Perdona, George, pero los pucheros de Agnes me hacen guacarear, y además no ha cumplido su promesa de mantenerse sobria mientras enciende las chimeneas. Esta vieja por lo menos se ve que

sabe cocinar.

George siguió quejándose pero McGray ya había tomado su decisión. Mientras discutían Joan se me acercó:

—Mr. Frey, tengo dos cartas para usted.

—¿Cartas?

—Sí. Una de su señor padre y la otra del joven Myles.

Recibí las misivas:

—Puedo imaginarme lo que mi padre quiere decirme, ¿pero Myles?

La primera carta era más bien un grueso paquete de papel sellado con cera. A mi padre nunca le han gustado los sobres, y prefiere doblar las cartas sobre sí mismas y sellarlas como en los tiempos de mi abuelo. Rompí la cera y encontré que el viejo Mr. Frey había divagado y divagado hasta llenar dieciocho cuartillas, todas por ambos lados. Su letra, compacta y elegante, cubría las páginas con párrafos interminables que exponían toda clase de reprimendas que no me molesté en leer.

Arrugué las páginas y las puse de vuelta en manos de Joan. Luego abrí el sobre y vi que el segundo mensaje era una nota bastante breve, escrita por la pluma apresurada del menor de mis hermanos:

Hola, Ian:

¿Cómo te tratan los escoceses? Te diría cuánto nos sorprendió escuchar de tu partida, pero seguramente papá ya lo ha hecho con su prosa churrigueresca. Ha estado más gruñón que de costumbre y la vena en su sien nunca se ha visto más azul.

Pero algo bueno ha salido de tu "calamitosa situación" (como papá la llama). Fue difícil convencerlo, pero finalmente ha permitido que me una a la orquesta de sir Arthur Sullivan en el Teatro Lyceum de Escocia. Su mayor preocupación era que no tuviese conocidos en Edimburgo, pero ahora que estás allí ya no hay excusa alguna.

Debo advertirte que me ha encomendado reportarle tu situación al detalle, pero supongo que juntos podremos fraguar algunas mentiras blancas.

Disculpa la brevedad de mi carta, pero debo empacar ya.

Abordaré el próximo tren que me sea conveniente y te veré muy pronto.

Tu favorito y muy emocionado hermano, Myles.

—¡¿Qué demonios…?! Joan, ¿Myles te ha dicho que planea venir?

—No, señor, pero me dijo que tenía una sorpresa para usted.

—¡Vaya sorpresa! —gruñí—. Joan, necesito que le envíes un telegrama mañana a primera hora.

Al decir aquello corrí a mi cuarto por papel y tinta. En el telegrama

le decía a Myles en el lenguaje más enérgico que *no* lo quería en Escocia. Mientras perseguía a un presunto destripador y batallaba con la autoridad de McGray, lo último que necesitaba era al saltimbanqui de mi hermano pidiéndome que lo llevara de paseo por la ciudad.

*

A la mañana siguiente Agnes hirvió su último pocillo de avena grisácea. McGray le dio una liquidación generosa y la mujer salió de la casa con una amplísima sonrisa.

George, en cambio, no tomó las cosas con tanta calma. El viejo estaba furioso, echándonos miradas resentidas a Joan y a mí, y murmurando ininteligiblemente cada vez que pasábamos cerca de él. Y aquella misma mañana el mayordomo estalló. Al tiempo que McGray y yo salíamos de la casa, lo escuchamos berreándole a Joan:

—¡Ora quita tus porquerías de mi camino, vieja mula!

La respuesta de Joan fue tal despliegue de arrolladora vulgaridad que hasta el recio McGray entornó los ojos.

Dado que ahora ambos teníamos monturas, McGray prefirió cabalgar a la Alcaldía en vez de llamar un coche. El aire matutino estaba húmedo y lloviznaba ligeramente, pero envuelto en uno de los gruesos abrigos traídos por Joan, a duras penas noté las inclemencias. Estaba feliz de poder montar a Philippa, mi animada yegua blanca, pero no dejaba de preocuparme al recorrer las callejas estrechas del Barrio Viejo: las bacinicas que la gente vaciaba desde lo alto de sus viviendas eran una amenaza constante.

—Tienes una buena bestia, Frey —dijo McGray.

—Oh, estoy orgulloso de ella —contesté, palmeando el cuello de Philippa—. Es una frisona de Bavaria.

—Neh, me refería a tu sirvienta. ¡Qué lengüita tiene!

Por primera vez me hizo reír:

—Bueno, ahora que lo he mencionado, tú también tienes un buen caballo. ¿Es un anglo-árabe?

—Ei.

—Reconocí el pecho hundido y las paletillas bajas. Son muy buenos animales: igual de fuertes que los purasangres ingleses pero sin el temperamento. ¿Cómo se llama?

McGray se llenó de orgullo:

—Centeno.

—*¡Centeno!* ¿Qué clase de nombre es ése? ¿Por qué no *avena*, o *grano*…?

—Uy-uy-uy. Disculpe que no sea un nombre tan rimbombante como esos que a su alteza le chiflan. ¿Cómo se llama tu yegua? ¿Reina

Margot?

—Philippa —respondí—, como ya bien escuchaste —y preferí no mencionar que era en honor a Philippa de Hainault, esposa del rey Eduardo III.

Nueve-Uñas soltó una risita:

—Y te preguntas por qué te digo de cosas…

Lancé un suspiro:

—Como sea. ¿Cuál es tu plan para hoy? Sugeriría por enésima vez que visitemos al laudero.

—Ei, tenemos que ver al tipo aquel. ¿Trajiste el pedacín de partitura?

—Sí, lo traigo en el bolsillo. ¿Crees que el laudero lo reconozca?

—El laudero no es nuestra primera parada. Quiero enseñarle ese papel a alguien más.

—¿Te refieres a Caroli? —recordé de inmediato.

—Ei, el tipo me mandó una nota. Encontró el nombre de la pieza y ha pedido que lo visitemos.

—¿Y por qué no te dio el nombre en la nota?

—No tengo idea, y me intriga —McGray miraba al frente con impaciencia—. Si quiere vernos en persona debe tener algo muy importante… o muy delicado que decirnos.

16

Raniero Caroli vivía en una casa elegante en Hill Street, de hecho a poca distancia de Moray Place.

Para mi sorpresa, fue Caroli en persona quien nos abrió la puerta, y antes de que pudiera pronunciar palabra me recibió con un abrazo demoledor de costillas y un besuqueo resonante en cada mejilla. Sólo pude permanecer rígido como estatua y esperar a que me quitase las manos de encima.

—Estos mediterráneos… —susurré mientras Caroli le daba la misma inapropiada bienvenida a McGray—. Tan igualados y confianzudos…

—¡Pasen, pasen, inspectores! Mi mujer ha preparado unos antipasti.

—Mr. Caroli, me temo que no tenemos suficiente tiempo para…

—¡Tápate'l tragamáiz! —McGray me siseó al oído.

Le susurré en respuesta:

—¿Podrías repetir eso? ¿Emm, en lenguaje de humanos?

—¡Oi, que entres y te calles! —inmediatamente le ordenó a Tucker que esperara afuera.

—¡Oh, su mascota puede pasar! —dijo Caroli—. A mi Lorena le encantan los animales. Tiene tres canes —a pesar de estar a un metro de distancia, Caroli vociferó esas palabras desde el fondo de su esófago, y el resto de la conversación continuaría en aquel infernal volumen.

Palmeándonos las espaldas con excesivo entusiasmo, Caroli nos llevó a una salita, amueblada con bancas de estilo marroquí y retacadas de cojines. Los asientos estaban dispuestos alrededor de un baúl de cedro grabado con motivos muy intrincados, que los Caroli usaban como mesita de centro. Pero lo que llamó más mi atención fue la estatuilla de madera en el centro del cuarto: una góndola veneciana junto con su gondolero, tallada de la manera más exquisita. Los pliegues en la ropa del hombre, los músculos de sus brazos e incluso las venas de sus manos eran reproducciones perfectas.

—¡Oh, les presento a mi mujer, Lorena! —y Caroli nos empujó al frente en cuanto la dama entró a la sala.

Mrs. Caroli, casi tan alta como su esposo, era una mujer cautivadoramente bella, con gruesos labios carmines y ojos negros

como el carbón. Su cabello era una cascada de rizos oscuros que enmarcaba la piel suave y blanca de sus mejillas, y tenía la más afable de las sonrisas. Llevaba puesto un vestido de luto tan oscuro como sus pupilas, que resaltaba no sólo la blancura de su piel, sino también la silueta de su vientre: estaba en la última etapa del embarazo. Vi que sus manos estaban envueltas en mitones de encaje negro, sus puños cerrados sobre un rosario que presionaba contra su abdomen. Había algo extraño en la forma con que apretaba las cuentas, como si sus manos estuvieran incongruentemente tensas a pesar de su semblante apacible. Y pronto sabría el porqué.

—Bienvenidos, inspectores. Siéntense, por favor —contrario a su esposo, la voz de Lorena era suave y con un agradable acento del sur de Inglaterra; sólo de vez en cuando se le escapaban las vocales abiertas y las erres vibrantes de su idioma natal.

Los tres canes que Caroli había mencionado resultaron ser perros de caza que trotaban alrededor de la mujer: enormes, oscuros y babeantes. Tucker no quiso acercárseles y fue a agazaparse en un rincón, gimoteando de cuando en cuando. El golden retriever no se movería de aquel rincón hasta el final de nuestra visita.

McGray y yo nos sentamos mientras Caroli llamaba a sus sirvientes animosamente. Dos muchachas y un muchacho vinieron pronto, trayendo tazones de aceitunas, pan crocante, carnes frías, una jarra de vino tinto, así como un juego de vinagreras y aceite de olivo.

—Mr. Caroli, ésta no es una visita social —empecé a decirle, pero el hombre estaba vociferando órdenes en su rapidísimo italiano y sus empleadas ya estaban escanciando el vino en grandes copas. Y si la voz de Caroli no era suficiente escándalo, los perros comenzaron a ladrar alocadamente alrededor de su ama. Lorena tenía dificultad en soltar el rosario, y tuvo que usar sus nudillos para empujar rebanadas de pan que cayeron al piso, donde los perros las devoraron con gusto. Tuve una fugaz impresión de sus dedos, nudosos y rígidos, antes de que volviese a aferrar el rosario.

No necesitaba ser un genio para saber que la mujer sufría una artritis muy severa. Lo que sí me sorprendió fue ver un caso tan avanzado en alguien tan joven; la artritis suele ser un padecimiento de la gente mayor. A menos, claro está, que otra enfermedad la desencadene.

Desafortunadamente Mrs. Caroli notó mi mirada. Nuestros ojos se cruzaron y creo que incluso hice una mueca de vergüenza.

—Mejor me llevo a los animales a su perrera —anunció, claramente incómoda—. Ustedes, caballeros, deben tener asuntos importantes de que hablar.

Caroli se puso de pie de un brinco:

—¿Tienes que hacerlo ahora? Deja que te ayude…

—No, no, atiende a los inspectores —esa respuesta no tranquilizó a Caroli, pero Lorena ya estaba empujando a los sabuesos con sus manos siempre apretadas—. No te preocupes, Raniero, tendré *mucho* cuidado. Y no insinúes que soy torpe; soy bastante capaz de echarle llave a la perrera —entonces se reclinó sobre el can más cercano y le acarició la cabeza—. Ningún pillo se nos escapará hoy, ¿cierto?

Le sonrió a su esposo y Caroli, muy a su pesar, la dejó ir.

—Disculpen —nos dijo—. Está esperando nuestro primer hijo, como ven… pero aun así brinca y baila y cuida de los animales… Me pone nervioso, sobre todo en su estado.

—Lo entendemos perfectamente —le aseguré. Me sentía demasiado avergonzado para seguir escuchándolo hablar sobre las debilidades de su esposa.

Mr. Caroli prácticamente nos obligó a compartir sus aceitunas, pan y vino. McGray estaba por demás feliz; intentó tentar a Tucker con una rebanada de jamón de Parma, ahora que los intimidantes perros se habían ido, pero Tucker se rehusó a abandonar la seguridad de su rincón. Yo, como de costumbre, estaba impaciente por comenzar el interrogatorio.

—Así que encontró la partitura —dijo por fin McGray.

Como si le hubiese leído la mente, Mrs. Caroli regresó con una de las sirvientas, que traía un manojo de papel.

—Raniero, creo que esto es lo que querías mostrarle a los inspectores.

—Así es. Encontré el último préstamo a Fontaine en el registro, pero pensé que les interesaría ver el libro en sí, por eso saqué esta copia. Todas las partituras en la biblioteca se conservan en duplicado.

La muchacha me entregó los papeles, que eran muy viejos y estaban cosidos toscamente a una cubierta de cuero flexible. Abrí el tomo al azar y vi de inmediato que se trataba de una pieza en extremo difícil, repleta de principio a fin con corcheas, semicorcheas y trinos muy largos. Pasé a la primera página para ver el título, y qué sorpresa resultó ser.

—¡La Sonata del Diablo! —leí en voz alta, y McGray dio un salto en su asiento.

—¿La qué?

—Fontaine estaba tocando la Sonata del Diablo. ¡Qué apropiado! —arqueé las cejas—. De hecho… es *demasiado* apropiado.

—¿La sonata de Tartini? —preguntó McGray incluso antes de ver la partitura. Ojeé la página y vi que el compositor efectivamente era

Giuseppe Tartini.

—¿Has escuchado de él? —le pregunté con incredulidad—.Pensé que sólo escucharías cancioncillas de baile con nombres como "Maguitos la Borracha" o "Rodando por las Escaleras".

—¡No seas babotas, Frey! —exclamó McGray, estremeciéndose de repulsión—. ¡Ésas son irlandesas! Y aunque te sorprenda, me sé muy bien la historia de Tartini.

—¿Entonces conoce la leyenda detrás de la Sonata del Diablo? —preguntó Caroli.

—Temo que yo no —intervine—. Mi hermano es violinista y puede haberla mencionado alguna vez, pero de momento no la recuerdo.

—Mr. Caroli, ¿le puede contar la leyenda aquí al inspector Frey? Puede que le dé más crédito viniendo de usted.

—Pero claro, inspector. Me gusta contar esa historia —Caroli hincó el diente en una rebanada de pan rebosante de aceite de oliva antes de proseguir—. Pues bien, Giuseppe Tartini fue uno de los compositores más importantes del periodo barroco; estoy hablando de principios del siglo XVIII. El hombre era un genio, pero al menos en mi opinión no era el mejor de su época; empezó a tocar el violín muy tarde (tenía alrededor de veinte años, según tengo entendido) y pasó bastantes años sin tener mucho éxito.

"Esta sonata lo cambió todo, no sólo por la música, que es extraordinaria en sí, sino también por cómo la compuso. Una noche Tartini soñó que el demonio se le aparecía y comenzaba a tocar su violín. Según cuenta, era la música más hermosa e inteligente que hubiera escuchado jamás. Cuando Tartini despertó intentó anotarla y después compuso la sonata basándose en esos bosquejos. Hasta el día de su muerte, Tartini juró que su composición no era ni sombra de lo que del diablo había ejecutado en su sueño.

McGray habló antes de que pudiera reírme de aquel cuento:

—Pero hay otra versión de la historia, ¿no, Mr. Caroli?

—Oh, sí, la versión macabra. Hay gente que dice que Tartini le vendió su alma al diablo a cambio de la mejor composición de violín jamás escrita. Y también se dice que el diablo dejó una maldición en la música.

—¿Una maldición? —repetí—. ¿De qué clase?

—Es una maldición sobre cualquiera que intente tocar la sonata, y hay algo de fundamento en esa historia: el tercer movimiento es endemoniadamente difícil de tocar, incluso para los maestros… Y tiene estos pasajes, los llamados "Trinos del Diablo", que pueden provocar calambres si uno los toca demasiadas veces. He escuchado de violinistas que se dañaron los nervios de las manos por tocar esta

pieza; algunos tanto que nunca pudieron volver a tocar.

Medité por un momento. En otras circunstancias habría descartado ese tipo de habladurías, pero la maraña de evidencia que habíamos visto hasta entonces, bajo la luz de aquella fábula, comenzaba a adquirir cierta forma.

—¿Qué opina usted de la leyenda, Mr. Caroli? —le pregunté, y el italiano comenzó dando voz a mis propias impresiones:

—Pues siempre se puede creer que Tartini lo inventó todo para promover su música, o que el sueño del diablo vino en una noche de embriaguez o mala digestión… —entonces sus labios comenzaron a estirarse en una sonrisa—. Aunque a veces me gusta pensar que es cierto. La leyenda tiene su encanto.

—¡Encanto!

—Sí, inspector. Bueno, al menos para nosotros los violinistas. La Sonata del Diablo fue la primera pieza instrumental para verdaderos virtuosos. Verá, antes de eso los instrumentos musicales eran sólo un mero acompañamiento para la voz humana; arreglos muy simples y fáciles de tocar. La Sonata del Diablo resaltó por primera vez la belleza de un sonido abstracto en vez de la palabra cantada. Es inquietante pensar que toda la música instrumental tan rica que se ha creado hasta hoy fue desencadenada por un regalo del diablo.

McGray y yo intercambiamos miradas confundidas. Por un momento los ojos de Nueve-Uñas se agitaron, dejando ver la inquietud de sus pensamientos.

Mrs. Caroli se percató de ello y miró hacia el techo:

—Deben disculpar a mi marido. Todos estos músicos están un poco trastornados; es parte de su oficio.

—¡Hey! —protestó Caroli, palmeando juguetonamente la mejilla de su esposa. La forma en que se miraban revelaba lo mucho que debían quererse.

McGray puso su copa sobre la mesa:

—Emm… Mr. Caroli, ¿nos hace otro favor? ¿Nos puede tocar un poquito de la sonata?

—Oh, no puedo tocar los pasajes más complicados sin practicar; es una de las sonatas más complicadas que existen. Pero puedo tocar los primeros compases del primer movimiento, el Larghetto. Iré por mi violín.

Caroli salió de la sala y Lorena amablemente nos ofreció más vino, el cual tuve que rechazar.

—¿Le agrada Edimburgo, inspector Frey? —me preguntó. Supuse que era algo de charla trivial para demostrarme que no le importaba haberme encontrado mirando sus manos con tanta fijación.

—Es bastante tolerable, Mrs. Caroli —mentí—, muchas gracias. ¿Ustedes llevan mucho tiempo de vivir aquí?

—Raniero definitivamente, ya van a ser siete años, pero no es mi caso. Mi padre es un comerciante de Venecia, así que divide su tiempo entre Londres e Italia. Mi hermana y yo nacimos en Venecia, pero recibimos casi toda nuestra educación en Londres. Me mudé a Escocia después de casarme con Raniero, hace poco más de tres años.

—Eso explica el inglés tan perfecto que habla usted —le dije.

—Le agradezco el cumplido, pero fui educada aquí desde que tenía once años; sería verdaderamente tonta si no dominara el idioma después de tanto tiempo.

Le guiñé a McGray con sorna:

—Hay esperanza: si te llevamos a Londres en este instante, tal vez dentro de diez años puedas pronunciar algo que se asemeje un poco al inglés.

—Y si te empiezo a patear la entrepierna en este instante, tal vez para Navidad ya se te hayan quitado tus ínfulas de dandi.

Caroli volvió entonces, trayendo su violín y un atril en el que McGray colocó las partituras. Después de afinar rápidamente las cuerdas, Caroli inhaló profundamente y comenzó a tocar.

Después de escucharlo por un momento me pregunté cómo es que alguien podría relacionar aquella música con el demonio: era la melodía más dulce que pudiera imaginarse. Escrita en un *tempo* de seis octavos, se sentía casi como un vals: ún-dos-tres, ún-dos-tres. Eran notas hermosas moviéndose rítmicamente como el oleaje más apacible, y pensé que así habrían sonado los lamentos de un ángel caído del cielo.

—Me temo que es todo lo que puedo tocar.

McGray asintió:

—Tá bien. ¿Nos puede prestar las partituras por un tiempo?

—Por supuesto, si creen que pueden ayudarles.

Caroli volvió a ofrecernos más vino y comida, pero esta vez tanto McGray como yo nos negamos. Los Caroli eran tan hospitalarios que felizmente nos habrían entretenido hasta entrada la noche. Sin embargo, las calles ya estaban oscureciéndose, así que decidimos marcharnos.

Antes de que llegáramos a la puerta, Mrs. Caroli posó una de sus rígidas manos en el brazo de McGray. Tenía una expresión temerosa.

—¿Ei, Mrs. Caroli?

Lorena se mordió el labio, pero después respiró profundo y se obligó a hablar:

—Inspector, sólo quería… rogarle que encuentre al responsable de

la muerte de Sylvain.

—¿Qué…?

—Nadie nos ha dicho nada, pero ya todos estamos convencidos de que el pobre Sylvain fue… asesinado. ¿Por qué otra razón estarían interrogando a tanta gente? Lamento ser tan atrevida pero… oh, Sylvain era un hombre extraordinario, y no lo digo sólo por sus talentos (la genialidad rara vez trae cosas buenas), sino por lo compasivo y piadoso que era. Trabó amistad conmigo y mi marido… creo que era nuestro único amigo en toda la ciudad; él entendía perfectamente qué se sentía ser un extranjero… un fuereño… alguien diferente a los demás —sus ojos se llenaron de pena, y bajó la mirada —. Era un muy viejo amigo de mi padre; de hecho fue él quien me presentó a Raniero. Oh, el buen Sylvain hizo tanto por nuestras familias… más de lo que puedo decir. No se merecía acabar así. Por favor, vean que haya justicia.

McGray tocó gentilmente la mano de Lorena y le dirigió una mirada firme y confortante:

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos, eso se lo aseguro —le sonrió y de inmediato intentó aligerar los ánimos—. ¿Cuándo cree dar a luz?

Arrugué la nariz, pues en Londres se considera terriblemente inapropiado hablar de esos asuntos con una dama, pero Mrs. Caroli contestó de buena gana:

—En cualquier momento, para ser sincera. Lo espero con ansias: es nuestro primer hijo.

—¡Me imagino! ¿Ya pensaron en el nombre?

—Si es niño, pensaba llamarlo Giacomo.

En cuanto escuchó aquello, Caroli se atragantó y casi escupe las aceitunas que estaba comiendo:

—*¡Giacomo! ¿Ma sei pazza, Lorena?*

Mrs. Caroli se sonrojó visiblemente, pero después prosiguió sin atender la protesta de su esposo:

—Y si es niña quiero que se llame Lucía, como mi difunta hermana.

Caroli sacudió la cabeza; al parecer ninguno de esos nombres le agradaba.

Finalmente nos vieron partir, y Tucker salió despavorido de la casa en cuanto una de las sirvientas abrió la puerta. El pobre retriever estuvo aliviado en cuanto sus patas tocaron la calle lodosa.

Caroli se despidió de nosotros con otro muy inapropiado abrazo y después vociferó escandalosas despedidas.

—Cuánto me irritan estos italianos —farfullé en cuanto estuvimos

a distancia prudente—. Creen que pueden estrangular con abrazos y sofocar con besuqueos a quien se les ponga enfrente. ¿Y por qué tienen que ser tan insufriblemente escandalosos?

McGray se rio:

—Ei, según ustedes los inglesitos el francés es un payaso apestoso, el escocés es un perro salvaje, el español es un pobre tarado, el italiano es un ladronzuelo… Ei, sólo los ingleses son el condenado pináculo de la perfección.

—Aunque lo digas en broma… ¿Por qué otro motivo el Señor habría permitido que los ingleses dominaran un imperio sobre el que nunca se pone el sol?

McGray soltó una rápida carcajada:

—Porque ni Dios mismo se fía de un inglés en lo oscurito —McGray miró su reloj de bolsillo—. Demasiado tarde para visitar al tal Joe —se encogió de hombros—. Mneh, lo veremos mañana por la tarde.

—¿Por la tarde? ¿Tienes planeado algo para la mañana?

Para mi sorpresa, McGray no contestó, sino que sólo continuó la marcha, tirando de su caballo para alejarse un poco de mí. Habría insistido en que me diera una respuesta, pero había algo extraño en su repentino silencio: tenía el ceño fruncido, los hombros caídos y una evidente incomodidad en la mirada. Era como si se hubiese envuelto en una burbuja que no me atreví a reventar.

17

El malhumor de McGray tardaría bastante en disiparse.

A la mañana siguiente no quiso desayunar, a pesar de que el tocino cocinado por Joan había llenado la casa de un olor delicioso. Tampoco pude comer demasiado, pues McGray vino a apresurarme. Casi me atraganto al verlo: se había puesto una camisa limpia (bueno, no tan sucia como la de siempre) y llevaba un abrigo que casi podría describirse como decente.

—Alístate ya, princesita —fue su manera de decir buenos días—. Se hace tarde.

Traía en las manos unos artículos que jamás habría relacionado con él: jabones de lavanda envueltos con listones, un empaque de caramelos de whisky y un pequeño ramo de flores blancas.

—¿Vas a cargar con eso durante la investigación? ¿Quién es la princesita ahora?

—¡Oi, cállate y levanta tus reales asentaderas de la silla! Ya llegó el coche que llamé.

—¿Coche? —pregunté—. El clima no es tan malo.

—Ei, pero no se me antoja montar hoy. No a donde vamos.

—¿Al fin vas a decirme?

—Ya lo verás.

*

—¡¿El caso de la casucha embrujada?! —rugí mientras el carruaje nos llevaba al sur a través de Lothian Road—. ¡No puedo creerlo! Estamos a la mitad de un caso que…

—¡Oi, ya cállate, te has venido quejando todo el pinche camino! Estoy harto de tu acentito. ¿Por qué los sureños tienen que hablar como si tuvieran una maldita papa hirviendo en la boca?

Lancé un gruñido:

—¡Oh, no me hagas hablar de acentos irritantes! —golpeé el costado del coche con el puño—. ¡Tu actitud es increíble! No tenemos siquiera un leve rastro que seguir en el asesinato de Fontaine, pero tú de cualquier forma decides vagabundear a lo largo y ancho de Edimburgo. ¿Qué tiene de importante este otro caso?

—Un hombre de apellido Brewster murió en esa casa; en su sótano

y de un susto terrible, según la autopsia. Y unas semanas después su viuda se volvió loca sin razón aparente. Estando en el mismo sótano. A nadie en la policía le interesa el caso. Claro, ¿quién podría ocuparse de investigar la muerte de un anciano que no dejó nada de valor? ¿O de su viuda loca? Pero esa gente merece una investigación tanto como Fontín.

Si mi carrera no hubiese dependido totalmente del presente caso, tal vez habría estado de acuerdo con McGray. Pero no en este momento.

—¿Y dónde está esta casa supuestamente embrujada a la que vamos?

—Al norte, cerca de los Jardines Botánicos, pero hoy no vamos pa'allá. Vamos al Real Manicomio de Edimburgo, a indagar más del padecimiento de Mrs. Brewster.

—Y supongo que le llevas flores a la loca —dije con amargura, mirando el ramillete de rosas y el envoltorio de dulces con desprecio. McGray cayó en un silencio tan impenetrable como el de la noche anterior, lo que hizo el trayecto aún más incómodo.

Y tardamos bastante en llegar, pues el manicomio estaba en el extremo sur de Edimburgo. Pasamos Castle Rock, el Barrio Viejo, una extensa área verde muy imaginativamente llamada Los Páramos, y continuamos hacia el sur hasta el vecindario de Morningside. Durante el resto del viaje me mantuve en silencio, con los brazos cruzados y odiando cada minuto que se desperdiciaba en aquella tontería.

Finalmente, cuando mi malhumor llegaba a su cúspide, el coche descendió a través del verde prado que rodeaba el manicomio, el cual resultó ser todo lo opuesto a lo que me esperaba.

Casi todos los manicomios que he visto (debido a mi profesión) han sido cuevas sucias: museos de locura, lugares en los que se encierra a los lunáticos para que no estén a la vista. El manicomio de Edimburgo, en contraste, era una construcción amplia y elegante, con muros de piedra arenisca y muchas chimeneas. El conductor le dio la vuelta y vi más prados: jardines bien cuidados, con pinos, robles y abedules, y bastantes bancas bien distribuidas. Algunos pacientes estaban paseándose mansamente, vigilados de cerca por enfermeros.

El carruaje se detuvo frente a la entrada principal, y cuando se extinguió el ruido de cascos de caballos no hubo más que un silencio apacible. Sólo podían oírse el murmullo de la brisa, el canto de pájaros y la muy ocasional voz de algún paciente o enfermero. Incluso para mí, aquel jardín habría sido un sitio excelente para relajarme con un buen libro.

Un hombre delgado de mediana edad vino a recibirnos. Ataviado

pulcramente de negro y avanzando con paso firme, me pareció la clase de doctor confiable y experimentado que me habría gustado encontrar en la morgue. Su cabeza era tan calva y lisa como un melocotón, a excepción de sus sienes, cubiertas de impecable cabello oscuro, y su barba larga pero perfectamente despuntada.

—¡Buen día, Mr. McGray! Lo estaba esperando —miró las flores y los regalillos afeminados—. Oh, veo que aprovechará la ocasión y visitará a Miss McGray también.

Pestañeé con confusión, preguntándome quién podría ser aquella Miss McGray.

—Ei, pero antes quiero ver a Mrs. Brewster. Usté sabe… los negocios primero. Éste es el inspector Frey, recién llegado de Londres para ayudarme.

—Thomas Clouston, director de la institución, a sus órdenes —me dijo con un firme apretón de manos—. Síganme, por favor.

Nos llevó por los espaciosos corredores del manicomio hacia uno de los cuartos en el ala oeste, que al parecer era la sección del edificio reservada para gente pobre o menos acomodada. El cuarto de Mrs. Brewster estaba en el segundo piso, y cuando llegamos una enfermera estaba saliendo con una bandeja vacía.

—¿Ha comido bien, Cas? —le preguntó el doctor Clouston.

—Ei, doctor. Tuve que forzarla un poco para que se acabara el consomé. Afortunadamente ya está descansando.

—Buen trabajo, Cas.

Entramos a un cuarto pequeño y austero amueblado sólo con lo esencial: una cama individual, un aguamanil, una mesa y un guardarropa extremadamente pequeño. Una mujer huesuda y muy entrada en años dormía en la cama, con el cabello gris cuidadosamente recogido. Su sueño no parecía plácido, pues tenía el ceño fruncido y respiraba entrecortadamente. Casi parecía estar en su lecho de muerte.

McGray se reclinó sobre ella:

—¿Está enferma?

—No, tan sólo duerme —contestó el doctor—. La señora duerme mucho últimamente, pero parece ayudarle. Sigue muy trastornada, pero al menos físicamente su salud ha mejorado bastante.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —pregunté.

—La próxima semana se cumplirán tres meses, Mr. Frey.

—No es mucho —dije—. Tomando en cuenta la eternidad que un paciente puede quedarse estancado en estas instituciones —noté las miradas incómodas de Clouston y McGray.

—¿Sigue con los mismos síntomas? —preguntó Nueve-Uñas.

—Así es. Como le dije en mi última carta, es un típico caso de crisis nerviosa, aunque los síntomas han disminuido hasta cierto punto. Las primeras semanas sus ataques de ansiedad eran constantes: las enfermeras la encontraban muy alterada en las mañanas, con los ojos clavados en el techo y aferrándose a los barrotes de la cabecera. Ya logra dormir, pero como ve, es un sueño inquieto.

—Entonces… ¿es un caso similar a…?

—En efecto, Mr. McGray.

—¿Similar a qué? —pregunté, pero McGray se encogió de hombros.

—¿Aún no ha dicho palabra?

—Tristemente, ni una sola, Mr. McGray.

Me paseé alrededor de la cama mientras el doctor Clouston continuaba describiendo la condición de la mujer al detalle. Era en verdad un hombre muy profesional.

—¿Y cuál es tu teoría, McGray? —pregunté a la primera oportunidad—. ¿El coco en el sótano? ¿Qué tiene de especial el colapso nervioso de una viuda?

—No hay nada en su historial médico que pudiera predecir esta locura —respondió McGray, y el doctor Clouston estuvo de acuerdo.

—Así es. Ningún antecedente o indicio de predisposición. Llevaba una vida tranquila: su esposo estaba jubilado, y aunque no eran muy adinerados, tenían lo suficiente para no pasar penurias. Por otro lado, podría atribuirse a la pérdida tan repentina de su esposo.

Abrí más los ojos:

—Ahí tienes tu respuesta, McGray.

—Neh, no es tan simple. La seño perdió a su único hijo hace bastante tiempo; era cadete en la India y murió de diecinueve años. Después la mujer fue perdiendo a sus padres y a sus tres hermanas. Perder a un ser querido no era algo nuevo para ella. Además, esa casa tiene una historia turbulenta: muertes trágicas una tras otra…

—No es lo mismo enfrentarse a tragedias en la juventud que en los años otoñales. Si como dices ya había perdido a todos sus familiares, no es difícil imaginar su desesperación ante la muerte de su esposo, el último compañero que le quedaba.

—¿Y cómo explicas que perdiera la razón en el mismo cuarto donde él murió?

—¡Oh, no lo sé! Cualquier cosa es más fácil de creer que algún fantasma que mata de miedo a la gente. ¿Podemos irnos ya?

McGray estaba tan impaciente como yo:

—¿Así es como los inglesitos investigan crímenes? Con razón Jack el Destripador sigue libre —se dirigió al doctor—. Creo que de

momento no hay mucho que podamos hacer. Doctor Clouston, si llegan a escucharla hablar avíseme de inmediato, no importa el día o la hora.

—Delo por hecho.

—¿Le puede dar copia del expediente a Frey? Le quiero dar una leída… usted sabe, sin que me anden carrereando.

—Por supuesto. Mandaré traer la copia. ¿Puede esperarme un momento?

—Frey lo puede acompañar. Mientras tanto puedo ver a Pensy.

—De acuerdo. Puedo guiarlo a…

—Neh, no se preocupe, ya me sé el camino.

McGray sacó un par de rosas del ramo y las dejó sobre el buró de la señora, para después salir del cuarto a toda prisa.

Seguí al doctor Clouston a su oficina, y mientras caminábamos la curiosidad pudo más que yo:

—Doctor, ¿puedo preguntarle quién es esta… Miss McGray?

Me miró con perplejidad:

—¿No se lo han dicho?

—Bueno, no hemos tenido muchas oportunidades para conversar.

El doctor se quitó las gafas:

—Mr. McGray está visitando a su hermana, Miss Amy McGray. La llama Pensy, como la apodaban sus difuntos padres.

Mi boca debió ser una perfecta O. Hasta entonces me percaté de lo poco que sabía sobre McGray.

—Pues bien, emmm… ¿cuál es su padecimiento?

Los ojos de Clouston se ensombrecieron:

—Total colapso nervioso, como Mrs. Brewster, e igual de súbito. Un buen día, sin razón aparente, su mente simplemente se desmoronó. La única diferencia es que Miss McGray también tuvo ataques de violencia —el doctor suspiró—. Pobre muchacha… la hemos tenido aquí ya cinco años.

—¡Cinco años!

Con razón McGray me había lanzado miradas furibundas cuando me burlé de sus flores y cuando comenté cuán duraderos podían ser los trastornos mentales. No puedo expresar cuán culpable me sentí, sólo sé que de pronto sentí que mis mejillas hervían.

—¿Le pasa algo, inspector? —preguntó el doctor. Desde su punto de vista simplemente me había sonrojado sin motivo.

Negué con la cabeza como si no tuviese importancia:

—No es nada, no se preocupe, pero… ¿ha dicho cinco años? ¿Sin mejora alguna?

—Oh, no, la muchacha mejoró bastante durante los primeros

meses. Nunca volvió a tener ataques de violencia, y ya no se golpea la cabeza contra las ventanas. Después de unos seis meses incluso empezó a mostrar lapsos ocasionales de lucidez.

—¿En verdad?

—Sí… bueno, cosas nimias para quien no está entrenado. Tenemos un lord suicida entre nuestros pacientes, y lo animo a que le lea en voz alta. A veces parece entender y seguir la trama de los libros: una vez incluso la vi morderse las uñas en el clímax de una novela de Wilkie Collins, pero me temo que es todo lo que podemos esperar de ella.

Algo había cambiado en el semblante de Clouston. El hombre había descrito los síntomas de Mrs. Brewster en un tono neutral, meramente científico, y sin embargo se veía afectado profunda y personalmente por el caso de Miss McGray. Intentaba ocultarlo, pero cierta tensión en sus ojos y en su mandíbula lo delataba. Años de interrogar a testigos y sospechosos me han enseñado a intuir cuando alguien oculta algo, pero esta vez preferí no ahondar más en el asunto.

Cuando llegamos a su oficina el doctor me dio un expediente delgado. Lo hojeé rápidamente, viendo que se trataba de una copia mecanografiada.

—¿McGray ya le había pedido que tuviese una copia lista?

—Así es, desde que supo del caso. Ahora mi oficinista mecanografía todo con papel carbón para que el inspector McGray pueda conservar una copia. Hasta hace más o menos un año hacíamos lo mismo con los expedientes de su hermana.

—Oh, ¿por qué dejaron de hacerlo?

Clouston se encogió de hombros:

—No habíamos tenido nada nuevo que reportar durante dos años, y el mismo McGray decidió que era momento de desistir.

Dos años leyendo los reportes médicos de su hermana sin ver mejoría alguna… me estremecí sólo de pensarlo. Salí de la oficina de Clouston con semblante sombrío, pensando que tal vez mi propia salud mental no resistiría si algo similar le ocurriese a Myles.

—¿Lo llevo al cuarto de Miss McGray? Ahí puede esperar a su colega.

Accedí, aunque sin prestar mucha atención al camino… lo cual pronto lamentaría.

Marchamos en silencio por los corredores del ala oeste, cuando de pronto se escuchó un espantoso bramido a nuestras espaldas: el gruñido violento de un hombre amordazado. Clouston se volvió más rápido que yo y me hizo a un lado de un tirón antes de que pudiera reaccionar.

Un paciente muy perturbado corría por el pasillo, llevando sólo un camisón desgarrado y rugiendo como animal salvaje. Nos pasó de largo y vi fugazmente sus ojos enrojecidos y su boca, de la que salían trozos de trapos hechos jirones. Lo perseguían tres enfermeros que gritaban desesperadamente. Lograron atraparlo apenas unos metros más adelante, y el paciente se retorció y rugió tan ferozmente que incluso yo me amedrenté. Mientras lo arrastraban de vuelta a su habitación, uno de los enfermeros sacaba asquerosas tiras de trapo de la boca del hombre.

—Pobre de Johnnie —dijo Clouston tras un suspiro—. Sufre de alucinaciones extremas. Cree que hay vapores venenosos en el aire que, en sus propias palabras, "le consumen las entrañas". Se rellena la boca y la nariz con trapos o papel para "protegerse". Una vez incluso se llevó un montón de trapos al… cielos, no debería hablarle de estas cosas. Debe disculparme; mi trabajo me apasiona.

—Ya veo —fue lo único que logré contestar en medio de aquel escándalo.

—Son un fenómeno fascinante, las alucinaciones —dijo Clouston, con la mirada fija en su paciente—. Siempre me he preguntado cuán fervientes deben ser los miedos o los deseos de estas personas… cuán desesperados deben estar, para que sus mentes simplemente cedan bajo la presión.

—Espero que nunca tengamos que experimentarlo en carne propia —contesté.

Justo cuando comenzaba a sentirme filósofo, el paciente se liberó y embistió hacia nosotros como un búfalo.

Los enfermeros fueron tras él pero lo capturaron demasiado tarde: el hombre se me había acercado demasiado, sólo para vomitar un montón de trapos que cayeron directamente sobre mis pantalones.

No deseo siquiera recordar cuán repugnante fue aquello (para mis ojos y mi nariz). Un enfermero rápidamente me dio una toalla para limpiarme la ropa, y Clouston se disculpó de mil maneras. A pesar de sus atenciones, mi expresión permaneció igual de indignada hasta que llegamos a la habitación de Miss McGray.

—Bien, éste es el cuarto, inspector —anunció Clouston, aún algo sonrojado—. Temo que debo retirarme, pero le agradezco la paciencia con que ha soportado mi plática.

—Para nada, doctor. Una conversación civilizada siempre es bien recibida.

Clouston me dirigió una sonrisa y después se alejó. Entonces me percaté de que la puerta del cuarto estaba entreabierta y la voz entusiasmada de McGray se escuchaba con claridad. Aun así no pude

captar lo que decía, pues estaba haciendo gala de su marcadísimo acento de la región de Dundee.

No pude resistirme, y lentamente me acerqué a la puerta para atisbar al interior.

Lo primero que vi fue el ramo de rosas blancas, ahora dispuesto en un florero de cristal sobre una mesita de caoba. McGray estaba sentado en un sillón cercano, con un brazo estirado hacia algún punto fuera de mi campo de visión. Incliné la cabeza un poco y logré ver otro sillón… y en él una muchacha delgada, sentada frente a McGray.

Debía tener poco más de veinte años, y era una criatura *extremadamente* bella.

Todo en su rostro era gentil y delicado: la línea suave de su quijada, la nariz respingada, la piel suave y los labios delgados como aquellos pintados en muñecas de porcelana. Su cabello oscuro estaba recogido en un tocado pulcro y adornado con florecillas blancas, dejando sueltos sólo unos rizos oscuros que le enmarcaban el rostro. Ataviada en un vestido de muselina blanca con bordados y encajes, nadie hubiera creído que la muchacha estaba loca.

Reconocí en ella los ojos grandes de McGray, con la misma forma y rodeados de pestañas gruesas, sólo que en vez de azules eran de un marrón muy oscuro, casi negros. Su mirada estaba fija en la nada, con una expresión vacía mientras sus pupilas recorrían lentamente sus alrededores, viendo pero sin ver. Sin embargo, había una innegable… intensidad en su persona.

Sus ojos se detuvieron en algún punto del piso y entonces, en un movimiento repentino, levantó el rostro.

Estaba mirándome directamente a los ojos… y me fue imposible mirar en otra dirección.

La muchacha me observó con una mirada firme, arrebatadora, y simplemente no pude apartar la vista. Aquéllos no eran los ojos de una muchachita delicada, sino los de una mujer angustiada y turbulenta.

Abrió esos ojos sólo un poco más, y por un instante me pareció que iba a sonrojarse. Pero ese indicio de timidez desapareció en un segundo y la muchacha se volvió hacia la ventana, en un movimiento tan repentino como el anterior.

McGray le acarició una mano:

—¿Qué pasa, Pensy?

Se dio media vuelta y me vio, y en un pestañeo su cara se enrojeció de rabia. No pude pronunciar una palabra, pensando que McGray iba a molerme a golpes.

—¡Lo… lo siento! —farfullé—. ¡Estaba a punto de tocar la…!

McGray se puso de pie y azotó la puerta a milímetros de mis

narices.

18

Después del incidente preferí esperar a McGray cerca del coche, y pasó más de media hora hasta que lo vi emerger. Sólo saltó a su asiento sin decir palabra, y aunque intenté disculparme nuevamente, McGray no respondió. Mientras el carruaje nos llevaba de vuelta a Moray Place, la vieja frase de "el silencio se cortaba con un cuchillo" adquirió nuevo significado: fue uno de los silencios más recalcitrantes de mi vida. McGray sólo miraba por la ventanilla del carruaje, respirando ruidosamente y masticando la colilla de un puro; casi podía ver la ira emanando de su cuerpo.

Comprendí que las disculpas no serían suficientes. Acababa de tocar el nervio más sensible de McGray, al igual que aquel borracho en la taberna. Debía agradecer que mis huesos estuviesen intactos.

*

Habíamos pospuesto nuestra visita al laudero tantas veces, que cuando al fin arribamos al callejón de St. Julia's Close, donde el hombre tenía su taller, me sentía hastiado y fatigado.

Era uno de esos callejones muy angostos, tan viejos como el infierno, que bajan desde el lado norte de High Street, en el Barrio Viejo, hacia los jardines de Princes Street. El piso del callejón descendía en escalones irregulares de piedra, delimitados por esas horribles y altísimas vecindades. Sólo podía verse un hilo de cielo gris, al menos quince metros por encima de nuestras cabezas.

Había montones de basura por todas partes y el callejón apestaba a orines. Pude imaginarme lo "grata" que sería la experiencia de caminar por esos rumbos durante la noche.

—¿Cómo es que los violinistas pueden traerle sus instrumentos a un hombre que vive en esta clase de pocilga? —me pregunté en voz alta, pensando especialmente en Lewis Ardglass y sus falsos aires de grandeza.

—El tipo ha de ser muy bueno en su oficio —dijo McGray cuando llegamos a la dirección de Joe. Había un letrero de madera colgando de la pared, agrietado y desgastado tras años de lluvia, tallado con la silueta de un violín.

La puerta al taller estaba abierta, así que entramos sin

miramientos. Nuestros pasos levantaron nubecillas de aserrín, pues el lugar era un total desorden: herramientas, violines a medio reparar, diagramas arrugados de instrumentos, tallas inconclusas de maple y ébano, y volutas de madera desperdigadas por todo el piso. El lugar olía a barniz y a madera recién cortada… pero también como si el dueño hubiese estado expulsando flatulencias durante toda la mañana.

Nueve-Uñas silbó mientras se abanicaba la nariz: —¡Fuff! ¡Este tipo se los tira peor que Tucker!

Estuve totalmente de acuerdo:

—Prefiero mil veces las hierbas alucinógenas de tu clarividente.

Había una fila de violines recién barnizados colgados para dejarlos secar. Miré de cerca y noté que todos estaban firmados con el mismo símbolo sinuoso: una J y una R amalgamados en un solo signo, tallado profundamente en la madera para que el barniz se acumulara en la muesca y luciera más oscuro.

—Joe el Rascatripas —susurré.

—*¿Quién vive?* —espetó una voz rasposa, y entonces vimos al laudero emerger desde su trastienda.

Joe el Rascatripas era un hombre bajo con la piel pegada al hueso. No se veía muy viejo sino más bien curtido, sin un centímetro de su cara libre de arrugas. Tenía una nariz torcida, le faltaban los dos dientes incisivos, y su cabello y barba eran marañas entrecanas salpicadas de aserrín. Cubría su ropa vieja con un delantal de cuero manchado de barniz.

—¿Qué quieren? —exigió con el tono más áspero.

—Soy el inspector McGray, de la policía. Éste es mi colega, el inspector Frey. Venimos a hacerle unas preguntas sobre Mr. Fontín.

En cuanto mencionamos el nombre la hostilidad del laudero disminuyó: —Ei, me esperaba que vinieran a hacer "preguntas" —cojeando visiblemente, el hombre dispuso unas cajas de madera y sacudió la gruesa capa de aserrín que las cubría—. Siéntense si quieren.

McGray así lo hizo, pero yo preferí permanecer de pie. Ya había arruinado suficientes pantalones.

—Ya se ha enterado de la muerte de Fontín, ¿no?

—Ei.

—¿Sabe que usté fue la última persona que habló con él antes de su muerte?

—'Ora ya lo sé. Me lo imaginaba, por lo que me contó su ama de llaves.

—¿Tonces conoce a Amá Hill?

—Ei.

McGray asintió:

—¿Puede contarnos qué pasó aquel día? ¿Para qué vino a verlo Mr. Fontín?

—Ei. Vino a recoger su rascatripas.

—Lo'staba reparando, ¿no?

—Ei —el dejo monótono con que pronunciaba sus "eis" comenzaba a irritarme.

—¿Y notó algo raro en Fontín aquel día?

La respuesta nos sorprendió:

—Ei.

Discretamente, McGray y yo intercambiamos una mirada triunfante. Joe el Rascatripas era el primer testigo que reportaba algo anormal en Fontaine. De pronto sus vulgares monosílabos me parecieron celestiales.

—¿Qué fue? —le preguntó McGray con total atención.

—Pos Sylvain había'stado preocupado por su rascatripas desde hacía tiempo. No se lo dijo a nadie; nomás a mí.

—Tenía mucha confianza en usted, me imagino —le dije.

—Ei. He reparado sus instrumentos desde antes de que se mudara a Edimburgo. En los últimos diez años me invitaba a cenar de vez en cuando.

—Muy bien —dijo McGray—. Nos decía que Fontín estaba preocupado por un rascatripas. ¿Se refiere al Amati?

Observé atentamente la reacción del laudero, y supe que McGray hacía lo mismo. La mención del violín definitivamente sorprendió al hombre, que frunció la nariz como si de pronto se percatara del olor del taller: —Ei, ¿cómo sabe?

—Sabemos bastante, mi buen —le contestó McGray—. ¿Qué temía Fontín? ¿Que alguien le robara el Amati?

Joe abrió la boca pero entonces titubeó:

—Errr… Neh… bueno, a lo mejor.

—¿Puede ahondar en los pormenores? —le pedí.

—¿Que si puedo qué en los porme-qués?

—Que nos diga más —McGray tradujo.

—Pos empezó a principios del año pasado, creo. El violín había'stado dando de sí. Es un instrumento rete viejo, pero a Sylvain y a mí nos extrañó que la voluta y el diapasón se estuvieran desprendiendo. Sylvain había tocado con ese violín por décadas, y de buenas a primeras reventó.

McGray lo interrumpió:

—Espere, Joe, no soy experto en violines. ¿Me puede explicar exactamente cómo es que "se reventó"?

Joe tomó uno de los instrumentos a medio acabar y señaló las diferentes piezas mientras recitaba sus nombres. Vi que sus dedos eran muy largos y nudosos.

—El mango es esta pieza larga, casi siempre hecha de maple, que sostiene el diapasón, que es el tabloncillo de ébano sobre el que se pisan las cuerdas. La voluta es… pos la voluta; este caracolillo tallado en la punta, donde están las pijas para afinar las cuerdas. La voluta es la única pieza del violín que es nomás de adorno.

Al igual que Theodore Wood, Joe el Rascatripas se llenaba de entusiasmo al hablar de su arte.

—El mango parece estar pegado muy firmemente —señaló McGray —, pero aun así dice que se reventó. ¿Cómo es posible?

—Tocando sin descanso, horas y horas, puede llegar a pasar, inspector. Uno puede decir mucho del violinista observando el violín. Este viejo Ardglass, ¿lo conocen?

—Ei, bastante bien.

—Toca como bestia. Tengo que ajustar sus violines a cada rato porque se los acaba. Aprieta el mango con sus manazas y sus dedos gordos, y rompe los puentes con su arqueo bárbaro. El viejo Sylvain era todo lo contrario: muy gentil con sus violines y sólo me los traía pa' darles mantenimiento; y eso incluso lo hacía más seguido de lo necesario. Ei, trataba a sus violines como si fueran sus hijos. Por eso se me hizo muy raro que el Amati empezara a desvencijarse. Acabé reparándolo y ajustándolo al menos cada mes por una buena temporada, hasta que el violín simplemente reventó. El pobre Sylvain estaba horrorizado cuando me trajo los pedazos, pero le hice una muy buena reparación, aunque sea yo quien lo diga. Reajusté el mango, le puse un diapasón nuevo porque el original estaba todo rayado… y también le agregué una talla muy bonita con forma de león, en lugar de la típica voluta.

—En verdad —intervine—. ¿Cuál fue la razón?

—Encargo de Sylvain.

—Ya veo. ¿Usted lo talló?

—¡Oh, neh! Era un trabajo muy fino; ni yo puedo tallar con tanto detalle. Neh, Sylvain me dijo que era regalo de un muy buen amigo suyo, y que lo quería en el Amati.

—Me suena a un encargo muy particular —dijo McGray—. ¿Le dijo quién le dio el leoncito?

—Ei, dijo que fue este maestro italiano, Mr. Caroli.

—Qué extraño que Caroli no lo mencionara… —murmuré, recordando las tallas muy finas que habíamos visto en su casa. Tenía sentido. Tomé una nota mental antes de mi siguiente pregunta—: ¿Mr.

Fontaine nunca le explicó el repentino cambio en su violín… en su manera de tocar?

—Nunca. Sólo decía que'staba tocando más que de costumbre, pero siempre supe que eran cuentos. Siguió tocando sus otros violines, pero aquéllos no se dañaron tanto y nomás me los traía para su mantenimiento de siempre.

—¿Qué cree usté que'staba pasando?

—Le puedo decir… casi, casi asegurar, que alguien más estaba tocando ese Amati, y por un buen rato. No es posible que Sylvain no se haya dado cuenta.

Siguió un momento de silencio, mientras McGray y yo hilvanábamos toda la historia.

—Todo esto es muy… interesante —musité, y McGray estuvo de acuerdo.

—El último día que vino —prosiguió Joe—, Sylvain se veía temeroso de llevarse el violín. A media plática dijo algo sobre alguien que quería echarle las manos encima… no, no puedo acordarme de las palabras exactas. Me pareció muy raro, pero Sylvain no dijo más; como que se arrepintió de haberlo mencionado en un principio.

McGray se le acercó un poco:

—¿Por qué podría interesarle a alguien ese violín en especial? Fontín tenía un Stradivarius; más valioso y más apreciado por los músicos.

Joe chasqueó la lengua:

—Ese rascatripas tiene mucha historia. Todo el mundo sabe que le perteneció a Paganini, pero pocos saben que antes de eso le perteneció a Stradivarius, y aún menos gente sabe que antes de eso le perteneció brevemente a este tipo… ¿Cómo se llamaba? Tartini.

McGray casi se cae del cajón donde estaba sentado: —*¡Tartini!*

—Ei, veo que les han hablado de él. Hay quienes dicen que este Amati es el que usó pa'componer su sonata del chamuco.

—¿Del qué?

—Así es como le decimos al diablo —me dijo McGray, de pronto todo seriedad.

Joe el Rascatripas asintió con la cabeza.

—En ese caso —concluí—, ese Amati sería el instrumento que fue tocado por el diablo. Según la leyenda de Tartini.

—Ei —agregó Joe—, y por eso es que le dicen el *Maledetto*, el maldito, y que sólo le trae desgracia a sus dueños. Hasta lo culpan de la ruina de Paganini, que perdió toda su fortuna en apuestas y acabó muriéndose en la miseria. Hasta yo tengo más dinero que Paganini en sus últimos años. Por cierto, la manera en que perdió el Amati es una

anécdota muy famosa: alguien lo robó de su casa justo antes de que Paganini muriera y todo estaba en caos. Al parecer estaban detrás de su famoso Guarnerius, ¡pero los idiotas se llevaron el violín equivocado!

—¿Qué le pasó al violín después? —preguntó McGray, fascinado.

—La historia no es muy clara a partir de entonces. De seguro pasó de mano en mano en el mercado negro por más de veinte años. Al final, Sylvain se lo compró a un mercader franchute que se estaba muriendo de tuberculosis y lo malbarató. Como ven, el rascatripitas se merece su reputación.

Tal como había pasado cuando interrogábamos a los Caroli, los ojos de McGray destellaron como si su mente trabajara a toda velocidad. Se puso de pie de un brinco: —Creo que de momento es todo lo que necesitamos saber. A menos que el dandi cara de constipado quiera preguntarle algo más.

No estaba seguro si debía mencionarlo o no, pero preferí hablar que permanecer en duda: —Mr.… Rascatripas, no pude dejar de ver que usted cojea al caminar. ¿Se ha lastimado la pierna?

Joe se rió con sarcasmo:

—Ei, por así decirlo…

Sin decir más, se levantó los flojos pantalones. Tenía una pata de palo.

19

—¿De verdad creíste que el tal Joe podía ser el culpable? —se burló McGray mientras regresábamos a Moray Place.

—No con especial convicción —le dije—, pero me parece que es mejor sospechar de todos.

—¿Hasta del viejillo con la pata de Barba Negra? Y dices que yo soy el demente.

En cuanto bajamos del carruaje me envolví fuertemente en mi abrigo, pues ya había oscurecido y la temperatura iba en picada. El mes de noviembre estaba muy avanzado y los días se volvían cada vez más y más cortos.

Antes de que llegáramos a la entrada George salió corriendo desde la puerta trasera, con las mejillas rojas de rabia.

—¡Patrón, venga! ¡Vea lo que la bruja ha hecho de la casa!

Me cubrí la cara con frustración y entré a… un lugar que no se parecía en nada a la casa que habíamos dejado en la mañana.

Las montañas de embalajes habían desaparecido del recibidor; la alfombra había sido lavada para revelar que debajo de capas y capas de mugre había un diseño persa; los muebles y los paneles de madera habían sido pulidos; y el candelabro lo alumbraba todo con velas nuevas.

De hecho, Joan lucía como si hubiese absorbido toda la suciedad en su persona: tenía el delantal manchado y grasiento, el dobladillo de su faldón estaba desgarrado, su cabello era un desastre y su cara enrojecida estaba cubierta de sudor. Pero aun así sonrió con orgullo al vernos pasar.

—¿Le agrada, señor?

—¡Absolutamente! —contesté, intentando refrenar mi total y genuina felicidad—. ¿Hiciste todo esto sin ayuda?

—¡Neh! —gritó George—. Trajo a una camada de chiquillos mugrientos pa'que la ayudaran.

—No esperaba que limpiara años de mugre acumulada yo sola, ¿o sí? Ah, y también gasté dinero en cacerolas nuevas. No iba a cocinar la cena de mi patrón en una de esas escupideras de cantina que tenían aquí.

—¡Cena! —exclamó McGray corriendo al desayunador, donde nos esperaba una olla de estofado humeante. Se me hizo agua la boca en

cuanto lo olfateé; después de un largo día de trabajo en las calles gélidas, el estofado de carne caliente era justo lo que necesitaba.

McGray atacó su plato con total placer (supuse que no había comido una buena cena casera en años). Minutos después ya estaba relamiéndose los labios y eructando con deleite.

—Frey, estaré feliz de que te largues cuando terminemos con el caso, pero sí que voy a extrañar a tu famulla.

George gimoteó y McGray le palmeó la espalda con afecto:

—¡Anda, George, no te me pongas celoso! Velo por el lado amable: esta seño te'stá dejando más tiempo libre.

Nueve-Uñas volvió a eructar, mezclando la explosiva ventosidad con el comienzo de sus siguientes palabras:

—Ven, princesita, tenemos bastante de que hablar.

Dejamos a George y a Joan limpiando la mesa mientras se cuchicheaban cosas horribles entre dientes. Alcancé a escuchar "vaca gordinflona" y "montón de cascajo viejo".

Seguí a McGray a su biblioteca y nos sentamos junto a la gran chimenea. McGray pronto estaba inclinándose sobre la mesita de centro, donde aún estaban las partituras que Caroli nos había prestado.

—Pásame el pedacín de papel.

Le entregué el fragmento de partitura, ya seco, y McGray buscó a través de las páginas de Caroli.

—¿Qué haces?

—No quiero que quede duda de que ésta es la sonata que pensamos. Lo habría hecho en casa de Caroli pero no quería que la señora embarazada viera algo manchado de sangre. Ésta es una copia muy vieja; mira, hecha a mano. Puede que estas notas no estén en el mismo lugar.

McGray contempló las páginas por algunos minutos, sus largos dedos y su muñón recorriendo los pentagramas.

—¡Ei, aquí'stá!

Sostuvo la esquina desgarrada sobre un grupo de las notas dibujadas a mano. Era un pasaje corto, pero era claro que todas las notas coincidían.

McGray se frotó la cara pesadamente, con el fuego proyectando marcadas sombras sobre sus arrugas prematuras, y las líneas de su ceño fruncido estaban más profundas que de costumbre.

—Parece que mis sospechas eran ciertas…

—¿Qué sospechas?

—Desde que Campbell me dijo del caso, he tenido esta teoría dándome vueltas en la cabeza, pero no había querido decirte hasta

tener suficiente evidencia. 'Ora, dandi, necesito que desquites tu sueldo.

—¿Y eso lo haré… de qué forma?

—Escucha mi teoría y júzgala sin prejuicios.

Me arrellané en el sillón frente a McGray y encendí uno de los mejores habanos que Joan me había traído.

—Cuéntamelo todo. Esto será en extremo entretenido.

—Te confieso, Frey, que cuando dijiste que sólo escucho cancioncillas folclóricas no'stabas tan equivocado. No sé mucho de esos compositores y músicos fantoches y rimbombantes, excepto Tartini y Paganini. Y sólo sé de ellos porque tienen algo en común: ambos tienen fama de haber hecho tratos con el demonio.

—Y el demonio es sin duda tu especialidad.

—Gracias, aunque lo hayas dicho en burla. Ya escuchaste los cuentos de Tartini y de su sonata compuesta por el diablo…

—*Supuestamente* compuesta por el diablo.

—¡Como sea! 'Ora quiero que oigas también las leyendas de Paganini.

—Sé que Paganini tiene fama de ser el violinista más brillante de la historia.

—Así es. Tan brillante que sus contemporáneos creían que era… anormal.

McGray se puso de pie, hundió la mano en un montón de libros y sacó uno rápidamente. La facilidad con que encontraba las cosas era excepcional; bien podría hallar un documento específico entre aquel caos con los ojos vendados.

—Escucha lo que la gente decía de él —me dijo, pasando las páginas de un tomo delgado para después leer en voz alta—: "La emoción que causaba era tan inusual, la magia que ejercía sobre las fantasías de sus oyentes tan poderosa, que aquéllos no podían satisfacerse con una explicación natural. Cuentos ancestrales de brujas y fantasmas venían a sus imaginaciones. Intentaban explicar la maravilla de su genio invocando lo sobrenatural. ¡Incluso insinuaban que había consagrado su alma a Satanás! Había en su apariencia algo tan diabólico que uno buscaba en él la fugaz visión de unos cuernos o de una pezuña hendida".

—El mismo párrafo lo dice —comenté—: es sólo gente ignorante queriendo explicar algo que no entendían.

—Ei, pero hasta las leyendas más disparatadas tienen algo de verdad en el fondo. Paganini, entre otras rarezas, tenía dedos anormalmente largos.

Me mostró el grabado de un violinista tan huesudo como apuesto,

de pie al centro de una multitud atónita. Sus manos, que sostenían el violín en una pose casual, eran excesivamente largas y recias. Supuse que, de ser un retrato fidedigno, esos dedos habrían abarcado más de dos tercios del diapasón.

McGray sacó un papel de entre las páginas del libro. El papel estaba repleto de notas a mano.

—Éstos son apuntes que tomé cuando entrevisté a un viejito que había visto tocar a Paganini. Me dijo que sus manos parecían garras, que sus dedos alcanzaban las notas más altas sin problema, y que todos coincidían en que había algo antinatural en él; como un aura espeluznante.

Exhalé una nubecilla de fragante humo:

—¿Y eso bastaba para que la gente creyera que le había vendido el alma al diablo?

—Eso, las historias de sus amantes muertas, y que durante toda su vida se negara a tocar con cuerdas de metal. Sólo usaba cuerdas hechas de tripas.

Levanté la mirada en cuanto escuché aquello. Todo comenzaba a tomar forma.

—Continúa, McGray.

—Supongo que sabes que las cuerdas de violín no están hechas de tripas de gato…

—Sino de cabra.

—Ei. Pues bien, se dice que Paganini no usaba cuerdas de tripa de cabra… sino de humanos —mi mente se volvió un remolino ante esas palabras, y de pronto el crepitar del fuego me pareció mucho más intenso—. Y no de cualquier persona —agregó McGray—, sino de sus amantes.

De pronto me invadió un escalofrío, recordando las horribles fotografías que mostraban el abdomen abierto de Fontaine, y también el reporte del doctor Reed: al cadáver le faltaban varios metros de intestinos.

—Paganini tuvo muchas, muchas amiguitas, y varias de sus mujeres murieron en circunstancias sospechosas a lo largo de los años. Los rumores se volvieron leyenda: Paganini asesinando a sus mujeres, atrapando sus almas en su violín y luego usando sus entrañas para fabricar sus cuerdas.

—Ya veo —susurré—, pero te ves impaciente por contarme el resto. Adelante.

McGray volvió a sentarse y sus ojos azules refulgieron frente al fuego:

—Este asesino no está tratando de imitar al Destripador, sino a

Giuseppe Tartini: alguien quiere usar el mismo violín que tocó el demonio, el mismo que Paganini usaba para atrapar las almas de sus amantes, y tocarlo con cuerdas de intestinos humanos. Y el bastardo es muy listo: no está usando las tripas de cualquiera, sino las de un virtuoso, y usó el símbolo con los cinco ojos para invocar al diablo y contarle su plan, para invitarlo a que toque su violín cuando el juego de cuerdas esté listo. Debe querer que el diablo le componga otra sonata.

Entonces McGray se reclinó sobre el asiento, como si aquel discurso hubiese consumido toda su energía.

—¿Tonces? —dijo en voz baja—. ¿Tiene sentido para alguien tan científico como tú?

Saboreé el tabaco por un momento, mientras ponderaba. Era bastante información que asimilar.

—En mi opinión —contesté finalmente—, esos cuentos sobre Paganini son una total patraña, y el sueño de Tartini más bien me parece el intento desesperado de alguien que quiere atraer atención a su carrera… —levanté una mano al ver que McGray iba a protestar—. *Sin embargo*, la leyenda no tiene que ser cierta para envenenar la mente de un maniático. Ahora, Nueve-Uñas, no, y repito, *no* te acostumbres a escucharme decir esto, pero… —tuve que reunir todas mis fuerzas para pronunciar lo siguiente—: lo que has dicho suena razonable. Y lo que es más, dudo que todos estos cabos sueltos (el violín de Tartini, las partituras, el símbolo, los intestinos perdidos) puedan explicarse simultáneamente con otra teoría.

McGray sonrió como un niño:

—Excelente, Frey. ¡Al fin nos ponemos de acuerdo!

—Al fin —admití—, y tu teoría reduce bastante nuestra lista de sospechosos: no queda duda de que buscamos a un violinista; alguien joven y delgado capaz de descender a través de una chimenea. Y según ese Joe el Rascatripas, a Fontaine le preocupaba que alguien quisiera hacerse de su violín.

—Pero el asesino no se llevó el violín.

—Exacto, y eso inmediatamente me hace pensar en… herencia.

Los ojos de McGray se abrieron como platos:

—¿Sospechas del gusano esmirriado de Theodore Wood?

—Ciertamente.

McGray se frotó la barbilla por un momento, con los ojos fijos sobre el hogar.

—El tipo sí es suficientemente flacucho como para escurrirse por la chimenea, y ahora que lo pienso, encontramos ese pedazo de vidrio y de partitura. ¿Recuerdas haber mencionado que el asesino

probablemente no era muy ágil?

—Sí. Puedo imaginarme perfectamente a Wood aferrándose a las cosas con torpeza mientras escalaba hacia la boca de la chimenea. Además, su reacción cuando le entregamos el violín casi me hizo estremecer.

—Es verdad —dijo McGray—. Sólo nos falta confirmar que fue responsable de la marca y que supo qué hacer con los intestinos.

—¿Crees que Wood pueda saber mucho de ritos satánicos?

—No'stoy seguro. No se ve como el clásico adorador del diablo, pero podemos averiguarlo si registramos su casa. Sé exactamente qué clase de artefactos buscar.

Saboreé las últimas fumadas de mi habano antes de salir de la biblioteca:

—Excelente. Mañana a primera hora veré que Campbell nos firme una orden de cateo para que podamos investigar de inmediato. Al fin parece que estamos avanzando.

Ya es hora… Sí, ya es hora.
Pero uno necesita asegurarse.
Basta un viaje rápido para cerciorarme. Sólo una vuelta para mirar.

Ya está pudriéndose…

20

A la mañana siguiente me levanté más de una hora antes de lo habitual. Sabiendo que no podría volver a dormir, me lavé y vestí, dándome tiempo de más para afeitarme a la perfección. Realmente extrañaba a mi barbero de confianza.

—Qué temprano, señor —me dijo Joan al verme bajar las escaleras —. ¿Le sirvo ya su desayuno?

—Por favor. ¿McGray aún no se ha levantado?

—No. Lo oí roncando como oso cuando pasé cerca de su cuarto.

Joan me sirvió un café bastante fuerte, y me dispuse a aprovechar el tiempo libre para relajarme y leer el periódico. Al menos ésa era mi intención, pero no le había dado tres sorbos a mi café cuando alguien llamó a la puerta. Joan fue a la entrada pero George corrió frenéticamente para rebasarla.

—¡Yo abro, vaca rechoncha!

Una vez más Joan estalló en injurias y vulgaridades a un volumen que me hizo perder los estribos. Arrojé el periódico a la mesa y fui a la puerta con intención de darles una buena escarmentada. Sin embargo, no tuve ocasión de decir palabra: George ya había abierto la puerta y vi a la última persona que podía esperar: mi hermano menor, Myles. Estaba envuelto en un gruesísimo abrigo que lo hacía verse aún más escuálido e infantil que de costumbre, y me sonreía como si fuese la mañana de Navidad. Bajo el brazo cargaba el estuche con su violín. ¡Dios, qué harto estaba ya de ver violines!

—¡¿Qué rayos estás haciendo aquí?!

Su ánimo no se amedrentó:

—¿Qué manera es ésa de recibir a tu hermano favorito?

—*¡Mi hermano favorito!* —fue mi grito estridente—. ¡Acabas de caer más bajo que Oliver!

—Al menos no llegué al nivel de Laurence…

—*¡Oh, cállate, que no estoy bromeando!* ¿No recibiste mi telegrama? ¡Joan! ¿No le enviaste el condenado telegrama? ¡Te dije que era urgente!

—Sí que lo envié, señor, le juro que lo envié.

—Por favor, no regañes a la pobre mujer —intervino Myles—. Debe haber llegado a Hyde Park Corner cuando ya estaba en camino. Tomé un tren excelente hace un par de días. Pude haber llegado antes,

pero no pude dejar de pasar la noche en la Cumbre de Beattock. No sabía que el paisaje escocés era tan espectacular: las montañas que vi en el camino… ¡y este castillo y los montes en el mero centro de esta ciudad! Hermano, nos vamos a divertir tanto.

Cubrí mi rostro exasperado con ambas manos:

—¡Nos vamos a divertir! ¿Crees que estoy de juerga? Estoy endemoniadamente ocupado y lo último que necesito es atender tus caprichos. Te regresas a Londres en el próximo tren, ¿me has entendido?

No me di cuenta de cuán estrepitosos eran mis gritos hasta que McGray bajó por las escaleras. Su cara aún adormilada estaba llena de rabia:

—*¡Chinga'o!* ¡El primer día del mes que logro dormir como tronco! ¿Qué pasa, Frey? ¿No es suficiente con el parloteo de'stos dos? —entonces vio a mi hermano—. ¿Y éste quién es?

Antes de que pudiera responder, Myles avanzó con la mano extendida para saludar a McGray, y con una sonrisa inocente:

—Mr. Myles Frey, señor. El menor de los hermanos del inspector Frey.

Nueve-Uñas no se molestó en apretar su mano, pero sí le echó dagas con la mirada, al tiempo que se volvía hacia mí:

—¡¿Quéééé?! Con mil demonios, ¿voy a tener que hospedar a todos los trinches Frey en la faz de la tierra? ¿No era suficiente con traer a la vieja de tu sirvienta y tu yegua y tus cerros de mierda inútil, pomposa princesita londinense?

Myles pestañeó y me miró con confusión:

—Hermano, creo que no escuché bien. ¿Este caballero acaba de llamarte princesi…?

—*¡Baaaasta!* —bramé—. McGray, ahórranos la fetidez de tu aliento matutino; mi hermano no se quedará.

—Pero, hermano…

—*¡No te quedarás!* Joan, mándalo a Londres en el primer tren, vaporera, caballo o mula que encuentres. ¡Y si lo encuentro aquí cuando vuelva, juro que la que se va de patitas a la calle eres tú!

Hice que me trajera mi abrigo y estaba a punto de salir cuando Myles se plantó en mi camino:

—No pienso irme, Ian. No puedo creer que precisamente tú me estés pidiendo que regrese a casa. ¿Está bien que tú viajes hasta Escocia por tu carrera, pero esperas que yo me refunda en Londres y me olvide de la mía? ¡Primer violín en el debut de una obra de sir Arthur Sullivan! ¿Cómo puedes pedirme que deje pasar esa oportunidad?

Me masajeé la sien, intentando mitigar una migraña. Prácticamente podía escuchar a Catherine recriminándome la mala influencia que había sido sobre su retoño. Sin embargo, en ese momento no tenía tiempo para discutir.

—Bien, bien, quédate unos días si es necesario. Pero ya hablaremos cuando no esté tan ocupado —miré a McGray—. Lo mandaré al New Club; estoy seguro de que le encontrarán alojamiento, así que no tendrás que soportar a más de mis parientes en tu ruinosa casa.

Salí rápidamente antes de que Myles pudiera volver a objetar. Sabía ya que su presencia sólo me traería problemas, aunque aún ignoraba la magnitud.

—No me habría molestado que se quedara —me dijo McGray mientras montábamos nuestros respectivos caballos—. De veras.

Arqueé una ceja, intrigado ante aquel cambio de actitud:

—No me digas que te sientes culpable.

—Neh, no te hagas ilusiones. El muchacho se ve mucho menos insoportable que tú. Y definitivamente tiene agallas.

—Gracias, pero me gustaría mantenerlo tan alejado de mi trabajo como sea posible.

Cabalgamos a la Alcaldía en silencio, y en el camino me llegó un pensamiento casi entristecedor: que McGray debía extrañar la compañía de un hermano.

*

Los ojos de Campbell iban de izquierda a derecha, examinando la orden de cateo que aún no firmaba y que seguía extendida sobre su escritorio.

—Es una teoría audaz, Frey.

—Puede parecerlo, señor, pero la evidencia habla por sí sola.

—¿Has dicho que McGray sospechaba esto desde un principio? ¿Por qué no lo mencionó antes?

—Me dijo que carecía de evidencia. Para serle sincero, creo que McGray deseaba que su teoría fuese cierta, y por eso actuó con cautela. Usted sabe mejor que yo cuán obsesionado está con cualquier asunto relacionado con el demonio.

—¡Que si lo sé! ¿Y también sospechaba de este tal Wood?

—No, señor, ésa fue mi conclusión natural.

Campbell alzó sus muy pobladas cejas:

—Bien, bien. Parece que entre ustedes dos se hace *un* buen inspector —firmó la orden y me la entregó—. Busquen cuanto plazcan, Frey. Espero que estén tras la pista correcta; no puedes darte el lujo de cometer muchos errores.

Después de esa cordial amenaza me reuní con McGray en el patio frontal de la Alcaldía, donde nuestros caballos ya estaban listos, y nos encaminamos al conservatorio.

—¿Qué dijo el viejo coyote?

Me encogí de hombros:

—Quería volver a dejar claro quién manda, más que nada. El hombre es tan agradable como una patada en las partes nobles. Pero firmó la orden de cateo, eso es lo que importa.

Continuamos hacia el norte y llegamos al conservatorio justo cuando se soltó una lluvia implacable. Desmontamos y caminamos de prisa a la entrada, sintiendo la lluvia helada como látigos en el rostro. Coincidentemente, Mr. Ardglass estaba reprendiendo a un par de estudiantes en el corredor principal, así que no fue necesario anunciarnos.

—¡Oh, inspector Frey! —me dijo con una sonrisa que se desvaneció en cuanto vio a McGray. Sus horrendas patillas parecieron erizarse—. ¿Qué puedo hacer por ustedes? ¿Necesitan interrogar a alguien más?

—Ei —respondió McGray hoscamente—. Queremos ver a Wood. ¿Lo puede llamar?

—Temo que no he visto a Mr. Wood esta mañana. Creo que está enfermo.

—¿Enfermo? —inquirí—. ¿Acaso alguna secuela de su herida?

Ardglass hizo una mueca:

—Dios, qué horrible cortada; Wood me contó cómo pasó. Le dejará una cicatriz espantosa. Pero no, lo último que me dijo fue que sentía náuseas. Eso fue ayer, después del almuerzo, creo. Supuse que habría comido algo descompuesto y lo dejé ir, pero pueden encontrarlo en su domicilio. Les daré la dirección.

Ardglass la anotó presuroso, obviamente para no tener que ver a McGray por más tiempo, y de nuevo salimos del conservatorio. La lluvia se había convertido en tormenta y cabalgamos miserablemente bajo aquel diluvio. Mi sombrero y abrigo me protegían muy bien, pero el cabello oscuro de McGray estuvo empapado en minutos. Su semblante, empero, continuó inmutable.

Resultó que Wood vivía al extremo oriental de High Street, a sólo dos calles de la casa que Fontaine rentaba.

—Qué ubicación tan conveniente —dije al acercarnos a la enorme residencia, pues Wood no vivía solo—. Muy cerca de su víctima.

—Aún no estamos seguros, dandi.

Había un amplio carruaje negro aparcado frente a la entrada principal, una carreta pequeña y un par de caballos esperando a sus amos. Tanto corceles como conductores estaban arracimados cerca de

la ancha puerta, todos con semblantes agitados.

—Qué lugar tan concurrido —dijo McGray. No habíamos desmontado aún, cuando una cara familiar emergió de la casa: Charles Downs, el abogado de Fontaine.

Los ojos del hombrecillo achaparrado se fijaron en McGray y en mí, como atraídos por imanes.

—¡Inspectores! ¿Les han asignado también el caso de Mr. Wood?

McGray tuvo que bajar de su caballo para responderle, pues de otra manera la cara de Downs apenas le llegaba a la rodilla:

—¿El caso de Wood? ¿De qué habla?

—Oh, supuse que sabrían… Pues bien… Mr. Wood, otro de mis clientes, lamentablemente falleció ayer.

21

Casi me caí del lomo de Philippa al escuchar aquello.

—¿Falleció?

—Así es —confirmó Downs, perplejo ante nuestra ignorancia—. La tarde de ayer, según me han dicho.

—¿Qué le pasó?

—La casera me dice que cayó enfermo; que vomitó por todas partes. Me temo que el pobre Mr. Wood siempre fue de constitución delicada.

Entonces vimos a dos hombres salir de la casa, cargando un baúl bastante grande sobre el que descansaban dos estuches de violines.

—¿Quiere esto en la carreta, ñor? —le preguntaron a Downs.

—¿A dónde se llevan eso? —vociferó McGray antes de que Downs pudiera decir algo—. ¿Son las pertenencias de Wood?

—Así es —contestó Downs—. Como su albacea testamentario es mi deber entregar sus pertenencias de acuerdo al testamento.

—Pos no se va a poder llevar nada de'sta casa. Al menos no de momento.

—¿Qué quiere decir?

—Tenemos una orden de cateo. Enséñale, Frey.

Así lo hice y Downs me arrebató el documento. Sus ojos diminutos recorrieron el texto con frenesí.

—¡Ja! Este documento ya no es válido. Les da derecho a inspeccionar la residencia y posesiones de Mr. Wood. En virtud de su deceso, estos objetos legalmente le pertenecen a alguien más, por lo que necesitan extender una nueva orden si es que…

McGray dio un paso imponente hacia Downs.

—Pequeñajo, puede recitar toda la mierda legal que se le antoje, pero eventualmente encontraremos la manera de revisar esas cosas. Y si no nos permite hacerlo ahora, su obstrucción automáticamente lo convierte en sospechoso de las muertes de Wood… *y* de Fontín.

Esas últimas palabras las dijo en un chistido amenazante, para que sólo Downs pudiese escucharlo. La bravura del abogado inmediatamente desapareció: se puso pálido y me devolvió la orden.

—Como desee, inspector. Pero es obligación suya informarme en cuanto sus investigaciones hayan terminado.

Me miró con rencor, pero después sólo tragó saliva y se hizo a un

lado.

—Oi, ustedes, regresen esos tiliches —ordenó McGray—. Y quiero que pongan cada cachivache *exactamente* en donde lo encontraron.

Los hombres cargaron de nuevo con el baúl y los seguimos hacia un recibidor amplio y de techos altos. Una muchacha apareció y los vio subiendo la carga por la escalera principal.

—Oh, pensé que iban a llevarse todo eso.

—¿Eres la casera? —le preguntó McGray.

—Ei. ¿Y ustedes son…?

McGray nos presentó (afortunadamente sin llamarme princesita esta vez) y me pidió que mostrara la orden de cateo nuevamente, pero la muchacha rehusó verla.

—No sé leer muy bien, pero les creo. Pueden revisar cuanto gusten.

—Gracias. ¿Nos enseñas dónde? Y también necesitamos hacerte unas preguntas.

Cuando entramos al cuarto de Wood, los cargadores ya estaban yéndose. Me bastó un rápido vistazo para analizar todo su contenido: una cama vieja, un escritorio cubierto de partituras, un aguamanil y un ropero casi vacío.

—No nos vamos a tardar mucho —resopló McGray.

Estuve totalmente de acuerdo. El lugar de hecho me recordaba las viviendas de algunas de las víctimas de Jack el Destripador, y no porque fuera paupérrimo, sino por su total falta de personalidad: sin pinturas en las paredes, sin cartas, sin retratos de familiares; sólo la austeridad de alguien que deja que la vida transcurra sin que le importe demasiado. Sentí un escalofrío.

Una joven sirvienta estaba trapeando el piso con ahínco, pero el cuarto aún despedía el olor dulzón del vómito. Tuve que sacar mi pañuelo para cubrirme la nariz.

—¿Estabas aquí cuando pasó todo? —preguntó McGray.

—Ei —la sirvienta y la casera respondieron en coro, con sus caras llenas de repulsión.

—Dígannos lo que pasó —les pidió McGray. Vi que la cara de la casera se tornaba más y más pálida conforme hablaba:

—Pos… pos fue a eso del mediodía que Mr. Wood regresó de su trabajo. Nos dijo que se sentía muy mal, y tenía un semblante espantoso, con la cara toda amarilla.

—¿Había estado enfermo últimamente? —volvió a preguntar McGray.

—No, pero no era alguien muy resistente. No comía bien y se enfermaba de la tripa a cada rato. Por eso no nos preocupamos mucho

cuando lo vimos, sólo pensamos que le había dado un poco más fuerte que de costumbre.

—Se encerró y se puso a practicar un rato —agregó la sirvienta—. Pero de buenas a primeras lo escuchamos gruñendo y atragantándose. Tuvimos que forzar la puerta y lo encontramos todo… empapado de vomitada —la pobre muchacha se llevó ambas manos a la boca, y el solo pensar en la escena hizo que le dieran arcadas—. Entonces se desmayó y ya nunca volvió a despertarse.

—¿Qué hicieron ustedes?

—Llamé a una de mis muchachas pa'que llamara al doctor, y mandé a otra a que trajera al ñor italiano, Mr. Caroli.

—¿Caroli? ¿Y por qué él?

—Mr. Wood no tenía familia y Mr. Caroli era su único amigo; el único que venía a visitarlo. Y qué bueno que mandé por él. El ñor se encargó de todo: llamó a la funeraria, al abogado… hasta va a dar el velorio en su propia casa.

—¿Dónde está el cuerpo? ¿Ya en la funeraria?

—Ei, eso creo, ñor. Lo han de'star preparando.

McGray se paseó por el cuarto, meditando aquellas respuestas. Supe que estaba tan estupefacto como yo.

—¿Notaron algo extraño durante los últimos días? —pregunté, casi mecánicamente.

—¡Sólo que se puso a tocar y a tocar el violín todo el tiempo! Solía hacerlo, pero no de esa manera, hasta la madrugada y sin descansar un minuto. Ni siquiera bajó a cenar. Le traje bandejas con viandas pero ni las tocó.

—Otros huéspedes se quejaron —agregó la casera—. Iba a llamar a mi patrona si la cosa continuaba así.

—¿Pos a quién le pertenece esta casa? —preguntó McGray. La respuesta fue impactante, aunque no totalmente sorpresiva:

—Lady Anne Ardglass, ñor.

McGray y yo nos miramos con entendimiento.

—¿Y cuántos huéspedes viven aquí? —volvió a preguntar Nueve-Uñas.

—Otros siete huéspedes, ñor. También tres muchachas, incluyendo a Mary aquí presente, un cocinero, un lacayo y su servidora.

—¿Puede llamar a cuantos pueda en este instante? Tenemos que interrogarlos a todos. Mientras los reúne, el inspector Frey y yo registraremos el cuarto. En privado.

—Ei, ñor.

La casera y la sirvienta se marcharon, y McGray y yo pudimos comenzar la inspección.

—Es una lástima que hayan limpiado —dije, mirando el piso pulido—. Es posible que hayan borrado evidencia.

—Ei, pero este cuartillo no era la posible escena de un crimen hasta que llegamos —McGray estaba en el centro del cuarto, mirando a su alrededor—. ¿Qué ves aquí, Frey?

—No mucho. Un cuarto asequible. Segundo piso…

—Sin chimenea —indicó McGray, señalando un muy pequeño calentador de leña, cuyo escape de humos era un tubo de metal de unos quince centímetros de diámetro—, y no hay lugar para esconder nada aquí.

Examinó el baúl que los cargadores habían regresado. Las marcas en el piso indicaban que lo habían colocado a sólo centímetros de su posición original.

El baúl no tenía candado o cerradura, y cuando McGray lo abrió vimos que estaba medio vacío: había un elegante esmoquin negro (que seguramente Wood usaba sólo durante conciertos), sus documentos legales, accesorios para su violín (pijas, puentes, brea, etcétera), y una cajita de ébano con un violín hermosamente tallado en la tapa.

McGray la tomó de inmediato.

—Ira nomás qué tenemos aquí… —la abrió y encontramos un juego de cuerdas para violín, enrolladas en un pulcro ovillo entre el forro de terciopelo—. ¡Vaya, vaya! Qué cajita tan elegante para guardar sus cuerdas, ¿no te parece?

—Definitivamente. No concuerda para nada con el resto del cuarto.

—¿Puedes decir qué clase de cuerdas son?

Tomé una y la observé de cerca:

—Definitivamente no son metálicas. Podrían ser tripas, aunque no estoy seguro.

Hubo un destello en los ojos de McGray:

—Acabo de conocer a alguien que de seguro sabe bastante sobre violines y cuerdas.

—¿En serio? ¿Quién?

McGray arqueó las cejas.

—¿Qué? ¿Mi hermano Myles? No, absolutamente no. *No* quiero que se involucre en esto.

—Nadie mejor que él para darnos información imparcial.

—Por Dios, debe haber alguien más. Está Caroli, o el tal Ardglass, o cualquier otra persona en el conservatorio.

—Ei, y cualquiera de ellos podría tener las manos sucias —pero yo seguía negando con la cabeza—. Oi, vamos, Frey, tu hermano ni siquiera tiene que saber los detalles del caso.

—¿No? ¿Y acaso crees que podremos mostrarle estas cuerdas,

preguntarle si cree que están hechas de tripas humanas, y todo sin que se despierte su curiosidad?

—Ya pensaremos en algo —concluyó McGray, arrojando la cajita a mis manos—. Mejor nos llevamos esto.

No pude protestar más, pues McGray ya estaba esculcando el resto del contenido del baúl, y lo hizo una y otra vez. También examinó minuciosamente las paredes, golpeteó los maderos del piso e inspeccionó cualquier rincón y hueco imaginable.

—No hay nada más aquí —dije, mirando las paredes desnudas—. Mi intuición me dice que Wood era un violinista… y absolutamente nada más.

McGray respiró profundamente y se sentó sobre la cama:

—Hay dos posibilidades: o Wood realmente fue el asesino y tuvo la mala suerte de morirse justo después de su crimen… o alguien se deshizo de él para llegar al violín.

—Me inclino por la segunda opción.

—¿Siempre tienes que hablar así?

—McGray, concéntrate por favor.

—Ei, ei. Pero'stoy de acuerdo. Wood murió en un momento muy sospechoso.

Miré la cajita oscura, pensando en voz alta:

—No sé cómo, pero esto me suena a un caso de… envenenamiento.

—¿Eso crees?

—Ei… ¡que diga, sí! Será sencillo encontrar trazas de veneno en el estómago de Wood, pero necesitamos llevar su cuerpo a la morgue inmediatamente.

—Ei, pero también necesitamos interrogar a esta gente pronto, mientras lo tienen todo fresco en la memoria. Mejor nos separamos. Tú haz las preguntas (sé que te encanta interrogar gente), y mientras me llevo el cadáver a la morgue.

—Necesitarás una orden oficial para eso.

—¡Mnah! Dame esa orden de cateo que ya tenemos. Me pondré… *persuasivo*.

—Por favor, no hagas nada estúpido como romperle las piernas al hombre de la funeraria.

—No te prometo nada —me dijo mientras salía de la habitación.

Fui a la planta baja, donde la casera ya había reunido a todos los presentes en la casa. Downs aún se encontraba entre ellos, con cara de pocos amigos. Decidí despacharlo a él primero; no quería que su malhumor contaminara el testimonio de las otras personas. Le indiqué a la casera que preferiría interrogar a la gente en privado, y nos llevó a una salita retirada de todo.

La versión de Downs concordaba con la de la casera: había recibido un mensaje de Caroli anunciándole la muerte de Wood; al instante buscó el testamento y documentos, y se dispuso a arreglar el papeleo y repartir los bienes, que no eran muchos ni de gran valor.

—Sus únicas posesiones importantes eran sus dos violines… y quizás el baúl de caoba que ustedes ya vieron —continuó Downs, sorbiendo una taza de té que parecía haberlo apaciguado; al hombre sí que le gustaban sus tés—. Como bien recordará, Wood heredó su segundo violín hace unos días.

—¿Puede decirme quién heredará las pertenencias de Wood?

—Bien, no tenía familia, como probablemente ya le han dicho; y aunque tenía varias amistades, no era particularmente cercano a muchos, así que simplemente decidió dejarle todo a Mr. Caroli.

—Muy interesante —murmuré—. Muy bien, Mr. Downs, ya puede retirarse. Lamento haber tenido que retenerlo tanto tiempo. Desafortunadamente, no podemos liberar los bienes de momento. Espero lo entienda.

Downs iba a levantarse pero titubeó. Quería decir algo pero las palabras no lograban salir de su boca.

—Mr. Downs, ¿hay algo que quiera agregar?

—Emm… sí, sí, inspector. Verá, no soy tonto. Veo que usted y el inspector McGray están siguiendo el rastro del violín de Monsieur Fontaine, y que mis manos lo han tocado más de lo que me conviene.

En vez de contestarle, asentí con la cabeza. Curiosamente, Downs no me había parecido particularmente sospechoso… hasta ahora que intentaba eximirse.

—Debe entender que es una mera coincidencia, dada mi profesión —siguió diciendo—. He sido abogado y albacea de esos músicos por décadas; es natural que tenga que hacerme cargo de todos sus asuntos legales, ¡incluyendo sus testamentos! Mr. Wood no era un hombre práctico; sólo me contrató porque Mr. Ardglass le recomendó que lo hiciera. Ardglass y Monsieur Fontaine fueron mis primeros clientes.

La insistencia de Downs por lavarse las manos estaba logrando todo lo opuesto. Tenía gotas de sudor en la frente y la voz se le quebraba.

Volví a asentir y le reiteré que podía marcharse. ¿Podía ser simplemente que las amenazas de McGray habían espantado al hombre… o había algo más que le preocupaba? Sea como fuere, tendría que meditarlo después; aún debía interrogar a varias personas. Los llamé uno por uno, anotando sus muy predecibles declaraciones en mi libreta de bolsillo:

La joven casera: “Tá mal que lo diga, ñor, pero Mr. Wood me ponía

la carne de gallina a veces. Ni novia, ni amigos que no fueran los pocos músicos con que trataba… ¡y esa cara tan rara! Cuando llegó con esa cortada casi salto del susto".

El desaliñado lacayo que apestaba a sudor: "No, no mucho, patrón, rara vez hablaba con nosotros, pero no me sorprendería si un ostión echado a perder lo mató; el tipo era rete enclenque. Siempre me pedía que le abriera los frascos de mermelada".

La muy joven sirvienta: "¡Qué asqueroso se veía, y lo tuve que limpiar todo en ayunas! Aunque más bien parecía bilis, ñor, como si Mr. Wood no hubiera probado bocado en mucho tiempo. Se lo digo porque así se veían las guácaras de mi difunto padre cuando regresaba de la cantina".

La solterona huesuda que vivía justo bajo el cuarto de Wood: "Muy extraño, muy extraño el tipo, pero habiendo vivido en casas de huéspedes he visto peores, he de confesarle. No es que su música me molestara, pero anoche estuve a punto de subir a su cuarto y pedirle que se callara. Estaba tocando una pieza horrible. Bueno, ni siquiera una pieza completa; era la misma partecilla, una y otra y otra vez. Me dio pesadillas".

Los ojos se me cerraban de aburrimiento, pero esas últimas palabras me reavivaron:

—¿Pesadillas? ¿Puedo preguntar por qué?

La mujer enderezó la espalda, de pronto halagada por mi creciente interés:

—Pues no era algo agradable al oído, como una sonatina o un vals. Era más bien como… como si el violín temblara.

Mi último testigo fue el hombre pasado de peso que vivía al otro lado del corredor de Wood:

—Y de repente la música se detuvo. Así como así, y entonces escuché que el pobre se atragantaba y las sirvientas armaban todo un alboroto. Me pidieron que las ayudara a forzar la puerta y… pos usted ya sabe el resto.

En cuanto terminé los interrogatorios confisqué las llaves de la habitación de Wood y subí a cerrarla personalmente. Antes de hacerlo le di un último vistazo al cuarto, sólo para comprobar que todo siguiera en su sitio. Vi los dos estuches de los violines sobre la cama y tomé una decisión precipitada: llevarme el *Maledetto*. Abrí los estuches para asegurarme de que me llevaba el correcto, que fue fácil de reconocer por la cabeza de león.

Esa decisión aún me da pesadillas. Dios sabe cómo habría terminado el caso de haber dejado el violín en aquel cuarto.

*

Cuando llegué a la Alcaldía aún seguía lloviendo. Encontré al oficial McNair cerca de la entrada principal y me dijo que McGray había vuelto hacía unas dos horas. Fui a la morgue y allí lo encontré, esperando pacientemente en la antesala.

—¿Lograste traer el cuerpo?

—Ei. Reed lo está examinando.

Fue afortunado que McGray decidiera ir directo a la funeraria, o habríamos desperdiciado tiempo valioso en aquella casa de huéspedes. Mientras esperábamos a que Reed terminara la autopsia, le conté a McGray lo que había indagado con los vecinos de Wood, y la extraña perorata de Downs.

—¿Crees que pueda estar involucrado? —preguntó McGray—. Sólo lo amenacé para que se dejara de pendejadas y no nos hiciera perder más tiempo. Ya sé cómo te encrespas cuando perdemos tiempo.

—No me lo imagino escalando chimeneas, y eso que el hombre es suficientemente pequeño. Pero estaba desesperado por exonerarse. Me atrevo a decir que su conciencia no está completamente limpia.

Antes de que McGray contestara, Reed salió del pequeño quirófano con la ropa aún manchada de rojo.

—Inspectores, ya pueden pasar.

Lo seguimos y encontramos el cadáver cubierto con una sábana igual de roja que la bata de Reed. Sólo la cara pálida de Wood estaba expuesta, y la cicatriz en su mejilla, donde la cuerda lo había lacerado, lucía casi negra.

—Es un claro caso de cólera —dijo Reed, mirando el cuerpo—. No encontré nada raro en su estómago… bueno, *nada* en absoluto. Debió vomitar absolutamente todo su contenido antes de expirar.

—Una de las sirvientas mencionó que no parecía comida sino bilis.

—No me sorprendería —declaró Reed—. Y es probable que tampoco bebiera: tiene señales claras de deshidratación. Mírele los ojos hundidos.

—¿No encontraste heridas? —preguntó McGray.

—Ninguna, señor. Ningún rastro de trauma o herida. Si me permite decirlo, es evidente que este hombre murió de enfermedad, dado su estado de salud. Era una tragedia a punto de ocurrir: huesos y dientes quebradizos, malnutrición, aparentemente había sufrido de infecciones frecuentes en el tracto digestivo, tenía afecciones de la piel… —señaló el callo de violinista en el cuello de Wood, lleno de ampollas inflamadas—. Parece que este hombre no cuidaba de sí mismo. No comía bien, no atendía sus males…

—Sólo rascaba tripas —concluyó McGray.

—Sea como fuere, su cuerpo no estaba en condición de soportar un

ataque repentino.

Miré aquel rostro sin vida, sin poder convencerme de lo que Reed nos decía.

—Muchos venenos pueden causar síntomas similares al cólera —dije al fin.

—¿Aún crees que lo envenenaron? —preguntó McGray.

—No lo sé… pero hay algo aquí que no encaja, McGray. Concuerdo en que este hombre pudo haber muerto de cualquier malestar repentino, pero como bien dijiste, ¿por qué *justo* ahora? No es imposible que sea una coincidencia, pero es difícil de creer. No estaré en paz hasta que se haya hecho un análisis exhaustivo.

—Sí, señor —dijo Reed rápidamente—. Puedo tomar muestras del tracto digestivo y hacer las pruebas que usted desee.

—¿Puedes analizar muestras de sangre también?

—Claro. Me tomará algunos días, pero le avisaré en cuanto encuentre algo anormal.

—Perfecto —dijo McGray—. ¿Puedes tomar las muestras ahora y mantenerlas frías? Quiero regresar el cuerpo a la funeraria en cuanto se pueda.

—Por supuesto, señor.

—¿Por qué la urgencia? —le pregunté a McGray.

—'Orita te digo. Vamos a la oficina.

—Señor —dijo Reed—, ¿quiere que le diga a Caroli que Wood será sepultado sin estómago?

—Neh, mientras menos detalles les demos, mejor.

De vuelta en nuestro sótano hecho oficina encontré a Tucker durmiendo bajo el escritorio de McGray. Aquel perro se pasaba la vida durmiendo, casi como mi hermano Oliver.

Coloqué el Amati Maledetto sobre mi escritorio y suspiré con fastidio:

—¿Y ahora qué?

—No estoy seguro —contestó McGray, desplomándose sobre su silla—, pero qué bueno que trajiste el rascatripas. Tengo una idea… pero es algo arriesgado.

—Dime.

—Creo que podríamos usar el violín… como carnada.

—¿Carnada? ¿De qué hablas?

—Incluso si resulta que Wood fue envenenado, eso no nos da muchas más pistas para encontrar al culpable. Puede que no sea mala idea dejar que los eventos… se desarrollen.

Tardé un momento en contestarle:

—Arriesgado en verdad, McGray. Si alguien quiere hacerse con

este violín, dejar que los eventos "se desarrollen" puede ser precisamente lo que debemos evitar.

—No me creas imprudente, Frey…

—Oh, eso nunca ha pasado por mi mente…

—No es que quiera dejar el violín a la mano para que alguien degüelle a sus sucesivos dueños. Creo que deberíamos tratar de predecir el camino que seguiría.

—¿Predecirlo?

—Ei, y el tal Downs seguro nos ayudará, aun si es nomás pa'salvar su propio pellejo.

*

La oficina de Downs parecía haber sido construida especialmente para él: era un cuarto muy estrecho y atestado de expedientes y torres de papeleo. El escritorio y las sillas estaban tan amontonados que apenas había espacio suficiente para moverse. Aunque un hombrecillo de la estatura de Downs se movería a sus anchas.

McGray y yo nos sentamos mientras el abogado consultaba su archivo. Había tan poco espacio que mis rodillas chocaban con el escritorio.

—Aquí lo tengo —anunció Downs, bajando de una escalerilla con un expediente de los anaqueles más altos—. Signor Raniero Bartolomeo Caroli —se sentó al escritorio y consultó los papeles—. Oh, sí, ya lo recuerdo: le deja todas sus pertenencias a su esposa, la Signora Lorena Caroli. Si algo llegara a pasarle a ella, las propiedades irían a un primo segundo, un tal Fausto Larpi que vive en Roma y que realmente no es muy cercano a Caroli. Creo que no se han visto desde que eran niños, según me comentó el mismo Signor Caroli.

—Volviendo a Mrs. Caroli —dijo McGray—, ¿la señora tiene un testamento propio?

—Oh, claro. De hecho lo alteró hace pocos meses… Déjenme ver —esta vez buscó entre una pila de documentos cerca de su escritorio, de donde tomó un expediente mucho más delgado—. Sí, sí, como le decía, alteró su testamento en julio pasado. Antes todas sus propiedades pasaban directo a Caroli, y en su ausencia se repartirían entre varias instituciones de beneficencia. Ahora reparte sus bienes entre su señor esposo y su hijo. ¿Saben que la señora está encinta?

—Lo sabemos —dije—. McGray, ¿qué opinas?

Estaba acariciándose la barba, muy pensativo:

—Ésos son testamentos muy ordinarios… y ninguno nos lleva a algún lado —parecía estar ausente mientras murmuraba, pero de pronto bajó de las nubes—. Mr. Downs, ¿le importaría que seamos

nosotros quienes le entreguen a Caroli ciertas pertenencias de Wood?

—Como usted desee, inspector. Sólo le pido que me informe de qué artículos estamos hablando, para que pueda registrarlos como entregados.

Los ojos de McGray estaban fijos en Downs al decir lo siguiente:

—No muchos. Sólo el violín maldito… y algunas cuerdas.

Ambos miramos al abogadillo con total atención, buscando cualquier reacción por sutil que fuese. Sin embargo, Downs simplemente asintió y tomó notas sin que su rostro mostrara emoción alguna.

—Esto debe ser absolutamente confidencial, Mr. Downs —advirtió McGray.

—Por supuesto, inspector —le contestó Downs, con una expresión tan vacía como antes.

22

Myles se desenvolvía en Edimburgo como si hubiese vivido en la ciudad desde siempre. Preguntamos por él en el New Club, donde nos dijeron que ya estaba ensayando en el Teatro Lyceum. El imponente edificio blanco estaba muy cerca, casi a las faldas de Castle Rock, así que llegamos en menos de quince minutos a caballo.

Estuve gratamente sorprendido al entrar: aunque no era muy grande, el auditorio principal era de gusto exquisito: el techo abovedado estaba decorado profusamente con molduras doradas alrededor de un enorme y suntuoso candelabro. Igual de impresionante era el enyesado que decoraba las balaustradas de los tres niveles de las graderías, y las filas de asientos acolchados con terciopelo rojo rodeaban el amplio escenario. Pude imaginarme las bocas abiertas de mi padre y madrastra, haciendo muecas de aprobación muy a regañadientes.

Encontramos a Myles en el foso de la orquesta, y tuvimos la suerte de llegar cuando el malhumorado director les permitía tomar un descanso. Myles se percató de mi seriedad y nos llevó a uno de los balcones más altos que miraban al escenario; ahí podríamos hablar con suficiente privacidad.

—Es un lugar excelente —nos dijo con una sonrisa de oreja a oreja —, ¿no les parece?

—Demasiado aterciopelado pa' mi gusto —admitió Nueve-Uñas. Era como si el asiento acojinado estuviese dándole urticaria.

—Pensé que Sullivan estaría a la batuta —le dije a Myles.

—No todo el tiempo. La premier de *Macbeth* en Londres es la noche de Año Nuevo, así que está muy ocupado con esos ensayos, pero creo que vendrá el próximo año cuando traigan la producción a Escocia. Espero que no sea tan gruñón como este director; ¡nos está haciendo ensayar como esclavos!

Noté que el cuello de Myles estaba bastante enrojecido: —Puedo verlo en tu piel. ¿No estás usando el pañuelo?

—Lo olvidé en mi cuarto, pero créeme que no volverá a pasar.

Le presté mi propio pañuelo:

—Usa éste de momento. He visto lo repugnantes que esos… "chupetones de violinista" pueden llegar a ser, y no quiero que Catherine vuelva a decirme la mala influencia que…

—Oi, luego chismorrean de sus parientes, Frey —urgió McGray—. Mice, o como te llames, necesitamos que nos des cierta información.

Los ojos de Myles se abrieron con emoción.

—En realidad es algo bastante trivial —le mentí, sacando de mi bolsillo la cajita de ébano—. ¿Qué nos puedes decir de esto y de su contenido?

Myles examinó la caja, pasando las yemas de sus dedos sobre el violín grabado.

—Parece algo bastante caro… y el violín es perfecto.

—¿Perfecto? —repitió McGray.

—Sí, de proporciones perfectas y todas sus partes están en el lugar correcto. He visto pinturas ridículas con violines de seis cuerdas o sin puentes. Para mí es como una pintura de un hombre con tres brazos. Quienquiera que haya tallado esto es muy observador, o sabe mucho de violines.

McGray asintió, grabando cada palabra en su memoria.

Myles procedió a abrir la caja:

—Cuerdas de violín… también muy caras.

—¿Cómo sabes?

—Son de tripa de gato, y de muy buena calidad. Lo más probable es que sean italianas.

McGray alzó la cabeza:

—¿Italianas?

—Sí, la mejor tripa de gato es la italiana. Hay quienes dicen que la manufactura es casi un arte. Se necesitan años de práctica para perfeccionar el método.

—¿Sabes cómo se fabrican? —le pregunté.

—Pues sé el método a grandes rasgos: primero remojan las tripas en salmuera uno o dos días para que no se pudran. Luego raspan la grasa y le dan un tratamiento con lejía hasta que la tripa se ve transparente; sólo eso toma una semana de trabajo constante. Después cortan los intestinos en tiras largas y las tuercen como si fueran sogas, antes de dejarlas secar; eso puede tardar otra semana. Al final las lijan y pulen con una mezcla de paja y aceite de oliva.

—Es muy elaborado —comenté—, ¿y supongo que las tripas deben ser frescas?

—Sí. Como te imaginarás, los intestinos no son precisamente los órganos más limpios, así que el baño de salmuera tiene que hacerse lo más pronto posible.

—Y no es un arte que pueda ocultarse fácilmente.

—¡Oh, claro que no! Necesitas un taller muy grande para estirar las cuerdas, y tengo entendido que las tripas en lejía despiden un olor

espantoso.

Asentí, pensando ya en las posibilidades.

—McGray —dije—, ¿creo que eso es todo?

Se inclinó hacia Myles y tomó una de las cuerdas: —Las cuerdas son de tripa de cabra, ¿no?

—Casi siempre cabra o cordero, pero también las hay de caballo o cerdo. Y algunos violinistas dicen que las cuerdas de vaca son las mejores que existen.

Supe a dónde quería llegar McGray, pero no pude detenerlo.

—¿Puedes decirnos si esto está hecho de cabra… o de algo más?

Myles debió deducir algo por el tono de McGray, y de inmediato retiró las manos de las cuerdas, sin ocultar una mueca de asco.

—No, no puedo; si ustedes encuentran una gota de sangre no pueden decir si es de humano o de bestia —cerró la caja—. Aunque el sonido sí varía, y eso al menos puede darles pistas. Desafortunadamente mi oído no está lo suficientemente entrenado para eso. Alguno de los maestros en el conservatorio seguramente podrá ayudarlos.

McGray susurró para que sólo yo pudiera escucharlo: —Tal vez Fontín habría sabido.

*

—Qué bueno que hablamos con el flaquirucho de tu hermana —dijo McGray en cuanto salimos del teatro—. Si hacer las cuerdas tarda más de dos semanas el asesino debe estar trabajando con las tripas de Fontín en estos momentos. Eso nos da otro rastro que seguir —notó lo fruncido que estaba mi ceño—. ¿Oi, y'ora qué? ¿No te gustó lo que le pregunté?

Negué con la cabeza:

—No es eso. Myles estará bien. Es el prospecto de buscar intestinos corroídos lo que me preocupa. Este caso se está poniendo cada vez más sucio.

Nueve-Uñas se carcajeó:

—¡Uy, y apenas estamos empezando, Frey! Así que prepara tu enclenque estómago: un gatito con mitones nunca atrapará ratones.

23

—Pensé que no le gustaba el negro, señor —dijo Joan al pasarme la única chaqueta negra que le había encomendado traer.

—Así es, lo evito siempre que puedo, pero hoy no es posible. Voy a un funeral.

—¡Ay, Jesús! Espero que no haya sido alguno de sus amigos.

—No, no. Esto es trabajo. Sólo vi al hombre una vez en su vida pero aun así debo mostrar respeto. Los anfitriones son dos italianos, y sospecho que muy religiosos. Van a dar un velorio a la usanza de los católicos: ataúd abierto y todo, dejando el entierro para mañana en la mañana. Jamás comprenderé por qué a los católicos les gusta pasar toda la noche en vela contemplando a sus muertos.

—¿Italianos? Ha de estar hablando de Mr. y Mrs. Caroli.

Dejé caer mi pisacorbatas por la sorpresa:

—¿Cómo es que sabes de ellos?

—Ah, pues estaba en el mercado hoy en la mañana y me topé con una de sus sirvientas. La pobrecita estaba cargando no sé cuántas canastas con cebollas y zanahorias y camotes y los tomates más feos que haya…

—Joan, a menos que sea relevante, no me interesa saber cuántos camotes compró.

—Bueno, se lo digo porque a la muchacha se le cayeron las canastas y toda su compra rodó por la calle, ¿y puede creer que fui la única persona que se acercó a ayudarle? ¡Tuvimos que perseguir cebollas por toda la cuadra! Platicamos un buen rato mientras recuperábamos el aliento, y la muchachita me dijo que toda la gente les tiene ojeriza a los italianos y a todos en su casa; hasta a los sirvientes. Me dio tanta pena por ella.

—¡Joan, tu habilidad para el cotilleo me sorprende!

—Ay, perdón, señor. Sé que a usted no le gustan mis peroratas. Mejor lo dejo que…

—¡No-no-no! Espera. ¿Por qué es que la gente les tiene “ojeriza”?

Joan soltó una risita de adolescente traviesa:

—¡Ah, conque le piqué la curiosidad!

—¡Joan!

—Oh, bien. Pues no fue muy clara. Me dijo que la gente le tiene miedo a su patrona; que le dicen “dedos de bruja” y que los niños le

corren cuando la ven por la calle. Dicen que hay una maldición en su familia. Hay gente que hasta dice haber visto demonios deambulando por su casa en las noches.

—Oh, por Dios, ¿cómo es que la gente puede ser tan cruel? Esa mujer tiene una enfermedad, no una maldición.

Entonces comprendí por qué su círculo social era tan reducido, lo cual me había parecido muy raro, dado lo generosos y hospitalarios que se mostraban: McGray y yo éramos extraños, y aun así nos habían colmado de atenciones. Seguramente estaban desesperados por encontrar compañía. También comprendí mejor el muy sentido discurso de Mrs. Caroli sobre Fontaine —la única persona en acercarse a ella sin importar su enfermedad— y por qué se habían hecho amigos de Wood sin importar su personalidad tan peculiar.

Preferí no contarle la anécdota a McGray, a quien la gente marginaba de igual manera… Sin mencionar que él también debía gran parte de su tragedia a sus dedos.

*

Una niebla pesada y espesa cayó sobre Edimburgo durante las primeras horas de la noche, y cuando llegamos a casa de los Caroli, McGray y yo apenas podíamos vernos el uno al otro. La luna casi llena brillaba sobre nosotros como una lámpara borrosa, y bajo aquella luz la niebla se veía como riachuelos de humo plateado arrastrados por el viento.

Me alegró ver la casa emerger de entre la bruma, pues el aire de la noche era húmedo y helado, y las luces ambarinas provenientes de las ventanas prometían calidez. La puerta estaba decorada con una gran corona de follaje de tejo y laurel, sujetos con listones negros.

Nos recibió una sirvienta muy joven (probablemente la misma que había conversado con Joan), quien tomó nuestros abrigos y ofreció llevarse el estuche de violín que yo cargaba, envuelto en un mantel viejo.

—No es necesario —le dije—. ¿Nos puedes llevar con tus señores?

La muchacha asintió y nos guio entre un mar de gente vestida de luto.

Ésta no era una ocasión para alardear atavíos: los caballeros iban todos de negro, y la única tela permitida para las damas eran esas horribles faldas de crepé que caen desgarbadas y sin vida. El único otro color a la vista eran los pañuelos blancos de los dolientes, pero la etiqueta exigía que incluso ésos estuviesen bordados de negro en las orillas.

El funeral estaba más concurrido de lo que esperaba, tomando en

cuenta lo taciturno que había sido Wood en vida. Nos rodeaban más que nada músicos, pero también varios inquilinos de la misma casa de huéspedes y algunos vecinos. Los cafés fortificados con whisky pasaban de mano en mano y todos conversaban sobre el fallecido, de su vida, su talento y sus anécdotas. Los colegas de Wood se tomaban turnos para acercarse al ataúd y tocar las piezas favoritas del difunto; cuando entramos, un violinista y un chelista estaban improvisando una de las misas de Mozart. Es en momentos como ése que me doy cuenta de cuán intrincado es el tejido de la vida: hasta la persona más simple y aburrida es capaz de reunir una pequeña multitud en su funeral. En mi experiencia, funerales poco atendidos en realidad hablan de historias incluso más complejas: al funeral de la Piadosa Mary Brown, por ejemplo, no llegó un solo asistente.

La funeraria había hecho un trabajo excelente, y el salón rebosaba de follaje de pino y flores blancas. Todos los espejos habían sido cubiertos con mantos negros, pues la gente aún cree que las almas de los muertos se pueden quedar atrapadas en el cristal. Había tantos cirios repartidos por toda la habitación que no había sido necesario encender los candelabros, y la casa estaba tan llena de gente que el fuego de las chimeneas, sabiamente apagadas, nos habría sofocado.

Uno de los babeantes perros de caza estaba paseándose entre los invitados, y detrás de él venía Mrs. Caroli. Estaba ataviada de luto, al igual que la vez anterior, y como la vez anterior, también intentaba ocultar su artritis con mitones y aferrando sus dedos a una biblia, que mantenía cerca de su vientre. Me percaté de más de un par de ojos morbosos intentando echar un vistazo a aquellos dedos nudosos.

—¡Inspectores! —nos saludó, aunque hubo casi un gruñido en su voz—. Buenas noches. ¿En qué puedo ayudarlos?

Sonaba suficientemente cortés, aunque su ceño fruncido revelaba lo incómoda que en realidad se sentía.

—Antes que nada, queremos darle nuestro pésame —le dijo McGray—. Nos han dicho lo cercanos que eran al difunto Wood.

Mrs. Caroli bajó la mirada por un momento, y su expresión dejó ver toda la intensidad de su dolor: en cuestión de días habían perdido a sus dos mejores amigos en la ciudad. Sentí más pena por ellos de lo que esperaba.

—Y también queremos hablar dos que tres palabras con su esposo —prosiguió McGray, y Caroli se nos acercó precisamente entonces.

—Buenas noches, inspectores. ¿Más preguntas sobre Fontaine?

—No exactamente —respondió McGray—. ¿Podemos hablar en privado? Es muy importante.

Caroli nos llevó a un pequeño estudio adyacente al salón principal,

con su esposa siguiéndonos. Estábamos a unos pasos de la puerta, cuando una mano pesada me tomó del hombro.

—¡Inspector Frey!

Me di la vuelta y vi que se trataba de Lewis Ardglass.

—¡Oh, por Dios! —fue mi apesadumbrada reacción. No pude dejar de arrugar la nariz como si estuviese oliendo estiércol, pero la sonrisa estúpida del hombre no se alteró.

—Inspector Frey, qué bueno que lo veo. Quisiera darle un mensaje de mi señora tía…

—Ahora no, Mr. Ardglass —le contesté parcamente. McGray y los Caroli ya habían entrado al estudio, así que los seguí y de inmediato cerré la puerta.

—¿En qué podemos ayudarlos? —volvió a preguntar Mrs. Caroli, al tiempo que depositaba su Biblia sobre el escritorio. Le di un vistazo rápido al cuarto: era un estudio bastante pequeño pero acogedor, con repisas repletas de libros de todos tamaños y temas. Reconocí títulos de astronomía, química, historia y matemáticas. Así habría lucido la biblioteca de McGray si alguien la pusiera en orden. Varios muebles del salón habían sido traídos aquí para dejar espacio para el ataúd, y entre ellos reconocí la exquisita góndola tallada en madera.

—Sus estatuillas son excelentes, Mr. Caroli —le dije.

Él sólo parpadeó:

—¿Pe… perdón?

Apunté a la góndola:

—Esas tallas. Nunca nos dijo que las había hecho usted mismo.

Caroli dio un paso titubeante hacia la estatuilla y la acarició:

—¿Y cómo… cómo supo que las había hecho yo?

—Por lo que nos dijo su laudero, “Joe el Rascatripas”. El hombre fijó una cabeza de león al violín Amati. Nos dijo que había sido un regalo de usted para Fontaine.

—A mi esposo le gusta regalarle tallas a sus amigos más cercanos —intervino Mrs. Caroli—. Hace poco le regaló una cajita a Mr. Wood.

Asentí, recordando aquella caja. Myles efectivamente había dicho que el artesano debía saber mucho de violines.

—Ese león es un regalo muy personal —comenté.

—Oh, sí —dijo ella—. Sylvain era un amigo muy querido. Estaba muy angustiado cuando nos contó que su violín se había roto, así que Raniero hizo ese león para reanimarlo. Nunca supe por qué, pero ése era su violín predilecto.

—Que es precisamente de lo que venimos a hablarles —dijo McGray, levantando el estuche y retirando el envoltorio—. Aquí traemos el Amati. Mr. Wood quería que ustedes lo heredaran.

Hubo un grito ahogado. Por un momento los italianos permanecieron tan quietos que pensé estar mirando una macabra fotografía: McGray con su mano mutilada extendiéndoles el estuche, que aún estaba salpicado de sangre, y frente a él Caroli y su esposa, paralizados y con los rostros llenos de angustia.

Caroli extendió una mano, pero antes de tocar el avejentado estuche titubeó.

—No estoy seguro de quererlo —masculló.

Su esposa se le acercó y susurró algo en italiano. Sus miradas perplejas dejaban algo muy en claro: jamás habían codiciado aquel violín.

—¿Por qué no? —inquirió McGray—. Legalmente es suyo.

Caroli sacudió la cabeza, como ido:

—Primero Sylvain… —murmuró—, después Theodore…

McGray se inclinó hacia él y habló en voz igual de queda:

—¿Ustedes creen en la maldición de este violín? ¿Creen que el demonio puso las manos en él?

No había terminado de hablar cuando Mrs. Caroli se plantó frente a su esposo y le arrebató el estuche a McGray. Me pesa admitir que habría preferido que no mostrase las manos, pues en cuanto extendió los dedos vi los nudillos inflamados y las falanges deformes que el encaje de sus mitones no podía ocultar. Incluso pudimos oír el crujir de sus articulaciones cuando se aferró al asa del estuche.

—¡Con todo respeto, inspector, éste no es momento para hablar de maldiciones y demonios! ¡El cuerpo de uno de nuestros mejores amigos aún está en esta casa! Si necesita información con urgencia, con gusto responderemos sus preguntas, pero si sólo han venido a hablar de quién hereda este instrumento… creo que eso puede esperar.

—¿Ustedes creen en la maldición? —reiteró McGray. Su mirada sólo se suavizó cuando Mrs. Caroli se llevó una mano temblorosa al vientre.

Mr. y Mrs. Caroli intercambiaron miradas pero ninguno dijo otra palabra. La tensión de su silencio, empero, no pudo haber sido más elocuente. En verdad creían en la maldición, y ahora temían recibir el violín.

—Perdonen si los he alterado —dijo McGray al final—. ¿Nos permiten presentar nuestros respetos a Mr. Wood?

Mrs. Caroli clavó la vista en su marido.

—Por supuesto —dijo él, retirando el estuche de las manos de su mujer y colocándolo sobre el escritorio—. Sígannos, por favor.

Abrió la puerta y gentilmente empujó el hombro de su esposa, para

que saliera por delante.

—Por favor, discúlpenla —susurró, de manera que sólo McGray y yo escucháramos—. La pobrecilla ha estado bajo mucha presión; ustedes saben… con estas muertes, nuestro primer bebé… y también…

—Entendemos —le dijo McGray, palmeándole la espalda. Pensé que Caroli nos iba a guiar al ataúd, pero simplemente se mezcló entre la gente.

—No sé qué pretendías acosándolos de esa manera —refunfuñé.

—Nunca está de más saber lo que la gente cree.

Caminamos lentamente hacia el ataúd. Más que presentar respetos al pobre cadáver, nuestra intención era observar la escena.

—¿Cuánto tiempo más crees que debamos estar aquí? —pregunté.

—Poco. No creo que haya mucho más que averiguar entre esta gente.

Al avanzar escuché una voz que me llamaba. Tuve que bajar la vista para encontrar al pequeño Mr. Downs acercándosenos con prisa. Lewis Ardglass venía detrás, en medio de un visible conflicto interior: ansioso de hablar conmigo pero igualmente alterado por la presencia de McGray.

—¡Inspector Frey! —se obligó a decir—. Espero que esté ya libre para conversar. Tan sólo le robaré unos minutos de su valioso tiempo.

—Tómese lo que quiera —espetó McGray, alejándose a toda prisa.

Ardglass se aclaró la garganta:

—Oh, ese Nueve-Uñas McGray… una y otra vez demuestra que es tan grosero y vulgar como un borracho de…

—Dijo que sólo me robaría unos minutos —le recordé.

—Oh, por supuesto. Necesitaba decirle que mi sobrina viene de vuelta a Edimburgo.

—¿Por qué habría de interesarme?

Downs intervino:

—Tuvieron a bien pedirme que los mantuviera informados sobre los violines de Monsieur Fontaine. ¿Recuerda que el cuarto instrumento, el Guadagnini, sigue en mi posesión? Le fue heredado a Miss Ardglass. Ustedes deseaban estar presentes cuando se lo entregara.

Me había olvidado completamente del último violín. Había un dejo de celos en el rostro de Ardglass, lo cual también me recordó su contrariedad al no haber sido mencionado en el testamento de Fontaine. En vano intentó ocultar su amargura al hablar:

—Sucede que mi señora tía ofrecerá una recepción mañana en la noche, para recibir a la muchacha. Mi tía, y por supuesto mi querida sobrina también, estarán encantadas de recibirlo. Será la ocasión

perfecta para que la niña reciba su… herencia.

—Qué afortunado —murmuré. Tendría ocasión de evaluar la reacción del último heredero de Fontaine y de interrogar a la infame lady Ardglass, todo en una misma reunión—. Pues bien, creo que…

—Oh, sé que es una invitación muy repentina —dijo Ardglass apresuradamente—, pero el regreso de Caroline nos ha tomado por sorpresa. Y si gusta usted extenderle la invitación a su joven hermano, él también será más que bienvenido.

Abrí más los ojos:

—¿Cómo sabe que mi hermano está en Edimburgo?

—Oh, nuestra ciudad no es tan grande como Londres, inspector; las noticias aquí viajan rápido, especialmente para una familia tan bien conectada como la de su servidor. Sería una oportunidad excelente para que su buen hermano comience a desenvolverse entre la buena sociedad de Edimburgo.

Bufé con impaciencia. Aquel presumido burguesito provincial queriendo darme lecciones de sociedad…

—Evidentemente —fue la respuesta más serena de la que fui capaz.

—De modo que… ¿puedo confirmarle su presencia a lady Anne?

Accedí y Ardglass me dio otra de sus tarjetas con la dirección y la hora. Tanto él como Downs me hicieron una exagerada reverencia y se alejaron.

—¡Qué patético! —susurré, y en cuanto estuve solo, McGray volvió a acercarse—. Vaya —le dije—, saliste corriendo como si huyeras del zoquete arrogante.

McGray contestó con una expresión tan vulgar que no puedo transcribirla, y después le conté sobre la invitación.

—¡Oi, te vas a divertir de lo lindo en ese nido de víboras!

—Creo que será buen momento para indagar sobre los negocios entre lady Anne y las dos víctimas.

Cuando finalmente llegamos al ataúd, McGray se frotó la barba de tres días. Con su chaleco y pantalones de tartán escocés, era como un faro entre la multitud vestida de luto.

—Ei, creo que deberías ir, pero no te acompañaré.

—¿Por qué no?

—¿Qué? ¿Crees extrañar mi grata compañía?

—Sin duda; como se extraña una espina en las regiones bajas. Simplemente creo que no deberías permitir que tus querellas personales se interpongan en tu trabajo como…

—Oh, espera, princesita. La única razón por la que te mando solo es porque con tu pomposidad será más fácil sacarles información.

—De acuerdo, en eso tienes razón. Tus modos tan vulgares

invariablemente ponen de nervios a la gente educada.

—Además, puedo aprovechar ese tiempo para visitar el cementerio de Old Calton.

—¿Disculpa?

—El cementerio de Old Calton. Acuérdate que también estoy investigando fuegos fatuos.

Proferí el más escandaloso y rencoroso "¡JA!", y todos los ojos a nuestro alrededor voltearon perplejos hacia mí.

—¿Cómo puedes pensar en esas estupideces en este momento? —susurré enardecido—. ¡Tenemos dos muertes que investigar y ni la más remota pista de quién puede ser el culpable!

—Todo se aclarará a su debido tiempo —pronunció McGray con tanta tranquilidad, con tanta certeza infundada, que incluso sentí mi mano alzándose, lista para abofetearlo hasta que volviese a sus cabales.

Por otro lado, la oportunidad de continuar mis investigaciones sin la influencia de McGray me pareció excelente. No estaría cerca para perturbar a los testigos con preguntas necias sobre maldiciones (como acababa de suceder con Mrs. Caroli) o desperdiciar mi tiempo en reuniones sin sentido con personajes tan absurdos como aquella Madame Katerina.

—Como desees —concluí, fingiendo descontento—. ¿Nos marchamos ya?

—Ei. Nomás déjame ver a este muertito otra vez…

Siguiendo el ejemplo de McGray, atisbé al interior del ataúd y vi por última vez el rostro de Theodore Wood. A pesar del esfuerzo puesto en los arreglos florales, el personal de la funeraria no había dedicado la misma atención al cuerpo: el hombre estaba pálido, y el único color presente eran las amoratadas llagas de su "chupetón de violinista" y la larga cicatriz en su cara. Aquella cortadura en la mejilla y ceja me recordó el horrible instante en que pensamos que la cuerda del violín le había desgarrado el ojo.

Wood no podría haber presagiado lo que le esperaba, ni siquiera si aquel accidente con el violín se hubiese interpretado como un mal augurio (como había sugerido McGray).

En un momento de indulgencia me dejé llevar por las creencias supersticiosas de Nueve-Uñas. ¿Qué tal si el violín en verdad estaba maldito? ¿Qué tal si el diablo realmente lo había tocado para crear su sonata macabra? ¿Qué tal si había maldecido no sólo la música sino el violín también?

Ideas absurdas, lo sé… ¿pero qué tal si…?

De repente, como si mis pensamientos hubiesen invocado espíritus

malignos, un alarido escalofriante vino del otro lado del salón.

Todos nos volvimos hacia el grito y vimos que Mrs. Caroli estaba reclinándose sobre una silla, con una mano en el vientre y las piernas doblándosele sin control.

Caroli corrió como una ráfaga de viento y la sujetó justo cuando la mujer daba otro grito de dolor.

—¡A un lado! —vociferé—. ¡Tengo entrenamiento médico!

—Pero nunca te graduas…

—¡Oh, cállate, Nueve-Uñas!

Cuanto estuve cerca vi una mancha oscura extendiéndose rápidamente en el vestido de Mrs. Caroli. Se le había roto la fuente.

—*¡Por Dios!* ¿Cuánto tiempo lleva con dolores?

Su cara estaba pálida y deformada. Musitó algo que me sonó a "algunas horas". Con razón se había portado hostil desde un principio.

—¿Por qué no le dijo a nadie? —le pregunté con alarma.

—Una… una no habla de estas cosas —jadeó.

Caroli farfulló algo en italiano. Iba a llamar al doctor, o al menos eso entendí gracias a mi rudimentario latín.

—¿Puede llevarla a su cuarto? —me imploró, y no pude rehusarme. Caroli besó la frente de su esposa. La miró con todo el afecto y la preocupación del mundo, y después salió corriendo de la casa, dejando detrás a la multitud conmocionada.

McGray y dos sirvientas vinieron para ayudarme a guiar a Mrs. Caroli por las escaleras.

—¡Tengo que encerrar a los perros! —exclamó la mujer—. ¡No habrá quién los encierre si no…!

Entonces le llegó una contracción y la pobre casi cae de rodillas. McGray la sujetó con sus enormes manos y habló con firmeza:

—Mrs. Caroli, con todo respeto, ¿cómo puede pensar en sus perros cuando está a punto de dar a luz?

Mrs. Caroli respiró profundo y finalmente asintió. Supe que habría protestado si el dolor no hubiese sido tan fuerte. Se dejó guiar a las escaleras, pero se volvió hacia mí en cuanto subió el primer escalón:

—¿Puede, por favor, traerme mi Biblia? Creo que la he dejado en el estudio…

—Ve, Frey, yo puedo con ella —me dijo McGray.

Mientras ascendían penosamente, me dirigí al estudio. La Biblia aún estaba en el escritorio, exactamente donde la había colocado Mrs. Caroli durante nuestra plática. La tomé apresuradamente y me dispuse a salir, pero entonces, con el rabillo del ojo, me percaté de algo raro en la habitación. Alcé la mirada y mi corazón dio un vuelco.

El violín había desaparecido.

24

Salí corriendo del estudio, con la Biblia aún en la mano, y miré alrededor: una de las sirvientas estaba cerca de la puerta repartiendo abrigos, y prácticamente todos los dolientes se preparaban para marcharse. Dejé salir un rugido gutural desde lo más profundo de mi estómago:

—*¡Nadie sale de esta casa!*

Todos se detuvieron al instante y sus miradas cayeron sobre mí. Entre la multitud reconocí los ojos asustados de Ardglass y de Downs.

Saqué mis credenciales, las sostuve en alto para que pudieran verlas, y me abrí paso hacia la puerta a grandes zancadas:

—*¡Estoy al servicio de la policía de Su Real Majestad; cualquiera que no siga mis órdenes será arrestado y estará bajo sospecha de robo y asesinato!*

Hubo un alarido general y muchos gestos de indignación, pero nadie cuestionó la orden. El único movimiento en el salón fue McGray, bajando las escaleras apresuradamente.

—¿Qué pasó, Frey?

Le murmuré al oído:

—Alguien se ha llevado el Amati.

McGray palideció y su ceño fruncido fue el más indignado en la habitación:

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad?

—Así es. En este preciso instante, el violín está en manos de quien sea que haya asesinado a Fontaine y muy probablemente también a Wood. Hay que actuar pronto; el infeliz aún debe estar cerca.

Ardglass se nos acercó entonces con un gesto tímido, casi sonrojado:

—Inspector, emmm, con todo respeto, ¿puedo preguntarle cuánto tiempo cree que debamos permanecer…?

—¡Tanto como sea jodidamente necesario! —le gritó McGray, y así comenzó una de las noches más largas de mi carrera.

*

Mandamos llamar a cuanto oficial estuviese disponible y los hicimos registrar hasta el más recóndito escondrijo de las calles aledañas. El

oficial McNair fue de los primeros en llegar, ávido de hacer algo que no fuese vigilar la entrada de la Alcaldía.

McGray decidió liderar la búsqueda en el vecindario; mientras tanto, yo permanecería en casa de los Caroli, interrogando a cada uno de los presentes antes de dejarlos ir.

Tras disponer a dos guardias frente a la entrada, volví al salón principal y me percaté de lo extraña que era aquella escena: la multitud de luto mirándome, unos con enojo y otros con espanto, algunas de las damas pasándose una botellita de sales aromáticas, otras siendo abanicadas por sus parientes, y las sirvientas corriendo de un lado a otro como hormigas asustadas. Los cirios alrededor del ataúd aún estaban encendidos, pero de alguna manera parecía que toda la casa lucía más oscura. Y para empeorar los ánimos, los gritos de Mrs. Caroli, que estaba dando a luz en el nivel superior, podían escucharse con toda claridad.

Vi que una sirvienta seguía vertiendo whisky en el café de un viejillo sonriente, y rápidamente le arrebaté la botella:

—¡Ya deje de darles licor! Necesito que estén sobrios cuando los interrogue. ¿Dónde puedo tener privacidad, que no sea aquel estudio?

La jovencita estaba temblando. Musitó algo y señaló la puerta de la cocina.

—Tendré que conformarme con eso —le dije y luego me dirigí a los asistentes—. Damas y caballeros, mientras más cooperen, más pronto podré dejarlos salir.

Al dirigirme a la cocina vi los rostros reservados y escuché el cuchicheo y los quejidos. Sabía que un grupo tan grande de gente no guardaría silencio: en cuanto pusieran pie en la calle la historia se extendería por la ciudad como un incendio. Los rostros de Campbell, sir Charles y el mismo lord Salisbury me vinieron a la mente, pero no había nada que McGray o yo pudiésemos hacer al respecto.

Decidí preocuparme de un asunto a la vez y me instalé en la mesa de la cocina, donde un secretario de la Alcaldía me ayudaría a registrar el nombre y dirección de todos los testigos. Aquel lugar era todo menos tranquilo: las sirvientas seguían entrando y saliendo, hirviendo agua y trayendo paños, y por supuesto no podía apaciguarlas, pues tenían que atender a Mrs. Caroli. Sus gritos iban y venían, apenas amortiguados por las paredes y el techo.

Uno de los canes estaba echado en el piso, moviendo la cabeza con nerviosismo ante el ajetreo de las doncellas.

—Entiendo cómo debes sentirte —le dije al animal.

Atendí a la gente tan rápidamente como fue posible, pero aun así me tomó horas hablar con todos:

El vecino medio embriagado que no dejó de rascarse sus partes íntimas durante toda la entrevista: "¿Sabe usté a quién hay que matar pa'que me den otro de'sos cafecitos?"

La más joven de las sirvientas: "Nadie pudo haber entrado sin que nos diéramos cuenta, señor".

La solterona huesuda (¡la misma de antes!), que había inhalado suficientes sales para llenar el Mar Muerto: "¡Qué conmoción, qué conmoción, inspector! Con este susto no puedo ni recordar…"

La sirvienta ya no tan joven: "Hay otra entrada en el patio trasero, pero sólo mi señora y yo tenemos la llave".

Lewis Ardglass: "Oh, inspector, espero que estos incidentes no empañen la imagen de Edimburgo en sus respetables ojos, o que lo desanimen de acompañarnos en el baile de mi señora tía…"

Cada testimonio inútil desgastaba mi paciencia un poco más. El ataúd, que podía ver con claridad cada vez que las sirvientas o los testigos abrían la puerta de la cocina, era un constante recordatorio de lo vital que era este caso.

Pensaba ya que todo era en vano, pero entonces vino la declaración de un caballero bastante mayor, aunque igualmente lúcido, que había estado sentado junto a la puerta del estudio casi toda la velada. Las únicas personas que había visto entrar o salir por aquella puerta habían sido los Caroli, McGray y yo. Aunque en un principio me pareció senil, el caballero describió con gran precisión cómo Ardglass había intentado interceptarme y cómo yo había cerrado la puerta en sus narices.

—¿Se movió de ese asiento después de vernos salir?

—Para nada, inspector. Me quedé ahí hasta que Mrs. Caroli empezó a gritar, y recuerdo que usted regresó al estudio y luego salió gruñendo que no nos moviéramos.

Suspiré de contrariedad y dejé que el hombre se fuera. Justo entonces escuché más gritos provenientes del salón: un segundo can estaba suelto y acababa de tirar el paño negro que envolvía el espejo más grande. Tuve que salir a imponer algo de orden, pero la más vieja de las señoras no dejó de gimotear hasta que el espejo estuvo cubierto de nuevo. Todos lo consideraron de muy mal agüero.

Había aún una docena de personas que interrogar, pero ninguna me dio información de utilidad. En cuanto todos se retiraron, el secretario y yo releímos las notas y la lista de nombres, y entonces tuve más libertad para inspeccionar la casa sin miradas curiosas.

El primer lugar que revisé fue el estudio.

Un rápido vistazo fue suficiente para saber que, si nadie más había entrado por la puerta después de nosotros, sólo quedaba una opción:

—¡La chimenea! —recuerdo haber exclamado en voz alta.

De inmediato me arrodillé frente al hogar y palpé las cenizas con las yemas de los dedos. Estaban bastante frías, recordándome que todas las chimeneas habían estado apagadas desde antes de nuestra llegada. Las cenizas parecían haber sido removidas recientemente, pero no pude encontrar huellas claras de pies; por otro lado, dos pequeñas manchas en el marco del hogar llamaron mi atención, y me acerqué hasta que mi nariz casi tocó los ladrillos. Indudablemente eran las huellas de dos dedos, embarradas en un movimiento apresurado… por alguien que salió desde el interior de la chimenea.

No puedo recordar cuántas veces alterné la mirada entre las huellas y el angosto hogar, pues aquella conjunción era simplemente imposible: el tiro de la chimenea era demasiado estrecho, poco más amplio que la cabeza de un hombre adulto. Larry el limpiachimeneas habría podido pasar por ahí, pero a duras penas.

Tomé la primera lámpara de aceite que encontré y me dirigí al patio trasero, que estaba más silencioso que una tumba. Miré hacia arriba y vi que la chimenea del estudio ascendía, junto con otros tiros, por la pared trasera de la casa. Los techos de los vecinos estaban demasiado alejados para que alguien pudiese saltar hacia ellos, y sentí un estremecimiento al percatarme de ello: eso significaba que la única forma de salir de la casa era descendiendo por aquellos muros hacia el patio donde yo me encontraba.

Desenfundé mi pistola al momento. No esperaba que el ladrón aún estuviese allí, pero decidí registrar el lugar de cualquier forma.

Los Caroli sólo mantenían un caballo viejo, y la bestia somnolienta apenas se movió cuando dirigí la luz de la lámpara al establo. Como esperaba, no había nadie ocultándose ahí, sólo una capa de heno esparcido por el suelo.

Adyacente al establo, y casi tan grande, estaba el cobertizo de los perros, con la puerta entreabierta y un ligero ronquido proveniente del interior. Pateé la puerta y ahí encontré al tercer can, babeando y durmiendo a sus anchas.

El perro yacía sobre un pulcro montón de heno, forrado de mantas viejas que despedían el característico apeste canino. Pensé que muchos limosneros del lado este de Londres envidiarían los aposentos de aquel animal.

Palpé la cama improvisada, miré bajo las mantas y entre el heno, aun sabiendo que nadie elegiría esconderse allí, pero mis dedos sí tocaron algo extraño: una pequeña cuenta de cristal. Tiré de ella y resultó ser parte de un rosario. No pude verlo bien bajo la tenue luz de la flama, pero sí lo suficiente para saber que las coloridas cuentas eran

de cristal de Murano. Supuse que los Caroli lo habían puesto allí para "proteger" a sus mascotas, así que lo devolví a su sitio y regresé a la casa. Sólo me restaba ayudar a McGray y a los oficiales en la búsqueda por los alrededores.

Arrastré los pies hasta la puerta del frente, con la espalda dolorida y escuchando los gritos persistentes de Mrs. Caroli. Su voz, aunada a sus perros paseándose libremente alrededor del ataúd, hacía del lugar una escena espeluznante.

La joven sirvienta bajaba por las escaleras en aquel momento, cargada con un cesto lleno de paños ensangrentados. Sus manos temblaban… su cuerpo entero, a decir verdad, como una anciana balanceándose sobre piernas endebles.

—¿Cómo está tu señora?

—Resistiendo. Todo va a terminar pronto… —tomó aire. Sus ojos estaban ennegrecidos por el cansancio.

—¿Está resultando un parto difícil? —mi pregunta hizo que las mejillas de la muchacha enrojecieran—. Puedes hablar con libertad. Tengo algo de experiencia médica.

La vi tragar con dificultad, pestañeando para contener las lágrimas:

—Mi mamá me decía que los bebés de esta familia nunca salen bien… y ya sé a qué se refería —iba preguntarle más detalles, pero entonces la muchacha dijo algo que me quitó el aliento—. El nacimiento habría sido difícil con un doctor en casa para ayudarnos, pero tuvimos que mandar llamar a la primera comadrona que encontramos y creo que hemos hecho más mal que bien.

—¿Coma… comadrona? ¿Mr. Caroli no logró encontrar al doctor?

La sirvienta hizo una mueca y me echó una mirada sombría:

—Mr. Caroli no ha vuelto aún, señor.

Hizo una reverencia y corrió de vuelta a la cocina, dejándome impactado por la noticia.

*

Dejé a los dos oficiales vigilando la puerta y les pedí que tomaran nota de cuanta persona entrara y saliera de la casa. Les indiqué específicamente que me informaran cuando Caroli estuviera de vuelta; su repentina desaparición no me agradaba para nada.

El aire en las calles estaba húmedo y gélido, y aunque la neblina había clareado un poco, el mundo aún parecía estar pintado enteramente de blanco y gris. Vi a un par de nuestros oficiales patrullando la cuadra y les pregunté si habían visto a McGray. Uno de ellos me llevó a una calle cercana, donde Nueve-Uñas estaba interrogando a un joven velador. En cuanto hubo terminado, le conté

sobre las marcas de dedos en la chimenea, y aunque la noticia lo entusiasmó, la desaparición de Caroli lo dejó boquiabierto.

—¡No puede ser! —murmuró—. Con la señora dando a luz y… algo debió pasarle.

—Eso mismo pensé, y algo muy malo o muy urgente. Caroli parece adorar a su esposa.

McGray meditó por un momento:

—Les pediré a los polis que lo busquen también. Ve y ayuda al grupo que está buscando de Hill Street al este. Yo buscaré del lado oeste; mi casa está de ese lado y conozco bien el área. Tal vez eso ayude.

Caminamos en direcciones opuestas y la búsqueda continuó durante horas.

Mientras trotaba por las oscuras calles de Edimburgo, rodeado de oficiales, vociferando órdenes y cayéndome de cansancio, sentí que no era una persona a quien buscábamos, sino que intentábamos atrapar un puñado de aquella neblina que lo engullía todo.

Una horrible sensación de abatimiento se apoderó de mí. El caso jamás sería resuelto; McGray y yo estábamos condenados a fracasar… lo sentía en mi pecho con absoluta certeza. No encontraríamos nada en aquella neblina, después continuaríamos con interrogatorios inútiles y haciendo conjeturas infundadas, y mientras tanto Campbell y Monro seguirían presionándonos más y más, exigiendo resultados, y mi carrera se iría a la ruina mucho más pronto de lo que había creído posible. Esos pensamientos hicieron que cada paso fuera una tortura, como si la niebla escocesa se hubiese convertido en grilletes que me aprisionaban los pies.

Justo cuando mi pesadumbre tocaba fondo, una figura gris emergió de entre las tinieblas. Reconocí al oficial McNair, que corría hacia mí mientras gritaba:

—¡Inspector Frey! ¡Encontramos algo!

—¿El violín?

McNair se mordió los labios:

—Emm, no exactamente.

Trotamos hacia un callejón estrecho entre dos enormes mansiones georgianas. Lo primero que vi fue la alta silueta de McGray, delineada por la luz blanquecina de cinco linternas de mano, todos los rayos proyectados hacia el empedrado de la calle.

—¿Qué han encontrado? —pregunté al acercarme, pero McGray sólo señaló el punto que los oficiales alumbraban. Al instante me invadió una oleada de náusea: vi un charco de sangre fresca, una forma renegrida que resultó ser una mano carbonizada… y el mismo

símbolo de cinco ojos trazado burdamente en rojo.

Nueve-Uñas dio un paso al frente:

—¿Lo has visto bien, Frey?

Asentí, sin poder decir palabra, y entonces, antes de que pudiera protestar, McGray pisoteó el dibujo y embarró la sangre en el pavimento.

—*¿Por qué rayos hiciste eso?* —bramé—. ¡Eso era evidencia, idiota! ¡Debíamos documentarlo! ¡Traer al fotógrafo!

—Documenta el resto todo lo que te dé la gana, pero ese signo está maldito, Frey —el tono de McGray me recordó a la viejilla que había gritado cuando uno de los perros descubrió el espejo—. Invita al demonio a observar. No quiero que más gente lo vea.

Bufé y refunfuñé con la cara roja de indignación. Pero sin importar lo exasperado que estuviese, tuve que continuar con el trabajo. Pronto amanecería y no quería atraer miradas de curiosos, así que unos oficiales trajeron largos lienzos para rodear la escena.

En cuanto el sitio estuvo propiamente acordonado, McGray y yo nos arrodillamos frente a los restos de aquella mano. El olor a carne requemada me revolvió el estómago. Se trataba de una mano larga, sin duda de un hombre adulto, y medio oculto entre las cenizas vi el destello dorado de un anillo de bodas.

—Ese anillo puede tener alguna inscripción —le dije a McGray—, pero preferiría que se fotografiara la escena antes de que movamos algo más.

Le ordenamos a McNair que llamara al fotógrafo y el joven oficial montó su caballo y salió al galope. Regresó en menos de media hora, seguido por una pequeña carreta cargada con la voluminosa cámara y un cofre de placas fotográficas. La espesa niebla no me dejó verlo en un principio, pero detrás de ellos venía un elegante carruaje negro. El cochero se detuvo y corrió a abrir la puerta, y de inmediato reconocí la figura del superintendente Campbell.

Los oficiales le hicieron reverencias al verlo pasar. Campbell cojeaba al caminar, ayudado por un bastón negro. Sólo entonces caí en cuenta de que nunca lo había visto de pie, sino sentado tras su escritorio.

Caminó a la escena en absoluto silencio, pero eso sólo hacía su presencia más intimidante. Miró el charco de sangre y contempló la mano achicharrada por un momento. Entonces chasqueó la lengua con reprobación.

—Otra muerte… Con relación al violín, debo suponer.

—Eso parece —contestó McGray con la frente en alto.

Campbell negó con la cabeza:

—¿Y cuándo puedo esperar que ustedes dos hagan algo? ¿Están esperando que el asesino se presente a su puerta a la hora del té?

—Señor, hemos movilizado a cuantos agentes pudimos, y hemos interrogado a…

—¡Oh, pero por supuesto! —me interrumpió Campbell—. Interrogaron a todos y cada uno de los asistentes del funeral aquel; retuvieron a gente de edad avanzada durante horas, y después despertaron a medio Barrio Nuevo con su méndiga búsqueda.

—Señor, era nuestro deber…

—¿Acaso tu cerebro de buena cuna no entiende que este caso debe permanecer en secreto? —escupió esas palabras en un siseo tan feroz como su mirada. Luego miró a McGray—. Y tú deberías saberlo también, Nueve-Uñas. Que no se te olvide quién está al mando aquí.

Por un momento ninguno de los dos le respondió, pero en cuanto abrí la boca, Campbell continuó su jeringonza:

—Un muerto más… —dijo con el dedo índice en alto—. *Un muerto más* y sus carreras se acabaron. ¿Me han oído? ¡Se a-c-a-b-a-r-o-n! ¿Lo dije suficientemente lento para que hasta sus cerebros lo registren?

Pero no esperó a que contestáramos; simplemente dio media vuelta y regresó a su carruaje.

El pecho me ardía de cólera y la rabieta me duraría horas y horas, pero a McGray le bastó escupir tres iniquidades de arrabal para volver a la normalidad. Tenía un talento para seguir adelante sin importar quién intentara intimidarlo.

Ordenamos que se fotografiara toda la escena y que después se limpiara todo concienzudamente. Fue McGray quien levantó los restos requemados y los guardó en un saco de cuero. Cuando terminamos ya era media mañana, pero no me percaté de la hora hasta que volvíamos a la Alcaldía; en el camino vimos pasar un cortejo fúnebre que iba hacia el sur, al Cementerio Grange.

Había nubes negras en el cielo, y la tormenta y los relámpagos comenzaron a caer poco antes de que llegáramos a nuestro destino.

Una vez en la Alcaldía, fuimos directo a la morgue y le mostramos a Reed los restos de aquella mano. El joven doctor se horrorizó ante la imagen, pero aun así condujo una examinación exhaustiva.

—No puedo decirles mucho más de lo que ya deben haber deducido. Es la mano de un hombre adulto; los huesos me parecen más bien jóvenes, pero está tan quemada que no puedo especificar a qué hora fue cercenada… o con qué implemento.

—¿Nos muestras ese anillo?

—Claro. Intentaré sacarlo.

Reed removió el anillo ayudado de pinzas, pero aun así algo de la

carne se desgarró, pues con el fuego se había adherido al metal.

—Como tocino pegado al sartén —tuvo a bien comentar McGray.

Reed tuvo que usar un bisturí para raspar los restos de piel pegados al oro antes de entregarnos el anillo. McGray lo tomó sin miramientos e incluso raspó el interior con una uña.

—Ei, tenías razón, Frey, hay una inscripción, pero…

No dijo más.

Extendió la mano lentamente para ofrecerme la argolla. Tomé prestadas las pinzas de Reed para asir el anillo, y al mirarlo de cerca no tuve dificultad para leer el grabado, pues la ceniza negra se había incrustado en las finísimas letras.

Mi corazón dio un salto cuando vi que no se trataba de palabras en inglés, y aunque pude descifrar el enunciado sin problemas, no hubiese sido necesario para deducir a quién le había pertenecido aquel objeto:

Con questo ricevi il mio cuore, mio amato Raniero.

25

—¡Caroli está muerto! ¡Ésta es su mano!

—Pobre Mrs. Caroli —murmuró McGray—. Perder a su esposo la misma noche que nace su hijo…

—No me esperaba otro asesinato —confesé.

—*¡Pero qué idiotas fuimos!* —rugió McGray, pateando una silla que se quebró contra la pared. Sus ojos estaban enrojecidos.

Me aclaré la garganta estruendosamente, pues no quería que Reed se enterara de los detalles más macabros de nuestra investigación. El joven doctor ya nos miraba con suficiente sospecha.

—McGray —le dije—, mejor hablemos de esto en la oficina.

Le agradecimos a Reed por su ayuda, y antes de que saliéramos de la morgue me entregó un expediente.

—Tenga, inspector. Son los resultados de la primera ronda de análisis del estómago de Mr. Wood.

—¿Me puedes dar una sinopsis? —le pedí, sabiendo que mi vista estaba demasiado cansada para leer más de dos renglones.

—El estómago estaba vacío, como ya le había comentado, y me temo que no encontré rastro de ninguno de los venenos más comunes. Hice pruebas para detectar mercurio, arsénico, cianuro… los más usados actualmente. Puedo buscar sustancias más exóticas si lo cree necesario. Y también me falta analizar las muestras de sangre.

—¿Así que hasta ahora te inclinarías a pensar que Wood murió de causas naturales?

—Sí, inspector.

—Buen trabajo. Avísanos de inmediato si encuentras algo.

—Claro, señor.

Cuando estuvimos de nuevo en la desordenada oficina me dejé caer en la durísima silla de madera y dejé salir el bostezo más profundo de la historia.

—Hay algo que no encaja —espetó McGray, dando vueltas por el cuarto cual león enjaulado—, algo que estamos pasando por alto.

—Eres el señor de la obviedad, McGray —le dije, sin ocultar mi somnolencia, pero McGray estaba demasiado ofuscado para notar mi sarcasmo:

—Caroli tiene que haber muerto a manos de quienquiera que mató a Fontín, *eso* sí que es obvio. Todo coincide: la marca, el charco de

sangre…

—Todo excepto una cosa —intervine—. La mano quemada. No encontramos restos calcinados de Fontaine en aquella escena.

—¿Aún tienes las fotografías?

—Por supuesto —abrí un cajón y se las entregué—. Aquí están, pero no creo que un trozo de carne requemada se nos hubiese…

—A menos que lo quemaran —interrumpió McGray, aunque sólo había visto las dos primeras imágenes. Me mostró una de ellas y de inmediato comprendí:

—La chimenea.

—Ei. Acuérdate del reporte de Reed: a Fontín no sólo le faltaba un buen tramo de intestinos, sino también el corazón y el hígado —McGray corrió a un librero y sacó un tomo desgastado. En segundos encontró la página y las líneas que buscaba—. Todo coincide ahora: asesina a la víctima, después dibuja el símbolo para invocar al demonio y quema una ofrenda para hacerlo feliz —pasó sus dedos sobre las líneas mientras recitaba los puntos más importantes—. Cualquier extremidad u órgano de la víctima basta, pero las ofrendas más preciadas son el corazón, el hígado y los ojos.

—Muy bien —concedí—, pero eso no nos acerca más al asesino.

—Tal vez no, pero confirma que el asesino necesitaba los intestinos y el violín por igual. El cuerpo de Caroli *tiene* que haber sido profanado como el de Fontín, pero el asesino no debió tener tiempo de hacer todo el ritual en medio de la calle: simplemente mató a Caroli, quemó la ofrenda a toda prisa (tal vez fue más rápido cortar una mano que extraer un órgano) y después se llevó el cuerpo a algún escondite para trabajar los intestinos con calma.

—¿Pero a dónde? Buscamos por todo el vecindario.

McGray mostró el dejo de una sonrisa:

—No es difícil de suponer, pero eso déjamelo a mí, Frey. Lo que realmente me intriga ahora es por qué el desgraciado decidió asesinar a alguien más. Ya tenía los intestinos de Fontín… ¿Cuántos asesinatos más puede tener en mente?

—No tiene por qué haber un número —gruñí—. Puede que planee asesinar una y otra… y otra vez… —me masajeé las sienes con frustración—. ¡Dios, como si no tuviésemos ya suficientes problemas!

—Mejor no te quejes. Las cosas *siempre* se pueden poner peor. Al menos tenemos algunas pistas que seguir. Le daré otro vistazo a la calle donde murió Caroli.

—Pérdida de tiempo, en mi opinión.

—Tal vez, pero puede que encuentre algo más bajo la luz del día.

—Si es que este resplandorcillo patético y lechoso que les llega a

Escocia se puede llamar luz…

—¡Mira quién habla! En estos tiempos el cielo de tu adorada Londres está más tiznado que después del Gran Incendio de 1666.

—Oh, como sea. En algo estoy de acuerdo: debemos seguir cuanto rastro ten… ten… ga… —volví a bostezar, abriendo la boca al máximo. Estaba tan cansado que los ojos me ardían.

—Tienes peor semblante que un periquillo australiano aventado a una pelea de gallos. Mejor acompáñame a casa y pídele a la pelada de tu sirvienta que nos prepare una buena comida. Y después necesito que descanses; quiero que vayas al baile de la zorra de Lady Copas, pero no servirá de nada si llegas con ese semblante de piltrafa.

Mi cansancio estaba volviéndose apatía, así que no me molesté en contradecir a McGray; simplemente lo seguí cuando mandó traer nuestros caballos.

Aunque ya había pasado lo peor de la tormenta, la llovizna persistía y nos molestó durante todo el camino a Moray Place. Vi que la lluvia descendía por las laderas de los jardines de Princes Street, formando riachuelos lodosos entre las frondas. Al fondo de aquel parque hundido corrían las vías del tren, y las bocas de enormes desagües recibían los borbotones de agua, evitando que la principal vía férrea de la ciudad se inundase.

Joan no nos esperaba tan temprano, pero rápidamente improvisó una comida sustanciosa: huevos fritos con rebanadas gruesas de tocino, pan fresco y café negro para mí; y para McGray, cerveza ligera. Me percaté (no sin algo de celos) de que Joan había reservado los trozos más jugosos de tocino para Nueve-Uñas.

Devoramos alegremente. Aún me sorprende cuánto pueden mejorar los ánimos con tan sólo una buena porción de comida.

—¡Oi, hay algo más que debemos hacer! —dijo McGray, con las comisuras de la boca llenas de migajas y yema de huevo—. Aún no le hemos dado la noticia a Mrs. Caroli —su rostro se ensombreció al instante—. Eso no va a ser agradable.

Muy decorosamente me limpié la boca con mi servilleta:

—Quisiera estar presente cuando lo hagas. Tampoco me agrada el prospecto, pero el honor me lo exige.

George pasaba por ahí cuando lo dije y soltó una risotada:

—¡Voy, un inglesito con honor! ¡Nunca pensé escuchar eso!

Tristemente, Joan también andaba cerca:

—*¡No le hables así a mi patrón, costal flácido de papas magulladas!*

McGray y yo intercambiamos miradas exhaustas y salimos del cuarto para no presenciar la batalla campal entre nuestros sirvientes.

Justo cuando McGray abría la puerta que daba al establo, Joan

vino corriendo, trayéndole un abrigo recién planchado.

—¡Mr. McGray, señor, póngase esto! ¡Está que hiela allá afuera!

No supe quién estaba más sorprendido, McGray o yo.

*

No tardamos mucho en llegar a Hill Street para ver a Mrs. Caroli, y en cuanto una de las sirvientas nos abrió la puerta, escuchamos el llanto penetrante del recién nacido.

—¿Cómo les va? —preguntó McGray mientras la sirvienta nos guiaba a las escaleras—. A la madre y al bebé.

—Nuestra señora está bien… bueno, tan bien como puede esperarse después de todo lo que ha pasado. Pero el pobre niño tiene fiebre. El doctor vino y nos dijo que lo mantuviéramos fresco… y eso es todo lo que podemos hacer.

—Entonces fue un varoncillo —dijo McGray.

—Sí, señor, fue niño… Tal como nuestro patrón quería.

Antes de subir por las escaleras le di un vistazo al salón principal, donde la más joven de las sirvientas, la muchacha que me había dado la noticia de Caroli la noche anterior, ya empezaba a quitar las flores del funeral. Los pétalos medio marchitos colgaban laxos de los tallos, como si anunciaran que la muerte realmente había llegado a aquella casa.

—Le dije que los bebés en esta familia nunca salen bien —me murmuró la jovencita sin interrumpir su labor.

Hice una mueca al entrar al cuarto de Mrs. Caroli, pues despedía el característico olor de enfermedad, y casi me estremezco al ver a la pobre mujer, que yacía en el lecho.

Su rostro era un espanto: su piel estaba pálida y seca como un pergamino, su cabello oscuro era una maraña, y sus ojos, enmarcados por sombras amoratadas, eran el epítome de la miseria. Era como si dar a luz la hubiese despojado de toda energía vital. Al vernos frunció el entrecejo con gran pesar; la pobre debía entender lo que significaba nuestra presencia.

McGray se arrodilló ante la cama y cuidadosamente tomó la mano de Mrs. Caroli. El contraste entre sus dedos rígidos y nudosos y la mano gruesa y poderosa de McGray no pudo haber sido mayor.

—Mrs. Caroli, espero que no esté padeciendo demasiado.

—Esto lo puedo soportar —le respondió con una voz mucho más firme de lo que su cuerpo habría sugerido posible—, pero hay algo que necesito saber. Le ruego… dígame dónde está mi marido.

—No le puedo mentir —con gran ternura, McGray abrió la mano de Mrs. Caroli y depositó el anillo de oro en su palma—. Durante la

madrugada encontramos la ma… Encontramos lo que sugiere, sin lugar a dudas… —tomó aire— que su esposo ha sido asesinado.

El silencio que siguió fue terrible. Debió durar sólo unos segundos, pero a todos nos parecieron dolorosas horas. Entonces, juntando ambos codos, Mrs. Caroli se cubrió el rostro con ambas manos, apretadas en furiosos puños, y empezó a estremecerse hasta que la cama misma se cimbró. De entre sus manos salió un lamento profundo y desolado, y pronto sus dedos estuvieron empapados de lágrimas.

—De verdad lo siento —fue todo lo que pude decir, pero todas las palabras sonaban huecas en aquel momento.

—Necesito hacerle unas preguntas —murmuró McGray, recargando una mano en el hombro de Mrs. Caroli—, pero sólo cuando usted crea estar lista.

La mujer no respondió, únicamente agitó la cabeza en asentimiento, y luego balbuceó algo que sonó a "déjenme sola".

McGray le dio una palmadita en el hombro y después nos marchamos, no sin antes decirles a las sirvientas dónde podían encontrarnos cuando Mrs. Caroli decidiera hablar.

Al montar a Philippa vi que el rostro de McGray estaba más perturbado que nunca.

—Siento que fuimos nosotros quienes les trajeron esta desgracia a los Caroli —declaró, con la mirada clavada en el piso. Su remordimiento era palpable.

—¿Porque les entregamos el violín? ¿Es lo que dices?

—Ei. Piénsalo, Frey: todos los que han poseído ese rascatripas están muertos. Quisiera encontrar el trinche instrumento y regalártelo sólo para ver qué pasa…

Le habría respondido diente por diente, pero lo vi tan abatido que sentí genuina pena por él.

—Vete a casa, dandi —me dijo—. Descansa y luego ve al baile de las arpías.

—¿Estás seguro de que no puedo ayudarte en algo más?

—Ei, se ve que estás exhausto; no has podido quitar tu cara de estar oliendo mierda en toda la mañana. Además, planeo traer a Madame Katerina y la ñora trabajará mejor si no estás cerca burlándote de cuanta cosa me diga.

Incliné la cabeza:

—En eso tienes razón. No puedo imaginarme un encuentro más dañino para el alma.

—Y de verdad necesito que interrogues a Lady Copas. La vieja fue la casera de Fontín y de Wood. No me gusta que esté tan conectada a este caso. Y de seguro hablará más si las preguntas las hace alguien

tan creído y petulante como ella.

Sin decir más, nos encaminamos en direcciones opuestas.

Una vez en Moray Place pensé que a Myles no le vendría mal algo de distracción, y pensando que nada malo podría ocurrir en una inofensiva reunión de sociedad, le envié una nota avisándole del baile. Me mandó su respuesta con el mismo mensajero, diciendo que estaba "sencillamente eufórico" ante el prospecto.

Le pedí a Joan que preparara mis mejores galas para la velada, y después pasé la mayor parte del día durmiendo. Me alegra que haya sido así, pues aquella noche resultaría bastante… sangrienta.

26

—¡Joan! ¡Joan!

—¿Sí, señor?

—*¿Qué demonios es esto?*

—Pos su traje café, señor. Lo planché esta tarde.

—¡Ya veo que es el traje café, mujer, pero te pedí que prepararas el negro! ¡El negro! ¡Voy a un baile muy formal y necesito el negro!

—Pos le iba a planchar el negro, pero no sé qué haya hecho en aquel funeral que dejó toda la ropa bien mugrosa. Lodo y cenizas hasta en los meros rincones. Y el pantalón olía tanto a perrera que lo tengo remojando en leche.

Hice una rabieta y hurgué desesperadamente en el guardarropa.

—No pierda el tiempo, señor —me dijo Joan—. Sólo me pidió que le empacara un traje negro. ¿Por qué no se pone el azul marino? Nadie se dará cuenta si es uno de esos bailes a la luz de las velas.

En Londres, un caballero jamás, y repito, *jamás* usaría azul marino en un baile formal, por lo que me horroricé al comprobar que Joan tenía razón: no tenía un solo atuendo para la ocasión, y con el tiempo encima no podía hacer nada al respecto.

—Sea por Dios. Dame el maldito azul marino —y no puedo expresar cuánto me dolió aquella decisión. Estaba a punto de violar una de las reglas más básicas de etiqueta.

Mientras me cambiaba tras el biombo, Joan siguió parloteando sobre cuánto aborrecía a George y a las "verduleras criticonas" que trabajaban en las casas aledañas.

—Mr. McGray regresó mientras usted dormía, señor —dijo en algún momento—. Pero sólo se quedó un rato; dijo que tenía que revisar algo en los… ¿cómo dijo? Los archivos del castrado.

—¿Querrás decir los archivos del catastro?

—¡Ese mero, señor! Ay, el pobre hombre tenía unos ojos de cansado que para qué le cuento, pero volvió a montarse en su caballo como si nada. Tardó en volver, pero cargado de un montón de rollazos de papel, y los ha estado revisando en su estudio desde entonces.

—Pareces estar muy interesada en los movimientos de ese Nueve-Uñas, Joan —le dije, pensando en cuán atentamente le había servido la comida y su franca carrera para entregarle su abrigo—. Tenía la impresión de que odiabas al hombre.

—Ay, señor, hasta usted se portaría mejor con él si supiera de sus desgracias.

—¿Desgracias?

—Sí. ¿No se ha preguntado cómo es que perdió el dedo o por qué nadie visita esta casa?

McGray había mencionado que sólo mantenía a Agnes porque nadie más deseaba trabajar para él, y también me había dicho que "Lady Copas" había esparcido calumnias sobre su familia, pero en ninguno de los casos había entrado en detalles.

—Pues… sí me lo he preguntado en algún momento, pero la intriga difícilmente me quita el sueño.

Los ojos de Joan se ensancharon ante el prospecto de divulgar el más jugoso cotilleo:

—Ay, señor, ¡es una historia espantosa!

Lancé un resignado suspiro:

—Creo que es demasiado tarde para contenerte. Muy bien, continúa, pero sé breve y pásame las mancuernillas y el pisacorbatas.

—Claro, señor. Pues verá, todo pasó hace cinco años, cuando los McGray estaban muy bien parados aquí en Edimburgo. Mr. McGray padre, en paz descanse, tenía muchas propiedades; granjas y ganado, y creo que también una destilería de whisky del bueno, cerca de…

—Era acaudalado, entiendo la idea general.

—Sí, señor. Bastante acaudalado. George se emocionó mucho contándome todas estas historias de su difunto patrón. El viejo Mr. McGray amasó su propia fortuna sin ayuda de nadie; empezó de lacayo en una taberna mal habida en Dundee, donde sea que quede aquel pueblo. Claro que a las gentes de sociedad no les caía bien, sin antepasados de abolengo y sin ínfulas de realeza. Esa bruja Ardglass a la que va a ver hoy fue quien más se dedicó a echarle tierra al buen nombre de los…

—Joan, me parece que estás divagando.

—Oh, sí, perdón. Pues bien, hace unos cinco años la familia fue a pasar el verano a una de sus casas cerca de Dundee. Les gustaban mucho los caballos y la vida rural, usted sabe. Todos los años pasaban una buena temporada en el campo, y se llevaban sólo a dos sirvientes: una cocinera, claro está, y a George para que les ayudara con la leña y todos esos trabajos pesados que una no…

—Joan, ¿puedes ir al grano? Y creo que también necesito una corbata azul marino.

—Aquí tiene, señor. Le decía que sólo se llevaron a dos sirvientes, y ése fue el último viaje de la familia. Todos tienen versiones diferentes de lo que pasó, pero George me advirtió que no creyera

ninguna…

—Vamos, Joan. Con ese tono parece que vas a recitarme un cuento de terror.

—¡Ay, señor, sí que es de terror! ¿Qué haría usted si alguien de su sangre perdiera el control y lo atacara? ¡Eso fue lo que le pasó al pobre de Mr. McGray!

Fruncí el ceño:

—¿A qué te refieres?

—Ay, señor, ojalá le pudiera contar esto con mejores palabras… ¡La hermana de Mr. McGray asesinó a su padre y a su madre!

Lo dijo tan abruptamente que me mordí la lengua.

—¡¿Que hizo qué?!

—Los mató a los dos. ¡Y de la manera más horrible! Ay, señor, apenas si lo puedo repetir: la muchacha atravesó a su madre con un atizador de la chimenea, y al padre lo apuñaló con un cuchillo de carnicero. Una sirvienta ya entrada en años estaba en la casa, pero le dijo a todo el mundo que no vio nada, que sólo escuchó a Miss McGray chillando como monstruo. Esa sirvienta corrió a avisarle a Mr. McGray, que estaba en el campo en ese momento… Y cuando regresó a la casa encontró a su hermana toda bañada en sangre, con el cuchillo todavía en las manos y completamente loca. Pobre, pobrecita muchacha.

—¿Y entonces?

Joan no consiguió decir más, asustada por su propio relato. Después de un momento me percaté de que yo mismo me había quedado estático, con las manos inmóviles, la corbata a medio anudar, y observando el reflejo de Joan en el espejo.

—¡Su propia hermana le cortó el dedo! —exclamé por fin.

Joan asintió y de inmediato me vinieron a la mente los ojos oscuros de Miss McGray. Qué razón había tenido entonces, pensando que aquéllos no eran los ojos de una muchachita ordinaria, pero jamás habría concebido que le pertenecieran a una homicida demente.

—Y supongo que ha estado en el manicomio desde entonces.

—Ay, sí, señor. La pobre Miss McGray nunca volvió a hablar. El último que la escuchó decir algo fue un tal doctor Clouston; la muchacha estaba gritando que la había poseído el demonio.

—¿Poseído?

—Sí. Ya sé que usted no cree en esas cosas, pero nadie ha podido dar otra explicación. Ni el doctor en la casa de orates sabe a ciencia cierta qué fue lo que pasó.

En eso Joan tenía razón, pensé, recordando mi breve plática con el doctor Clouston.

—¿George te ha dicho todo esto?

—Sí, señor, pero todo el mundo se sabe la historia. Pasaron meses y meses sin que se hablara de otra cosa en Edimburgo. Y la gente sigue contando la historia junto al fuego, así como se cuentan leyendas de brujas y fantasmas en los días lluviosos. Me sorprende que usted no supiera nada de esto, ¿qué no ha hablado con nadie desde que llegó?

—¡Joan, he estado endemoniadamente ocupado! Lo último que se me habría ocurrido es pedir que me contaran cuentos de espantos en la pescadería.

En eso llamaron a la puerta y Joan corrió a asomarse por la ventana.

—¡Es su hermano, señor!

Miré la hora mientras ajustaba la cadena del reloj a mi bolsillo:

—¡Por Dios, se suponía que el mocoso debía estar aquí hace veinte minutos!

Joan me pasó mi abrigo más grueso y bajé las escaleras a toda prisa, aunque mi mente seguía dándole vueltas al pasado tan turbulento de McGray.

La puerta de la biblioteca estaba entreabierta y capté una breve imagen de Nueve-Uñas, reclinado sobre la mesa de centro, donde había extendido un enorme plano. Estaba absorto en el documento, con la nariz casi tocando el papel amarillento, y pasando su mano de cuatro dedos sobre las intrincadas líneas.

De pronto toda su persona había cobrado sentido: sus arrugas prematuras, sus renegridas ojeras, su total desdén por su apariencia y la opinión de la gente a su alrededor. Y lo que era más importante: aquella mórbida historia explicaba su obsesión con el ocultismo y la superstición. Cada libro en aquella biblioteca, cada extraño artefacto en su colección, cada noche en vela investigando sobre brujería y fuegos fatuos y ritos satánicos… todo aquel esfuerzo desencadenado por una tragedia familiar. Recordé con cuánta ternura había tomado la mano de su hermana durante su visita al manicomio, y cuánto le había enfurecido encontrarme espiando.

¿Podía albergar aún la desesperada ilusión de encontrar alguna cura para su hermana? Después de cinco dolorosos años de contemplar el rostro vacío de la muchachita y de soportar las burlas de la ciudad entera, ¿cómo era que McGray podía seguir en pie? Sólo podía imaginarme cuándo debía amar a su hermana (y cuánto debía haber amado a sus padres) para dedicar su vida a una causa tan evidentemente perdida. Me es difícil admitirlo, pero en aquel momento sentí genuina lástima.

Iba a decirle que estaba a punto de salir, pero preferí no hacerlo. Es embarazoso cuando uno se entera de los secretos más íntimos de alguien más; después de eso uno ya no sabe cómo tratarlos.

El relato de Joan ciertamente me había dejado apesadumbrado, y al salir de la casa el clima me deprimió todavía más: el aire estaba helado y la lluvia se había convertido en persistente aguanieve que caía casi horizontal.

Afortunadamente no tuve que caminar más que unos pasos. Myles había contratado un carruaje que lo había traído del New Club y que ahora nos llevaría de Moray Place a la mansión de los Ardglass. Me alegró ver que mi hermano había hecho gala de buen gusto, eligiendo un cupé de generosas proporciones.

—¿Cómo es posible que seas tan impuntual? —espeté en cuanto subí al carruaje.

—¡Pero qué drástico! Son apenas unos minutos de retraso.

—¿Apenas unos minutos? Te tardaste tanto que Joan tuvo tiempo de contarme toda la vida y tribulaciones de Nueve-Uñas McGray.

Los ojos de Myles centellearon:

—Oh, ¿te ha dicho todo sobre la hermana demente?

—*¿Qué?* ¿Tú también lo sabes?

—Claro. He hablado con gente en el New Club. Mencioné tu trabajo y el nombre de McGray invariablemente salió a relucir.

—Apreciaría que no anduvieras divulgándole los detalles de mi profesión a cuanto extraño te encuentres por la calle.

Myles continuó parloteando, sin escucharme:

—Oh, Ian, esa historia de la hermana loca es asombrosa; ¡digna de una recopilación de Allan Poe! Un caballero del club me contó que incluso intentaron exorcizarla con el sacerdote, el agua bendita y todo el ritual. ¿Lo puedes creer?

De pronto me percaté de mi profunda mueca:

—¿Te divertiría tanto si se tratara de Oliver o de mí?

Myles cerró la boca y sus mejillas se enrojecieron tanto que su cabello rubio parecía más bien blanco en comparación.

—Cre… creí que odiabas al tal Nueve-Uñas.

—No es santo de mi devoción, pero uno no se burla de ciertas cosas.

Aún me sorprende que tales palabras hayan salido de mi boca. ¡Era precisamente yo, de entre todo el mundo, quien salía a defender la reputación de Nueve-Uñas McGray!

Myles suspiró como hace siempre que desea cambiar el tema:

—Ian, ¿te están haciendo la vida difícil en la policía? Te ves bastante… demacrado.

Sonreí con pesadez.

—Más vale que no te enteres; mejor hablemos de ti. ¿Qué has hecho estos últimos días?

—¡Dios, ha sido tan aburrido! Voy de ensayos en el teatro a mi cuarto a tocar el violín, y este clima es horroroso. ¿Quién diría que existe un lugar más gris y lluvioso que Londres?

—Es correcto, Myles. Eres la única persona en su sano juicio que viaja voluntariamente a Escocia en pleno noviembre.

—Aunque debo confesar que, hasta cierto punto, me agrada.

—¿Te agrada?

—Sí. Cada vez que veo el castillo todo envuelto en neblina me imagino que estoy en una de esas novelas góticas. Sólo falta escuchar el aullido de lobos o ver las sombras de un monje decapitado.

Tuve que sonreír ante las estupideces de mi hermano; su emoción y su franco asombro. Hace mucho que he perdido esas cualidades.

—Ahora que lo recuerdo —dijo Myles en un tono más sobrio—, sí que tengo noticias para ti. Me ha llegado un telegrama muy largo de mamá.

—¡No me digas! —contesté con mi mejor sarcasmo—. ¿Y qué maravillas te cuenta mi querida Catherine?

—Le preocupa mucho el estado de nuestro padre. Parece que le ha afectado bastante que no respondieras a su carta. Más de lo que quiere admitir.

—¡Por supuesto que no respondí! Me escribió un ensayo entero sobre lo reprobable que es mi conducta.

—Bueno, mamá dice que en verdad está sufriendo, y…

—¿Y te pidió que me convencieras de escribirle?

Myles inclinó la cabeza:

—Pues… no exactamente. Me pidió que te convenciera de *regresar* lo más pronto posible… y debo confesarte que no sería una mala idea.

Dejé salir una franca carcajada.

—¡Por Dios, esto es de antología! Myles, por favor no sigas, no me agradaría decirte a la cara lo que realmente pienso de tu madre.

Aquélla era la típica táctica de Catherine, tan manipuladora y maquiavélica como siempre. Era probable que ella misma hubiese apresurado el viaje de mi hermano: la mujer sabía que Myles era el único familiar al que yo tal vez escucharía, así que antes de mandarlo a Escocia le había lavado el cerebro para que me persuadiera de volver. Y si su plan tenía éxito, como de costumbre, Catherine sería una vez más la heroína ante los ojos de mi padre.

Myles recurrió a su voz más suplicante:

—Ian, sé que tú y papá no siempre son de la misma opinión, pero

siendo sincero, esta vez entiendo su preocupación. Yo mismo no comprendo por qué insistes en estar aquí, en un trabajo que te está carcomiendo. Mírate: cansado, mal rasurado ¡y yendo de azul marino a un baile formal! ¿Es que quieres demostrarle algo a nuestro padre?

—Myles, no seas ridículo.

—Entonces… ¿quieres vengarte de Laurence por todo lo que ha pasado?

—¡No, con un demonio!

—¿Entonces qué ocurre?

Sacudí la cabeza:

—Olvídalo. No creo que entiendas.

—¡¿Y cómo coños podría, si no me dices lo que te pasa?!

Myles nunca me había vociferado de aquella manera. Si se hubiese tratado de cualquier otra persona no me habría molestado en responder, pero sentí que a él le debía una explicación.

Tuve que meditarlo por un momento, pues ni yo mismo estaba seguro de mis motivos. Recordé aquel instante de indecisión, de pie sobre la borda del barco que habría de llevarme a Escocia, cuando había estado a punto de dar media vuelta y regresar a la seguridad de mi hogar y familia. Y sin embargo, algo me había impulsado hacia adelante, pero no había tenido tiempo de pensar el porqué.

La respuesta en realidad no era tan complicada:

—Primero intenté la facultad de derecho, donde lo único que hacía era leer actas del Parlamento buscando resquicios legales. Después fui a la facultad de medicina, donde descubrí que no tenía la disposición y el carácter necesarios… Y después incluso intenté quedarme en casa como Oliver, pero nada me satisfizo. En la policía al fin creí haber encontrado mi lugar: era un trabajo en el que me sentía útil, capaz, y algo que en verdad disfrutaba hacer. Al fin dejé de sentirme como un dandi frívolo paseándose por Gloucester Square; al fin estaba haciendo algo trascendente. Pero de pronto todo se complicó y mi nueva carrera se vino abajo como todos mis intentos anteriores. Me rehúso a volver a casa abatido. Me rehúso a dejar que pase de nuevo.

—¿Y te parece que es una lucha que valga la pena?

—¿Demostrarme a mí mismo que no soy un fracaso total? ¡Por supuesto que vale la pena!

27

No me había percatado de cuán ilustre era la familiar Ardglass hasta que vi su espléndida mansión en Dublin Street, una de las avenidas más suntuosas del Barrio Nuevo. La residencia estaba adyacente al parque de Queen Street, que era una larga franja de césped y robles en medio de la roca gris del lujoso vecindario. De hecho, Moray Place y Dublin Street se encontraban a extremos opuestos de aquel parque, y nos habría tomado apenas unos minutos llegar a pie, pero habría sido terriblemente impropio dejarnos ver en sociedad caminando por las calles lodosas como empleadillos de medio pelo.

No habíamos cruzado la mitad del parque cuando nos unimos a la fila de carruajes que se extendía hasta Duke Street. La lluvia acababa de amainar, dejando las calles fangosas y resbaladizas, así que los cocheros se volvían cautelosos.

Cuando finalmente llegamos a las puertas de la mansión de los Ardglass, nos topamos con una pequeña multitud de damas y caballeros, todos ataviados con elegantes pieles y sombreros. Era increíble que McGray viviera a tan sólo unos pasos de tan alta burguesía, aunque eso explicaba por qué su nombre era tan despreciado.

Al ascender por los escalones de granito que llevaban a la puerta, una voz familiar surgió de entre la gente:

—¡Inspector Frey!

Como en veces anteriores, no pude ver la cara de Downs hasta que el hombrecillo estuvo justo frente a mí. Tal como habíamos acordado, traía consigo el violín en su desgastado estuche.

—Buenas noches —le dije, y después le presenté a mi hermano—. Así que éste es el último violín; el que concluye el testamento de Fontaine.

—Así es, inspector, y créame que entregarlo me quitará un gran peso de encima. No es que sea adepto a la superstición, pero estos violines me parecen… algo macabros.

—¿Macabros? —repitió Myles aun antes de que Downs terminara de pronunciar la palabra—. Me suena a una historia que deberías contarme, hermano.

—No sucederá hoy, eso tenlo por seguro.

Avanzamos hacia las puertas y encontramos a Lewis Ardglass

dándoles la bienvenida a los invitados. Estaba besando la mano de una dama muy refinada, pero estuvo a punto de hacerla a un lado de un empujón en cuanto nos vio. Sus pupilas de inmediato cayeron sobre el violín, cual semillas rodando al fondo de un tazón.

—¡Oh, inspector Frey, qué bueno que pudo venir! ¿Es ésa la herencia de mi sobrina?

Al verlo más detenidamente noté que estaba pálido y algo desmejorado: las sienes le brillaban por el sudor, y sus patillas, usualmente pulcras, estaban todas erizadas. Su sonrisilla era extremadamente servil, y tuve que hacer un gran esfuerzo para hablarle con cortesía:

—Así es, este violín es para ella. Le presento a mi herma…

—¡Oh, su buen hermano! Ya nos habíamos conocido, en el New Club.

Alcé las cejas:

—Ya veo. ¿Así que fue Mr. Ardglass quien te contó sobre el exorcismo y el agua bendita y…?

—Uno de varios —declaró Myles.

—Pero pasen, por favor. Los alcanzo en un segundo; tan pronto como encuentre a mi señora tía. ¡Estará encantada de conocerlo al fin! —el hombre se veía tan emocionado que bien podría habernos llevado en brazos al centro del salón.

Un mayordomo muy estirado recibió nuestros abrigos y después nos mostró el camino a un formidable salón de baile. Al entrar miré al techo, engalanado con tres enormes candelabros en los que ardían incontables velas. El lugar ya estaba totalmente lleno, y las parejas bailaban girando grácilmente en un mar de seda y muselina. El calor humano se reía de la lluvia y el aguanieve, que no habían dejado de caer sobre Edimburgo en todo el día.

Al otro lado del salón, más allá de las parejas que pasaban frente a mí a toda velocidad, podía verse de cuando en cuando la animada orquesta.

—¿Buenos músicos? —le pregunté a Myles, pues su oído era el único al que le tenía confianza.

—Excelentes, para ser sincero. Hasta hacen que me den ganas de valsear… ¡Oh, mira, deberíamos comer algo primero!

Myles estaba a punto de abalanzarse sobre montañas de la más exquisita comida: castañas cristalizadas, volovanes rellenos de salmón y angulas, espárragos con salsa a la holandesa, huevos de codorniz en vinagre, helado con moras maceradas en oporto…

Discretamente lo sujeté del brazo:

—¡Espera al menos un condenado minuto! ¿Quieres que todos

crean que eres un vagabundo muerto de hambre?

A regañadientes, Myles se controló. Afortunadamente no tuvo demasiado tiempo para enfurruñarse, pues Ardglass nos alcanzó antes de lo que esperábamos.

Vi que lo seguían dos mujeres, una muy mayor y la otra de unos veinticinco años; claramente se trataba de "Lady Copas" y de su nieta, Caroline Ardglass. Así las presentó Ardglass y mis ojos fueron de una a la otra, sin saber en quién concentrarme primero.

Lady Anne Ardglass debía andar en los setenta, pero caminaba con la espina muy recta, los hombros hacia atrás y el mentón en alto, lo que le daba un semblante de incuestionable autoridad. Era delgada y bastante alta para una mujer, y llevaba un impresionante tocado de plumas blancas que incrementaban aún más su estatura. No obstante, su rostro reflejaba claramente el paso del tiempo, con unas mejillas arrugadas como la corteza de un árbol. Tenía unas ojeras abultadas y surcadas por venas; la indudable marca de la bebida, vicio que al parecer había comenzado en su juventud. Noté que caminaba meciéndose ligeramente de lado a lado, y supuse que ya había probado bastante ponche.

Caroline, por otro lado, tenía un rostro arrebatador: de quijada suave, nariz respingada y mentón fino, y una boca delicada de labios encarnados. Sus ojos eran muy oscuros y fulguraban con una mirada firme y astuta. Noté que estaba evaluándome, aunque no sabía (aún) para qué fin. Aunque sus modales eran elegantes y refinados, había un aire… más bien indómito en su persona.

—Nos complace conocerlo al fin, Mr. Frey —dijo lady Anne. Su voz era profunda y bien modulada, sin rastro de aquel endemoniado acento escocés—. Estoy segura de que disfrutará la velada.

—Gracias, lady Anne, aunque me temo que no es una visita enteramente social. Antes que nada, hemos venido a entregar la herencia de Miss Ardglass.

Miré a Downs, que al instante le entregó el estuche a la muchacha.

—Miss Ardglass, Monsieur Fontaine indicó que este instrumento en específico era para usted: un violín de Guadagnini. Data de 1754.

Miss Ardglass no parecía muy impresionada. Simplemente recibió el violín con una ligera reverencia.

—Ese violín tiene uno de los tonos más dulces que haya escuchado —dijo su tío, rebosante de envidia—. Tienes más suerte de lo que crees, Caroline.

—Es maravilloso saberlo, tío —dijo la muchacha pero sin emoción alguna, como si estuviese recitando de memoria algún sermón.

Lady Anne tuvo que intervenir:

—Dale las gracias al inspector Frey, Caroline. Se ha tomado la molestia de traerte esta herencia en persona.

Caroline me miró haciendo gala de la sonrisa más socarrona:

—Muchísimas gracias, inspector Frey. Estoy consciente de que entregar un violín debe haberle causado penurias que pocos mortales pueden soportar.

Sentí que la sangre me hervía ante su insolencia. Era una de esas muchachitas que se aprovechan de que uno no puede abofetearlas. Y mi hermano no se quedaría callado:

—Tiene usted razón, pero cualquier penuria es poco, cuando se sufre por una señorita tan… *educada y encantadora* como usted.

El pillo ha aprendido muy bien de su madre cómo enfatizar las palabras *justas*. Nos dejó a todos terriblemente incómodos, y fui yo quien tuvo que romper el silencio:

—Lady Anne, hay otra razón que me ha traído aquí. Debo hacerle ciertas preguntas, y tan pronto como sea posible.

—Oh, odiosos asuntos de negocios, seguramente. A los caballeros les encanta trabajar y trabajar hasta la tumba. Antes debería distraerse un poco; ande, baile una pieza con Caroline. Mi nieta estará encantada.

En respuesta, Caroline la fulminó con una mirada psicótica.

—El prospecto es encantador, lady Anne —dije—, y me apena sobremanera tener que declinar, pero como le he dicho, este asunto no puede esperar más —con el rabillo del ojo vi que Myles se relamía los labios ante los canapés—. Además, estoy seguro de que a mi hermano le fascinará bailar con su nieta.

Era imposible decir quién estaba más indignado: tanto Myles como Caroline me miraban con más furia que muchos de los asesinos trastornados que he tenido ocasión de interrogar.

Una vena se abultó en la sien de lady Anne:

—Pues bien, si así debe ser. Podemos hablar en mi estudio.

Le dirigió a su sobrino una mirada de pocos amigos, justo cuando Myles se alejaba con Miss Ardglass (ambos parecían estar susurrándose cosas horribles al oído). Seguí a lady Anne a través del salón, mientras la multitud se abría ante ella como si fuese la reina Victoria pavoneándose en el Castillo de Windsor. Escuché a una dama regordeta susurrándole a su hija:

—¡Pst! Recuerda decirle a tu hermano que la última moda en Londres es el azul marino.

En cuanto salimos al corredor lady Anne chasqueó los dedos y un mayordomo apareció con un quinqué. Nos llevó a una salita pequeña, cuya ventana daba a la calle principal.

Repleta de libros de contabilidad y pilas de cartas y documentos, nadie habría imaginado que se trataba de la salita de estar de una señora de sociedad. Una pieza de bordado a medio acabar y un florerillo de porcelana eran los únicos rastros de presencia femenina. Los muros debían ser muy gruesos, pues en cuanto el mayordomo cerró la puerta los ecos de la fiesta se apagaron por completo. Unas lámparas de aceite alumbraban el cuarto, proyectando sombras marcadas en el rostro de lady Anne, y la luz anaranjada se reflejaba en las enormes perlas de sus muchos collares, como miríadas de ojos arracimados alrededor de aquel cuello arrugado. Noté que los labios de la mujer estaban manchados de vino tinto, y de pronto sentí como si estuviese frente a una de las brujas de Macbeth.

—¿Qué desea preguntarme, Mr. Frey?

—Lady Anne, lamento tener que decirle esto: durante nuestras investigaciones sobre la muerte de Sylvain Fontaine, el nombre de usted ha sido mencionado… bastante más de lo que uno podría esperar.

La mujer me contempló con una ceja arqueada, pero no hubo mucho más movimiento en su rostro.

—Continúe —me pidió.

—El testamento de Mr. Fontaine, para empezar, indicaba que sus violines más valiosos debían distribuirse entre los estudiantes y colegas que él más apreciaba en vida. Su nieta, como usted ya sabe, se encontraba en la lista. Otro violín fue a manos de Theodore Wood, quien falleció hace unos días, y ese instrumento se ha perdido.

—¿Y qué papel tengo yo en todo eso? Le ruego me explique.

—Tanto Sylvain Fontaine como Theodore Wood vivían en propiedades de usted, madame.

Su ceja ahora parecía una U invertida:

—¿Y necesita información de mi parte? ¿Algo que yo sepa sobre sus personas o sus finanzas?

—Oh, no. El inspector McGray y yo ya hemos reunido suficiente información al respecto. En este momento me interesa saber más acerca de la participación de *usted*, madame. Su cercanía a esas dos muertes consecutivas es… voy a llamarla desconcertante.

Una vez más no vi un solo movimiento en sus facciones:

—Temo que no lo entiendo, inspector. Pareciera que usted intenta insinuar…

—No me gusta insinuar, por eso es que quiero que me explique la situación. Todo puede deberse a una desafortunada coincidencia; de ser el caso, sus respuestas deberían sugerirlo al instante.

—¡Pero claro que es una coincidencia! —se puso de pie y fue a una

de sus repisas, de donde extrajo un libro de cuentas—. Sylvain, si no mal recuerdo, se mudó a mi propiedad en 1865, en la primavera, para ser más exactos; me gusta mantener registros lo más detallados que sea posible —me extendió el libro, señalando el renglón relevante, y después volvió al librero—. Theodore, el pobrecillo, llegó a la ciudad en el ochenta y tres. Antes de eso se ganaba la vida tocando en una parroquia dejada de la mano de Dios, en Glasgow, hasta que el último de sus parientes falleció. Llegó a contarme que al verse sin familia ni amistades decidió probar suerte en Edimburgo. Mr. Fontaine fue el primero que lo escuchó tocar y lo invitó al conservatorio; también le sugirió que rentara un cuarto en alguna de mis propiedades. Esos músicos se mueven en un círculo muy estrecho, Mr. Frey; es consecuencia natural que tuviesen la misma casera… y el mismo abogado. ¡Fontaine incluso iba al mismo barbero que mi sobrino!

—Las residencias no son el único punto que me trajo aquí, lady Anne. También está el asunto de la ventana rota.

Lady Anne chasqueó la lengua, exasperada:

—¡Cielo santo, esa endemoniada ventana! ¡De haber sabido que me causaría tantos problemas, yo misma habría destrozado la puerta con mis propias manos!

—¿Le importaría darme más detalles?

Volvió a sentarse:

—Me llamaron pidiendo permiso para forzar la puerta. Como usted ya sabe, me negué y sugerí que alguien trepara a la ventana y rompiera el vidrio.

—¿Porque un simple vidrio es más barato que una puerta de roble?

—Soy una mujer de negocios, Mr. Frey, y manejo mis inversiones con el ojo más crítico. Mi familia no llegó a donde estamos derrochando capital. Estamos hablando de mi propiedad, y nadie más que yo tiene derecho a decidir sobre ella.

—Para serle honesto, madame, pedir su consentimiento fue una consideración que yo no habría mostrado. Habría tirado la puerta y dejado las explicaciones para después. ¿Se da cuenta de que su reacción bloqueó la labor de la policía, cuando cada segundo pudo haber sido vital para salvar la vida de Mr. Fontaine?

—Patrañas. Cuando entraron al cuarto, Fontaine había estado encerrado ahí por horas y horas. Es estúpido pensar que podría seguir vivo cuando el asunto llegó a mis oídos.

—¿Cómo puede estar tan segura? Incluso ahora, usted *no sabe* de qué murió el hombre —me acerqué un poco más a ella—… ¿o es que sí lo sabe?

—¡Pos claro que no! —exclamó de inmediato, sin poder ocultar un

toque de su dialecto escocés—. ¡Me ofende que insinúe la mera posibilidad! ¿Por qué habría de conspirar en contra de un caballero respetable que había sido mi fiel arrendatario por más de veinte años? ¿Y qué tiene que ver con la muerte de Theodore? Mi sobrino me dijo que el hombre murió de cólera.

—Una situación intrigante, sin lugar a dudas. En otras circunstancias aceptaría sus explicaciones y lo atribuiría todo a una mera coincidencia, pero hay una cuestión más.

—¿Una cuestión más?

—Ciertamente. Su sobrino insistió, de la manera más irritante, en conocerme e invitarme a este baile… al parecer obedeciendo órdenes de usted.

—¿Y eso instantáneamente me vuelve sospechosa de asesinato?

—Como le dije, madame, si se trata de una coincidencia, su respuesta lo sugerirá al instante. No tiene más que decirme la verdad.

—¡Me rehúso a responder siquiera tan ridículas acusaciones!

—Lady Anne, a menos que desee que la policía realice una investigación a fondo, que indudablemente dañaría mucho la reputación de una familia tan conocida y respetable como la suya, le sugiero que me explique por qué estaba usted tan empecinada en tenerme aquí esta noche. Si su respuesta me satisface, saldré de este cuarto y no volveremos a hablar del asunto.

Lady Anne sacudió la cabeza, con el ceño más fruncido que nunca. Podía ver la culpa en su expresión, la ansiedad… incluso un dejo de vergüenza. Las comisuras de mi boca querían ascender en una sonrisa victoriosa, pero me obligué a mantener un semblante neutral. La mujer estiró un brazo, abrió un cajón y extrajo una anforita plateada. Bebió un buen trago, llenando la habitación del olor del buen whisky, y finalmente habló:

—Es una verdadera lástima que me obligue a revelar esto, especialmente tan pronto. Y será en detrimento de todos… muy especialmente en detrimento suyo.

Fruncí el ceño también:

—Por favor, explíquese.

Dio un segundo trago, más largo que el primero:

—Desde que supe de su llegada a Edimburgo he tenido intenciones de presentarlo con mi nieta, ya que… la muchacha está en edad casadera.

Lancé un bufido y me llevé las manos a las sienes:

—¡Oh, por el amor de Dios!

—Como le dije, es una lástima que me obligue a decirle esto justo hoy. Soy una mujer sensata y no le habría mencionado el asunto sino

hasta que usted y mi Caroline se conocieran mejor.

No pude contener la risa mientras me ponía de pie:

—Lady Anne, ahora lo entiendo todo a la perfección. Queda usted libre de sospechas. Ahora, si me disculpa, debo retirarme.

—¡Mr. Frey! —insistió—. No descarte la posibilidad tan a la ligera. Caroline es un partido envidiable: bella, vivaz, bien letrada en idiomas y en música… y lo que es más importante, la muchacha heredará mis propiedades y mi título nobiliario. Habría muchísimas ventajas en esa unión: se fusionaría el título y la fortuna de los Ardglass con el refinamiento que ha distinguido a los Frey por generaciones. Ninguno de sus antepasados ha tenido un título nobiliario, mientras que mi difunto esposo venía de una de las dinastías más antiguas e ilustres de Gran Bretaña.

Abrí la puerta, casi sintiendo que la bilis se derramaba en mi interior:

—Lady Anne, le ruego, *le ruego* que no diga más. Podría contradecir todos y cada uno de sus argumentos, pero eso implicaría faltarle al respeto.

—Mr. Frey, no creo que…

Tuve que alzar la voz, pues de otra manera la mujer no habría capitulado:

—¡Lady Anne, una dama debe mantener su dignidad!

La mujer se quedó inmóvil, lanzándome una mirada homicida. De nuevo sentí que estaba frente a una vieja bruja, a punto de verla lanzar sapos a su caldero. Respiró profundamente y se aferró a su anforita.

—Siéntase como en su casa, Mr Frey —siseó al salir de la habitación—. Y espero que disfrute el resto de la velada.

*

El salón de baile era todo revuelo: la música y los bailes se habían detenido, y todos los asistentes se arracimaban alrededor de la pequeña orquesta.

Encontré a Downs al final de la multitud, parado de puntillas y estirando el cuello, en un intento desesperado de ver lo que ocurría al frente.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Algo muy emocionante: ¡un duelo de violines!

—¿Un duelo?

—Sí. Entre su buen hermano y Mr. Ardglass.

Sentí que mi quijada se caía hasta el piso.

—¿Y ahora en qué lío se ha metido el mocoso? —gruñí mientras

me abría paso entre la gente.

En efecto, encontré a Myles entre los músicos, sonriéndole a la multitud, y junto a él vi la figura regordeta de Lewis Ardglass. El hombre estaba escurriendo sudor mientras afinaba las cuerdas de su violín.

Tiré del brazo de Myles y le susurré al oído, sintiendo que mi cara hervía de rabia:

—¿Pero qué rayos te propones?

Me sonrió tan ampliamente que quise abofetearlo:

—Quiero cerrarle la boca. El vejete cree que sabe todo de música… el gordinflón arrogante e insoportable.

—*¡Pues tú eres diez veces más arrogante!* No voy a permitir que te exhibas en público como corista del Molino Rojo, ¿me has oído?

Ardglass se nos acercó:

—Temo que es demasiado tarde, inspector. Su hermano ha hecho demasiado alarde y nuestros invitados están expectantes.

Gruñí y bufé pero tuve que soltar a Myles.

—Que así sea. Si quieres hacer el ridículo no me interpondré —y así lo dejé junto a la orquesta, dirigiéndome derecho a la mesa de los vinos. Pensaba que aquella noche no podría empeorar, pero entonces se me acercó Caroline Ardglass:

—Mr. Frey, su hermano es increíblemente desagradable.

—Y eso que no ha conocido a mi hermano mayor —le dije con amargura, y después me permití un muy largo trago de vino tinto. El alcohol me avivó un poco, al menos lo suficiente para acordarme de mis modales—. Me apena que mi hermano se haya portado insolente.

—Los adolescentes como él me tienen sin cuidado, y hay algo más importante de lo que quiero hablarle. Le ruego me conteste con toda sinceridad.

Casi pude olfatear el peligro que se acercaba; no de muerte o laceración, sino de los confines mucho más aterradores y desconcertantes de la mente femenina. Mis modales, desafortunadamente, me impedían dejarla con la palabra en la boca.

—Dígame pues, Miss Ardglass.

—Mr. Frey, detesto tener que ponerlo en una posición tan delicada, pero… —inhaló profundamente— ¿mi abuela le ha hecho preguntas… inapropiadas?

Tomé aire, buscando una forma educada de decirle la verdad, pero la muchacha leyó mi expresión antes de que pudiera decirle palabra alguna.

—*¡Por Dios!* —chilló—. ¿Ya le ha ofrecido mi mano? ¡La vieja debe de estar absolutamente desesperada para ofrecerme a usted minutos

después de haberlo conocido! Mr. Frey, quiero dejarle algo muy en claro, y cuanto antes mejor.

—Miss…

—Mi abuela puede haberse vendido a un lord muerto de hambre, pero eso no quiere decir que seguiré sus mismos pasos. No voy a permitir que me subaste como si fuera una vaquilla en el mercado, ¿le queda claro?

—Miss…

—Suficiente tengo con escucharla hablar de linaje y genealogía como si se dedicara a criar mulas…

Su perorata se estaba volviendo terriblemente impertinente. Tuve que olvidarme de todo el decoro y colocar dos dedos sobre su antebrazo:

—Miss Ardglass, antes de que se deje llevar, permítame decirle que jamás, *jamás* tuve la más remota intención de aceptar su mano —muy tarde me percaté de lo horrible que aquello sonaba—. Ohhh… emmm, disculpe, no es que haya deseado… quiero decir, en otras circunstancias, pues, una dama tan educada como usted sería… —mis disculpas ahora corrían peligro de transformarse en una muy torpe declaración. Me aclaré la garganta—: Miss Ardglass, ésta no es una conversación que deba tener con alguien que conocí hace escasos veinte minutos. Le ruego me disculpe.

Hice una reverencia y me alejé a toda prisa, sintiendo pena por aquella jovencita y vergüenza por mi torpe discurso. Miss Ardglass parecía ser una muchacha vigorosa e inteligente, capaz de pelear sus propias batallas, y lo único que lady Anne podía estar logrando con su insistencia era ahuyentar a cualquier pretendiente serio.

Fui a sentarme a una mesa al otro lado del salón, la más lejos posible de la multitud, mientras esperaba a que el fuego en mi estómago amainara. No podía recordar una fiesta más fatídica que aquélla… y lo peor aún estaba por venir.

Lewis Ardglass había terminado de afinar su violín, y con una voz más estridente que locuaz anunció las reglas del duelo. Se tomarían turnos, cada uno intentando tocar una pieza más complicada que la de su oponente, hasta que alguno de los dos admitiera su derrota o el público decidiera que alguien era el ganador indiscutible.

—Damas y caballeros —dijo para concluir—, como buen anfitrión, dejaré que el joven que tuvo a bien retarme sea el primero en deleitarnos. Con ustedes, Mr. Myles Frey.

Hubo unos aplausos esporádicos mientras Myles recibía el instrumento. Cubrió la barbada del violín con mi pañuelo, el que le había dado en el teatro, y me sentí francamente halagado. Después de

cubrirse el cuello meticulosamente, Myles colocó el violín en posición, probó algunas notas y trinos e inhaló profundamente.

No había tocado más de dos compases cuando todos reconocimos el tema de *La Cacería*, del otoño de Vivaldi. Tuve que darle crédito: había elegido una pieza alegre y bien conocida para empezar. Pronto hubo damas meciéndose de lado a lado con el vaivén de la música. Ya cerca del final, el violín estalló en un pasaje frenético que sorprendió a la multitud, casi como si un zorro de verdad hubiese saltado entre sus pies. Siguió una gran ovación y me alegró ver que Caroline y su abuela estaban haciendo muecas.

Lewis tomó el violín y reflexionó por un momento. Después sonrió con malicia y presionó el instrumento contra su barbilla.

Desde el comienzo su arco atacó la cuerda de sol a toda velocidad. Era el movimiento oscuro y *prestissimo* del verano, también de Vivaldi, y Ardglass lo tocó aún más rápido de lo normal. No conforme, Ardglass también agregó trinos y adornos que no estaban en la composición original, y que hacían que la música en verdad sonase como una tormenta devastadora.

Al final, el rugiente aplauso fue de admiración más que de placer. Al elegir otra pieza de la misma composición, Lewis intentaba dejar en claro la superioridad de su técnica. Myles la tendría difícil, pero al menos su reacción no pudo ser más certera:

—No sabía que nos íbamos a confinar a las Cuatro Estaciones. Si no tiene objeción, voy a tocar algo más imaginativo.

Ardglass lo miró con desaire al entregarle el violín, y su resentimiento sólo empeoró con la sonrisa de mi hermano.

Aunque Myles comenzaba a prever su derrota, recibió el instrumento de buena gana. Su segunda pieza no fue tan veloz como el frenético Verano de Lewis, pero lo compensó con un ritmo perfecto y unas notas brillantes, tocando la pieza con una alegría y frescura sólo posibles en alguien de su edad. De cuando en cuando lo vi atisbando a la multitud, haciendo guiños y regocijándose junto con ellos, y entonces entendí su táctica: mientras Ardglass se concentraba en la técnica y el virtuosismo, Myles quería que su público se deleitara con las delicias de su música. Una jugada brillante, pues incluso si Ardglass ganaba el duelo, Myles se habría ganado los corazones de la gente.

Recordé haberlo escuchado tocar aquella pieza antes, y no en un día cualquiera. Ésa era la pieza que había interpretado en casa el mismo día en que me habían echado de la policía de Londres; aquel horroroso día en que me había topado con el primer ministro. Era el Capricho número veinticuatro de Paganini, la misma melodía, y sin

embargo sonaba… totalmente diferente. Tuve que escuchar con atención, ensimismado ante el talento y movimientos de mi hermano; tuve que transportarme a aquel día y evocar cada imagen, cada paso, cada palabra y cada aroma… Sólo entonces me quedó claro: el sonido en verdad era diferente, pues Myles estaba tocando un violín ajeno. La resonancia de estas cuerdas no era tan brillante: los ecos de las notas graves eran más resonantes y profundos, mientras que las notas altas sonaban atenuadas, casi siniestras.

—¿Puede ser que…?

No me percaté de que había hablado en voz alta hasta que Downs se me acercó:

—Disculpe, inspector. ¿Qué ha dicho?

Negué con la cabeza:

—Nada. Sólo pensaba…

Cuando Myles concluyó hubo un segundo de absorto silencio, y después un aplauso ensordecedor que resonó por todo el salón. No podía concebir una ovación más acalorada, y Ardglass debía estar pensando lo mismo, pues recibió el violín con manos titubeantes. Por un instante contempló el instrumento con confusión. Levantó la mirada lentamente, observando a Myles con absoluto desprecio. Todos nos percatamos de su expresión tan lóbrega, y el salón cayó en un silencio tenso, sepulcral.

Lewis levantó el violín y lo apretó contra su ya enrojecido cuello. El silencio era tal que cada golpecito, cada rozadura de sus dedos contra la madera del instrumento sonaba amplificada. Ardglass inhaló y exhaló ruidosamente, y después llevó el arco a las cuerdas con sumo cuidado, como si fuese un escalpelo a punto de cortar las carnes de un paciente.

Surgieron notas intensas, agudas y palpitantes, que me recordaron el sonido de una espada al ser afilada. Comenzaron suaves y lentas, pero Lewis gradualmente incrementó volumen y velocidad, como una risita escalofriante convirtiéndose en una carcajada cruel y penetrante.

Tocó unos pasajes extravagantes y después, torciendo sus dedos en ángulos anormales, tocó dos cuerdas al mismo tiempo, y dos temas diferentes resonaron simultáneamente. Aquello me dio escalofríos: una cuerda sonaba trémula, como la voz quebrada de un alma en pena, mientras que la segunda aportaba un acompañamiento grave y angustiado, que me trajo a la mente el horrible lamento de Mrs. Caroli. Juntas, las dos cuerdas producían ecos y armónicos impensables; de no estarlo viendo con mis propios ojos, habría jurado que se trataba de un cuarteto de cuerdas traído del inframundo.

La voz suave de una mujer mayor me llegó a la mente: “La música

era horrible… como puñaladas… El miedo mismo ha de sonar así…”

Lewis concluyó con un acorde estrepitoso, prácticamente aporreando las cuerdas. Los ecos tardaron un momento en desvanecerse y después no hubo aplausos, sino un silencio sombrío que no podía ser más elocuente. Estábamos boquiabiertos, como si hubiésemos presenciado un fugaz ataque de locura, que empezó y concluyó con aquella melodía endemoniada.

Recordé lo que McGray había leído en uno de sus libros: las cosas que la gente decía sobre Paganini y su apariencia “diabólica”.

Y entonces lo supe.

Me lancé hacia Ardglass, empujando y codeando a la gente. Myles me dijo después que me había escuchado bufar y jadear, aunque en aquel momento ni siquiera lo noté. Le arrebaté el violín tan bruscamente que una de las cuerdas le cortó un dedo.

—¡Óigame! ¡Estaba ganando!

—*¡Cállese!* —le grité. Levanté el violín y miré el interior a través de las efes.

Amati, 1629.

Precisamente lo que esperaba encontrar. De inmediato fijé mi atención en Ardglass. Su cara estaba al rojo vivo y en sus ojos brillaba la culpa.

—Lewis Ardglass —dije con firmeza, para que todos pudiesen escuchar—, queda usted bajo arresto por su participación en las muertes de Sylvain Fontaine y Raniero Caroli, y posiblemente también de Theodore Wood.

Un grito general resonó a través del salón, y la voz atronadora de lady Anne llegó desde la esquina más alejada:

—¡¿Qué atrocidad es esta?!

Ardglass no podía verse más miserable:

—N-no… ¡Puedo explicarle! ¡No es lo que parece!

—Vaya que lo explicará —le dije—. Y tendrá mucho tiempo durante los interrogatorios.

—¡No, no! —balbuceó, agazapándose y retrocediendo hasta que tropezó con los atriles de la orquesta. Era una escena patética.

—¡No me obligue a llevarlo a la fuerza! —advertí. No tenía ánimos para arrastrarlo como a un niño haciendo rabietas. Afortunadamente el hombre volvió a sus cabales y lenta, pero muy lentamente, se dirigió a la salida. Lo seguí de cerca, pues estoy acostumbrado a las sorpresas que suelen suceder durante los arrestos, y Ardglass seguía repitiendo con frenesí que podía explicármelo todo. Cuando llegamos al vestíbulo fue casi irreal que los mayordomos viniesen a ayudarnos con nuestros abrigos. Uno de los sirvientes palmeó el hombro de su

patrón y Lewis no pudo contener sus lágrimas.

Cuando al fin salimos a la calle, vi que Dublin Street estaba inusualmente bulliciosa a pesar de la hora. Mientras aguardábamos el carruaje, le di un vistazo al violín, aún en mis manos. El instrumento tenía la usual voluta en forma de caracol en vez de la muy característica cabeza de león. Mirándolo de cerca, la unión de la nueva voluta era obvia.

—¿Qué hizo con la cabeza de león? —le pregunté—. ¿Acaso creyó que nadie se daría cuenta?

—¡Lo encontré en mi oficina, inspector! —gimoteó—. ¡Se lo juro por Dios!

Tuve que reírme:

—¡Pero qué conveniente! Discúlpeme si no le creo… especialmente sabiendo que usted estaba en casa de los Caroli cuando el violín desapareció.

Ardglass se aferró a mi hombro:

—Quiero hablar con Mr. McGray. ¡Él me creerá!

—¿En verdad? Dudo mucho que McGray esté deseoso de interceder por usted.

—Oh, estoy seguro de que me creerá. ¡Él ha visto estas cosas!

—¿Cosas? ¿De qué habla?

Entonces Ardglass se estremeció de pies a cabeza, apretándose el estómago con ambas manos. Su cara se veía incluso más roja que antes, y al principio pensé que la angustia le había revuelto el estómago.

—Hablo del demonio…

Fue como si las palabras lo desgarraran. El rostro de Lewis perdió todo color y entonces, estallando como una presa, vomitó el chorro más repugnante de vino y canapés a medio digerir. Cayó de bruces sobre el pavimento, manos y rodillas aterrizando sobre el charco de vómito, y entonces gritó con la boca aún chorreante:

—*¡El diablo vino a mí! ¡Me dio el violín! ¡Me habló!*

Me incliné hacia él:

—Ardglass, no hable más. Lo llevaremos con el doctor.

Pero Ardglass no parecía escuchar; sus ojos enloquecidos centelleaban en todas direcciones mientras escupía y balbuceaba sin sentido. Me volví por un instante, buscando a alguien que me ayudara a levantarlo, pero aquel segundo fue suficiente para que Lewis se pusiera de pie y saltara hacia la avenida.

El hombre era una imagen pavorosa: aullando como demente, sus brazos agitándose sin control y sus pies resbalándose sobre el lodo.

Justo cuando me lancé en pos de él, Ardglass saltó delante de un

carretón colmado de barriles. Los dos caballos que lo jalaban soltaron relinchos ensordecedores, y el conductor rugió al tirar de las riendas, pero el camino estaba embarrado de lodo y no pudieron detenerse. En segundos las dos bestias arrollaron a Lewis, y estando tan cerca vi claramente cómo sus pezuñas pisoteaban el torso y el pecho del hombre, y después una de las ruedas pasó sobre sus piernas. El pobre ni siquiera tuvo tiempo de gritar.

En cuanto el carretón se detuvo corrí hacia Ardglass, sin percatarme de la multitud que de inmediato se arracimó a nuestro alrededor. Tuve que arrastrarme por entre las ruedas, donde el cuerpo yacía en una posición perturbadora, sólo para confirmar lo que ya todos sabíamos.

Lewis Ardglass había muerto.

¡Quiero desgarrarme el corazón! ¡Sacarme estos ojos!
¡Todo se ha arruinado! ¡Mi plan tan perfecto se derrumba!
¡Maldita sea mi suerte! ¡Maldita mi existencia!

No. Estos pensamientos son veneno. ¡Veneno! *Mi mente que se envenena sola…*

No debo desesperar, no debo. Debo actuar pronto. ¡Aún puedo arreglarlo si actúo pronto!

28

McGray irrumpió en la sala de interrogatorios con la brusquedad de costumbre. Se quitó el abrigo y se revolvió el cabello vigorosamente, salpicándome la cara de lluvia.

—¿Y'ora a quién destriparon?

Saqué mi pañuelo y me limpié el rostro cuidadosamente en vez de contestarle.

—¡Oi, con un demonio, Frey! ¡La primera trinche vez que quiero que hables!

—Lewis Ardglass.

—¡Chinga'o!

McGray miró al conductor del carretón, a quien habíamos detenido. El muchacho no debía tener más de veinte años y estaba tan sucio que la mugre se le descarapelaba de la piel. El sudor le corría por las sienes, y al igual que Ardglass en sus últimos minutos, parecía estar a punto de orinarse por la tensión.

—¿Este gusanillo tembeleque lo mató? —preguntó McGray, arqueando una ceja.

Le conté brevemente lo que había ocurrido, incluyendo el ataque de locura en que Ardglass había mencionado al demonio, y le mostré el violín Amati, que estaba sobre la mesa polvorienta de la sala.

—¡Le digo que no fue mi culpa, ñor! —el muchacho gimoteó entre su lloriqueo—. ¡El tipo se aventó a la calle frente a mí! ¡Usté estuvo ahí! ¡Usté lo vio!

—Dijiste que Ardglass parecía enloquecido… —murmuró McGray, con los ojos fijos en el violín.

—Así es, y como este hombre dice, vi a Ardglass corriendo por la avenida fuera de sí. Sin embargo, acabo de descubrir que este chofer tiene unas amistades… interesantes.

—¿Amistades?

—Ciertamente. Al parecer trabaja ni más ni menos que para…

Alguien azotó la puerta y lo primero que vimos entrar fueron los enormes y protuberantes pechos de Madame Katerina.

—¿Dónde carajos está mi chico? —rugió, con sus pestañas falsas enmarcando una mirada furibunda.

—¡Su "chico" —espeté— acaba de atropellar al principal sospechoso de nuestro caso!

McNair llegó jadeante detrás de la gitana:

—¡Perdón, inspectores! La quise detener pero la señora no…

—'Tá bien —le dijo McGray—, la dama tiene que hacer algunas preguntas —me lanzó una mirada severa—. Me refiero a ti, Frey.

Señalé al conductor, cuyas lágrimas no podían distinguirse entre sus costras de mugre: —Dado que Mr.…

—McCloud —informó Katerina.

—Dado que Mr. McCloud es incapaz de hilvanar dos palabras congruentes, debo pedirle que sea *usted* quien conteste mis preguntas.

—Pues pregunte —me dijo a manera de reto.

—¿Qué hacía este hombre en Dublin Street a estas horas? No podía tratarse de un encargo de negocios, ¿o sí?

—¡Pues claro que sí! Iba en camino al puerto de Leith para entregar unos barriles que tenían que salir esta noche, pero ahora, gracias a usted, mis clientes en Dunbar se van a quedar sin su chupe y voy a perder hasta…

—*¡Su negocio me importa un jodido garbanzo!* —vociferé.

McGray tuvo que plantarse entre nosotros, pues las uñas anormalmente largas de Katerina estaban acercándose demasiado a mi rostro.

—'Tá bien, ya te ha dicho suficiente. McNair, escolta a estos dos al corredor. Tengo que hablar con Frey a solas.

McNair así lo hizo. Katerina no me perdió de vista, llena de encono, pero justo cuando cruzaba el marco de la puerta algo cambió en su mirada. Jadeó y se detuvo, y entonces se tambaleó como si la hubiese invadido una repentina náusea. McNair iba a ayudarla pero Katerina se rehusó; caminó hacia mí lentamente, ondeando sus manos como garras que tentaban el aire. Un fulgor inexplicable en su mirada me hizo imposible apartar la vista.

—Dios mío… *Dios mío*… —jadeó como si las palabras le produjeran un dolor físico—. ¡Estás a punto de perder a tu ser más querido!

Todos la observamos con desconcierto. Hubo unos instantes de silencio alarmante… y después…

—*¡Oh, saquen a esta verdulera de aquí!* —grité.

En cuanto se cerró la puerta, McGray se sentó sobre la mesa para examinar el violín: —¿Así que sospechas de Madame Katerina? Pensaba que eras un poco más listo.

—Es demasiada coincidencia, y recuerdo que le diste demasiada información confidencial cuando estuve presente. Dios sabe qué más le revelaste hoy mientras te ayudaba a hacer el ridículo por todo el Barrio Nuevo.

Nueve-Uñas rechinó los dientes:

—Ya sé que crees que soy un imbécil, y puedo vivir con la angustia, pero no voy a dejar que enlodes a la gente en quien más confío.

—*¿En quien más confías? ¿Esa vaquilla charlatana?* —mi voz salió como un chillido muy agudo. McGray dio un violento paso al frente, dispuesto a matarme a golpes, pero logró contenerse con una inhalación profunda: —Esa vaquilla, como tú la llamas, fue de gran ayuda esta tarde. Ven, te cuento en mi biblioteca. Tengo que enseñarte lo que encontramos.

Justo antes de que saliéramos de la Alcaldía, Madame Katerina se acercó a McGray y le entregó una bolsa de cuero, diciéndole que "casi se le olvidaba" devolverla.

—¿Qué hay ahí? —pregunté, y McGray lució ligeramente apenado.

—Emmm… la mano de Caroli. Olvidé que se la tenía que regresar a Reed.

—Pues hazlo ya. No es algo que deberías llevarte a casa.

—¿Reed sigue aquí? ¿A esta hora?

—Sí. Le pedí que practicara la autopsia de Lewis Ardglass. Debe estar ocupándose de eso en este momento.

Encontramos a Reed en la antesala de la morgue, archivando algunos documentos. Nos miró con ojos somnolientos: —¡Inspectores!

McGray arrojó la mano sobre el escritorio:

—Ahí tienes, Reed. ¿Puedes guardarla con el resto de Caroli?

Lo miré con sorpresa:

—¿Qué? ¿Encontraste el cuerpo?

—Ei, mientras dormías la siesta y preparabas tus crinolinas y tus tiaras. Te lo cuento todo en casa.

Reed volvió y me percaté de cuán limpio estaba su delantal.

—¿Aún no comienzas la autopsia? —le pregunté.

El joven doctor se encorvó de vergüenza:

—N-no… no, señor. Temo que me obligaron a… entregar el cadáver.

McGray me contuvo y habló antes de que un torrente de injurias saliera de mi boca: —¿Qué pasó, Reed?

—Fue el superintendente Campbell. Vino hace menos de diez minutos y me ordenó que entregara el cadáver. Los encargados de una funeraria se lo llevaron de inmediato.

—¡Con un demonio! —exclamé.

—Campbell vino con una señora muy mayor. Puede que aún esté en su oficina con ella; Campbell le estaba ofreciendo una taza de té para calmarle los nervios.

*

Al instante McGray y yo corrimos a la oficina de Campbell, donde, en efecto, lo encontramos sirviéndole un whisky doble a lady Anne.

—*¿Cómo se atreven?* —gritó Campbell en cuanto McGray azotó la puerta.

—Señor —intervine—, debo insistir, y de la manera más enérgica, en que…

—¿Insistir en qué, Frey? —gritó de nuevo—. ¿En realizar la autopsia de un hombre cuya muerte accidental tú mismo presenciaste?

Lady Anne se cubrió la cara con un pañuelo y fingió estallar en llanto (aunque jamás he visto ojos más secos que aquéllos).

—¡Por Dios, no quiero que tasajeen a mi pobre Lewis! —gimoteó —. ¡No hay necesidad, *no hay ninguna necesidad*! Toda la calle vio lo que pasó. Mr. Campbell, estos sujetos están fuera de sus cabales. ¡No sé qué quieran de mí; pareciera que se regocijan en mi desgracia!

McGray se aproximó a Campbell:

—Mr. Ardglass es nuestro principal sospechoso, señor, y que esta vieja bruja quiera impedir la autopsia se ve condenadamente sospechoso.

Lady Anne gruñó:

—Oh, usted quisiera que así fuera, ¿verdad? —se levantó, pasándose el whisky de un solo trago—. ¡Le encantaría ver a mi familia en la ruina! ¡Pues ya casi lo logra! Sólo quedamos mi nieta y yo, pero le ruego a Dios que mis herederos vivan para ver el entierro del último de los zarrapastrosos McGray.

—Lady Anne —le dijo Campbell con suavidad—, le ruego que no se exalte…

—¿Cómo no voy a exaltarme si la justicia está en manos de cerdos como éstos?

Los ojos de McGray se llenaron de odio, pero no movió un solo músculo. Esperaba verlo estallar, volcar muebles y lanzar a lady Anne por la ventana. En vez de ello, susurró sombríamente desde la boca de su estómago: —No importa lo que haga, maldita bruja. Sabe que siempre encuentro una manera.

Dio media vuelta y salió de la oficina. Lo único que pude hacer fue seguirlo.

—El comisionado Monro sabrá de esta negligencia —le dije a Campbell antes de marcharme.

—¿Es eso una amenaza, Frey?

—No. Es una mera declaración.

Al cerrarse la puerta capté la imagen de lady Anne, que me sonreía con sorna.

*

—¡Mierda! —grité en cuanto puse un pie en la biblioteca de McGray —. ¡Mierda-mierda-mierda!

—Al fin hablas como la gente.

—¿Cuál es el problema con esa mujer? Sus familias parecen los Montesco contra los Capuleto. Muchísimo más vulgares, claro está.

—No te preocupes por ella. Tenemos bastantes cosas más importantes que hacer. Antes que nada, tengo que contarte lo que encontré con Madame Katerina.

McGray tomó un enorme plano y lo desenrolló sobre la mesa. Tucker quiso olisquear el antiquísimo papel, pero McGray lo hizo a un lado.

—Ahora no, Tucker, ve con George —chasqueó los dedos y el perro se fue al instante.

—Planos del sistema de desagüe —dije, observando los intrincados trazos—. ¿Significa lo que creo que significa?

—Sí: arrastraron el cuerpo de Caroli a los drenajes.

—Dios, no es algo que queramos decirle a su pobre viuda… ¿Cómo llegaste a esa conclusión? ¿Tu gitana de amplio escote?

—Ei. Tuvo una visión al sostener la mano de Caroli. El tipo fue asesinado aquí —McGray señaló una de las calles del Barrio Nuevo—, donde encontramos su mano. Quienquiera que haya matado a Caroli eligió la ubicación con cuidado: es un punto solitario entre la casa de Raniero y la de su doctor.

—¿Así que el asesino debía saber a dónde se dirigía Caroli?

—Ei.

—¿Pero cómo es posible? Los únicos que sabían que Mrs. Caroli estaba dando a luz eran los presentes en el funeral, y no dejamos salir a nadie.

—Ardglass estaba ahí, y el gordinflón jamás habría podido escalar por una chimenea.

—¿Sugieres que tuvo un cómplice?

—Ei.

—Me alegra que lo digas. Ardglass juró que le creerías su cuento sobre el demonio.

—Neh, hay cosas que ni yo me trago. Alguien irrumpió en la casa de Fontín por él; ese alguien se robó el violín, escuchó todo y siguió a Caroli por la calle… y entonces… —McGray señaló una marca en el plano—. El bastardín hizo el trabajo sucio y después escondió el cuerpo. Eso también me dice que conocía muy bien el vecindario: hay una boca de alcantarilla en este punto, a menos de veinte metros de la escena del crimen, y de tamaño suficiente para que pasara el cuerpo

de un adulto esbelto, como Caroli… quizá tú también cabrías, pero yo definitivamente no.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—¡Porque lo intenté! Katerina me dijo que definitivamente había algo allí. Tuvimos que llamar a McNair, que es puro hueso y pellejo. Él logró descender y…

—Espera-espera-espera. ¿Esa tal Katerina en verdad te dio la ubicación exacta del cadáver?

—Ei.

—Nuevamente, ¿con tan sólo tocar la mano de Caroli?

—Ei, a eso se dedica. Que no te sorprenda.

Bufé con indignación:

—Y después su criado atropella a Ardglass, y entonces tú… Dios, mejor lidiamos con las mañas de esa gitana después. Continúa; McNair encontró el cuerpo de Caroli, ¿y qué más pasó?

—Quería que McNair inspeccionara la cloaca más a fondo, pero el pobrecillo casi guacarea su cena a los dos minutos de vadear entre las cagarrutas de media ciudad.

—Dudo que hubiese encontrado mucho más. La corriente del drenaje habría arrastrado cualquier evidencia.

—Ei, pero no estaba buscando evidencia, sino una ruta de escape. Sólo un puñado de tuberías son lo suficientemente grandes para que pase una persona. Si los seguimos, podremos saber a dónde se dirigió el desgraciado. No quise que McNair se paseara por entre las cloacas (es algo que no deseo ni para ti), así que pensé en consultar los planos de la ciudad.

—De los archivos del catastro, debo suponer.

—Ei.

—Tenía la impresión de que se necesita una orden oficial para sacar documentos de esos archivos. ¿Cómo lograste conseguir un permiso en tan poco tiempo?

—Ya deberías saber lo persuasivo que puedo ser.

Suspiré:

—Tristemente lo sé. ¿Al menos has encontrado algo?

—Neh, estos planos son una basura. Los drenajes del Barrio Nuevo son todos ordenaditos y pulcros, pero el resto de la ciudad es un condenado laberinto de mierda… literalmente. Y la peor parte es el Barrio Viejo. Podríamos pasar meses buscando ahí sin llegar a ningún sitio.

En efecto, los planos de las tuberías del norte de Edimburgo eran una cuadrícula casi perfecta de canales y subcanales, que se ramificaban y deformaban gradualmente hasta convertirse en un caos

de líneas punteadas en el centro y el sur de la ciudad. Aparentemente, el drenaje del Barrio Viejo hacía uso de cavernas naturales y ríos subterráneos, que descargaban sus aguas en el Mar del Norte.

—¿Los escoceses no tienen planos confiables de su ciudad capital? —arqueé las cejas—. ¡Pero qué sorpresa!

—Oh, cómo jodes. Y de nuevo, esto no nos lleva a ningún lado.

—*¡Qué brillante deducción!* —me dejé caer sobre el sillón, masajeándome las sienes una vez más.

—Por otro lado —dijo McGray—, al menos después de que se han apilado todos estos muertos, veo que empieza a emerger un patrón.

Alcé la mirada:

—¿Un patrón?

—Sylvain murió, luego Wood, luego Raniero, luego Lewis… ¡Jesús, suena peor cuando uno los enumera!

—¿Tu punto es…?

—A Fontín y a Caroli les cortaron los intestinos… mientras que Wood murió de alguna enfermedad, posiblemente cólera, y después Lewis tuvo ese terrible accidente.

—Exacto. Esas dos muertes no concuerdan con las de Caroli y Fontaine.

—Tal vez no, pero tal vez… estén conectadas entre sí.

Entorné los ojos, intentando comprender:

—Explícate, por favor.

Theodore murió después de un ataque de vómito, y Ardglass…

—¡Estaba vomitando justo antes de que lo arrollaran! —completé.

—Ei. Creo que debe haber algo en común entre esos dos cadáveres; algo que tal vez vimos en Theodore, pero que por sí mismo nos pareció inocuo.

Asentí:

—Nueve-Uñas, estoy asombrado… Tanto por tu repentina muestra de sensatez y deducción… como por el hecho de que sepas el significado de la palabra “inocuo”.

—¡Oi, vete a la mierda!

—Y si tu razonamiento es correcto… ¡realmente necesitamos ver aquel cadáver! Tengo que enviarle un telegrama a Monro. Puede expedirnos una orden para recuperar el cuerpo y hacer la autopsia.

—Ei, puedes intentar eso, pero sé lo desgraciada que es esa Lady Copas; moverá cuanta influencia tenga para entorpecer las cosas. Para cuando tengamos acceso al cuerpo, Ardglass ya será comida de gusanos. Y también sé que Campbell siempre se vende al mejor postor.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

McGray sonrió irónicamente:

—¡Porque yo mismo lo soborné! La única razón por la que me permitió abrir esta subdivisión es porque le retaqué los bolsillos de libras.

Volví a suspirar, con más exasperación que nunca:

—¿Puedes pensar en alguna otra opción?

McGray arqueó una ceja:

—¡Claro que puedo! Vamos, Frey, fuiste a una facultad de medicina. ¡No me digas que nunca recurriste a los servicios de un asaltatumbas!

29

La muerte de Lewis Ardglass fue comentada a lo largo y ancho de Edimburgo, pero en esta ocasión la vanidad de lady Anne actuó a nuestro favor: la mujer se aseguró de que los detalles del funeral apareciesen en una sección muy prominente del diario *The Scotsman*. La columna alardeaba que Lewis Ardglass descansaría en el Cementerio de Old Calton, lugar reservado para "los ciudadanos más excepcionales de Escocia".

En la mañana del entierro, McGray llamó a Larry, el limpiachimeneas que nos había ayudado a examinar el estudio de Fontaine. El muchacho se haría pasar por limosnero (el pobre estaba tan flacucho y mugriento que no necesitaba disfraz) y así podría seguir el cortejo fúnebre de Ardglass. Larry hizo un trabajo excelente: no sólo nos indicó la posición exacta de la tumba, sino que el papel de mendigo le vino extremadamente bien, como lo atestiguaba el montón de monedas que los dolientes le habían dado.

Después de eso, McGray se encargó de organizarlo todo: contactó a un asaltatumbas a través de contactos de Madame Katerina (la mujer a veces me asusta), y luego le envió un mensaje a Reed, pidiéndole que nos acompañara para una cena ligera.

La temperatura descendió abruptamente durante la tarde, y al asomarme por la ventana me sorprendió ver la calle pintada de blanco.

—¡Está nevando!

—¡Aun mejor! —exclamó McGray, aunque sin apartar la vista del libro que había estado leyendo desde el almuerzo—. Ardglass estará mejor conservado.

Reed llegó puntual. El joven doctor estaba ataviado en un grueso abrigo, con la nariz y los pómulos enrojecidos por el frío. En suma, se veía mucho más infantil que de costumbre. Preguntó por qué lo habíamos llamado pero McGray no contestó de inmediato; antes que nada, dejó que el muchacho disfrutara de la sustanciosa cena preparada por Joan: consomé espeso, carnero que se deshacía en la boca, y grandes rodajas de pan con mantequilla. Todos necesitaríamos la energía extra durante la noche. McGray le ofreció una copa de su mejor whisky, y en cuanto Reed bebió la última gota, le dijimos lo que esperábamos de él. Jamás olvidaré la expresión del pobre, mirándonos

con ojos desorbitados:

—*¿Están locos?* ¡Eso es profanación! ¿Y además me piden que haga la autopsia en medio del cementerio?

McGray y yo guardamos silencio, ambos mostrando un dejo de culpa.

—¿Cómo pueden estar dispuestos a hacer algo así?

—Sabes mis razones —McGray respondió de inmediato, haciendo que Reed bajara la mirada. Pensé en Miss McGray y en su inexplicable locura; Reed debía conocer la historia, y debía saber que McGray haría cualquier cosa por ella, sin importar su mano mutilada o la muerte de sus padres. Empezaba a sentir compasión por su causa, pero Nueve-Uñas anuló cualquier solidaridad con sus siguientes palabras—: Aquí el buen Frey sólo actúa para vindicar su "ilustre" carrera.

—Agradece que mi situación me obliga a esto —le dije tras un resoplido—, porque no planeo estar tan desesperado por mucho más tiempo.

McGray sirvió un segundo whisky para Reed:

—Anda, Reed. Necesitamos tus habilidades y tu discreción. Además, cabe la posibilidad de que no haya nada anormal en el cadáver. En ese caso no hay necesidad de que nadie sepa de nuestra… pequeñísima intervención.

Reed tomó aire:

—¿Cuándo planean hacerlo?

McGray se aclaró la garganta:

—Esta noche.

—*¿Que-qué?*

—Así es, Reed —le dije con seriedad—. Debe hacerse lo antes posible. La autopsia de un cuerpo en descomposición no nos sirve de nada.

Reed meditó por un buen rato. Incluso hizo ademán de ponerse de pie para salir corriendo. Después, tras un gruñido de frustración, simplemente dijo:

—Sophie me va a matar; me había invitado a desayunar con sus padres mañana temprano…

*

La espera me pareció una eternidad, sobre todo porque Reed no dejaba de caminar en círculos cual reo aguardando la horca, y constantemente se asomaba por la ventana para ver si el asaltatumbas entraba por el patio trasero, como habíamos acordado.

Enviamos a Joan y a George a sus habitaciones, diciéndoles que, por su bien, era mejor que no supiesen lo que estaba a punto de

suceder. Algo me dijo que Joan no sería tan obediente, pero no podía más que advertirle del peligro.

Mientras aguardábamos, McGray volvió a su lectura, interrumpida sólo de vez en cuando para rascar las orejas de Tucker. Envidié el sueño despreocupado del golden retriever.

Al fin, apenas unos minutos después de las doce, Reed presionó la cara contra la ventana:

—¿Ése es su hombre? —antes de que pudiésemos decir algo, alguien llamó a la puerta—: Eso contesta mi pregunta.

Reed abrió la puerta y vimos al sujeto más sucio y desaliñado recargándose sobre el marco. Su cara curtida y huesuda estaba medio cubierta por una barba muy descuidada y por un sombrero de copa bastante apachurrado. Llevaba una gabardina llena de agujeros, tan descolorida que a su lado el abrigo de McGray habría parecido la mejor gala del Imperio Británico.

El tipo sonrió, alardeando sus dos dientes de oro:

—¡Ira nomás! ¡Es el Nueve-Uñas McGray! —exclamó. Su voz era rasposa, como la de alguien que nunca deja de beber; no pude decidir si estaba tomado o si simplemente aquélla era su manera de hablar—. A sus órdenes, patrones. Pueden decirme Billy.

Reed jadeó y en un pestañeo su rostro pasó de blanco a verde y a amarillo.

—¿Qué te suce…?

—¡Que un rayo me parta! ¡Es mi buen Reed! —Billy se lanzó para estrechar los hombros del estupefacto joven—. ¡Oi, írate nomás, ya todo un doitor! ¡Y codeándote con los inspectores de la policía!

McGray arqueó una ceja:

—Reed, ¿conoces a este andrajo?

Las mejillas entonces verdes se tornaron rojas en un santiamén:

—Emmm… bueno…

—¿Conocerme? Este pillo trabajaba para mí. ¡Oi, qué tiempos aquéllos!

Reed se aclaró la garganta tan ruidosamente que estuvo a punto de regurgitar algo:

—Pues… bueno… no soy de familia acaudalada… No podía pagar mis estudios sin recurrir a… algún trabajo de medio tiempo…

Solté una carcajada:

—¿Y eras tú quien mostraba tantos escrúpulos? —Reed se estaba poniendo anormalmente rojo, así que dejé de lado las bromas—. En fin, supongo que tu experiencia en estas andanzas nos ayudará esta noche. En marcha, pues.

Billy ya estaba cruzando la puerta.

—Espera —le dijo McGray—. ¿Ónde'stán tus herramientas?

Nuevamente los dientes de oro brillaron en una sonrisa socarrona. Billy abrió su gabardina y vimos, ingeniosamente atados al forro interior, una pala y un zapapico. Billy les había cortado los mangos a la mitad para esconderlos fácilmente.

—Pidieron al mejor asaltatumbas del mercado negro, ¿no?

*

Mientras esperábamos, la nieve había cesado y las nubes se disiparon, dejando un cielo limpio e iluminado por la luna. Sin embargo, el aire gélido condensaba nuestro aliento mientras marchábamos, penosamente, hacia Calton Hill.

—Es rete buen negocio, esto de asaltatumbas —nos decía Billy—. Podría contarles hartas anécdotas sobre nosotros…

—Gracias, pero no es necesario —le dije, aunque con poco efecto.

—Mi favorito fue el caso de William Burke. Lo apodaban "El Resurrector", aunque el tipo no era asaltatumbas en toda la extensión de la palabra; él más bien llevó la profesión a otro nivel. Asesinaba a gente dependiendo de lo que a los profesores de medicina les hacía falta, y luego les vendía los cuerpos.

—¿Llegaron a atraparlo? —preguntó Reed.

—Ei. ¡Atrapado, sentenciado y ahorcado! Y no conformes, la policía donó su cuerpo a la misma escuela de medicina donde hacía sus contrabandos. Los alumnos como tú acabaron diseccionando al pobre diablo. Me cuentan que en el museo de la universidad (no es que yo frecuente esos lugares) aún conservan sus huesos… ¡ah, y una cartera que los estudiantes hicieron con pellejo del cuello de Burke!

—¿Ya casi llegamos? —rezongué.

—Ohhhh, ¿te'stá espantando con sus historias? —se burló McGray.

No tuve necesidad de responder, pues nos encontrábamos ya ante los altos muros de piedra del Cementerio de Old Calton. Más arriba de las copas de los árboles vi las torres casi medievales de la cárcel de Calton: siluetas negras bajo el resplandor plateado de la luna.

—Todo sereno, como de costumbre —dijo Billy, mirando la calle totalmente vacía—. Ni un poli patrullando; tal como me gusta.

Nos guio al portón de barrotes, sacó de su bolsillo una colección de ganzúas de todos tamaños y empezó a forzar los candados que sujetaban las gruesas cadenas de la entrada. Me asombró la habilidad con que manipulaba el metal; ni las ganzúas ni los eslabones hicieron un solo ruido.

Al menos desquitará lo que vamos a pagarle, pensé con resentimiento.

Reed se frotaba las manos vehementemente, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas. Parecía que las historias sobre carteras de piel humana lo habían puesto de nervios, aunque debo admitir que no es la clase de cuentos que uno quiere escuchar a medianoche… mucho menos estando a punto de irrumpir clandestinamente en un cementerio.

Billy abrió el portón e ingresó con movimientos tan silenciosos como los de un gato furtivo. Los tres lo seguimos, tratando de no hacer ruido. Estaba a punto de encender la linterna de minero pero McGray tiró de mi mano.

—Abre bien los ojos por si hay fuegos fatuos —murmuró.

—¡McGray, concéntrate, por el amor de Dios!

Estábamos a punto de iniciar otra discusión, pero entonces Billy agitó una mano nerviosa:

—¡Shhhh! ¡Escuchen!

Nos quedamos quietos, esforzándonos por percibir algún sonido, pero sin éxito. Billy agitó la mano de nuevo, indicando que lo siguiésemos. Escuché que olfateaba el aire como perro de caza.

Frente a nosotros había escalones de piedra, cubiertos de nieve, que ascendían al centro de una suave pendiente. A ambos lados había lápidas que proyectaban sombras sobre el suelo blanquecino.

Reed estaba muy cerca de mí, tiritando y mirando en todas direcciones con angustia. Incluso yo comenzaba a sentir su ansiedad.

Billy ascendió a la cima de la colina, mirando alrededor… pero de pronto se detuvo, y de su boca no salieron más nubecillas de vaho.

Había alguien más allí.

Iba a decir algo pero McGray me palmeó el brazo, pidiéndome que guardara silencio. Mientras ascendía los escalones que nos separaban de Billy, el asaltatumbas comenzó a jadear.

El bribón retrocedió unos pasos y casi tropieza contra McGray, pero entonces pegó una carrera desesperada y descendió los escalones con pavor. ¡En un tris había desaparecido!

McGray y yo nos miramos el uno al otro, atónitos. El rostro de Reed estaba contorsionado de miedo.

Al instante, Nueve-Uñas y yo desenfundamos nuestras pistolas y subimos los escalones faltantes. Vi que las criptas más elaboradas estaban al otro lado de la colina: nichos de piedra decorados como pequeñas iglesias. Más allá había una vista panorámica de todo Edimburgo, con los altos edificios del Barrio Viejo y la silueta del vetusto castillo. Apenas tuve tiempo de darles un vistazo, pues McGray me dio un codazo, y vi que ahora era él quien respiraba agitadamente.

Apuntó su arma hacia el fondo de la colina, a algún punto entre las hileras de criptas, pero no logré ver nada entre las sombras.

Muy lentamente, McGray avanzó, y muy a mi pesar tuve que seguirlo. Cada paso me acercaba más y más a aquella oscuridad intensa e impenetrable, y a pesar del frío sentí gotas de transpiración escurriendo en mis sienes.

Y entonces lo vi.

Entre las sombras había una figura más negra que la noche misma: un bulto oscuro que se sacudía espeluznantemente junto a la tumba de Ardglass. De inmediato pensé en un buitre gigantesco, del tamaño de un hombre adulto, rebuscando entre la carroña, y entonces el viento trajo un repugnante sonido de chapoteo.

McGray se detuvo inmediatamente e hizo una señal nerviosa. Sólo entonces me percaté de que Reed nos había seguido de cerca, y McGray le indicaba que se mantuviese alejado. Luego, moviéndose tan lenta y cuidadosamente como le era posible, Nueve-Uñas continuó su marcha hacia la tumba. La nieve amortiguaba el sonido de nuestros pasos, y pudimos acercarnos lo suficiente para discernir lo que ocurría.

La tumba ya había sido profanada: una pila de tierra yacía junto al agujero, sobre el que se inclinaba aquella oscura silueta.

Quise pensar que era una persona, pues distinguí el contorno de hombros y cabeza envueltos en una capa negra, pero había algo primitivo, perverso en aquella figura. Acuclillado al borde del sepulcro, el ser se estiraba hacia el ataúd abierto con unos brazos anormalmente largos, contorsionándose como ningún ser humano podría, intentando extraer algo con tirones espasmódicos.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para continuar respirando en silencio. Tan sólo un par de metros me separaban de aquella bestia; tan cerca estaba que podía percibir el hedor del cadáver… y también un olor que había percibido muy recientemente: carne quemada.

Mi corazón se aceleró pero me mantuve inmóvil. McGray gesticuló, indicándome que apuntara mi arma con firmeza, y ambos nos preparamos para disparar. El cliqueo de nuestros gatillos fue simultáneo… y al instante la bestia dejó de moverse.

Todos nos quedamos inmóviles por un momento, sin saber exactamente a qué nos estábamos enfrentando. Tampoco, al parecer, nos reconocía la bestia.

—*¡No te muevas!* —al fin gritó McGray—. ¡Saca las manos de ahí y ponlas donde pueda verlas!

Avanzó lentamente mientras hablaba, describiendo un círculo alrededor de la tumba ahora ensangrentada.

La bestia no se movió.

McGray inhaló para rugir desde el estómago:

—*¡Haz lo que te…!*

A la velocidad del rayo, la bestia me lanzó un puñado de tripas sangrientas a la cara.

Disparé al aire en cuanto sentí la masa viscosa golpeándome y deslizándose por mis mejillas. Me entró sangre a los ojos, pero aun así tuve una fugaz visión de la criatura, que huía arrastrándose con la agilidad de la más veloz de las arañas.

Me limpié la sangre del rostro y vi que McGray corría como el viento, saltando sobre sepulcros y lápidas en pos de aquella sombra.

De pronto una luz blanquecina inundó el cementerio y la sangre alrededor de la tumba brilló como una rosa encarnada. Vi el símbolo de cinco ojos garabateado sobre la nieve, la masa negra de algún órgano recién quemado, y la horripilante punta de un intestino asomándose sobre el borde del sepulcro.

La luz venía de la linterna de Reed, y se la arrebaté al tiempo que me lanzaba a la carrera:

—¡Quédate aquí!

—Pero, señor…

—*¡Vigila el cuerpo!*

Para entonces ya estaba descendiendo los escalones congelados, con mis pies resbalándose peligrosamente sobre la piedra. Crucé el portón abierto y alumbré ambos lados de la calle. Vi el abrigo de McGray ondeando en la distancia, corriendo hacia el oeste, y antes de percatarme de mis movimientos ya estaba siguiéndolo a toda velocidad.

Lo vi virar a la izquierda y entrar a un callejón estrecho. Pisándole los talones entré al espacio de dos metros entre el muro del cementerio y el edificio aledaño, donde encontré la figura alta de McGray delineada contra el cielo estrellado. Estaba de pie, sin moverse, al borde de un precipicio. La colina escarpada descendía abruptamente hacia el racimo de vías de tren que separaba al Barrio Nuevo del Viejo.

—¿Lo has perdido? —pregunté, jadeante.

—Ei, pero debe andar cerca. Esa cosa estaba cargando…

Hubo un crujido.

Sentí movimiento sobre mi cabeza y me di vuelta justo a tiempo: la figura encapuchada se me echaba encima, y una cuchilla azul brilló bajo la luna. McGray tiró de mí y la cuchilla ensangrentada pasó a centímetros de mi rostro.

Al instante sentí un golpe en el brazo y la linterna salió disparada

de mi mano. Al girar en el aire, el rayo de luz iluminó el interior de aquella capucha negra y pude ver el contorno de una cara espantosa: entre repugnantes pliegues de piel amarillenta, la luz rebotó sobre cinco ojos vidriosos, cada uno de un color diferente. Fue como ver la encarnación del símbolo del demonio.

Fue un instante tan breve que sólo asimilé la imagen cuando la luz ya se había ido. La linterna rodó hacia el fondo de la colina y la criatura corrió en la misma dirección.

McGray gruñó y saltó irreflexivamente detrás de la criatura. Bajo la luz de la luna los vi rodar y saltar descontrolados hacia las vías férreas.

—¡McGray! —grité. Justo entonces escuché que disparaba dos veces, y sin pensarlo, me quité el abrigo y me uní a la persecución.

*

Fui rasguñado y apaleado por ramas de arbustos congelados y bordes de rocas afiladas, mientras intentaba inútilmente controlar mi descenso.

Los últimos metros fueron un borrón de dolor, hasta que caí de bruces a las faldas de Calton Hill. Me tomó unos segundos ponerme de pie y recuperar el control de mis piernas, y unos segundos más para percatarme bien de dónde me encontraba.

Los raíles corrían frente a mí, cubiertos de nieve convertida en lodo por el paso de los trenes, y a la distancia vi las luces ambarinas de los edificios del Barrio Viejo. Tardé un angustiante momento en divisar las siluetas: ambos corrían sobre las vías, tan lejos que a duras penas reconocí el abrigo de McGray. Mis pies patinaron al saltar sobre los balastros, y de pronto sentí como si hubiese entrado a una bulliciosa fábrica: había carros, vagones y locomotoras rugientes sobre las muchas vías paralelas, y los sonidos penetrantes de sus silbatos y ruedas desgarraban el aire de la noche. Los vagones iban y venían continuamente frente a mí, bloqueándome tanto el paso como la visión, y cada vez que ocurría pensaba haber perdido definitivamente el rastro de McGray. El olor a carbón quemado me llenaba los pulmones y las cenizas hacían que me ardieran los ojos. Corrí desesperadamente hasta que mis piernas ardieron también, pero gané suficiente terreno para ver que McGray estaba cada vez más cerca de la criatura, hasta que al fin se abalanzó sobre la figura encapuchada y ambos cayeron al suelo.

¡Lo había atrapado!

Seguí corriendo, pero cuando tan sólo una vía me separaba de ellos, escuché el silbato ensordecedor de un tren. Al voltear, mi

corazón dio un vuelco: una locomotora se aproximaba a toda velocidad, tan cerca que incluso vi la cara aterrada del conductor al sonar el silbato con desesperación. Titubeé por un maldito instante y entonces fue demasiado tarde: el tren me había bloqueado el paso hacia McGray.

—*¡Coño!* —bramé mientras los vagones desfilaban uno tras otro a pulgadas de mi nariz.

Entre el repiqueteo del tren pude escuchar los gritos feroces de McGray y también unos chillidos perturbadores, como si estuviese luchando contra un jabalí en agonía. Me dejé caer sobre las rodillas para mirar a través del paso de las ruedas: vi imágenes entrecortadas de las botas enlodadas de McGray y de los bordes de aquella capa negra, enfrascados en una pelea salvaje. Sobre el suelo yacía un saco de yute, de cuyo fondo escurría sangre.

Vi que McGray caía sobre el lodo, con la cabeza a escasos centímetros de las ruedas de los vagones. Entonces la figura negra lo sujetó contra el piso, oprimiendo el cuello de McGray con uno de aquellos largos brazos. Busqué los cinco ojos de nuevo, pero no logré verlos.

McGray forcejeó salvajemente. Su mano de cuatro dedos intentaba mantener aquella brillante cuchilla lejos de su rostro, pero a pesar del rugido del tren pude escucharlo atragantarse.

Lancé un grito desesperado. ¡No había nada que pudiera hacer para ayudarlo!

La afilada hoja de vidrio descendió lentamente hacia el rostro de McGray, y él no tenía suficientes fuerzas para impedirlo. Quise disparar pero habría sido a ciegas, y la bala podría rebotar sobre las ruedas del tren y golpear a cualquiera de los tres.

El cuchillo resplandeció bajo las luces del tren, implacable, acercándose a McGray hasta que lo escuché aullar de dolor. Y yo también grité: ¡estaba a punto de presenciar su muerte sin poder hacer nada al respecto!

En ese momento pasó el último vagón y al instante disparé. Erré el tiro, pero la detonación fue suficiente para ahuyentar a la bestia.

Vi que se aferraba al saco ensangrentado y corría de nuevo. Me arrodillé frente a McGray y noté que el cuello le sangraba.

Me dio un empujón:

—¡'Toy bien, síguelo!

—Necesitas ten…

—*¡Carajo, ve por él!*

Su rugido fue como un empujón físico y sin pensarlo corrí hacia las altas y vetustas edificaciones del Barrio Viejo.

Vi que la capa negra ingresaba a un callejón estrecho, cuyos escalones ascendían hacia High Street. Jamás olvidaré aquella carrera delirante, lanzándome hacia adelante con todas mis fuerzas, maldiciendo y jadeando. Las rodillas me ardían más y más conforme ascendía hasta que el dolor fue insoportable. De pronto no había nada en el mundo más que aquellos escalones de piedra que parecían ascender eternamente. ¡Y en los que ya no había rastro de la bestia!

Las piernas me ardían como el infierno cuando vi una luz mortecina al final del callejón. La imagen me dio nuevos bríos, y conforme escalaba el último tramo y el dolor aumentaba, dejé salir un gruñido creciente que acabó por convertirse en el alarido más ensordecedor que jamás haya proferido.

Alcancé el último escalón e irrumpí en High Street como una ráfaga de viento, mirando desesperadamente en todas direcciones. No podía creer cuán cerca de la Alcaldía nos encontrábamos.

—*¡Pero qué bastardo tan audaz!* —exclamé a viva voz.

Al fin volví a verlo como un destello negro que corría hacia el Palacio de Holyrood, sólo que a menor velocidad y con zancadas torpes.

—¡Ya te tengo! —dije, reuniendo las pocas fuerzas que me quedaban para continuar la carrera. La criatura, fuera lo que fuese, no era un demonio indestructible; se había agotado por la persecución y sus movimientos se volvían erráticos. Eso me dio esperanza.

Pero si algo aprendí en aquel momento fue a nunca ser demasiado optimista: justo cuando me pavoneaba en mi victoria, mis botas resbalaron sobre el suelo congelado y caí de espaldas, golpeándome la nuca contra el pavimento. Ni siquiera sentí el impacto; el mundo simplemente comenzó a girar a mi alrededor, y todos mis sentidos, excepto la vista, me abandonaron.

Entonces la negra figura apareció ante mí, bloqueando primero la luz de los faroles y después el resplandor de las estrellas. Por un instante creí ver múltiples ojos, pero no pude contar cuántos.

Y ésa fue la última imagen que vi.

30

Sangre.

El aire hedía a sangre, como si alguien hubiese empapado una esponja para sostenerla frente a mi nariz. Sólo que no había esponja… el hedor provenía de mi pecho… ¡de mi rostro!

—*¡Dios!* —grité, incorporándome con desesperación.

A mi alrededor todo era blancura: paredes blancas, sábanas blancas y vendajes blancos… pero el olor a sangre no era un sueño.

Respiré agitadamente por un momento. La cabeza aún me daba vueltas, y muy lentamente el mundo a mi alrededor tomó forma: me encontraba en Moray Place, en mi cama y en mi ropa de dormir, sintiendo que mi cerebro latía y que todas mis articulaciones punzaban. Me llevé una mano a la frente y en un parpadeo todos los eventos de la noche anterior volvieron a mí. Aquel olor a sangre era simplemente el remanente de las vísceras que la bestia me había arrojado a la cara.

La puerta se abrió de repente y para mi sorpresa vi entrar a Larry, el limpiachimeneas, trayéndome el desayuno en una bandeja. Casi jadeo al ver el brutal moretón que el niño tenía alrededor del ojo izquierdo.

—Buenos días, patrón. ¿Tiene hambre?

—Por Dios, ¿qué te ha pasado en el ojo?

Larry dejó la bandeja sobre la cama y vi que la mitad de su ojo estaba teñida de rojo, donde los capilares se habían reventado.

—Fue mi apá. Se emborrachó con el dinero que mendigué ayer.

Sentí una terrible culpa, pensando que no me había detenido una sola vez a reflexionar sobre la vida de aquel muchacho. Cuán caritativo solía sentirme, lanzando chelines a diestra y siniestra, sin saber que a veces podrían causar más mal que bien.

—Ya veo… ¿Me imagino que McGray permitió que te alojaras aquí?

—Ei.

Iba a darle una palmadita en el hombro, pero el pobre muchacho dio un salto al ver que levantaba mi mano. Sacudí la cabeza con indignación.

—¿Tu padre sabe dónde estás?

—N-no, no, patrón —Larry no pudo mirarme a los ojos—, me

escurrí mientras estaba durmiendo. ¡Pero por favor no me mande de vuelta!

—¡Mandarte de vuelta! Todo lo contrario…

Medité la situación. Cuando me asignaran una dirección permanente en Edimburgo, no me vendría mal otro par de manos para ayudar a Joan; la mujer odiaba encender y limpiar las chimeneas, y aunque ella lo negara los años ya empezaban a pesarle.

—Si McGray ya ha permitido que te quedes —le dije—, no creo que se moleste si te doy empleo. ¿Te gustaría trabajar de lacayo? También tendrías que ayudarle a mi ama de llaves en lo que necesite.

Los ojos del muchacho se llenaron de lágrimas y lo vi correr hacia la puerta. Justo cuando pensé que lo había ofendido, escuché su emocionado grito de triunfo: —¡Dice que sí me puedo quedar!

E inmediatamente escuché un escandaloso "shhhhhh", sin duda proferido por Joan. Con toda seguridad la mujer había pensado que enviar al muchacho a servirme el desayuno me ablandaría el corazón. Me sentí manipulado de la manera más descarada, pero hasta el hombre más desalmado habría sentido pena al ver la cara amoratada del muchacho.

Comencé a desayunar con gusto, percatándome de cuánta hambre tenía. Mientras saboreaba el pan tostado, mi mente regresó al caso y las preguntas que necesitaban respuesta con urgencia. Ni siquiera sabía cómo había llegado a mi cama… o qué había pasado al final con… aquella criatura que habíamos perseguido.

Larry regresó al poco rato para llevarse la bandeja. Su sonrisa ahora parecía incongruente bajo el moretón renegrido.

—¿Quiere algo más, patrón?

—Oh, sí. Llama a McGray. Quiero preguntarle qué pasó anoche.

—Oi, el ñor McGray salió rete temprano. Lo mandó llamar algún tipo según muy importante de la Alcaldía.

—Oh, por Dios… —murmuré—. ¿Acaso el hombre se llamaba Campbell?

—Emmm, ei, creo que sí.

—*¡Oh, por Dios!* —me levanté de la cama de un salto—. ¿Y no envió un mensaje? ¿No escuchaste nada sobre lo que pasó anoche?

—No, patrón, pero cuando el ñor McGray leyó la nota pegó de brincos, así como usté ahorita… y también cuando vio los pedóricos…

—*¡Oh, por Dios!* —exclamé por tercera vez—. ¿Viste lo que decían los encabezados?

—Ei, pero pos no sé leer, patrón.

—Necesito a Joan. Ella o George deben haberle sacado todo el cotilleo a McGray. ¡Joan! ¡Joan!

—No la he visto desde que le traje el desayuno, ñor.

—Típico. Justo cuando uno necesita a ese par, los bribones desaparecen.

Mi única opción era ir también a la Alcaldía. Rebusqué por todo el cuarto pero no pude encontrar una sola prenda de ropa limpia. Solo había un montoncillo sucio al pie de mi cama: la ropa que me había puesto el día anterior: sangrienta, enlodada y desgarrada.

—¡Joder, éste es el quinto traje que se me arruina desde el caso de Mary Jane Kelly!

Tendría que ponerme nuevamente el infame traje azul marino que había llevado al baile de lady Anne, sin importar que estuviese todo arrugado y con quince centímetros de lodo en los dobladillos del pantalón.

Me miré al espejo y entorné los ojos ante aquella imagen espantosa: barba crecida, mejillas pálidas, cabello despeinado saliendo de entre los vendajes y ojeras negras enmarcándome los ojos.

—Qué razón tenía Myles —suspiré—. Esta maldita ciudad está acabando conmigo.

Le pedí a Larry que se deshiciera de la ropa desgarrada y me dirigí a la puerta principal. La casa estaba completamente desierta, así que tuve que ir (¡yo mismo!) al armario para sacar mi abrigo. Abrí la puerta del ropero a toda prisa y sentí que mis ojos se derretían en ácido ante aquella imagen: ¡George y Joan!

¡Fundidos en un apretadísimo abrazo y besándose salvajemente!

El cabello de Joan era una explosión indescriptible y una de sus piernas regordetas estaba descubierta y proyectada hacia arriba.

Hablé con más fatiga que impresión:

—Ugghhh, justo cuando pensé que mis ojos no podrían ver nada más monstruoso…

—*¡Ay, patrón…!*

—¡No tengo tiempo para esto, mujer!

Hice a George a un lado, tomé el primer abrigo que estuvo a la mano y volví a cerrarles la puerta.

*

Camino a la Alcaldía vi a un vendedor de periódicos pregonando los encabezados en Princes Street. No pude distinguir una palabra entre el bullicio de la avenida, así que le lancé unos peniques y le arrebaté la copia que tenía en la mano, sin que mi yegua tuviese que aminorar el paso.

El enorme encabezado fue como un taladro perforándome los ojos:

Grité, rugí, gruñí y agité con violencia brazos y piernas, dejándome llevar por el peor ataque de furia en toda mi vida. Todos en la calle me miraron con extrañeza. Estrujé el desdichado periódico y lo arrojé al suelo, asegurándome de que lo pisotearan las pezuñas de Philippa. Pensé que era imposible sentir más rabia, sin saber lo que me aguardaba.

Cuando llegué a la Alcaldía vi una manada de periodistas abarrotados en el patio frontal. En cuanto desmonté, un sujeto emergió de entre la muchedumbre y se plantó en mi camino.

—*¡Inspector Frey!* —farfulló—. ¿Qué fue lo que encontró en la tumba profanada? ¿En verdad se resbaló sobre el hielo persiguiendo al Destripador?

Sentí la genuina necesidad de soltarle un puñetazo en la nariz y patearle las ingles sin misericordia, pero eso sólo le daría material para una antología.

—¡Fuera de mi camino, pedazo de cagarruta rancia! —y me abrí paso a codazos hasta la entrada.

McGray no estaba en el sótano, pero lo encontré pronto: estaba aguardando junto a la puerta del despacho de Campbell. Tenía en las manos una copia del *Scotsman*, y por el estado del papel supuse que lo había estado estrujando sin cesar.

—¡Oi, aquí estás! Pensé que seguirías noqueado hasta la próxima semana. ¿Su alteza se encuentra bien? Te ves terrible.

—Lo sé, pero no es por la caída. Créeme.

Me mostró la horrorosa primera plana.

—Supongo que ya leíste el menudo escandalito. ¿Qué te parece?

—Ocho signos de admiración son gramaticalmente incorrectos. Dime qué pasó anoche.

—¿La chismosa chinchorrera de tu sirvienta no te dijo nada?

—No, estaba… absorta en otros asuntos.

—Pues bien, me quedé tirado junto a las vías antes de seguirte, pero te perdí el rastro. ¡Corriste como vendaval, Frey! Cuando no te encontré pensé en ir por refuerzos a la Alcaldía, pero cuando llegué a High Street la calle ya'staba hecha un alboroto. Unos oficiales te encontraron tirado sobre un charco congelado. ¡No puedo creer que no hayas visto tamaño pedazo de hielo frente a tus narices!

—¡Oh, discúlpame por concentrarme en atrapar a la monstruosidad que casi te degüella!

—Como haya sido. Entre unos oficiales y yo te llevamos a casa, y ahí le pedí a George que te mandara traer un doctor. Luego regresamos a Calton Hill, donde el pobre de Reed seguía vigilando la

tumba de Ardglass. No pudo evitar que unos pordioseros vieran las manchas de sangre, y para cuando trajimos el cuerpo para hacerle la autopsia, el montón de trinches reporteros ya'staba aquí.

—Joder…

—También mandé a un grupo de polis a que inspeccionaran la calle donde te encontramos. Había un rastro de sangre desde allí. Pudieron seguirlo por dos o tres cuadras pero de pronto desapareció. ¿Te imaginas dónde terminaba?

No era una pregunta difícil:

—¿Cerca de una alcantarilla?

—Exacto. Otra trinche alcantarilla. Mandé traer los planos de los desagües y estuvimos buscando hasta bien entrada la madrugada, pero no logramos encontrar ni rastro de… —su rostro se ensombreció— esa *cosa*.

Me acerqué para susurrar lo más quedo posible:

—De manera que tú tampoco sabes qué fue esa *cosa*, como la has llamado.

McGray sonrió, pero sin rastro de buen humor:

—Tú dime. Lo viste tan de cerca como yo.

—No sé lo que vi.

—¡Oi, no me salgas con esas pendejadas! Viste los cinco ojos, ¿no? Cuando te tumbó la linterna de las manos. Aunque yo tuve una vista más privilegiada cuando intentaba cortarme en pedacitos.

No podía negarlo. Aquella imagen se había grabado en mi memoria.

—No había visto nada parecido en toda mi vida.

McGray lanzó un suspiro y bajó la mirada. Estaba contemplando el vacío en el que habría estado su dedo anular.

—Yo sí —declaró, después de tragar con dificultad—. Una vez.

No dijo más. Quise preguntarle a qué se refería, pero el asistente de Campbell salió de la oficina en ese momento.

—El superintendente dice que pueden pasar.

—Esto no va a ser agradable —refunfuñó McGray.

*

Campbell nunca se había parecido más a un león hambriento esperándonos en su guarida: en silencio, tamborileando los dedos sobre el pulcro periódico que cubría su escritorio. Entramos, hicimos una reverencia y tomamos asiento. Creo que pasó un minuto entero antes de que pronunciara una de sus frases más detestables: —Felicidades, caballeros. *Felicidades*. No puedo felicitarlos lo suficiente.

—¿Felici…?

—Sus nombres son los más infames en toda Escocia, ¡y para mañana en todo el Imperio Británico!

Apreté los puños. Aquel bruto podría haber sido el mejor amigo de mi hermano Laurence.

—¡Es totalmente irracional atribuir la profanación de la tumba de Ardglass a Jack el Destripador! —repliqué—. Ardglass fue una víctima completamente diferente y el crimen tuvo lugar bajo circunstancias que no podrían ser más distintas a las muertes de White…

—¿Estás tratando de darme clases, Frey? Para mí los reporteros no son más que una manada de descerebrados, que a duras penas saben leer y escribir, ¡pero lo mismo va para sus lectores! Y ahora, gracias a ti, tengo que lidiar con ese rebaño maloliente que lleva toda la mañana berreando a nuestras puertas.

—Ñor, si quiere puedo hablarles…

—Gracias, McGray, pero yo lidiaré con la prensa. Lo último que necesito ahora es exhibir tu cara de rufián desquiciado.

—Señor —intervine—, me parece que puedo manejar la situa…

—¡¿Manejar?! Frey, no eres capaz de manipular un terrón de azúcar sin pincitas de plata.

—Señor, si me permite…

—¡No, no te permito! ¡Quiero resultados y los quiero *ya*, antes de que los periódicos inflen el asunto fuera de proporción! Quiero que identifiquen y arresten al culpable para mañana a esta hora, ¿me entienden?

—¿Ehh? —gruñó McGray—. No puede esperar que…

—Han trabajado en el caso tiempo completo desde quién sabe cuándo, ¿o me equivoco?

—Así es —contesté—, pero usted ha leído mis reportes: muertes sin conexión aparente, escasa evidencia… hasta el deceso de Ardglass no teníamos un rastro claro que…

—Disculpa, Frey, pero todo lo que escucho es "*bla-bla-bla, somos un par de reverendos idiotas*".

—Señor…

Campbell bramó incluso más fuerte que McGray:

—*¡Mañana, Frey!* O los dos quedan despedidos de inmediato. No voy a correr riesgos para salvar tu agonizante carrera, y estoy seguro de que bajo estas circunstancias sir Charles y el primer ministro estarán de acuerdo. Y McGray, cualquier arreglo que hayamos acordado para tu subdivisión, considéralo cancelado. Dudo que tus idiotas teorías hayan ayudado al caso, y no voy a comprometer mi reputación para ayudarte en tu estúpida obsesión con la loca homicida de tu hermana.

Por un momento McGray permaneció inmóvil como una estatua, pero entonces, tan rápido que salté en mi asiento, le asestó un puñetazo certero a la nariz de Campbell. Vi el salpicón de sangre, y al tiempo que la cabeza de Campbell rebotaba hacia atrás, McGray se puso de pie con la velocidad de un zorro y agarró al hombre por el cuello.

—¡McGray! —exclamé.

Campbell estaba aturdido. Le tomó un segundo darse cuenta de que lo habían golpeado y de que ahora McGray estaba estrangulándolo con ambas manos.

—Dicen que la locura viene de familia —siseó McGray, y después apretó la garganta de Campbell un poco más fuerte con cada palabra —: Sólo… hace falta… provocación.

Campbell estaba atragantándose:

—Ayuda… ¡Frey! ¡Ayúda-me!

Sin importar cuán horrorizado estaba, no pude reprimir mi mejor sarcasmo: —Nada me gustaría más, señor. Desafortunadamente, sólo soy un reverendo idiota.

Por mera autocomplacencia, me relajé en la silla y lo dejé sufrir unos momentos más. Cuando juzgué que el desdichado había tenido suficiente, palmeé a McGray en el hombro.

—Vámonos, Nueve-Uñas, ya tendrás tiempo de jugar. Ya oíste al superintendente: tenemos un día para resolver este desastre.

McGray soltó a Campbell, que se desplomó sobre el escritorio como un muñeco de trapo.

La sangre de su nariz salpicó artísticamente la primera plana.

*

McGray rugió ferozmente en cuanto estuvimos en nuestra oficina subterránea.

—¡Qué cerdo tan desgraciado! ¡Maldito costal de mierda! ¡Podría clavarle las pelotas a la pira de Mercat Cross y atarlo a dos mulas para que tiren y tiren hasta que se le…!

—Ya, ya, McGray. Entiendo la idea general —le dije, para después suspirar y dejarme caer sobre mi dura silla. Le ofrecí mi pañuelo para que se limpiase la sangre de Campbell que aún tenía embarrada en los nudillos—. Dudo que podamos conservar nuestros empleos después de aquella escena… pero aun así me siento… inexplicablemente satisfecho.

McGray se arrellanó en su silla acolchada y subió los pies al escritorio.

—Lamento que las cosas no hayan resultado bien para ti, Frey. De

verdad.

—Bueno, aún tenemos que…

McGray chasqueó la lengua:

—Es la ley de la vida, ¿no? Trabajas y trabajas como un infeliz buey de carga, y cuando crees que al fin tienes algo en las manos, todo se va al infierno.

—Quería decirte que debemos actuar de prisa, ahora que ya…

—Puedes renunciar si así lo quieres, Frey —continuó McGray, con la mente a la deriva—. Tengo que seguir peleando mis propias batallas, pero eso no te beneficia en nada. Seamos sinceros: me detestas tanto como a esta ciudad, y si he de hundirme, mejor que sea sin llevarme a más…

Tuve que ponerme de pie y darle un manotazo en la sien:

—Oh, ¿quieres dejarme hablar, maldita percha de polillas?

McGray casi se va de espaldas, de pronto volviendo a la realidad:

—Más te vale que lo que vayas a decir sea absolutamente crucial, princesita, porque si no, te haré lo que estaba planeando para Campbell… ¡Y Mercat Cross está cruzando la calle!

—¿Es que no te das cuenta? Estamos en la posición más ventajosa en toda la investigación.

McGray arqueó una ceja inquisitiva:

—¿'Tás bien, Frey? Creo que te pegaste más duro de lo que pensamos.

—Piénsalo —insistí, mirándolo con intensidad.

Entonces, muy lentamente, las arrugas de McGray se remarcaron mientras volvía a mostrar su sonrisa bribona. Fue sólo hasta ese momento que me percaté de cuán joven era en realidad: quizás uno o dos años *menor* que yo.

—Tenemos el rascatripas y tenemos lo que queda del cuerpo de Lewis —le dije—; las dos cosas que más necesitábamos.

—¡Es verdad! —exclamó McGray al tiempo que saltaba del asiento, con la sangre corriendo de nuevo por sus venas—. 'Tá bien, Frey, vamos a hacer el último esfuerzo.

*

Era media tarde cuando Reed vino a la oficina con un reporte en las manos. Sus ojos estaban enrojecidos y parecía a punto de desmayarse; con buena razón, pues el pobre no había dormido desde nuestra persecución en el cementerio.

—Aquí lo tienen, inspectores —nos dijo al entregarnos los documentos.

—¿Fue una autopsia detallada? —le pregunté, y para mi asombro

la respuesta de Reed no tuvo nada de su usual cortesía: —Revisé cada centímetro cuadrado de su gordísima humanidad, ¡y juro por dios que mi salario no vale tanto! —se estremeció—. Voy a exigir un aumento y Campbell no puede rehusarse.

—Perfecto, nomás no se lo pidas hoy —advirtió McGray—. Algo me dice que no va'star de muy buen humor.

Le di una rápida leída a los papeles:

—Intestinos faltantes…

—Sí, faltaban casi tres metros, inspector. Casi no dejan nada… —y en eso Reed dejó salir un muy profundo bostezo.

—¿Recuerdas el saco que cargaba la bestia? —preguntó McGray.

—¿La bestia? —repitió Reed.

—No prestes atención —le dije. Volví al reporte y encontré un garabato que captó mi atención—. Mencionas hiperpigmentación de la piel del cuello…

—Así es, señor. Concentrada en el lado izquierdo. Algo en la barbilla también, y en menor magnitud en las yemas de sus dedos. Mano derecha.

Sus palabras evocaron al instante mis días más gloriosos en la policía de Londres, y una vez más sentí aquella oleada de adrenalina que sólo llegaba cuando deducía la respuesta a todos los misterios.

—¿Puedo ver el cuerpo? —urgí.

—Por supuesto, señor.

*

Reed tomó aliento antes de retirar la sábana. Un olorcillo nauseabundo ascendió e incluso McGray entornó los ojos, pues el cuerpo lucía sencillamente horrible: la carne ya empezaba a hincharse y a tornarse de un repulsivo color grisáceo. Entonces comprendí la indignación del joven doctor.

—Muy bien, muéstrame —le indiqué—. No quiero contemplar esto por mucho más tiempo.

Reed inclinó la cabeza de Lewis, pues aquella papada colgante tapaba casi toda la marca del cuello.

—Ahí lo tiene, inspector.

Era una mancha impresionante: marrón oscuro, casi ennegrecida en los bordes, y ese segmento de piel, contrario al resto del cuerpo ya en descomposición, se mantenía más bien firme y elástico, como si los mismos parásitos se negasen a corromperlo.

—Muéstrame sus dedos —le pedí, aunque yo mismo ya estaba tirando de la mano muerta. Sólo las puntas de las yemas mostraban una coloración similar.

—¿Qué es eso, Frey? —inquirió McGray—. Estás sonriendo como señora constipada después de comer ciruelas.

—He visto esta pigmentación —murmuré.

—¿Cuándo, Frey?

—Más de una vez —mis ojos fueron del cuello a los dedos alternadamente, mientras la epifanía tomaba forma en mi mente. Ésos eran los momentos que hacían que mi trabajo valiese la pena. Me volví hacia Reed—: ¿Tienes el equipo para realizar la prueba de Marsh?

—Claro —tardó un segundo en comprender lo que implicaban mis palabras—. Por supuesto… ¡Por supuesto! ¡Debí haberlo visto antes! Estudié casos similares en la universidad.

—No era enteramente obvio —le dije, y si era posible, mi sonrisa se ensanchó aún más—, al menos no hasta ahora. ¿Tienes el equipo a la mano?

—Claro, inspector. Lo utilicé para analizar el estómago de Wood.

—Bien, ahora sabes por qué no encontraste nada en sus tripas.

—En verdad.

—Prepara el aparato y analiza la piel de este hombre. Y si aún conservas muestras del cuerpo de Wood, analízalas también. Hay otra muestra que quiero que examines. Iremos por ella y te la traeremos en una media hora.

Salí apresuradamente de la morgue. McGray me siguió y tuvo que tirar de mi brazo: —¡Mejor me explicas qué está pasando, Frey!

—¿No lo has deducido ya? Wood y Ardglass murieron de la misma causa.

—¿Que es…?

—Envenenamiento por transmisión cutánea.

McGray frunció el ceño:

—¿Por la piel? ¿Transferido de…? —no alcanzó a terminar la oración. Había entendido—. Anda, vamos por esa muestra.

*

Aunque el aparato de Marsh era muy simple, tenía la apariencia de uno de esos complicados artefactos de vidrio que uno espera ver en el laboratorio de un científico demente. Era un tubo con forma de U lleno de polvillo blanco; un extremo de la U estaba conectado a un matraz de bola (que contenía raspaduras de la muestra), mientras que el otro estaba conectado a un tubo más fino y largo, calentado por la flama de un mechero de Bunsen. Reed acercó un crisol de porcelana blanca al extremo de ese tubillo, y en cuanto lo hizo, la prístina porcelana se tornó negra.

—¡Rayos! —exclamó—. ¡Jamás había visto un resultado como éste!

Tomó el crisol, ayudado de unas pinzas, y lo colocó frente a una colección de láminas con colores de muestra, que iban del gris más claro al negro azabache. La marca del crisol era incluso más oscura.

—Se sale del espectro —dijo McGray—. ¡Esto podría matar a un elefante!

—Así es —concluí—. Y ahora sabemos quién está detrás de todo.

31

Lancé la barbada de palo de rosa sobre la mesa de Joe el Rascatripas. Su taller aún apestaba a flatulencias confinadas.

McGray estaba junto a mí y desplegó las fotografías del estudio de Fontaine; todas en las que aparecía el Amati Maledetto.

—Qué tipo tan listo —le dijo con admiración—. Lograste engañarnos a todos.

Joe el Rascatripas nos miraba con desconcierto, con ojos como platos.

—¿De verdad creen que yo maté a Sylvain?

—Y a Theodore Wood, y a Raniero Caroli, y a Lewis Ardg…

—*¡Mentira!* —gritó Joe, agitando un martillo en alto—. ¡'Tan diciendo puras sandeces!

El oficial McNair entró al taller en ese momento:

—¿Quieren que esculque?

—Sí —le contesté—. Empieza por las habitaciones particulares de Mr.… Rascatripas.

Joe se interpuso en el camino de McNair, en un patético intento por detener al policía alto y mucho más joven que él.

—Lo mejor es que nos deje hacer nuestro trabajo —le recomendé.

McGray se le acercó y lo hizo a un lado con sorprendente delicadeza: —Venga, ñor. Necesitamos que nos acompañe a la Alcaldía para hacerle unas preguntas.

—¡No voy a ningún lado hasta que me expliquen por qué!

Se veía tan indefenso, tan débil, que no pude dejar de sentir un dejo de compasión.

—Muy bien —dijo McGray—. Siéntese y deje que Frey le explique todo.

Joe se sentó sobre un cajón de madera, aún en total confusión, aunque no pude discernir si era una expresión genuina o no.

—Usted fabricó esta barbada, ¿no es así? —le dije mientras me paseaba por el taller. Tomé un violín inacabado y lo acerqué a la barbada—. Tiene su marca —y señalé el símbolo que había visto antes: una J y una R amalgamados—. Usted, además, fue la última persona que vio a Fontaine con vida, y le entregó el violín que acababa de repararle; el mismo que estaba tocando cuando ocurrió el crimen.

Joe me confrontó con el rostro firme:

—Ei, yo hice esta pieza y reparaba los instrumentos de Sylvain. ¡Eso no me hace un asesino!

—No, pero si no me equivoco, usted le dio un tratamiento especial a esta barbada —proseguí—. Remojó esta pieza de palo de rosa en una solución concentrada de arsénico…

Justo cuando lo decía, McNair volvió a la habitación: —¡Aquí está, inspectores!

Traía consigo una botella de vidrio ámbar. La tomé y leí la etiqueta: —Veneno para chinches de la cama, y al parecer de un muy buen fabricante. ¿Sabía usted que esto es básicamente arsénico disuelto en jabón? El jabón se va con agua y le deja arsénico puro.

—No puede…

—Por favor, permítame acabar. El arsénico, como usted bien debe saber, es el veneno predilecto en estos tiempos: es fácil de obtener y produce síntomas que el ojo poco entrenado puede confundir con enfermedades del tracto digestivo, como cólera o fiebre gástrica. Incluso nuestro médico forense, a pesar de sus innegables aptitudes, no logró identificar las sutiles diferencias. Yo, por otro lado, me familiaricé bastante con los efectos del arsénico mientras investigaba el caso de la Piadosa Mary Brown, la mujer que envenenó a sus cinco esposos, si usted recuerda. Fue el caso más sonado en todo el Imperio Británi…

—¡Oi, Frey, nos has contado eso un millón de veces!

—¡De acuerdo, de acuerdo! Pues bien, el arsénico también se absorbe por la piel. No es el método predilecto de los asesinos, pues produce erupciones e hiperpigmentación, y lo que es más importante: sólo es letal después de una exposición muy prolongada… Pero usted ya lo sabía, ¿o no, Joe?

—¡Claro que no!

—Oh, temo contradecirlo. Fue un plan brillante para asesinar sólo a los violinistas que osaran tocar este instrumento. Usted no deseaba matar a cuanta persona le pusiera las manos encima. McGray y yo lo hemos manipulado en varias ocasiones pero nunca lo suficiente para desarrollar síntomas. No, usted envenenó la barbada porque quería matar sólo a violinistas, que tienen que sostener el instrumento con el cuello y la quijada, a veces durante horas y sin pausa. Mi propio hermano llegó a tocar este violín y tal vez habría mostrado síntomas leves, pero él tiene la precaución de protegerse el cuello con un pañuelo. Lo cual me recuerda otra ventaja que usted debe haber previsto: era muy probable que las inevitables marcas que provocaría el arsénico se confundiesen con un… ¿cómo le dices, McGray?

—Chupetón de violinista.

—Exacto, y eso fue lo que ocurrió con Theodore Wood: el sujeto tenía un caso tan extremo de… digámosles moretones de violinista, que nunca habríamos identificado la marca del veneno —recordé vívidamente la imagen de Wood en su ataúd: un cadáver pálido con una marca purpúrea en el cuello—. Sólo hicimos la conexión después de examinar el cuerpo de Lewis Ardglass, quien "casualmente" tenía marcas similares en la piel, y además mostró síntomas de envenenamiento justo antes de morir atropellado.

"Me apena decirlo, pero debí darme cuenta mucho antes, pues tuve oportunidad de examinar el violín poco después del asesinato de Fontaine —alargué un brazo y tomé una de las fotografías—. Ahora me es claro… incluso obvio, pero en aquel momento no pude verlo; sólo sentí que había algo extraño, fuera de lugar en la escena, y a pesar de que traté y traté…

—Frey, estás volviendo a divagar.

—¡Está bien, está bien! Es sólo que mi omisión aún me sorprende. Examiné el infame violín muy de cerca, lo tuve en mis manos, y aun así no logré ver lo que estas fotografías muestran con toda claridad: a Fontaine le cortaron la garganta mientras tocaba el violín, y su sangre naturalmente salpicó el instrumento… ¡pero *no* había rastro de sangre en la barbada! Incluso recuerdo haber pensado que el palo de rosa lucía "*limpísimo*".

—Eso significa que alguien cambió la barbada *después* de degollar a Sylvain —agregó McGray, imitando burlonamente mis inflexiones.

—*Exac*… Ejem, exacto —dije, mirando a Joe—, y aún no logro entender por qué lo hizo. ¿Acaso quería que la gente le tuviese miedo al instrumento, pensando que así, eventualmente, llegaría a sus manos? ¿Intentaba hacernos creer que la maldición del violín era verdadera y así evitar que sospecháramos de simples mortales, incluyéndolo a usted? Y eso me recuerda los muchos aspectos de estos asesinatos que aún le quedan por explicar. ¿Cómo logró escalar esas chimeneas? ¿Dónde aprendió toda esa brujería? Y lo más importante: ¿en qué parte de su taller esconde las cuerdas que está fabricando, y qué planea hacer cuando estén listas? Mientras más lo pienso, más me sorprende no haber sospechado seriamente de usted desde un principio: indudablemente es un laudero muy experimentado, y *debe* saber muy bien cómo convertir intestinos en cuerdas.

—¿Tripas? ¿Brujería? —Joe se volvió hacia McGray—. ¿De qué'stá parloteando el changuito este? A lo mejor no entiendo su acentito de niño bien.

El hombre estaba totalmente desconcertado, pero en ningún

momento titubeó o tembló con el pánico que he visto en gente culpable. Se veía muy alterado, claro está, pero cualquier persona a punto de ser llevada a la cárcel lo estaría.

McGray también se percató de esta sutil diferencia. Acarició su barba de tres días y habló gentilmente: —¿Puede decirnos algo en su defensa?

Joe el Rascatripas respiró agitadamente:

—¿Y qué quieren que les diga? ¡Éstos son cuentos chinos! ¡Todo el mundo compra mata chinches! —miró la botella con desprecio—. Seguro que sus sirvientas les limpian sus sábanas cagadas con esta misma cosa. Hasta mi difunta esposa usaba arsénico para aclararse la piel.

—No me extraña que sea viudo —murmuré.

—Además, esa barbada no era para Sylvain. Él nunca usaba palo de rosa. Prefería barbadas de ébano.

Tuve que darle la razón:

—El palo de rosa ciertamente es un material inusual para una barbada.

—Ei, por eso es que recuerdo bien haber hecho esta pieza. No me gusta trabajar con palo de rosa; esa madera apesta a diablos.

Nueve-Uñas soltó una carcajada:

—¡Y usted es experto en hediondez!

—Les puedo decir quién me encargó esa barbada y hasta la fecha en que lo entregué.

—'Toy seguro que nos lo puede decir, ñor, ¿pero lo puede probar?

Joe dio un salto:

—¡Pos claro que puedo! Tengo la carta donde me hacen el encargo. Con fecha y todo —abrió un cofrecillo destartalado que rebosaba de documentos arrugados. Después de revolverlo sacó una pequeña carta —. Ei, fue en septiembre; hace poco.

Le arrebaté la carta y la miré de cerca. La letra era muy elegante y la orden parecía genuina: un pedido que especificaba palo de rosa. Sin embargo, cuando vi quién había escrito la carta mi corazón dio un vuelco.

—¿Tonces quién fue? —urgió McGray.

Joe sonrió triunfalmente:

—Que el niño bien le diga.

Y pronuncié el último nombre que habría esperado:

—Lorena Caroli.

32

La intensa lluvia aporreaba mi paraguas mientras McGray y yo aguardábamos, atónitos, frente a la puerta de los Caroli. La corona de follaje que habíamos visto durante el funeral aún estaba allí: las ramas de tejo seguían verdes y firmes, pero las hojas de laurel, marchitadas prematuramente por el clima, yacían medio muertas sobre el moño de luto. Vimos con pesar que alguien había agregado un moño de seda blanca y por un minuto entero no pudimos pronunciar palabra. Sabíamos muy bien que un listón blanco era el símbolo de los inocentes.

—¿En verdad quieres hacer esto justo ahora? —pregunté al fin, sólo después de sentir la lluvia helada a través de mis pantalones humedecidos. El estuche del violín, que McGray sostenía, escurría grandes gotas de agua.

—Ningún momento será bueno —dijo McGray, llamando a la puerta a regañadientes. Tenía razón; por difícil que fuese, teníamos que cumplir con nuestro deber.

Fue la más joven de las sirvientas quien nos recibió. Sus ojos estaban enrojecidos y presionaba un pañuelo sobre su rostro. Intentó despacharnos, pero McGray entró sin miramientos.

—Tenemos que hablar con tu ñora. ¿Cómo lo está sobrellevando?

La muchacha tembló:

—Ay, no ha hablado desde hace tiempo, señor. Ni ha probado bocado. Todo lo que hace es dar vueltas en su recámara. Se escuchan sus pasos desde ayer; los escuchamos toda la noche. Le he rogado a Dios que la señora se detenga.

Escuchamos las pisadas también: tumbos que iban y venían a través del techo en un ritmo angustiante.

—¿Cuándo sucedió? —pregunté en voz baja—. Me refiero al bebé.

La pobre muchacha intentó darme una respuesta, pero se atragantó, rompió en llanto y corrió a la cocina. Por un incómodo momento, McGray y yo permanecimos en el corredor, sin saber qué hacer. A excepción de los pasos insistentes en el nivel superior, la casa estaba sumida en absoluto silencio.

—Vamos, Frey —dijo McGray, dirigiéndose a las escaleras. Mi corazón latía a toda velocidad cuando llamó a la puerta del cuarto de Lorena—. ¿Señora Caroli?

No hubo respuesta, pero los pasos no se detuvieron. McGray tocó otras dos veces.

—Vamos a entrar —le dijo, abriendo la puerta lentamente.

Tímida, casi temerosamente, seguí a McGray al interior del cuarto. Lo primero que vi fue la cuna vacía, aún bellamente decorada con encaje blanco y una mantita bordada. Entonces una sombra negra pasó frente a ella, y mi corazón se hundió ante la imagen de la señora Lorena, que ahora más bien parecía la encarnación de la misma muerte: ataviada de negro, sus mejillas hundidas y la piel tan pálida que casi brillaba como huesos descoloridos por el sol.

Se paseaba de un lado a otro de la habitación con terrible angustia, a veces chocando contra los muebles. Con una mano se aferraba a las cuentas de un rosario, presionándolas contra su vientre aún abultado; con la otra se frotaba el pecho frenéticamente, como si intentara librarse de un frío intenso.

—Mrs. Caroli —dijo McGray—, tenemos que hacerle unas preguntas.

No contestó; ni siquiera dio señas de notar nuestra presencia. Simplemente siguió caminando, y de pronto pensé que la mujer había perdido la razón.

McGray colocó el estuche sobre la mesa de centro y lo abrió.

—Creo que esto le pertenece.

Lorena siguió dando vueltas por un momento, sin escucharnos, pero cuando al fin pasó junto a la mesa vio el violín con el rabillo del ojo.

Al instante se detuvo y sus ojos casi se salieron de sus órbitas. Después de tragar con dificultad, intentó hablar. Su boca estaba seca y las palabras sonaron guturales:

—¿Dónde lo encontraron?

McGray habló con tacto:

—Lo tenía Lewis Ardglass —señaló la barbada—. Y sabemos que esa pieza está envenenada. También sabemos que *usted* la mandó hacer como un pedido especial.

Debieron ser segundos, pero sentí que transcurría una eternidad antes de que Lorena se moviera o siquiera parpadeara. No quedaba nada de la belleza inmaculada o de la vivacidad que habíamos visto hacía sólo unos días. Esa noche la mujer era toda desesperación.

—Todo es mi culpa —musitó, dejando caer el rosario y después apretándose las sienes con aquellas manos rígidas y nudosas.

Un sonido chirriante salió de su garganta. Creció y creció hasta convertirse en un alarido desenfrenado que provenía de lo más profundo de su cuerpo; peor que los aullidos de cerdos en el matadero.

Entrecerré los ojos ante aquel clamor, deseando cubrirme los oídos, pero la mujer sostuvo aquella nota infernal hasta que se le vaciaron los pulmones. Después se desplomó sobre la cama.

McGray fue hacia ella, la tomó de los hombros y la ayudó a incorporarse.

—¿Por qué dice que es su culpa? Usted no pudo haber cometido todos estos horrores.

La mujer temblaba:

—Yo misma no… pero Dios sabe lo que he hecho. Soy tan culpable como si yo misma hubiese tasajeado esas gargantas… a mi esposo…

Se frotó el pecho nuevamente, esta vez con tal desesperación que pensé que se desgarraría la ropa.

McGray recogió el rosario y lo puso de vuelta en las manos de Lorena:

—Puede contárnoslo todo. Sea lo que sea.

Mrs. Caroli sollozó, intentando liberar sus manos, pero McGray no lo permitió.

—Sé cómo se siente —le susurró—. Hiere hasta lo más profundo de uno. Así me sentí cuando murieron mis padres. De la noche a la mañana toda mi familia se despedazó y me quedé completamente solo; tal como usted. Mi hermana aún vive, pero hay días en que pienso que está más lejos que mis difuntos.

Hasta entonces no había escuchado a McGray hablar de esa forma. Era como si hubiese añorado decir esas palabras con desesperación, y sólo pude preguntarme durante cuánto tiempo las había reprimido.

—Somos muy parecidos —agregó, mostrando lo poco que quedaba de su dedo anular; un paralelo escalofriante a la horrible artritis de Lorena—. No importa lo que tenga que decirnos; yo la entenderé.

Lorena derramó copiosas lágrimas, llorando en silencio, pero después de un largo rato logró asentir.

—Bien —susurró McGray—. Tómese el tiempo que necesite, señora. Tenemos toda la noche.

*

McGray logró persuadir a Mrs. Caroli para que tomara té y comiera algo. Entre su llanto y su tartamudeo, resultaba evidente que no obtendríamos nada de ella a menos que consiguiésemos calmarla.

La sirvienta llegó pronto con una bandeja de viandas, temblando de pies a cabeza, haciendo que los cubiertos y platos traquetearan escandalosamente. Sus ojos desorbitados estaban fijos sobre la cuna mientras servía el té, y tuve que quitarle la tetera de las manos cuando la taza comenzó a desbordarse.

—Es todo por el momento —le dije, y la muchacha estuvo feliz de poder marcharse.

Mrs. Caroli tenía que usar ambas manos para levantar la taza, sujetándola con dedos que apuntaban en ángulos anormales. Logró tomar un par de sorbos, pero cuando quiso bajar la taza, ésta se le escapó de las manos, golpeó el borde de la mesa y se hizo añicos sobre la alfombra.

Lorena observó sus articulaciones inflamadas con unos ojos inyectados de sangre.

—Aquí es donde empezó todo —dijo, de pronto totalmente lúcida —. ¡Estos malditos huesos! ¡La maldición de la familia Zangrando! Mi abuela los tenía, mi madre los tenía, mi hermana Lucía y yo… Pensábamos que sólo las mujeres estábamos destinadas a esta desgracia, hasta que mi hermana se casó y tuvo un hijo varón.

Alcé la mirada tan rápido que mi cuello tronó. McGray estaba atónito:

—¿Un varón, ha dicho?

Lorena asintió:

—Así es. Giacomo. Jamás olvidaré el día en que nació: la comadrona nos dijo que Lucía había engendrado al demonio, y no puedo culpar a la pobre mujer —las lágrimas rodaron sobre sus mejillas—. ¡La pobre criatura era horrorosa!

Al instante recordé la horripilante figura que habíamos visto en el cementerio.

—Era un bebé muy grande —prosiguió Lorena—, y sus brazos y piernas nunca dejaron de crecer. Y podía hacer cosas que ninguna otra persona podría: torcer sus dedos en todas direcciones, dislocarse los hombros y los muslos a voluntad… ¡Ay, Dios, si la gente lo hubiese visto lo habrían quemado en la hoguera! ¡Y a toda la familia junto con él!

”Fue por eso que mandamos al niño a vivir con mi tío. Era un soplador de vidrio y vivía en esta islita cerca de Venecia; Murano. La gente sólo va allí a comprar y vender cristal, así que el niño estaba muy bien escondido. Mi tío le enseñó el oficio y Giacomo aprendió muy rápido. Hacía las artesanías más bellas: mis rosarios, hermosísimos floreros y figurillas… Giacomo era el niño más talentoso que haya visto en mi vida. También le gustaba tallar madera y leer y recitar los nombres de las estrellas.

Por un segundo pensé que Lorena estaba a punto de esbozar una sonrisa, pero entonces su historia dio un giro trágico:

—Cuando mi tío y mi hermana murieron, no hubo nadie que cuidase de Giacomo… —volvió a oprimirse el pecho—. Por favor

entiéndanme: en su lecho de muerte Lucía me hizo jurarle por la memoria de nuestra madre que nadie jamás sabría del niño. ¡No podía negarme! ¡No podía…!

—No piense más en eso —le dijo McGray en tono casi paternal—. Mejor sólo continúe.

—Para entonces ya estaba comprometida con Raniero, y ya habíamos decidido mudarnos a Londres, así que Giacomo tenía que venir con nosotros.

McGray se inclinó hacia Lorena:

—¿Qué pensaba su marido sobre aquel… arreglo?

Fue como echarle sal a las heridas:

—¡Oh, Raniero detestaba el asunto! Nunca quiso que Giacomo viviera con nosotros. Decía que sería mejor mandarlo a algún asilo o institución… Y al final resultó que tenía razón…

Recordé la forma en que Raniero la había mirado cuando Lorena sugirió llamar a su hijo Giacomo.

Hablar de su difunto esposo hizo que Mrs. Caroli se estremeciera de nuevo, así que cambié el tema antes de que su mente volviera a desmoronarse:

—¿A Giacomo le agradó la mudanza? ¿Le agradó vivir en Londres?

—Por supuesto que no. Ahí fue cuando todo comenzó a arruinarse. Giacomo extrañaba a mi tío y aborrecía el clima de Inglaterra, pero lo que más lo afectó fue no poder trabajar con el vidrio. Nos era imposible tener un horno en casa, y todos los pigmentos y herramientas que necesitaba… En medio de una ciudad tan apretujada… todo el vecindario se habría enterado de lo que ocurría.

”Recuerdo cómo contemplaba las piezas que había hecho en Italia, la pobre criatura. Hizo muchas tallas de madera en ese periodo, pero aquello era demasiado fácil para él; hizo muchísimas piezas muy hermosas que solíamos regalar, pero muy pronto el trabajo lo aburrió. Podía verlo, pensando y pensando mientras trabajaba la madera. Se volvió rebelde; empezó a hacer preguntas. Quería salir y un par de veces consiguió escaparse. Los vecinos empezaron a cuchichear, claro está. Por eso es que tuvimos que mudarnos a Escocia, donde nadie nos conocía.

”Un día, casi por accidente, Giacomo tomó el violín de Raniero y empezó a tocar. Había escuchado las prácticas de mi esposo y simplemente imitó el sonido. Aprendió tan rápido que no podíamos creerlo.

—¿Y ustedes lo animaron a aprender? —le pregunté.

—Por supuesto. Eso lo mantenía ocupado. Si escuchaba una melodía que le gustara podía pasar días enteros practicándola hasta

dominarla. Dejó de hacernos preguntas por un tiempo… al menos hasta que conocimos a Sylvain —la mujer sollozó y a duras penas entendimos sus siguientes palabras—. Yo… yo los presenté. Fui yo quien le pidió a Sylvain que entrenara a Giacomo…

Se levantó de un salto y de nuevo comenzó a dar vueltas por el cuarto. Era como si su cuerpo no pudiese contener el remordimiento. Pude imaginarme esa cualidad en su sobrino: su mente brillante e inquieta encerrada entre cuatro paredes que seguramente le parecían sofocantes. Y entonces las palabras de Madame Katerina me vinieron a la mente: *un genio enjaulado*.

—Todo marchó bien al principio —decía Mrs. Caroli—. Hasta que Giacomo quiso aprender más y más. Se nos escapaba por las noches para visitar a Sylvain; podía escurrirse por entre cualquier rendija… a través de las chimeneas… —Lorena se sacudió con repulsión—. Una noche… *Dios*… Una noche desperté y lo encontré sentado al pie de nuestra cama, contemplándonos; sólo contemplándonos a mí y a Raniero; viéndonos dormir. Aún lo veo en mis pesadillas, acuclillado ahí, ¡como un buitre!

”Los meses pasaron y Giacomo se volvió más extraño y distante. Hasta el pobre Sylvain le tenía miedo, pero el buen hombre lograba apaciguarlo con la música. Era tan comprensivo. Pero entonces cosas muy raras comenzaron a suceder: algunos de los floreros y figurillas de vidrio empezaron a desaparecer, y los vecinos comenzaron a murmurar sobre sombras deformes deambulando por nuestra casa…

Tuve que interrumpirla al recordar las palabras de Joan:

—¿Acaso la gente hablaba de un demonio que veían por las noches?

—¡Sí! Y yo sabía que era él, saliendo por la noche y regresando hasta la madrugada. Algunas veces Raniero logró encerrarlo en el cobertizo de los perros, pero eso sólo empeoraba su carácter. Nunca supe qué planeaba Giacomo, hasta que encontré algo en su cuarto… —fue a su buró, rebuscó en uno de los cajones y extrajo una pequeña astilla de vidrio. Tenía la forma de una punta de lanza, hábilmente formada y afilada, y el vidrio tenía hermosas motas de un índigo oscuro sobre una base azul cielo—. Entonces supe por qué habían desaparecido los floreros. Esto era parte de una figurilla; parte de la falda de una bailarina de flamenco que Giacomo hizo a los doce años. Una de mis piezas favoritas. Cuando le pregunté qué significaba esto… él… él…

Un terrible escalofrío recorrió su cuerpo. Supe que no teníamos mucho tiempo antes de que perdiera el control sobre sí misma. McGray debió pensar lo mismo, pues hizo la pregunta sin rodeos:

—¿Usted sabía que Giacomo había cometido los asesinatos?

Lorena sacudió la cabeza con vehemencia, apretándose las sienes de nuevo y sin dejar de dar vueltas:

—¡No! ¡No! Yo… parte de mí sospechaba. Una puede sentir esas cosas. Las sirvientas me dijeron que los frascos de matapulgas seguían desapareciendo, pero jamás pensé que mi sobrino… —golpeó la mesa con la cadera, perdió el equilibrio y McGray logró sostenerla antes de que la mujer se desplomara—. ¿Por qué? ¿Por qué haría algo así?

McGray la miró con toda compasión:

—Sólo él puede decirnos.

La guio de vuelta a la cama y le dimos un momento para reponerse. Contarle al detalle los horrores que Giacomo había cometido (y los planes aún más macabros que creíamos tenía en mente) era claramente imposible en aquel momento. Quizá después.

—Mrs. Caroli —le dije—, tenemos motivos para creer que Giacomo puede dañar a más gente si no actuamos pronto. ¿Sabe usted dónde se oculta? ¿Tiene al menos una vaga idea?

Mrs. Caroli levantó el mentón y me miró con desolación:

—¿Qué va a ser de él cuando lo encuentren?

Quise decirle la verdad, pero McGray y yo sólo pudimos bajar las miradas. De pronto la lluvia que tamborileaba en la ventana se antojaba ensordecedora.

—No tengo que darles pistas —murmuró, con los ojos fijos en el trozo de vidrio jaspeado.

McGray y yo intercambiamos gestos de frustración, pero entonces Lorena habló de nuevo:

—Sé exactamente dónde está.

33

Era más de medianoche y un viento gélido soplaba a lo largo de High Street. Nadie en su sano juicio desearía exponerse a aquel clima, mucho menos después de las noticias sobre el supuesto Destripador, así que la calle principal del Barrio Viejo estaba tan solitaria como una tumba.

McNair guiaba el carruaje con extremo cuidado, pues la lluvia había convertido la nieve en lodo resbaladizo y las ruedas patinaban cada vez que virábamos. El viaje me pareció eterno, pero eventualmente vimos aparecer la silueta de Holyrood Palace. Las luces de sus muchas ventanas proyectaban sombras lúgubres sobre la avenida, y al girar a la derecha nos topamos con la imponente ladera del Trono de Arturo. El monte parecía un gigante dormido, y las arboledas a su alrededor eran de un negro impenetrable.

—Ya casi llegamos —dijo Mrs. Caroli, señalando los campos oscurecidos—. Justo allí —anunció cuando llegamos al escarpado muro de roca. McNair detuvo el carruaje y Mrs. Caroli bajó de un salto antes de que McGray o yo pudiésemos ofrecerle ayuda.

Caminó con pasos tambaleantes y apuntó hacia una grieta estrecha en la roca: la entrada a una especie de caverna. La apertura apenas era visible, y sin las indicaciones de Lorena la habría confundido con un simple accidente en la ladera.

—Ahí —susurró. Sus ojos seguían empañados.

—No es necesario que se agote más —le dijo McGray sosteniéndola del brazo, gentil pero firmemente.

—No me atrevería a seguir —declaró ella, ajustándose el chal para protegerse mejor del frío.

—McNair, cuida de la señora —le indiqué y el oficial asintió—. No nos tardaremos… O al menos eso espero.

Antes de adentrarnos en la caverna, Mrs. Caroli tiró de nuestros brazos y balbuceó con desesperación:

—¡No lo lastimen, *se los ruego*! Es la única familia que me queda.

McGray forzó una sonrisa. Sus ojos azules sólo mostraban benevolencia:

—Haremos todo lo posible —musitó, pero a pesar de lo convincente que sonó su voz, supe que sólo intentaba reconfortar a la pobre Lorena.

A duras penas logré deslizarme por entre la estrecha apertura, pero McGray la tuvo mucho peor: bufó y forcejeó por un tiempo considerable antes de que sus anchos hombros consiguieran pasar.

Afortunadamente, la estrecha entrada daba lugar a una caverna mucho más amplia. Ambos encendimos nuestras respectivas linternas de gas y apuntamos los haces de luz hacia el frente. El pasaje resultó ser demasiado largo para que las linternas alumbrasen el final.

—Primero las damas —me dijo McGray, pero yo estaba demasiado tenso para que su humor pueril me afectara. Mis manos temblaban en el frío de la cueva mientras descendíamos una suave pendiente, y las escalofriantes historias de Mrs. Caroli comenzaban a jugar en mi mente. A cada instante esperaba que esos cinco ojos infernales emergiesen de entre la oscuridad, aunque a mi alrededor no había más que silencio. Cada vez que echaba luz sobre una nueva roca las sombras se agitaban en una danza macabra, haciendo que mi corazón saltara una y otra vez. Cada resquicio se volvía la garra de algún monstruo, y cada roca erosionada se volvía la cara burlona de un nuevo demonio. Mi corazón dio otro vuelco cuando escuchamos un tenue sonido. McGray se detuvo y me pidió que escuchara. Lo percibí de nuevo: los suaves ecos de un goteo distante.

Continuamos la marcha.

Unos metros más adelante llegamos a una curva en el túnel, y McGray desenfundó su arma silenciosamente. Hice lo mismo, y al girar encontramos la más espeluznante visión aguardándonos: ¡cinco ojos refulgiendo frente a nosotros!

Solté un grito y salté a un lado, tropezando contra McGray y haciendo que tirara su linterna. Instintivamente apunté mi pistola hacia la horrenda cara, esperando que me atacara al instante, pero los ojos no se movieron. Las pupilas verticales me observaron con insistencia, reluciendo ante la luz de mi linterna.

Mi corazón aún galopaba cuando me di cuenta de lo que en realidad observaba.

—Es una máscara —susurró McGray, recogiendo su lámpara y acercándola al objeto.

Clavada a la roca, se trataba de la talla más intrincada de palo de rosa que haya visto en mi vida. Hojas de vid brotaban del centro de la máscara triangular, como uno de esos rostros hechos de follaje que se ven en las catedrales góticas. Los bordes de las hojas enmarcaban tres pares de cuencas oculares, una de ellas vacía. Las otras cinco cuencas contenían ojos hechos de vidrio soplado, cada uno de un color distinto. El trabajo era tan detallado que incluso podía ver finas vetas de vidrio simulando venas alrededor de las pupilas verticales.

Las hojas de madera formaban un feroz ceño fruncido, y junto con los ojos de cristal hacían que la máscara luciese aterradoramente viva.

—Escultor de madera, soplador de vidrio y violinista… —murmuré, fascinado.

—Y asesino —concluyó McGray, reanudando su camino.

Dejamos atrás la máscara y a partir de ese punto la temperatura comenzó a elevarse. El sonido de goteo también se amplificó.

Después de sólo unos pasos llegamos a otra curva, y en cuanto McGray la alumbró escuchamos un sonido metálico.

McGray aceleró el paso y encontramos que la curva daba paso a una enorme galería.

Con sólo la luz de nuestras linternas, lo primero que pensé fue que estábamos mirando una plantación de árboles muy delgados y muy rectos, pero el jadeo de McGray me hizo comprender. No puedo describir el horror que me invadió, pues ante mis ojos estaba el espectáculo más macabro que jamás haya visto: una jungla de intestinos humanos colgando de ganchos clavados al techo y meciéndose como cadáveres pendiendo de una horca. Algunos aún goteaban sangre que formaba charquillos repugnantes en el suelo. Por un momento ninguno de los dos pudo pronunciar una palabra.

McGray fue el primero en dar un paso al frente.

—Están ordenados en hileras —dijo, caminado absorto por la galería—, yendo de los más frescos a los más viejos…

Me obligué a respirar profundo. Esperaba que el lugar apestara como una carnicería, pero en vez de ello percibí un fuerte olor a jabón y aceite.

Vi que McGray se inclinaba sobre unos objetos brillantes. Tres largos cuchillos estaban dispuestos bajo los intestinos, uno frente a cada fila, junto con un trozo de papel en el que habían trazado un garabato.

Como la máscara, cada cuchillo era una verdadera obra de arte: los mangos eran de madera esmeradamente tallada, y las cuchillas estaban hechas de cristal colorido y afilado. Me parecieron tan hermosas como mortíferas, y de inmediato pensé en sus ventajas: una hoja de vidrio tardaría mucho más en perder el filo que una de metal.

McGray se acercó a la fila de intestinos más viejos, que lucían secos y encogidos, casi listos para convertirse en cuerdas de violín. Se inclinó sobre el respectivo cuchillo, que tenía una hoja muy ancha de cristal verde con finísimas motas amarillas.

—En el papel escribieron una “S” —me dijo McGray.

Al mirar sobre su hombro noté que a la cuchilla le faltaba la punta.

—Debe ser la inicial de Sylvain Fontaine —supuse—. Y ésa es el

arma que se usó para matarlo. Mira, el pedazo que le falta fue el que se enterró en el pie de Larry.

Cerca yacía un montón de papeles manchados de sangre. Los miré de cerca y reconocí las notas de la Sonata del Diablo.

—Usó las partituras para envolver las tripas —dijo McGray—, así como los carniceros envuelven filetes con periódico.

—Es cierto, y yo que pensé que robarse esas partituras en específico tendría algún gran significado…

Me acerqué a la siguiente fila de entrañas. También se veían resecas, pero aún conservaban algo de su inmunda textura resbalosa. La nota junto a esa cuchilla mostraba una "R".

—Raniero Caroli —dijo McGray, y aquellos intestinos me parecieron todavía más perturbadores.

—En efecto. Theodore nunca fue parte del plan de Giacomo. ¿Crees que lo haya asesinado sólo para que el violín continuara pasando de mano en mano?

—Tal vez, pero no podría asegurarlo.

Seguimos adelante y encontramos el cuchillo azul que habíamos visto en Calton Hill, y que en algún momento había estado a centímetros de nuestros rostros. Como era de esperarse, la nota a su lado era una "L".

—Lewis —susurró McGray, y los intestinos aún frescos y escurriendo sangre lo ratificaron.

Junto a la hoja del cuchillo vi un par de ojillos titilantes. Pensé que se trataba de una rata, pero resultó ser la cabeza de león que había adornado el Amati. McGray la levantó para examinarla de cerca.

—Así que Ardglass estaba diciendo la verdad —exclamé—. ¡Giacomo sí le dio el violín! Debió escurrirse por una chimenea y dejarlo en su estudio. ¡Y el idiota de Ardglass pensó que estaba viendo al demonio!

—Fue más idiota por conservarlo —gruñó McGray—. Típico de Ardglass; sabía que alguien se había robado el violín y aun así decidió quedárselo y tocar hasta que el rascatripas empezó a envenenarlo.

—No es que me entristezca demasiado —dije con un suspiro.

Entonces sentí un escalofrío al encontrar un cuarto cuchillo, que yacía solitario sobre la tierra húmeda, sin una nota a su lado. Me pareció el más mortífero de todos: la hoja inusualmente larga estaba teñida de rojo oscuro con rayas negras, como la piel de un tigre. McGray alumbró el techo y vimos una hilera de ganchos vacíos clavados a la roca.

—Ya está listo para el próximo —musitó McGray con espanto—. Parecería que planeó cuatro asesinatos desde un principio.

—Quizá, ¿pero por qué cuatro? —susurré—. Tal vez haya algo por aquí que lo sugiera.

Muy cerca encontramos un violín barato; seguramente el instrumento que los Caroli le habían dado a Giacomo para mantenerlo ocupado. Yacía sobre una pila de libros arrugados por la humedad; títulos que abarcaban historia, teoría musical, astronomía… y por supuesto brujería y química. Había un pequeño cuaderno hecho de sobras de papel cosidas a mano. Le di una hojeada y encontré que las páginas estaban llenas de garabatos casi infantiles. McGray acercó su haz de luz y leyó en voz alta:

—*¡Sangre! ¡Odio la sangre! ¡Y cómo chilló! ¡Como esos cerdos en el matadero!* —pasó unas páginas—. *Raspar… y raspar… y raspar la inmundicia pegajosa…* —McGray se estremeció—. Guarda esto, Frey. Es evidencia.

Me guardé el cuadernillo en el bolsillo interior de mi chaqueta y continuamos nuestra búsqueda. Cerca de la pila de libros había muchas botellas vacías, todas etiquetadas como veneno para chinches.

—Eso explica el olor —dije—. Aquí es donde extrajo el arsénico para concentrarlo en la barbada.

En la esquina más apartada de la galería encontramos un montoncillo de cobijas que formaban una cama improvisada. Un tramo de intestino yacía allí. Alguien había estado raspando la capa de mucosidad que lo cubría: había una masa de tejido viscoso junto a la tripa limpia, y también vimos un pequeño disco de bronce a un lado. Ése había sido el repiqueteo metálico que habíamos escuchado hacía unos segundos.

—Estaba trabajando aquí —musitó McGray—, usando ese disco para limpiar las tripas. Nos escuchó llegar, dejó caer su herramienta… y eso significa que… aún debe estar…

—Aún debe estar cerca —concluí, y entonces agité mi linterna en todas direcciones, buscando frenéticamente. De nueva cuenta las sombras jugaron con mis sentidos y las formas proyectadas entre los intestinos parecieron transformarse en una jauría de monstruos.

—*¡Frey, basta!*

Una de las sombras cobró vida y se abalanzó sobre mí. Di un salto, McGray disparó dos veces y tras ver la borrosa figura de una capucha negra sentí dos patadas potentes sobre el estómago. Dejé caer mi arma y mi linterna, al tiempo que veía la capa oscura arremetiendo contra McGray.

No tuvo tiempo de gritar y yo no tuve más que una fugaz visión de lo que ocurría, pues la linterna de McGray se extinguió y la cueva se sumió en la más profunda oscuridad. De pronto lo único que tenía

ante mis ojos era un lienzo de negrura sólida e impenetrable.

Esperaba escuchar gritos y forcejeo, pero sólo hubo silencio: los tres nos habíamos quedado inmóviles en medio de aquella caverna en tinieblas.

Después de un momento de total confusión, sentí que McGray tiraba de mi brazo para movernos lentamente. Nos desplazamos apenas unos centímetros en absoluto silencio y entonces comprendí lo que intentaba: cambiar de posición y rogar que la criatura no nos encontrara.

"¿Giacomo puede ver en esta oscuridad?", me pregunté. "¿Y con cuánta claridad?" Quizá podía vernos a la perfección y estaba gozando de nuestros movimientos aterrados.

Escuchamos que algo salpicaba sobre los charcos de sangre y al instante nos petrificamos, con nuestros corazones latiendo a todo galope.

Después sólo hubo silencio. Silencio y ceguera. El universo se había reducido a los latidos de mi corazón y a la mano de McGray presionando mi brazo.

Lenta, muy lentamente, el terror comenzó a apoderarse de mí. Podía sentirlo como una masa helada hinchándose desde mi pecho: el terror de no saber cuándo seríamos atacados, o quién sería herido primero, o en qué parte de mi cuerpo sentiría la primera puñalada…

Sutilmente, McGray volvió a tirar de mi brazo e intentamos dar unos pasos más. No me había movido con tal cautela ni siquiera cuando diseccionaba cuerpos en Oxford.

Se escuchó otra salpicadura y de nuevo nos detuvimos. Luego volvió el silencio, y esta vez me pareció una eternidad.

McGray dio un golpecito en mi brazo con su pulgar. Jamás sabré cómo es que comprendí lo que quería decirme: ¡Giacomo tampoco podía ver!

Estaba escondiéndose en la oscuridad, tan cauteloso y ciego como nosotros.

Pero su jugada había sido brillante: sabía que no podía someternos a los dos, así que nos había cegado y desarmado en vez de enfrentarnos.

Sentí la cajita de fósforos en mi bolsillo. Cuán tentador era encender alguno y apresurarme a buscar mi pistola o mi linterna. La había escuchado caer pero no romperse. Pero en medio de aquellas tinieblas la flamita de un fósforo sería como un faro que nos delataría mucho antes de que pudiésemos alcanzar nuestras armas.

Justo cuando pensé que la espera podría prolongarse horas, una voz rasposa y ponzoñosa resonó a lo largo y ancho de la caverna. Las

palabras rebotaban sobre las paredes en ecos fantasmales:

—*Mato a cuatro…*

Era una voz extraña, de inflexiones mediterráneas mezcladas con un acento que no había escuchado antes.

—*¿Quieren saber por qué? ¿Quieren?* —la pregunta fue socarrona, hecha en un tono meloso que me heló la sangre.

No respondimos. El eco hacía imposible saber de qué dirección provenía la voz, así que no nos movimos. Giacomo seguramente tendría un oído mucho más fino.

—*¿Los ñores no quieren saber? Pero si los ñores'tán muy interesados en mí.*

Aquella voz tenía un aire infantil que la hacía mucho más aterradora. Era el tipo de voz que uno teme en la infancia; una de esas voces que creemos escuchar en la oscuridad de nuestros cuartos cuando intentamos dormir.

—*Bicho rastrero… todos me dicen… me encierran cuando hay visitas… Pero qué bueno ser bicho rastrero. ¡Lo veo y l'oigo todo! ¡Voy a donde quiero! Nadie me lo impide. ¡Nadie'stá a salvo!*

Escuché el roce de ropas que danzaban alrededor nuestro. El sonido iba y venía en todas direcciones.

—*¿No quieren saber? ¡Son tímidos!* —la voz se transformó en un gruñido que nos hizo saltar—: ¡Entonces les digo aunque no quieran escucharme!

De nuevo escuché el sonido de ropas y después ecos en la madera; el mismo sonido que escuchaba cada vez que Myles levantaba su violín.

La caverna se llenó de notas graves. Era una melodía frenética adornada con trinos veloces; una música tan cautivadora como terrorífica, como una de esas tempestuosas fugas de Bach, y con los ecos retumbantes de la cueva, el violín sonaba tan terrible como el órgano de una catedral.

Después volvió el silencio, pero sólo por un momento. Después hubo una segunda explosión de música. Era la misma melodía pero más aguda y más veloz. También se detuvo abruptamente, sólo para reanudarse por tercera vez, y tanto las notas como el ritmo ascendieron aún más.

Pensé que el violín no podría alcanzar notas más altas y que una mano humana no podría tocar a mayor velocidad, pero entonces vino el cuarto ataque, estridente y enloquecedor. Taladraba mis oídos como uñas arañando vidrio, y aun así parte de mí deseaba iluminar la cueva y contemplar la presteza con que aquellos dedos presionaban las cuerdas.

Gracias al cielo la música se detuvo, pero la voz de Giacomo volvió a resonar:

—*¿No me entienden? ¿Son tan estúpidos? ¡Entonces les muestro!*

Vi una diminuta flama encendiéndose al otro lado de la galería. Era sólo un fósforo, pero para nuestros ojos fue como una llamarada. Pude ver los cinco ojos de la máscara y junto a ellos el cuchillo rojo. Giacomo estaba de pie a la entrada de un pasaje muy estrecho:

—*Ya tengo mi navaja. Esta noche vuelvo a matar*.

McGray corrió hacia la luz, disparando sin apuntar, pero la criatura dejó caer su fósforo y se adentró en el túnel. Usando uno de mis fósforos encontré mi linterna, que estaba intacta, pero en cuanto la encendí Nueve-Uñas me la arrebató y fue en pos de Giacomo.

—*¡Es una trampa, McGray!* —le grité, pero no me escuchó. Ya estaba entrando al pasaje. No tuve tiempo para pensar y vociferé lo primero que me vino a la mente—: ¡Matándote no vas a curar a tu hermana!

McGray se detuvo. Acababa de tocar su nervio más delicado.

No se movió por un instante, y después jadeó y gruñó en la más desgarradora lucha interna. Sólo dios sabe cuántos pensamientos se arremolinaron en su cabeza en aquellos breves segundos… y entonces se lanzó hacia adelante con toda temeridad.

—*¡Jodido, terco escocete!* —grité, corriendo tras él. Dos tendrían más esperanzas que uno solo.

Para entonces, McGray ya había corrido un largo tramo, llevándose la única luz que nos quedaba. Tuve que seguirlo a ciegas, corriendo histéricamente y dándome tumbos contra la roca hasta que al fin divisé el resplandor de su linterna.

—¿A dónde ha ido? —farfullé, pero McGray estaba inmóvil: frente a él, el túnel se ramificaba en tres direcciones.

—Creo que lo per…

McGray se echó a la carrera en cuanto vio un destello muy débil al final del túnel central. De nuevo corrimos enloquecidamente, esta vez por un pasaje claustrofóbico y serpenteante que parecía no tener fin.

La escalofriante voz balbuceaba enloquecidamente y sus ecos retumbaban por toda la cueva:

—*¡Síganme y les muestro! Ustedes me guiaron a él. ¡Ahora yo les enseño!*

No supe cuánto corrimos, pero de pronto McGray se detuvo en seco. Choqué contra él y casi caímos de bruces hacia el ancho canal que se abría a nuestros pies.

Era un túnel con muros de ladrillo, de tres metros de diámetro, por el que corría un torrente de aguas fétidas.

—Esta cueva está conectada al desagüe —espetó McGray—. Así fue como trajo los restos de Caroli cuando…

Pero McGray ya estaba saltando hacia las aguas negras. Había visto a la criatura.

—Dios —gimoteé—, ¿por qué cuando traigo ropa nueva? —y salté tras él.

Me hundí en la corriente turbia que me llegaba hasta los muslos, y los ojos me lagrimearon ante la insoportable peste. Intenté correr pero mi abrigo era como un lastre. Vi a McGray deshaciéndose de su gabardina y muy a regañadientes tuve que hacer lo mismo (incluso entonces, parte de mí lamentó la pérdida de mi elegante abrigo de lana de merino).

—¡Se escapa! —vociferó McGray, alumbrando el canal frente a nosotros. La figura de negro nadaba ágilmente contra la corriente, mientras que nosotros vadeábamos penosamente a través de aquel fango inmundo.

—No quiere escapar, quiere que lo sigamos —espeté, sintiendo que las piernas me ardían. La corriente arremetía implacablemente contra nosotros, y pronto estuvimos jadeando de cansancio.

No sé cómo logré continuar aquella marcha entre el chillido de las ratas y el intenso hedor, envidiando a McGray, que asía la linterna y avanzaba estoicamente.

De vez en vez la cabeza encapuchada atisbaba hacia nosotros, reflejando la luz de la linterna en sus cinco ojos de vidrio. McGray hizo ademán de disparar, pero prefirió guardar los tiros para cuando estuviéramos más cerca.

Lo vimos girar en un codo del canal y de pronto lo perdimos. Nos habíamos rezagado bastante y nos tomó unos momentos angustiantes alcanzar aquella vuelta. Cuando viramos encontramos que el ancho canal continuaba indefinidamente; incluso el potente haz de luz blanca se difuminaba en la distancia. Justo a nuestra derecha encontramos la desembocadura de una tubería lateral que descargaba una ínfima corriente hacia el canal principal.

No había nadie alrededor.

—¿Fue hacia allá? —preguntó Nueve-Uñas con desesperación, señalando la tubería—. ¿O siguió al frente? ¿Qué rayos hizo?

—Pudo irse en cualquier dirección. Deberíamos separarnos. Ve al frente y yo…

—No. Tenemos que enfrentarlo juntos. Puede someter a uno, pero no a dos.

McGray contempló ambos canales, agitando la linterna con frustración.

—Pues yo también puedo jugar —dijo, para después gritar a viva voz—: ¡Ven, Giacomo! ¡Ven! ¡Tu tía nos contó todas tus andanzas!

No hubo respuesta, así que McGray gritó con más fuerza:

—¡Nos contó cómo tu madre te encerraba con los perros desde que eras pequeño! ¡Que en su lecho de muerte le rogó a tu tía que te escondiera de todos!

Escuchamos atentamente, pero sólo se oía el vaivén monótono de las aguas.

—¡Sabemos que has padecido bastante, pero podemos ayudarte! —volvió a gritar—. ¡No me importa que hayas nacido con…!

—*¡Púdrete en el infierno!*

No fue un grito sino un siseo que desbordaba rencor. Apenas lo escuchamos y de inmediato corrimos hacia la tubería lateral. Escuchamos pisadas en el agua; pasos cercanos pero desesperados.

Corrimos a través de incontables vueltas y bifurcaciones hasta que ya no supe cómo encontrar la salida. Recordé el laberinto de líneas punteadas en los planos de la ciudad, y supe que debíamos encontrarnos debajo del Barrio Viejo.

Sin la corriente arremetiendo contra nosotros, pudimos avanzar con rapidez. Podíamos escuchar los pasos de Giacomo con más claridad, y pronto incluso su respiración agitada.

—¡No vas a escapar! —gritó McGray—. ¡Ya casi te alcanzamos!

Pero Giacomo soltó una carcajada:

—*¡No lo creo!*

Llegamos a otro canal muy ancho, y justo cuando nos adentramos en aquel drenaje vimos la capa de Giacomo arrastrándose para desaparecer en la desembocadura de un estrecho ducto lateral.

McGray me empujó hacia adelante:

—¡Síguelo! ¡Yo no paso por ahí!

La tubería ascendía hacia las calles, y el resplandor del alumbrado público iluminaba la figura de Giacomo mientras escalaba.

Intenté seguirlo pero el ducto estaba húmedo y resbaloso. No había avanzado un metro cuando la pistola se me cayó de las manos y caí de nuevo hasta el fondo de la cloaca.

McGray me lanzó hacia arriba como si mi cuerpo fuese una marioneta. Esta vez enterré mis uñas en los resquicios de los ladrillos, sintiendo que me resbalaba inexorablemente, mientras que Giacomo ascendía ágilmente hacia la alcantarilla abierta.

Rugiendo y agitando las piernas logré impulsarme hacia arriba, pero era demasiado tarde: sentí una oleada de repulsión al ver que Giacomo se contorsionaba de manera impensable, deformándose como si no tuviese huesos, y pasando a través de la alcantarilla para salir

hacia la calle.

Lleno de ira, me impulsé de nuevo, alcancé la boca del desagüe y estiré mi brazo fuera de la alcantarilla, en un intento inútil por alcanzar al desdichado, pero ningún hombre adulto habría podido pasar a través de esa abertura.

Giacomo soltó otra carcajada. Vi los ojos de su máscara y su cuchillo de vidrio reflejando la luz de los faroles de la calle. Se arrodilló frente al drenaje y asestó una puñalada hacia mí, obligándome a retirar el brazo.

Me dirigió un susurro tan espeluznante como en la cueva:

—*Cuatro muertos. Uno para cada cuerda…*

—¡McGray, lánzame una pistola!

—*¿Sabe lo que quieren decir las letras? ¿Las letritas en mis notas?*

McGray estaba lanzándome ambas armas pero no podía atraparlas sin resbalarme.

—¡Son las iniciales de la gente que has matado! —exclamé.

De nuevo, Giacomo rio:

—*No saben de música. Cuatro cuerdas en mi violín… una quinta entre cuerda y cuerda…*

—¿Qué diablos…?

Habló muy lentamente, como si le explicara algo a un retrasado mental:

—*La cuerda más grave, donde todo empezó… La cuerda de Sol… ¿Sylvain?*

—¡Sylvain!

—*Luego, cinco notas más arriba, Re; Raniero, mi tío el idiota… Luego la cuerda de La, el gordo Lewis… Y luego no encontré a nadie, pero… ¿Me puede decir qué nota sigue?*

Sentí que mi corazón se congelaba de pavor.

—*¡Oh, sí lo sabe! Y lo sabe muy bien: la cuerda de Mi, que por supuesto es…*

—Myles.

Experimenté un pánico hasta entonces desconocido; una oleada que parecía desgarrarme el pecho, al tiempo que la voz de la gitana resonaba en mi memoria: ¡Estás a punto de perder a tu ser más querido!

Giacomo se carcajeó con crueldad y una vez más habló en su tono meloso y aterrador:

—*Los espío por las chimeneas, lo escucho tocar el violín, lo encuentro perfecto… 'Ora ustedes están perdidos allá abajo. No pueden salir. No pueden alcanzarme a tiempo… ¡Yo gano! ¡Completo mi violín para Satanás!*

Y entonces lo vi correr desquiciadamente hacia el final de la calle.

34

Me deslicé, abatido, hasta el fondo de la cloaca, temblando de pies a cabeza. Mis piernas se hundieron en las aguas inmundas y McGray tuvo que levantarme de un tirón.

—¿Tu hermano aún se hospeda en el New Club?

La desesperación se apoderó de mí:

—Sí, ¿pero cómo salimos de aquí? ¿Cómo salimos? ¿Por dónde…?

—Cálmate, Frey. Sólo necesitamos encontrar una alcantarilla por la que…

—*¡Oh, no me digas!* ¿Y cómo rayos vamos a encontrarla entre este río de mierda humana?

—Recuerda que pasé horas leyendo esos planos. Dime, ¿qué viste allá arriba? ¿Algún punto de referencia?

—N-no…

—¡Entonces sube a ver!

Así lo hice, de inmediato, aferrándome a los ladrillos con todas mis fuerzas.

—Estamos justo debajo de High Street.

—Bien, ¿a qué altura?

—Emm… veo una iglesia… muy inusual. La fachada tiene contornos curvos y el pórtico es estúpidamente pequeño.

—Ésa es la iglesia de Canongate —McGray supo de inmediato—. Creo recordar que sólo una tubería grande corría a lo largo de High Street… pero…

Entonces perdí los estribos:

—Oh, ¿cómo esperas recordar una marca que viste hace días en un jodido plano de cinco metros cuadrados?

—¡Oi, cállate y déjame pensar!

McGray se cubrió la cara con ambas manos, mascullando para sí mismo.

Di vueltas a su alrededor frenéticamente, desmoronándome por la desesperación. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido como para seguir a Nueve-Uñas en esta maldita carrera? Y mientras él se esforzaba por recordar un detalle minúsculo, aquel asesino, aquel monstruo, avanzaba calles enteras. ¡Corriendo hacia mi hermano menor! La espantosa imagen de los intestinos que colgaban en la caverna se filtró en mis pensamientos; me estremecí y no pude contener un gruñido de

frustración.

Lo siguió una ira ardiente. Estaba a punto de golpear a McGray directo en la cara pero justo entonces abrió los ojos, exultante:

—Qué estúpido soy. ¡Claro!

—¿Recordaste?

—Ei, pero no por los planos. Hay una alcantarilla muy grande justo enfrente del Ensign Ewart. Si esto corre a lo largo de High Street y Canongate está hacia allá… ¡Sígueme!

Corrí tras McGray en una carrera angustiante, hasta que encontramos una alcantarilla más ancha por la que se filtraba la luz anaranjada de las calles.

Entre los dos empujamos la rejilla que cubría el desagüe, gruñendo y bufando por el esfuerzo; ninguno esperaba que aquella placa fuese tan pesada. Por un horrible instante no se movió, pero entonces sus bisagras oxidadas rechinaron y, dolorosamente, logramos hacerla a un lado. La apertura era apenas suficiente para dejarme salir.

—Tendré que salir por otro lado —dijo McGray, impulsándome hacia arriba.

Salté hacia la calle y en cuanto estuve de pie McGray vociferó algo que no pude escuchar. Me había gritado que tomara su pistola, pero las palabras adquirieron sentido cuando ya había recorrido un largo tramo de la calle. Era demasiado tarde para volver. No tenía tiempo para meditar mis opciones; me concentré en llegar al New Club y proteger a mi hermano, intentando no pensar que podría ser ya demasiado tarde.

De pronto me encontré corriendo a toda velocidad, con las piernas a punto de colapsar, ignorando charcos y carruajes, pero el mundo aún parecía moverse con aterradora lentitud. Descendí a través de los callejones de Castle Rock, crucé los jardines de Princes Street, pasé justo frente a la desierta galería de arte, y casi trastabillé al ver la fachada georgiana del New Club emerger ante mí. Estaba tan desesperado que crucé Princes Road sin mirar en ninguna dirección. Sólo supe que no había carruajes o caballos en mi camino porque llegué al otro lado de la calle sin que nada me arrollara.

Irrumpí en la recepción, mostré mis credenciales y le grité al somnoliento botones que llamara a cuantos gendarmes encontrara. Luego salí disparado hacia las escaleras, y después de lo que me pareció una eternidad, al fin llegué a la habitación de Myles.

Mi corazón dio un vuelco cuando vi que la puerta estaba entreabierta. La abrí de una patada y…

El cuarto estaba vacío, iluminado débilmente por el fuego agonizante de la chimenea y un solitario quinqué.

De pronto no pude respirar. Una opresión en el pecho comenzó a sofocarme.

—¿Qué pasa?

No puedo describir el alivio que sentí cuando el rostro de Myles emergió tras el respaldo de un sillón. Corrí hacia él, tiré de su brazo flacucho y lo abracé con todas mis fuerzas.

—¡Por Dios, Ian, apestas! —no podía esperar palabras más cálidas viniendo de él.

—¡Oh, shush! Tengo que sacarte de…

Me di media vuelta pero una visión monstruosa nos hizo gritar.

Giacomo había llegado, y los cinco ojos de su máscara titilaban mientras se deslizaba a través de la chimenea. La orilla de su capa estaba quemándose pero él simplemente extinguió las flamas con la mano desnuda. Parecía una masa sin forma, y retorciéndose como una serpiente se plantó frente a nosotros. Escuchamos el estremecedor tronido de huesos cuando Giacomo regresó sus hombros dislocados a sus articulaciones.

Me coloqué frente a Myles y juntos retrocedimos a la esquina más apartada del cuarto.

—¡Si lo quieres, tendrás que matarme primero!

Myles se agazapó a mis espaldas, temblando sin control, y supe que mis palabras eran inútiles. No tenía armas conmigo y Giacomo lo sabía. Soltó una carcajada al tiempo que sacaba el largo cuchillo de entre los pliegues de su capa.

Sentí un nudo en la garganta y la terrible verdad me llegó de golpe: íbamos a morir ahí, en ese preciso instante. Ese demonio de cinco ojos sería lo último que vería…

—*¡Anda!* —grité en un último arrebato—. ¡Ven por este saco de huesos! ¡No tiene suficiente tripa para darte media cuerda!

Vi la daga brillante elevándose; su borde afiladísimo que nos despedazaría sin esfuerzo. Giacomo bufaba como un toro enfurecido.

Entonces hubo un rugido y una detonación ensordecedora. Una explosión de sangre me salpicó el rostro y al instante vi la cuchilla roja volando por los aires.

Una bala había atravesado la mano de Giacomo y el muchacho había caído de lado, bramando como la bestia en la que se había convertido. Vi una figura alta bajo el marco de la puerta y reconocí los anchos hombros de Nueve-Uñas McGray, sosteniendo una pistola en cada mano.

El cuchillo cayó sobre la alfombra y McGray lo hizo añicos de un pisotón, lanzando astillas por todo el cuarto. Giacomo intentó levantarse para atacarlo, pero McGray lo golpeó en la cabeza con el

mango de una pistola. El demonio sin forma cayó inconsciente al piso.

Todo había ocurrido a una velocidad impensable… en un pestañeo. Después del golpe sordo sobre la alfombra todo quedó en silencio, mientras nuestras mentes asimilaban lo ocurrido. La primera voz que escuché fue la de Myles:

—¿Qué rayos es eso?

McGray se inclinó sobre Giacomo para quitarle la capucha y la máscara. Me impactó ver lo joven que en realidad era. La historia de Mrs. Caroli había sugerido su edad, pero no lo comprendí en su totalidad hasta que vi su incipiente barba adolescente y sus mechones de abundante cabello oscuro.

—Otro violinista —McGray le respondió a Myles—. Más o menos de tu edad, muchacho.

Al fin pude respirar profundamente, y con aquella exhalación sentí que el peso del mundo entero se levantaba de mis hombros.

Todo había acabado.

No restaba más que encarar a Campbell y explicarle todo.

35

La oficina de Campbell, como siempre, lucía patológicamente pulcra, y la blanca nieve que podía verse por la ventana hacía que el lugar casi resplandeciera. Como resultado, el bárbaro moretón que McGray le había dejado resaltaba cual bistec crudo en medio de un inmaculado plato de porcelana.

No me extrañaba que no hubiese llamado a Nueve-Uñas a esta junta.

—¿Puedes resumirme tu reporte? —me pidió, hojeando distraídamente las escuetas páginas.

—Por supuesto —dije, pensando que leer un reporte de cuatro cuartillas seguramente era demasiado esfuerzo para aquel sujeto. Me había tardado horas tomando el segundo interrogatorio de Lorena Caroli, en el que la mujer había revelado los detalles más finos de la situación, pero a Campbell eso le importaba un bledo—. Todo comenzó hace diecisiete años, cuando Lucía Zangrando, hermana de Lorena Caroli, tristemente dio a luz un niño con una horrible deformación, al que llamó Giacomo. Desconozco la condición de la que sufría el jovencito (es una deformación que no había visto nunca), pero parece ser algún tipo de padecimiento óseo que pasa de generación en generación: Mrs. Caroli, por ejemplo, muestra un caso muy severo de artritis para una mujer de su edad, y declaró que tanto su madre como su hermana presentaban síntomas similares.

”Lucía Zangrando y su difunto esposo estaban terriblemente angustiados por la apariencia de su hijo. Ya corrían rumores de una maldición sobre su familia, dado su padecimiento óseo, y al parecer Giacomo era un caso extremo. Sin embargo, nunca tuvieron el valor de deshacerse de él. No es raro que niños deformes sean abandonados o incluso regalados a circos. Ellos prefirieron mantener al niño oculto. Giacomo, sin embargo, resultó ser una criatura extremadamente inteligente: el muchacho pronto dominó música, talla de madera y arte con vidrio soplado, las artes típicas de Venecia.

”Sus padres fallecieron casi al mismo tiempo; Lucía apenas unos meses después de su marido. Justo antes de morir, hizo que su hermana le jurara que protegería al muchacho, sin importar su deformidad, y que también lo mantendría escondido… En palabras de Mrs. Caroli, a su hermana le aterraba que el mundo supiera que un

engendro así había crecido en su vientre. Lorena contrajo nupcias con Raniero Caroli, quien eventualmente fue invitado a enseñar música en Escocia, así que Giacomo vino a Edimburgo con ellos… encerrado en una caja, junto con los sabuesos de la familia.

"Mr. y Mrs. Caroli sí lo mantuvieron fuera de vista, pero no fueron tan estrictos como los padres del muchacho hubiesen deseado: le dieron una habitación propia, le permitían cenar a la mesa, y sólo lo encerraban con los perros cuando tenían visitas. Mrs. Caroli le enseñó a leer y escribir, y lo dejaba pasear por las calles durante la noche, cuando esperaba que nadie lo viera. Incluso concertó que Giacomo tomase lecciones de música clásica con uno de sus conocidos en Edimburgo.

—Fontaine —dijo Campbell.

—Así es, y de esa forma Mrs. Caroli firmó su sentencia de muerte. Mr. Fontaine, que era mitad francés, entendía perfectamente la situación de los Caroli: recién llegados al país, con sus rostros extranjeros y sus costumbres extrañas… sin mencionar la enfermedad de Lorena… así que les resultaba difícil entablar amistades duraderas. Se volvieron tan cercanos al profesor que decidieron confiarle su más oscuro secreto. Todos a quienes entrevisté confirmaron el carácter piadoso de Fontaine; y sin hijos propios, acogió a Giacomo y accedió a enseñarle música en secreto. La deformidad de Giacomo se convirtió en su fuerte al tocar el violín: como pude atestiguar con mis propios ojos, el muchacho tiene dedos anormalmente largos que puede dislocar a voluntad, lo que le da una agilidad imposible para una persona normal. También puede dislocar sus hombros y pelvis, y eso le permite contorsionarse y pasar a través de espacios muy estrechos. Solía salir de casa de los Caroli e ingresar al estudio de Fontaine a través de la chimenea sin que nadie, ni el ama de llaves, se diesen cuenta. Giacomo pronto dominó la música clásica.

—Y entonces las cosas fueron de mal en peor, he de suponer.

—Así es, señor. De acuerdo con Mrs. Caroli, Giacomo se volvió rebelde e irascible. Los Caroli nunca entendieron por qué, aunque las razones son obvias: el muchacho seguramente era consciente de sus talentos, por lo que el aislamiento y la reclusión se volvieron una tortura, como pudimos leer en su propio diario. Lo peor que se le puede hacer a una mente inquieta es encerrarla y reprimirla, hacer que divague sin descanso y se arruine a sí misma. En el caso de Giacomo, creo que su estado se agravó con los arranques propios de la adolescencia.

"Aunque nadie sabía del estudiante secreto de Fontaine, su presencia no pasó totalmente desapercibida para sus allegados. Su

sirvienta, una mujer mayor apodada Amá Hill, declaró que hubo cierto periodo, hace alrededor de tres años, en el que la música de Fontaine se volvió chapucera; muy por debajo de su estándar. Lo que la mujer estaba escuchando eran en realidad las primeras lecciones de Giacomo. También nos dijo que Fontaine solía encerrarse en su estudio, sin dejar las llaves fuera… y eso fue exactamente lo que hizo la noche de su muerte.

"El laudero de Fontaine, apodado Joe el Rascatripas, también comentó sobre el comportamiento extraño del profesor: uno de sus violines predilectos de pronto se rompió sin motivo aparente; algo que nunca le había ocurrido a sus instrumentos. Ése era el violín que Fontaine le prestaba a Giacomo, y el mismo muchacho talló una muy inusual cabeza de león para adornarlo, tal vez como disculpa por haber dañado el instrumento.

—Oh, claro. El violín con la famosa maldición.

—Debo admitir que ese pequeño violín tiene suficiente historia para justificar creencias poco ortodoxas. El pobre Giacomo, desesperado por salir de su prisión y mostrarle sus talentos al mundo entero, alimentó sus fantasías con esas historias: la Sonata del Diablo, el supuesto pacto entre Paganini y el demonio, cuerdas de violín hechas de intestinos humanos… Su intención era ofrecerle su alma al diablo, muy probablemente para crear su propia sonata y convertirse en el mejor compositor de la historia. Para lograrlo tramó un plan muy macabro, relatado vagamente entre sus notas: utilizaría los cuerpos (y almas) de cuatro virtuosos, y cada uno aportaría una cuerda para tocar su composición. Incluso logró encontrar a músicos cuyas iniciales coincidían con la cuerda que saldría de sus cuerpos: Sylvain para la cuerda de Sol, Raniero para Re, Lewis para La, y… Myles…

Sentí un nudo en la garganta aun entonces, y vi que el rostro de Campbell, por vez primera, mostraba algo de empatía.

—También parece que Giacomo asesinó siguiendo la escala musical en orden ascendente —proseguí—, y sólo mataba a músicos que en vida hubiesen tocado el violín. No sé si el orden haya sido coincidencia o parte de su ritual; pero estoy seguro de que deseaba que sus víctimas hubiesen… embebido el violín con parte de su talento al tocarlo.

—En cierta forma… qué inteligente… —murmuró Campbell.

—Ciertamente. Giacomo sabía que cuando Fontaine muriera, el violín pasaría a manos de Theodore Wood, quien tendría que morir para que el violín llegase a manos de los Caroli, su propia familia. Así que Giacomo tenía que deshacerse de Wood, a pesar de que el hombre

no fuese parte de su plan original.

—Y se deshizo de él de una manera muy… creativa, ¿no es así, Frey?

—Diría que fue un plan brillante, señor. Giacomo *envenenó* el violín después de asesinar a Fontaine, y lo hizo de manera que sólo quienes tocaran el instrumento por largo tiempo fuesen afectados; no quería matar a cuanta persona lo sostuviera o le pusiera las manos encima. La muerte de Theodore salía del patrón original, y eso complicó bastante nuestras investigaciones.

—Háblame de Caroli.

—La noche del funeral de Theodore fue también el momento en que Giacomo escapó de los Caroli; su tía entró en labores de parto y no pudo encerrarlo en el cobertizo de los perros, así que el muchacho decidió apoderarse del violín (lo cual fue muy sencillo, pues se encontraba en su propia casa) y después salió para conseguir el… material para su próxima cuerda —me permití un suspiro. Ésta era la muerte que más lamentaba—. Me parece que Raniero Caroli siempre fue una potencial víctima: está su obvia inicial, y además era una figura de autoridad que Giacomo detestaba. Leyendo su diario parece que el muchacho reconocía cierta legitimidad en el mando de sus familiares, pero veía a Caroli como un intruso.

—¿Y qué hay de la carnicería que cometió en Calton Hill?

—Oh, ése fue el gran error de Giacomo. La muerte de Ardglass fue totalmente inesperada, y no sólo para nosotros. Me imagino que Giacomo planeaba asesinar a Lewis aquella misma noche, así que debe haberse ocultado en alguna de las chimeneas para espiarlo; debió ser entonces cuando escuchó a mi hermano tocando el violín. Después de que Ardglass fue arrollado por aquella carreta, Giacomo lo arriesgó todo para llegar al cadáver antes de que los intestinos se corrompieran. Profanar una tumba fue un crimen muy temerario, tomando en cuenta que lo cometió casi a las puertas de la Cárcel de Calton… ¡y después pareció correr derecho hacia la Alcaldía!

—Fue muy afortunado que tú y McGray decidieran buscar “fuegos fatuos” en ese cementerio… justo esa noche… —Campbell pronunció aquello con innegable sarcasmo, contemplando aquellas líneas en mi reporte.

—Realmente afortunado —agregué con total descaro. Campbell debía saber muy bien qué nos había llevado allí—. Como ya sabe, la marca en el cuello de Ardglass fue la pista que nos llevó a la barbada envenenada… y de ahí a Mrs. Caroli, quien la había mandado hacer especialmente para su sobrino. La pobre mujer nos confesó que sospechaba del muchacho, pero no estuvo segura hasta que nosotros

mismos le mostramos la evidencia.

—O eso es lo que quiere que creamos —agregó Campbell.

—Nunca sabremos hasta qué grado sospechaba de las intenciones del muchacho, pero debo darle el beneficio de la duda. El secreto que mantuvimos alrededor de la muerte de Fontaine pudo haber actuado a favor de Giacomo; desconociendo los detalles del crimen, es perfectamente factible que Mrs. Caroli simplemente no dedujera lo que en verdad ocurría.

Campbell asintió lentamente:

—Una última pregunta, Frey. McGray parloteó todo tipo de incoherencias sobre los cinco ojos y el ritual satánico que Giacomo practicaba sobre sus víctimas.

—Es correcto.

—¿Dónde aprendió todo eso?

—Sólo podemos especular que tenía amistades de las que los Caroli no sabían nada. Un muchacho solitario, deforme, deambulando por las calles por la noche… bien pudo haber llamado la atención de alguien interesado en artes oscuras. Al final de mi reporte recomiendo una investigación más a fondo.

Campbell pasó las páginas con rapidez:

—¡Vaya, incluso tienes a un sospechoso! Una tal… Madame Katerina.

—La evidencia es meramente circunstancial, pero así es. Esa mujer supo cosas que nadie podría saber. Nos dijo que el asesino era un "genio enjaulado y perturbado". El carretón que arrolló a Ardglass era conducido por uno de sus lacayos, y más tarde pretendió presagiar el peligro que corría mi hermano. Por si fuera poco, McGray en repetidas ocasiones le reveló información confidencial sobre el caso.

—¿Y McGray qué opina de ella?

—Oh, el inspector McGray no sabe que incluí esto en el reporte. Él está convencido de que la mujer tiene un… *don*, y confía en ella ciegamente. Personalmente, creo que su verdadero don es su habilidad para las artimañas.

Campbell asintió:

—Bien. La mantendremos vigilada —pero cerró la carpeta con prisa—. Puedes retirarte, Frey. Ahora nos toca decidir tu futuro.

*

La nieve caía con fuerza sobre el castillo de Edimburgo.

Desde una banca guarecida de los elementos, contemplé cómo sus techos y las laderas del volcán extinto se iban pintando de blanco. Pronto las ramas desnudas de los árboles fueron el único indicio de

color en los jardines de Princes Street.

Recordé que no hacía mucho tiempo esos jardines habían estado bajo el agua, y la gente los llamaba el Lago del Norte. Mirando al castillo intenté imaginarme cuán imponente habría sido aquella vista: los muros de roca erosionada y las laderas accidentadas del volcán reflejándose en las aguas tranquilas de un lago.

Me envolví el cuello más apretadamente con las solapas de mi abrigo, antes de volver a mirar mi reloj. A sir Charles se le hacía tarde para nuestra entrevista, y tras aquella espera me moría de frío.

Después de un largo rato vi que el hombre descendía apresuradamente por las escaleras que venían de Princes Street. Sir Charles también estaba sufriendo por el clima, llevando un abrigo que se me antojaba demasiado delgado para aquel lugar y época del año. Al instante reconocí su cabello ralo y su espeso bigote, tan blanco como la nieve a su alrededor.

Se sentó a mi lado y me saludó con un firme apretón de manos, que para alguien como él era una muestra de emoción irrefrenable.

—Te han mantenido ocupado, Frey.

—Supongo que ya ha leído mi reporte.

—Así es, y lord Salisbury me lo quitó de las manos. Excelente trabajo, Frey. Incluso aquel incidente en el cementerio obró a tu favor, y concluyeron el caso en el momento justo para acallar las idiotas teorías de los periódicos.

—¿Ha escuchado sobre nuestra… trifulca con el superintendente Campbell?

—¡Que si hemos escuchado! No debería decirte esto, pero ya muchos de sus subordinados rumoran que el hombre se magulla más rápido que un melocotón —sir Charles vio que estaba a punto de sonreír—. ¡No lo tomes con demasiado humor, Frey! Fue una escena lamentable. Sin embargo, ha resultado muy útil tener a un informante en estos rincones del Imperio, y tú y McGray parecen complementarse muy bien… en sus respectivas competencias. El primer ministro ha hablado con Monro y le ordenó que interviniera. Monro le ha enviado una carta muy enérgica a Campbell exigiéndole que se olvide de su pleito contigo y con McGray. Ustedes dos podrán continuar laborando en su pequeña subdivisión.

Aquellas palabras llegaron junto con una ráfaga de viento helado. Los copos de nieve que me golpearon el rostro fueron tan gélidos como aquella noticia.

—¿Pe… perdón? ¿Nuestra subdivisión, ha dicho? ¿Eso significa que debo quedarme varado aquí, bajo el mando del desquiciado de Nueve-Uñas McGray? ¡Pensé que lord Salisbury tendría suficiente

vergüenza para permitirme volver a Londres!

Sir Charles suspiró:

—Intenté persuadirlo, en verdad, pero dijo que en este momento le resulta más útil tenerte aquí que en Londres. Le parece conveniente contar con un buen par de agentes a quienes pueda asignar casos delicados sin levantar sospechas. Tampoco debería decirte esto, pero los imitadores del Destripador no son los únicos casos que tiene en mente para ustedes dos.

Sentí que la cara se me enrojecía de ira:

—¿Así que no me devolverán mi puesto?

—No… al menos no de momento.

Había tanto que quería decirle pero nada salió de mis labios. Estaba demasiado cansado para contradecirlo, sabiendo bien que ningún argumento podría cambiar mis circunstancias. Simplemente miré a la distancia, abatido. Sir Charles me palmeó el hombro:

—No desesperes, Frey. Siempre he pensado que este tipo de cosas suelen pasar para bien —escuchó el cinismo en mi risa—. Además, no entiendo tu afán de volver a Londres tan pronto, tomando en cuenta el noviazgo tan inoportuno de tu hermano.

Alcé la cabeza, frunciendo el ceño:

—¿Qué ha dicho?

—Anda, Frey. Dudo que te haya hecho muy feliz saber que tu hermano va a casarse con tu antigua prometida…

—¡¿Qué?! —grité, poniéndome de pie de un salto y vociferando como bárbaro—. ¡¿Laurence y Eugenia?! Pe-pe… ¿pero cómo? ¿Cuándo?

Sir Charles se sonrojó intensamente, con su flema inglesa agraviada ante mi áspera exhibición. Me aclaré la garganta y arreglé el cuello de mi abrigo, intentando parecer bajo control (un esfuerzo inútil, dado mi rostro encarnado y las nubes de vaho que salían de mi boca, haciéndome parecer una locomotora).

—¿Nadie te había dicho? —preguntó sir Charles con más incredulidad que vergüenza—. Me había imaginado que… bueno, como tu otro hermano ha estado en Edimburgo bastantes días… Supuse que ya sabrías.

No recuerdo sus palabras exactas después de eso, pero me dijo que el compromiso se había anunciado pocos días después de mi partida. Luego sir Charles se excusó y se alejó tan rápido como el decoro le permitía, dejándome en un estado de ánimo tan desolado como el invierno escocés. Deambulé por los jardines sin percatarme de la hora, buscando un lugar tranquilo y solitario, y un páramo de vegetación escarchada fue el desafortunado receptor de todo mi odio. En cuanto

estuve seguro de que nadie me veía, me entregué al salvajismo y aporreé, pateé y pisoteé hojas, ramas y bellotas, escupiendo a viva voz las injurias más soeces de que fui capaz.

Lo único que pudo detenerme fue la falta de aire. Apoyé las manos sobre mis rodillas, luchando por recuperar el aliento y sin notar la nieve que caía a mi alrededor. Entonces vi que tenía un espectador: un gato negro que me observaba con sus atónitos ojos verdes. Me hizo sentir tan avergonzado como si se tratase de la reina Victoria.

Caminé de vuelta a casa de McGray, pensando que pronto sería Navidad, y con ella llegaría la tradicional cacería de venados que mi familia organizaba en Gloucestershire. Lejos de esperarlo con ansia, me pregunté si Laurence tendría el descaro de invitar a Eugenia y a los Ferrars a la finca de mi tío. Una cena de Navidad sería la ocasión perfecta para celebrar su reciente compromiso.

—Al menos habrá cacería —me dije—. Siempre puedo alegar que fue una bala perdida…

Epílogo

McGray se despertó muy temprano aquella mañana, aunque en realidad no había dormido muy bien. Cuando entré al comedor, encontré que ya casi terminaba de desayunar y conversaba animadamente con Joan.

La mujer le había preparado dulces de leche y mantequilla, así como caramelos y mazapanes. Después de servirme el desayuno, Joan comenzó a envolver los dulces en bolsitas adornadas con listones. George volvió entonces con un ramillete de flores, y en cuanto vio los envoltorios de Joan comentó cuán cursis le parecían. Joan contraatacó con su finura de siempre, y me dio un escalofrío al pensar cómo debían gozar su amor masoquista. Aún no le contaba a McGray sobre el sórdido incidente del guardarropa.

McGray y yo los dejamos peleándose con ahínco y fuimos por nuestras monturas. Larry ya tenía listos a Centeno y a Philippa, y estaba dándoles una buena ración de avena. El ojo del muchacho había sanado vertiginosamente en cuestión de días, y Joan había logrado que el pillo al fin accediera a bañarse. Me alegraba que su padre aún no viniera a buscarlo; habría sido terrible verlo volver a aquella miseria.

Salimos de la casa y nuestra primera parada fue la estación de trenes. Encontramos a Myles en la plataforma de primera clase, vigilando que los cargadores no dañaran su montaña de equipaje.

—¿Para qué rayos compraste una gaita? —exclamé al ver las puntas del ofensivo instrumento sobresaliendo de uno de sus baúles.

—Tal vez intente aprender —respondió Myles—. Estaré ensayando con la orquesta del teatro los próximos meses, y no quiero tocar un solo violín al menos hasta después de Año Nuevo.

—Como quieras —le dije—. Si te apetece tocar un instrumento que suena al chillido de un gato al ser castrado…

—¡Oi! —protestó McGray—. Vuelve a insultar nuestra música y haré una gaita con tu molleja londinense —entonces McGray notó que el tren que Myles tomaba iba hacia Bristol—. ¿No regresas a Londres?

—No. Me han dado unas vacaciones —explicó Myles—, así que iré directo a la finca de nuestro tío en Gloucestershire. Ya casi es Navidad

y siempre cazamos con él. A mi hermano le encanta esta tradición. Mr. McGray, espero que le dé permiso de ir.

—*¿Que me dé permiso?* —protesté—. ¿De qué hablas?

—Mr. McGray es tu superior, ¿no es así?

Tartamudeé con indignación:

—Oh, sólo márchate ya.

Myles le dio un apretón de manos a McGray y subió al vagón. Sonrió de oreja a oreja y se despidió agitando ambas manos. Mientras el tren se lo llevaba, no pude evitar envidiarlo un poco: joven, sin preocupaciones y lleno de vida. Me estremecí al pensar cuán cerca había estado de perderlo.

Después nos encaminamos al manicomio. Teníamos que completar cierto papeleo relacionado con Giacomo, y McGray, como era su costumbre, aprovecharía la ocasión para visitar a Pensy.

El doctor Clouston nos esperaba, y en cuanto los documentos estuvieron en orden nos guio a los jardines de la institución. Señaló a un adolescente custodiado por dos enfermeros, y de inmediato reconocí la figura inusual de Giacomo: el muchacho estaba sentado en una banca, con las piernas enredadas en una complicada flor de loto.

Lo contemplamos por un rato antes de decir algo. Era difícil creer que alguien tan joven pudiese haber cometido crímenes tan terribles: envuelto en una gruesa bata blanca, con su ondulado cabello oscuro enmarcándole el rostro casi infantil, la verdadera edad de Giacomo (diecisiete) quedaba en evidencia.

Estaba concentrado en una pieza de arcilla húmeda, a la que sus largos y ágiles dedos daban la forma de una máscara de cinco ojos. Su mano derecha, la que había recibido la bala de McGray, seguía vendada, pero no parecía molestarle en lo absoluto.

—¿Dejando que tome aire fresco? —preguntó McGray.

—Así es —dijo Clouston—. Aún no sé cómo atender su caso, pero definitivamente no lo mantendré encerrado en su cuarto. Fue el confinamiento lo que desencadenó… todo esto.

—Y lo mantiene ocupado —comenté, señalando la escultura de arcilla.

—Quiero que su mente esté ocupada, por supuesto. No ha dicho una palabra desde que lo trajeron, pero el arte parece ser su mejor medio de comunicación. Obviamente no puedo darle un violín, sólo reforzaría sus delirios, ni herramientas afiladas para tallar madera. Pensé en dejarlo pintar, pero sólo Dios sabe qué clase de venenos podría preparar con todas esas sustancias químicas. Así que por ahora deberá conformarse con la arcilla.

—¿Escuchó las noticias de Mrs. Caroli?

—¿Que se va de Escocia? Sí. Se mudará a la antigua casa de su padre, me parece que en Venecia. Una de sus sirvientas vino ayer con una carta. La señora enviará una pensión bastante generosa para cubrir los gastos de este muchacho.

Dejé salir un largo suspiro:

—Pobre Mrs. Caroli…

Clouston dejó caer su libreta con indignación:

—¡¿Pobre Mrs. Caroli?! ¡El peor crimen de todos lo cometió esa mujer! Mantuvo a este muchacho encerrado por años sólo porque nació diferente. Imaginen lo que Giacomo pudo haber hecho si tan sólo lo hubiesen dejado crecer como un niño normal; las maravillas que habría podido aportar a las artes, a la música… ¡tal vez hasta a la ciencia! —el doctor se inclinó para recoger sus notas—. Disculpen mi exabrupto, es sólo que…

Entonces un paciente pasó corriendo y gritando frente a nosotros. Lo esquivé con un rápido movimiento, pues ya había perdido demasiada ropa fina. Clouston tuvo que unirse a los enfermeros en su persecución y nos dejó atrás sin oportunidad de despedirse apropiadamente. Qué dedicado es el buen doctor Clouston.

Sacudí la cabeza y me dispuse a marcharme, pero me percaté de que McGray observaba a Giacomo con gran melancolía. Estaba palpando el muñón de su dedo perdido con el pulgar de esa misma mano.

—No era un demonio… —susurró—. Era sólo un muchacho. Debes sentirte muy satisfecho, ¿verdad, Frey?

En cierta forma lo estaba, pero McGray se veía tan desalentado que preferí no admitirlo.

—Lamento que no hayas encontrado lo que buscabas —le dije con toda honestidad.

—Sé que fui muy imprudente en este caso… Siempre soy imprudente, pero esta vez excedí mis peores momentos… Jamás debí darles el violín a los Caroli…

—McGray, lo mencioné en mi reporte oficial y te lo repito: dudo que hubiésemos podido evitar la muerte de Raniero. Prácticamente pusimos el violín en manos de Giacomo, pero no sé de qué otra forma habríamos resuelto el caso. De no haber encontrado el violín en manos de Ardglass, no habríamos descubierto el patrón de las muertes a tiempo… Tal vez estaríamos enterrando a mi propio hermano… y aún sin pruebas o pistas que seguir.

Pronuncié cada palabra con absoluta sinceridad, pero Nueve-Uñas no pareció reanimarse.

—Al menos pude ayudar a Myles —dijo McGray tras un fatigado

suspiro—. Cuando mis padres murieron, y esto… —me mostró su mano mutilada— y esto pasó, vi a alguien… alguien como él, Frey —miró a Giacomo intensamente—. Vi a alguien como él arrastrándose en el cuarto, cuando los cuerpos de mis padres aún yacían allí y mi hermana acababa de perder la razón. Siempre pensé que se trataba de un demonio. Hasta ahora no había pensado que pudo ser algo más…

—¿Quieres decir que ya no crees en lo "oculto y fantasmal"?

McGray sonrió:

—No te hagas ilusiones. Significa que ahora tengo más posibilidades que considerar. Deberías intentarlo de vez en cuando, princesita.

Chasqueé la lengua y vi a McGray alejarse con las flores y los envoltorios de golosinas para su hermana.

—Tómate el día libre, dandi. Te lo mereces.

Sacudí la cabeza mientras McGray cruzaba las puertas del manicomio. En cuanto lo perdí de vista, me encaminé a la salida, pues aquel otro paciente seguía corriendo por los jardines, y no quería otro desagradable accidente. Había tenido suficientes sorpresas en las semanas anteriores.

Miré hacia atrás y pude ver a Nueve-Uñas y a Pensy a través de una de las ventanas superiores. A pesar de la distancia, era una imagen que partía el corazón: McGray retirando amorosamente hebras de cabello del rostro de su hermana, después sentándose frente a ella para narrarle con gran detalle los acontecimientos de los últimos días. Lo vi depositar los dulces frente a la muchacha y agitar los brazos animadamente mientras le hablaba, con una sonrisa que le suavizaba las facciones.

Hay algo muy peculiar en el rostro de McGray: si lo miras desde cierto ángulo parece jovial, sin preocupaciones… casi infantil. Pero entonces mueve la cabeza, o arruga la nariz, o hace una mueca de cansancio, y puedes ver cómo lo han envejecido los infortunios de su vida.

Ahora lo entiendo. Necesita cazar leyendas, perseguir las historias fantasmales y creer que todo aquello es real… Necesita algo por qué luchar, algo que le haga sentir que su vida aún tiene algún propósito. Quizás eso es lo único que ha evitado que él también pierda la cordura.

Y quizás es por eso mismo que necesito mi trabajo en la policía.

De nuevo negué con la cabeza, intentando dejar atrás esos pensamientos, y les pedí a los mozos que me trajeran mi yegua. Mientras esperaba noté que el día estaba seco y soleado, a pesar de ser los primeros días de diciembre.

El azul brillante del cielo y el aire fresco me invitaban a vivir. Era el momento ideal para contemplar el castillo, con un buen habano, desde los ventanales del New Club; o podría pasearme por entre las mansiones georgianas del Barrio Nuevo; o por fin escalar la ladera de Calton Hill y contemplar la ciudad de Edimburgo… esta vez sin neblina y sin espectros armados con dagas.

—Tómalo con calma, Ian —me dije mientras cabalgaba por la calle nevada—. Creo que vas a estar varado en este lugar por mucho tiempo…

Nota del autor

El síndrome de Marfan no fue identificado propiamente sino hasta 1896.

Es un trastorno hereditario que afecta a los músculos y al sistema óseo, resultando en ligamentos laxos, articulaciones hipermóviles y alargamiento anormal de los huesos —los pacientes adultos suelen medir más de 1.80 m, con extremidades muy largas y finas. El padecimiento se transmite de generación en generación a través de un gen dominante.

A la fecha no existe un tratamiento específico para este padecimiento.

1888. UN VIOLINISTA ES BRUTALMENTE ASESINADO EN SU CASA DE EDIMBURGO

No había entrada ni salida del cuarto. Se encuentran símbolos satánicos en el piso. El ama de llaves de la víctima jura haber escuchado a tres músicos tocando allí antes del crimen. Y todos los sospechosos hablan de un violín supuestamente tocado por el mismo diablo.

Las circunstancias de la muerte sugieren también la presencia de un imitador de Jack el Destripador. Temiendo una oleada de pánico, la policía escocesa envía a los inspectores Ian Frey y Adolphus “Nueve-Uñas” McGray, quienes con sus personalidades diametralmente opuestas deberán resolver un caso que desafía la cordura.

Oscar de Muriel nació en la ciudad de México. Es Doctor en Ingeniería Química, escritor, violinista y traductor. *La sonata del diablo*, su novela debut y primera en la serie de Frey & McGray, fue publicada inicialmente en el Reino Unido y ya ha sido traducida a cinco idiomas. Actualmente divide su tiempo entre México y el norte de Inglaterra.

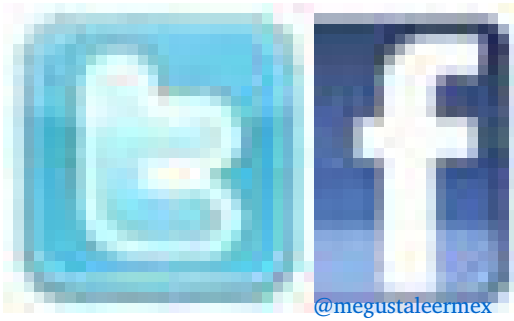
La sonata del diablo Título original: *The Strings of Murder*

Primera edición digital: septiembre de 2017

D. R. © 2015, Oscar de Muriel D. R. © 2017, derechos de edición mundiales en lengua castellana: Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso, colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520, Ciudad de México www.megustaleer.com.mx

D.R. © 2017, Oscar de Muriel, por la traducción D. R. © Adaptación del diseño original de portada, por Roberlan Borges: Penguin Random House Fotografía del autor: © Lee Hart
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.
Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.com.mx)
ISBN: 978-607-315-815-2

Penguin Random House Grupo Editorial



@megustaleermex /megustaleermexico

Conversión eBook: *eGIANTS, Pre-Impresión y Edición Digital*

ÍNDICE

La sonata del diablo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

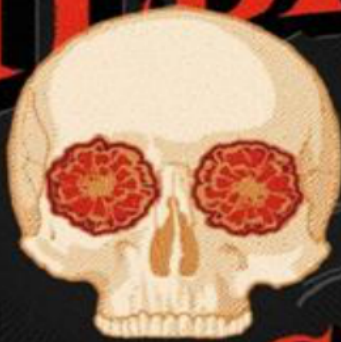
35

Epílogo

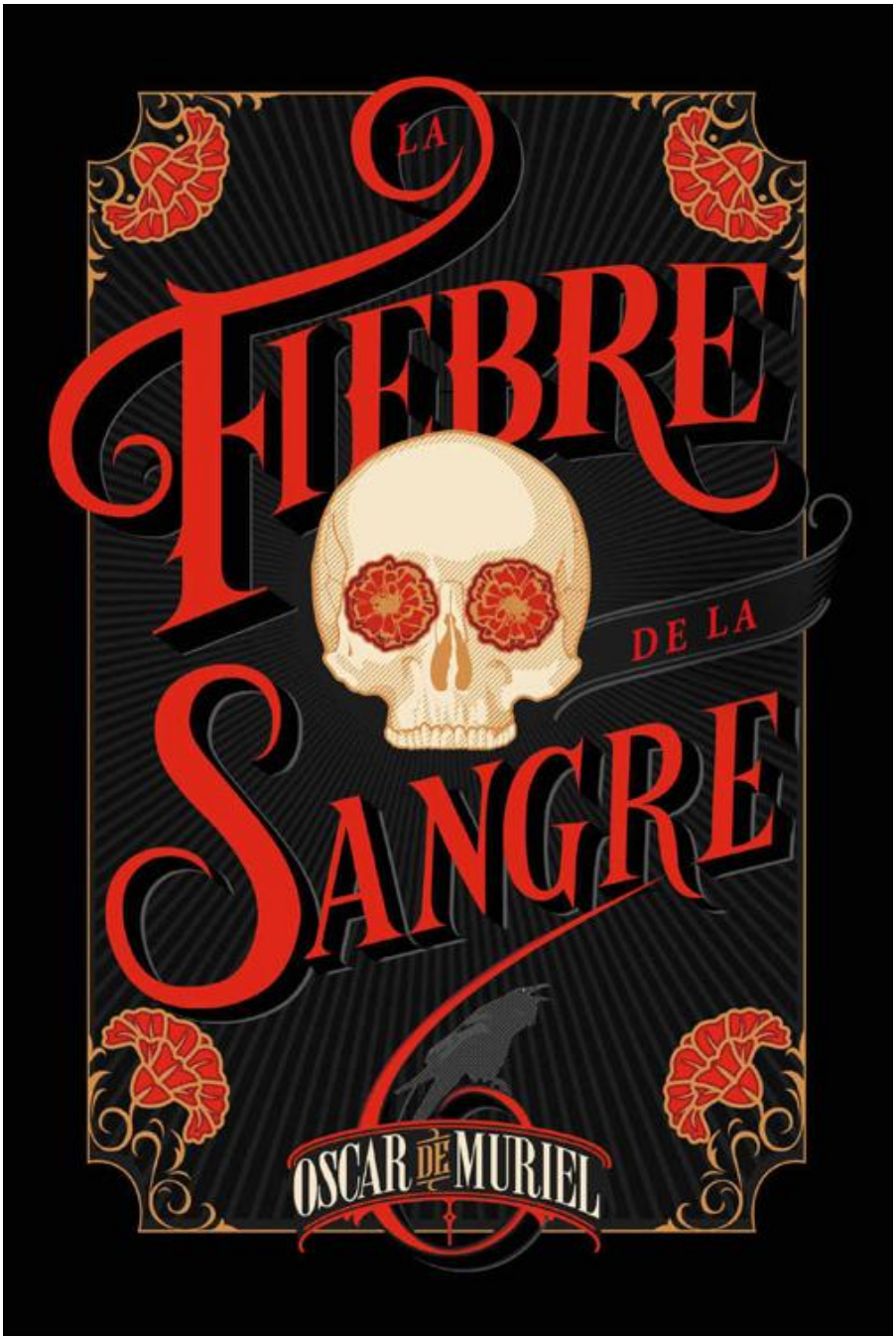
Nota del autor

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos

LA FIEBRE DE LA SANGRE



OSCAR DE MURIEL


LA
FIEBRE
DE LA
SANGRE
OSCAR DE MURIEL

Oscar de Muriel

LA FIEBRE DE LA SANGRE

montena

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleermex

@megustaleermex

Penguin Random House Grupo Editorial

El segundo es para don Raúl doña Enriqueta

Se les sigue extrañando

Es a cierta hora y marea, magos, brujas y demonios cabildean,
y horrendas formas entre bruma y tormenta merodean alumbrando el saber de quien las nombre; Y el oído aterrado del profeta
bebe susurros extraños de espanto y treta, presagiando muerte y ruina que se aprestan acechando a los hijos del hombre.

SIR WALTER SCOTT
La Danza de la Muerte

1624

31 de octubre

—Abre las cortinas —ordenó lord Ambrose, casi atragantándose del esfuerzo—. Tengo que verlas morir.

Jane trató de empujarlo de vuelta a la cama. El hombre era viejo (vetusto, según algunos) y llevaba meses enfermo, pero consiguió ponerse en pie y caminar el metro y medio que lo separaba de la ventana. Jane entornó los ojos ante el profundo rencor que impulsaba aquellos ancianos huesos.

—No va a poder ver casi nada, señor. Es luna nueva.

—*¡Ábrelas, criada inmunda!* —rugió, liberándose de ella. Lo invadió un ataque de tos, y escupió flema y sangre sobre la camisola blanca que Jane acababa de ponerle.

La muchacha lanzó un resoplido. Sin importar cuántas veces lo bañase y lo cambiase de ropa, el vejete siempre apestaba a orines y a enfermedad. Y su hediondez se había impregnado en los mismos ladrillos del cuarto.

—Está bien, señor —le dijo, restregándole pecho y boca con un trapo húmedo—. Pero después quiero que descanse por un buen rato.

—Claro que he de descansar —gruñó. Su mano huesuda y manchada ya estaba tirando del cortinaje. Ya se podían escuchar los vítores de la multitud. Jane hizo al viejo a un lado y corrió las cortinas justo a tiempo; las ejecuciones estaban a punto de comenzar.

A través del enrejado de la ventana vieron la plaza principal del castillo de Lancaster, donde antorchas rugientes proyectaban sombras siniestras sobre cientos de cabezas. La horca estaba lista y la gente se arracimaba a su alrededor como hormiguitas inquietas.

El viejo quitó el pasador de la ventana, y al abrirla una bocanada de viento helado llenó la habitación.

—Ahí vienen —dijo, estirándose para verlas mejor.

Las seis brujas marchaban miserablemente al centro de la plaza, arrastrando pesadas cadenas que traqueteaban sobre los antiquísimos adoquines. Pasarían siglos y siglos, pero los ecos de las cadenas no se desvanecerían, pues las almas de aquellas brujas nunca encontrarían

reposo.

Vestidas de harapos, con sus caras enlodadas y sus cabellos grises y grasientos, aquellas mujeres eran la viva imagen de la perversión, y la multitud no les mostró compasión alguna: hombres, mujeres y niños gritaban, se mofaban y les arrojaban verduras podridas.

Jane hizo una mueca de repulsión. Odiaba aquella multitud de bribones morbosos y desalmados, que al día siguiente irían a misa creyéndose los mejores cristianos.

Las espaldas de las brujas estaban encorvadas y sus pies desnudos, pero lograron llegar a la horca con dignidad. No suplicaron, lloraron o gimotearon, ni siquiera cuando el verdugo les cubrió las cabezas con capuchas inmundas que todavía apestaban a las víctimas anteriores. El verdugo puso las sogas alrededor de sus cuellos y apretó los nudos, mientras el obispo oraba y les ofrecía perdón.

Lord Ambrose no respiró ni pestañeó, apretando el alféizar con sus manos temblorosas. Sólo emitió un breve jadeo cuando las brujas cayeron estrepitosamente para colgar en el aire.

Pero no morirían de inmediato.

Por un espantoso momento sus cuerpos se retorcieron como gusanos atravesados por un anzuelo, mientras el gentío gritaba enloquecido. Entonces, incluso convulsionándose en agonía, los brazos de las brujas se elevaron lentamente, rectos como mástiles, y todos señalando algún punto entre la muchedumbre.

La gente se apartó instintivamente, como si aquellos dedos huesudos estuviesen a punto de arrojarles fuego. Un hombre, empero, permaneció petrificado; un hombre imponente y abrigado con costosas pieles de castor.

—¿Ése es su hijo, señor? —preguntó Jane, jadeante, aunque ya sabía la respuesta—. ¿Es el señor Edward?

—Debimos quemarlas —susurró lord Ambrose. Sus ojos estaban llenos de terror; un terror que Jane no había presenciado jamás.

A través de su inmunda capucha, una de las brujas (nadie supo con certeza cuál) profirió un grito espantoso y gutural, a pesar de las sogas que apretaban sus gargantas.

Lo único que lord Ambrose pudo oír de aquella maldición fue el número trece, pero la multitud había escuchado todo con claridad, y los pueblerinos aterrados empezaron a dispersarse.

Los brazos de las brujas se elevaron más aún, esta vez apuntando al nivel más alto de la casa más suntuosa de Lancaster.

Jane se estremeció. Las brujas los estaban señalando de hito en hito, como si sus ojos pudiesen verlos a través de las mortajas.

En ese instante, cual golpeado por manos invisibles, lord Ambrose

cayó de espaldas, y sus huesos crujieron al chocar contra el suelo. El viejo volcó su orinal, salpicándose el torso y la cara con el contenido nauseabundo.

El más ilustre y poderoso miembro de la dinastía Ambrose, cuyo tatarabuelo había peleado al lado de reyes en la Guerra de las Dos Rosas, expiraba ahora en un charco de su propia inmundicia.

Jane casi profirió el nombre de la Santa Virgen. Quería persignarse, pero la ventana estaba abierta de par en par, con cientos de devotos protestantes observándola.

—Brujas ahorcadas en una noche de luna nueva —musitó, contemplando la plaza y recordando que, además, aquélla era la noche de todos los Santos.

1882

2 de diciembre

El doctor Clouston no podía dejar de sentirse como un ladronzuelo, escabulléndose de aquella manera en medio de la noche.

Se alisó la pulcra barba y contempló el lejano resplandor de Edimburgo, que se empequeñecía mientras el carruaje lo llevaba silenciosamente hacia los páramos cubiertos de hielo y nieve. Tom conducía a los caballos tan sigilosamente como le era posible, pero el precio era avanzar con una lentitud desesperante.

Un ruido súbito hizo que Clouston brincara de su asiento. Volteó tan rápido que casi se tuerce el cuello, para darse cuenta de que sólo se trataba del graznido de un cuervo; escandaloso y casi sarcástico.

Clouston respiró profundamente, intentando calmar sus destrozados nervios, pero su ansiedad y el clima helado lo hacían temblar. Desde el momento en que había iniciado sus estudios en psiquiatría, hacía casi tres décadas, había sido consciente de que su profesión lo llevaría a los sitios más oscuros. No sólo habría de presenciar la indignidad de los enfermos mentales, sino también las frecuentemente horribles reacciones de las familias de sus pacientes. La locura era algo terrible; sacaba a relucir lo mejor y lo peor de la gente, y esta noche, tristemente, se trataba de lo segundo. Estos casos venían a él como abejas a la miel, pero éste era distinto. Este dilema lo había provocado él mismo.

¿Por qué había aceptado aquel vergonzoso acuerdo? No era la primera vez que hacía algo similar; su compasión había sido más fuerte que su buen juicio. O su debilidad de carácter, como habría comentado su esposa. Clouston deseaba decirle a Tom que diera media vuelta y lo llevara de nuevo a la ciudad, pero no; había dado su palabra de honor, aunque la palabra de un caballero valiera cada vez menos conforme pasaban los años.

Tom golpeó el costado del carruaje, al tiempo que se detenía frente a una bardilla de piedra medio enterrada en la nieve. A unos veinte metros se asentaba una ruinosa casa campestre. Sus muros pandeados la hacían parecer más una pila de paja, y la única señal de vida era

una exigua luz que venía de una ventana estrecha.

Clouston tomó aire y abrió la portezuela, pero no pudo siquiera poner un pie en el suelo. Unos ladridos feroces llenaron el aire, y tres enormes perros de caza se lanzaron hacia él. Cerró la portezuela un instante antes de que el primer perro la alcanzara, y a través de la ventanilla tuvo la horrible visión de unos colmillos húmedos y unos ojillos salvajes.

Los perros se arremolinaron frente al carruaje, ladrando y gruñendo, pero pronto fueron silenciados por un disparo y se retiraron con las colas entre las patas. La corpulenta sombra de un hombre les acarició las cabezas, mientras se acercaba a Clouston.

El sujeto llevaba una linterna de minero, pero la luz era muy tenue. Clouston no logró distinguir sus hoscas facciones hasta que el tipo se plantó justo frente al carruaje. Vio una piel curtida por el clima, unas mejillas flácidas, una nariz ancha y un par de ojos tan pequeños y fieros como los de los perros.

—Tengo… tengo una cita —dijo Clouston después de tragar con dificultad. Su formalidad en aquel momento sonaba totalmente ridícula—. Venimos a ver a lady…

—*¡No diga su nombre!* —espetó el tipo—. Bájese y sígame.

Clouston vaciló por un momento, pero entonces vio que Tom brincaba al suelo, rifle en mano, en un movimiento veloz que hizo que el rufián retrocediera un paso. Era alentador que su enfermero de más confianza fuese tan intimidante como el troglodita al que se enfrentaban.

—La patrona ’stá adentro —dijo el hombre, encaminándose rápidamente hacia la puerta.

Clouston le hizo una señal a Tom y siguieron al sujeto.

La vieja puerta crujió escandalosamente cuando el hombre la abrió de un golpe y entró a la casa. Tom fue el primero en seguirlo, para echar un vistazo furtivo.

—Aquí está, doctor.

La noche estaba endemoniadamente fría, así que Clouston no titubeó demasiado. El interior, sin embargo, ofrecía poco consuelo: el cuarto era pequeño y oscuro, el estuco de las paredes se caía a pedazos y el piso estaba salpicado de paja, hojarasca y suciedad. Era evidente que la casa llevaba años deshabitada.

Había un fuego improvisado en la chimenea, que mantenía la temperatura apenas tolerable, y los únicos muebles eran una mesa cuarteada y dos viejas sillas. En una de ellas, y visiblemente incómoda, se encontraba lady Anne Ardglass.

Lo primero que vino a la mente de Clouston fue la imagen de una

vieja bruja salida de algún cuento de fantasmas. Delgada e imponente, lady Anne tenía unos setenta años, pero lucía mucho mayor: el fuego proyectaba sombras toscas en su rostro arrugado, demarcando su ceño fruncido y sus labios tensos.

Había intentado vestirse de pobretona, con un austero vestido negro y un sombrero barato de tafetán, pero el efecto era más bien ridículo. La mujer jamás podría ocultar su posición: la delataban su espalda orgullosamente recta, su mentón en alto y sus largas manos, protegidas con mitones de encaje y entrelazadas recatadamente en su regazo. Y el sombrero no ocultaba del todo su cabello gris, arreglado y trenzado intrincadamente.

—Tome asiento, doctor —ofreció con una voz claramente autoritaria.

Al sentarse, Clouston percibió una singular mezcla de aromas: hierba luisa mezclada con brandy. Como todos en Edimburgo, Clouston sabía que Anne Ardglass era apodada Lady Copas, y viéndola de cerca notó unas ojeras venosas que delataban a una bebedora desmedida. Seguramente intentaba ocultar el olor del alcohol poniendo perfumes y saquitos de hierbas en sus ropas.

—Como puede ver, he traído todo el papeleo —dijo, señalando una pila de documentos sobre la mesa—. Sólo hace falta su firma.

Clouston hojeó los papeles. Le había advertido a lady Anne que no cooperaría a menos que se actuara legalmente. De acuerdo con la Ley Escocesa sobre Locura, nadie podía ser declarado demente a menos que dos doctores independientes examinaran al paciente y concordaran en el diagnóstico. Al parecer, lady Anne le había sacado un certificado a algún doctorcillo matasanos de Newcastle. La calidad del reporte evidenciaba la incompetencia de dicho doctor, y bajo otras circunstancias Clouston habría refutado su validez. Sin embargo, la locura de lord Joel Ardglass no era en absoluto discutible. El hijo de lady Anne había intentado suicidarse en varias ocasiones, y hacía semanas que no lograba hablar con coherencia. Eso sin mencionar el último episodio de violencia.

—Doctor —dijo lady Anne—, antes de que se lleve a mi hijo, hay algo más que debo pedirle.

Clouston quiso golpear la mesa y gritar que aún no había comenzado con el primer *favor*, pero optó por tomar una bocanada de aire.

—¿De qué se trata, señora?

Lady Anne le echó un vistazo a su sirviente, quien sacó un sobre arrugado del bolsillo de su abrigo. Lady Anne lo tomó y extrajo una sola página, que alisó sobre la mesa.

—¿Puede firmar esto también?

Al tiempo que hablaba, su sirviente trajo tinta y un manguillo.

Clouston leyó apenas las primeras líneas antes de protestar:

—Lady Anne, ¿en verdad me propone que firme esto?

—Así es. Me recomendó que consultara la ley y lo hice detalladamente. No hay ninguna acta del parlamento que limite lo que un doctor puede o no revelar sobre sus pacientes. Mis abogados sólo encontraron un antecedente: un médico en Londres que divulgó que una de sus pacientes había abortado un vástago ilegítimo. El esposo de la pérfida escuchó la historia y naturalmente le pidió el divorcio. Después del escándalo, la mujerzuela demandó al doctor con éxito. La corte consideró que el doctor había cometido "difamación y calumnia"… sin importar que la historia fuese cierta.

—Y si firmo esto estaría aceptando que revelar cualquier detalle de este caso… *equivaldría a difamarla y calumniarla* —Clouston leyó directo del documento.

—Es correcto. Y usé exactamente las mismas palabras que la corte pronunció en el caso precedente. Eso nos ahorrará mucho tiempo si este asunto llega a hacerse público. Para el resto del mundo, mi hijo falleció esta tarde, navegando rumbo a Bélgica.

—Pensé que tenía una mejor opinión de mí —espetó Clouston.

—Y la tengo, doctor, pero debo asegurarme de que el nombre de mi familia no será enlodado. Usted entenderá.

Clouston se masajeó las sienes.

—Señora, hace que me arrastre entre las sombras como un delincuente… Estamos basándonos en documentos de dudosa procedencia para fingir que todo esto es legal… ¿y ahora soy *yo* quien debe acceder a sus términos? Ustedes los de las altas alcurnias son más despiadados con sus enfermos que cualquier *plebeyo*.

Clouston no debía sorprenderse. La locura era un asunto vergonzoso para la aristocracia: invitaba rumores de sangre débil, ancestros pervertidos, o incluso maldiciones o posesiones diabólicas.

Lady Anne sacó una anforita de su pequeño bolso, junto con una diminuta copa de plata, y con toda delicadeza se sirvió una bebida. Clouston quería pensar que la mujer se sentía abochornada, pero no estaba seguro de que ese sentimiento fuese posible en ella.

—¿Quiere más dinero?

—Lady Anne, hay cosas que el dinero no puede compensar.

Lady Anne dio un trago largo antes de depositar la copita sobre la mesa.

—Lo sé.

—¿Y si me rehúso a firmar?

—Me obligará a buscar ayuda en otro lugar, y usted bien sabe cómo será aquello.

Tristemente, Clouston lo sabía. Ningún doctor respetable aceptaría esos términos. Lady Anne acabaría acudiendo a uno de esos charlatanes que operaban manicomios horrendos con prácticas medievales. Ni siquiera intentarían comprender o mejorar la condición de lord Joel; no harían más que encerrarlo lejos de las miradas del mundo.

Lady Anne contempló el fuego. Fue la única vez que su voz tembló.

—No me obligue a suplicar, doctor.

Las llamas crepitaron en el hogar y por un momento no hubo otro sonido en el cuarto. Era como si el mundo entero se hubiese detenido, esperando la respuesta del doctor.

Clouston se frotó el rostro con frustración:

—Algo me dice que me voy a arrepentir…

Finalmente agarró con brusquedad el manguillo y plasmó su nombre con tanto enojo, que casi rasga el papel.

Afuera, uno de los perros aulló. Los otros siguieron, y muy pronto aquello se volvió una cacofonía.

—¿Qué demonios sucede? —gritó el sirviente de lady Anne. Abrió la puerta y dejó entrar una ráfaga de aire helado. Salió junto con Tom, mientras Clouston iba al marco de la puerta.

Tuvo que entrecerrar los ojos para ver lo que ocurría. Los perros corrían hacia el camino, y entre los agudos ladridos Clouston escuchó el galope frenético de un caballo. Tardó un momento en verlo, pues se trataba de un corcel negro azabache, tan negro como la figura encapuchada que lo montaba de lado… ¿Una mujer?

—¡Baja eso! —Clouston le indicó a Tom, que apuntaba el rifle con nerviosismo.

En efecto, se trataba de una mujer que controlaba al caballo con gran habilidad.

Tiró de las riendas con un control perfecto y saltó al suelo. Los sabuesos aullaron y brincotearon a su alrededor, pero mantuvieron su distancia. El grandulón del sirviente corrió de vuelta a la casa, casi tumbando a Clouston.

—¡Está aquí, mi lady!

—¡Por Dios, dime nombres, Jed!

No tuvo oportunidad. La encapuchada ya había entrado a la casa, avanzando con zancadas firmes.

Se descubrió el rostro y Clouston vio que se trataba de una hermosa muchacha de diecinueve años. Reconoció en ella las facciones generales de lady Anne: la cara alargada, la mandíbula fina

y el mentón respingado. Por otro lado, su piel era aún suave y tersa, y sus ojos cafés refulgían con turbulenta determinación. La muchacha era de poca estatura, o así parecía frente al gigantón de Jed.

—¡Caroline! —lady Anne se levantó, caminó ágilmente hacia la muchacha, y con un rápido movimiento le asestó una tremenda bofetada que resonó como el tronar de un látigo.

Clouston de inmediato se plantó entre las dos mujeres.

—¡Lady Anne, no voy a presenciar tal salvajismo!

—¡Es mi nieta y puedo hacer lo que me plazca!

—Si la toca de nuevo, va a tener que encargarse de este predicamento sin mi ayuda.

Los ojos de lady Anne parecían inyectados de sangre, y su nariz se hinchaba como un fuelle, mientras la mujer se veía obligada a tragarse su furia. Miró a la muchacha por encima del hombro del doctor.

—¿Quién demonios te dijo dónde encontrarnos? ¿Bertha?

Caroline asintió. A pesar del brutal golpe no dio señal de derramar lágrimas.

—Lo sabía —gruñó lady Anne, regresando a su asiento—. Esa vieja mula no es de fiar. La tunda que le he de dar cuando regrese…

—¡No! —dijo Caroline—. La obligué a que me lo dijera. Es mi culpa. Tenía que estar aquí.

—¡Ay, *tenías* que estar aquí! —se mofó lady Anne—. ¿Y para qué demonios?

—¡Es mi padre! —y fue entonces que una sola lágrima rodó por la mejilla de Caroline. Lady Anne sólo respondió dándole otro trago a su copita.

Clouston ignoró por un momento las formalidades y posó una mano gentil sobre el hombro de la muchacha.

—Por favor, cálmese, miss Ardglass. Tome asiento.

La joven dio un paso hacia la segunda silla, pero entonces dio media vuelta:

—¡No… no! Tengo que verlo —y miró a Clouston con ojos implorantes—. Por favor, doctor, dígame dónde está.

Clouston miró a lady Anne.

—En el segundo cuarto —le dijo la vieja, y Caroline corrió a las escaleras de inmediato. Clouston oyó sus pasos desesperados a través del techo, y después, una explosión de llanto.

—Qué manera tan bestial de tratarla en un momento como éste —dijo, lanzándole una mirada rabiosa a lady Anne.

La mujer se permitió otro trago, esta vez directo de la anforita, muy probablemente para ahogar las palabras que realmente deseaba pronunciar. Lady Anne era una de las figuras más poderosas de

Escocia, acostumbrada a hacer su voluntad sin ser cuestionada por nadie.

—Jed, tráelo ya. Los documentos ya están firmados; no hay necesidad de prolongar el asunto —se rio por lo bajo—. Mucho menos después de la escandalosa entrada de mi nieta.

Jed subió las escaleras y trajo a lord Ardglass. El hombre estaba envuelto en una gruesa manta de lana y se tambaleaba como un borracho. Quizá su madre lo había intoxicado a propósito para mantenerlo dócil.

Joel, al igual que su madre y su hija, era un hombre delgado, y su cara alargada se parecía mucho a la de ellas. Esta noche, sin embargo, sus ojos carecían de la mirada aguda de ambas mujeres: el pobre hombre era una figura rota y triste. Clouston vio su cabello gris y su mueca de tristeza; la expresión más abatida y desconsolada que hubiese visto en años.

Caroline vino tras ellos, presionando un pañuelo sobre su boca para amortiguar los sollozos.

Joel inclinó el rostro, y después de dibujar las palabras con sus labios varias veces, al fin pudo pronunciarlas con una voz adormilada:

—Mi pobre criatura…, debes quererme tanto…

Acarició la mejilla de Caroline y ella apretó la mano de su padre contra su piel por un momento, antes de que Jed jaloneara a lord Ardglass hacia la puerta. Caroline intentó seguirlos, pero lady Anne la asió del brazo.

—Está en buenas manos —Clouston le susurró, sabiendo que no había palabras que pudieran consolar a la muchacha en aquel momento.

También sabía que miss Ardglass no podría visitar a su padre jamás; ninguna señorita de sociedad podía ser vista deambulando por un manicomio. Todo en nombre de las apariencias.

—Las visitaré pronto —dijo Clouston, mientras salía de la casa junto con Tom. Miró a lady Anne directo a los ojos—. Para asegurarme de que la muchacha está reponiéndose.

La única respuesta que recibió fue un gruñido, pero fue suficiente para saber que Caroline estaría bien. Clouston acababa de ganar cierto poder sobre la pomposa lady Anne… y pensaba usarlo para bien.

Tom se aseguró de que lord Ardglass estuviese cómodo en el carruaje y pronto se hallaron viajando de regreso, escuchando los aullidos de los perros desvaneciéndose en la distancia.

El doctor al fin pudo tranquilizarse.

Pensaba que lo peor ya había quedado atrás. Nunca habría podido imaginar durante cuánto tiempo lo perseguirían las consecuencias de

aquella noche, cuántas vidas acabarían arruinadas, o cuántas sentencias de muerte se acababan de firmar.

1883

24 de junio

Adolphus McGray sintió el dolor mucho antes de percatarse del vaivén del carruaje, mucho antes de escuchar los cascos de los caballos y mucho antes de que la luz de la mañana se filtrara a través de sus párpados.

Era un dolor punzante; un ardor que se extendía por su mano derecha. El doctor Clouston había dicho que pasaría pronto, pero quizás había mentido, y Adolphus no podía culparlo; el doctor había intentado hacerle las cosas más llevaderas, pero hay golpes que ni las acciones más caritativas pueden suavizar.

Cuando el carruaje al fin se detuvo, el doctor le habló con gentileza: —Adolphus, hemos llegado. Te traje a casa.

Adolphus fingió no escuchar. No quería despertar a aquel mundo. Aún no.

El doctor Clouston dio un suspiro.

—Bien, voy a ayudar a Amy y después vendré por ti.

Adolphus lo escuchó bajar del carruaje. Su hermana menor (apodada Pensy, pues sus grandes ojos cafés, enmarcados por gruesas pestañas, se asemejaban a las flores favoritas de su madre) había viajado en un carruaje separado, sedada con el más potente láudano, y con las manos y pies atados con vendajes.

Adolphus lloró sólo de pensar en ello, y un horrible estremecimiento corrió por todo su cuerpo. Instintivamente se llevó la mano derecha al rostro para enjugarse las lágrimas, pero entonces vio el aparatoso vendaje y las manchas de sangre.

La imagen aún estaba grabada en su memoria. No la de sus padres muertos, o la de su hermana apuñalándole la mano, sino el recuerdo de aquella… criatura.

No podía ser cierto. Nada de aquello podía ser cierto.

Decidió esperar, al menos por un momento, mientras conseguía calmarse. Entonces bajaría del carruaje y ayudaría a Clouston a cargar a Pensy hasta la casa. No necesitaba más que un minuto.

Pero desafortunadamente no tendría tiempo. Escuchó cómo un

tercer carruaje entraba a la glorieta de Moray Place, con sus caballos galopando y relinchando alocadamente.

Adolphus lo entrevió a través de su ventanilla: un elegante carruaje landó, negro y lustroso, con la capota retraída. Recordó que a pesar de sus infortunios aquélla seguía siendo una hermosa mañana en medio del verano.

De inmediato escuchó gritos. George, el viejo mayordomo, estaba lanzando injurias, e incluso el recatado doctor Clouston vociferaba encolerizado.

—*¿Cómo se atreve?* —Adolphus lo escuchó bramar—. ¿Cómo se atreve a aparecer justo ahora?

Le contestó una voz femenina y muy familiar, y Adolphus tuvo que sacudirse toda la aflicción.

Saltó a la calle y vio la alta silueta de Lady Copas, aún vestida de luto. Su hijo mayor había muerto apenas seis meses antes, y aunque la vieja acataba la etiqueta funeraria, también hacía gala de un anchísimo sombrero adornado con plumas negras y pajarillos disecados.

Alistair Ardglass, su muy regordete sobrino, la ayudaba a bajar del carruaje. En su esfuerzo por no mostrar los tobillos, la mujer agitaba las plumas de avestruz de su estrafalario abanico.

—¿Qué chinga'os quieren? —rugió Adolphus, aunque ya se lo imaginaba. Sintió una oleada de ira ardiente ascendiendo desde su estómago. Aquel par ya venía a saquear el patrimonio de los McGray.

Los ojos de la mujer se enfocaron en la mano de Adolphus. Se abanicó como intentando purificar el aire frente a su nariz.

—Jovencito…

—No me hable como si fuera un tarado. Tengo veinticinco años.

Lady Anne sonrió con sorna.

—Como usted guste, *míster* Adolphus Mc… Ay, pero qué memoria la mía. Ahora es usted míster McGray a secas —la vieja se regodeó ante aquellas palabras—. He venido a tomar posesión de mi propiedad.

—*¡Váyase a la mierda!*

Lady Anne trastabilló, como si las palabras hubiesen sido un golpe físico.

—¿Qué le pasa? —preguntó Adolphus—. ¿Empinando el codo tan temprano, Lady Copas?

—Esta residencia aún le pertenece a mi señora tía —intervino Alistair, con una voz incluso más arrogante que la de la mujer—. Su difunto padre no nos pagó siquiera la mitad, y dado su fallecimiento es nuestro derecho desalojarlos.

—¡Tenemos suficiente para saldar la deuda, bastardo gordinflón!

—Ése no es el punto —dijo lady Anne—. Quiero que me regresen mi propiedad. Maldigo el día en que se la ofrecí a gente de su calaña.

—¡Y yo maldigo el día en que mi padre decidió hacer negocios con una zorra borracha como usté!

Alistair pegó un brinco:

—¡No le hable así a mi tía, pulguiento pelafustán!

Adolphus le asestó un puñetazo justo en medio de la cara. Alistair cayó de espaldas sobre el pecho de su tía, y habría recibido una buena tunda, de no ser porque Adolphus lo golpeó con su mano herida.

—*¡Coño!* —gimió, sintiendo que las puntadas se habían reventado. Casi perdió el equilibrio, pero Clouston lo sostuvo a tiempo.

La voz del doctor fue un gruñido ronco y amenazador:

—Lady Anne, es mejor que se vaya… ¡si es que sabe lo que le conviene!

—Doctor, no me obligue a ser insolente con usted —le contestó, casi sin percatarse de la nariz sangrante de su sobrino—. Este asunto no es de su incumbencia. Como bien lo dijo mi Alistair, es nuestro derecho legal…

—¡Ay, no me lance más jeringonza legal! Si realmente pensara que esto es lícito, habría traído a su hueste de abogados para atestiguarlo todo.

La mujer se acercó el abanico al pecho.

Clouston se llevó a Adolphus, pero manteniendo la mirada fija en lady Anne: —Váyase y no moleste a esta familia. Y mejor que no me entere que ha intentado algo contra ellos.

—Doctor —lady Anne caminó tras ellos—, usted no puede interferir así en mis asuntos. Usted no puede…

—Lady Anne, usted sabe perfectamente lo que puedo hacer.

La mujer se detuvo, lívida, como si se hubiese topado con un muro de piedra.

—No se atrevería —siseó, con el pecho hinchado y sus manos huesudas estrujando las plumas negras.

—Usted no se atrevería a correr el riesgo.

En toda su vida, pocas personas habían logrado intimidar a lady Anne (y la mujer llevaba bastantes años en el mundo), pero por un instante su rostro se asemejó al de un ratón amedrentado.

Adolphus dejó que Clouston lo guiara a la casa. Estaba a punto de preguntar qué había perturbado tanto a Lady Copas, cuando vio a George luchando, inútilmente, para cargar a Pensy.

Sin importar el terrible dolor en su mano, Adolphus fue hacia su hermana, la levantó en brazos y la llevó a casa. No quería que los

vecinos la viesen en ese estado.

Afortunadamente, los McGray no sabrían de Lady Copas durante mucho tiempo.

*

—Ya está —dijo Clouston, terminando de ajustar el nuevo vendaje.

Adolphus al fin pudo examinar su mano, pues Clouston no le había permitido mirar mientras trabajaba. Los vendajes eran igual de gruesos que los anteriores, pero la gasa estaba limpia y el sangrado por fin había cesado.

El dedo anular derecho había sido cercenado toscamente, dejando tan sólo una falange. Sería un eterno recuerdo de aquella terrible noche.

Luego la noticia viajaría a toda prisa y terminaría volviéndose parte de las leyendas de la ciudad. A partir de aquel día, todos lo conocerían como Nueve Uñas McGray.

—Al menos aún le puedo levantar el dedo medio a esa trinche Lady Copas —dijo, sonriendo con amargura.

El doctor Clouston, lejos de reírse, se mostró incluso más apesadumbrado.

—¿Qué pasa? —preguntó Adolphus.

Con exagerada pulcritud, el doctor fue guardando los instrumentos en su maletín, y cuando al fin pudo encarar a Adolphus, casi había miedo en su mirada: —Tengo que llevármela. Al manicomio.

Adolphus no pudo responder. Su voz salió como un jadeo:

—¿Qué? ¡Pensy no es una lunática!

—Provisionalmente. Sabes tan bien como yo que necesita el tratamiento adecuado.

Adolphus se puso en pie de un salto.

—¡No voy a dejar que se la lleve!

Clouston no pudo mirarlo a los ojos.

—Por favor, no me hagas pronunciar… lo que la jovencita ha hecho.

Adolphus sintió un terrible escalofrío. Era como si esas palabras que nadie se atrevía a pronunciar abriesen un abismo que él intentaba mantener sellado. Frunció el ceño, sus labios temblaron, y por primera vez en su vida adulta estalló en llanto frente a alguien más. Se dejó caer de nuevo en el asiento, cubriéndose el rostro con vergüenza y sollozando como un niño pequeño.

La fría realidad de la tragedia lo golpeó en su totalidad.

Amy había asesinado a sus padres.

La imagen se materializó como un dolor helado en su pecho; un malestar físico que no lo abandonaría en meses.

Clouston estrechó el hombro de Adolphus y le dio un momento para reponerse un poco.

—Voy a cuidar bien de ella —le dijo al fin—. Lo sabes.

Adolphus usó los vendajes para enjugarse las lágrimas.

—Ei, lo sé —miró al doctor e hizo una pregunta casi innecesaria—. ¿Cuándo tiene que llevársela?

—Me temo que tan pronto como sea posible.

Adolphus asintió con la mirada perdida, y se levantó antes de que la pena lo abrumara de nuevo.

Sólo muévete, se dijo a sí mismo. *No pienses, sólo muévete*.

Se encaminó al pequeño estudio, el cuarto en el que a su padre le gustaba encerrarse con sus libros y sus habanos. Adolphus nuevamente se obligó a no pensar en ello.

Pensy aún dormía en el sofá donde la habían depositado con tanto cuidado. Betsy, la sirvienta ya entrada en años, le había puesto ropa limpia, pero debió ser la primera prenda que encontró a la mano: un vestido azul de seda muy ligera, por lo que la muchacha se había hecho un ovillo para mantener el calor. Sus largas pestañas temblaban en un sueño turbulento.

Adolphus tuvo que mirar en otra dirección. Si se permitía ver el rostro de su hermana menor, jamás dejaría que el doctor se la llevase.

Haciendo acopio de fuerza, levantó a la muchacha, cubriéndola cuidadosamente con una manta de lana que George acaba-ba de traer.

Los pocos pasos del estudio al carruaje de Clouston fueron los más demoledores que Adolphus jamás habría de dar, y cuando Pensy estuvo asegurada en el asiento sintió que no podría dejarla ir.

Clouston cerró entonces la portezuela del carruaje.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

Adolphus negó con la cabeza.

—Ya hizo todo lo que podía.

Clouston le palmeó la espalda.

—Vendré pronto para ver cómo sigues, ¿de acuerdo?

Adolphus no escuchó la pregunta. Sólo reaccionó cuando el doctor estaba a punto de marcharse.

—¡Espere!

Clouston dio media vuelta:

—¿Sí?

—¿Qué dijo? Amy. Antes de atacarlo.

El doctor se aclaró la garganta y tragó con dificultad. Sería inútil ocultarle la verdad; el viejo George también la había escuchado.

—Amy… Amy mencionó al diablo.

*

—Pero estaba delirante —Clouston había agregado de inmediato, casi como una especie de disculpa—. Podría haber dicho cualquier cosa en ese momento.

Adolphus había pasado todo el día en el estudio de su ahora difunto padre, sin pensar en otra cosa que no fuese aquella frase: *Amy mencionó al diablo*…

Sólo se percató de la hora cuando George entró a la habitación para encender los candiles, pero eso no fue suficiente para sacarlo de su letargo. Permaneció en el sillón, inmóvil, inmerso en sus pensamientos.

¿Qué había sido aquello? ¿Los sentidos le habían fallado? ¿Él también había perdido la razón?

Sacudió la cabeza.

No.

Lo había visto. Tan claramente que no podía engañarse más. Podía verlo cada vez que cerraba los ojos, como si lo hubiesen tatuado en sus retinas: la silueta de una figura deforme y retorcida, que se movía espasmódicamente, arrastrándose hacia la ventana.

Una figura con cuernos.

1

1 de enero de 1889

Cuando lo mandan llamar a uno a las tres de la mañana, el día de Año Nuevo, es claro que los problemas están a la vuelta de la esquina.

Tardé en escuchar el golpeteo en la puerta principal, pues dormía profundamente, todavía recuperándome de mi intempestivo viaje de vuelta a Edimburgo. Había pasado las navidades en la finca de mi tío en Gloucestershire, pero el asueto no había terminado nada bien.

Había estado soñando con mi difunta madre, algo que no sucedía en años. La pobre murió de un virulento ataque de tifoidea; un pestañeo y ya no estaba con nosotros. Y aunque no recordaba el sueño en sí, me quedé con una prolongada sensación de tristeza; vestigios de la pena que había sentido durante sus últimos días, y que se habían vuelto un malestar recurrente a lo largo de mi vida, como cuando un aroma familiar desencadena un recuerdo específico que uno creía olvidado.

En el sueño había estado en Londres, que extrañaba demasiado, pues no había visitado mi ciudad natal desde noviembre, mes en que una serie de asuntos espinosos me habían obligado a marcharme en desgracia, bajo las órdenes directas del mismísimo primer ministro y sin poder contarle los detalles a nadie.

El mundo entero aún pensaba que había sido rechazado por mi prometida, degradado por mis superiores y obligado a aceptar el puesto más ridículo y humillante que la policía británica podía ofrecer. Habría de colaborar en la recién formada “Comisión para la Elucidación de Casos Presuntamente Relacionados con lo Oculto y Fantasmal”. En efecto, tal descabellado y absurdo departamento en verdad existe, y se dedica *exactamente* a lo que su nombre sugiere.

Heme aquí, exiliado de mi amada capital y en un puesto que no me ofrece satisfacción alguna; un triste residente más de Edin-jode-burgo, ciudad en la que no conozco a nadie además de mi hermano menor, Myles (quien encima tendría que marcharse dentro de algunos meses), y donde los días son más húmedos y grises que los de Londres. Y sí, mi querido lector, tal clima es posible.

Ya no pertenecía a ningún sitio.

Justo cuando pensaba en ello, el golpeteo en la puerta resonó en mi cabeza como un martillar insistente, recordándome exactamente dónde me encontraba: Moray Place, Edimburgo, en la casa de Adolphus Nueve Uñas McGray, recostado en una cama dura y más vieja que mi ama de llaves, quien no escuchaba mis gritos.

—¡Joan! —vociferé, frotándome los ojos—. *¡Joan!*

No hubo respuesta.

Me incorporé, percatándome de que no se trataba de un llamado habitual; alguien estaba aporreando la puerta con desesperación. ¿Cómo es que Joan no lo escuchaba? No era un ruido que resultara fácil de ignorar.

—¡George! —grité con más fuerza, pero el vetusto mayordomo de McGray tampoco me respondió.

Me di cuenta de algo terrible: por primera vez, en mis treintaiún años de vida, tendría que abrir la maldita puerta ¡sin sirvientes!

Maldije una y otra vez mientras me envolvía en mi bata. Los oficinistas de la policía, en teoría, se estaban encargando de buscarme alojamiento permanente, pero ya habían pasado casi dos meses desde mi llegada, y aún compartía techo con el mequetrefe más estrafalario, infame y vulgar que Escocia haya podido parir.

Al llegar al recibidor vi al hombre en persona salir de su biblioteca, bostezando y con los ojos enrojecidos, portando la misma ropa del día anterior: pantalones con un chillón cuadriculado escocés y un chaleco igualmente grotesco. Soy un poco más alto y quizá más delgado que el hombre promedio, mientras que McGray es un grandulón de hombros anchos e imponentes.

—*¡En la trinche noche que logro pegar el ojo!* —bramó, haciéndome brincar—. ¡Juro que voy a moler a alguien a trancazos!

Me era imposible saber si hablaba en serio (minutos después de conocerlo, tuve la pena de presenciar cómo McGray le rompía el brazo a un pobre barbaján).

—Frey, ¿'ónde coños está la holgazana de tu famulla?

—Disculpa, pero ésta es tu maldita casa. ¿Dónde está el costal de huesos que tienes por mayordomo?

Entonces escuchamos una risita y el roce de ropas. Joan, una rechoncha viuda de mediana edad, venía presurosa desde el cuarto de servicio, abrigándose con su chal y ostentando una sonrisita pecaminosa. Al instante supimos la causa de su jocosidad: George venía tras ella, aplanándose el cabello canoso con una mano y con la otra abrochándose los abombados pantalones.

Sus sonrisas se esfumaron en cuanto nos vieron, y McGray quedó

boquiabierto.

Joan, usualmente la parlanchina más veloz de la casa, quedó paralizada de la impresión, aunque las comisuras de su boca nunca dejaron de apuntar hacia arriba.

—Se… señor, ¿quiere que abra…?

—*¡Demasiado… jodidamente… tarde!* — le gruñí.

—¡Lárguense de aquí! —les gritó McGray—. ¡Par de bribones pervertidos!

Pero en cuanto se marcharon, Nueve Uñas profirió las más sonoras carcajadas.

—¡Joan y el chocheante George! Frey, ¿ya sabías que esos dos estaban sacudiendo el catre?

Me estremecí.

—Sí. Una… una vez… pues me… me topé con ellos…

Y McGray y yo nos estremecimos al unísono.

Para entonces el golpeteo en la puerta se había vuelto ensordecedor.

—Me imagino que hay que atender esto —refunfuñé, tirando del picaporte; el viento helado y un puñado de copos de nieve me golpearon la cara. El cielo sin luna se veía tan negro como la brea, y la única luz provenía de los faroles de aceite a lo largo de la calle; apenas la suficiente para distinguir las facciones alargadas del oficial McNair.

El larguirucho muchacho parecía tener la peor suerte del mundo cuando se asignaban los turnos; siempre lo mandaban llamar a las horas menos cristianas y con los climas más inclementes. Esa noche se veía alterado como pocas veces.

—¡McNair! ¿Intentabas pulverizar la puerta?

—Perdón, ’ñores —jadeó. A pesar de que estaba nevando, sus sienes escurrían sudor—. El superintendente Campbell ordenó su presencia. De inmediato.

—¿A poco alguien se está muriendo? —preguntó McGray, y el joven oficial se quedó sin palabras.

—Oh, santo Dios —rumié, leyendo la angustia en sus facciones.

McNair guardó silencio, dejándonos en ascuas y clavando la mirada en el pavimento.

—¿Y bien? —urgió McGray.

McGray lo miró con indecisión.

—Pos, pos es una muchacha… en el manicomio. Y sí, se está muriendo.

2

McGray estaba horrorizado. Al instante tomó su abrigo apolillado y corrió al pequeño establo.

Tucker, el perro labrador de McGray, pareció entender el temor de su amo: el can salió de la biblioteca y lo siguió, ladrando nerviosamente.

A duras penas tuve tiempo de vestirme, pues McGray no dejó de apresurarme con borbotones de la más soez vernácula escocesa (recordatorio: debo comprar el *Diccionario de Vulgarismos* de Grose).

Joan, toda disculpas, me pasó una taza de café negro. Me la tomé de un solo trago, me arropé en mi abrigo más grueso y salí al endemoniado frío nocturno de Edimburgo.

Cuando llegué al establo, McGray ya se hallaba montado en Centeno, su recio caballo café, y llevaba en la mano una pesada linterna de minero. El muñón entre sus dedos medio y meñique era evidente bajo el haz de luz.

—¿La duquesa gusta mover sus reales asentaderas?

Pocas veces lo he visto tan preocupado, así que ignoré los insultos y monté a toda prisa. Philippa, mi yegua blanca de Bavaria, no recibió bien el alboroto y me llevó por las calles con zancadas enfurruñadas.

Me levanté el cuello aterciopelado del abrigo, maldiciendo el viento glacial, pero McGray estaba tan intranquilo que ni un huracán podría sacarlo del trayecto.

Sabía perfectamente lo que pasaba por su mente. McGray se imaginaba lo peor: Pensy, su joven hermana, bien podría ser la chica en cuestión.

Me resultaba imposible no contemplar esa posibilidad. Sólo había visto a miss McGray un par de ocasiones, pero su historia era tan triste que me conmovía siempre que pensaba en ella. Y para McGray la herida aún estaba abierta; quizá lo estaría para siempre. Sentí pena por él, mientras galopábamos a toda velocidad.

Debimos ser como dardos atronadores entre las calles desiertas; las pezuñas y el relinchar de los caballos cortaban el silencio, y los ladridos de Tucker despertaban a los otros perros conforme avanzábamos. Dejamos atrás el casi decente alumbrado del Barrio

Viejo, pero más allá las farolas de las calles se volvieron más y más dispersas, y pronto sentí que cabalgaba a través de páramos negros. El manicomio se encontraba en el extremo sur de la ciudad, donde sólo se asentaban unas cuantas propiedades, y aunque se veían farolas de cuando en cuando, ésta era la noche más oscura del calendario lunar. Lo único que nos guiaba era la linterna de McGray.

No sé cómo encontró el camino al manicomio, pero pronto vi el resplandor de sus muchas ventanas. Aquél no era un buen augurio: el lugar debía estar en conmoción si casi todos los cuartos se hallaban iluminados a esta hora.

Cruzamos el portón de los jardines, donde un par de policías apenas tuvieron un instante para saludarnos, y encontramos a otros dos apostados a cada lado de la entrada principal. Otro mal augurio.

—¿Por qué mandaría Campbell a tantos oficiales? —pregunté, pero McGray no escuchaba; ya estaba desmontando y tuve que correr para alcanzarlo.

—Inspector McGray —dijo el oficial junto a la puerta—, el doctor lo 'stá esperando.

—¿Cuántos de ustedes vinieron? —inquirió McGray, silenciando los ladridos de Tucker con un movimiento de mano.

—Nueve, 'ñor.

—¡Nueve!

—Ei. Dos en el portón, nosotros dos, uno para cada una de las dos puertas traseras, y tres para vigilar el cuarto donde tienen a la mujer.

—Jesús —murmuró McGray, entrando de inmediato. Conocía los corredores como la palma de su mano, y de nuevo tuve que trotar para igualar su paso.

El manicomio estaba agitado de verdad: enfermeras y guardias corrían en todas direcciones, y los gritos escalofriantes de incontables pacientes llenaban el lugar como un batallón de demonios.

—Algo terrible ha pasado —dije, sintiendo un repentino escalofrío.

—¡Míster McGray! —exclamó una enfermera de aspecto demacrado—. Gracias a Dios que llegó tan pronto.

—Miss Smith —le contestó—, ¿qué pasó? ¿Fue acaso…?

—Síganme, señores —nos dijo la mujer, caminado ya a toda prisa —, el doctor Clouston dice que cada segundo cuenta.

Nos llevó al ala oeste, donde se alojaban los pacientes más adinerados. Vi que McGray arrugaba el ceño, y de inmediato entendí por qué; reconocía estos corredores a la perfección.

—¿Nos está llevando a los aposentos de miss McGray? —pregunté.

—Sí —respondió miss Smith, pero al dar vuelta en la esquina del pasillo vi que la puerta del cuarto de Pensy se encontraba cerrada. Era

la habitación contigua la que estaba abierta, y los tres oficiales estaban apostados allí, entornando los ojos ante los pavorosos gritos que venían del interior—, pero no es miss McGray —agregó la enfermera, señalando la entrada—. Es allí. Pasen, por favor.

Vi un rastro de alivio en la mirada de McGray, pero no duraría mucho, pues aquel cuarto era un horrendo ataque a los sentidos: una escena perturbadora, un olor repulsivo y una temperatura helada.

La ventana estaba hecha añicos, el marco mismo arrancado de la pared, y había trozos de vidrio esparcidos por toda la alfombra. Una corriente de viento implacable había extinguido el fuego poco a poco, y un resplandor patético era todo lo que quedaba en la chimenea.

Ahí encontramos al doctor Clouston, que lanzó un largo suspiro en cuanto nos vio. Su barba usualmente pulcra estaba enmarañada, y sus ojos siempre seguros ahora parecían hundidos.

—¡Adolphus, inspector Frey, llegan justo a tiempo!

Nos señaló una magnífica cama con dosel; no era para nada un lecho humilde, decorado con gruesos cortinajes de brocado y terciopelo, y los gritos provenían de su interior.

No pude contener un estremecimiento cuando vi a aquella mujer, medio oculta tras las cortinas.

No puedo decir que la pobre yacía de espaldas. Su rostro apuntaba hacia el techo, pero su columna se había contorsionado brutalmente, formando un horrible arco: su pecho estaba en el aire, y su peso descansaba sobre sus hombros y caderas. Ninguna columna puede arquearse de esa manera sin antes romperse.

Sus brazos estaban torcidos en ángulos extraños, sus manos tensas y sus dedos flexionados cual garras. Para completar la terrible imagen, sus ojos estaban inyectados de sangre y su boca abierta al máximo, profiriendo la sucesión de horrendos gritos.

El cuarto hedía a vómito y vi que las sábanas eran un revoltijo inmundo. Aquél no era el único olor que percibí; había también algo químico flotando en el aire.

—No le queda mucho tiempo —dijo Clouston, mientras las extremidades de la mujer se agitaban en espasmos incontrolables.

—Dios mío… —musitó McGray, acercándosele. Supe que parte de su mente debía estar considerando la posibilidad de alguna posesión demoniaca, pero aquella espina arqueada era un síntoma inconfundible para mí.

—¿Envenenamiento por estricnina? —pregunté.

Clouston asintió sombríamente.

—Así es, y en una dosis terrible. No puedo hacer nada por ella.

Nadie podría haber hecho nada.

McGray jaló una silla y se sentó frente a la cama. Sus ojos azules se agitaron frente a la mujer agonizante, y le habló con un tono casi paternal:

—Pobrecita… ¿Quién te hizo esto?

La muchacha gruñó y después emitió un sonido áspero, casi animal.

—El señor… El señor…

No pudo decir más. Tuvo una última convulsión y su espalda se torció más. Escuché sus huesos quebrarse y entonces sus gritos cesaron. Su pecho se agitó y siguió una serie de horrendas arcadas mientras la pobre se esforzaba por respirar, pero el aire ya no llegaría a sus pulmones.

Su última exhalación fue un gruñido largo y gutural, y al fin su pecho se relajó. Su espalda, por el contrario, permaneció arqueada, y sus dedos tan tiesos como antes. Fueron sólo sus ojos los que mostraron una repentina paz, como si acogieran gustosos la insensibilidad de la muerte. La habíamos perdido.

Hubo un largo silencio. Nadie se atrevió siquiera a moverse. Dios sabe cuánto tiempo habríamos permanecido así, pero entonces… una extraña sensación llegó a mí.

Era un cosquilleo que se arrastraba por mi pierna y lanzaba escalofríos por todo mi cuerpo. Todos voltearon a verme cuando me contorsioné, dándome cuenta de que acababa de pisar un caminillo de hormigas negras.

No me había repuesto del todo, cuando escuché un sonido suave a mis espaldas. Al volverme vi un gran cuervo picoteando entre los vidrios rotos. Fue apenas un atisbo, pues tras soltar un graznido estridente el animal saltó al vuelo y se perdió en la oscuridad de la noche.

3

McGray sirvió un whisky doble y se lo pasó a Clouston.

El doctor se había dejado caer sobre la silla de cuero tras su escritorio, y se cubría la sien con una mano fatigada.

—Tenga, doc —dijo McGray al ofrecerle el vaso—. Échese un traguito, va a ver que le sienta bien.

—Al menos me quitará algo de este maldito frío —respondió el doctor antes de tomar el primer sorbo.

McGray sirvió otros dos vasos y nos sentamos frente al escritorio. Saboreamos el licor en silencio, y el fuego en mi garganta al instante me hizo sentir un poco mejor. Fui el primero en hablar:

—Y bien, doctor, ¿puede decirnos qué ocurrió?

Clouston contempló el whisky que lagrimeaba sobre las paredes de su vaso. Estaba tan tenso que los tendones se proyectaban en su cuello.

—Caballeros, necesito que me den su palabra de honor. Nada, *nada* de lo que voy a decirles puede salir de esta oficina.

—Sabe que puede confiar en mí —dijo McGray—, y si aquí el gallito londinense despepita algo, yo mismo me encargaré de cortarle… la cresta.

—Me temo que tu intervención no será necesaria —dije con mi tono más flemático—. Doctor, puede hablar con confianza, y tenga por seguro que nada saldrá de mi boca.

Clouston seguía contemplando su vaso. Respiró profundo y bebió lo que quedaba de un golpe.

—La mujer que acaba de morir era miss Greenwood —dijo, dejando el vaso sobre el escritorio—. Maravillosa enfermera. De veinticuatro años. Había trabajado aquí durante cinco…, no, seis años, la pobrecita. Estaba cubriendo el turno de la noche. Miss Smith ya había terminado sus labores, pero creo que olvidó algo y tuvo que regresar. Fue entonces que escuchó gritos y fue a aquel cuarto. Encontró la ventana destrozada y… a miss Greenwood en el piso, gritando que la habían envenenado. No pudo decir mucho más después de eso.

—¿Y sabe quién lo hizo? —pregunté.

—No pudo ser más que una persona, inspector. El paciente al que atendía; el hombre que hizo añicos la ventana y salió huyendo.

Bajó la mirada para pronunciar el nombre que se convertiría en nuestra maldición:

—Lord Joel Ardglass.

McGray alzó la vista, tan agitado como si hubiese escuchado una blasfemia.

—*¿De qué habla?* Eso no puede ser. El único Joel Ardglass del que he oído hablar está muerto. ¡Lleva años muerto!

El doctor suspiró y volvió a alcanzar su vaso.

—Precisamente por eso necesito su discreción. Y también voy a necesitar otro trago de esto…

*

No puedo describir la expresión en nuestros rostros. Los labios del doctor parecían secarse con cada frase, y para cuando terminó su historia quedaban sólo rastros de whisky en la licorera.

—¿Cómo pudo acceder a un trato como aquél? —le pregunté.

—Ya se lo dije, inspector. No encontré otra manera de ayudar al pobre diablo y a su hija. No crea que no me arrepiento. Sé que fui un condenado imbécil.

—¡Esa jodida Lady Malacopas! —McGray siseó, caminando en círculos. No había podido mantenerse en el asiento ni la mitad de la historia—. ¡Cómo se atrevía a mofarse de mi hermana y de mí, cuando ella misma tenía a un lunático en su nido de víboras!

—No fue todo en detrimento tuyo —dijo Clouston—. Recuerda tu casa en Moray Place. Lady Anne estaba determinada a quitártela. Mis chantajes fueron lo único que la detuvo.

McGray se jaló del cabello, apretando su vaso con una fuerza implacable.

—¡Doctor Clouston —dije, sin poder reprimir una media sonrisa—, jamás me lo habría imaginado orquestando tales intrigas!

Clouston sonrió con amargura, sirviéndose las últimas gotas de whisky.

—Hubo un tiempo en que yo tampoco.

—¿Está absolutamente seguro de que fue lord Ardglass quien la envenenó? —pregunté.

—Oh, no queda lugar a dudas, inspector. Usted mismo la escuchó intentando decir “el Señor”. Lord Ardglass es nuestro único paciente con título nobiliario y nunca pudo quitarse ciertos modales. Los otros pacientes lo apodaban *el Marqués de San Orate* o *Lord Malatesta*.

—La mujer pudo estar delirando —aventuré.

—¿Por qué otra razón habría de huir? —McGray interrumpió con impaciencia—. Eso me recuerda: Doc, ¿ha mandado gente a buscarlo?

—No me pareció prudente mandar a mi personal allá afuera; las calles están muy oscuras y el hombre puede ser peligroso. Sólo envié a uno de mis enfermeros a alertar a los vecinos; Tom, que es lo bastante fuerte para cuidarse solo.

—Bien pensado —asintió McGray. Entonces mandó llamar a algunos de los oficiales y los enviamos a buscar a lord Ardglass—. Es probable que sea inútil —dijo, al fin tomando asiento—. Como usted dijo, está muy oscuro allá afuera, pero al menos hay que intentarlo.

—Y mientras tanto tenemos mucho que hacer —agregué, recordando un caso similar que había atendido en mis primeros años como inspector en Londres—. Doctor, necesito que su personal nos reporte cualquier objeto perdido. Cualquier cosa que lord Ardglass pudiera usar en su escape: armas, dinero… Cuente sus caballos, por supuesto. Y que también revisen si faltan botellas de veneno para ratas.

—¿Crees que sacó el veneno de ahí?

—Es muy probable. La estricnina suele ser el ingrediente principal.

—Ahora lo recuerdo —dijo McGray—. ¿No fue eso lo que usó el Envenenador de Rugeley?

—Exactamente —contesté.

El Envenenador de Rugeley había sido ejecutado hacía décadas, pero su recuerdo seguía vivo por toda la nación, en especial porque entre sus víctimas se encontraban sus propios hijos.

Clouston tocó una campanilla para llamar a la jefa de enfermeras.

—¿Necesitan algo más, inspectores?

—El historial completo del paciente —le dije.

—Y tenemos que interrogar al personal —intervino McGray—, y también inspeccionar aquel cuarto con más detalle.

—Además de llevarnos el cadáver para la autopsia —agregué—. El doctor Reed va a tener un Año Nuevo bastante ajetreado. Ah, y también debo enviarle un mensaje urgente al superintendente Campbell: en cuanto sepamos si lord Ardglass salió a caballo o a pie podremos establecer el perímetro de la búsqueda, y entonces habrá que informar a la prensa. La gente en Edimburgo debe estar alerta si no logramos encontrarlo pronto.

Clouston se aclaró la garganta:

—Me temo que eso no será posible.

—¿Perdón?

—Como ya le dije, inspector, está de por medio ese pérfido

contrato que firmé…

Tuve que reírme:

—Doctor, no puede hablar en serio.

—Más en serio que nunca. Nada de esta historia puede salir de estas cuatro paredes.

—¿Acaso está intentando proteger la reputación de lady Anne?

Clouston se puso de pie y lamenté el dejo de burla que había en mi voz.

—*¡Por supuesto que no!* ¡Lo que intento salvar es mi carrera y el salario del que depende mi familia! Estoy a la cabeza de esta institución y soy una figura prominente de mi profesión. Por años he escrito y pregonado sobre los derechos y el tratamiento que merecen los enfermos mentales, mientras que tras bambalinas ingresé a un paciente sin el debido papeleo. Y no es un nombre que pasará desapercibido: la gente esparcirá el chisme y mi nombre inevitablemente saldrá a relucir. Y en el acto, lady Anne me demandará por difamación. En el mejor de los casos podría perder mi licencia. Maldigo el día en que hice tratos con ella, pero ya no hay nada que pueda hacer al respecto.

—Un maniático anda suelto por la ciudad —insistí—. ¿Está dispuesto a dejar a todo Edimburgo a merced de un lunático sólo para mantener su buen nombre?

Clouston se dejó caer sobre la silla. Sentí genuina pena por él, acorralado por su simple deseo de ayudar a otros.

—Le ruego me disculpe —dije—, pero debe entender que necesitamos llevar a cabo una investigación tan minuciosa como sea posible. No podemos permitir que este hombre deambule por las calles a su antojo.

—Frey —McGray intervino—, no voy a discutir contigo en este momento; tienes un par de whiskys encima y el alcohol te envalentona más de lo que te conviene.

—No pienses que no aprecio tus chistecillos, pero debo recordarte que estamos hablando de un asesinato. Lo repito: es necesario hacer a un lado estos escrúpulos y…

McGray me tomó de un brazo y me jaloneó hacia la puerta.

—Disculpe, doc. No quiero que se espante con lo que voy a decirle al dandi —cerró de un golpe y me susurró iracundo—: Guárdate ya tu mojigatería y tus procedimientos santurrones. No voy a dejar que arruines al doctor Clouston.

—¿Mojigatería? ¿No es ésa una palabra demasiado ostentosa para tu vocabulario?

Estuvo a punto de aporrearme:

—No estoy bromeando, Frey.

—Le debes lealtad a Clouston y lo entiendo. En verdad, lo entiendo perfectamente. Y eso me hace pensar que deberías abandonar este caso.

—¿Qué? ¿Cómo me pides que…? —se frotó la cara con frustración —. Cuando Pensy y yo nos las vimos negras, Clouston nos ayudó como nadie. ¿No escuchaste? Hasta salvó la casa donde te estás hospedando.

—Muy en contra de mi voluntad, debo añadir.

—¡Claro que le debo lealtad! —McGray le asestó un puñetazo a la pared—. Y ahora que me necesita voy a hacer todo lo que pueda por él, y me importa un bledo que eso me lleve a la ruina.

Entonces me dio la espalda y entró de nuevo a la oficina, cerrando de golpe.

—Muy bien puede llevarte a la ruina —susurré—. Lo que me preocupa es que me arrastrarás a mí también.

4

Mientras esperábamos la llegada del forense, Clouston nos permitió usar su oficina para realizar los interrogatorios preliminares. La primera persona a la que llamamos fue la jefa de enfermeras, Cassandra Smith.

Se trataba de una mujer modesta de unos treinta años. No se le podía llamar atractiva: tenía el cabello quebradizo, piel áspera y profundas ojeras; y sus manos, magras y largas, habían sido curtidas sin misericordia por el trabajo. Sin embargo, hablaba y nos miraba a los ojos con determinación y agudeza. Eso, y su delantal inmaculado, hablaban de una mujer lista y diligente. Era entendible que estuviese alterada, pero la mujer se controlaba bastante bien; seguramente había visto cosas peores en sus años como enfermera.

—Le pido disculpas por esas hormigas —dijo antes de que pudiésemos pronunciar palabra. Me percaté de que estaba mitigando su acento escocés para mi beneficio—. Ese corredor lleva meses infestado. Hemos intentado de todo, pero ni siquiera el invierno parece afectarlas.

Me miraba con una consternación casi maternal, y tuve que aclararme la garganta con un poco de vergüenza.

—No se preocupe, miss Smith —le dije mientras registraba su nombre en mi libreta de bolsillo.

—Clouston nos dice que seguías aquí por mera casualidad.

—Ei, míster McGray —le respondió con cierta familiaridad. Debía conocerlo bien después de atender a su hermana durante los últimos cinco años—. Tenía planeado tomarme la mañana libre para cuidar a mi padre. El pobre no anda bien de salud; ya está muy entrado en años.

—Qué pena, Cas. ¿Entonces por qué regresaste?

—Por mi gorro. Salí pensando que no lo necesitaría… Algo muy tonto de mi parte, en la madrugada y en pleno invierno.

—¿Qué hora era? —dije frunciendo el ceño.

—Pasada la medianoche, señor.

—¿Se iba usted a casa tan tarde?

—Ei, señor. Es la hora en que termina mi turno.

—¿Vive en la ciudad?

—Ei, señor. Cerca de Los Páramos.

Fruncí el ceño un poco más:

—¿Y es seguro andar por las calles, sola y a esa hora?

—Ay, no estaba sola, señor. Tom también sale a esa hora y él tiene una carretita. Trato de que mis turnos coincidan con los suyos o los de otros enfermeros, incluido el doctor Clouston. No siempre se puede. En esos casos simplemente paso la noche aquí.

Asentí, tomando notas; también debía interrogar a ese Tom.

—Cuéntanos qué pasó cuando regresaste —le pidió McGray.

Miss Smith fijó la mirada en la pared y apretó los labios.

—Bien, como les dije, hacía mucho frío y regresé por mi gorro. Fui a mi escritorio, en los cuartos de las enfermeras, y fue entonces que escuché un ruido: platos que se rompían. Lo supe porque lo he escuchado cientos de veces, cuando los pacientes nos arrojan la comida. Pero entonces la oí gritar; al principio no reconocí su voz… Sonaba inusual. Creo que estaba atragantándose.

—¿Fue usted directo al cuarto?

—Mmm, no. Primero corrí de vuelta a la entrada; iba a llamar a Tom. Sabía que algo andaba mal, y fuera lo que fuera, no quería enfrentarlo sola. Algunos de nuestros pacientes pueden ser bastante violentos.

—¿Tuvo oportunidad de llamarlo?

—No. Antes de llegar a la puerta escuché que la ventana se despedazaba. Fue un estruendo terrible, señores, y miss Greenwood gritaba en agonía, así que me di media vuelta y fui directo a ella.

—Valiente acción —le dijo McGray.

—Ei. Tal vez no debí, pero me alegra haberlo hecho. Cuando la encontré, la pobre muchacha estaba temblando y…, bueno, ustedes mismos la vieron.

—El doctor Clouston habló de veneno.

—Ei. La oí decir “veneno”. Una sola vez. Me sorprende que haya logrado hablar cuando ustedes llegaron. La pobre empezó a vomitar y a convulsionarse, y…

Sacó un pañuelo de su delantal y se cubrió la boca; los ojos se le estaban llenando de lágrimas.

—¿La conocía bien?

—Trato de conocer bien a todas mis muchachas —nos respondió con una nota de orgullo—, pero miss Greenwood era bastante seria. Nunca me contó mucho de sí misma.

—¿Sabe algo de su vida personal? Por trivial que parezca.

—Ei, un poco. Sé que no tenía parientes en Edimburgo. Nació en el

norte de Inglaterra, en Cumbria, y vino a Escocia después de algunos… malentendidos con su familia.

Alcé la mirada.

—¿Sabe más detalles sobre aquellos malentendidos?

—No, para nada. Nunca quiso hablar mucho de eso, y no soy quién para especular. Si necesitan saber más de ella, deberían hablar con miss Oakley.

—Otra enfermera, supongo.

—Ei. Es una de nuestras reclutas más recientes. De hecho, miss Greenwood estaba a cargo de entrenarla. Me parece que se volvieron buenas amigas.

—Bien. ¿La puede llamar?

—Temo que no, la chica ha estado enferma estos últimos días, pero les puedo dar su dirección. Es una muchachita muy bien educada; estoy segura de que les contará todo lo que sepa.

De inmediato buscó papel y tinta. Cuando se acercó a entregarme la nota, me percaté de cuán enrojecidos estaban sus ojos.

—Sólo una pregunta más —le dije—. ¿Recuerda que haya pasado algo inusual el día de ayer? Cualquier cosa fuera de lo común, insignificante o no.

La enfermera torció los labios con desagrado. Presentí problemas.

—Así es, señor. Dos cosas, en realidad. Bueno, una es una nadería.

—Díganos.

Vaciló por un segundo, pero a fin de cuentas habló: —Lo menciono simplemente porque sé que lo escucharán de las otras enfermeras: la luna.

McGray se inclinó hacia ella:

—¿La luna? ¿Quieres decir la *ausencia* de la luna?

—Ei, ‘ñor. Algunos pacientes nos han dicho que ven… fantasmas…, aparecidos… deambulando por los jardines en las noches de luna nueva.

Los ojos de McGray se abrieron al máximo, y sus pupilas mostraban un brillo que he aprendido a temer.

—Una nadería en verdad —repliqué—, pero tomaré nota de cualquier modo.

—¿Qué más sabes de estos fantasmas?

Miss Smith se encogió de hombros.

—No mucho, ’ñor. Sólo he escuchado a algunos pacientes y enfermeros hablar de unas figuras oscuras que rondan por los pasillos y los jardines, pero han notado que es sólo cuando no hay luna en el cielo.

—Anota bien eso, dandi —McGray me indicó.

—Mencionó usted dos sucesos extraños —proseguí, para finiquitar aquel asunto de los fantasmas—. ¿Cuál es el segundo?

Miss Smith observó a McGray con intensidad.

—Eso es algo bastante… delicado.

—Cuéntanos.

—Habrán notado que todo esto sucedió justo al lado del cuarto de miss McGray.

Vi que Nueve Uñas cerraba las manos lentamente, tensando todo su cuerpo.

—Ei. Lo notamos.

—Bien, no es coincidencia. Ellos eran…, pues, amigos.

—¿Amigos? ¿De qué estás hablando?

—Míster McGray, como usted ya sabe, Pensy (disculpe que hable de ella con tanta familiaridad) no volvió a decir palabra después de que el doctor Clouston la trajo aquí. Después de que sus ataques de violencia amainaron, la pobre muchacha se convirtió en lo que vemos ahora: muda, a duras penas es consciente de lo que pasa a su alrededor. Todo lo que hace es mirar por la ventana…

McGray no pudo mirarla más a los ojos.

—Lo siento, señor.

McGray negó con la cabeza:

—No te disculpes, mujer. Continúa.

—Pues a Lord Malatesta (lo llamo así para no pronunciar su verdadero nombre) le gustaba mucho leer. El hombre sufría de terribles depresiones y sus libros parecían ser lo único que lo distraía de sus pensamientos suicidas, así que lo alentábamos a que les leyera a otros pacientes. Pensy aún estaba algo inestable, pero la voz de aquel hombre parecía tranquilizarla. Y después, cuando la jovencita se volvió calmada pero ausente, las lecturas tuvieron el efecto opuesto: cuando todo lo demás fallaba, los libros eran lo único que la traía más cerca a la realidad. Uno podía ver que le regresaba la vida a los ojos. Hasta podría jurar que una vez la vi estrujando los brazos de su silla cuando Lord Malatesta le leía un pasaje muy emocionante de Wilkie Collins.

—¿Cómo es que nadie me lo dijo? —preguntó McGray.

—Ay, ’ñor, nunca le dimos demasiada importancia. Todo era tan… tenue. Comparable a sus reacciones cuando usted la visita: una inclinación de la cabeza, un oscilar en sus ojos, una ligera presión cuando le da la mano. Ese tipo de señales.

Arqueé una ceja.

—¿Y por qué les da importancia justo ahora?

Miss Smith tensó los labios y sus incipientes arrugas se volvieron

más profundas.

—Estoy segura de que los escuché hablar.

El pecho de McGray se hinchó al tomar aire, e imaginé escuchar el vuelco que su corazón seguramente dio.

—¿Qué? —vociferó, jadeante—. ¿Cuándo?

—Anoche. Apenas unas horas antes de que pasara todo esto. Lord Malatesta estaba en el cuarto de Pensy; yo misma lo llevé para que le leyera. Me quedé de chaperona, como siempre hago, pero hubo una emergencia en el pasillo, con otro paciente, y tuve que dejarlos solos por un instante. Dejé la puerta entreabierta, claro está, y todo el tiempo estuve a una distancia prudente por si me necesitaban. Volví unos minutos después, y justo cuando iba a entrar… fue cuando los escuché.

McGray se puso de pie y comenzó a dar vueltas igual que antes, cubriéndose la boca con su mano mutilada.

—Y eso sí pensaba contárselo, míster McGray —agregó miss Smith —. Iba a pedirle al doctor Clouston que le enviara un mensaje en la mañana. Hoy.

McGray se acarició la barba de tres días.

—¿Estás totalmente segura?

—Ei, ni sombra de duda.

—Y… ¿pudiste escuchar lo que decían?

La mujer lanzó un suspiro.

—No, lo siento. Estaban hablando en murmullos; no capté una sola palabra. Pero no quería interrumpirlos, así que me quedé tras la puerta hasta que terminaron, que fue muy pronto. Después esperé un rato, por si volvían a hablar, pero no fue así.

—¿Qué pasó después? —le pregunté.

—Era hora de la merienda, así que llevé a Lord Malatesta de vuelta a su habitación para que comiera. Después de eso garabateé una nota para acordarme de contarle todo al doctor Clouston a primera hora. Pensaba que, con el permiso de míster McGray, por supuesto, podríamos repetir el experimento; dejarlos solos un momento y esperar a que hablaran otra vez.

McGray dio lentos pasos hacia la ventana, sólo para contemplar el oscuro paisaje en silencio.

Después de un momento volteé a ver a miss Smith: —¿Los había dejado solos antes?

—Muy ocasionalmente, señor. Nunca más de unos minutos, y siempre estaba a una distancia prudente. No recuerdo que hayan conversado antes. Aunque debo decirle que no los atiendo personalmente todo el tiempo. Es posible que algún enfermero o

enfermera primeriza los haya dejado solos por más tiempo.

—Entonces tendremos que interrogar a cualquier persona que los haya tenido bajo su cuidado.

Miss Smith me devolvió una mirada sombría:

—Bueno…, una de esas enfermeras es la que acaba de morir.

5

Mi reloj de bolsillo marcaba las cinco de la mañana cuando llegó el doctor Reed. Su cara todavía mostraba marcas de sus almohadas.

Aún me cuesta creer que el forense principal de Edimburgo sea este muchacho de veintipocos años, que más bien parece tener dieciséis. Con sus mejillas regordetas, sus ojos infantiles y su mentón lampiño, siempre me recuerda a un nervioso cocker spaniel. El muchacho es capaz e inteligente, eso no se puede negar, pero su experiencia en casos prácticos sigue siendo limitada.

Suspiré con impaciencia mientras lo veía inclinarse sobre el cadáver de la enfermera Greenwood: sus ojos estaban muy abiertos, dejando ver una alerta que me incomodaba.

—En verdad parece envenenamiento con estricnina —dijo—; presenta el típico arqueamiento de la espalda y…

—¿Le puedes practicar una autopsia completa? —lo interrumpí, pues no necesitaba que me recitara una lista de síntomas que ya conocía—. Y quiero que sea una inspección concienzuda. No dejes que lo obvio te distraiga de otras posibilidades.

—Sí, señor.

Después de eso se llevaron el cuerpo y lo cubrieron con una sábana, pero eso no ocultaba la horrible contorsión de la espalda.

McGray y yo permanecimos en el cuarto para comenzar la inspección. Estaba a punto de arrodillarme para mirar debajo de la cama cuando alguien llamó a la puerta. Era el sargento Millar, un joven con el cabello del pelirrojo más intenso de la historia. Estaba luchando por recuperar el aliento.

—'Ñores, encontramos un rastro en los jardines. Mejor que vengan a verlo.

—En cuanto hayamos registrado este cuarto —le dije, pero el joven titubeó en el marco de la puerta.

—¿Qué pasa? —le preguntó McGray.

—Pos…, 'ñores, está nevando retefuerte. Las huellas se van a borrar muy rápido.

McGray y yo volteamos a la ventana y de inmediato comprendimos la urgencia: los enormes copos de nieve no estaban cayendo con

suaves oscilaciones, sino como una veloz tormenta. Supe que teníamos tan sólo unos minutos antes de que aquella nieve cubriera cualquier marca en los prados.

—Anda, Frey. El pelos de zanahoria tiene razón.

Me acerqué a McGray mientras nos dirigíamos hacia los jardines.

—Necesitamos más manos. Esto se está volviendo demasiado complejo para manejarlo nosotros solos: tenemos gente que interrogar, un cuarto que registrar, revisar el expediente de lord Ardglass, buscar en los alrededores… y además tenemos que investigar si tu hermana…

McGray se detuvo en seco, con una mano sobre su mentón.

—Tienes razón —gruñó—. Y ya sabes cómo me purga cuando tienes razón. Se te suben los humos a la cabeza.

—McGray…

—Mándale una nota a Campbell. Dile que necesitamos otro par de inspectores, pero *yo* les asignaré sus deberes. ¿Te queda claro?

Él y Millar siguieron adelante antes de escuchar mi respuesta. Le pedí papel y tinta a una enfermera y garabateé un mensaje a toda prisa. Al salir le pasé la nota a uno de los oficiales que cuidaban la entrada, diciéndole que debía entregarse sin demora, sin importar dónde se encontrase Campbell.

—¡Frey, aquí! —oí que McGray gritó en cuanto puse un pie en los jardines. Lo encontré pisándole los talones a Millar, que alumbraba el paso con una enorme linterna.

Al acercarme vi las sombras nítidas de un rastro tortuoso. Pude imaginarme a un hombre pisoteando y pateando la nieve en una penosa marcha hacia el norte.

—No falta ningún caballo —decía Millar. Su cabello se veía alarmantemente anaranjado bajo la luz—. Tuvo que irse a pie.

—Lo que significa que aún puede estar cerca —dijo McGray con una nota de emoción.

Seguimos las huellas hasta los límites del jardín, donde se alzaba un alto muro de ladrillo.

—¿Escaló en algún punto? —pregunté, pero entonces Millar alumbró una estrecha puerta que seguramente usaba la servidumbre. El roble era viejo y desgastado, con un pestillo de acero oxidado que había sido arrancado de cuajo.

Iba a lanzarme hacia aquella puerta, pero McGray me jaló del hombro.

—No te hagas la heroína —dijo, desenfundando su pistola. En cuanto seguí su ejemplo le propinó una patada a la desvencijada puerta.

Millar alumbró de derecha a izquierda mientras nos adentrábamos

en la profunda oscuridad de los campos aledaños.

—Nadie podría encontrar su camino en estas tinieblas —murmuré, esforzándome por encontrar cualquier indicio de luz en aquella inmensidad.

—Cúbrenos las espaldas —me dijo McGray—. El dichoso Lord Malatesta aún podría andar cerca.

En cuando di media vuelta comprendí nuestra vulnerabilidad. La linterna sólo podía iluminar unos cuantos metros a nuestro alrededor, y más allá el mundo era todo silencio y negrura.

—Deberíamos regresar —dije.

—Que no se te encojan, Frey.

Miré hacia atrás y adelante, vigilando e intentando no rezagarme.

—¡Esto es muy imprudente! No vamos a…

—*¡Oi, ya cállate!*

No dije más, y no por el remilgo de McGray, sino porque la nieve me estaba cayendo en la boca. Aquello se estaba convirtiendo en una verdadera ventisca.

Nueve Uñas apretó el paso, desesperado por seguir aquel rastro. Tanto él como Millar jadeaban de cansancio, y mi propio aliento se condensaba frente a mí. Vi que los bordes de las huellas se habían vuelto más y más difusos; pronto no podríamos reconocer rastro alguno. Una ráfaga de viento nos sacudió entonces, como si los mismos elementos estuviesen empecinados en borrar cualquier huella de aquel asesino.

McGray siguió adelante a pesar de todo, hasta que la nieve se convirtió en una alfombra perfectamente llana y tersa, e incluso entonces caminó varios metros más. Por fin se detuvo y escupió todas las injurias imaginables (y algunas que mis oídos jamás habían escuchado), mientras pateaba la nieve con irrefrenable frustración.

—Aún podemos averiguar mucho en el manicomio —le dije, pero Nueve Uñas no contestó; simplemente dio media vuelta y emprendió el penoso camino de regreso, refunfuñando y bufando.

Entendí su enojo a la perfección. Los asesinos se capturan pronto… o nunca. Era probable que acabáramos de perder nuestra mejor oportunidad.

6

Como si intentase compensar nuestra derrota, McGray fue directo a ver a su hermana. Eran casi las seis de la mañana, y después de mucha persuasión miss Smith accedió a despertar a Pensy una hora antes de lo acostumbrado.

—Al doctor Clouston no le gusta que alteremos la rutina de los pacientes —decía mientras nos guiaba al cuarto, trayendo una bandeja con el desayuno de la chica—. Hemos visto que un horario predecible ayuda a sosegar la mente.

—Ésta no ha sido precisamente una noche rutinaria —le dije, observando a McGray con el rabillo del ojo.

—Y es la única razón por la que estoy permitiendo esto —replicó miss Smith—. La pobre seguramente lo escuchó todo.

Llegamos al cuarto de Amy, donde Clouston ya nos aguardaba.

—Hallé un duplicado del expediente de lord…, ejem, Malatesta —nos dijo, ofreciéndonos una gruesa carpeta—. Puede conservarlo el tiempo que considere necesario.

McGray seguía bastante alterado, así que recibí los documentos:

—Excelente, doctor. Se lo agradecemos mucho.

—Estábamos a punto de ver a Pensy —McGray intervino.

—Ah…, veo que miss Smith ya les contó.

—Ei. ¿Cree que… —McGray bajó la voz—, cree que haya estado muy asustada?

—Eso temo —dijo Clouston—. Vine a verla justo antes de mandarlos llamar. La encontré agazapada en un rincón de la habitación, deshaciéndose en llanto. Las enfermeras tuvieron que darle algo para ayudarla a dormir. Una dosis muy suave, claro está.

McGray asintió.

—Gracias, doc.

—Debería estar mejor después de dormir —dijo Mis Smith, sosteniendo ágilmente la bandeja con una mano y abriendo la puerta con la otra—. Permítanme despertarla primero.

—Gracias —dije, avanzando, pero Nueve Uñas plantó su mano sobre el marco de la puerta para bloquearme el paso.

—Perdona, Frey. Esto es privado.

En otras circunstancias no habría siquiera intentado entrar a aquel cuarto. Sabía perfectamente la magnitud de la tragedia de los McGray, y después de la noche que la muchachita debía haber pasado, realmente deseaba que Nueve Uñas pudiese estar a solas con ella. Sin embargo, ésta era una investigación oficial y había mucho en riesgo.

—Desearía que pudiera ser privado —dije tan gentilmente como me fue posible, pues McGray era bastante propenso a resolver las disputas a puñetazos… y patadas, y cabezazos, y sillas rotas…—, pero tu hermana puede ser un testigo crucial. Debo estar presente.

Me lanzó una mirada asesina, aunque el resto de sus facciones no se movieron. No sé cómo lo hace, pero sus ojos pueden pasar de melancólicos a homicidas en un parpadeo.

—Haz lo que te dé la gana —espetó al final—. Pero déjale algo de dignidad. Deja que miss Smith la levante y la vista.

Di un paso atrás.

—Claro. No puedo negarle eso.

McGray, Clouston y yo esperamos en silencio. Unos minutos después miss Smith anunció que podíamos pasar. Vi que había encendido el quinqué, pues siendo invierno la mañana seguía tan oscura como la medianoche.

El cuarto se sentía un poco más cálido que el corredor, y estaba perfumado con lavanda. Esos detalles me hicieron sentir incómodo, como un invasor, y el sentimiento empeoró con el primer vistazo a la hermana de Nueve Uñas. La había visto antes, pero sentí una punzada en el pecho como si fuese la primera vez. Me pregunto si McGray experimenta eso cada vez que la visita.

Miss Smith ayudaba a la chica a sentarse frente a una mesita cerca de la ventana. Había arropado el cuerpo delgado de la muchacha en una bata suave; también le había lavado la cara y acomodado el cabello oscuro en una redecilla.

La jovencita es muy agradable a la vista, con piel de alabastro, facciones delicadas y labios delgados, y había cierta ligereza en sus movimientos, como si flotase para siempre en un limbo inalcanzable para nosotros.

Sabía que tenía veintiuno o veintidós años, y me dolía pensar que debería estar yendo a bailes, o saliendo de compras, o riendo con otras muchachitas de su edad y arrancándoles suspiros a los hombres. En cambio, estaba pasando los mejores años de su juventud recluida en esta institución.

Sus grandes ojos, tal como recordaba, eran muy similares a los de su hermano, sólo que en vez de azules los de ella eran oscuros como obsidianas, y observaban todo con una intensidad casi perturbadora…

viendo pero sin ver. En ese instante estaban contemplando la bandeja del desayuno.

—Tiene visitas, señorita —le dijo la enfermera, después de colocar una servilleta en el regazo de la muchacha. Como de costumbre no hubo reacción alguna, y de inmediato tuve el presentimiento de que nuestros esfuerzos serían en vano.

Me quedé a una distancia prudente, saqué mi libreta y mi lápiz, y dejé que McGray se encargara de las preguntas. Éste era su territorio.

Se arrodilló junto a su hermana y sus arrugas prematuras se suavizaron de inmediato. Le tomó una de las manos, pequeñas y finas, con una delicadeza impensable en él.

—¿Pen? ¿Pensy? Soy yo.

Noté un ligero temblor en su mano, que McGray debió sentir.

—¿Estás bien?

Amy parpadeó, pero eso fue todo.

—Debe haber sido espantoso con todo ese ruido en el otro cuarto. Sólo quiero asegurarme de que estás bien.

De nuevo no hubo reacción. McGray respiró profundo y después habló con sumo cuidado, como si temiera despertar a un animal salvaje:

—Tienes que saber que… una chica murió al otro lado de esa pared.

Todas nuestras miradas se centraron en ella, buscando el más mínimo temblor o movimiento, pero nada ocurrió. Era claro que Amy estaba tensa, sobre todo los músculos de su cuello.

McGray le apretó la mano con suavidad.

—Tu amigo, ese tal Lord Malatesta…, creemos que fue él quien la asesinó.

Al principio nada pasó, pero unos segundos después, por fin, hubo movimiento.

El pecho de Pensy comenzó a hincharse. Inhaló e inhaló lentamente, con un suave silbido, hasta que sus pulmones estuvieron llenos. Contuvo el aire, y entonces miré al doctor Clouston. El hombre estaba horrorizado, con sus ojos muy abiertos, sus manos tensas y sus labios temblando, como si estuviese hablándose a sí mismo. ¿Acaso esperaba que Pensy irrumpiera en otro ataque homicida?

Entonces la muchacha exhaló, para total alivio del doctor.

Al menos, en cierta medida, parece consciente de lo que se ha dicho, anoté. En medio de aquel silencio sepulcral, el roce de mi lápiz sonó terriblemente escandaloso. Cuando alcé la mirada estuve a punto de jadear, pues el rostro de Pensy había girado en dirección mía.

No me miraba a los ojos, sino más bien a mi pecho; quizás a la

libreta, buscando la fuente del ruido. Su expresión, empero, seguía tan vacía como siempre.

—Creemos que Lord Malatesta la asesinó —reiteró McGray—. No, en realidad estamos prácticamente seguros. Pensy, nadie más pudo haberlo hecho.

Los ojos de la joven permanecieron fijos en mí, aunque sin enfocarse en nada en particular.

—Miss Smith me cuenta que el tipo te leía libros todo el tiempo. ¿Es cierto? —no hubo respuesta—. Pensy, si sabes algo, lo que sea, tienes que decirnos.

Pensé que incluso una chica en su sano juicio se habría sentido intimidada, siendo objeto de las miradas inquisitivas de su hermano, el doctor, la enfermera, y el muy atractivo y visiblemente inteligente inspector tomando notas. ¿Qué esperanza teníamos de obtener información de una delicada jovencita que no había pronunciado una palabra en cinco años?

McGray comenzó a gruñir de impaciencia.

—Pensy, ese hombre cometió un asesinato. Esa muchacha tuvo una muerte horrible. Estuvimos presentes, y créeme, nadie se merece morir así. Y ahora el tipo anda suelto y no tenemos idea de sus intenciones. ¿Puedes ayudarnos?

Me estremecí ante la futilidad de la pregunta… y la mirada de McGray, llena de esperanza.

—Tenemos que encontrarlo. Si sabes algo… —McGray bajó la mirada, frotándose la frente con desesperación. Cuando levantó el rostro sus ojos brillaban con lágrimas a punto de desbordarse, y una ira ignominiosa que a duras penas lograba contener—. Sé que hablaste con él. *¿Por qué no puedes hablarme a mí?*

La nota de anhelo en esa frase me consternó. Aquella breve escena podía ser frustrante para mí, pero no podía siquiera imaginar la angustia de McGray, que había pasado los últimos cinco años esperando una respuesta.

Empecé a tomar otra nota, pero entonces escuché el roce de ropas. Miré de nuevo y encontré que Pensy había retirado sus manos y apretaba con fuerza los brazos de su silla. Con un espasmo se impulsó hacia arriba, levantándose del asiento y haciendo que miss Smith soltara un grito ahogado. McGray y Clouston estaban tan impresionados que no podían moverse; lo único que hicieron fue contemplar a Amy con miradas perplejas.

Entonces vino hacia mí. Sus pasos cortos apenas eran audibles, y sus ojos oscuros no se movían de mi libreta. De nuevo tuve la impresión de que la chica flotaba como un fantasma.

Temblé un poco, sin saber si debía moverme o no, y entonces McGray y Clouston alzaron las manos, indicándome que me quedara quieto.

Muy lentamente, como si cargase un enorme lastre, la chica levantó un brazo. Repentinamente me percaté de cuán pequeña era: sus ojos me llegaban al pecho, y tuvo que estirar el brazo para alcanzar el lápiz. Tiró débilmente de él y lo solté.

Pensé que también me quitaría la libreta de las manos, pero en vez de eso sostuvo el lápiz como si fuese una daga, y comenzó a dibujar garabatos serpenteantes mientras le sostenía el papel. Su mano no me dejaba ver sus trazos, fuesen letras, dibujos o nada en particular.

Entonces, accidentalmente, el dorso de su mano rozó las yemas de mis dedos. Fue el más breve de los contactos, pero bastó para sentir cuán fría estaba su piel.

Los dos nos sobresaltamos. Amy soltó el lápiz, que cayó a nuestros pies, y luego dejó caer su brazo.

Nadie se movió, parpadeó o siquiera respiró por un momento que se antojó interminable. Nadie sabía a ciencia cierta qué acababa de ocurrir. McGray estaba boquiabierto y el doctor Clouston jamás había estado más pálido.

Permanecimos en silencio aún después de que pasó el sobresalto inicial, esperando que sucediese algo más, pero no fue así. Miss Smith fue la primera en reaccionar: se acercó a Amy y la condujo delicadamente a su asiento.

—Ya, ya, es hora de que tomes un buen desayuno.

Miss Smith intentó colocar la cuchara en la mano de Amy, esperando que la joven la sostuviese como había hecho con el lápiz, pero sus dedos no se movieron.

Si era posible, se veía incluso más perdida y ausente que antes. De nuevo un cuerpo vacío.

*

En cuanto salimos del cuarto respiré largo y profundo.

Esperaba que Nueve Uñas estuviese deprimido y exhausto, pero una vez más me equivoqué. Me arrebató la libreta y escudriñó la página como si su vida dependiese de ello. Clouston se acercó para atisbar sobre su hombro.

—Extraordinario… —murmuró.

—¿Qué hizo? —pregunté, pues no había tenido oportunidad de ver los garabatos. McGray me mostró la libreta.

Sobre mi letra fina y regular había un desorden de trazos

temblorosos, como los de un niño pequeño. Sin embargo, formaban una palabra con toda claridad:

Caléndula

Contemplamos el papel con total incomprensión. Cuando miré a McGray, cuyo rostro bullía con anticipación, presentí… No, *supe* que estaba a punto de arrastrarnos a aguas turbulentas.

—De todas las palabras en el mundo —susurró, con un temblorcillo escalofriante en la voz— ella elige ésta. ¿Por qué? ¿Qué quiso decir?

—Si es que quiso decir algo —agregué, rompiendo el "misticismo" del momento. McGray me miró con acritud.

Clouston iba a decir algo pero una joven enfermera se nos acercó, balbuceando algo sobre un paciente que acababa de estallar en un ataque de nervios.

—Por favor, discúlpenme —dijo Clouston, y nos dejó a toda prisa.

McGray se quedó examinando cada curva y manchón en el papel con una mirada maniática. Aproveché el momento de privacidad para decirle lo que pensaba.

—McGray, ¿en verdad estás seguro de que quieres llevar este caso?

Arqueó una ceja.

—¿De qué hablas?

—Puede que te arrepientas —dije proféticamente—. Estás muy inmiscuido en esto. Personal y emocionalmente. Un inspector debe ser capaz de analizar los hechos con objetividad.

—No te me pongas tan quisquilloso, Frey.

—¡Quisqui…! ¿Puedes asegurarme que actuarás con sensatez?

—No tengo que asegurarte un carajo, Frey. Soy el oficial al mando.

—McGray, déjame este caso a mí. Te doy mi palabra; haré todo lo que…

—*¿Dejarte el caso a ti?* Tienes moronga en los sesos si crees que voy a hacerme a un lado justo ahora. Pensy habló, Frey. *¡Habló!* ¿Y ves esta palabra? Es lo más prometedor que ha pasado en años.

—Más a mi favor —insistí—. No estás pensando con claridad.

—¿Y qué esperas que haga? ¿Que me ponga a tejer chambritas?

—¿No está aún pendiente aquel caso de la mujer que se volvió loca después de que un fantasma la asustó en su ático? ¿O el caso de esos fuegos fatuos que querías investigar a bajas temperaturas?

—Búrlate otra vez y…

—No estoy burlándome. Simplemente creo que deberías apartarte de este caso. No le hará bien a nadie que…

No terminé la oración, pues alguien al final del corredor nos llamó. Era el oficial McNair, recién llegado de la Alcaldía. Igual que en la madrugada, cuando nos trajo las primeras noticias, lucía pálido y sudoroso. Para mi sorpresa, el joven oficial que yo había mandado con el mensaje para Campbell venía pisándole los talones, igual de agitado y salpicado de nieve.

—¿Qué haces de regreso? Te dije que el mensaje era urgente.

—Y lo entregué, ’ñor, pero…

—El superintendente nos mandó de vuelta —interrumpió McNair —. Dice que los necesita en el Barrio Nuevo.

—¿Qué? ¿Ahora mismo?

—Así es. Hubo un ataque…

—¡Seguimos trabajando en el primer trinche ataque! —McGray vociferó.

El mismo McNair se hallaba desconcertado:

—Lo sé, ’ñor, pero el superintendente dijo que ustedes entenderían. Me pidió que les dijera que la víctima fue esa vieja encopetada… lady Anne Ardglass.

7

Cruzamos la ciudad a todo galope, con la nieve latigueándonos las caras y las espaldas, pues la ventisca empeoraba conforme pasaban las horas.

A pesar de la oscuridad y del pésimo clima, Edimburgo cobraba vida poco a poco. Mientras cruzábamos la sucia High Street, los mercaderes, pescadores y empleados de fábricas descendían de los sobrepoblados y altísimos edificios que flanqueaban la calle principal del Barrio Viejo, listos para comenzar la jornada. Algunos de esos hombres y mujeres trabajarían hasta bien entrada la noche, y la mayoría ganaría apenas unos cuantos peniques por sus esfuerzos.

Sabía bien a dónde nos dirigíamos. Había tenido la desdicha de conocer a lady Anne el pasado noviembre, cuando muy toscamente me ofreció la mano de su nieta, Caroline, sin que esta última supiera nada al respecto. A pesar del torrente de malas noticias (el ataque a la septuagenaria y el horrendo asesinato en el manicomio), una parte de mí no dejaba de temer mi inevitable encuentro con la belicosa muchachita.

Y Nueve Uñas tampoco estaba muy feliz de enfrentarse a los Ardglass. La rivalidad entre aquel clan y los McGray, según tenía entendido, era legendaria en Edimburgo.

Pronto llegamos a la elegante Dublin Street (lady Anne era dueña de todas las casas en esa calle). La enorme mansión en la esquina, con la elegante fachada georgiana, era su residencia principal; el resto de las propiedades las rentaba a familias aristocráticas ganando pequeñas fortunas mensuales.

Todas las ventanas de la mansión emanaban luz, y enormes candelabros eran visibles a través de las cortinas de encaje. Un mayordomo tieso y estirado ya nos esperaba en el pórtico, estoico ante el viento y la nieve que se derretía al contacto con su cara. Hizo una reverencia al vernos y llamó a un lacayo que se encargó de nuestros caballos. Nos invitó a pasar sin demora.

Me había adentrado en aquella casa antes, durante un baile formal, y en esa ocasión los pasillos habían estado rebosantes de invitados, música y animado parloteo. Esta mañana el contraste no podía ser

mayor: sus amplios salones se hallaban vacíos y nuestros pasos y voces producían ecos que rebotaban bajo los altísimos techos. Había al menos una docena de chimeneas bien distribuidas por toda la propiedad, pero con este clima apenas eran suficientes para mantener aquellos inmensos espacios a una temperatura tolerable.

Una empleada bajita, canosa y regordeta apareció, cargando una licorera de cristal cortado. Tenía unos ojos amplios y amables, pero una profunda arruga se había asentado entre sus cejas hacía mucho tiempo. Se veía cansada y agitada, como si no hubiese dormido en días, pero a pesar de ello logró sonreírnos:

—¡Caballeros, gracias por venir tan pronto! —miró al mayordomo —: Forster, yo los atiendo desde aquí.

—¿Es la policía? —preguntó otra voz femenina que venía del salón contiguo.

Caroline Ardglass en persona.

Debo admitir que era una criatura bastante atractiva, de labios encarnados, nariz y mentón respingados, y unos ojos oscuros que hablaban de astucia. Su figura elegante y su cintura estrecha estaban envueltas en un vestido de terciopelo negro ajustado a la perfección, y la chica se movía con inusitada soltura.

Al verme, sus ojos se abrieron al máximo, pero sólo por un instante, después escondió su sorpresa tras un gesto amargo.

—¡Helo ahí! ¡Mi futuro esposo!

McGray me lanzó una mirada perpleja.

—¿Futuro qué?

Miré hacia arriba, pidiendo misericordia:

—Dios, no tengo paciencia para lidiar con…

—Ei, chamaca —le dijo McGray—, este señorito emperifollado no es material para marido. Es más insoportable que uno de esos poodles berrinchudos que tiene uno que estar acicalando todo el trinche tiempo.

Caroline contempló el cuello de mi abrigo, forrado con piel de oso.

—Y acapararía todos mis guardarropas.

Me aclaré la garganta, sorprendido por la rapidez con la que se habían coludido en mi contra.

—Vinimos a investigar el ataque contra su señora abuela —dije con mi mejor estoicidad antes de que la conversación se retorciese más—. ¿Está en condiciones de hablar?

—Yo los atiendo, Bertha —dijo Caroline, tomando la licorera de las manos de la sirvienta.

—¿’tá segura, niña?

—Sí. Tráeme algo para desayunar, por favor. Y los caballeros tal

vez querrán tomar té.

La mujer se retiró a regañadientes, no sin antes estrechar el brazo de Caroline con afecto. Fue uno de esos gestos que revelan toda una personalidad en un instante: aquella Bertha debía adorar a Caroline como a una hija.

—Síganme, por favor —dijo miss Ardglass, encaminándose a las escaleras—. Mi abuela sigue algo perturbada, pero estoy segura de que contestará sus preguntas… en cuanto haya tomado su trago matutino.

Se veía anormalmente calmada, teniendo en cuenta lo que había pasado, y no pude descifrar si se trataba de una genuina indiferencia o de un disimulo muy bien actuado.

—Miss, ¿usted vio o escuchó algo?

Caroline soltó una risa irónica.

—Puede decirse. Lo presencié todo. Pero será mejor que hablen primero con mi abuela.

Nos llevó a la habitación principal y llamó a la puerta.

—¿Abuela? La policía está aquí.

Le contestó la voz de un hombre mayor:

—Pase, pase, miss Ardglass.

Así lo hicimos, y en cuanto la puerta se abrió nos golpearon los aromas de té Earl Grey mezclado con un fuerte olor a vino y licores. Éstos eran los aposentos de una bebedora encumbrada.

Lady Anne estaba postrada en un diván de terciopelo, pero al entrar sólo pude ver el encaje y los pliegues de su camisón, y su brazo huesudo, estirándose con una copa abombada que aguardaba ser llenada. Un doctor de corta estatura bloqueaba el resto de la vista, hablándole a la mujer con voz consoladora:

—Ya está, ya está, mi lady. Ha sido usted muy valiente.

—*¡Pero me duele tanto!* —replicó con apenas un hilo de voz—. ¡Doctor Wyatt, deme algo para el dolor!

—Ya casi termino, ya casi. Esta árnica hará que la piel sane.

McGray se aclaró la garganta tan ferozmente que temí que regurgitase un horrendo glóbulo de porquería. El doctor comprendió la indirecta, y cuando se movió tuvimos nuestra primera impresión del rostro de la mujer.

Las marcas de cinco dedos estaban impresas claramente en su mejilla izquierda. Moretones frescos, pues la piel apenas comenzaba a pasar de roja a ennegrecida.

En cuanto nos vio, Lady Copas pasó de frágil a iracunda.

—*¡¿Ustedes?!* —gritó, tan fuerte y tan enfurecida que al instante supe que sus heridas estaban muy lejos de ser mortales.

—Lady Anne, nos han asignado la inves…

—¡Pido protección y me mandan a estas sabandijas! —exclamó, mordiéndose los nudillos de la manera más teatral. El doctor Wyatt se inclinó para confortarla, pero sus aullidos no cesaron hasta que McGray bramó:

—¡Oi, ya ciérrese el hocico, vieja escandalosa! ¡O le emparejo los cachetes de ciruela pasa!

El doctor Wyatt se horrorizó:

—¡Señor! ¿Cómo se atreve a hablarle así a una indefensa…?

McGray dio un imponente paso hacia el hombrecillo, que casi se cae de espaldas.

—¿Cómo me atrevo a qué?

—Me… mejor espero afuera —musitó el doctor, y al instante trotó hacia la salida con las piernas temblorosas.

—¿Emparejarme las mejillas? —inquirió lady Anne con sorna; sus ojos disparaban veneno—. Para eso necesitaría cinco dedos.

McGray estaba listo para despedazarla con injurias. Gruñí entre dientes:

—Ahórrate la verborrea. Mientras más pronto hable más pronto podremos irnos.

Apretó los puños y sacudió la cabeza con cólera.

—Pos hazla hablar, si es que puedes.

Con toda provocación, McGray se sentó sobre el tocador estilo rococó, que crujió bajo su peso, y sus caderas tumbaron botellitas de perfume y joyeros de plata. Se cruzó de brazos y comenzó a silbar una cancioncilla escocesa que, según recuerdo, se llamaba “Sacude el sauce”.

Empujé una silla para sentarme cerca del diván:

—Lady Anne, estoy al tanto de que todos en este cuarto tenemos nuestra historia, pero…

—*¡Historia!* Menospreciar a una de las herederas más codiciadas de Escocia… Es usted tan despreciable como estúpido.

Suspiré con impaciencia, sin poder mirarla más. Me percaté de que la mueca de Caroline era muy similar a la mía.

—Lady Anne, no vine a discutir ese asunto, pero entiendo su contrariedad. ¿Prefiere que la interrogue el inspector McGray?

Nueve Uñas silbó más fuerte, y Lady Copas no pudo más que rezongar su derrota.

—Bien —dije—. Además de su rostro, ¿tiene usted otras heridas? ¿Necesita atención médica?

—No —contestó, palpándose la mejilla—. El doctor Wyatt ha hecho suficiente.

—Excelente. Madame, ¿la atacó quien supongo? ¿Fue su propio

hijo?

Fue como arrojar un cadáver sobre la cama.

—¿Cómo lo sabe? —chilló lady Anne—. Le mandamos un mensaje a Campbell apenas unos minutos después del ataque. Él es el único en la policía al tanto de nuestras calamidades. ¿Tan pronto traicionó nuestra confianza?

McGray iba a decir algo, pero levanté una mano y, milagrosamente, se contuvo.

—La historia de lord Ardglass —dije— muy tristemente llegó a nuestros oídos esta mañana. Vinimos directo desde el manicomio.

Las dos mujeres nunca habían lucido más parecidas entre sí. Ambas jadearon mostrando gestos idénticos.

—¿Entonces lo saben todo? —susurró lady Anne.

—Así es; la historia completa. Y nos llamaron al manicomio porque su hijo escapó poco después de la medianoche. El doctor Clouston se vio forzado a explicarnos la situación de su hijo. Ahora me resulta obvio que esta residencia haya sido el primer blanco de lord Ardglass.

—Pues espero que el doctor también les haya dicho que este asunto es absolutamente confidencial. *¡Él firmó!*

—Señora —intervine—, no vinimos a indagar las intimidades de su familia. Antes de perder más tiempo, díganme exactamente lo que pasó aquí. Y por favor no omita detalle alguno.

Las mujeres intercambiaron miradas incómodas.

—Ten —dijo Caroline, sirviéndole a su abuela una muy generosa cantidad de brandy—. Tu desayuno.

Lady Copas mostró ser digna del sobrenombre y se bebió todo el licor de un solo golpe. Al instante extendió el brazo para una segunda ronda, que se tomaría a sorbos más mesurados.

—Estaba durmiendo —comenzó, de pronto incapaz de mirarme a los ojos—. Que diga, intentando dormir. Tengo el sueño muy ligero; así ha sido desde que era joven. Había pasado toda la noche dando vueltas en la cama y cuando al fin estaba a punto de dormir creí escuchar pasos en las escaleras; alguien subiendo muy despacio. Al principio pensé que era Bertha, que sabe de mi insomnio y a veces me trae infusiones. Sonaba como ella… Alguien intentando no despertar a nadie.

”Entonces escuché que se abría la puerta, igual de despacio. No…, no puedo explicarle cómo, pero supe que algo andaba mal. Tal vez la puerta se abrió un poco más bruscamente de lo normal, o… no lo sé. Me senté y…

Hizo una pausa; sus ojos venosos de pronto estaban perdidos en la nada. Se llevó la copa a la boca y tomó un pequeño sorbo.

—Ahí… —y señaló a la puerta—. Ahí estaba, de pie… Me dijo: "Madre, ¿no me has extrañado? ¿No has extrañado a tu único hijo?".

"Si no hubiera batallado para dormir toda la noche, habría pensado que era una pesadilla. No pude pronunciar una palabra. Ni siquiera pude gritar cuando lo vi acercándoseme…

Ahora contemplaba el pie de su cama adoselada, tan temerosa como si lord Joel aún estuviese ahí. Me percaté de cuánto se parecía aquella cama a la del manicomio…, quizás el costoso regalo de una madre asediada por remordimientos.

—Me dijo "vine por ti. Ya sé que…".

Tembló de pies a cabeza, y después le dio un golpecito al borde de su copa ya vacía. Caroline le sirvió la tercera copa de la mañana.

—Por favor, continúe —la alenté—. ¿Qué le dijo? ¿Qué era lo que ya decía saber?

Jamás esperé ver lágrimas emerger de los ojos de lady Anne, pero ahí estaban; su mirada severa bullendo con la más compleja mezcla de emociones. Tragó con dificultad y parpadeó para contener el llanto. El tono de su voz cambió entonces:

—Dijo que ya sabía por qué lo había enviado al manicomio. Que… que para mí era más importante nuestro buen nombre y el qué dirán… Grité y pedí auxilio y fue entonces que… —se llevó una mano a la mejilla amoratada, pero no llegó a tocarse la piel.

—¿Estaba armado? —le pregunté, y lady Anne asintió.

—Traía un puñal. Lo estaba blandiendo cuando Caroline entró.

—¿Usted entró cuando él seguía aquí, miss Ardglass? —volteé para preguntarle.

—Así es. Escuché los gritos de mi abuela y vine de inmediato. Como le dijo, vi a mi padre de pie junto a la cama, con el puñal en alto y listo para… pues…

—Jamás se habría atrevido —interrumpió lady Anne.

—Al contrario —dijo Caroline, sin emoción alguna—. Creo que estaba decidido.

Esas palabras fueron toda frialdad, toda certeza, pero lady Anne sacudió la cabeza.

—Niña insulsa. El pobre de tu padre nunca tuvo agallas.

Estudié sus rostros. Los labios de Caroline estaban entreabiertos, como queriendo refutar las palabras de su abuela. Ambas estaban convencidas de sus argumentos; era imposible saber cuál de las dos estaba equivocada.

—¿Y qué pasó entonces?

Caroline bajó la mirada y fue a dejar la licorera sobre la mesita de noche. Quizás intentaba contener el llanto.

—Lo reconocí en cuanto lo vi —dijo— a pesar de que estaba tan oscuro… y… y que no lo había visto desde que tenía diecinueve años. Creo que dije su nombre… Lo siento, todo fue tan rápido; es como un borrón en mi memoria. Creo que le grité…

—Le gritaste para preguntarle qué hacía aquí —repuso lady Anne.

—¿Es cierto lo que cuenta la vieja, miss Ardglass? —preguntó McGray, de pronto mostrándose compasivo.

Caroline asintió.

—Es cierto. La última persona en el mundo a la que esperaba ver era él… con un puñal y a punto de degollar a su propia madre. Le pedí que la dejara en paz o nunca lo perdonaría. Se volteó hacia mí; corrió hacia mí…

—Pensé que iba a abofetearla también —admitió lady Anne—, pero sólo la empujó a un lado y salió corriendo.

—¿La lastimó? —preguntó McGray.

—No —contestó Caroline, pero su entereza comenzaba a flaquear —, aunque por un momento pensé que lo haría.

—Lady Anne —dije, antes de que la mujer hiciera otro comentario mordaz sobre las agallas de lord Ardglass—, ¿sabe cómo entró su hijo a esta casa?

—No, pero aquí es donde vivió hasta los veinticinco años, y después de que perdió el juicio logró escapársenos en un par de ocasiones. Mi hijo conoce hasta el último recoveco de este lugar.

—¿Por dónde salió?

—Por la puerta principal —contestó Caroline—. Incluso lo vi por la ventana, corriendo por la calle.

—¿En qué dirección? —pregunté.

—Por Duke Street. Hacia el sur.

Tomé nota de ello, mientras McGray miraba a través de la ventana empañada. La nieve caía tan espesa como cuando habíamos llegado.

—Es inútil buscar huellas —dijo, y después me miró—. ¿Les decimos lo que falta?

—Tienen que saberlo —dije lanzando un suspiro.

—¿Saber qué? —espetó Lady Copas.

—Como le dije, lady Anne, supimos que lord Ardglass había escapado del manicomio antes de venir aquí, pero antes de huir, su hijo… —tragué saliva, miré a Caroline y el terror en su mirada me hizo odiar cada palabra que siguió— asesinó a una joven enfermera.

La copa se resbaló de la mano de lady Anne, rodó por la alfombra y salpicó brandy por todas partes.

Caroline se cubrió la boca, horrorizada.

—Ay, no… —susurró, sentándose lentamente al borde de la cama y

tan pálida como un cadáver.

—¡No puede ser cierto! —exclamó lady Anne—. Si lo sabré yo. ¡Joel jamás tendría el valor!

Caroline levantó el mentón. Sus ojos estaban llenos de rencor.

—¡Todo esto es tu culpa! —rugió—. ¡Vieja bruja, lo encerraste en ese horrible lugar para que acabara de perder la razón!

Me alegró que la vieja hubiese tirado su copa, porque de otra forma la habría lanzado a la cara de su nieta.

—¡Mocosa estúpida, ingrata! Todo lo hice por ti. *¡Por ti!* Por tu futuro. ¿Quién en sus cabales querría casarse con la hija de un desquiciado? ¿Quieres que la gente te señale y comente por lo bajo que la locura tal vez corra también por tus venas? ¿O que especulen que algún día puedas parir un vástago igual de trastornado?

El rostro de Caroline estaba deformado por la ira. Se acercó a su abuela como una sombra amenazante.

Tuve que interponerme entre ellas, temiendo que Caroline se abalanzara sobre la ya de por sí aporreada anciana. Para empeorar las cosas, el discurso de lady Anne también había ofendido a Nueve Uñas.

—¿Vástagos trastornados? —repitió—. ¿Como el que usted misma parió? ¡Igual y es *usted* la del vientre ponzoñoso!

Caroline emitió un grito ahogado, Lady Copas mostró los dientes y el cuarto se volvió una cacofonía de bramidos y majaderías. Tuve que gritar desde lo más profundo de mis pulmones:

—¡Todos cállense ya!

McGray asió el cuello de mi abrigo, furibundo, pero no me amedrenté.

—McGray, estamos aquí para investigar. Guárdate estas rabietas para la taberna.

El cuarto quedó tan silencioso que por un momento pude escuchar el roce de la nieve sobre la ventana, hasta que McGray soltó mi ropa.

Volteé a ver a las dos mujeres, deseando terminar aquel encuentro lo más pronto posible.

—¿Tienen alguna idea de a dónde pudo dirigirse?

Caroline aún estaba pálida y no respondió. Fue Lady Copas quien habló:

—Claro que no. Joel llevaba seis años en ese manicomio. Los pocos amigos que tenía han muerto o se mudaron a otras ciudades. El único lugar al que podría haber ido es… esta casa.

—¿Sabe por qué razón habría de atacar a la enfermera?

—No puedo ni imaginarlo. No había visto a mi hijo en años.

Caroline sacudió la cabeza y se enjugó las lágrimas. Pensé que iba a agregar algo, pero entonces McGray habló:

—*Caléndula* —pronunció la palabra con especial énfasis, pero luego hizo una pausa, como tentando las aguas—. ¿Significa algo para ustedes?

Ambas estaban impávidas. Caroline se veía honestamente confundida, pero lady Anne miraba en otra dirección. No pude entrever si la mujer sabía algo o si simplemente evadía la pregunta porque venía de Nueve Uñas.

—Entiendo que estén angustiadas en este momento —les dije—, pero si recuerdan cualquier otro detalle más tarde, les ruego nos informen —saqué una tarjeta de mi bolsillo—. Tengan. Pueden mandarnos llamar sin importar la hora —lady Anne recibió la tarjeta a regañadientes—. Bien, ahora necesito que me proporcione un retrato de su hijo. Una fotografía, de preferencia.

Lady Anne chilló:

—*¿Qué?* ¿Para imprimir cientos de carteles y repartirlos por toda la ciudad?

McGray estampó su pesado pie sobre la alfombra.

—Vieja mensa. ¿Cómo quiere que busquemos a su trinche hijo sin haberle visto la cara?

Caroline ya estaba hurgando en los cajones de su abuela. Nos entregó una pequeña fotografía que conservaba entre las páginas de una Biblia.

—El retrato es algo viejo. Tomaron esta fotografía antes de que lo recluyeran.

McGray y yo estudiamos la imagen por un momento. Era un retrato nítido de un hombre de unos cuarenta años, muy delgado, de mirada aletargada y mandíbula endeble. Al verlo me incliné a creer la opinión de lady Anne: aquel rostro exudaba tristeza y vulnerabilidad. Podía imaginarme su labio inferior temblando cada vez que su madre le hablaba.

Miré hacia la ventana, a las siluetas de incontables edificios apenas visibles tras la nieve y la ventisca. Pensé en los millares de esquinas, recovecos y callejones, todos ellos posibles refugios para lord Ardglass. ¿Habría decidido esconderse? ¿Intentaría huir lo más lejos posible? ¿O planeaba volver y atentar de nuevo contra la vida de su madre?

¿Volveríamos a saber de él siquiera?

8

Sin importar con cuánta urgencia deseábamos salir de aquella mansión, tuvimos que permanecer ahí un largo rato. Habría sido irresponsable dejar sin protección alguna a las dos mujeres y a su legión de sirvientes (la mayoría ya entrados en años). Tan sólo tenían un lacayo más o menos joven y en exceso musculoso, que al parecer ya vigilaba las puertas traseras. No lo vi en aquella visita, pero McGray me dijo que era un mastodonte altísimo y muy vulgar al que llamaban Jed. Pero una mansión de aquel tamaño requeriría más que un sirviente vigilando, así que enviamos un mensaje a la Alcaldía solicitando la presencia de dos oficiales. Fue difícil persuadir a lady Anne, pero al final aceptó que la presencia de la policía era necesaria; la amenaza de su hijo seguía siendo latente. Para proteger su privacidad, le diríamos a los vecinos (en su mayor parte inquilinos suyos) que la casa había sido víctima de un robo menor.

Mientras esperábamos a los oficiales, McGray y yo tuvimos oportunidad de conversar. Bertha nos ofreció una taza de té con tanta dulzura que fue imposible rehusarnos, y la amable mujer también nos ofreció asientos en un pequeño salón desayunador.

En cuanto nos dejó a solas recargué los codos sobre la mesa, masajeándome las sienes y procesando el torrente de información que me abrumaba.

—¿Por dónde empezamos, Nueve Uñas? Tenemos a un lunático suelto, dos crímenes que investigar, montones de gente que hay que interrogar, un expediente médico que revisar, un cuerpo en la morgue…

—¡Oi, deja de gimotear como pavorreal con los cojones prensados!

—Hablas como si hubieras manipulado incontables testículos animales.

McGray se carcajeó:

—¡Uy, uy, uy! El gatito sacó las garras. Me purga que tengas razón. Hay mucho que hacer, y si la Lady Copas quiere que todo se mantenga en secreto, dudo que el idiota de Campbell nos deje llamar a más oficiales.

—En efecto. Y lo sobornará copiosamente, estoy seguro. Es una

lástima que sea año nuevo y Campbell se tome los días de asueto tan en serio. Si estuviese en la Alcaldía, al menos podríamos intentar persuadirlo.

—Ei. Tendrás que esperar hasta mañana que esté en su oficina para ahogarlo con tus remilgos. Mejor será que no te acompañe cuando hables con él.

—Totalmente —contesté. El superintendente Campbell, a pesar de ser la cabeza de la policía de Edimburgo, también se encontraba entre los muchos que habían tenido contacto con los puños de McGray.

—Mejor nos separamos por el momento —dijo McGray—. Hay que intentar cubrir tantas líneas de investigación como sea posible. Mientras los hechos siguen frescos.

—De acuerdo, y para ahorrarnos penurias innecesarias, sugiero que vayas al asilo mientras yo investigo aquí.

En ese instante escuchamos a lady Anne exigiendo otra copa de brandy, y McGray se puso de pie a la velocidad del rayo.

—No podrías tener más ‘inche razón.

*

Todos los sirvientes que interrogué vestían de negro, al igual que miss Ardglass. Entonces recordé que aún estaban de luto tras la repentina muerte de Alistair, el sobrino de lady Anne y antiguo director del conservatorio de música de Edimburgo. Yo mismo había presenciado el instante de su muerte, y pasaría bastante tiempo antes de que las circunstancias de su deceso dejaran de erizarme la piel. La gente seguía murmurando que el clan de los Ardglass estaba maldito.

La penúltima persona que mandé llamar fue Bertha, que inicialmente había dicho estar ocupada y sólo vino cuando espeté que no podía esperar más.

—Tengo entendido que lleva muchos años trabajando para esta familia —le dije, percatándome de su inquietud—, ¿es correcto?

—Ei, ’ñor. Antes de que naciera la niña Caroline.

—Ya veo. Supongo que conoció bien a lord Ardglass.

—Claro.

—Verá, he escuchado declaraciones contradictorias sobre su carácter. ¿Cómo lo describiría usted?

Sonrió.

—Ah, era muy amable, muy amable, ’ñor. Y dadivoso. Antes de perder la razón, claro está.

—¿Cómo era su relación con su madre?

Bertha cambió de posición en el asiento, claramente incómoda.

—Pues no puedo decirle que fácil. La ’ñora siempre fue muy estricta, como podrá imaginarse, y tan dura con su muchacho como con sus inquilinos. Siempre pensé que el pobre le tenía miedo, pero nunca me imaginé que algún día llegaríamos a esto.

Tomé nota de aquello.

—Bien. Tengo que preguntarle algo muy directo, y de antemano espero me disculpe. ¿Lo cree usted capaz de asesinar a alguien?

La pobre Bertha tuvo que sacar un pañuelo y cubrirse la boca. No la apresuré.

—Ay, no, ’ñor. El amo nunca haría algo así. Jamás.

—¿Jamás?

La mujer vaciló, lo cual en sí mismo habría sido suficientemente revelador, pero luego añadió:

—Bueno, ¿quién soy yo para juzgar esas cosas? Siempre creí que tenía buen corazón, pero si su hija… o su mujer, la difunta lady Beatrice, estuvieran en peligro… ¿quién sabe?

Qué declaración tan intrigante. Anoté palabra por palabra, añadiendo un signo de interrogación.

La última persona con la que hablé fue una cocinera bastante atolondrada que no me dijo nada de utilidad. Forster, el estirado mayordomo, se me acercó en cuanto terminé, para anunciar que los policías ya habían llegado y me esperaban en la entrada.

Pasando por el corredor principal me topé con Caroline. Nos miramos con incomodidad por un momento, tras el cual simplemente hice una reverencia y me dirigí a la puerta, pero la jovencita me detuvo.

—Míster Frey, ¿qué va a pasarle a mi padre?

Me di la vuelta:

—¿Quiere decir, qué pasará si lo encontramos?

Asintió, y estuve tentado a decirle una mentira piadosa, pero la muchacha parecía demasiado lista para eso.

—Si lo encontramos —suspiré—, tendremos que llevarlo de vuelta al manicomio. Dado su estado mental dudo que sea condenado por homicidio…, siempre y cuando el doctor Clouston pueda probar que no estaba en sus cabales al momento de… cometer el asesinato. En ese caso dudo que su señor padre pueda salir del manicomio en lo que le reste de vida.

Caroline se mordió los labios.

—Gracias por su honestidad —al hablar se le quebró la voz. Me miró, y nuevamente creí que estaba a punto de decirme algo más, pero en vez de eso dio media vuelta y se dirigió a las escaleras.

Sentí una punzada de pena por ella, en especial cuando la vi echar

los hombros hacia atrás, manteniendo la cabeza erguida mientras subía a la planta alta. Debía ser un día negro para ella.

Exhalé entonces, intentando concentrarme en el lado práctico de la investigación. Fui a la entrada y vi que uno de los dos oficiales recién llegados era McNair. El muchacho no podía dar crédito a su mala suerte.

—El peor año nuevo de mi vida —rezongó mientras se plantaba en su puesto a un costado de la puerta.

—Y aún es bastante temprano.

Era media mañana, para ser más exactos, y a pesar del apagado sol invernal la ciudad resplandecía: las casas georgianas estaban cubiertas con gruesas capas de nieve, que lucía blanquísima bajo el cielo encapotado. Lo peor de la tormenta ya había pasado, y sólo unos cuantos copos de nieve revoloteaban en el aire.

Monté a Philippa y me encaminé a la Alcaldía, aunque el trayecto me tomó mucho más de lo esperado, pues la calle principal era un caos: la nieve se había apilado en la estrecha High Street, dejando tan sólo una fracción del empedrado libre para transitar. La piel blanquísima de Philippa era como un faro en aquella mugrienta calle: sus pezuñas resbalaban sobre el lodazal en el que la nieve pisoteada se había convertido, lo cual no ayudaba al genio de mi muy voluble yegua.

A unos pasos de la Alcaldía escuché un grito rasposo que venía de las alturas, y milagrosamente logré esquivar el pérfido contenido de una bacinica que una vieja gorda había lanzado desde el quinto piso.

—Cómo adoro este lugar —gruñí, consciente de que la vista y los aromas no mejorarían mucho en mi oficina.

La Comisión para la Elucidación de Casos Presuntamente Relacionados con lo Oculto y Fantasmal, la ridícula subdivisión creada y dirigida por Nueve Uñas McGray, tenía su deslucida sede en un sótano abandonado; el único espacio que Scotland Yard podía dedicar a tales tonterías. Bauticé aquel hoyanco húmedo y apolillado con el muy cariñoso sobrenombre de La Cloaca, que evocaba perfectamente la dirección que había tomado mi carrera.

Caminé entre las torres de libros y artefactos amontonados en aquel lugar: tratados de ocultismo, farmacopeas dementes, reportes de brujería, compendios de zoología para las mentes ingenuas… Ésos eran algunos de los libros que McGray había coleccionado a lo largo de los años. Esquivé una precaria pila de libros viejos, sobre la que descansaba un frasco lleno de formaldehído donde se conservaba un espécimen sin forma, y encontré mi deprimente escritorio. Me senté sobre la silla devorada por termitas y comencé a leer el intricado

historial médico de lord Joel Ardglass.

Me esperaba una lectura fascinante.

El hombre había sufrido severas depresiones, con varios intentos de suicidio a lo largo de su vida adulta. Los primeros registros hablaban de un niño aletargado, con una propensión natural a la tristeza, pero nada fuera de lo normal: había sido inteligente, con aptitud para las matemáticas y los idiomas, y un ávido lector.

Todo había cambiado alrededor de sus veinte años. Había notas de un par de médicos de Londres, que fechaban el primer intento de suicidio a la edad de veintitrés. Joel había ingerido veneno para ratas. No se hacía mención de la causa; sólo se detallaba el tratamiento usado para purgarlo. Me imaginé a lady Anne ya entonces exigiendo que los expedientes permaneciesen escuetos.

Después de aquel breve tratamiento encontré una larga lista de medicamentos recetados y enviados a Francia, Bavaria e Italia. Joel debía haberse embarcado en un largo viaje por Europa, quizá para escapar de los misteriosos motivos que lo atormentaban…, quizás instigado por su madre para evitar habladurías. Según las fechas inferí que el viaje había durado alrededor de tres años, tal vez cuatro.

A esto debió seguirle de cerca el matrimonio de Joel y aquella lady Beatrice, según Bertha había mencionado. El expediente no lo especificaba, pero había una laguna en las fechas que sólo pude atribuir a un breve periodo de felicidad conyugal. Caroline, ahora de veinticinco años, debió nacer durante aquel periodo. El siguiente registro detallaba otro intento de suicidio y, contrario al primer incidente, esta entrada sí mencionaba una posible causa: la muerte de su esposa. La fecha era 1868, y calculé que Caroline habría tenido unos cinco años. Tal vez pudiese recordar algo. Anoté que debía interrogarla al respecto.

Después había un largo vacío en los registros; unos quince años. Fue entonces que comenzaban las notas de Clouston, y daba cuenta del rapidísimo desplome de la cordura de Joel. Se había vuelto agresivo con su madre y sus sirvientes, y había desaparecido en varias ocasiones, sólo para ser hallado días después en los puntos más inusuales de Edimburgo y los campos aledaños. Además había vuelto a atentar contra su vida no una, sino tres veces. Esto último obligó a Clouston a recluirlo en el manicomio.

Esa terrible serie de episodios violentos parecía tan inesperada como el primer intento de suicidio; suponiendo, claro está, que el vacío en los registros se debiese a una mejoría en su estado emocional y no a un intento más por ocultar su condición.

Cerré la carpeta y la dejé caer sobre mi escritorio, frotándome los

párpados y pensando que estaba a punto de sumergirme en aguas muy turbias. Joel Ardglass había tenido una vida muy compleja; resultaba evidente que su familia había preferido no mencionar una infinidad de detalles, y su frustrante silencio no haría más que complicar la investigación.

Los ojos me escocieron de cansancio. En vano intenté releer mis notas o los pasajes médicos. Los párpados me pesaban y sin darme cuenta pronto me quedé dormido.

No habría despertado hasta la noche de no ser porque McGray irrumpió en la oficina y casi me hace caer de la silla.

—¡'ira nomás! Dormidote en cuanto te dejo solo. ¿No gusta usté un baño de burbujas también?

—Sólo descansaba los ojos —repliqué, notando un entumecimiento sin precedentes en mi *derrière*.

—Ei. Descansando los ojos. No te vayan a salir patas de gallo.

Tras permitirme un descarado bostezo vi que McGray traía un saco de cuero… y una mirada muy sospechosa.

—Por Dios —murmuré—, ¿y ahora qué trajiste? Odio que cargues cosas en sacos de cuero —la última vez se había tratado de una mano humana que McGray había cargado por toda la ciudad como si fuera una hogaza de pan.

Antes de escuchar otra palabra mía McGray vació los contenidos sobre mi escritorio. Docenas, si no es que cientos de hormigas negras cayeron por doquier, corriendo alocadamente en todas direcciones. Pegué un salto, sin rastro de sueño, y sintiendo un horrible cosquilleo por todo el cuerpo, como si los insectos treparan por debajo de mis mangas. Entonces un bulto redondo y oscuro salió del saco, dando tumbos sobre el escritorio, y por último vi caer un puñado de polvo blanco. Azúcar.

Me tuve que frotar los ojos una vez más. El bulto oscuro resultó ser… una cebolla morada. Vieja, reseca y encogida, y atravesada por un buen número de clavos y alfileres lustrosos.

—¡Joder! ¿Qué rayos es eso?

Los ojos de McGray centellearon sobre una sonrisa de oreja a oreja:

—Brujería, dandi. Y de la buena.

*

Nueve Uñas lanzó un libro viejísimo sobre su escritorio, con tapas de piel tan roídas y arrugadas como las vendas de una momia, y comenzó a hojearlo a toda prisa. McGray lo había encontrado con impresionante rapidez entre aquel desquiciado mar de libros y

porquerías.

—¿Dónde encontraste estas bazofias? —le pregunté, matando a pisotones las hormigas que se esparcían por la ya de por sí mugrienta oficina.

—En el cuarto de Joel, escondidas bajo las tablas del suelo. Justo debajo de su cama. Seguí el rastro de hormigas que te hizo brincar como bailarina de ballet. Ahora entiendo por qué miss Smith no podía deshacerse de la plaga. Veamos qué dice aquí al respecto…

—Recuérdame de dónde sacas ese tipo de libros.

—Mercado negro, sobornos y montones de suerte —dijo mientras examinaba las páginas—. Las brujas son muy precavidas; no les gusta poner sus secretos por escrito, y cuando lo hacen usan códigos o lo redactan todo muy vagamente para que sólo ellas mismas lo puedan descifrar. Este libro es una rareza. A ver…, cebollas…, cebo… ¡Cebollas! —me acerqué mientras los ojos de McGray volaban sobre el texto.

—¿Y bien?

—Mmm…, esto me confunde. Las cebollas y el azúcar son amuletos para sanaciones. También usados para exorcismos… y protección.

—¿Protección?

—Ei. Se supone que absorben enfermedades y maleficios —pasó la página—. Mmm…, cuenta los clavos y alfileres.

Levanté el patético vegetal con mucho tiento, sacudí una que otra hormiga rezagada y miré todos los ángulos:

—Dios, te vas a poner muy petulante…

—*¿Cuántos?*

—Trece.

Mostró otra gran sonrisa.

—Eso es para venganza. Aquí dice: “hágase de trece agujas o alfileres e incrústelos en una cebolla que ha de ser roja o púrpura; póngase a reposar y conforme seca también se ahoga la vida de aquel que os ha agraviado” —volvió a pasar las páginas—. Demonios, no dice cómo enfocar la maldición. ¿Qué bruja tan descuidada escribió esto?

—¿De qué hablas?

—Si no enfocas una maldición puede caer sobre ti o los tuyos.

Arrojé la cebolla de vuelta al saco.

—¿En verdad crees que una verdura y unos cuantos alfileres tienen el poder para matar a alguien?

—¿Qué te importa lo que yo crea?

Me encogí de hombros.

—Un bledo, pero quien sea que dejó esto en el cuarto debe creerlo también, y con mucha convicción. Las cebollas de color tal vez sean comunes en el continente, pero aquí son frutos muy costosos, McGray; no es algo que los menesterosos suelan agregarle a su sopa de rabo de buey. Y parece que lleva mucho tiempo escondida. ¿Qué dice tu libro sobre el azúcar?

—¿Por qué? ¿Ahora quieres recetas?

—Más bien quiero entender el objetivo del ritual. Tu libro menciona sanación y protección, pero también venganza. Términos bastante contradictorios.

—No es contradicción; es dualidad. Se trata de un aspecto o del otro. Sólo tenemos que descifrar cuál.

—¿Sugieres que alguien intentaba maldecir o proteger a lord Ardglass?

—Ei.

—Eso agrega una pregunta más a la lista —suspiré, contemplando un dibujillo primitivo del diablo en una esquina de la página—. Como si no tuviésemos suficiente ya…

*

El doctor Reed retiró las sábanas para mostrarnos el cadáver de miss Greenwood.

La imagen del cadáver de una mujer sobre una mesa de operaciones siempre me ha parecido insoportable. Tal vez sea por el recuerdo de mi madre en su lecho de muerte, aún fresco en mi mente a pesar de los años. Sin importar la razón, el instantáneo malestar que sentí fue muy similar a lo que había experimentado en los quirófanos de Oxford, que finalmente me había obligado a truncar mis estudios en la facultad de medicina.

La imagen pudo haber sido mucho peor. Reed, a pesar de su juventud, era bastante hábil y había hecho un muy buen trabajo: las incisiones habían sido discretas y las suturas meticulosas, dejándole al cuerpo un poco de su dignidad. Observé el cadáver mientras Reed traía su reporte. Miss Greenwood había sido una mujer atractiva, con facciones delicadas y cabello oscuro y ondulado. Sus labios entreabiertos dejaban ver dientes blancos como perlas.

—Entre veintiocho y treinta años de edad —Reed empezó a leer— y en buen estado de salud. Hay varios moretones en sus brazos y piernas, pero es probable que se deban a golpes durante sus convulsiones —pasó a la siguiente página y señaló el pecho de la mujer, que seguía arqueado—. Columna rota —Reed tragó con

dificultad—, lo cual también es síntoma del envenenamiento por estricnina.

—¿Tonces no encontraste nada inesperado? —preguntó McGray, y Reed al instante arrugó la nariz:

—Pues… no sé qué tan ordinario les parezca esto…

—¿Qué?

—Esta mujer dio a luz, inspectores. Al menos una vez.

—¿Eh? ¿Estás totalmente seguro?

—No hay lugar a dudas, señor. Puede que no haya sido recientemente, pero las señales son claras. Caderas, abdomen, pecho, conducto vagi…

—¡Ay, calla, por Dios! —rezongué—. No tienes que darme cátedra en esos menesteres.

—¿Ah, no? —intervino McGray—. Pensé que los señoritos de sociedad sólo se enteraban de estas cosas en su noche de bodas.

Incluso Reed soltó una risita.

—Tal vez salió de Oxford antes de esa lección.

Me sonrojé de ira.

—¡Santo Dios, Reed! Cuida tus palabras; puedo hacer que Campbell te discipline.

—Lo primero que usted hizo después de conocerme —replicó Reed — fue pedirle a Campbell que me despidiera. Y sin embargo aquí me tiene.

McGray casi dio saltitos de placer ante la insolencia del doctor.

—Me agradabas más cuando eras un recién graduado sin agallas — entonces volteé a ver a McGray y cambié el tema con rapidez—. ¿Recuerdas lo que nos dijo la jefa de enfermeras, miss Smith? ¿Que miss Greenwood había llegado a Edimburgo después de algún *malentendido* familiar?

—Ei, ésas fueron sus palabras. ¿Crees que su familia la echó porque…, como dirían ustedes los encopetados, salió con su domingo siete?

—Es posible —murmuré—. Que tenga que ver o no con el asesinato es otra cuestión. Es probable que nos enteremos de más detalles cuando interroguemos a esa otra enfermera…, la muchacha con la que compartía su casa. Miss Smith nos dio su nombre —busqué en las páginas de mi libreta—. Una tal miss Oakley. Debemos hablar con ella lo más pronto posible.

—¿Algo más que debamos saber, doctorcillo? —preguntó McGray.

Reed ya estaba asintiendo.

—Ei. Sólo una cosa más.

Señaló el interior del muslo de miss Greenwood, tan arriba que

hasta el doctor se sonrojó un poco.

Desde donde me encontraba vi lo que parecía un punto enrojecido, pero al mirar más de cerca descubrí que se trataba de una cicatriz; una de las marcas más perturbadoras que he visto.

Se trataba de una serpiente, enrollada sobre sí misma y mordiéndose la cola, como un antiguo nudo celta. Alguien le había grabado la piel con una navaja tan fina como un bisturí. Era una herida muy vieja, pero tan profunda que el tiempo no la había podido borrar.

9

Les mostramos el retrato de Joel a varios oficiales, pidiéndoles (extraoficialmente) que mantuviesen los ojos bien abiertos. Recibimos toda clase de respuestas: Campbell había mandado a sus hombres de más confianza a los dos lugares de los hechos, pero también había ordenado enfáticamente que nadie más se involucrara en el caso. Algunos oficiales cercanos a McGray, como McNair, habían accedido a auxiliarnos, pero la gran mayoría prefirió no arriesgarse a desatar la ira del superintendente.

No podíamos hacer mucho más hasta que Campbell volviera a su oficina, así que tuvimos que tragarnos nuestra frustración y volver a casa. No era muy tarde, pero tratándose de los días más cortos del invierno, la ciudad estaba tan oscura como si fuese medianoche, y el resplandor anaranjado de las farolas de aceite pintaba la nieve que aún no lograba derretirse.

Al pasar por entre los hacinados edificios del Barrio Viejo percibí el aroma de estofados y papas hervidas, y mi estómago gruñó sonoramente. Me percaté de que lo único que había ingerido durante el día había sido el café de Joan y el té ofrecido por Bertha.

McGray pensaba en lo mismo.

—Oi, tengo un hambre de los diez mil demonios —dijo, y entonces le brillaron los ojos—. Aún deben tener tasajo y papitas fritas en el Ensign Ewart. Mary las prepara mejor que nadie en Edimburgo.

Pestañeé con toda indiferencia.

—Haz lo que gustes.

—Te invitaría, pero dudo que a un dandi tan delicadito como tú le guste el tasajo.

Antes de que pudiera contestarle McGray enfiló su caballo y se encaminó a su taberna favorita.

Durante todo el trayecto de regreso rumié las complejidades del caso, las obsesiones de McGray y la intransigencia de Campbell. Acabé asiendo las riendas con tanta fuerza que casi rasgo mis guantes con mis propias uñas, y mi humor no mejoró hasta que me dejé caer en el sillón de mi cuarto y me quité las apretadas botas. No se trataba del más cómodo de los asientos (tenía un par de resortes protuberantes en

puntos especialmente incómodos), pero mi cansancio era tal que me amodorré como si aquello fuese un edredón de plumas de ganso.

—¿Quiere que les dé lustre, patrón? —preguntó Larry, recogiendo mis botas lodosas. El jovencito de doce años había cambiado dramáticamente en tan sólo un par de meses: cuando lo contraté como mi lacayo, justo después de que su padre le propinara una paliza brutal, el muchacho había sido un limpiachimeneas tan tiznado como desnutrido. Joan (quien mañosamente había instigado mi decisión de contratarlo) se había dado a la tarea de alimentarlo concienzudamente con pan, leche y jamón hervido, y últimamente accedía a usar zapatos casi todos los días. Todos temíamos que su padre apareciera para exigir que le devolviésemos al muchacho, pero afortunadamente no había sucedido aún.

—Sí, límpialas bien —le dije, percatándome de lo desgastadas que ya estaban las suelas—, aunque necesito comprarme unas nuevas. Ah, y dile a Joan que ya puede subirme la cena.

—Ei, patrón.

Minutos después Joan se apareció con una bandeja de viandas: pollo al horno, zanahorias y papas bien remojadas en jugo de carne, y una porción generosa de pan con mantequilla.

Desde el momento en que entró al cuarto parloteó a una velocidad inimaginable, despepitando frases interminables sin necesitar una sola pausa para respirar. Probablemente no había tenido oportunidad de chismear durante todo el día. Me concentré en el suculento pollo y el apetitoso jugo de carne sin prestar mucha atención a lo que Joan decía, pero entonces, mientras su discurso continuaba sin cesar, una idea comenzó a acariciar mi mente.

—¿Joan? —interrumpí.

—Ay, discúlpeme, patrón. Ya sé que no le gusta escuchar mi comadreo.

—Y en verdad no me gusta, pero justo ahora voy a necesitar un poco de tu sabiduría popular.

—¿Pe… perdón? —preguntó alarmada—. Si es por el espectáculo de'n la mañana con George, patroncito, le juro que no vuelvo a…

—No, no, no —la interrumpí, aunque aún luchaba por borrar aquella pavorosa imagen de mi memoria. Me reacomodé en el sillón, con la epifanía ya clara en mi mente—. Es otro asunto. Necesito que me cuentes todo, y quiero decir *absolutamente todo* lo que sepas sobre Joel Ardglass.

De su boca salió un sonido chisporroteante, como si estuviese a punto de hincarle el diente a un suculento corte de res.

—Uy, patrón, es un asunto bien escabroso. ¿Por qué quiere saber?

Me encogí de hombros.

—Ah, eso sólo para… tener de qué hablar en el New Club. Las conversaciones se han vuelto algo sosas últimamente.

—Bueno, pues la verdad sí me sé uno que otro detallito.

—¿Detallito? Eres capaz de difundir noticias con tanta rapidez que eres la envidia del *Times* de Londres.

Joan se sonrojó un poco, pero pronto se zambulló en el chismorreo:

—Todo lo que le voy a decir me lo contó Gertrude, una de las lavanderas que trabaja para esa pérfida Lady Copas. Me la encuentro siempre que voy a comprarle jabones a míster Oleander. Vende esas barras perfumadas que le gustan tanto a usté, ésas con avena para las pieles delicadas.

—No entres en esos detalles… aunque, bueno, al menos consta que tu chismorreo viene de buena fuente.

—Así es, patrón. Pero no le vaya a decir a nadie que oyó esto de mí. Gertrude me hizo jurarle por mi difunta madre que no se lo diría a nadie.

—Y seguramente ella hizo un juramento similar, pero continúa.

—Pues bien, ¿sabe usted cómo murió aquel lord Ardglass?

Me aclaré la garganta:

—No, en realidad no. Cuéntame.

Vació un poco más de jugo de carne sobre mi pollo.

—Hice bastante de esto, patrón. Me quedó de rechupete con la grasita que me sobró de aquel rostizado…

—¡Joan, concéntrate! ¿Qué men…? —estuve a punto de decir: ¿qué mentiras le contó lady Anne al mundo? Pero logré contenerme a tiempo. Joan, como todos los demás, debía seguir creyendo que Ardglass estaba muerto.

—Naufragio, patrón. Bueno, eso es lo que dice la Lady Copas.

—¿Por… por qué lo pones en duda?

—Pues después de que llegó la noticia, la gente cercana a ella naturalmente empezó a hacer preguntas y a buscar en los periódicos. Muy pronto se dieron cuenta de…, ay, patrón, no me lo va a creer…, no hubo un solo naufragio el día en que según Lady Copas se murió su hijo. ¡Ni uno solo!

—Me dejas estupefacto.

—*¡Pos claro!* Algunos de sus criados dicen que el pobre señor se mató: que seguramente saltó por la borda cuando cruzaban el Canal de la Mancha. ¡Otras malas lenguas dicen que la misma señora lo mató! Lo cierto es que la vieja no se dejó ver para nada en los días en que se suponía que su hijo iba en camino al continente.

Asentí, pensando en que la verdad era incluso más sorprendente que los rumores de la gente. Si Joan llegara a saber…

—¿Por qué querría matar a su propio hijo? —pregunté, haciéndome el inocente—. Por otro lado, ¿por qué lord Ardglass querría suicidarse?

—Eso es lo que Gertrude como que se resistía a decirme, patrón —Joan afortunadamente no mostraría tanto escrúpulo—. Poco antes del dizque naufragio, lord Ardglass tuvo tamaño pleitote con su madre. Se maldijeron y se gritaron cosas espantosas, y todos en la casa los oyeron. Parece ser que lord Ardglass hasta intentó ahorcar a la vieja. Fue un episodio de lo más horrible. Después de ese pleito el tipo se volvió muy pero muy retraído. Fue entonces que Lady Copas decidió mandarlo a alguno de esos países exóticos de las Europas.

—¿Por qué pelearon?

—¿Sí le gustaron las papitas, patrón? Como que les faltó un poquitín de sal, pero le puedo traer…

—¡Joan, olvídate de la cena hasta que termines de contarme la historia completa!

Y lo que Joan dijo entonces habría de explicarlo todo:

—Ah, pues todo el mundo sabe que el tipo nunca quiso casarse con la que fue su esposa. Sólo lo hizo porque Lady Copas se lo ordenó. Gertrude me contó que era una señorita muy enclenque y enfermiza, de una familia aristocrática venida a menos. La gente ni siquiera pensaba que sobreviviría al embarazo. Al final se murió cuando su única hija tenía unos cuatro o cinco años.

—Ya veo —murmuré, juntando las palmas de mis manos—. Supongo que esa mujer era la madre de miss Ardglass.

—Sí. Una lady Beatrice… Remburn, creo que era su nombre. Y Gertrude me dice que su muerte fue casi una bendición; la pobre no pudo haber sido feliz con un marido que no la quería y una harpía borracha por suegra.

—En eso quizá tu amiga Gertrude tenga razón. ¿Te contó por qué lord Ardglass no quería casarse con aquella mujer?

—Pos no 'stá segura, patrón, pero dice que el corazón del señor ya tenía otra dueña.

—¿Otra dueña?

—Sí, y si tiene razón, tener que casarse con otra de seguro le partió el alma.

—Qué interesante —dije, mirando al techo y pensando. Recordé el primer intento de suicidio de lord Ardglass, antes de sus viajes a Europa continental. Un amor perdido bien podría haber sido la causa.

—¿Sabes cómo se llamaba la otra mujer? —pregunté—. ¿O cómo

se conocieron, o cualquier dato sobre ella?

—Se lo pregunté —dijo Joan con contrariedad—, pero Gertrude nunca se enteró. Eso es toditito lo que sé, señor.

—Gracias, Joan. Ha sido más de lo que esperaba saber.

Tener a una chismosa tan entusiasta en casa me estaba resultando muy útil. Joan hizo una reverencia y me dejó para reflexionar.

La historia de Joel Ardglass comenzaba a tomar forma en mi mente, y sus tribulaciones resultaban ser bastante similares a las mías, aunque me apenara admitirlo.

No es algo de lo que me guste hablar, pero yo también he sido despreciado, y muy recientemente. Aquél fue el asunto que me obligó a salir huyendo de Gloucestershire, dando fin abrupto a mis vacaciones navideñas.

Ya todo el mundo sabía que Laurence, mi hermano mayor, se había ganado el afecto de Eugenia Ferrars… mi exprometida. Salí de Londres un día después de que la muchacha rompió nuestro compromiso de la manera más escueta, y aunque no he puesto un pie en mi ciudad natal desde entonces, estoy seguro de que el chisme se ha diseminado industriosamente por nuestros círculos sociales. Ahora veía con terror el prospecto de regresar a Londres, lo cual explica por qué no he intentado persuadir a mis superiores para que me restituyan en la capital.

Aunque no puedo asegurar haberla amado con locura, en algún momento llegué a sentir verdadero afecto por Eugenia. Me había parecido la más perfecta y angelical de las criaturas, y tenía grandes esperanzas para nuestro futuro juntos: criando hijos y compartiendo nuestras vidas.

Tras aquel rompimiento me incomodaba tan sólo pensar en ella, y los recuerdos siempre venían manchados de decepción, celos y amargura. Podía imaginarme resentimientos similares en la mente de lord Ardglass. Se trataba de un sujeto frustrado y afligido, y ahora entendía mejor sus episodios de depresión. Incluso el ataque a su propia madre, a quien Joel tal vez veía como la responsable de su tragedia, tendría cierto sentido en la mente retorcida de aquel hombre.

¿Acaso Joel había pasado los últimos veinte años llorando por su amor perdido, hasta que finalmente estalló? Y de ser así, ¿qué pudo haber desencadenado su ira justo ahora?

Sacudí la cabeza, pensando que tendría tiempo para reflexionar en la mañana. Y el pollo y las papas al horno estaban enfriándose.

10

El superintendente Campbell debía tener unos sesenta años, pero a pesar de su edad y rango el hombre siempre me recordaba a un león famélico y desaliñado: tenía una melena encrespada de pelos canosos, un bigote grueso cual cerdas de cepillo, y los ojos perspicaces de un ocelote. Su pálido rostro apenas había sanado tras su *amigable* encuentro con McGray: el moretón salvaje y verdoso alrededor de su ojo había tardado semanas en desvanecerse, y el apodo *Campbell Cutis de Melocotón* aún podía escucharse a lo largo y ancho de la Alcaldía.

Tan temprano por la mañana, no esperaba encontrarlo de muy buen humor, pero su fastidio sobrepasaba mis expectativas: su boca estaba torcida en un ángulo muy extraño, y su labio inferior temblaba con una tensión que a duras penas lograba contener.

Campbell tampoco me veía con muy buenos ojos. No podía perdonar que lo hubiesen obligado a traer a un inglés a sus oficinas. Como él mismo había dicho, mi presencia sólo demostraba que el comisionado en Londres lo veía como a un "pueblerino ignorante y menesteroso", incapaz de arreglárselas sin ayuda inglesa. Me calificaba de frívolo y pomposo, y ésos eran sus adjetivos más amables hacia mi persona.

No hace falta decir que el desprecio era mutuo. Sin embargo, tuve que hacer mi mejor esfuerzo para sonar respetuoso, pues aquella mañana tenía que pedirle un favor.

—Supongo que aún no atrapan al granuja —dijo en medio de un gran bostezo.

—Es correcto, señor, aún no. Usted no nos ha autorizado a desplegar oficiales en las calles, y eso ha limitado el avance.

Campbell exhaló ruidosamente:

—Sabía que vendrías a gimotear sobre eso. Tuve que dar órdenes estrictas al respecto; aún no olvido los estragos que tú y McGray causaron en el Barrio Nuevo en noviembre. Lo último que la policía necesitaba el día de año nuevo era una avalancha de quejas de los burguesitos de Queen Street Gardens. Para recibir remilgos altaneros de riquillos sabelotodo tengo suficiente contigo. Y a ti al menos te puedo ignorar.

—Hemos perdido la mejor oportunidad para capturar a lord Ardglass —insistí, sin dejar que su descaro me intimidara—. Señor, todo este secretismo es ridículo. Tenemos su retrato y si insistimos estoy seguro de que la familia podría proporcionarnos otros más; tal vez incluso más recientes. Sería entonces un caso de rutina: un par de oficiales tocando puertas con esas fotografías, mientras McGray y yo investigamos los otros aspectos de…

Campbell ya se encontraba hojeando otros documentos, prestando oídos sordos a mis palabras. Cuando se dignó a mirarme a la cara, sus ojos estaban vacíos de toda expresión.

—Frey, ¿por qué insistes en fastidiarme? Ya sabes cuál va a ser mi respuesta. Lady Anne ha suplicado encarecidamente que manejemos el asunto con discreción; como ya debes saber, todo este escándalo gira en torno a su familia.

—Cuando dice que le ha *suplicado encarecidamente*, ¿quiere decir más bien que lo ha sobornado a manos llenas?

La melena de Campbell pareció erizarse. No era ningún secreto que el hombre era de moral flexible cuando le llegaban al precio.

—¿Algo más, Frey? ¿Algún otro aspecto del caso que creas que estoy manejando con inaudita deficiencia?

De hecho…

—Señor, quisiera proponerle…

—Ay, aquí vamos otra vez…

—… que retire al inspector McGray de la investigación.

—¡Con un demonio, Frey! ¡Me acabo de reponer de los golpes!

—No tengo autoridad para retirarlo, pero usted sí.

—Frey, es realmente difícil fingir interés en lo que dices cuando todo lo que haces es exigir las mismas idioteces una y otra vez, como uno de esos pajarracos del Brasil… ¿cómo se llaman?

—Señor, lo digo en serio. Fue casi imposible evitar que McGray y las Ardglass se destriparan mutuamente la mañana de ayer. McGray es la última persona a la que yo asignaría para buscar al hijo de lady Anne. Y por si no fuera suficiente, está el asunto de su hermana.

Los ojos de Campbell se abrieron un poco más.

—¿La muchachita lunática?

—La muchachita… enferma. Así es —nunca me ha agradado el término lunático—. Una de las enfermeras la escuchó hablando con lord Ardglass apenas unas horas antes del asesinato.

Campbell se reclinó sobre la silla. Al fin tenía su atención.

—Hay que interrogarla.

—Ya lo intentamos, señor. Miss McGray no ha dicho una palabra en cinco años. Ella… —iba a mencionar que la muchacha había

escrito la palabra *Caléndula*, pero preferí no hacerlo—. Incluso si pudiera comunicarse, dudo que el testimonio de una paciente del manicomio tenga validez en una corte.

—Y McGray seguramente tiene una opinión muy distinta.

—Así es. Con su hermana involucrada no es capaz de separar lo importante de lo trivial. Cada vez que miss McGray suspire o pestañee o mueva la cabeza, Nueve Uñas creerá que está presenciando un milagro.

—Concuerdo en cuanto al juicio nublado de McGray —asintió Campbell—, y es por eso que quiero que lo asistas. El tal doctor Clouston solicitó específicamente que ustedes dos se hicieran cargo de la investigación. Dada la experiencia de McGray con gente desquiciada, la sugerencia de Clouston tiene bastante lógica.

—Con todo respeto, señor, creo que Clouston tampoco está viendo las cosas con total claridad. También está involucrado íntimamente en el asunto, y a pesar de ser un hombre muy razonable, él también insiste en mantener todo en secreto.

—Debido al contrato casi ilegal entre él y lady Anne. Conozco la historia.

—Exactamente. Y dado el excelente trato que le ha dado a miss McGray en los últimos años, Nueve Uñas se siente obligado a protegerlo. Me inclino a pensar que ésa es la verdadera razón por la que Clouston quiere que McGray esté a cargo; para salvaguardar su propia reputación.

—La situación es complicada, Frey —murmuró Campbell, sumido en reflexiones.

—Mucho más complicada de lo necesario. Y para coronarlo todo, hemos encontrado rastros de brujería en el cuarto de lord Ardglass, y…

Fue como si hubiese alzado el mentón de Campbell con un gancho:

—¡Brujería!

Tartamudeé, dándome cuenta de lo estúpido que había sido mencionar ese detalle.

—Bueno, sólo un débil mental creería que esos cacharros en verdad son…

—Vaya, vaya; tenía mis dudas, admito, pero ahora que has mencionado brujería el caso parece ser la especialidad de McGray.

—Señor, disculpe que diga esto, pero ¿es que no ha escuchado una sola palabra de lo que acabo de decirle? Es *peligroso* dejar este caso en manos de McGray. No verá las cosas con claridad, tomará decisiones impulsivas y cometerá errores fatales que nos arrastrarán a todos a la ruina junto con él.

—Ay, Frey, no seas tan melodramático.

—¡Melodramático! Una mujer ha muerto y otra ha sido atacada. Esto es más grave que un escándalo en la sección de sociales.

Pero para entonces ya me sabía derrotado. Cualquier poder para influir en el éxito del caso se me había resbalado de las manos, y acababa de entregarle todo el control a McGray en bandeja de plata.

Me fue imposible ser civil por más tiempo (en especial ahora que Campbell estaba contemplando sus documentos e ignorando mi presencia), así que simplemente me di media vuelta y salí de aquella oficina sin decir otra palabra.

*

Encontré a McGray en La Cloaca, con los pies sobre su escritorio y hojeando el desvencijado libro de brujería. Llevaba puesta la misma ropa del día anterior, y su barba se veía más crecida. Seguramente había pasado la noche en la taberna, atiborrándose de cerveza, haggis y otras repugnantes menudencias escocesas. Al menos se le veía descansado.

Vi con enojo que había dejado la cebolla podrida sobre mi escritorio, y una que otra hormiga aún se paseaba descaradamente entre mis papeles.

—Buenos días, su alteza. ¿Qué horas son éstas de llegar?

Miré mi reloj de bolsillo y me sorprendió el tiempo que había pasado discutiendo con el superintendente.

—Llevo bastante rato aquí, pero fui a hablar con Campbell. Quería que le diera un informe preliminar.

—Ei, ¿y qué le dijiste?

—Nada que no sepas ya.

McGray sonrió de oreja a oreja.

—Oi, ’tonces le pediste que me quitara de tu camino.

Me aclaré la garganta:

—En efecto. Yo mismo te lo dije. No creo que este caso sea…

Cerró el libro tan bruscamente que sonó como el porrazo de un martillo:

—Me importa una cagarruta lo que pienses de mí, Frey.

—Me queda claro.

Me apuntó a la cara con el libro.

—Lo que sí me importa es que andes maquinando y acusándome como si fuéramos mocosos en la escuela. Y no es la primera vez que lo haces.

—McGray…

—Estoy al mando y voy a encargarme de este caso hasta el final, y si no te parece eres tú el que se tiene que largar, ¿entendiste? —para reafirmar su autoridad concluyó con un golpe bajo—: Lo primero que haremos será consultar a madame Katerina.

Me obligué a respirar profundo. Madame Katerina era la clarividente de cabecera de McGray, y la idea de visitarla me irritaba más que sentarme sobre la cúspide de un hormiguero. Cualquier protesta sería fútil, así que no desperdicié energías y fui directo a asuntos más importantes:

—Me enteré de un par de detalles sobre lord Ardglass que lady Anne convenientemente *olvidó* decirnos.

Aquello captó la atención de McGray al instante.

—¿Cómo fue eso?

—Conversando con Joan. La mujer es parte de una red de comunicación más eficiente que el *Times* o el *Scotsman*.

Brevemente le conté lo que había escuchado la noche anterior, y vi que sus ojos centelleaban cuando mencioné el amorío frustrado de lord Ardglass.

—No me extraña. Como te dije una vez, esa gente sólo se casa con plebeyos para evitar labio leporino… aunque está de más que te recuerde esas cosas; tú vienes de una camada similar. Lo que me sorprende es que después de todos estos años ni siquiera los sirvientes sepan lo que en verdad le pasó al tipo. La vieja zorra ha mantenido el secreto bien pegadito a sus fofos pechos.

—No me sorprende que lo haga. Mira lo rápido que las teorías sobre una madre homicida han llegado a nuestros oídos. En verdad me sorprende que… —*la historia de los Ardglass no sea tan famosa como la locura de tu hermana*, estuve a punto de decir, pero muy a tiempo logré reacomodar la frase—. Me sorprende que lady Anne prefiera que las malas lenguas la acusen de asesinato, antes que admitir la enfermedad de su hijo.

—Pues la mentira se le salió de las manos.

—Aquella mujer, Bertha, parecía muy nerviosa cuando la interrogué. Debe saber mucho más de lo que nos dijo.

—Ei. Tal vez tenga que… persuadirla a que hable.

—¡McGray, no voy a permitir que le saques la verdad a golpes a una venerable anciana!

McGray soltó una carcajada.

—¿Por quién me tomas, dandi? La única vejeta a la que he querido moler a golpes es a la trinche Lady Copas. Y su propio hijo ya se me adelantó.

11

Madame Katerina era dueña de un local muy peculiar en uno de los barrios bajos al sur de la ciudad: la planta baja era una floreciente fábrica de cerveza, mientras que el primer piso estaba dedicado a sesiones de adivinación. La mujer tenía fama de ser la mejor clarividente en toda Escocia, aunque no sé decir cuánta distinción pueda implicar tal título.

Sus patéticas instalaciones miraban directo a una sucia plaza, donde se subasta el ganado que surte de carnes a Edimburgo. Para mi desdicha, aquél era día de subastas, y la peste de un millar de vacas y ovejas me llegó a la nariz, tan potente y ofensiva como un puñetazo en la cara.

Philippa se inquietó en cuanto supo a dónde nos dirigíamos, nerviosa ante la cacofonía de mugidos y balidos. Se detuvo con terquedad, relinchando y bufando, y tuve que espolearla hasta que al fin se dignó a avanzar. La até junto a Centeno, el caballo café de McGray, que estaba tan indiferente al hedor y al escándalo como su amo.

El muy grueso dependiente de madame Katerina nos recibió a la entrada de la cervecería, donde atendía a tres ganaderos ya muy pasados de copas.

—Dios, ni siquiera han dado las diez de la mañana —murmuré mientras subíamos las escaleras, para llegar a lo que el dependiente insistía en llamar la "mundialmente famosa" sala de adivinación.

Suspiré con resignación, sabiendo bien lo que nos esperaba tras aquella puerta.

La pequeña habitación apestaba a incienso, mezclado con hierbas y especias dulzonas, y los roídos tapetes bordados que cubrían todas las paredes habían tenido años para impregnarse de aquellos aberrantes olores. Supuse que la intención de Katerina era marear a sus clientes para sacarles mayor provecho.

La mujer ya nos aguardaba, sentada frente a una mesita redonda donde ardían varias velas multicolores.

Y Katerina lucía tan estrafalaria como su entorno: era achaparrada y robusta, le gustaba envolverse en coloridos mantos y velos, que

después decoraba con toda clase de cadenas, prendedores y amuletos, haciendo que la mujer tintinease como un trineo navideño con cada movimiento. Sus facciones angulares hacían gala de otra colección de baratijas: sus cejas, sus orejas y su nariz aguileña estaban todas perforadas con aretes, argollas o pendientes.

Sin embargo, todo esto quedaba opacado bajo la sombra (y no lo digo metafóricamente) de los más grandes, vulgares y contoneantes pechos de toda la ciudad, que la mujer presumía poniéndose los escotes más prosaicos y ramplones.

Extendió sus manos sobre la mesa, tamborileando sus uñas alarmantemente largas, pintadas de barniz negro. Con su maquillaje exagerado y su sonrisa socarrona, me recordaba al gato de Alicia en el País de las Maravillas.

—¡Oi, Adolphus! —dijo en un muy extraño acento, mezcla del dialecto de Glasgow y sonidos de Europa oriental—. ¿Qué puedo hacer por ti, muchacho? Veo una sombra muy fea a tu alrededor; algo te está perturbando.

Nos sentamos a la mesa, y a pesar de mis mejores esfuerzos por hacerme el fuerte, tuve que sacar mi pañuelo para cubrirme la nariz:

—Algo definitivamente me está perturbando a mí.

McGray me dio un manazo en la nuca.

—Ignora al dandi. Ha estado gimoteando sin parar desde que su vieja lo dejó por su hermano.

No pude reprimir un jadeo.

—*¿Cómo jodidos te enteraste de eso?*

Madame Katerina estaba riéndose; era más bien un resoplido grave que resultaba mucho más burlón que una franca carcajada.

—Así como lo oyes, pero a lo que hemos venido a…

—Calla, calla —lo interrumpió la gitana, alzando su mano armada con garras—. Esa sombra que veo… —se inclinó hacia el frente, escudriñando la cara de McGray— es tan oscura. Tan oscura. Mi pobre muchacho.

Me reí por lo bajo. La barba de McGray estaba más crecida que de costumbre, y la piel alrededor de sus ojos estaba hinchada y ennegrecida. Hasta un chiquillo habría sido capaz de decir que algo andaba mal.

—Después te las ves conmigo —me espetó Katerina, volviendo toda su atención hacia McGray—. Tiene que ver con la pobre Pensy, ¿verdad?

—En parte —asintió McGray.

—Qué pena me da oírlo. Veo este abatimiento a tu alrededor… alrededor de los dos —me miró brevemente, y entonces se puso de pie

y se aproximó. Sus protuberantes pechos quedaron a una distancia escandalosamente corta de mí, y la mujer examinó mi rostro tan de cerca que pude ver con toda claridad las muchas capas de rímel apelmazado alrededor de sus ojos.

—Leche de magnesia —me dijo—. Deberías tomar un poco. Y pronto.

—No estoy enfermo —repliqué, pero Katerina regresó a su asiento y no mencionó más el asunto.

—Veo que hay una pregunta que te atormenta, Adolphus. ¿Me trajiste algo para leer? Presiento que así es.

—Pues por supuesto que le trajimos algo —dije riéndome de nuevo —. Éste no es un tugurio al que uno venga a tomar té con galletitas.

McGray le mostró el retrato de lord Ardglass.

—Quiero que me digas todo lo que esta foto te sugiera. Absolutamente todo. Y si aquí el inglesito se burla de ti, te lo detengo y me hago de la vista gorda mientras lo golpeas. Y si va de chillón con nuestro jefe, les diré que se tropezó.

Madame Katerina extendió un brazo, abriendo y cerrando la mano como si estirara los músculos. Sostuvo la fotografía, pero al acercarla a su rostro cerró los ojos, dejando ver plastas de maquillaje púrpura. Entonces creí ver que las flamas de las velas cintilaban, pero preferí pensar que era mi imaginación.

Katerina inhaló, hizo una pausa, inhaló de nuevo, y al exhalar abrió los ojos lentamente. Observó la fotografía, de pronto inmóvil.

Le tomó un largo rato moverse. Iba a apresurarla, pero McGray me dio un codazo en las costillas. Al fin Katerina se movió, pero de la manera más inesperada.

Se mordió el labio, y lentamente las arrugas entre sus cejas se hicieron más y más profundas. No era un gesto de enojo, sino de enorme pena. No parpadeaba, y los ojos comenzaron a empañársele. Tragó con un nudo en la garganta, y cuando al fin pestañeó las lágrimas rodaron copiosamente por sus mejillas. Las enjugó con una mano temblorosa, embarrándose el rímel por toda la cara.

—¿'tás bien? —le preguntó McGray, tan confundido como yo.

—Nunca me había pasado esto —dijo, bastante apenada por su llanto—. Que hombre tan triste. Todo a su alrededor es pena y desesperación.

Aquello sonaba muy parecido a los expedientes médicos de lord Ardglass.

—¿Sabe quién es ese hombre? —le pregunté, mirando el revés de la fotografía. No estaba inscrito con nombre alguno.

Katerina negó con la cabeza:

—Jamás lo he visto. Pero se ve que no le falta plata.

—¿Nos puedes decir algo más del tipo? —inquirió McGray.

De nuevo Katerina pareció avergonzarse; las lágrimas seguían fluyendo.

—No, lo siento. Hay una huella muy fuerte aquí… pero es bastante antigua. Es un dolor que ha durado y perdurado. Y culpa… y…

Katerina tuvo que dejar la fotografía sobre la mesa, y sin decir otra palabra salió del cuarto, por una puerta escondida tras uno de los pesados tapetes.

Los ojos de McGray casi se salen de sus órbitas:

—¡Nunca la había visto así!

—Pensaba que tenía un carácter más duro que el pedernal —agregué—. ¿Deberíamos… marcharnos?

McGray negó con la cabeza y esperamos. Katerina volvió unos minutos después con la cara recién lavada, aunque no había conseguido desprenderse los terrones más gruesos de rímel. Aunque ya no lloraba, sus ojos seguían tan rojos como antes. Contempló la fotografía como si fuese una araña venenosa.

—Lo siento, Adolphus. No puedo decirte más sobre él. Ese dolor lo empaña todo. Por favor, no me pidas que lo intente otra vez.

McGray asintió y tomó la fotografía, pues Katerina no la tocaría de nuevo. Me pasó el retrato y me lo guardé en el bolsillo.

—Hay otras dos cosas que quiero que veas. ¿'tás bien o volvemos luego?

Katerina accedió, aunque continuaba respirando profunda y agitadamente. McGray le mostró el saco de piel, en el que aún deambulaban algunas hormigas. Sacó la cebolla y el azúcar.

La gitana dio un salto, y su pecho rebotó como budines mal cocidos.

—¡Ay, no había visto una de ésas en años!

—¿Brujería? —le pregunté.

—Ah, sí.

Había un centelleo de esperanza en los ojos de McGray.

—He estado consultando mis libros. No puedo descifrar pa' qué es.

—No me sorprende. Éstos son amuletos duales, Adolphus, como ya debes saber. Lo mismo se usan para hacer el bien o el mal. Sólo podría decirte cuál si hubiera estado presente cuando se hizo el ritual.

—Oh, una repuesta vaga y ambigua —dije, mirando al techo—. Pero qué inesperado…

Las pestañas de Katerina parecieron erizarse:

—Si te encontraras un escalpelo en medio de la calle, ensangrentado, ¿serías capaz de decir si lo han usado para cortar una

garganta o un cordón umbilical?

—No, pero tenía la impresión de que sus ojos podían ver… *¡más allá!*

McGray me dio otro manazo en la nuca.

—Ignora al bastardín, Katerina. Esperaba que me dijeras algo así, pero pensé que tal vez podrías ver algo que a mí se me escapara.

Katerina estaba observando los clavos y alfileres, contándolos. Tomó uno y examinó la punta ligeramente oxidada.

—El metal nuevo y brillante se usa para protección, y el oxidado para lanzar maleficios.

—¿Cuál es la diferencia? —dije lanzando un suspiro.

Madame Katerina confundió mi sarcasmo con genuino interés.

—Los metales son sustancias nobles y mágicas —dijo, abriendo más los ojos— y cada uno ofrece una bendición diferente. El hierro es fuerza, dominio, una protección contra espíritus y fuerzas oscuras. Si lo usas como talismán es como un pozo que atrapa el mal en tu camino. Pero el mal es como cualquier otra fuerza a nuestro alrededor: nunca desaparece, sino que se transforma en algo más, y cuando se adhiere a un talismán nuestros ojos lo ven como óxido. Así es como las brujas recolectan energía oscura, pervirtiendo las bendiciones del hierro, y después proyectan esa maldad acumulada hacia algo o alguien. Así es como lanzan maldiciones.

Sacudí la cabeza ante tales patrañas.

Nueve Uñas arqueó una ceja.

—Esos clavos pueden haber estado oxidados desde un principio… o se pueden haber oxidado con los jugos de la cebolla.

Tomé aire, ya sin pizca de paciencia:

—Ay, ya guarda esa patética hortaliza, no nos está llevando a ningún lado —apachurré una hormiga descarriada sobre la mesa—. Si ya terminaron de debatir sobre sus baratijas embrujadas, sugiero que nos vayamos.

McGray sí quitó la cebolla de la mesa y la guardó en el saco, pero después lo lanzó a mis piernas, donde unas hormigas alarmadas comenzaron a corretear en todas direcciones.

—Muéstrale el escrito —me pidió McGray con toda seriedad.

Me tomé mi tiempo para sacudirme los bichos del pantalón, y sólo entonces saqué mi libreta y la abrí en la página garabateada por Pensy.

—¿Qué crees que pueda significar? —preguntó McGray mientras le pasaba la libreta a Katerina.

Ella titubeó:

—¿Es tuya?

—Sí —McGray contestó por mí—, pero es el garabato lo que me interesa.

Katerina tomó la libreta de una esquina, tocándola sólo con las puntas de sus uñas negras. Usó dos de esas garras para sujetar el papel sobre la mesa y entonces, con sumo cuidado, pasó la yema de un dedo sobre los trazos de Pensy, sin dejar que su piel tocase nada de lo que había escrito yo.

—Siento las manos de brujas detrás de todo esto —dijo casi de inmediato y con total convicción—. Son como carroña; lo impregnan todo con su hedor.

McGray no pudo estar más confundido:

—¡Mi hermana escribió eso!

Katerina no pareció escucharlo. Balbuceaba sin sentido:

—A las brujas les gusta salir de sus escondrijos en las noches más oscuras. Les gustan las tinieblas; así ocultan sus rituales.

Recordé a Cassandra Smith hablando sobre espectros vistos en el manicomio, pero sólo en noches de luna nueva.

Madame Katerina prosiguió. Su voz se tornó grave, y sus inflexiones de Europa oriental se difuminaron, hasta que sonó como una persona totalmente diferente:

—Cuídate de las brujas. Son gente peligrosa, muy peligrosa. Dicen que pueden maldecirte sólo con verte; un parpadeo y estás perdido. Las más poderosas pueden convertirse en animales, o pájaros o bolas de fuego, y se esconden en todos los recovecos de la tierra. Cuídate mucho de ellas, muchacho.

Entonces levantó la mirada, parpadeando y respirando profundamente. Era como una sonámbula despertándose en un lugar desconocido.

—¿Alguien murió? —nos preguntó, y antes de que pudiera burlarme una vez más de su prestidigitación, McGray le contestó:

—Ei. Miss Greenwood, una enfermera bastante joven.

Katerina asintió, ahora pasando los dedos por entre las páginas. Sus pupilas se movieron de lado a lado, como escuchando algo e intentando ubicar la fuente.

—Averigua más sobre ella, Adolphus —concluyó—. Escucha su historia… Te contestará preguntas que ni siquiera has pensado aún.

12

De inmediato recordamos a miss Oakley, la única persona que podría darnos más información sobre la difunta miss Greenwood.

Vivía al suroeste de Edimburgo, cerca del Canal de la Unión. Quedaba más lejos de los caminos principales de lo que esperábamos, pero a una distancia razonable para alguien que trabajaba en el manicomio.

Resultó ser una casita muy agradable. Sus dos pisos miraban a un largo jardín frontal, que en los meses más cálidos debía ser una frondosa parcela de verduras. Cuando llegamos, por el contrario, la tierra se hallaba cubierta de nieve y había apenas rastros de vegetación: sólo los tallos altos y marchitos de *digitalis purpurea*, cuyas flores Joan llamaba *dedaleras*.

Me tropecé con una pala y tijeras de podar, y debí hacer bastante escándalo, pues una joven mujer salió de inmediato. No era para nada atractiva, con unas facciones que me recordaban un poco a un roedor, pero su rostro delgado estaba tranquilo y ecuánime.

—¿Los puedo ayudar en algo, señores? —preguntó, arropándose con un chal, y su voz me sorprendió: serena y bien modulada, claramente de alguien con buena educación. Y para beneplácito mío, no era escocesa.

McGray mostró sus credenciales.

—Inspectores McGray y Frey de Scotland Yard. ¿Miss Jane Oakley?

—Así es —contestó, levantando las cejas con sorpresa— ¿Es usted… *el* míster McGray? ¿Hermano de miss McGray?

Nueve Uñas se rio con amargura.

—Ei. Ya veo que no llevas mucho tiempo en el manicomio. ¿Te podemos hacer una que otra pregunta?

Se llevó una mano al pecho.

—¿Es sobre…?

McGray asintió sombríamente.

—Ei. Tu amiga, miss Greenwood. Lo siento mucho.

Miss Oakley apenas pudo responder. Respiró hondo y pensé que estaba a punto de estallar en llanto. Apenas consiguió indicarnos que podíamos pasar, y nos condujo a una salita de estar.

El cuarto era modesto pero inmaculadamente limpio. El fuego crepitaba en una pequeña chimenea, frente a una mesa vieja pero bien pulida, y percibí el tenue aroma de manzanas y salvia.

Un panorama muy agradable después del horroroso local de madame Katerina, pero McGray miró los cojines bordados y las carpetas sobre la chimenea con una ligera incomodidad.

—¿Te importuna la falta de mugre? —le pregunté en voz baja.

—Tomen asiento, por favor —nos ofreció miss Oakley. A pesar de su pulcra dicción no podía ocultar rastros del acento de Lancashire (y yo lo sabía bien, pues Joan venía de aquellos lares y llevaba siete años a mi servicio).

Nos sentamos en las únicas dos sillas dispuestas junto a la mesa, y miss Oakley empujó una mecedora para acompañarnos. En cuanto se sentó me tomé un momento para examinarla: sus ojos estaban hundidos por falta de sueño, y los tendones de su cuello se veían tensos. Sus manos estaban curtidas por el quehacer, pero nada que ver con las de miss Smith o Joan; aquella muchacha llevaba poco tiempo trabajando.

Miss Oakley fue la primera en hablar.

—¿Sufrió mucho? —farfulló, sus manos retorciendo su delantal—. ¿Fue tan doloroso como me cuentan?

Tuve una fugaz memoria del vómito, la columna rota y los alaridos angustiantes.

—No fue una muerte fácil —le contesté.

El pecho de Mis Oakley se agitó, y la muchacha apartó la vista justo cuando se le derramaba la primera lágrima. Vi que sus manos ansiosas casi rasgaban el delantal.

—¿'tás bien, damita?

Asintió, pero no podía negar cuán alterada estaba.

—Tengo entendido que ustedes dos eran buenas amigas —le dije —. Créame que lo siento mucho.

McGray se inclinó al frente:

—Me imagino que fue totalmente inesperado, ¿no?

Parecía una pregunta inofensiva, casi una mera cortesía… pero la ceja de miss Oakley tembló con un tic. Fue un movimiento casi imperceptible, pero lo vi con claridad.

—¿Esperaba que algo malo le sucediera? —pregunté. El silencio se prolongó, así que tuve que hablar de nuevo—: ¿Miss Greenwood tuvo algún malentendido con sus pacientes?

—Pues no puedo decir que fueran malentendidos, es sólo que ella…, bueno, a ninguna de las dos nos gustaba trabajar ahí. Es un lugar horrible… —de inmediato miró a Nueve Uñas—, sin afán de

ofenderlo, señor.

—Ei, no te preocupes —le dijo.

—Había días terribles, con todo aquel griterío, y los pacientes insultándonos y aventándonos la comida a la cara…

Lo que siguió fue más bien desconcertante: saqué mi libreta y al pasar las páginas encontré el garabato de Amy. Vi que McGray lo miraba de reojo y supe que estaba elucubrando algo.

—Miss, ¿la palabra *Caléndula* te dice algo?

La joven abrió los ojos tanto que temí que rodaran por el piso.

—¿Caléndula? —repitió—. ¿Quiere decir… la flor de caléndula?

—No sé lo que quiero decir, damita —dijo McGray. El rastro de una sonrisa se asomó en su rostro—. Esperaba que me lo explicaras.

La muchacha parpadeó.

—Disculpe, pero… ¿por qué me pregunta eso?

McGray no contestó, y yo simplemente esperé, con mi lápiz listo para tomar notas.

—Señor, me temo que no lo entiendo —miró a su alrededor, hecha un manojo de nervios—. Ay, Dios, ¿dónde están mis modales? Voy a preparar un poco de té.

—No es necesario, miss —le dijo McGray—. No nos quedaremos mucho tiempo.

—Por favor, acéptenlo —insistió—. Hace muchísimo frío allá afuera y deben haber cabalgado desde lejos —y se escabulló a la cocina antes de que pudiéramos decir algo.

McGray me susurró en cuanto miss Oakley cerró la puerta:

—Parece que Caléndula sí significa algo.

—No estoy seguro.

—¿No 'stás…? ¿No le viste la cara? ¿Qué probabilidades hay de que Pensy escribiera algo que perturbara a esta tipa?

—La vi, McGray, pero debes admitir que fue una pregunta totalmente aleatoria.

Comenzó a enrojecerse de coraje.

—¿Aleatoria?

—Quiere decir que fue totalmente…

—¡Sé lo que significa, pedazo de cagarruta!

—Antes de que la mortifiques más con preguntas sobre jazmines y gladiolas —farfullé—, déjame preguntarle sobre miss Greenwood.

—Pregúntale lo que te dé la gana, pero después no interfieras.

Miss Oakley no tardó demasiado en volver con un servicio de té y unas galletas de mantequilla. Se veía algo más calmada e incluso esbozó una sonrisa al servirnos el té.

—Quería preguntarle —comencé— sobre un paciente en

particular. ¿Sabe usted algo del paciente apodado *Lord Malatesta*?

—Fue él, ¿verdad? —espetó miss Oakley, casi haciéndome saltar.

—'tonces sí has oído de él.

—Todos en el manicomio han oído de él. El hombre era bastante singular, y no se nos permitía hacer preguntas sobre su pasado.

—¿Cómo sabes que teníamos el ojo puesto en él? —preguntó McGray.

—Miss Smith vino anoche y me lo contó todo. No pudo mencionar los detalles (la noticia me dejó muy mal, como pueden imaginarse), pero sí me dijo que todo sucedió en el cuarto de Lord Malatesta, y que el hombre se había escapado. También me dijo que no debía contarle nada a nadie, y que ustedes tal vez vendrían a interrogarme.

Tomé un sorbo del fuerte té negro.

—Miss Smith estaba en lo cierto. Estamos buscándolo y si puede darnos cualquier pista para encontrarlo se lo agradeceremos mucho.

Miss Oakley fijó la mirada en su taza, aún llena al tope, mientras meditaba: —No creo que pueda ayudarlos. Como le dije, no sé prácticamente nada sobre el tipo. Ni siquiera sé su verdadero nombre.

Tomé nota, pensando que encajaba perfectamente con el obsesivo secretismo de lady Anne.

—Ahora quisiera hacerle varias preguntas que seguramente podrá contestarme: sobre Elizabeth Greenwood.

—En eso sí creo poder contestar —dijo miss Oakley, justo antes de que McGray sorbiera el té tan escandalosamente como le fue posible. Miss Oakley le lanzó una mirada incómoda.

—Tengo entendido —le dije— que ésta es… *era* la casa de miss Greenwood.

—Así es.

—¿Cómo es que compartían alojamiento?

—Teníamos amigos en común. Cuando supieron que me mudaba a Edimburgo me sugirieron que la contactara. Fue muy amable al recibirme.

—¿Me puede dar más detalles sobre esos amigos en común?

Negó con la cabeza.

—Oh, es algo enredado. ¿Más té? Aquí tiene. Veamos, mi difunto padre tenía tierras, y uno de sus inquilinos era primo de un muy buen zapatero en Lancaster. Uno de sus mejores clientes era un mercader de licores, que de casualidad conocía al lechero que le vendía a Lizzy…, a miss Greenwood.

No me molesté en anotar todo aquello.

—Ya veo, sí que es complicado. ¿Entonces usted se mudó aquí recientemente?

—Sí, señor, el verano pasado.

—Pero usted y miss Greenwood hicieron buenas migas.

—Ah, sí. Era muy amable conmigo. Me dejó vivir aquí, se negó a que le pagara renta alguna (el dinero no me habría alcanzado de otra manera) y también me enseñó mucho de su trabajo. No habría podido salir adelante sin ella.

—Está usted muy lejos de su natal Lancashire —le dije, y eso pareció sorprenderla tanto como la mención de las caléndulas.

—¿Notó mi acento?

—Sí. Mi ama de llaves es de Burnley.

—No es un lugar muy bonito que digamos —dijo, arrugando la nariz.

—Jamás he estado allí, pero le creo. ¿Qué la hizo mudarse al norte y tan lejos?

—Fue un asunto muy desafortunado. Mi padre cayó en deudas, perdió nuestra casa y después, tristemente, murió… No necesito contarle los detalles. Mi única opción fue buscar trabajo donde fuera —bajó la mirada, visiblemente afectada—. Preferí venir aquí donde nadie me conocía. Míster Frey, usted parece un caballero muy refinado; debe imaginarse lo humillante que era saber que mi propio círculo cuchicheaba sobre mi infortunio.

Asentí.

—Tristemente la entiendo a la perfección —tomé aliento, haciendo a un lado mis aún frescas desgracias—. Lamento que haya pasado por tiempos tan difíciles.

—Gracias, señor.

—Así que usted y Elizabeth eran muy cercanas… Ésta es una pregunta bastante incómoda, pero estoy obligado a hacerla: ¿sabía usted sobre los embarazos de miss Greenwood?

Si había parecido nerviosa antes, ésta fue la pregunta que la sacó por completo de balance. Derramó algo de su té antes de regresar la taza a la mesa. Sus mejillas estaban rojas como tomates.

—¿Cómo pueden saber eso?

Me terminé el té antes de contestar:

—Fue necesario hacerle una autopsia. El detalle no pasó desapercibido.

—Por supuesto —susurró la joven—. No tiene sentido negarlo ahora. Lizzy tuvo una hija antes de venir a Escocia. No le gustaba hablar de eso…, con mucha razón.

—Nos ayudaría si pudiese darnos más detalles.

—¿Detalles? Pues… es poco lo que sé con seguridad. Dejó a su familia cuando ya no pudo ocultar su estado y fue a dar a luz a una

villa en medio de la nada. Su familia no la quiso de regreso, así que tuvo que dejar a la niña con una comadrona. La pobre Lizzy tuvo que buscar trabajo para mandarle dinero y pagar la manutención de su hija.

—¿Dónde vive la criatura?

Miss Oakley de nuevo bajó la mirada.

—Pues… la pobre criatura murió. Lizzy rara vez hablaba de ella.

Anoté la historia al detalle. Era tan triste como común: familias dándole la espalda a sus propias hijas cuando las chicas estaban en ese tipo de apuros.

—Gracias por contárnoslo —le dije—. Creo que mi colega tiene… otras preguntas. Por favor, téngale paciencia.

McGray dejó su taza, derramando algo del té, pues no había tomado más que unos sorbos, y percibió la inmediata tensión de miss Oakley.

—No te preocupes, muchacha. No muerdo. ¿Cuánto llegaste a ver del tal Lord Malatesta?

—Muy poco, señor.

—¿De verdad?

—Sí. Bueno, estaba planeado que me hiciera cargo de varios pacientes de Lizzy conforme avanzara mi entrenamiento. Él iba a estar entre ellos, pero aún no empezaba a familiarizarme con su caso.

—Ya veo. Se te olvidó mencionar eso hace un momento.

La muchacha apartó la vista.

—Lo sé. Disculpe.

McGray cruzó las piernas y se acarició la barba, mirando al techo.

—Dime, ¿qué se puede hacer con una cebolla y montones de azúcar?

Para entonces miss Oakley esperaba lo inesperado. Lanzó una franca risa.

—No lo sé, inspector. ¿Mermelada de cebolla?

*

—Todo lo que preguntamos parecía alterarla —decía McGray mientras caminábamos por el jardín frontal.

—Tu actitud me parece imperdonable. Eras tú quien solía decirme que no perturbara a los testigos. Ahora esa enfermera cree que estás tan chiflado como los pacientes que atiende.

—¿Crees que me importa?

—Debería. Nunca se sabe cuándo un testigo puede resultar crucial.

Al salir del jardín vi que junto a nuestros caballos había un

carruaje negro. Debía haber llegado segundos antes, pues el caballo aún estaba recuperando el aliento. El hombre que bajó, para nuestra sorpresa, resultó ser el doctor Clouston.

—¡Ah, doctor! —exclamé—. Esto sí que es inesperado.

—Buen día, inspector. Así es. Quiero ver cómo se encuentra miss Oakley. Anoche mandé a miss Smith a darle las malas noticias.

—Se ve algo zarandeada —dijo McGray—. Seguro agradecerá la visita.

Una repentina ráfaga de viento trajo gotas de aguanieve. El doctor tragó saliva, y en vez de continuar su camino se quedó inmóvil en aquel punto, con los pies hundidos en la nieve.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté.

Clouston, en vez de mirarme, clavó la vista en sus zapatos.

—Debí haberles dicho esto antes… Creo que ayudará a su investigación.

—¿Ayudará?

—Sí. Hay un lugar que olvidé mencionar. Creo que Lord Malatesta bien puede haber decidido esconderse allí.

Nueve Uñas y yo nos quedamos estupefactos.

—¿Y se le olvidó decirnos ese *pequeño* detalle? —rugí.

McGray se le acercó:

—¿Dónde, doc?

Los ojos de Clouston ahora estaban enfocados en la casa. Con el rabillo del ojo vi a miss Oakley asomándose por la ventana, observándonos.

El doctor tomó aliento:

—Bien, es sólo una corazonada, pero hay una casita de campo en las afueras de Edimburgo… Creo que la tierra aún es propiedad de lady Anne.

13

Cuando vimos la casa aparecer en la distancia ya soplaba un viento huracanado. La construcción se hallaba casi en ruinas, con las ventanas tapiadas y las paredes invadidas por hiedra ennegrecida y musgo congelado. Considerando el clima, aquel lugar sería un refugio más que lujoso para un fugitivo.

—Mejor dejamos los caballos aquí —dijo McGray cuando estábamos a unos cien metros de distancia. Atamos los caballos a un pino y continuamos a pie. Llevé mi linterna de aceite, anticipando que el interior de la casa estaría en tinieblas. Tal vez era el viento implacable, o las nubes negras de la estación, pero sentía como si una presencia ominosa flotara en el aire. Podía sentirlo en mi propio aliento.

McGray desenfundó su pistola, pero la mantuvo oculta entre los pliegues de su abrigo. Su mirada estaba alera.

Al acercarnos vi que la puerta frontal estaba entreabierta. Desenfundé mi arma también, al tiempo que un gato negro saltaba sobre la desvencijada cerca que rodeaba la casa. Sus ojos, de un verde brillante, nos observaron conforme nos aproximábamos a la entrada.

Nueve Uñas abrió la puerta tan silenciosamente como pudo, sólo lo suficiente para entrar, y después de echar un vistazo furtivo dio un paso al frente.

Lo seguí, y el olor a humedad nos golpeó al instante. Sólo había unas líneas de luz apagada que se filtraban por entre los tablones de las ventanas, así que encendí la linterna y tuvimos una vista mucho mejor de aquel interior. Una mesa cuarteada y una silla rota eran los únicos muebles, y había una chimenea pequeña, pero cubierta de tantas telarañas que no podía verse el hogar.

—Así que fue aquí donde lord Ardglass vio a su hija por última vez —murmuré, pensando en el triste episodio que recién nos había contado Clouston. Nos habíamos puesto en marcha en cuanto el doctor terminó su relato.

McGray apuntó al piso, tan empolvado que parecía blanco, y en él había un rastro de pisadas tan claras como si fuesen marcas de tinta. Eran pasos irregulares, embarrados en ocasiones, como si el

responsable hubiese arrastrado algo.

Las estrechas escaleras crujieron bajo nuestro peso y creí que se vendrían abajo. Nos llevaron a un rellano que en algún momento conducía a dos habitaciones, pero todas las paredes interiores habían sido arrancadas y sólo quedaba un amplio espacio vacío.

Miré a nuestro alrededor, concentrándome en cualquier silueta proyectada por la linterna. Mi corazón se aceleró; esperaba que en cualquier momento alguien saltara de entre las sombras para atacarnos.

—Nadie en casa —dijo McGray, con un suspiro de decepción. Había otra chimenea en la que encontramos cenizas recientes, y justo enfrente un montón de frazadas limpias.

McGray se arrodilló para inspeccionarlas.

—Pasó la noche aquí.

—*¿Quién?* Pudo tratarse de cualquiera. Esta pocilga ha estado abandonada por mucho tiempo.

McGray revolvió las frazadas.

—Migas de pan, costras de queso, corazón de manzana… Se comió una rica cena, pero no hay nada que nos diga con certeza si fue Malatesta o no.

Me quitó la linterna de las manos y escudriñó cuidadosamente cada rincón del cuarto. El lugar estaba totalmente vacío, así que pronto nos convencimos de que no había más rastros que seguir.

Regresamos a la planta baja, donde las gruesas capas de polvo habían sido perturbadas sólo alrededor de la silla. Podía verse que alguien se había sentado allí, pero sin depositar nada sobre la vieja mesa.

McGray echó luz sobre un rincón especialmente oscuro, y de inmediato vi que alguien había removido una tabla del suelo. La madera apolillada había sido lanzada a un lado, revelando un hueco poco profundo.

—¡'ira nomás! —exclamó McGray. Se arrodilló y lo primero que encontramos fue una botella de cerámica, tapada con un corcho y sellada con cera. Parecía haber estado enterrada allí durante siglos—. ¿Acaso es una…?

—¿Una qué? —pregunté mientras McGray agitaba la botella.

—Esto no te va a gustar, dandi.

—¿Es algo que debamos guardar como evidencia?

Tal vez lo habría sido, pero McGray golpeó el cuello de la botella contra el borde de la mesa y el corcho salió volando limpiamente, como cortado con una espada.

—¿Tu mejor truco de taberna? —le pregunté, pero no pude

continuar la broma, pues un espantoso hedor a amoniaco se esparció por el cuarto, tan potente y repugnante que empecé a lagrimear—. *¡Joder, eso está lleno de orina!*

Incluso McGray estaba asqueado.

—Y orines muy, pero muy viejos, diría yo.

Vació el contenido sobre el piso antes de que pudiera protestar. Esperaba ver sólo orina turbia, pero el líquido que salió era rojo, oscuro y viscoso, y el asco me produjo arcadas. Entonces escuché un tintineo y vi caer un puñado de clavos, doblados y oxidados, seguidos por un par de ramitas leñosas ennegrecidas.

Tuve que cubrirme nariz y boca con mi pañuelo, pero eso apenas mitigaba el infernal apeste.

—¿Qué demonios es eso? —chillé.

—Una botella de brujas —dijo McGray, observando los despojos con fascinación—. Las usan para protección. Cuando te mudas a una casa nueva entierras una de éstas. Se supone que atrapan cualquier mal dirigido a los habitantes de la casa.

—Y cuando dices mal, supongo que quieres decir…

—Hechizos, maldiciones, maleficios.

—¿Eso es orina? ¿Sangre? ¿Qué demonios…?

—He leído que debe ser principalmente orina, de preferencia del jefe de familia. Algunas brujas añaden vinos caros como una especie de ofrenda.

—¿Y los clavos?

—Como dijo madame Katerina, para las brujas el metal es un imán que atrapa fuerzas oscuras. Ahí es donde se captura toda la magia negra.

Me incorporé y caminé a la puerta, todavía abierta, buscando aire fresco. Inhalé profundamente y vi que el gato negro continuaba paseándose en el jardín frontal. Para mi sorpresa, el animal me miró directo a los ojos antes de darse la vuelta y marcharse.

—¿Estos… artefactos son algo común en las casas de las brujas?

—No sólo de las brujas. Cobran buen dinero por poner protecciones así en las casas de sus clientes. Se han usado desde la Edad Media. La protección dura mientras no se perturbe la botella, y sólo si los extraños no saben dónde están escondidas.

—¿Por qué vendría alguien a buscar esta botella?

—Mmm…, tal vez no es esto lo que estaban buscando —McGray metió una mano al hueco del piso y comenzó a hurgar. Extrajo una empolvada cartera de piel y la agitó. Pensé que estaba vacía, pero entonces un penique salió rodando—. ¡Ajá! Deben haber venido por esto.

—¿Dinero?

—Ei. No me sorprende que los tuvieran juntos. La gente esconde sus botellas de brujas muy bien; tan bien como los ahorros.

Apreté el pañuelo contra mi nariz.

—Si esta casa y estas tierras le pertenecen a lady Anne…, ¿crees que supiera que esa botella y esa cartera estaban ahí?

—No sé la Lady Copas, pero apostaría tus susceptibles narices a que Lord Malatesta anduvo por aquí. Esas sobras de comida se veían muy recientes, y no había muchas, así que después de años de abandono esta casa sólo ha sido perturbada anoche. Justo la noche después de que se escapó del manicomio; es demasiada coincidencia.

—Suena lógico. Viene aquí buscando refugio y sus ahorros.

—Que definitivamente necesita si anda huyendo —concluyó McGray, sacudiéndose las manos. Miró alrededor, como si de pronto se sintiese perdido.

Y no era el único:

—Al menos podemos inferir con cierta confianza que Ardglass planea viajar, y no deambular por Edimburgo buscando otra víctima.

—Puede estar buscando otra víctima en otra ciudad.

McGray salió de la casa, contrariado. Estuve a punto de cerrar la puerta, pero entonces algo medio escondido tras ella captó mi atención. Algo lustroso en medio del polvo.

Era una carpeta delgada; un expediente de un color que reconocí de inmediato.

—Nueve Uñas, espera —le dije, inclinándome para recoger la carpeta—. ¡Esto se ve exactamente como el expediente que Clouston me dio! La carpeta con el historial de lord Ardglass.

McGray me la arrebató de las manos y la abrió. Contenía un solo trozo de papel, arrancado de un libro de cuentas y con unas líneas garabateadas con lápiz.

—¿Qué dice? —dije con premura.

El rostro de Nueve Uñas palideció.

—¡Venimos de ahí! ¡Es la dirección de miss Oakley!

14

Regresamos a todo galope, con el aguanieve latigueándonos las caras y los caballos dejando estelas de aliento vaporoso.

—¡Tal vez hasta nos cruzamos en el camino! —gruñó McGray.

—Tonterías. Esto es llano abierto. Lo habríamos visto a cien… — no terminé la frase, percatándome de mis propias palabras: lord Ardglass también podría vernos en la distancia, y sabría que veníamos por él mucho antes de que llegásemos a sus puertas. Preferí no pensar en ello por el momento—. ¿Qué asunto crees que tenga con miss Oakley?

—Dudo que té y galletitas, como dirías tú.

Nuestros peores miedos se materializaron cuando llegamos a casa de miss Oakley. La puerta estaba abierta de par en par, y había bruscas pisadas en la nieve.

Desmontamos y corrimos directo a la casa con las armas desenfundadas, y encontramos que el lugar no podía lucir más diferente: la mesa estaba volcada y sus patas rotas, el juego de té estaba hecho añicos por todo el piso, y las hojas de té se mezclaban con el relleno de cojines desgarrados.

Iba a decir algo, pero McGray alzó una mano, pidiéndome que escuchara.

El roce de papeles venía de la cocina. Inhalé inconscientemente.

Nos acercamos con tanto sigilo como fue posible, pero entonces pisé algo, y antes de darme cuenta de que se trataba de una astilla de porcelana, el maldito trozo se quebró escandalosamente.

El sonido de papeles cesó de inmediato, y vi furia en la cara de McGray. Se lanzó hacia la puerta de la cocina y la abrió de una patada.

El cuarto estaba más apaleado que la sala, pero apenas si lo percibí; mis ojos fueron directo al gato negro que se acicalaba sobre una mesa, sentado sobre una pila de documentos arrugados. No había nadie allí.

—No se muevan, caballeros.

Mi corazón pareció detenerse y sentí un leve mareo. La voz grave e imperiosa había sonado a nuestras espaldas, lanzando punzadas de

miedo helado por todo mi cuerpo.

McGray intentó darse la vuelta, pero entonces hubo un disparo y vi la bala perforando el piso justo entre sus pies.

—Dije que no te muevas, Nueve Uñas.

No intenté siquiera moverme, aunque si el hombre hubiera querido matarnos lo habría hecho sin advertencias. Pude verlo reflejado en la ventana frente a nosotros.

Lord Joel Ardglass en persona.

Apuntándonos con un revólver de alto calibre.

Reconocí el rostro de la fotografía que aún llevaba en el bolsillo, pero al mismo tiempo podría haberse tratado de un hombre totalmente diferente: la piel alrededor de sus ojos estaba arrugada y oscurecida, y su quijada se veía más ancha, como si sus mismos huesos se hubiesen endurecido. Estaba envuelto en un abrigo negro de viaje.

—Es una fortuna que te guste el cuadriculado escocés —le dijo a McGray—. Reconocería ese tartán a cinco kilómetros.

—¿'ónde está la muchacha? —espetó Nueve Uñas.

—Se me escapó. Suelten sus armas. *Ya*.

No pudimos más que acceder, aunque los dos tiramos las pistolas lo más cerca posible.

—Tú, el niño bonito, ese gato se sentó encima de un sobre. Arrójamelo, y no intentes nada raro.

Titubeé por un extraño momento. Mi respiración, mi corazón trepidante, las gotas de sudor frío rodando por mis sienes; todo se sentía amplificado.

—No tengo todo el día, hijo.

Avancé lentamente. La mesa estaba a sólo un metro de distancia, pero el tiempo se extendió como si fuese una legua. El gato, indiferente a nuestra situación, continuaba lamiéndose meticulosamente. Creí que era el mismo animal que había visto antes, pero éste tenía los ojos amarillos. Cuando jalé el sobre el gato seguramente no lo notó.

Sentí como si el papel me quemara los dedos. Lord Ardglass lo necesitaba, pero ¿por qué?

—Agáchate y lánzamelo por el suelo.

Así lo hice, girando mi torso ligeramente al deslizar el sobre. Vi fugazmente sus botas enlodadas y un morral de cuero descansando en el piso. Estaba grabado con una letra A adornada con muchas florituras.

—*¡Voltéate!* —gritó—.Y no traten de correr tras de mí. Me estaré cuidando las espaldas; no me obliguen a matarlos a los dos.

Lo escuchamos recoger el papel y dar un primer paso. El pecho de

McGray se agitaba como un fuelle y no pudo contenerse más:

—¿Qué te dijo Pensy?

Lord Ardglass se detuvo. Desde aquel ángulo no podía ver su reflejo, pero en ese absoluto silencio escuché un cambio en su respiración. ¿Era agitación? ¿Ira? La más fugaz de las ojeadas me hubiese bastado para saber. Casi gruñí de contrariedad.

—Matarías por saberlo, ¿verdad? —dijo Joel Ardglass, sin rastro de emoción en su voz—. Serías capaz de matarme por ella.

—Sería una obra de caridad —replicó McGray—, no como envenenar a una pobre enfermera sólo porque tu mami no te dejó casarte con la tipeja que querías.

Me estremecí ante esas palabras, esperando que una bala detuviese su temerario discurso en cualquier momento.

Lord Ardglass no dijo una palabra por un momento que pareció interminable, y entonces escuché una explosión tan repentina que un balazo no habría podido espantarnos más. Joel había estallado en francas carcajadas.

—¡La tipeja que quería! —profirió al fin, con un escalofriante placer en cada palabra; aquélla era la voz misma de la locura—. Eres un pobre imbécil, Nueve Uñas McGray. No sabes nada. ¡Si te contara…!

Esperábamos que dijera más, pero sólo lo escuchamos moverse de nuevo, y abrir la puerta principal de un empujón, dejando entrar el viento helado. El desdichado se escapaba de nuevo y no había nada que pudiéramos hacer.

Temí que McGray saltara para echársele encima, pero toda su furia salió en una pregunta gutural:

—¿Qué significa *Caléndula*?

Joel Ardglass volvió a carcajearse. No era una risotada demente, sino un entendimiento tan escalofriante como lo que dijo después:

—No me sigan, muchachos. Descifrarlo es lo peor que podría pasarles.

Entonces escuchamos la puerta cerrarse de un golpe. McGray asió su revólver al instante y salió a toda velocidad, rugiendo.

Alcancé mi arma y me incorporé de un salto. La puerta principal se agitaba con el viento, ocultando lo que pasaba afuera, y antes de llegar a ella escuché un disparo ensordecedor, y a McGray gritando.

Empujé la puerta y me lancé al jardín, donde vi al caballo de Nueve Uñas desplomándose sobre la nieve.

Lord Ardglass ya estaba montado en mi yegua, espoleando a la aterrada Philippa y obligándola a emprender la carrera.

McGray corría tras él, disparando sin tiempo de apuntar, y lo único

que pude hacer fue contemplar cómo mi yegua blanca se alejaba, llevándose a lord Ardglass a cuestas, hasta que se perdieron en la distancia.

15

—*¡Coño!* —bramó McGray, con una voz más potente que la ventisca.

Corrió de vuelta y se arrodilló frente a su caballo.

El cuerpo seguía caliente, y un hilo de vapor aún manaba de su nariz, pero Centeno estaba claramente muerto. Ardglass le había disparado directo a la cabeza, y la bala lo había golpeado entre los ojos con escalofriante precisión.

McGray reposó una mano sobre la melena del corcel.

—No… —musitó con voz temblorosa—. Era una gran bestia. No se merecía acabar así, el pobre bruto…

—Fue instantáneo, McGray —fue todo lo que pude decirle—. Centeno no debió sentir dolor.

McGray tragó con pesar:

—Mi padre me regaló este caballo…

Los ojos se le empañaron y pestañeó intentando reprimir las lágrimas. Miré en otra dirección (era toda la privacidad que podía ofrecerle) y le di unos minutos para llorar a su muy querido caballo, pero mi mente ya trabajaba a toda velocidad, sopesando nuestras opciones. A nuestro alrededor no había más que kilómetros de llanos nevados, no teníamos caballos o carruaje, y con cada segundo que pasaba lord Ardglass galopaba más y más lejos.

McGray lo sabía también. Carraspeó, le dio a Centeno una última palmada afectuosa, y se puso en pie de un salto.

—El manicomio es lo único que nos queda cerca —farfulló, corriendo ya en aquella dirección. Cuando intenté seguirlo me dio un empujón—. Corres muy lento, dandi. Déjamelo a mí; veré que nos presten una carreta o algo. Quédate aquí y ve qué encuentras en la casa.

Y se fue a toda prisa, sus botas hundiéndose en la nieve, y no pude contradecirlo. Me quedé junto al caballo muerto, aturdido por la rapidez con que todo había sucedido. ¡Habíamos llegado a la casa hacía apenas unos minutos!

Contemplé las huellas en la nieve. A pesar del viento me pareció que esta vez teníamos una buena oportunidad de seguir el rastro de lord Ardglass. La capa de nieve era muy gruesa, y pasarían horas antes

de que el aguanieve borrara las profundas marcas dejadas por las pezuñas de Philippa. Ahora todo dependía de cuán rápido McGray pudiese regresar.

Decidí aprovechar aquel tiempo y corrí de vuelta a la casa. Fui directo a las escaleras, pero entonces, sin aviso alguno, una oleada de punzantes escalofríos me invadió el pecho, los hombros y los brazos. Tuve que detenerme un momento y respirar profundo antes de poder subir el primer escalón.

—¿Qué demonios fue eso? —murmuré, asiéndome al barandal, pero no tenía tiempo para reparar en ello.

Encontré el cuarto de miss Oakley tan desordenado como el resto de la casa, pero también fue el primer lugar donde había objetos faltantes.

El viejo guardarropa estaba abierto y medio vacío, aunque algunas prendas yacían olvidadas sobre la cama. Entre ellas vi un pequeño cofre de madera, abierto y que contenía sólo unos cuantos peniques y un arete sin su par.

Todo indicaba que miss Oakley había empacado a toda prisa. Debía haber salido de la casa antes de que lord Ardglass llegara…, pero ¿cómo pudo saber que vendría? Durante nuestra primera visita no parecía alguien a punto de salir de casa, y mucho menos a punto de emprender un viaje.

Recordé que el doctor Clouston nos había enviado a la casa de campo abandonada. ¿Le habría dicho algo a la joven? ¿La había puesto sobre aviso? No sería la primera vez que nos ocultaba algo… Pero si sabía que la muchacha corría peligro, ¿por qué habría de mandarnos lejos?

El cuarto me ofreció otra pista. Miré bajo la cama y encontré un objeto familiar: otra cebolla oscura, dispuesta en un tazón lleno de azúcar. Recordé sus palabras socarronas: *mermelada de cebolla*. La muchacha *debía* saber que esta cebolla estaba bajo su cama. Contrario a la que McGray me había mostrado, ésta estaba fresca y aún no se infestaba de hormigas. No me atreví a tocarla.

Eché un rápido vistazo por la ventana, pero no había señal de McGray, así que bajé las escaleras para inspeccionar la cocina. El desdichado gato seguía ahí, ahora acicalándose las garras, estoico a más no poder, aunque sí chilló cuando lo lancé a un lado. Busqué entre los papeles sobre los que el animal se había echado.

Había cuentas inútiles y notas de vendedores, pero entonces vi un telegrama y un recorte de periódico. Era una esquina del *Scotsman*, con la fecha de ese mismo día, listando horarios de trenes.

—Todo empieza a encajar —dije, y el telegrama reveló el motivo

del viaje:

Demasiado tarde. Ven.

El críptico remitente sólo decía *miss R*, sin mostrar dirección alguna. Afortunadamente, el telegrafista sí había anotado la oficina que había transmitido el mensaje: Lancaster.

Y miss Oakley era oriunda del condado de Lancashire, del que Lancaster era capital. No podía ser una coincidencia.

Miré los horarios una vez más. Eran las rutas a Manchester, y la estación Lancaster Castle era una de las paradas principales.

—Ya te tengo —dije en voz alta, jalando la cadenilla de mi reloj de bolsillo. Para mi mala suerte, el único tren del día salía de la estación Caledonia de Edimburgo en exactamente cuarenta y cinco minutos.

—Nueve Uñas, más vale que te des prisa…

Me guardé los papeles en el bolsillo de la chaqueta y corrí a la puerta. Después de la espera más frustrante, al fin vi una silueta emerger en la distancia. Reconocí el carruaje de Clouston, el mismo que habíamos visto antes, pero ahora tirado por dos caballos para mayor velocidad.

Pronto reconocí a Tom, el musculoso enfermero, latigueando a las bestias, y vi a McGray vociferando a través de la ventanilla.

—¡Súbete, princesita! ¡O aquí te quedas! —gruñó en cuanto se detuvieron frente a la casa.

—¿Quieres dejar de llamarme así? —grité mientras tomaba asiento. Sólo me percaté de que el doctor Clouston estaba presente cuando nuestros hombros chocaron. Grité de nuevo—: ¡Usted! ¡Oh, tiene tanto que explicarnos!

—¿Le ruego me discul…?

—Ahora no, Frey —McGray aporreó un costado del carruaje y Tom se puso en marcha al instante, llevándonos hacia el norte en una carrera desesperada—. ¡Sigue esas huellas! —le ordenó McGray, sacando medio torso por la ventanilla.

El carruaje se tambaleó alocadamente y tuve que gritar para hacerme oír sobre el traqueteo de las ruedas:

—¡Ya sé a dónde va miss Oakley!

McGray no me escuchó, centrando toda su atención en las marcas en la nieve.

Miré a Clouston y me invadió la rabia:

—¿Qué le dijo a miss Oakley? ¿Le dijo que huyera?

—¿Que huyera? Ni siquiera sé lo que está pasando. Adolphus apareció de la nada gritando que necesitaba transporte. No me ha

explicado…

—Miss Oakley escapó —vociferé, ya sin paciencia—. Empacó sus cosas a la carrera, y a juzgar por el estado de su casa debió ponerse en movimiento minutos después de que la dejamos. Eso significa que *usted* fue la última persona en hablar con ella.

—No lo entiendo… —pasamos sobre un bache y el doctor rebotó en su asiento, golpeándose la cabeza contra el techo.

—¡Debe haberle dicho algo! —espeté.

Clouston tartamudeó:

—¡Nada en especial! Apenas hablé con la muchacha. En cuanto abrió la puerta me dijo que se le hacía tarde para una cita. Fue bastante cortante, así que sólo le di mis condolencias y me marché.

—¿Se da cuenta de lo sospechoso que suena todo esto?

—Lo sé, pero le he dicho la verdad. Ni siquiera entré a la casa.

—Más le vale que sea cierto, doctor. De otro modo…

McGray rugió, golpeó la portezuela con ambos puños y la pateó también. Noté que el carruaje frenaba.

—Perdí el rastro —gritó Tom.

El carruaje aún no se detenía por completo cuando McGray salió de un salto y corrió al frente.

Clouston y yo nos levantamos al mismo tiempo y nuestras cabezas chocaron. Hice al doctor a un lado de un empujón y fui el siguiente en bajar.

El carruaje se había detenido a la entrada del puente que cruzaba el Canal de la Unión, justo entre dos enormes fábricas atestadas de chimeneas que escupían columnas de humo negro. Había carretas, caballos y trabajadores moviéndose en todas direcciones, lo que no dejaba que la nieve se asentara nunca; el camino empedrado era un lodazal.

Arrugué la nariz ante el hedor a caucho que venía de los talleres. De nuevo tuve que cubrirme el rostro con mi pañuelo, pues el olor me estaba causando terribles mareos. Nadie a mi alrededor parecía igual de afectado, y mucho menos McGray, que se jalaba de los cabellos con desesperación.

—¿Y ahora qué? —se preguntó en voz alta. Me lanzó una mirada asesina al notar mi pañuelo, y no pude reprimir una arcada—. ¡Oi, no seas tan delicadito! Pareces un poodle anémico intentando tocar la trompeta. ¡Ya tenemos suficientes problemas!

Tragué saliva y respiré profundo.

—¡Lord Ardglass debe estar siguiendo a miss Oakley! —conseguí decirle, a pesar de mi agudo malestar.

—¿De qué hablas?

Le mostré el telegrama y el recorte de periódico, y le describí el cuarto de Oakley mientras los leía.

—El telegrama viene de Lancaster —concluí.

—Miss Oakley tiene conocidos allí —declaró Clouston, y de inmediato notó la desconfianza en mis ojos—. Era miembro de mi personal; la entrevisté y mandé telegramas a sus referencias antes de contratarla.

—Estación Caledonia —murmuró McGray—. El rastro que seguimos sugeriría que Malatesta iba en esa dirección —sus ojos pasaron rápidamente de las fábricas al camino enlodado y a la multitud de trabajadores—. Aunque este desorden es perfecto para esconderse —tardó menos de un parpadeo en decidirse—. Tratemos de interceptar ese tren primero; siempre podemos volver con más oficiales para catear estas trinches fábricas.

—Y más vale que nos demos prisa —dije en cuanto estuvimos de vuelta en el carruaje—; si permitimos que salga de la ciudad, este caso se volverá un infierno.

Y mis augurios resultarían incluso más acertados que los de madame Katerina.

16

Tom nos llevó a una velocidad increíble. Pasamos por callejones que nunca había visto, y terminamos ascendiendo por una calleja muy empinada y tan estrecha que el carruaje apenas tenía espacio para transitar.

Miré mi reloj, contrariado por ni siquiera saber dónde nos encontrábamos.

—Nos quedan menos de diez minutos.

Justo cuando pensé que Tom nos había perdido sin remedio, salimos del callejón para entrar a Lothian Road, avenida que corría paralela a la estación de trenes de carga y sus apestosas bodegas de carbón. Más allá estaba la estación Caledonia, una estructura de madera, horrible e improvisada, con la que media ciudad debía contentarse, pues la estación permanente seguía en construcción (con ya diez años de retraso).

Tom esquivó carretas, carruajes y peatones, y se detuvo justo frente a la entrada en Princes Street. La estación ni siquiera tenía portones, y mucho menos un techo. Las taquillas eran cobertizos improvisados, y las plataformas a ambos lados de los rieles (que eran las principales rutas de tren en toda Escocia) no eran más que tablones de madera tiznada que parecían a punto de desplomarse.

McGray abrió la portezuela de una patada.

—Frey, ¿qué plataforma?

—Deberíamos alertar a los oficiales de la estación.

—¡Alerta al vicario de San Giles si quieres, pero antes dime la jodida plataforma!

Consulté el recorte.

—Seis —y McGray salió disparado entre la multitud.

—¡Maldito escocete con patas de avestruz! —refunfuñé, preparándome para seguirlo.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarlos? —preguntó Clouston, pero no tuve tiempo de contestarle. A duras penas podía ver a McGray entre la gente, y Nueve Uñas no podía escuchar mis gritos entre el estruendo de los trenes y silbatos.

Uno de aquellos silbatos resonó muy cerca, taladrándome los oídos

y haciéndome ver estrellas. Me cubrí los oídos, aturdido por el tremendo ruido, pero vi que nadie a mi alrededor parecía afectado en lo más mínimo.

Volteé a ver la fuente del ruido: una rugiente locomotora a unos treinta metros de distancia. Cuando el vapor se disipó vi que aquel tren estaba en la plataforma seis.

La locomotora ya estaba en marcha, lanzando una gruesa columna de humo, y sus ruedas comenzaban a girar aletargadamente. Tuve que abrirme paso a codazos, y un segundo después vi la nuca de McGray, sobresaliendo de entre la multitud mientras empujaba a cualquier persona u objeto que se interpusiera en su camino.

Logró llegar al último vagón (un elegante coche de primera clase), se lanzó hacia la puerta, agarró la perilla y casi la arranca de cuajo al abrir. En cuanto saltó al vagón, un muy delgado vendedor de boletos intentó detenerlo, pero McGray lo empujó a un lado como si el joven estuviese hecho de papel.

—¡McGray! —grité a todo pulmón. Corrí desesperadamente, viendo cómo las ruedas aceleraban, ganando impulso mucho más pronto que yo. Otro silbatazo ensordecedor me estremeció el cráneo, y todo a mi alrededor perdió nitidez—. *¡Baja de ese tren! ¡No pienso ir a Lancaster!*

—¡Lo vi subir!

Si no me hubiera sentido tan mareado, o si el tren se hubiera movido un ápice más despacio, habría dejado a McGray irse solo; pero sin tiempo o claridad, mi primer impulso fue correr más de prisa hasta que las piernas me ardieron, y entonces me aferré a la mano que McGray me ofrecía. Me levantó en el aire y aterricé precariamente sobre el borde mismo de los escalones del vagón, abanicando mi brazo libre para mantener el equilibrio. Sentí que mis zapatos se resbalaban sobre el acero mojado, pero McGray logró jalarme a tiempo.

En cuanto mis pies estuvieron firmes sobre el piso del vagón, otra oleada de escalofríos me tomó por sorpresa. Ahora se extendían a mi estómago, que había estado doliéndome desde que dejáramos las fábricas de caucho. Tuve que inclinarme hacia el frente, apoyando las manos sobre mis rodillas.

—¿'tás bien, dandi?

Balbuceé algo, pero entonces dos altos guardias se nos acercaron, gritando. Uno de ellos cerró la puerta, por dentro tapizada de terciopelo.

—Scotland Yard —les dijo McGray, enseñando sus credenciales. Discutió con los guardias un largo rato, mientras yo me concentraba en respirar profundo, recobrando poco a poco mis sentidos. El

balanceo del tren no ayudó a mis mareos, así que centré mi atención en lo que me rodeaba: me encontraba en el vagón de primera clase, sobre una alfombra roja, las paredes estaban cubiertas con molduras de roble y todas las puertas tenían manijas de bronce.

Conseguí escuchar las explicaciones de McGray, a lo que uno de los guardias respondió:

—¿Quiere que detengamos el tren, señor?

Al instante y respectivamente, McGray y yo gritamos *No* y *Sí*.

—¡Debemos detenernos ya! —insistí.

—¿Para qué? ¿Para poner a Ardglass sobre aviso y que salte por una ventana? No me vio subir al tren; puede que lo atrapemos por sorpresa.

Miré por las ventanas: el tren aceleraba lenta pero constantemente, y lancé un gruñido.

—Joder, tienes razón. Será más fácil atraparlo ahora que lo tenemos en un espacio cerrado.

—Alerten al conductor —les indicó McGray—. Díganle que necesitamos que el tren vaya más rápido de lo usual, y pronto. Y nadie más puede saber que estamos a bordo, ¿entienden? No quiero que haya gente cuchicheando que un par de policías andan cerca.

Uno de los guardias asintió y se fue a la locomotora.

—Deberíamos escondernos hasta que el tren corra a toda marcha —sugerí, y el segundo guardia nos llevó a un compartimento vacío.

Me dejé caer sobre el asiento, temiendo que no tendría otro instante de descanso en mucho tiempo, pero McGray estaba impaciente, paseándose por el estrecho espacio como un león enjaulado.

—¿Estás seguro de haberlo visto? —le pregunté, percatándome de que era muy tarde para esas aclaraciones.

—Ei. Casi pierde el tren. Lo vi saltar a uno de los vagones del frente.

—¿Tercera clase? —inquirí, frunciendo el ceño, pues nunca en mi vida me había aventurado al frente de un tren. Los vagones ruidosos y tiznados justo detrás de la locomotora estaban reservados para el cargamento y la gente más pobre. McGray asintió.

Viajábamos al suroeste, más y más rápido, y en cuestión de minutos los edificios ennegrecidos de Edimburgo quedaron atrás, dando lugar a amplias planicies cubiertas de nieve.

—No creo que Ardglass intente atacar a alguien en este momento —musité—, ¿o sí?

—Naaa. Malatesta parece tener objetivos muy claros en la mira —me miró y arqueó una ceja—. ¿Seguro que estás bien, Frey? Estás todo

amarillo.

—Sobreviviré —le dije, revisando que mi revólver estuviese cargado y listo. El tren ya corría a bastante velocidad, y no había más que campos blanquísimos a ambos lados de las vías—. Creo que ya es hora.

—Y será un condenado placer —contestó McGray, saliendo al corredor. Estaba a punto de abrir la puerta del compartimento contiguo, pero lo detuve a tiempo.

—Déjamelo a mí —susurré—. Algo me dice que los pasajeros se alarmarán menos al verme —y señalé el ridículo tartán de sus pantalones. Afortunadamente accedió.

Sostuve mi pistola bajo la solapa de mi abrigo, fingiendo buscar algo en mi bolsillo interior, pero manteniendo el arma lista. Tomé aire y abrí la puerta.

Encontré a una pareja mayor y muy elegante, pero a nadie más.

—Les ruego me disculpen. Pensé que este compartimento estaba libre.

Y antes de que dijeran algo proseguí y fui a la siguiente puerta. Busqué por el resto del vagón de la misma manera, mientras McGray vigilaba el corredor.

Cruzamos al siguiente vagón y allí encontramos a uno de los guardias.

—Señor, el conductor hizo lo que le pidió. ¿Hay algo más que podamos hacer?

Busqué en mi bolsillo y encontré el retrato de Ardglass.

—Éste es el tipo que buscamos. ¿Lo has visto?

El joven observó la imagen con atención.

—Ehh, no estoy seguro. El tren está casi lleno.

—Búscalo. *Discretamente*. Y ven con nosotros si llegas a verlo. No hables con él y mucho menos intentes algo tú solo.

El muchacho hizo una reverencia y se marchó.

Sentí que las manos me sudaban, y la tensión aumentaba conforme nos acercábamos al frente del tren.

Llegamos al vagón comedor. Miré a través de la pequeña ventana en su puerta antes de abrirla, y vi las ordenadas filas de mesas con sus brillantes cubiertos, los asientos forrados de piel y los meseros yendo de un lado a otro con bandejas de plata.

Y luego vi a Nueve Uñas.

—No puedes entrar ahí. Sería como aventarles a un mandril sobre las mesas.

—¿Y tú qué? —replicó, mirando mi abrigo salpicado de lodo—. Tás igual de cochino y sudado que yo.

—Oh, déjame inspeccionar el maldito lugar antes de que armes un alboroto —y sin esperar su respuesta entré.

Para mi sorpresa, sí atraje miradas atónitas. Una dama de mediana edad con un sombrero de plumas me vio como si fuese una carretilla de estiércol, y de inmediato se cubrió la nariz con su servilleta. Pronto entendí por qué. Percibí un ligero rastro de amoniaco; seguramente había pisado orines de la botella de las brujas.

Era apenas un rastro del olor, pero desencadenó la reacción más inesperada: mi ligero mareo se convirtió en tremendas náuseas, y sentí una horrible opresión en el pecho moviéndose hacia arriba. Mi boca comenzó a salivar, preparándose para recibir el vómito.

Mis piernas temblaron y tuve que recargarme en la mesa más cercana. Tumbé una licorera y el sonido de cristal roto se mezcló con las exclamaciones de sorpresa.

En medio del alboroto escuché el grito de una mujer, y al alzar la mirada vi una figura delgada y vagamente familiar levantándose cual resorte comprimido, al tiempo que se cubría el rostro con el menú y se alejaba a toda prisa.

—¡Ya te vi! —vociferé, pero entonces perdí todo control sobre mi cuerpo: un escalofrío me llenó el torso como punzadas; mis manos, ya heladas, se entumieron por completo, y sentí un fuerte hormigueo en todas las articulaciones. Me dieron arcadas, y a duras penas escuché la voz de McGray.

—¿Qué te pasa, Frey?

Pero él tampoco se veía muy bien: su piel estaba amarilla como la bilis. Entonces todo mi cuerpo se convulsionó hacia el frente, y lancé una incontrolable explosión de vómito.

Todo se tornó borroso. Apenas sentí las manos de McGray apretándome los hombros, y los gritos alarmados de los pasajeros llegaron amortiguados a mis oídos, desvaneciéndose más y más hasta que todos mis sentidos me abandonaron.

17

Difusos manchones de color danzaron frente a mí, y hubo momentos en que casi emergí de vuelta a la realidad. Reconocí brevemente el rostro de McGray, la luz del sol destellando a través de mis párpados, los sonidos de una bulliciosa estación, y entonces volví a caer en un desagradable sueño, en el que vomitaba un torrente constante de espuma y sentía que mis entrañas ardían. Después de aquel sueño todo se tornó calmado y apacible, pero el descanso no duraría.

La peor parte del despertar fueron los malestares volviendo lentamente a mí: mi visión seguía borrosa, y la náusea y los mareos continuaban, haciéndome desear volver a la inconsciencia.

—Parece que ya despierta —dijo un extraño. Luego, para mi alivio, oí la voz de McGray.

—¿'tá seguro, doc? El pobre diablo se ve horrible.

Me estremecí, volviendo a la vida de repente. Me encontraba en una habitación blanca, y los olores a láudano y etanol me dijeron que se trataba de un hospital.

—¿Qué pasó? —pregunté, pero mi voz fue apenas un gruñido.

—No se esfuerce, inspector —dijo el desconocido—. Ha tenido un viaje bastante ajetreado.

Era un hombre joven (calculé que debía tener poco menos de treinta años) y llevaba la inconfundible bata blanca de un doctor. Tenía una enmarañada barba rubia, la cara huesuda y unos ojos magnificados por gafas redondas.

—Saluda al doctor Riley —dijo McGray—. Fue una suerte que viniera en el mismo tren.

Todo lo que pude ver a través de la ventana fue una sección del cielo gris.

—¿Dónde estamos?

—En Lancaster, dandi.

Me permití el más largo y escandaloso quejido.

—¡Joder! ¿No lograste atraparlo? Ahora este maldito caso se volverá un amasijo de burocracia: escocetes e ingleses, todos intentando lavarse las manos de…

—¡Oi, ya cállate! Tuve que arrastrarte de un charco de tu propia

porquería, ¿y así me lo agradeces? Afortunadamente no tuve que ayudar a darte el baño de esponja.

Me encontraba en verdad muy limpio (hasta aquel olor a jabón barato era ahora una bendición) y mi ropa descansaba sobre el respaldo de una silla cercana, doblada pulcramente. Me percaté de una manguerilla de caucho de aspecto amenazador que alguien había dejado en una mesita cercana.

—Ay, Dios, no me digan que requerí…

El doctor sonrió.

—¿Lavativa? No. El vómito expulsó la mayor parte del veneno antes de que causara daños graves.

Me incorporé demasiado rápido y sentí que la cabeza me martilleaba.

—¡Veneno!

McGray estaba tomando una cucharada de polvo de carbón, y el doctor le pasó un vaso con agua.

—Es correcto, inspector. Ambos tenían claros síntomas de envenenamiento con glucósidos cardiacos.

Me llevé una mano a la frente, intentando inútilmente mitigar el dolor.

—¿Glucósidos? Pero ¿cómo…? —entonces lo supe—. ¿Digitalina?

—Ah, veo que está familiarizado con la sustancia. Sí, de la planta *digitalis purpurea,* que tiene muchos nombres populares: campanillones, mataperla, guantes de zorro…

—Dedaleras —musité.

—En efecto. He visto los síntomas muchas veces, pero siempre en verano, y la mayoría de los casos son niños que se han comido flores de los jardines de sus madres. Ustedes dos fueron muy afortunados: si se consume por largos periodos de tiempo puede dañar la visión y causar alucinaciones. Me parece muy extraño que dos inspectores de Scotland Yard hayan consumido una flor que sólo aparece en verano. ¿Saben cómo pudieron llegar a ingerirla?

No era una pregunta difícil.

—El té… —murmuré.

—Ei —dijo McGray—, esa zorra de Oakley nos envenenó. Hasta recuerdo que había tallos secos de dedaleras en su jardín.

Tenía la misma imagen en mente. Y también recordé las palabras de madame Katerina: *Leche de magnesia. Deberías tomar un poco, y pronto*. La leche de magnesia no habría evitado el envenenamiento, pero sí habría mitigado los síntomas. ¿Cómo pudo saberlo?

Preferí no pensar en ello; eso sería darle demasiado crédito a la gitana.

—Espera, espera —dije, pensando en el té—. Los dos bebimos de esa tetera. ¿Cómo es que yo vomité y me desmayé, y tú a duras penas cambiaste de color?

El doctor Riley se acarició la barba.

—Pues mire, la toxina suele producir síntomas más severos en gente de complexión delicada.

Nueve Uñas se carcajeó tan fuerte que sentí que el cráneo estaba a punto de estallarme.

—Ei, este dandi sí que es delicadito.

—El doctor no se refiere a eso —rezongué—. Quiere decir…

—¿Ancianos? ¿Señoritas flacas? ¿Nenes pequeños? —preguntó McGray con descarado júbilo.

—Todos ellos —agregó el doctor—, pero también gente anémica o desnutrida.

McGray rio aún más fuerte, con las dos manos en el vientre.

—Doctor —gruñí—, ¿quiere dejarnos a solas un momento? Tenemos asuntos de qué hablar.

—Ah, por supuesto, inspector. Tengo que llenar algo de papeleo.

McGray habló en cuanto se cerró la puerta.

—Los guardias vieron a lord Ardglass.

—¿De verdad?

—Ei. Estaba en el vagón de tercera clase, pero eso fue antes de que decidieras decorar la alfombra con tus gracias. Después ya no lo encontramos.

—¿Buscaron bien?

—Pos claro que sí, pero perdimos tiempo precioso cerciorándonos de que no estuvieras muerto. Los guardias me llevaron a donde Ardglass se había sentado (no vi razón para esconderme después de tu escenita), pero cuando llegamos ya no estaba. Hablamos con un tipo ya mayor que se había sentado al lado; nos dijo que había visto a un sujeto de unos cincuenta años, con un abrigo muy elegante para tercera clase, pero que se puso de pie y salió del vagón en cuanto alguien gritó que había inspectores en el tren —McGray negó con la cabeza—. Entiendo que hayas sido un espectáculo, pero ¿cómo supieron que eras de Scotland Yard?

Lancé un suspiro.

—Creo saberlo. Justo antes de desmayarme vi a la tal Oakley en el vagón comedor. Ella me vio primero y salió corriendo, intentando cubrirse la cara.

—¿Crees que fue ella quien se lo dijo a todo el mundo?

—No se me ocurre otra explicación. Oakley y los guardias eran los únicos en el tren que sabían nuestras intenciones.

Nueve Uñas chasqueó la lengua.

—Pero ¿por qué? Primero parece que sale huyendo de lord Ardglass… pero después parece que intenta ponerlo sobre aviso… No tiene sentido.

—Me alegra no ser el único que está totalmente confundido. Y aún no sabemos por qué decidió viajar tan intempestivamente.

McGray comenzó a pasearse por el cuarto.

—Veamos, fuimos a verla, decidió envenenarnos, y sin razón aparente decide salir corriendo antes de que Lord Malatesta llegue y haga destrozos en su casa.

—Y se llevó un sobre —añadí.

—Ei, y no tenemos idea de lo que contenga —dio vueltas por un momento—. Es claro que Oakley estaba huyendo de él. Debimos decir algo que la alertó.

—Suponiendo, claro está, que la advertencia no provino de Clouston.

—Lo oí decirte que apenas habló con la tipa.

—Sí, pero…

—Entonces le creo.

—No voy a discutir al respecto en este instante. Me interesa más saber por qué Oakley huye de lord Ardglass. ¿Algún sórdido asunto del que nadie nos ha hablado? —suspiré—. Si es así, ¿por qué huir? ¿Por qué envenenarnos si éramos los únicos que podían protegerla?

Mientras hablaba vi una sombra de entendimiento en los ojos de Nueve Uñas. Se detuvo frente a la ventana, contemplando las nubes negras.

—¿Crees que Oakley haya hecho algo… algo indebido?

—¿A qué te refieres?

—Estamos persiguiendo a Ardglass y dando por hecho que cometió el crimen. ¿Qué tal si no lo hizo?

—Eso significaría que…

—¿Qué tal si fue Oakley, y ahora Ardglass la persigue porque la tipa lo inculpó?

Medité aquella posibilidad.

—Esa mujercita enjuta… no, no parece una asesina; aunque debo admitir que he visto criminales aún más extraños. Recuerdo cuando resolví aquel caso de la Piadosa Mary Brown, aquella amable costurera que envenenó…

—A media docena de esposos después de comprarles generosos seguros de vida. ¿No te cansas de contar el mismo cuento desquiciante? Pareces abuelito senil presumiendo que hace muchos años lo atropelló el carruaje del rey Willy, o que…

—Jesús, estoy *intentando* decirte que por gracia de Dios pareces estar hablando con sensatez. Supongamos que tienes razón y que Oakley, por alguna razón que desconocemos de momento, en efecto asesinó a su supuesta amiga miss Greenwood y consiguió implicar a lord Ardglass. Si es así, ¿por qué huye él también? ¿No sería más lógico venir a nosotros y explicarnos la situación?

—Malatesta está loco —McGray me recordó—. Sepa Dios qué pase por su cabecita.

—Muy cierto —dije, masajeándome mis adoloridas sienes—. Las investigaciones no suelen evolucionar así: empezamos con un sospechoso, ahora tenemos dos.

—Y además estamos en suelo inglés. Esto realmente se está yendo a la mierda.

*

Y las cosas empeoraron cuando el doctor Riley regresó con la cuenta, y se negó a aceptar nuestras credenciales como garantía de pago.

—Si no le molesta, inspector, quisiera tenerlo bajo observación hasta mañana en la mañana —me dijo mientras contaba el dinero.

—Pernoctar aquí es un lujo que no puedo darme —contesté, ya abotonándome el abrigo, que aún despedía un ligero olor a vómito. La cartera en mi bolsillo se sentía considerablemente más ligera.

—Tan tacaño como todo buen dandi inglés —dijo McGray cuando salimos al corredor.

—¿Tacaño? Deja que te informe que no me queda casi nada de dinero, y aún tenemos que buscar un tren de regreso.

—No tan rápido, Frey. No nos vamos de aquí hasta encontrar a Oakley o a Ardglass.

Lancé un bufido.

—Ah, ¿ése es tu plan? ¿Cuánto dinero cargas?

—Nada.

—*¿Qué?*

—Nunca cargo con dinero. Detesto que los bolsillos me tintineen como sonaja de bebé.

—¿Y cómo es que compras… tus pintas de cerveza, o tus copitas de whisky, o esos asquerosos platos de haggis con los que te encanta atiborrare?

McGray se encogió de hombros.

—Digo que soy de Scotland Yard y la gente se queda asombrada y me da todo gratis. ¿A poco nunca lo has intentado?

—No. Jamás he necesitado cosas gratis.

—Oi, vamos, a cualquiera le hace bien un whisky gratis de vez en cuando.

—El problema sigue. El dinero se nos…, se *me* acabará muy pronto. ¿Y quieres que nos quedemos aquí indefinidamente?

—Relájate, Frey. Podemos ir a una oficina de telégrafos y pedir que nos manden dinero por giro postal. No estamos en la edad de las cavernas.

Salimos del hospital a la hora del crepúsculo, y sólo cuando anduve por las calles fui plenamente consciente de que nos encontrábamos en otra ciudad. Nubes espesas y tormentosas cubrían los edificios de piedra arenisca de Lancaster, y las viejas casas, adornadas profusamente con caoba de Honduras, me recordaron la riqueza que la ciudad había atraído durante los últimos cien años. El puerto era uno de los más importantes del noroeste de Inglaterra, superado sólo por Liverpool. Algodón, maderas preciosas, marfil y muchos otros bienes costosos (incluyendo esclavos, antes de la Ley de Abolición) eran importados a través de las aguas de la Bahía Lune. Algunos decían que el auge de la ciudad se disiparía pronto, pues las aguas del río que alimentaba la bahía habían comenzado a secarse. Sea como fuere, el comercio aún prosperaba, como lo mostraban los muchos carruajes y caballos que iban y venían, sin importarles las inclemencias del tiempo.

El aire salado de Lancaster debía haber sido unos cuantos grados más cálido que el de Escocia, pero no lo sentí así. Los caminos y techos estaban cubiertos de tanta nieve como los de Edimburgo, y tuve que envolverme bien en mi abrigo tras una ráfaga de viento. Aún no me reponía del todo y el aire helado se sentía como dagas en mi cabeza.

—¿Todavía tienes la foto? —preguntó McGray.

—Sí, ¿por qué?

—Vamos a ver si la policía local puede echarnos una mano en las investigaciones.

Asentí, aunque de mala gana.

—Me asombras. Para variar tuviste una buena idea.

La estrecha calle ascendía en una leve pendiente hacia el corazón de la ciudad, donde se asentaba el antiquísimo castillo, que en realidad siempre había sido (y seguía siendo) una prisión.

Nos acercamos al portón principal, que era una imponente obra de roble y hierro forjado, pero hubo algo más que se grabó en mi memoria: un árbol de tejo nudoso y majestuoso, de tronco tan ancho que tres hombres no habrían podido abrazarlo. El viejísimo árbol estaba infestado de cuervos, todos posados sobre las ramas retorcidas

como ominosas hojas negras.

Sentí que las aves nos observaban, casi como si sus ojos estuviesen lanzándonos maleficios. Tuve que sacudir la cabeza para hacer a un lado esos pensamientos, y vi que McGray ya estaba hablando con uno de los guardias, quien le dijo que los cuarteles de la policía también se encontraban allí.

Después de preguntar tres veces, mostrar nuestras credenciales a cinco oficiales y secretarios diferentes, y de esperar en un cuartillo deslustrado que apestaba a humedad, al fin nos condujeron a una atestada oficina. La placa en la puerta rezaba *Comandante en Jefe P. T. Massey*.

Los paneles de roble en las paredes estaban polvosos y gastados, había enormes pilas de documentos tan viejos que las carpetas estaban decoloradas, y el cesto de basura junto al escritorio rebosaba de hojas de periódico empapadas de grasa.

El hombre tras el escritorio estaba reclinado sobre su silla, con los pies arriba y limpiándose los dientes con un cerillo usado. Tenía una quijada muy afilada, su piel seca se veía estirada sobre sus pómulos, y parecía estar a punto de dormirse.

—Un par de fetos en formaldehído —susurré al oído de McGray— y ésta bien podría ser nuestra oficina.

—¿Los puedo ayudar en algo? —preguntó el comandante, con un tono tan haragán que drenaba la energía ajena.

Había una silla solitaria en nuestro lado del escritorio, que McGray ocupó de inmediato, mostrando sus credenciales.

—Somos de Scotland Yard también. Vinimos de Escocia.

—Obviamente —dijo el comandante, contemplando el brillante tartán de los pantalones de Nueve Uñas, que no estaba para bromas.

—Estamos persiguiendo a un tipo muy peligroso. Frey, muéstrale la foto —así lo hice—. Es lord Joel Ardglass y se escapó de un manicomio después de asesinar a una de las enfermeras que lo cuidaban. Tenemos buenos motivos para pensar que está en busca de una chica, una tal Jane Oakley.

El hombre estiró un brazo para tomar el retrato.

—¿Cómo saben que está en Lancaster?

—Ambos lo vimos saltar al tren de la tarde en Edimburgo.

—El mismo tren en el que llegamos —agregué.

El comandante Massey arqueó una ceja con pereza.

—¿El mismo tren? ¿Y aun así no lograron pescarlo?

—Tuvimos problemas a bordo —McGray refunfuñó. Su, de por sí, poca paciencia se estaba agotando.

—Ay, qué mala pata. ¿Y qué quieren de mí?

—Que nos ayude a atrapar al bastardo —respondió McGray, apretando los puños.

—¿Quieren que mande a mis hombres a buscar a este caballero?

—Ei.

—¿Un caballero escocés?

—*Ei.*

—¿Qué cometió un crimen… en Escocia?

McGray iba a ponerse de pie y tuve que asirlo de un hombro.

—Es correcto —dije—. ¿Puede ayudarnos? Por supuesto que participaremos en la búsqueda y le proporcionaremos toda la información que tenemos. Debo reiterar que este hombre es extremadamente peligroso y el asesinato que cometió fue de lo más despiadado… —nos encontrábamos muy lejos de Campbell y lady Anne, así que me permití describir al detalle la muerte de miss Greenwood: sus convulsiones, su vómito y su espina rota.

El comandante Massey bajó los pies del escritorio, se sentó muy derecho y entrelazó las manos.

—Todo el asunto es muy desafortunado, pero me temo que no puedo hacer nada al respecto. Esto es un caso de Escocia. Si quieren nuestra cooperación necesitamos una petición formal del superintendente de Edimburgo.

—*¿Tás loco?* —rugió McGray, poniéndose en pie de un salto.

—McGray…

—Cada pinche minuto cuenta ¿y nos pides que te traigamos un puñetero trozo de papel?

El comandante en jefe no se inmutó, mirándonos tan casualmente como si estuviésemos en un picnic.

—Les reitero: los crímenes cometidos en Escocia están fuera de nuestra jurisdicción. A menos que el crimen se haya cometido en suelo inglés, no puedo intervenir.

McGray estaba inclinándose para agarrar al hombre de la solapa (como aquella vez con Campbell), pero afortunadamente logré detenerlo a tiempo.

—¡Espera! —vociferé—. Puede que este tipo sea un zángano infeliz, pero aún puede encarcelarte por atacar a un oficial.

Nueve Uñas respiró profundamente, pero su gesto homicida no se le borró de la cara.

—Frey, ayúdame. Necesito que le sueltes una de esas jeringonzas legales de niño bien que te enseñaron en Cambridge.

—Me temo que tiene razón —suspiré con frustración—. Si este individuo decide ser el más inútil, insoportable, burocrático y patético costal de peso muerto, no hay nada que podamos hacer para

persuadirlo… A menos, claro, que lográramos convencer a Campbell de que nos enviara la maldita petición oficial, y eso puede tardar semanas.

—Suponiendo que el imbécil estuviera de acuerdo —dijo McGray —, pero como están las cosas, dudo mucho que acepte.

El comandante Massey se inclinó al frente.

—Ah, ¿y eso a qué se debe?

McGray se rio.

—Perdón, pero a menos que nos preguntes eso en suelo escocés, por escrito y estampado con las nalgas de la reina Victoria, lo único que estoy autorizado a decirte es que busques el objeto más largo a tu alcance y lo insertes en el rincón de tu preferencia —y entonces apuntó a la cara de Massey—. Si pasa algo malo, o si este tipo se nos escapa, tú serás el único culpable.

Y salió de la oficina echando chispas.

Massey estaba lívido.

—¿Puede creer lo que me ha dicho? —chilló al tiempo que yo le arrebataba la fotografía de Ardglass.

—Créame, he presenciado momentos mucho peores. ¿Puede al menos darnos la dirección de alojamientos respetables? Dudo que podamos hacer mucho más a esta hora.

—Siempre tienen cuartos libres en King's Arms. El hotel está en King Street.

—Qué nombres tan imaginativos —concluí, y seguí los pasos de McGray. Lo encontré a la vuelta de la esquina, dándole patadas a un buzón de correos hasta que la lámina se abolló.

—Mejor eso que la nariz del comandante —admití—. O la mía —lo dejé lanzar unas patadas más antes de hablar—. Bien, ya te has entretenido bastante. Deberíamos buscar alojamiento y descansar un poco.

McGray negó con la cabeza,

—Naaa. Ve y descansa, que todavía te vez amarillento. Yo seguiré solo.

—¿Qué planeas? ¿Ir por todo Lancaster buscando en cada casa y callejón?

—Si es necesario.

—Bien, mientras tanto arrojaré un chelín al río Lune e intentaré volver a pescarlo.

McGray se frotó la cara con su mano de cuatro dedos. Sus ojos danzaban con contrariedad.

—No puedo dormir sabiendo que Ardglass anda suelto.

—Lo entiendo —dije, tan sinceramente como pude—, pero debes

imaginarte cuán poco probable es que lo encuentres, incluso si los dos nos pasáramos toda la noche deambulando por las calles —vi un rastro de resignación en su mirada—. Repón tus energías, McGray. Es lo mejor que puedes hacer en este momento.

Deliberó en silencio, pero finalmente respiró profundo y bajó la mirada. Fue toda la respuesta que yo necesitaba, y de inmediato me puse en marcha.

Conté los pocos billetes que me quedaban y lancé un quejido. Habría mandado pedir dinero de mis cuentas en Londres, pero encontramos que el telégrafo ya estaba cerrado.

—Al menos ya sabemos a dónde debemos venir mañana —dije con una exhalación.

El hotel King's Arms no estaba muy lejos, y en realidad se trataba de un lugar de apariencia bastante aceptable: uno de esos exitosos hoteles que habían florecido junto con la red de ferrocarriles, que les traían un flujo constante de pasajeros en búsqueda de hospedaje.

Con su recién restaurada fachada y el grueso arco de piedra que marcaba la entrada principal, el King's Arms bien habría podido competir con los establecimientos cerca de St. Pancras o King's Cross en Londres.

Nos recibió un hombre de unos cincuenta años, rechoncho, calvo y de nariz colorada.

—Buenas noches, caballeros. ¿Qué puedo hacer por ustedes? —su acento de Lancashire me hizo pensar en Joan y en la apetitosa cena que estaría sirviéndome a esta hora, de haberme quedado en Edimburgo.

—Dos cuartos, por favor —le dije—. Y es probable que nos hospedemos por varios días.

El hombre miró sus libros y lanzó un silbido.

—¿Todo en orden? —le pregunté.

—Lo siento muchísimo, sólo nos queda un cuarto. El otro lo acaban de ocupar no hace ni quince minutos. Pero el que le ofrezco tiene dos camas; los señores estarán bastante cómodos.

No pude evitar echarle una mirada socarrona a McGray.

—Ah, muchas gracias, buen hombre, pero mejor probaremos suerte en los hoteles junto al puerto.

—Como guste, señor, pero las dos damas que llegaron justo antes que ustedes me dijeron que llevaban horas buscando alojamiento. La ciudad está llena.

—Danos el cuarto —le dijo McGray—. Me niego a caminar más. Si su alteza serenísima quiere una letrina privada va a tener que dormir junto al río.

—Lo dice el escocete que hace cinco minutos quería pasarse la noche deambulando por todo Lancaster.

McGray me ignoró.

—¿Nos mandas la cena también? Y buenas porciones, no me vayas a salir con pichicaterías.

El encargado nos aseguró que nos mandarían dos cenas abundantes y nos condujo a las escaleras.

Cuando vi el cuarto lancé un suspiro de alivio. No era muy grande pero al menos las sábanas estaban limpias, y una pequeña chimenea mantenía la habitación a una temperatura muy agradable.

Las paredes, desafortunadamente, eran muy delgadas, y podíamos escuchar las voces amortiguadas de dos mujeres que discutían en el cuarto contiguo.

McGray golpeó la pared tan fuerte que algo del yeso se descarapeló.

—¡Oi, ya cállense, viejas escandalosas!

Éxito instantáneo.

Pocos minutos después una mesonera llamó a la puerta, trayendo una bandeja repleta de viandas. Temí que nos ofreciera panza de res hervida en leche, o alguna otra "exquisitez" similar por las que el condado de Lancashire era famoso, pero afortunadamente nos sirvió un estofado de cordero, papas hervidas, té y varias hogazas de pan.

La chica arrugó la nariz cuando le di una propina.

—Patrón, ¿quiere que le lavemos la ropa?

En cuanto lo dijo percibí el rastro de olor a vómito que aún manaba de mi chaqueta y de mi abrigo.

—¿Estarán listos en la mañana? Tenemos que salir muy temprano.

—Claro, patrón.

Le di las prendas, y antes de marcharse señaló el roído abrigo de McGray, que el escocete había arrojado sobre una silla.

—¿Lavo ése también?

McGray, que ya estaba devorando su cena ruidosamente, no nos prestaba la menor atención.

—Gracias —respondí—, le hace mucha falta.

—¡Oi, espera! —exclamó Nueve Uñas al ver que se llevaban los abrigos—. ¿Sacaste la foto del Lord Malatesta?

—¡Por supuesto que sí! —repliqué—. ¿De verdad crees que soy capaz de mandar a la lavandería el único retrato que tenemos de él?

Nueve Uñas se encogió de hombros, y en cuanto miró en otra dirección, discretamente saqué la foto y los otros papeles de los bolsillos de mi chaqueta. La muchacha envolvió mi ropa junto con el harapo de McGray y se retiró.

Fui a la mesa y le eché un vistazo a la comida. Mi estómago seguía resentido, pero me obligué a comer algo de pan y a tomar unos sorbos de té. Después de eso sólo recuerdo haber puesto la cabeza sobre la almohada, pues me quedé dormido al instante, con la ropa puesta y la cama sin deshacer. Estaba tan cansado que habría podido dormir sobre la barra de una taberna de pescadores.

Fue un sueño profundo y fortificante, que tristemente fue interrumpido por unos toquidos atronadores en la puerta.

Abrí sólo un ojo, gruñendo. Aún estaba oscuro, pero como era invierno podría haber sido cualquier hora del día. Alcancé mi reloj de bolsillo y vi que era bastante temprano: apenas pasadas las cinco de la mañana.

McGray ya estaba de pie. Seguramente había dormido sus horas usuales (una o dos), pero se veía totalmente despabilado cuando abrió la puerta. Me incorporé y vi que se trataba del encargado. Junto a él venía un desaliñado oficial, con los ojos rojos de cansancio.

—¿Qué quieren? —espetó Nueve Uñas, aunque con una voz más soñolienta de lo que sugería su cara.

—Soy el sargento Thatcher, señor —dijo el policía—. Le traigo un mensaje urgente del comandante en jefe.

Ofreció una nota que McGray le arrebató y desdobló en el acto, bostezando como un león mientras leía. Sin embargo, su letargo se desvaneció de repente y profirió un rugido iracundo.

—¡Oi, el bastardo lo hizo de nuevo!

Me puse de pie y me tambaleé hacia él.

—¿De qué hablas?

Quedé horrorizado, aunque no totalmente sorprendido, cuando leí la nota:

Asesinato en el castillo. Terrible. Necesito su ayuda.

Cte. Massey

18

Aún bostezaba mientras bajábamos las escaleras a toda prisa. La joven mesonera ya nos esperaba con nuestros abrigos limpios y doblados.

—¿Qué no dormiste, chiquilla? —le preguntó McGray mientras me abrigaba.

La muchacha se sonrojó, y tembló bastante al entregarle el desgastado abrigo a Nueve Uñas (la prenda no se veía muy diferente que digamos).

—Ay, patrón, lo siento tanto. Su abrigo 'stá reteviejo y el forro di'adentro se desgarró cuando quise tallarle las manchas de grasa.

Me reí con ganas.

—¡Inevitable!

—¡Pero se lo volví a coser! —la muchacha añadió con prontitud.

—'Tá bien —le dijo McGray—, mejor que andar por la calle en mangas de camisa.

Todos temblamos al salir del hotel. La temperatura había caído en picada, e incluso mi tibio abrigo, que la muchacha seguramente había puesto a secar junto al fuego, resultaba insuficiente.

Por suerte no tuvimos que caminar mucho y llegamos al castillo en unos quince minutos. El árbol de tejo seguía cubierto de cuervos, pero se mostraban algo más avivados a esta hora, revoloteando y picoteando el suelo en los alrededores.

Cruzamos el regio portón y vi que el castillo era en realidad una colección de edificios irregulares: muros y torres construidos uno tras otro a lo largo de los siglos. Los ladrillos, unos más erosionados que otros, dejaban ver cuáles secciones eran medievales y cuáles más modernas.

Thatcher nos llevó por la explanada principal hacia una de las áreas que parecían más viejas. Los ladrillos de arenisca café estaban desgastados y ennegrecidos, y había sólo unas cuantas ventanas muy angostas. Justo cuando pensaba cuán ominoso y deprimente lucía aquel lugar, el graznido de un cuervo me hizo saltar. Miré hacia arriba, pero el cielo aún estaba demasiado oscuro para divisar al pajarraco.

—La torre de las brujas.

Al principio pensé que las palabras venían de mi propia mente, pero en realidad las había dicho el sargento.

—¿Pe… perdón?

—Ésa es la torre de las brujas. ¿No ha escuchado de las ejecuciones de las brujas de Lancashire?

McGray abrió más los ojos:

—¿Te refieres a los juicios de 1612?

—Sí, y no fueron sólo ésos. En esa época trajeron a muchas brujas aquí para dictarles sentencia. Hubo docenas de juicios, unos más famosos que otros. Mi abuelo me contaba todas esas historias cuando era niño. Las brujas podían pasarse meses encerradas en esta torre antes de su juicio. Allá abajo.

Señaló una puerta tapiada, con un marco de piedra que me pareció bastante siniestro. Sin embargo, aquello no sería nada comparado con lo que nos esperaba.

Seguimos a Thatcher a las profundidades del castillo, hasta un escabroso bloque de celdas. No era la primera prisión que visitaba, pero sí resultó ser una de las más deprimentes: el corredor central estaba apenas alumbrado por unas cuantas lámparas de aceite, el lugar apestaba a todo tipo de suciedad humana, el yeso se descarapelaba de las paredes y el piso estaba embarrado de porquería.

Había al menos una docena de celadores apostados entre las puertas de barrotes, y supuse que imponían el orden con mano dura: el único movimiento que vi fue una rata corriendo alrededor de un montoncillo de basura, y el único sonido que se escuchaba era un murmullo proveniente de una de las últimas celdas, donde se había reunido un grupo de guardias. Sólo vi a un par de convictos, pero ambos estaban agazapados en un rincón de sus celdas. Quizá ni siquiera se les tenía permitido asomarse al corredor.

—Ya están aquí los inspectores —anunció Thatcher cuando llegamos a la última celda, y todas las caras voltearon en dirección nuestra.

El comandante Massey estaba presente, ya sin rastro de insolencia y tan pálido como un pergamino.

—¿Así que ocurrió en suelo inglés? —inquirió McGray, sin poder contener su amargura.

Massey asintió dócilmente y apuntó al interior de la celda, donde un fotógrafo instalaba un aparatoso trípode. Cuando se movió vimos una sábana blanca en el piso, casi centelleando bajo las linternas de los guardias, y cubriendo un arco escalofriantemente familiar.

McGray se arrodilló y retiró la mortaja, revelando la fea cara de un hombre de unos cuarenta años. Había espuma en las comisuras de su

boca, sus labios estaban amoratados, y sus ojos aún abiertos mostraban la más espantosa expresión.

Cuando McGray retiró el resto de la sábana comprendimos la magnitud de la tragedia. La espalda del hombre estaba contorsionada aún más que la de miss Greenwood. El cuerpo descansaba sobre los hombros, pero la columna se había torcido simultáneamente hacia arriba y hacia un lado, formando un arco que terminaba en su cadera izquierda. Su uniforme de reo estaba manchado de vómito y bilis, y a pesar de su precaria posición era evidente que en vida había sido un tipo muy alto y musculoso. Fácilmente habría pasado por otro celador.

—Este envenenamiento parece más severo —murmuré.

El comandante en jefe dio un paso al frente.

—Reconocí los síntomas que mencionaron anoche; no podía ser una coincidencia ver esto apenas unas horas después. No estaba seguro de que se hospedarían en el lugar que les mencioné. Fue una suerte encontrarlos tan pronto.

—Poca suerte para éste —dijo Nueve Uñas, mirando la escena—. No creas que no habrá consecuencias, Missy.

El comandante se aclaró la garganta:

—Es Massey.

—¡No te atrevas a corregirme, mugrienta bola de…!

Intervine antes de que Nueve Uñas comenzara a soltar puñetazos a diestra y siniestra:

—Ignore al inspector McGray. Necesitamos que nos diga todo lo que sepa.

—Se llamaba Harry Pimblett —dijo Massey—. Llevaba cinco años en prisión.

—¿Bajo qué cargos? —preguntó McGray.

—Atacó a un oficial de aduanas, y durante las investigaciones salió a relucir que importaba contrabando en el muelle de Saint George.

—Quiero ver su expediente completo —le dije, y uno de los guardias fue presuroso a traerlo.

—¿Cómo pasó? —preguntó McGray—. Dudo que el veneno se haya salpicado en su avena por accidente.

Massey pasó saliva:

—Pues, anoche tuvo una visita…

—Déjame adivinar —dijo Nueve Uñas—. ¿Un tipo con pinta de dandi? ¿Unos cincuenta años? ¿De cara flaca?

Massey no pudo mirarlo a los ojos.

—No hay necesidad de describirlo. Le dio su nombre a los guardias: Joel Ardglass.

—Eso fue bastante osado —dije.

—Ya no era hora de visitas. El celador lo dejó pasar sólo porque dijo ser un lord… y además le dio un soborno.

—Y me imagino que el trinche genio que lo dejó entrar está presente.

—Fui yo, señor —dijo uno de los guardias, sonrojado.

—¿Tienes la costumbre de dejar pasar a cuanto desgraciado te aviente chelines?

—¡No, señor, claro que no! Digo, el caballero sí me dio una propina, pero parecía gente de bien.

McGray chasqueó la lengua:

—¡Achis! ¿Gente de bien?

—Sí. Dijo que Pimblett había sido su mayordomo hacía mucho tiempo. Yo conocía bien al reo; Harry me contó hace tiempo que había trabajado para una tal familia Ardglass.

Al instante tomé nota de aquello.

—¿Lord Ardglass dijo cuál era el motivo de su visita? —pregunté.

—Sí, cuando'staba intentando convencerme de que lo dejara pasar. Dijo que estaba a punto de irse a un largo viaje; que tal vez no volvería en años, y quería darle las gracias a Pimblett por sus servicios. Le trajo una botella de uno de esos vinos extranjeros…, se veía muy caro, señor, con orito en la etiqueta y todo. ¿Cómo iba a saber que'staba envenenado?

Miré a Massey, exasperado:

—Asegúrese de que este pelafustán sea castigado apropiadamente.

—¡Pero, señor…!

—¡Cállate la trompa! —gruñó McGray—. Missy, ya te has cagado demasiado sobre tu propia carrera. Si no quieres que te vaya peor vas a hacer exactamente lo que digamos. ¿Te queda claro? —no esperó a que el comandante contestara—. Reúne a cuantos polis puedas. Van a empezar la búsqueda que debió comenzar anoche.

—Y coordine una autopsia urgente —agregué—. Asigne a su mejor forense.

—Ah, y Missy —dijo McGray antes de que el comandante se alejara demasiado—, sé buen chico y tráeme un té. Con crema y sin azúcar.

*

Veinticinco oficiales se encontraban formados frente a la capilla del castillo, y McGray caminaba frente a ellos lentamente, mostrándoles la fotografía de Ardglass.

—Éste es el desgraciado al que andamos buscando. La última vez

que fue visto (por el más patético de sus colegas) llevaba un abrigo negro bastante ostentoso y un morral de cuero. Apréndanse bien su cara. Tal vez haya ido a alguno de los muelles (ustedes tres busquen ahí) o a la estación de trenes (ustedes tres busquen ahí). El resto dispérsense por la ciudad. Recuerden que este infeliz es peligroso y está armado.

Los evalué mientras McGray les daba instrucciones. Massey había reunido a un grupo bastante heterogéneo: algunos de los oficiales parecían listos y en forma, pero otros (más de los que me habría gustado) eran clara e innegablemente un montón de zoquetes haraganes. Varios tenían barrigas cerveceras, y podría jurar que vi a uno de los más jóvenes literalmente babeando.

—No esperaría mucho —le dije a McGray en cuanto los dejó ir—. Aunque he visto peores cavernícolas montando guardia en Westminster.

—¿Averiguaste algo más con los otros guardias? —preguntó McGray.

—Un poco —le dije. Había interrogado a los otros celadores mientras Nueve Uñas y Massey organizaban la búsqueda—. Al parecer, Pimblett no recibía muchas visitas, pero quienes venían lo hacían con frecuencia.

—¿Llevaban registro de los nombres?

—Sí. Toman nota de todas las visitas. El libro es muy largo, como te podrás imaginar. Uno de los guardias lo está revisando en este momento.

Caminamos de regreso a la explanada principal, donde unos reos con grilletes en los pies barrían la nieve y espolvoreaban sal sobre el empedrado. Vi que un joven secretario corría en dirección nuestra. El pobre muchacho se resbaló sobre las piedras mojadas y cayó dolorosamente sobre su retaguardia. Tras levantarse torpemente y alisarse la chaqueta, habló con el entusiasmo más servil posible:

—Señores, junté todos los expedientes de Pimblett. Están en la biblioteca.

Y allí nos llevó. Era un salón amplio, de techos altos y ventanales enormes, y las paredes se hallaban cubiertas en su totalidad por repisas repletas de libros legales.

—Ahí —nos indicó, mostrándonos una mesa redonda donde había dispuesto varias carpetas—. Separé las actas del juicio y los documentos personales de míster Pimblett. También me tomé la libertad de marcar los que consideré de particular importancia.

McGray se sentó en una silla muy ornamentada, tan ancha que más bien parecía una pequeña banca.

—Ese asiento fue mandado hacer especialmente para Su Real Majestad —nos dijo el secretario, con un entusiasmo más bien empalagoso—. La reina Victoria nos honró con su presencia en el año…

—No me importa —interrumpió McGray—. Sácate de aquí.

Confundido, el muchacho volteó hacia mí, pero sólo le indiqué con un movimiento de la mano que se marchara. El secretario no se movió hasta que McGray le lanzó una mirada fulminante, y al salir se golpeó el hombro contra el marco de la puerta.

—Así van a salir tus hijos —me dijo McGray, que ya estaba hojeando los archivos.

—Dios quiera que no… aunque debo admitir que sí marcó pasajes trascendentes: Pimblett nació en una villa llamada Slaidburn, en algún lugar recóndito de…

—¿Lancashire?

—Así es. ¿Has escuchado sobre ese lugar?

—Ei. Larga historia. Continúa.

—Vino a Lancaster siendo apenas un niño y trabajó aquí y allá como mano de obra, hasta que lo empleó una tal miss Redfern.

—Redfern… —susurró McGray, pensativo—. ¿El telegrama de Oakley no estaba firmado por una *miss R*?

—¡Cierto! —tomé una breve nota y continué leyendo—. Pimblett la dejó para trabajar en Escocia. Cabe suponer que aquél fue el periodo en el que trabajó para Joel Ardglass. Regresó aquí a principios de 1883, y unos meses después lo acusaron de contrabando.

McGray se reclinó en su asiento, con el entrecejo fruncido:

—¿Menciona fechas específicas?

—Se fue en 1875 y regresó en enero de 1883.

—Fue más o menos en esas fechas que recluyeron a Joel en el manicomio.

Chequé mi libreta de apuntes.

—Así es, y tiene sentido. Si Pimblett era su mayordomo personal, sus servicios ya no habrían sido necesarios.

—Hay algo raro aquí —dijo McGray, mirando las transcripciones del juicio, que no eran muy extensas—. Los trámites de la corte tienen fecha de junio de 1883…

Lo vi estremecerse, y casi de inmediato supe por qué. Aquélla era la fecha que McGray odiaba más: el mes y año en que su propia hermana había perdido la razón y le había cercenado un dedo. Una mera coincidencia, pero aun así un amargo recordatorio.

—Si no mal recuerdo —dijo tras aclararse la garganta—, recluyeron a Ardglass en diciembre del 82. Pimblett regresa a

Lancashire un mes después… y pasados cinco meses logra que lo metan a la cárcel. El comandante Missy dijo que llevaba cinco años encerrado, ¿verdad?

—Así es —contesté, señalando un párrafo subrayado con lápiz—. Su sentencia fue de siete años; lo habrían puesto en libertad dentro de año y medio.

—Qué mala suerte tuvo el pobre —dijo McGray—. Y fue una sentencia larga. Debió estar contrabandeando mierda bien ilegal para meterse en el hoyo así de rápido.

—El expediente debe detallarlo.

Pasé las páginas, leí y releí, pero sólo encontré una referencia muy escueta: *Bajo juramento, Mr. Harry Pimblett ha confesado actividades de comercio ilícito.*

—¿Eso es todo? —espeté con indignación—. ¿Qué clase de juez dicta sentencia con documentos tan irregulares? Hasta ustedes los escoceses llevan mejores registros.

McGray consultó la primera página:

—Juez Matthew Spotson.

—Olvidémoslo. Es probable que esa sentencia no tenga nada que ver con lord Ardglass.

Pero Nueve Uñas estaba mirando el nombre con detenimiento.

—No estoy tan seguro, Frey. Pimblett era el mayordomo de Ardglass *y además* resulta que su expediente es turbio… No me agrada. Deberíamos indagar más.

Lanzó un silbido ensordecedor, como cuando llama a su perro.

El joven secretario entró de inmediato, y sospeché que había tenido la oreja pegada a la puerta todo este tiempo.

—¿Sí, señores?

McGray le entregó la carpeta.

—Chiquillo, quiero hacerle unas preguntas a este juez, Matthew Spotson. ¿Nos puedes ayudar a encontrarlo?

La expresión servil se desvaneció de la cara del secretario, al igual que el color de sus mejillas.

—¿Pasa algo? —le pregunté.

—Sí. Sí, señor. Se jubiló el año pasado, pero…

—Tenemos que hablar con él, muchacho. ¿Puedes encargarte de eso?

—Ah, por supuesto, señor. Él… pues… es mi abuelo.

—Debes estar bromeando —dije soltando una risa.

—Para nada, señor. Él me recomendó. Ésa es la principal razón por la que trabajo aquí —al decir eso dejó caer el expediente, las hojas volaron por la alfombra, y tras reunirlas con torpeza se dio un

tremendo golpe en la cabeza con el borde de la mesa.

Lancé un suspiro:

—Ya veo.

*

Los Spotson podrían ser algo torpes, pero no estaban faltos de dinero. El viejo juez vivía en una enorme casa en Church Street, que era uno de los vecindarios más exclusivos de Lancaster.

Su torpe nieto (Crispin) nos llevó allí a regañadientes, enfurruñado durante todo el trayecto. Afortunadamente la casa quedaba a unos quince minutos del viejo castillo; de otra manera me habría rehusado a acompañarlos, pues la corazonada de McGray me parecía sin fundamentos.

Había un gato negro sentado junto a los escalones de la entrada, con un aire casi soberbio al vernos llegar. No se inmutó cuando se abrió la puerta y salió una oleada de aire cálido. Una sirvienta muy regordeta y de voz escandalosa nos atendió.

—¡Amo Crispin! ¿En casa tan temprano?

—Estos caballeros quieren hablar con el abuelo. ¿Ya se levantó?

La mujer se mordió el labio. Parecía voluntariosa y un poco vulgar, y llevaba puestas unas gruesas mangas de algodón, a pesar de que la casa estaba demasiado calurosa, para mi gusto. Sus rizos rubios y entrecanos captaron mi atención: tan apretados que parecían virutas de madera.

—El señor está despierto, pero… ¿está seguro, amo Crispin?

—Llévanos con él —le dijo McGray, en un tono que no admitía contradicción, y entramos a la casa.

Encontramos al viejo juez sentado en un pequeño pero muy elegante saloncito en el primer piso. Su sillón de cuero se hallaba convenientemente ubicado frente a la amplia ventana, lo que le daba una vista panorámica de la calle.

Su edad era evidente: estaba arrugado como una pasa, con cabello ralo y canoso y unas gafas doradas que magnificaban sus ojos al doble de su tamaño. Se encontraba hundido en el sillón como si alguien lo hubiese empujado hacia abajo, o, lo que era más probable, como si pasara horas y horas en aquel asiento, hasta que los cojines de cuero cedieron, amoldándose perfectamente a la forma de su débil cuerpo. Llevaba una gruesa bata y sus piernas estaban envueltas en una manta (algo más bien innecesario, tomando en cuenta la temperatura de la habitación).

Crispin nos anunció, pero el viejo apenas inclinó la cabeza. Estaba

observándose las manos, mientras las yemas de su mano derecha tocaban minuciosamente las de la izquierda, como si estuviese contando. Y de vez en cuando murmuraba algo ininteligible.

—Tomen asiento —dijo Crispin, y nos sentamos en un sofá también de piel. La sirvienta vino pronto con una bandeja de plata y un juego de té.

—¿Algo de tomar, caballeros?

Me toqué el estómago:

—No, muchas gracias.

McGray declinó también. Pasaría mucho tiempo antes de que pudiésemos aceptar té de gente extraña.

Crispin sí se tomó una taza, con crema y tres terrones de azúcar.

Miré al juez con suspicacia. Su mirada estaba vacía y no parecía haberse percatado de nuestra presencia.

—¿Míster Spotson? —le dije—. ¿Podemos hacerle unas preguntas?

Ni siquiera miró en dirección nuestra.

—Es sobre míster Pimblett —dijo McGray.

Los dedos de Spotson dejaron de moverse, las yemas de sus índices presionándose mutuamente, pero un segundo después continuó su conteo.

Miré a Crispin con impaciencia:

—¿Cuánto tiempo lleva en este estado?

Crispin estrelló su taza contra el platito y la mitad del té se derramó.

—¿Pe… perdón?

—Ya oíste al dandi —intervino McGray—. No es culpa de tu pobre abuelo. ¿Cuánto tiempo lleva así?

Crispin tuvo que dejar su taza goteante en una de las mesitas.

—Pues… dos o tres años.

—¿Por eso tuvo que retirarse de las cortes?

—Sí, señor. La gente empezaba a burlarse de él en los juicios. Hasta los convictos.

—Así que no podría decirnos mucho sobre el juicio de Pimblett.

—No…, no lo creo, señor. Tiene sus momentos: de vez en cuando habla y coordina, pero cada vez menos.

Estuve a punto de proferir la gran pérdida de tiempo que había sido aquella visita (Crispin podría habernos advertido del estado de su abuelo antes de ponernos en marcha), pero sentí una gran pena por ellos. Podía imaginarme la gran frustración de aquel hombre en sus ratos de lucidez: en otro tiempo poderoso y respetado, y al final reducido a aquella fragilidad. Mi padre y mi hermano mayor habían hecho carreras en las cortes londinenses de Chancery Lane, y sabía

bien cuán despiadados podían ser aquellos círculos. La gente seguramente hacía todo tipo de bromas pueriles cada vez que se mencionaba el nombre de Spotson.

—Lamento escucharlo —dije, y mis modales hicieron imposible salir de la casa en el acto sin sentirme terriblemente culpable. Un silencio torpe e incómodo era preferible para la etiqueta inglesa.

McGray estuvo a punto de hacer lo adecuado y partir, pero entonces Mr. Spotson lanzó un bufido.

El hombre se incorporó, aferrando los brazos del sillón con manos temblorosas, y al ponerse de pie sus rodillas crujieron. La manta cayó al piso y entonces, con pasos titubeantes como los de un niño aprendiendo a caminar, salió del salón. Justo al cruzar el marco de la puerta el viejo dio la vuelta para dirigirle a su nieto una escalofriante sonrisa. Habló con un susurro gutural y más bien perturbador:

—Pim… blett… —tomó aliento—. Me acuerdo de Pimblett… y de sus ranas…

—¿Ranas? —repetí.

Spotson asintió, haciendo vagas señas con las manos:

—Sí…, ranas… Horrendas alimañas…

Crispin se sonrojó:

—Abuelo, por favor…

McGray se llevó un dedo a los labios para pedir silencio, y el juez comenzó a balbucear de nuevo:

—Ranas… y viborillas… Trabajaba para las brujas... Pimblett…

Después sólo hubo silencio.

Una amenaza de muerte no habría podido ser más impactante. Me quedé boquiabierto, McGray inhaló con fuerza y Crispin derramó lo que quedaba de té sobre su camisa.

Nueve Uñas se inclinó hacia el viejo:

—¿Brujas, ha dicho?

Spotson asintió, mirando a McGray directo a los ojos. Se quedó inmóvil, y entonces tiró del cuello de su bata, como si de pronto sintiera el excesivo calor de la casa. Pasó un breve instante antes de que su mirada volviera a parecer vacía, y con un gesto soñador nos dio la espalda y se marchó.

*

—Te dije que tenía una corazonada —dijo McGray, entusiasmado, mientras caminábamos de vuelta al castillo.

—*Trabajaba para las brujas* —cité, consciente de que estaba arrugando la cara como cuando uno huele huevos podridos—. Dicho

por un hombre senil. No me lo tomaría muy en serio.

En cuanto cruzamos el portón nos informaron que la autopsia había concluido, y fuimos a la morgue a toda prisa.

El médico forense era un hombre muy mayor y esquelético, y casi nunca debía salir de su lugar de trabajo: su piel estaba tan pálida que su cuello lucía surcado por venas azules.

Cuando entramos estaba garabateando las últimas líneas de su reporte, recargando su libreta directo sobre la frente de Pimblett.

Esperaba ver de nuevo el torso doblado en aquel ángulo perturbador, pero habían logrado doblar la columna de vuelta a un estado casi normal. Los pies del cadáver, ahora de un horrible tono azulado, sobresalían de la mesa de operaciones.

—Entiendo que esto era una mera formalidad —dijo el forense, hojeando su reporte—. El comandante en jefe me dijo que ustedes ya sabían con qué se envenenó este sujeto. ¿Estricnina?

—Así es —respondí—, pero también queremos saber si halló algo más. Cualquier anormalidad.

—Pues el tipo estaba desarrollando una artritis severa, lo cual es de esperarse en esas celdas tan húmedas, pero fuera de eso se ve perfectamente normal. No hay indicios de lucha o trauma.

McGray miraba los pies del cadáver con un gesto inquisitivo.

—¿Qué pasa? —le pregunté. Justo bajo el borde de la sábana, a la altura del tobillo, había una cicatriz delgada y nítida; una línea que dibujaba una curva perfecta.

McGray retiró la sábana para examinar la pantorrilla. Me acerqué y vi que toda la circunferencia del tobillo estaba grabada con un intrincado diseño: una serpiente, retorcida y hecha nudos, en un diseño tan bello como escalofriante. Habría requerido gran habilidad y una navaja muy filosa para tallar las finísimas escamas y los diminutos colmillos.

Era la misma técnica usada para marcar el muslo de Greenwood, sólo que este diseño era bastante más profundo y complejo. Ambos habían sido marcados con la misma criatura, lo cual no podía ser una coincidencia.

McGray miró aquel grabado, absorto.

—¿Por qué no nos mencionó esto?

El médico se encogió de hombros.

—Casi todos estos maleantes tienen tatuajes o marcas de algún tipo, y ésa no es particularmente grande. ¿Es de importancia para su investigación?

—Empieza a serlo —dijo McGray, y luego susurró para sí mismo—: Así que… trabajaba para las brujas…

19

Me había olvidado por completo del dinero que necesitaba pedir de Londres, y cuando se lo mencioné a McGray no reaccionó de la manera que esperaba. Sus ojos se iluminaron como si acabara de develar un barril de whisky, y antes de poder pedirle aclaraciones ya estaba trotando hacia la oficina de telégrafos.

—Estaba pensando en esto anoche —me dijo—. Iba a ser mi primera escala esta mañana, pero se me olvidó con todo este desmadre del nuevo muertito.

—¿Tu primera escala?

—Ei. ¿Traes el telegrama de Oakley?

—¡Cierto! Debí pensarlo antes también. Sí, aquí lo traigo. Parece que todo lo que hago últimamente es cargar con papeles para tu conveniencia.

—Bien. Y dijiste que lo habían enviado de Lancaster, así que…

—Tal vez aún recuerden quién lo envió.

—Ei, nomás no digas ahora que fue tu idea.

Afortunadamente Lancaster no era un poblado extenso. Su oficina de telégrafos sólo tenía seis operadores y todos trabajaban en dos líneas de escritorios en la misma habitación. Cuatro de ellos eran mujeres, lo cual me pareció muy inusual, pues a los ingenieros no les gustaba dejar sus preciosos inventos en manos femeninas. Estas damas, empero, no parecían amilanadas: ataviadas con blusas blanquísimas y faldas muy rectas, golpeteaban los transmisores con toda desenvoltura, llenando el aire con el repiqueteo de impulsos eléctricos a un ritmo desenfrenado.

Fue una de esas mujeres quien vino a atendernos:

—¿Los puedo ayudar, caballeros?

Antes que nada solicité un giro postal, y la mujer alzó las cejas cuando mencioné la suma. En cuanto tuve los billetes bien doblados en mi cartera, McGray puso sus credenciales y el telegrama de Oakley sobre el mostrador.

—Algo más, muchacha. Somos de Scotland Yard. Necesitamos saber quién mandó este mensaje a Escocia.

—Señorita —le dije—, puede ver que no está firmado propiamente.

Quien lo envió sólo proporcionó una inicial. ¿Es común que ustedes envíen telegramas sin aclarar el remitente?

La mujer asintió como si le hablara a un niño:

—Es muy común, señor. La gente trata de enviar tan pocos caracteres como les es posible. Es más barato.

McGray se rio por lo bajo. Me sonrojé y le susurré:

—No te burles. En toda mi vida jamás he tenido que escatimar las palabras que envío en mis telegramas.

—Bueno —intervino la telegrafista—, sin un nombre será más difícil de rastrear, pero no imposible. Puedo calcular el costo a partir del número de caracteres, y buscar en nuestro libro de cuentas. El pago estará registrado ahí —así lo hizo, y tras una corta espera volvió con el pesado libro—. Están de suerte, caballeros. El mensaje fue pagado por una tal miss Redfern.

McGray inhaló con un siseo:

—¿Oíste eso, Frey?

Asentí, sintiendo que las piezas al fin comenzaban a encajar.

—Así que el telegrama a Oakley vino de la miss Redfern mencionada en el expediente de Pimblett —musité, y de nuevo escuché las tenebrosas palabras del juez Spotson. Después de todo, sí estábamos tras el rastro de una bruja.

—Tenemos que encontrar a esa mujer —le dijo McGray a la telegrafista—. Es de vida o muerte. Cualquier pista que puedas darnos…

La mujer ya estaba pasando las páginas a toda velocidad.

—En eso sí creo que puedo ayudarlos. Miss Redfern tiene una cuenta con nosotros. Es una clienta muy frecuente. Les daré su dirección.

*

No fue sorpresa que Redfern resultara haber visitado a Pimblett con más frecuencia que nadie. Acudía cada quince días sin falta, aunque siempre a diferentes horas y días de la semana, quizá para que ninguno de los guardias en turno se familiarizara con ella. Sólo un par la recordaba con claridad, y la describieron como una mujer baja y muy delgada, de entre sesenta y setenta años, y con una voz muy autoritaria.

Apenas tuvieron tiempo de contarnos esto, pues McGray había vuelto al castillo únicamente para solicitar una orden de cateo y el apoyo de un par de sargentos. Los elegidos fueron Thatcher y un oficial más joven llamado Kenny.

—¿Qué esperas encontrar en casa de esa Redfern? —pregunté, al ver que los sargentos se armaban con macanas y revisaban que sus armas estuviesen cargadas—. No deberíamos necesitar refuerzos para interrogar a una mujer de esa edad.

McGray se rio.

—Tampoco habríamos pensado eso de Oakley.

No tuve más remedio que asentir.

—Cierto…

Nos encaminamos justo cuando comenzaba a oscurecer, con Thatcher a un costado y Kenny al otro. Un viento seco y helado azotaba la ciudad, convirtiendo las capas de nieve en bloques sólidos de hielo. Sin embargo, apenas podía sentir el frío, y no gracias a mi grueso abrigo; de pronto, sentí desazón. No tenía idea de qué estábamos a punto de encontrar, y aquel cielo oscuro, aún sin luna, era como un mal augurio.

La calle a la que fuimos se llamaba Shambles, y a pesar de estar a unos pasos del suntuoso palacio municipal se trataba de un lugar deprimente: una larga hilera de casuchas destartaladas, algunas manteniéndose en pie por obra divina. La mayoría de las ventanas se hallaban tapiadas o tapadas con trapos sucios, y las derruidas chimeneas escupían humo negro, pues los habitantes intentaban mantenerse calientes quemando cualquier cosa a la mano.

Marchamos por el camino cubierto de nieve enlodada, proyectando largas sombras bajo la única farola de la calle. Los pocos miserables habitantes que encontramos salieron corriendo en cuanto nos vieron, gritando y maldiciendo. Un par de ellos estaban tan borrachos que tropezaron o terminaron arrastrándose a la protectora oscuridad de los callejones aledaños, e incluso un perro callejero se alejó de nosotros tan rápido como se lo permitieron sus endebles patas. Algunas caras aparecieron en las ventanas, observándonos con ojillos sospechosos, quizá preguntándose si veníamos tras ellos.

En medio de la calle de Shambles había una casa que claramente sobresalía: la única vivienda de dos pisos y la única que tenía vidrios intactos en todas sus ventanas. Las paredes, aunque igual de sucias que las de las casas vecinas, parecían más gruesas y sólidas. Seguramente era considerada la mansión de aquel truculento barrio.

—No hay nadie en casa —dijo McGray, pues no había luz en ninguno de los cuartos. De cualquier manera llamó a la puerta, pero ésta cedió al instante con un crujido.

Thatcher había traído una linterna, y cuando alumbró vimos que alguien había arrancado la cerradura de la puerta, de la que aún colgaba un grueso candado. El hierro había sido arrancado de la

madera y pendía de un solo clavo.

Desenfundamos nuestras armas y, después de respirar profundo, McGray abrió la puerta con una poderosa patada.

Thatcher alumbró el cuarto, revelando que el lugar había sido despedazado. Había muebles rotos, astillas y trozos de vidrio regados por doquier.

—No somos los primeros en llegar —murmuré—. ¿Crees que esa Redfern se fue antes de que esto pasara?

McGray asintió.

—Ei. Ella debió echarle el candado a la puerta. No se ve como un candado que uno ponga cuando va al mercado.

Entramos con paso cauteloso, escudriñando cada rincón conforme se movía el haz de luz. McGray encontró una lámpara de aceite en el piso, desportillada pero aún funcional, y la encendió.

—Me huele… a hierbas.

—Como una botica —asentí.

—Busquen en el primer piso —le dijo McGray a los oficiales—, pero tengan cuidado.

Buscamos mientras en la planta baja, haciendo a un lado sillas y despojos a medida que avanzábamos. Reconocí los restos de jaulas para aves, y aún había algunas plumas negras alrededor. Había un amplio cuarto trasero que hacía las veces de bodega, ocupado en su totalidad por repisas y anaqueles, en algún momento repletos de frascos que ahora yacían en el piso, hechos añicos. Había hierbas, polvos y líquidos desconocidos esparcidos por doquier, emanando un extraño olor a almizcle.

—¿Ves algún frasco de dedaleras? —preguntó McGray, pero entonces escuchamos un grito desgarrador que venía de la planta alta, y después el tamborileo de pasos desesperados en las escaleras.

Era Kenny quien había gritado, y ahora venía tan pálido como un fantasma.

—¡Inspectores, tienen que ver el ático!

Subimos las escaleras a toda prisa y luego trepamos por la trampilla del desván. Ahí encontramos a Thatcher, temblando mientras iluminaba el desconcertante lugar.

Al centro había un enorme caldero de peltre, lo suficientemente ancho para bañarse en él, pero en vez de agua estaba lleno de cenizas y de restos carbonizados de extrañísimos objetos. Reconocí tapas de libros, piezas de figurillas de arcilla y huesos de animales (preferí no especular si habían sido quemados vivos o muertos).

Y eso no era lo que había hecho gritar a los sargentos. Mis ojos fueron al otro extremo del ático, y de inmediato sentí un horrible

hormigueo arrastrándose por mi espalda.

Un cuervo había sido clavado a la pared, y la pobre ave aún goteaba sangre sobre los maderos del piso. Vi un pedazo de papel sujeto a una de las alas, con el más escalofriante de los mensajes escrito en manchones de sangre:

Perras. Siguen ustedes.
YA LO SÉ
Joel

Todos nos quedamos petrificados por un momento, paralizados por aquellas horrendas palabras y el cuervo sacrificado.

Se me hizo un doloroso nudo en la garganta, pero aun así fui el primero que consiguió hablar:

—Nueve Uñas…, ¿es un hechizo? ¿Un ritual?

McGray contempló el caldero:

—Puede ser, pero no lo creo. Más bien parece que se estaban deshaciendo de evidencias.

Me acerqué a los restos del cuervo y lo examiné con detenimiento:

—La sangre no ha coagulado todavía… —me obligué a palpar el plumaje con las yemas de los dedos y no pude reprimir un jadeo—. ¡Aún está tibio! Lord Ardglass debe haber estado aquí hace sólo unos minutos.

McGray se quedó atónito.

—¡Ya oyeron al dandi! —les gritó a los oficiales sin desperdiciar un instante—. El desgraciado debe andar cerca. Busquen en los alrededores. Busquen en todas las casas si es necesario. Si no lo encuentran en media hora, regresen aquí.

Y salieron rápidamente. McGray y yo permanecimos en el ático, hurgando entre las ya frías cenizas. Casi todo había ardido hasta quedar irreconocible; si intentaban borrar rastros, habían hecho un muy buen trabajo.

Pero entonces encontré algo familiar en el piso: un tazón roto que había contenido azúcar y una cebolla, ahora pisoteada.

—Mira eso —dije—, el mismo amuleto que seguimos encontrando… También había uno en el cuarto de Oakley.

McGray lo miró con atención.

—Cada vez me convenzo más de que es un amuleto de protección; de otra forma las brujas no los tendrían también… Y eso explicaría por qué Joel pisoteó éste.

Arqueé una ceja.

—Eso no tiene sentido. ¿Las brujas intentaban proteger a Ardglass?

Pero ¿ahora él las está matando?

McGray apuntó al tazón roto.

—¿Qué es eso? —preguntó. Junto a los trozos de cerámica había un sobre arrugado.

Al levantarlo mi pulso se aceleró.

—Se parece al sobre que Ardglass se llevó de la casa de Oakley.

—Tendré que confiar en ti. No lo vi de cerca.

No tuve que examinarlo con mucho detenimiento. El horrible encuentro con lord Ardglass había quedado grabado en mi memoria; casi podía escuchar su voz exigiendo que le entregara el sobre, y mi mano tirando del papel cuando el gato negro estaba echado encima. Todos aquellos detalles se arremolinaron en mi mente; incluso la textura del papel.

—Éste es. Estoy seguro —declaré, abriéndolo a toda prisa—. ¡Joder, está vacío!

Nueve Uñas soltó una palabrota, mirando alrededor, y casi simultáneamente nuestros ojos cayeron sobre la nota clavada al ala del cuervo. Alcé el sobre y lo sostuve junto al mensaje ensangrentado. Era el mismo papel, de exactamente el mismo color y grosor.

—Sobre y carta cortados del mismo pliego —dijo McGray—. ¡Claro! Joel no habría cargado papel y manguillo. Usó lo que tenía a la mano para dejar este mensaje…

McGray tenía razón. Arrancó el papel de la pared y le dio la vuelta para revelar líneas amontonadas escritas por una mano temblorosa.

—¿Qué era tan importante en esa carta? —pregunté, y McGray acercó la lámpara.

—Lo firmó Redfern. *Miss R*, igual que el telegrama.

Leímos en silencio. Era una carta común y corriente, casi rutinaria. Redfern narraba que su "negocio" marchaba bien y que el invierno estaba arreciando.

Sin embargo, al continuar leyendo, y entretejido en uno de los párrafos centrales, se hallaba la clave:

… Anoche atendí a un viejo de los más acaudalados de Lancaster. Me trajo un buen negocio pero estaba horrorizado de venir aquí. Apuesto a que los de su clase rara vez llegan a poner un pie en una calle como Shambles…

—Así es como el infeliz Joel los encontró —dijo McGray, con el dedo en aquella línea—. A Redfern se le escapó el nombre de esta calle. Fue un grave error poner eso por escrito…

Nos aseguramos de que no hubiese algún otro dato relevante en el

resto del desván, y regresamos a la planta baja. McGray estaba impaciente y salió a la calle, y sólo lo seguí porque el interior de la casa estaba igual de frío.

Vi que había luz en la casucha vecina, a donde McGray ya se dirigía. Tocó estruendosamente pero no esperó una respuesta; simplemente abrió la quebradiza puerta, que no tenía cerrojo, y entró a aquella vivienda, que sólo tenía un cuarto.

Allí encontramos a una pordiosera bastante maloliente, con la cara tan sucia que sólo pude adivinar su edad. Saltó a una esquina, agazapándose sobre un viejo colchón y cubriéndose el rostro, como si la luz de la lámpara la lastimara.

—*¡Déjenme en paz!* ¡Yo no he hecho nada! *¡Nada!*

—No vamos a lastimarte —dijo McGray, tan gentilmente como pudo—. Sólo tenemos que hacerte unas preguntas.

—¡Ustedes los gendarmes siempre dicen eso!

—¿Cómo sabes que somos… gendarmes?

—Sus lacayos ya pasaron por aquí. No crean que soy tonta; 'tán buscando a la vieja, pero yo no sé nada.

—Dale unos peniques —me dijo McGray.

—¿Disculpa?

Pero la mujer ya se había descubierto la cara, y los ojos se le iluminaron cuando arrojé la moneda a sus manos.

—¿Conoce a la mujer que vive al lado? —le pregunté.

—Pos sí. Que diga, los he visto ir y venir.

—*¿Los?* ¿Quién más vive ahí?

—Nomás ella, pero la vieja recibe muchas visitas… —torció la boca—. Ques'que *clientes*.

—¿Qué clase de clientes? —preguntó McGray.

—De toda clase. Caballeros, viejas encopetadas, verduleras… —su tono se ensombreció cuando confirmó nuestras sospechas—. Les hace trabajitos. Todo el mundo sabe que's una bruja.

McGray bien podría haber alzado los brazos triunfalmente, pero yo no estaba tan convencido. Pregunté de manera hosca:

—¿Y seguramente cobraba buen dinero por sus servicios, no?

—¡Ay, pero claro! ¿Cómo cree que tenía esa casota?

Sentí pena por la pobre mujer. Para ella cualquier edificación con más de un cuarto era un palacio.

McGray se le acercó:

—¿La viste recibir a muchos clientes últimamente?

—Dos que tres. Lo normal. Pero desdi'ayer a nadie. La última gente que vi entrar fue una muchachilla.

—¿La viste bien? ¿Cómo era?

La mujer se encogió de hombros.

—Como de mi estatura, flacucha, pelos cafés, como que muy refinada pa' este barrio, si me entiende usté. Y retenerviosa. Miraba pa' todos lados en lo que le abrían la puerta. Aunque casi todos los que vienen a ver a la vieja se ven nerviosos.

—Suena a la mujer que andamos buscando —dijo McGray—. Pero ya no están en casa. ¿Las viste irse?

—Sí, como dos horas después de que llegó las vi irse con bultos y todo. Parecía que salían de viaje, si me entiende usté. Todo muy a las prisas.

—¿Tiene idea de a dónde pudieron ir?

—Uy, no, no. Yo nunca tuve nada que ver con ésa. Ya le dije que es una bruja, si me entiende us…

—Después de que se fueron —interrumpí—, ¿vio quién entró en la casa?

—*Tienes* que haber visto —recalcó McGray—. Pasó no hace más de una hora. Y debes haber escuchado también. Estas paredes tuyas parecen de papel.

La pordiosera titubeó:

—Pos… pos sí vi entrar a un hombre, pero…

—Pero ¿qué?

Se estremeció:

—Me vio sacando las narices por la ventana. Ay, Diosito, qué ojos tan feos me echó. Pensé que era el diablo. Y me gritó que me no me metiera en sus asuntos; 'tonces escuché el escándalo en la casa; que se rompían vidrios y aventaban cosas. No me volví a asomar. Yo no vivo en la calle más tranquila, si me entiende usté. Aquí uno aprende rápido a no meterse donde no lo llaman.

—La entiendo a la perfección —le dije. Le entregué otros seis peniques y justo cuando salíamos vi que Thatcher ya volvía, pero sin Kenny. Iba a preguntar por él, pero entonces vi que Thatcher traía a un chiquillo, jaloneándolo del brazo. Su cara mugrienta me recordó a nuestro Larry, el muchacho que solía limpiar chimeneas antes de que lo contratara como ayudante de mi ama de llaves.

Thatcher jadeaba, lanzando nubes de aliento que refulgían alrededor de su linterna:

—Este chiquillo dice que vio a un tipo salir de "la casa de la bruja".

McGray extendió la mano y tuve que darle otra moneda. Se me habían acabado los peniques, así que tuve que darle todo un chelín. No lo entregó de inmediato, sino que sólo se lo mostró al muchacho.

—¿Ves esto? Mientras más pronto hables, siempre y cuando no

sean cuentos chinos, más pronto dejo que te vayas con él.

El chiquillo sonrió con insolencia; una expresión fuera de lugar en un muchacho de su edad:

—¿Por qué habla tan chistoso, ’ñor?

McGray se rio.

—Ei, si no lo quieres…

Pero antes de que se guardara la moneda en el bolsillo, el muchacho saltó al frente:

—¡Se fue a los astilleros!

—¿Cómo lo sabes?

—Se fue corriendo pa’ Wood Street y llevaba un costalote a cuestas.

—No es precisamente una prueba contundente —dije.

—No —agregó Thatcher—, pero mandé a Kenny en esa dirección. Si nos apuramos…

Nueve Uñas ya había arrojado la moneda a las manos mugrientas del muchacho, para salir corriendo hacia el camino principal.

—¡Llévanos allá, Thatcher!

—Qué tacaños —dijo el muchacho, guardándose el chelín y corriendo a las sombras en cuanto Thatcher lo soltó.

Suspiré, contemplando las sombras de McGray y el oficial.

—Anda, Ian —me dije, emprendiendo la carrera—. Al menos entrarás en calor…

20

Para entonces el viento soplaba sin misericordia, silbando en nuestros oídos mientras corríamos por las oscuras calles. Más de una vez sentí que mis pies patinaban sobre la nieve endurecida, manteniendo el equilibrio por gracia divina.

—El Astillero de Skerton —anunció Thatcher cuando llegamos al fin del angosto callejón.

Ante nosotros había diques curveados que descendían al río Lune. Las aguas bullían bajo el inclemente viento, golpeando las paredes de ladrillo que flanqueaban el cauce.

Nos detuvimos y miramos en todas direcciones, pero el camino paralelo al río estaba desierto; todos los trabajadores seguramente se habían ido a casa al atardecer. Frente a nosotros se encontraban los portones abiertos del astillero, donde masas de andamios se erguían a los costados de embarcaciones en construcción.

A un lado había una línea de talleres y almacenes, que se extendían a todo lo largo de los muelles y embarcaderos. Sus ventanas se veían como cuadritos de luz que se reflejaban en las aguas picadas. Cualquiera de esas construcciones era un potencial escondite.

—¿Y ahora a dónde? —pregunté, recobrando el aliento, pero entonces el viento nos trajo la respuesta.

—¡Más policías! —gritaba un hombre en la distancia, y entonces escuchamos una segunda voz, una mujer, que suplicaba ayuda.

El hombre corrió hasta nosotros, agitando los brazos y haciéndonos señas con desesperación. Nos pedía que lo siguiéramos.

—¡Hay un policía herido! ¡Vengan rápido!

Así lo hicimos, y en menos de un minuto encontramos a la joven mujer arrodillada junto a un cuerpo inmóvil. Al instante supe que era Kenny.

Le habían asestado un golpe contundente en la sien, que la dama apretaba con un pañuelo empapado en sangre. El joven oficial tenía los ojos muy abiertos, y sus manos y pies se agitaban con espasmos.

Thatcher hizo sonar su silbato una y otra vez, y el sonido rasgó la noche como una daga. McGray y yo nos arrodillamos junto a Kenny.

—¿'Tás bien? —le preguntó Nueve Uñas.

—Que pregunta tan estúpida —farfullé—. Déjame ver la herida. Tengo entrenamiento médico…

—Naaa, dandi. Nunca te graduaste.

Lo asesiné con la mirada:

—¿Y crees que éste es el momento más oportuno para sacarlo a relucir?

Cuidadosamente retiré el pañuelo y vi la piel reventada. La sangre fluyó de inmediato.

—Hizo bien —le dije a la mujer—. Mantenga la presión. Necesitamos…

La mano temblorosa de Kenny se aferró a la mía. El muchacho parecía plenamente consciente. Abrió la boca pero se atragantó. Iba a pedirle que se relajara, pero entonces logró hablar:

—Se fue para allá.

Alzó su otro brazo para señalar uno de los edificios cercanos, a menos de cien metros de distancia. Era un almacén muy viejo, con todas las ventanas tapiadas, y que habría pasado desapercibido entre las docenas de construcciones que lo rodeaban.

McGray pegó un salto y corrió en aquella dirección. Protesté, pero entonces Thatcher soltó su silbato y fue en pos de Nueve Uñas. Me dejaron atrás con un oficial herido y los dos aterrorizados transeúntes.

Escuché los pasos veloces de otro sargento, el único que había respondido a la alarma de Thatcher, que se aproximaba a grandes zancadas.

—Lleva a esta gente a un hospital —vociferé, mostrándole mis credenciales, y antes de que pudiese hacerme preguntas también corrí al viejo almacén, siguiendo la luz de la linterna de Thatcher.

No sé cómo logré alcanzarlos tan pronto. Pude escuchar los ecos de la paliza que McGray le estaba dando a la puerta frontal. Hubo un crujido final, y el sonido de madera que se colapsaba, y al instante la luz de Thatcher se perdió en las profundidades de aquel edificio.

Los veinte pasos que me faltaban para llegar me parecieron una eternidad, pero al fin alcancé la puerta. Antes de entrar eché un vistazo a mis espaldas, y vi que el sargento y el otro hombre ya estaban moviendo a Kenny, seguidos de cerca por la aterrada mujer. Me sentí terriblemente culpable por abandonarlos a su suerte, pero el sonido de pasos desesperados en el almacén me recordó a quién perseguíamos.

Atisbé al interior, pero el lugar estaba tan oscuro que sólo podía ver secciones de suelo sin pavimentar. El resplandor del alumbrado público se filtraba por entre las tapias de las ventanas, apenas lo suficiente para deducir que se trataba de una enorme bodega, pero el

espacio estaba totalmente vacío; sólo había unas anchas escaleras de madera. No me agradaba para nada aquella oscuridad, y al instante desenfundé mi revólver, adentrándome con paso cauteloso.

El sonido de pisadas vino de la planta alta, y escuché un silbido de asombro que solamente pudo haber sido emitido por McGray.

Subí las escaleras, tropezándome dos veces en la oscuridad casi total, pero entonces vi el resplandor de la linterna de Thatcher y quedé boquiabierto.

El primer nivel estaba atestado de costales, cajas de madera y barriles de todos los tamaños, algunos apilados hasta el techo. Reconocí el mismo aroma herbal de la casa de Redfern, y también la peste de animales enjaulados. Vi algunos cuervos y gatos, pero también urracas, serpientes y hasta un mandril gris. Junto a sus jaulas se erigía un intimidante ídolo africano.

—¿Qué es todo esto? —musité—. ¿No has encontrado a Ardglass?

—No parece que esté aquí —dijo Thatcher, escrudiñando la escena con ojos asombrados.

McGray, por otro lado, parecía un chiquillo en una tienda de golosinas. Lo vi abrir un costal de un tirón y extraer un puñado de raíces muy extrañas, cada una con la forma de un retorcido cuerpo humano.

—Ginseng asiático —le dije, para nada impresionado.

—Ei. Un afrodisiaco. Muy caro en el mercado negro —McGray fue a un cajón abierto y hurgó sus contenidos.

—McGray, si Joel no está aquí deberíamos continuar la búsqueda.

Pero Nueve Uñas no me estaba escuchando. Tomó un frasco lleno de hojas frescas… y algo que se movía. Tuve que pestañear dos veces para convencerme de que no era mi imaginación: se trataba de una rana diminuta, de piel tan brillante y amarilla como la cáscara de un limón real.

—Justo lo que dijo Spotson —susurré.

McGray estaba maravillado.

—Esta cosita es tan venenosa que te mataría en segundos si la tocas con la punta de tu meñique.

—Pues no me la acerques tanto —protesté—. Debo insistir en que… —entonces vi un cajón repleto de lo que parecían ser cajitas de té barato. Al abrir una encontré que estaba llena de flores secas de dedalera, y también hojas y tallos picados.

—Tu favorito para el té de las cinco —dijo McGray socarronamente.

—Señores —dijo Thatcher, acercándosenos con un grueso libro de cuentas—, acabo de encontrar esto. Échenle un vistazo.

McGray seguía absorto, así que fui yo quien tuvo que hojear el libro. Para mi sorpresa, resultó ser uno de los asientos de diario más ordenados que hubiese visto: detallaba inventarios, costos, ingresos y márgenes de ganancia.

—Llevan un muy buen negocio en este lugar —dije—. Contrabando de venenos y alucinógenos y embrujos…

—¿Quién lo hubiera pensado? —agregó McGray—. Una red de brujas que comercian con magia negra.

Fue mi turno de reírme.

—No hay nada de magia aquí, pero no por eso deja de ser impresionante: esto es química y herboristería muy sofisticada. No puedo culpar a la pobre gente ignorante que cree que todo esto es sobrenatural… Tú, Nueve Uñas, no tienes excusa. Creo que… Ay, por Dios, McGray, ¡deja de meterte cosas a los bolsillos! Esto es evidencia. Necesitamos que Massey decomise toda esta mercancía.

Me ignoró y siguió rellenándose hasta el último bolsillo de hierbas, sobres y amuletos. Se percató de mi mirada recriminatoria.

—¿Qué? ¡Estoy haciendo investigación de campo!

Negué con la cabeza, y junto con Thatcher seguimos cateando el lugar. En el rincón más alejado encontré lo que habría sido una pequeña oficina: un escritorio viejo y empolvado había sido empujado a un lado, y había una cama improvisada, un revoltijo de frazadas y un par de maderos en una pequeña estufa. Uno de ellos aún refulgía.

Cerca yacían los restos de una hogaza de pan, una botella de vino vacía y los huesos roídos de dos pollos rostizados.

—Una cena bastante lujosa —dije—. McGray, deberías…

Thatcher jadeó, de repente tan pálido como un muerto, y señaló al frente. Al otro lado del cuarto había un gran guardarropa… y su puerta estaba entreabierta.

Bajé la vista lentamente, y sentí que el corazón me daba un vuelco al ver que sobresalía la punta de un enorme pie. Aún había alguien ahí.

Por un instante perdí el temple. Iba a apuntar a la puerta y gritarle al hombre que saliera a la luz, pero entonces el mundo estalló en caos.

La puerta del guardarropa se abrió de golpe, y Thatcher gritó y dejó caer la linterna, que explotó en chispas al romperse en el suelo. De pronto no pude ver nada. Hubo un gruñido feroz, y el piso de madera crujió bajo las pisadas de lo que parecía ser una bestia salvaje.

Las delgadas franjas de luz que se filtraban por las ventanas me dejaron ver fragmentos intermitentes de piel pálida y el brillo de unos adustos ojos negros. Era un rufián tan gigantón como un levantador de pesas de circo; una pared de músculos, descomunal en las tres

dimensiones, y capté la imagen alternada de las puntas de un bigote enchinadas con vaselina. Blandía un grueso garrote, y al verlo saltamos instintivamente hacia atrás. Mi cuerpo chocó contra McGray.

Todo esto sucedió en un pestañeo y, antes de que pudiésemos reaccionar, el mastodonte le asestó un brutal golpe al hombro de Thatcher. Escuché el tronar de sus huesos y su alarido de dolor mientras caía de rodillas. El gigante lo pateó a un lado y luego vino en pos de nosotros, haciendo que el edificio se cimbrara con sus pasos.

Apuntamos nuestras armas y McGray disparó, pero justo cuando jalaba el gatillo el bruto volcó una pila de cajas, y una avalancha de parafernalia llovió sobre nuestras cabezas. Me golpearon frascos y cajas, y al caer de bruces el revólver se me resbaló de entre los dedos. Lo busqué a tientas con ansiedad, pero entonces mi mano se posó en algo suave y viscoso. Lancé un chillido. ¿Había aplastado a la rana venenosa? ¿Cuántos segundos me restarían si…?

Froté la mano sobre el piso, desesperado, y al hacerlo sentí la empuñadura de mi revólver. Al tiempo que lo toqué, una poderosa mano me asió de la pantorrilla y arrastró todo mi cuerpo por entre los despojos.

Me deslicé entre vidrio, hierbas y cosas pegajosas, hasta que el hombre me levantó en el aire y me encontré suspendido de una pierna, de cabeza y balanceándome de lado a lado cual salmón recién pescado.

Vi la interminable masa de aquel troglodita, su sonrisa triunfante y su brazo blandiendo aquel garrote para asestar el golpe de gracia y pulverizarme el cráneo. Cerré los ojos con fuerza, resignado, y entonces, con todas sus fuerzas, McGray lanzó una lata de té a la sien del gigantón.

Aunque apenas sintió el golpe, el grandulón giró la cabeza un ápice, y entonces una enorme botella se estrelló directo en su cara. Un líquido aceitoso se salpicó por su rostro y hombros, y al tiempo que rugía me soltó la pierna.

Mi suave pómulo se estrelló contra el piso de madera y escuché más botellas quebrándose. Me alejé a gatas, gimoteando y escuchando esos pesados pies aplastando todo a su paso.

—*¡Dispárale!* —gritó McGray.

Busqué a tientas por el piso, cortándome los dedos más de una vez con los trozos de vidrio. Vi un frasco rodando entre el desorden, centelleando bajo una franja de luz, y en su interior la asustada rana amarilla. Apenas reparé en ello, pues de nuevo escuché los gritos de McGray, entre el estrépito de madera y vidrio haciéndose pedazos. Alcé la vista y tuve la fugaz visión de la macana descendiendo a toda

velocidad sobre McGray, que la esquivó apenas, al tiempo que lanzaba lo que tuviese a su alcance. Entonces sentí el frío gatillo rozando mi pulgar, justo cuando McGray se tropezaba con un saco de hierbas y caía de espaldas.

—*¡Dispárale ya, pinche Frey!*

Apreté el revólver tan fuerte que mis dedos tronaron, y fijé la mirada en la sombra de McGray, que ahora se arrastraba por el piso. La inmensa espalda del gigante bloqueó mi vista, y en el instante que me tomó levantar el arma vi que dejaba caer dos macanazos ensordecedores. McGray aulló.

Disparé sin poder apuntar, y la detonación no me dejó escuchar nada más.

Siguió una escalofriante pausa, y ni McGray ni el gigantón emitieron ruido alguno. Thatcher gimió tras de mí, y entonces, como si una burbuja se hubiese roto, escuché un bramido y vi que el hombresote se llevaba una mano al hombro. El garrote cayó y rebotó en el suelo.

Justo cuando jalé el gatillo de nuevo, el tipo se dio media vuelta y su mano ahora embarrada en sangre describió un arco demoledor, alcanzando a golpear mi muñeca y desviando mi disparo al techo. Después caminó pesadamente hacia las escaleras.

—¿Están bien? —preguntó McGray, buscando a Thatcher en la oscuridad.

—Puedo caminar —dijo el joven sargento—, pero no creo ser…

—Bien, busca ayuda —Nueve Uñas hurgó entre los escombros y logró encontrar su pistola casi de inmediato. Me gritó sin aminorar el paso—: ¡Te tardas un segundo más y me muelen los sesos!

—¡De nada! —espeté, siguiéndolo a la desolada planta baja.

—Se ha ido.

No había nadie cerca de la entrada principal, pero entonces escuchamos el crujir de otra puerta al extremo opuesto de la bodega, agitándose a merced del viento.

Salimos a toda prisa, hacia una calle demasiado ancha y llana para que alguien pudiera esconderse así de pronto. Simultáneamente vimos un enorme carruaje viajando hacia el este, veloz y escandaloso; y al mastodonte de circo, corriendo en dirección opuesta. McGray gritó injurias y fue en pos de él.

El carruaje me intrigó, pero jamás lograría alcanzarlo a pie, así que fui detrás de Nueve Uñas por aquella avenida desierta.

El hombre era sorprendentemente veloz, pero en la calle recta no había forma de ocultar su voluminosa silueta. McGray le disparó un par de veces, pero su puntería fue tan atroz que no pude creerlo.

—¿Estás bien? —le pregunté, ya casi sin aliento, pero no me respondió.

Corrimos y corrimos, hasta que la avenida giró hacia el norte y por un momento perdimos al grandulón tras aquella esquina. Cuando dimos vuelta alcanzamos a verlo adentrándose en una calle lateral.

El señalamiento decía *Bridge Lane*, y tras una cuadra de casas apretujadas nos topamos con un alto muro de ladrillo. El hombre lo estaba escalando con una agilidad impensable para alguien de su talla, y para cuando alcanzamos el muro no encontramos más que un rastro de su sangre embarrada en la nieve.

McGray pegó un salto, alcanzando el borde de la pared e impulsándose hacia arriba de un tirón. Tuvo que darme una mano para ayudarme, y mientras tiraba de mí sentí los fríos ladrillos raspando cada centímetro de mi cuerpo.

No me ofreció ayuda para bajar, y caí de bruces sobre mis brazos y piernas sin gracia alguna. Me levanté torpemente y al avanzar vi que nos encontrábamos en unos muy elegantes jardines amurallados, con pastos cubiertos de nieve, arbustos esculpidos, rosales espinosos y fuentes congeladas.

Vi una fila de elegantes mansiones a nuestra izquierda, con todos sus ventanales alumbrados, y más allá se asomaban las murallas del castillo. Estábamos corriendo justo detrás de la calle donde vivía el viejo juez Spotson.

—Va a la abadía —gritó McGray cuando lo alcancé.

—¡Eso está justo detrás del castillo! —exclamé, mirando el racimo de torres formado por el campanario y las torretas de la prisión. Era como si aquel grandulón corriera directo a los cuarteles de la policía.

No pude verlo más, y tampoco McGray, pero seguimos el inconfundible rastro que había dejado en la nieve. Los jardines subían en una suave pendiente, pero aun así pronto nos quedamos sin aliento. Con cada zancada me sentía más y más desalentado, como si en toda mi vida no hubiese hecho más que correr en aquella inútil persecución. Gruñí y lancé maldiciones, pero justo cuando mis rodillas comenzaban a arder llegamos al atrio de la iglesia de Saint Mary.

El grueso portón estaba entreabierto, mostrando un suave resplandor en el interior.

Encontramos la nave en absoluto silencio, y el único sonido fueron los ecos de nuestros pasos. Al fin nos encontrábamos en un lugar bien alumbrado, con incontables velas y cirios ardiendo a ambos lados de las butacas, sus flamas doradas agitándose bajo el viento que habíamos dejado entrar.

En las losas de granito había un claro rastro de sangre.

Las gotitas dibujaban una línea serpenteante a lo largo del pasillo central, y las seguimos hasta la ornamentada sillería del coro. Había tallas góticas de bestias y gárgolas encaramadas sobre cada asiento, y bajo la luz temblorosa de las velas parecían cobrar vida.

Conforme avanzábamos miraba en todas direcciones, con el revólver listo, esperando que alguien saltara de entre las columnas o los arcos puntiagudos.

—*¡No te muevas!* —gritó McGray, haciéndome saltar, y se lanzó a la carrera.

Tras la sillería el rastro de sangre estaba embarrado, como si alguien lo hubiese limpiado torpemente, y más adelante desaparecía por completo; sólo lo vi con el rabillo del ojo, pues mi atención estaba en McGray. Sentí un hormigueo de miedo al ver que algo se movía frente a él.

Una figura encapuchada, delgada e indudablemente femenina merodeaba en el altar y ahora corría por su vida, con un trapo ensangrentado en las manos. ¿Había limpiado el rastro de sangre o se trataba de algo más? Capté la fugaz visión de una mano pequeña y huesuda, pálida como la de una momia, que se aferraba al arco de piedra que conducía al campanario. La sombra desapareció en el acto.

McGray arrancó un cirio de su pedestal, salpicándose la cera candente en la mano desnuda, pero siguió adelante sin miramientos.

—¡Detente! —rugió.

Subimos en fila por la estrecha escalera de caracol, escuchando el eco de los pasos de la mujer, que respiraba laboriosamente al tiempo que profería una risita perversa. Escucharla en la oscuridad me erizó la piel.

—¿Redfern? —le gritó McGray—. ¿A dónde se fue tu troglodita?

La risa se convirtió en franca carcajada, más y más cerca a medida que subíamos los escalones. Aquella torre era el punto más alto de Lancaster, y cuando llegamos al campanario el viento arreciaba tan fuerte que sacó a McGray de balance.

El cirio se apagó al instante, y en la noche sin luna, tan por encima de las farolas de las calles, todo quedó en tinieblas. Pero la oscuridad no duró.

De repente hubo una chispa, y antes de que pudiera procesar lo que veía vino una explosión de fuego y luz. McGray saltó hacia atrás, empujándome con un brazo y casi rodé por las escaleras.

En un pestañeo el campanario estuvo envuelto en llamas, y las violentas flamas salían directo del bronce de las campanas, brillando en un extrañísimo tono esmeralda. Sentí la onda de calor golpeándome el rostro, casi quemándome la piel y nublándome la

visión. McGray tiró de mí y nos agazapamos contra las frías piedras, escuchando el rugir del fuego y sintiendo cómo el ardor de las llamas traspasaba nuestra ropa para quemarnos las espaldas. Pensé que el calor nos asaría vivos, pero la oleada inicial se disipó muy pronto. McGray fue el primero en levantarse y lo escuché silbar con asombro. Volteé para mirar, pero al instante tuve que protegerme la cara con el dorso de la mano. Con los ojos entrecerrados vi aquel fuego, y a pesar del brillo cegador no pude apartar la mirada. Me encontraba embelesado por las llamas, tan hermosas como terribles, y supe que jamás olvidaría aquel refulgente matiz verde.

McGray tuvo que sacudirme.

—¿A dónde se fue?

Miré a mi alrededor: los ladrillos del campanario estaban muy alumbrados pero no encontré a nadie. Caminamos alrededor de las campanas, apretándonos contra la balaustrada mientras escudriñábamos hasta el último rincón.

—Se ha ido —susurró Nueve Uñas.

—¡No puede ser! ¿A dónde? ¿Cómo?

Miré hacia abajo, al atrio y a los jardines aledaños, pero sólo vi a un guardia que contemplaba las llamas con total desconcierto.

Sobre el rugir del fuego escuchamos un fuerte graznido y entonces vimos un cuervo, sus alas más negras que la noche, volando lejos de la torre. Lo seguí con la mirada y entonces solté un jadeo.

—McGray… —murmuré, señalando en aquella dirección. No pude hablar por la impresión.

En algún punto lejano, a kilómetros de distancia, un segundo fuego rompió la oscuridad, tan verde como las llamas a nuestras espaldas. Estaba justo por encima del horizonte, y con la mente revuelta pensé que flotaba en el aire.

Y más allá, justo cuando McGray vino a mirar, apareció un tercer destello, tan lejano que no era más que una tenue chispa contra un fondo negro.

Contuvimos el aliento, sin habla, y con un estremecimiento supimos que se había desencadenado algo terrible.

21

Nadie tuvo que extinguir las llamas, pues se desvanecieron por sí mismas, dejando el bronce de las campanas refulgiendo como recién salido de la fragua. Ni McGray ni yo nos movimos hasta que el fuego se extinguió: permanecimos en aquel punto, contemplando alternativamente éste y los fuegos en el horizonte. Incluso entonces nos tomó tiempo volver a nuestros cabales. Todo se había vuelto mucho más siniestro de lo que esperábamos, y lo único certero era la tarea hercúlea que nos esperaba.

Registrar la iglesia debía ser lo primero, así que corrimos al castillo y trajimos a todos los guardias de los que pudieron prescindir. Un pequeño grupo fue a los astilleros para registrar la vieja bodega, pero la mayoría nos acompañó a la iglesia.

Cuando volvimos ya se había reunido una pequeña multitud en el atrio, observando la punta del campanario con extrañeza, y no podía culparlos: las campanas eran como carbones refulgentes en medio de la noche. A nadie parecía importarle la hora o el clima, y tuvimos que abrirnos paso a codazos.

—¡Es obra del diablo! —escuché que decía una mujer, acompañada de un niño asustado que se le pegaba a las faldas. Entonces oí los gritos de un hombre de mediana edad, plantado precariamente sobre una cubeta desde donde pregonaba.

—¡Es el fin del mundo! —bramaba, agitando una botella de licor ya casi vacía—. ¡Arrepiéntanse! ¡Ruéguenle al Señor que lave vuestras inmundi…!

McGray “accidentalmente” lo derribó de su púlpito de un codazo y me hizo un guiño, como si aquello fuese el epítome del ingenio.

—Dispersa a esta bola de chismosos —les dijo a los oficiales, que comenzaron a deshacerse de los mirones (al profeta borracho tuvieron que asestarle una patada en el trasero).

La multitud se diseminó pronto, pero supe que en la mañana no se hablaría de otra cosa en todo Lancaster.

El abad, un hombre de unos cincuenta y cinco años y tan alto como ancho, vino a nosotros con un enorme juego de llaves. Entonces registramos cada rincón de la iglesia y sus alrededores: el órgano, el

coro, la sacristía… pero no encontramos nada fuera de lugar.

El único rastro de la bruja y el grandulón de circo eran aquellas gotitas de sangre en el piso y los trapos que la vieja había usado para limpiar. Estos últimos los encontramos medio achicharrados en una esquina del campanario.

Bien pasadas las tres de la mañana vi que McGray se recargaba contra un pilar de granito, entregándose al más profundo de los bostezos. Y yo no me sentía mucho mejor.

—Deberíamos descansar —le dije—. Los oficiales pueden arreglárselas sin nosotros hasta la mañana.

Sacudió la cabeza, pero entonces bostezó de nuevo y no tuve dificultad en sacarlo de la abadía. Incluso el aire helado de la madrugada no era suficiente para despabilarlo, y cuando llegamos al hotel se desplomó sobre su cama como un roble. En segundos ya estaba roncando, algo muy inusual en él.

Me quité el abrigo, pero antes de colgarlo le di un vistazo a los papelillos que había venido recolectando: el telegrama a Oakley urgiéndole que viajase a Lancaster, la carta de Redfern embarrada de sangre de cuervo, el retrato de Joel… y mi libreta, que seguía abierta en la página en que miss McGray había escrito la palabra *Caléndula*. Las cosas simplemente se estaban saliendo de control: habíamos comenzado persiguiendo a un solitario hombre demente, investigando un solo asesinato, sólo para hundirnos en un pantano de intrigas que giraban en torno al clan de los Ardglass. Y por si fuera poco, sus querellas familiares parecían estar de alguna manera conectadas a este embrollo de "magia negra" y a una camarilla de brujas contrabandistas.

Preferí no pensar en ello de momento, y puse el retrato y los otros objetos de vuelta en el bolsillo del abrigo.

A pesar de mi absoluta fatiga no pude dormir mucho, más que nada por los atronadores ronquidos de Nueve Uñas, y para las seis de la mañana no podía soportar más aquella tortura. Me levanté y encontré al encargado del hotel recibiendo una entrega de víveres, así que le pedí un desayuno abundante.

Mi apetito había vuelto y devoré huevos fritos, tocino, queso y panecillos dulces. Estos últimos fueron un verdadero deleite, pues no había podido encontrar a un repostero decente en Escocia.

Estaba untando mantequilla en mi segunda ronda de panecillos afrutados cuando McGray apareció. Venía despeinado, con los ojos rojos y el abrigo todo arrugado, pues no se lo había quitado para acostarse, y las marcas mostraban perfectamente sobre qué lado había dormido. Con todo y todo, lo primero que me dijo fue:

—Te ves terrible.

No le mentí:

—Pasé una noche infame.

—Eh, ¿por qué? ¿A poco ronqué?

—Roncaste, hablaste dormido, eructaste, tiraste flatulencias… Aparte de tus orejas no hay un solo orificio en tu cuerpo que no haya emitido alguna clase de estruendo.

—¿Seguro? ¿Y qué hay de…?

—Nueve Uñas, permíteme terminar mi desayuno antes de que hagas alarde de toda la vulgaridad de que eres capaz.

McGray devoró una ración incluso más vasta que la mía, y me alegró poder terminar pronto, pues contemplarlo engullendo media docena de huevos, con yemas escurriéndole de las comisuras de la boca, era tan abominable como compartir la mesa con un cerdo revolcado en estiércol.

Creo haberle dicho aquellas mismas palabras (no estoy seguro; los panecillos me tenían distraído), pero la mente de McGray estaba trabajando en asuntos más importantes.

—Hay que regresar a esa bodega —dijo, relamiéndose los labios— y buscar con más calma.

—Ya hay oficiales encargándose de eso. Les pedí que nos despertaran si hallaban algo relevante; de ser así ya habrían venido a vernos.

—Quiero buscar en persona. Esos muchachos podrían pasar algo por alto.

—En efecto —asentí—. Eres nuestro experto en brujería y sandeces similares —hice a un lado mis cubiertos, algo reacio a mencionar los incidentes de la noche anterior, pero no tuve alternativa—. En el campanario… ¿Qué crees que fue eso? Y no me salgas con…

—La vieja se convirtió en cuervo.

Sólo pude suspirar.

—Por supuesto. Porque en el mundo no puede haber otra explicación.

—Varias de las brujas de Lancashire confesaron en la corte que podían transfigurarse en animales. Cuervos y gatos y perros.

—¿Dónde leíste eso? ¿En la última novelucha semanal?

—Lo dicen las declaraciones oficiales de la corte —replicó McGray —. Las han publicado. Algunas de esas mujeres declararon bajo juramento ser brujas y tener el poder de dañar a la gente con sólo mirarla.

—Dejemos ese debate para después —le dije, sin paciencia para escuchar leyendas folclóricas—. La mujer que vimos, ¿crees que haya

sido Redfern?

—Ei, no pudo ser otra, o no se habría molestado en limpiar el rastro de ese monigote. Debe ser su lacayo, como Pimblett lo fue antes de ir a la cárcel. El negocio que llevan necesita músculo.

—Así es, y una mujer entrada en años no sería capaz de administrar aquella bodega sin ayuda. Dios, ¿a cuánta gente vamos a terminar persiguiendo?

McGray endureció la mirada:

—Al único que tengo que atrapar es a Joel Ardglass. Vivo.

De nueva cuenta suspiré:

—¿Es que sólo tienes cabeza para eso?

—¿Te importa?

—Nueve Uñas —me exasperé—, estamos a punto de desenmascarar una red de mercado negro. Esta gente debe tener intenciones muy peligrosas de las que no sabemos nada, y sus tentáculos parecen extenderse de aquí hasta Escocia. ¿Es que no te preocupa?

Siguió comiendo sin prestarme mayor atención.

—En todo lo que piensas es en tu inútil cruzada personal. Tu hermana escribió una palabra y tal vez, sólo *tal vez*, puede haber pronunciado un par de frases, pero eso no significa que Joel pueda ayudarla o siquiera darte información importante. Incluso si logramos capturarlo…

McGray aporreó la mesa con su cuchillo y tenedor, con la cara roja y la nariz bufando como la de un toro. Me miró con desprecio y pensé que estaba a punto de acribillarme con sus cubiertos, pero entonces sucedió algo extraño. Sus bufidos lentamente se transformaron en olfateos, y sus ojos pasaron de iracundos a sospechosos.

—¿Hueles eso?

Justo entonces lo percibí.

—Algo se quema. Puede ser…

Entonces escuchamos un grito desesperado.

—*¡Fuego! ¡Todo el mundo salga!*

La puerta del comedor se abrió de golpe, dejando pasar una nube de humo negro, y el encargado del hotel entró corriendo, aterrado.

—Oh, con un demonio —refunfuñé con hastío, haciéndome de otros dos panecillos y saliendo del comedor. Los otros huéspedes y empleados gritaban y corrían despavoridos, y me empujaron y propinaron codazos varias veces—. Sólo falta que un perro venga y se nos orine en los pantalones…

McGray no estaba tan fastidiado como yo, y fue solícito hacia el hotelero:

—¿Es serio? Podemos ayudar.

—Es en la escalera principal, pero no creo que…

McGray corrió en esa dirección y lo seguí. Aquéllos eran los escalones que llevaban a nuestro cuarto, y la alfombra y el barandal de roble estaban envueltos en llamas.

—Al menos este fuego se ve normal —observé.

McGray ya estaba corriendo a la calle.

—¡Traigan nieve! —gritó, y señaló a dos huéspedes de aspecto saludable—. Ustedes dos, traigan nieve, y… —me miró— y tú también, Frey, no te quedes ahí como María Antonieta comiendo pastel.

Tumbó los panecillos de mi mano, algo por lo que bien podría haberle disparado, pero los gritos de la gente se volvían más y más alarmantes.

Salimos a la calle y el frío me golpeó sin piedad, pues había dejado mi abrigo en el cuarto. La gente gritaba y un torrente de huéspedes y empleados salían a toda prisa.

Comenzamos a juntar nieve con las manos desnudas. Otros huéspedes, transeúntes y un policía vinieron a ayudarnos, y entramos y salimos una y otra vez, cargados de bloques de nieve y lanzándolos a la base del fuego. El cocinero vino a nuestro auxilio, trayendo cubos de agua de la cocina.

—¿Hay gente atrapada? —le pregunté al hotelero, pero se encogió de hombros con incertidumbre.

Muy pronto escurrí sudor y dejé de sentir las manos. Debimos tardar no más de diez minutos en extinguir el fuego, pero me pareció una eternidad. Cuando regresaba con la última carga de nieve encontré a McGray y a otros dos hombres pisoteando las últimas flamas.

El hotelero se nos acercó, enrojecido y sudoroso, y a punto de llorar ante la escena.

Lo detuve:

—Disculpe, ¿míster…?

—Jones.

—¿Vio cómo empezó el fuego?

—No, no sé qué haya pasado, señor —gimoteó—. Pasé frente a las escaleras y todo estaba normal. Luego regresé porque se me había olvidado una llave ¡y así fue como lo encontré todo!

McGray subió las escaleras a toda prisa, cubriendo tres escalones con cada zancada.

—¿Será que…?

Corrí tras él y escuché su voz encolerizada. Encontramos que la

puerta de nuestra habitación estaba abierta.

McGray apenas había cruzado el marco cuando ya estaba vociferando:

—¡Oi, hijos de perra!

Atisbé sobre su hombro y la imagen del lugar me horrorizó: alguien había entrado, las sábanas estaban revueltas, el guardarropa y los cajones abiertos, y encontré mi abrigo arrugado en el piso. Todo el contenido de mis bolsillos (la carta, el telegrama, incluso mi cartera) estaba esparcido alrededor.

—Nos esculcaron retebién —dijo McGray, al tiempo que los dos nos arrodillábamos—. ¿Se llevaron algo?

Levanté mi cartera y la encontré aún llena de billetes grandes.

—No era dinero lo que estaban buscando.

Hurgué entre los otros artículos, y pronto entendí la causa de todo.

Se habían llevado el retrato de Joel.

22

—Otra jodida búsqueda —rezongué, exhausto, tras haber cateado todos los cuartos, corredores y salones del hotel. También interrogamos a un par de personas, pero pronto fue claro que sería virtualmente imposible encontrar al culpable.

—El plan perfecto —dijo McGray, echándole un último vistazo a nuestro desordenado cuarto—. Prenden el fuego como distracción, sacan a todos del edifico y luego se escapan entre el tumulto.

—¿Crees que haya sido Joel? —pregunté—. Es la única persona que no querría esa foto en nuestras manos.

McGray meditó:

—Ei, pero ¿cómo supo que la teníamos?

Escuchamos el carraspeo de una garganta. Era el hotelero, entrando con un gesto avergonzado: —Señores, ¿puedo hablar con ustedes?

—Sólo si es urgente —le dije, pero el hombre vaciló.

—¿Y bien? —farfulló McGray.

El hombre dio un saltito:

—Oh, pues bien, se me… se me olvidó decirles de esta huésped, una jovencita… Ayer se me acercó para preguntar si ustedes eran policías.

McGray lo agarró de la solapa, en un movimiento demasiado violento incluso para sus estándares: —*¿Qué?* ¿Y hasta 'ora se te ocurre decirnos?

Mr. Jones se atragantó:

—No pensé que fuera importante, y luego ustedes estuvieron fuera todo el día…

—¿Puede describir a aquella jovencita? —le pregunté, aunque yo mismo habría podido responder.

—Bajita, delgada, cabello castaño…, muy bien educada. Vino con su abuela.

—¿Qué le dijo usted?

—La verdad: que no estaba seguro. Me imaginé que había visto al policía que vino a mandarlos llamar. Las mujeres se registraron en el hotel la misma noche que ustedes; apenas unos minutos antes. Les di

el cuarto de al lado.

McGray y yo intercambiamos miradas preocupadas.

Recordé lo que nos había contado la pordiosera de la calle de Shambles: había visto a Oakley y a Redfern salir con equipaje. Entonces recordé también nuestra primera noche en el hotel, cuando habíamos escuchado a dos mujeres discutiendo.

—McGray, les gritaste que se callaran —le dije—. Golpeaste la pared…

—Ei. Oakley debió reconocerme.

—Y luego ambos mencionamos la fotografía de Joel antes de mandar los abrigos a la lavandería… —miré al hotelero—. Tenemos que revisar ese cuarto ahora mismo.

Fuimos rápidamente a la recepción, buscamos la llave y Mr. Jones nos acompañó de vuelta. Llamó gentilmente a la puerta.

No hubo respuesta. McGray entonces martilleó la madera con los puños.

—*¡Ábrannos, hijas de la…!*

Esperó sólo segundos antes de arrebatar la llave y abrir la puerta sin miramientos. La empujó de un puntapié y entró, vociferando al instante: —*¡Coño!*

El cuarto se hallaba vacío. Ordenado, pero vacío.

Sobre la cama pulcramente hecha había un montoncillo de billetes y una nota, que McGray levantó y leyó en voz alta: —*Estimado míster Jones, lamentamos mucho haber causado el fuego. Por favor, acepte este dinero que debería cubrir todos los daños, así como los cómodos cuartos que nos proporcionó…* —levantó el rostro—. Sin firma.

—Déjame ver —urgí. La caligrafía era bastante elegante, aunque unos manchones de tinta delataban la prisa con que había sido escrita. Arqueé una ceja—. ¿Por qué dice *los cuartos*?

Mr. Jones ya estaba contando el dinero.

—Ah, viajaban con un sirviente. Un gigantón, que era más alto que ustedes y tenía espaldas tan anchas que apenas cabía por las puertas.

Me froté la cara, sintiendo que el estómago me ardía por la frustración.

—Sé que es una pérdida de tiempo preguntarle esto, pero ¿le dieron sus nombres o direcciones?

—Puedo checar el registro —dijo el gordinflón Mr. Jones—. Enseguida vuelvo con el libro.

Mientras esperábamos le eché un vistazo a aquel cuarto, negando con la cabeza.

—¿’tás bien, Frey?

—No lo entiendo… ¿Por qué no quieren que encontremos a Joel?

¿Por qué, si el tipo claramente quiere matarlas? Y éste fue un acto desesperado.

McGray suspiró, igual de confundido. El hotelero volvió entonces con el desgastado registro de huéspedes y nos mostró la línea en cuestión. Las mujeres habían firmado como Mary y Jane Smith. Para nada creíble.

Nueve Uñas resopló:

—Límpienos este cuarto, míster Jones. Pasaremos la noche aquí —y salió de inmediato. Fui por mi abrigo y nos encaminamos de vuelta a la abadía.

—Qué ironía —dijo McGray mientras caminábamos por las gélidas calles—. Hoy dormiré en la cama de la misma bruja que ando buscando.

En realidad… no sería así.

*

Me sentí algo mareado, de pie en lo más alto del campanario a plena luz de día.

McGray estaba alisando el mapa que había arrancado (sin ceremonia alguna) de un libro de la biblioteca del castillo.

—¿Dirías que aparecieron en el sureste?

Sostuve la pequeña brújula que había tomado de la oficina de Massey.

—Tal vez, pero los puntos cardinales no eran mi prioridad anoche.

El viento de la tarde había limpiado el aire, ofreciéndonos una vista ininterrumpida en todas direcciones, pero tendríamos que darnos prisa, pues unas nubes negras nos amenazaban desde el oriente.

—El resplandor seguramente vino de aquella colina —dije, indicando un monte a unos kilómetros del borde de la ciudad.

McGray consultó el mapa.

—Se llama Black Fell. No hay nada ahí, ni siquiera granjas. ¿Qué hay de la otra lucecilla?

Di unos pasos a mi derecha.

—Ésa venía de más al sur —entorné los ojos, intentando divisar el contorno de un monte distante. Apenas si podía distinguirlo, pero sólo como una pálida sombra, apenas más oscura que el resto del cielo gris —. De ahí.

McGray frunció el ceño.

—No veo nada. ¿Seguro?

—Ésa es la dirección —recalqué, algo sorprendido: la visión de McGray solía ser mucho mejor que la mía.

Recorrió el mapa con los dedos.

—Ése podría ser Winfold Fell, aunque debo decirte…

—¿Qué?

—Pendle Hill queda en esa dirección.

Solté una carcajada.

—¡Pendle Hill! ¿Quieres decir… el Pendle Hill que se hizo famoso por ser una madriguera de brujas hace dos siglos?

—Ei.

—No seas ridículo. Aquella montaña queda demasiado lejos para verla desde aquí.

—Eso ya lo sé. Pendle Hill está a unos cincuenta o cincuenta y cinco kilómetros, pero ve el mapa. Acabas de apuntar directo a esa dirección.

—Mera especulación.

—Ei, pero hasta tú debes admitir que tiene lógica.

No le contesté… pues tenía razón. Aquellas mujeres habían dejado innegables rastros de brujería. Y ahora encendían misteriosos fuegos que se acercaban más y más a un poblado tan famoso por sus antiguas brujas que incluso yo había escuchado la historia. Sólo alguien en extremo testarudo podría alegar que se trataba de una coincidencia. Vi que McGray escudriñaba el horizonte, y el anhelo en su mirada me asustó.

—No iremos allí —dije tan firmemente como pude—. No iría incluso si tuviésemos evidencia indiscutible de que lord Ardglass se dirige a ese lugar. Ya hemos hecho mucho más de lo que nos exige el deber.

McGray tomó aire, preparándose para debatir con ahínco, pero Thatcher llegó a tiempo para interrumpirlo: —Inspectores, acabamos de encontrar algo en las criptas. Tienen que verlo.

El joven sargento traía el brazo en un cabestrillo y su hombro estaba envuelto en aparatosos vendajes.

—Deberías descansar, muchacho —le dijo McGray mientras descendíamos.

—Estoy bien, inspector. El hueso está roto pero puedo caminar y ayudar con la búsqueda. Kenny es el que está sufriendo, con ese macanazo en la cabeza.

—¿Se recuperará? —pregunté.

—Sí. El doc dijo que estará bien, pero que no debe trabajar por unos días.

Llegamos a la nave de la iglesia y de ahí descendimos todavía más. Unos estrechos escalones de piedra nos llevaron a las criptas subterráneas, reservadas para los más altos clérigos.

Las piedras a nuestro alrededor tenían cientos de años, y el aire, cargado de polvo y salitre, era una tortura para los pulmones. Siguiendo el resplandor blanco de una linterna encontramos a dos jóvenes oficiales y al obeso abad, todos contemplando una pila de piedras destrozadas sobre el suelo. El cascajo había caído de un nicho amplio, dejando la cavidad completamente al descubierto. La placa, aunque erosionada por el tiempo, aún rezaba con claridad: *lord William Ambrose*.

—Encontramos todo así como lo ven —dijo el oficial de más edad —. Intentamos mover las piedras para que ustedes pudieran ver la cripta, pero se nos desmoronan en las manos.

Recogí un trozo de los escombros, que para mi sorpresa resultó ser extremadamente ligero y poroso, y en verdad se desmenuzaba en las manos con muy poca presión.

—No es granito o arenisca —dije, pulverizando el pedrusco con apenas un apretón—. Es piedra volcánica muy suave.

El abad se mostraba escandalizado, abanicándose con ambas manos.

—Esto es sacrilegio —empezó a decir, pero McGray lo hizo a un lado de un empujón, le arrebató la linterna a los oficiales y le echó luz a la cripta. Mientras hurgaba en las profundidades del nicho, el abad chilló con voz aguda—: ¡Inspector, esto es inaudito! Este lugar es sacrosanto. Venimos aquí sólo para enterrar a nuestros hermanos más beatos.

—Pues hay artefactos de brujería en su lugar tan sacrosanto — repuso McGray. Extrajo una botella de vidrio verde y la sostuvo cerca de la luz. Era otra botella de brujas: en su interior podían verse las sombras de clavos doblados y hierbas en descomposición.

McGray estuvo a punto de descorcharla pero logré detenerlo a tiempo.

—¡No te atrevas a abrir esa jodida botella! ¡Esta pocilga es un espacio confinado!

De nuevo el abad protestó:

—¡Por piedad, muestren un poco de respeto! Están entre los sepulcros de las almas más caritativas de la iglesia anglicana.

Alcé una ceja.

—Ésta es la cripta de un lord, no de un clérigo.

El abad se defendió con orgullo:

—Lord Ambrose fue uno de los más magnánimos bene-factores en los días de la reforma protestante, cuando el condado de Lancashire aún rebosaba de herejes católicos. Su lugar aquí es bien merecido.

—En otras palabras —agregué—, fue uno de ésos que compran su

lugar en el cielo.

—Y no creo que esté descansando en mucha paz que digamos —agregó McGray, de nuevo escudriñando la tumba. Su hombro me bloqueaba la vista, pero cuando se movió de nuevo sentí un escalofrío.

El cráneo de lord Ambrose había sido arrancado de su esqueleto, y ahora descansaba de cabeza. Pero lo que en verdad me perturbó fue que sus cuencas oculares y la cavidad espinal estaban atestadas de clavos oxidados, ramitos espinosos y flores marchitas, como un aberrante florero del inframundo.

Arranqué un pétalo, café y quebradizo, y al observarlo de cerca no pude reprimir un gruñido.

—Ay, por Dios…

—¿Qué pasa?

Muy pronto desearía haber mentido:

—Creo que son flores de caléndula.

23

McGray quedó estupefacto.

—¿En serio, dandi?

—Pueden estar marchitas —proseguí—, pero estas flores no son tan antiguas como la cripta. Alguien debe haberlas colocado hace poco… Durante los últimos meses, sin duda.

Eso sólo agitó a McGray aún más, y para desdicha del abad metió medio torso en la sepultura. El consternado sacerdote gritó e intentó jalar a McGray, pero cuando el obstinado Nueve Uñas se movió fue sólo para asestarle una tremenda bofetada a las fofas mejillas de abad.

—*¡Nueve Uñas!* —grité, sosteniendo al gordo abad antes de que se desplomase al piso—. ¡Acabas de agredir a un civil!

Pero ya se encontraba de vuelta en el nicho.

—Si tanto te importa, friégale los trinches cachetes con alcanfor. Te harán falta dos que tres frascos por cachete.

Escuché el repiqueteo de huesos siendo removidos y aventados sin miramientos, y entonces McGray profirió un gemido de repulsión. Salió del nicho de un salto, y vi que su mano estaba cubierta en una sustancia negra y gelatinosa: —¿Qué coños es esta mierda?

Me acerqué, frunciendo la nariz ante el olor aceitoso.

—Mejor será que te laves la mano…

—¿Qué? ¿Es veneno?

Antes de que pudiera contestarle, un oficial muy alto con voz crispante entró a las criptas.

—Señores, Crispin el Babotas quiere hablar con ustedes. Dice que es urgente.

—¿Crispin el Babotas? —pregunté, antes de que McGray me recordara que ése era el nombre del nieto del juez Spotson.

—Me temo que tendrá que esperar —contesté, pero el muchacho ya bajaba por los escalones de piedra, con los ojos tan abiertos como las cuencas del profanado cráneo.

—Inspectores, tengo que hablar con ustedes —balbuceó, tropezándose con el cascajo y casi cayendo de bruces—. En privado si es posible.

—Ey, fuera de aquí —le dije.

—¡Por favor, señores…, se trata de… las ranas!

Volteé hacia él tan rápido que el cuello casi se me quebró: —¿Qué dijiste?

La voz de McGray pocas veces había sonado tan grave:

—Todo el mundo fuera.

El abad estaba indignado.

—No crean que los voy a dejar solos aquí, para que sigan profanando la…

—*¡Que se largue!* —rugió McGray con una voz que resonaba a lo largo de las criptas, y los oficiales salieron de inmediato, llevándose al sacerdote casi a rastras. Cuando se extinguieron los ecos de su voz aguda, nos quedamos en un lúgubre silencio.

McGray se limpió la sustancia negra con el costado de su abrigo, dejando una tremenda mancha, y sostuvo la linterna para alumbrar el rostro de Crispin.

—¿Y bien?

El labio del joven temblaba tanto como su voz:

—Anoche mi abuelo tuvo un momento de lucidez… o eso parecía.

—Tienes toda nuestra atención.

Crispin metió una mano temblorosa a su bolsillo y extrajo un arrugado trozo de papel.

—Se quedó muy agitado después de que lo visitaron. No durmió bien… y por lo regular se pasa los días sentado en su estancia, pero esa tarde no dejó de pasearse por toda la casa. Lo vi apretándose las sienes. Lo hace mucho últimamente, cuando intenta recordar cosas…

Siguió una larga pausa.

—¿Recordó algo? —susurró McGray.

—Sí. Se estaba asomando a la ventana cuando aquel fuego estalló. El fuego verde. ¿De casualidad lo vieron, inspectores?

—Lo vimos —contesté.

—Pues bien, mi abuelo se conmocionó. Fue como si ver el fuego le trajera todos sus recuerdos al mismo tiempo. Me llamó a gritos y me pidió papel y manguillo. Balbuceó bastante sobre ranas. No pronunció ciertas palabras, sino que se limitó a anotarlas. Dijo que las ranas… vienen de aquí.

Nos extendió la nota, pero no la soltó cuando McGray la sostuvo.

—Mi abuelo me dijo que les pidiera sólo una cosa… antes de volver a ensimismarse.

—¿Ei?

Crispin susurró con una vocecilla temblorosa que a duras penas comprendimos: —No deben decirle a nadie que esto vino de él. Tienen que jurármelo. Eso pidió.

—¿Sabes de qué se trata esto? —le pregunté, frunciendo el ceño y mirándolo con suspicacia.

Crispin negó con la cabeza.

—No, señor. Nada de lo que dijo parece tener sentido, pero he aprendido a distinguir la diferencia; sé cuando mi abuelo habla con sensatez y cuando no. Esto parecía ser muy importante para él, y como le dije, no se atrevió a pronunciar estas palabras en voz alta, y no quiso que nadie más que yo les trajera la nota.

—Sabemos cerrar el pico —le dijo McGray, con tono alentador—. Confía en mí, también tengo un familiar muy querido… que no puede hablarme.

Crispin asintió. Lentamente soltó el papel, y antes de que pudiéramos agradecerle se había marchado.

McGray se quedó en absoluto silencio, contemplando los escalones de piedra. Fue como si de pronto hubiese olvidado dónde se encontraba. Tuve que arrebatarle la nota y desdoblarla. La letra de rasgos largos y finos, sin duda de un hombre débil y cansado, anunciaba desgracia: *Cobden Hall,*

Pendle

*

—¡No iremos a Pendle!

Mis gritos atrajeron todo tipo de miradas por la calle y no puedo culpar a la gente: mi cara estaba más que roja, casi al punto de tornarse púrpura, y vociferaba con la voz truculenta que sólo se escucha en los granujas más borrachos del este de Londres.

McGray me ignoró durante todo el trayecto, marchando imperturbablemente hacia la estación de trenes, y su aparente sordera sólo logró enfurecerme aún más. No me miró sino hasta que mi voz se convirtió en francos alaridos, pero incluso entonces no fue más que un atisbo con el rabillo del ojo.

Me ignoró mientras indagaba dónde podía conseguir caballos, carretas o carruajes en alquiler. Nadie deseaba llevarnos a través del Bosque de Bowland; los caminos, según decían, eran terribles, infestados de ladrones, y había muy pocos mesones donde pasar la noche. Algunos de esos conductores, que se creían barómetros humanos, auguraban una terrible tormenta de nieve (lo sentían en los huesos, según ellos) y aquellos páramos, escarpados y desolados, eran el peor lugar para quedarse varado durante una ventisca.

Cuando escucharon que nuestro destino potencial era Pendle todos sugirieron que tomáramos el tren a Preston, seguido por un viaje

razonablemente corto en una diligencia, pero para McGray eso no era una opción.

—¿Y eso de qué me sirve? —había refunfuñado—. Lo que queremos es seguir esos faros verdes.

—No —lo corregí—, eso es lo que *tú* quieres. Lo que yo quiero es encontrar una macana y aporrearte hasta que vuelvas a tus cabales.

Otro conductor rehusó llevarnos, pero sugirió que habláramos con Benjo… aunque sólo si estábamos absolutamente desesperados.

Con buena razón, pues Benjo era un vejete de aspecto muy desagradable, que apestaba a la más repugnante combinación de sudor y cerveza rancia. Tampoco él quiso llevarnos, pero sí nos ofreció un carruaje: un traqueteante y deprimente despojo de maderos, en lo que a mí concierne, que el hombre estaba dispuesto a vendernos junto con una mula enfermiza y muerta de hambre.

—Tiene que ser una broma —resoplé—. A esa pobre bestia deberían dispararle y acabar con su miseria. Dudo incluso que sobreviva al viaje.

—Pos si no la quiere, váyase haciendo a un lado, patrón —replicó el tal Benjo.

McGray parecía estar mirando a un animal completamente diferente: —Págale, dandi.

No era una suma importante, pero aun así me reí.

—Debes haber inhalado una bocanada de hongos alucinógenos en aquella bodega si crees que apostaré un penique a este ridículo viaje. No tenemos evidencia alguna que sugiera que Joel ha salido de Lancaster. Y *no* iremos a Pendle.

Nueve Uñas me sujetó de la solapa, rechinando los dientes y tironeándome para hablarme en voz baja: —Los faros van para allá. El juez loco dice que las ranas y los cacharros vienen de allá. Joel dejó una nota diciendo que lo sabía todo. Debe saber que la fuente de todo está allá. *¡Tenemos que ir allá!*

Me liberé de un tirón, pues su expresión comenzaba a perturbarme.

—Nueve Uñas, tienes ojos de demente. Joel pudo haber querido decir un millar de cosas con esa nota. El hombre está loco, ¿ya se te olvidó? Además, estamos en territorio inglés. Lo más sensato es asignar a un inspector local que dirija una investigación oficial en aquellos lares. Mientras tanto deberíamos permanecer aquí; aún quedan muchas pistas y cabos sueltos que no hemos investigado debidamente. ¡Incluso dejamos cabos sueltos en Edin-jode-burgo!

McGray de nuevo gruñó:

—*¡Págale!*

—Paga tú mismo si estás tan desesperado.

—No es sólo el dinero lo que necesito. Ya viste que no estamos persiguiendo a una chiquilla solitaria. No puedo seguir yo solo.

—En ese caso no podrás seguir, porque no pienso ir a ningún lado.

Se mordió el labio, con un destello ardiendo en sus ojos, de una manera que sólo había visto una vez, cuando Nueve Uñas estaba arrodillado frente a su hermana.

—Nunca he estado tan cerca de averiguar qué le pasó a Pensy.

—McGray, no estás…

—*¡Habló, Frey!* —farfulló. Una ansiedad antinatural comenzó a apoderarse de él, y su voz retumbante comenzó a llamar la atención de los transeúntes—. ¡Después de cinco malditos años habló! Y decidió hablarle a un asesino demente. ¿Por qué haría algo así? Y luego escribió en tu maricona libreta. ¿Por qué? Un viaje en esta mula es todo lo que me separa de la respuesta.

—No estás para nada cerca —contesté, con una frialdad que yo mismo no pude creer—. Te lo he dicho antes: nunca debiste inmiscuirte en este caso. Ya te he seguido demasiado lejos y no pienso hundirme más en este lodazal, ni siquiera si me arrastras a la fuerza.

McGray asintió.

—Como gustes…

Se movió en un parpadeo y no tuve tiempo de reaccionar. Todo lo que recuerdo es una breve imagen de su puño, apenas una impresión, justo antes de que se me nublara la visión y todo se volviera una explosión de estrellas.

El mundo entero se redujo a un entumecimiento físico y mental, y todo ocurrió como si lo presenciara a kilómetros de distancia. Sentí que me arrastraban, mientras mi cerebro se rehusaba a procesar lo que acababa de pasar.

¡Nueve Uñas acababa de asestarme un tremendo puñetazo justo en la nariz!

Conforme pasaban los segundos me volvía más consciente del dolor, hasta que sentí que la cara me iba a reventar. Estaba apretándome la nariz y gimoteando cuando McGray me arrebató la billetera, y no pude oponer mucha resistencia cuando me subió al carruaje. Un momento después ya estaba latigueando a la patética mula, arrastrándonos inexorablemente a los yermos de Lancashire; aquellos páramos nevados y borrascosos donde sólo encontraríamos desdichas.

24

El dolor en mi cara era espantoso, y a ratos deseé que McGray me hubiese noqueado por completo. Para cuando pude abrir bien los ojos y considerar mis opciones con claridad, ya era demasiado tarde: Nueve Uñas conducía tan deprisa que resultaba imposible saltar del carruaje sin despedazarme sobre las rocas del camino. Incluso si reuniera el valor, McGray se había hecho de mi dinero, de mi arma y de mis credenciales, y estábamos ya tan lejos de Lancaster que no habría podido volver a pie antes de que cayera la noche.

Todo lo que pude hacer fue esperar. Tendría que seguir a McGray, pero con la convicción de abandonar esta ridícula cacería en cuanto tuviese oportunidad.

Resignadamente, me asomé por la ventanilla del desvencijado carruaje. Estábamos ascendiendo hacia las colinas, dirigiéndonos directo a las nubes negras que habíamos visto desde el campanario. Vi los cielos despejados que dejábamos atrás y mi corazón se hundió. Las arenas anegadas de la Bahía Morecambe reflejaban dorados rayos de sol, brillando en cálidos tonos caoba. Más cerca de nosotros, pero aún minúsculas en perspectiva, se veían las calles pardas y grises de Lancaster, arracimándose alrededor del pequeño monte donde se asentaban las torres del castillo y la abadía. Me imaginé cómo se habría visto aquel faro verde en medio de la noche: para alguien que mirase desde donde nos encontrábamos habría parecido una bola refulgente de fuego verde flotando en el aire.

Pronto alcanzamos el otro lado de la colina y Lancaster se perdió de vista. Debimos viajar un par de horas antes de que McGray redujera la velocidad. Detuvo el carruaje junto a las ruinas de un antiguo establo, lo escuché bajar del asiento del conductor de un brinco, y después oí sus pasos sobre la nieve.

—¿La condesita gusta cenar?

—*¡Cenar!* —grité —. ¡Quiero descuartizarte! —desafortunadamente mi voz sonó bastante nasal, con mis poros medio tapados por la sangre coagulada.

—Ei, suenas reteamenazante.

La sangre me hirvió. Cuando bajé, el carruaje crujió como cama

vieja de burdel, y el viento fuerte y helado fue como dagas golpeándome la dolorida cara. Tuve que envolverme bien en mi abrigo mientras miraba a nuestro alrededor. Aunque McGray se había detenido en la cima de una colina, todo lo que podía ver era legua tras legua de terreno ondulante y baldío, extendiéndose hasta el horizonte y más allá. Sólo unos cuantos arbustos solitarios sobresalían entre las capas de nieve. Aporreadas sin cesar por el viento, las ramas se veían como manos huesudas y renegridas implorando en la misma dirección.

Hallé a McGray sentado sobre una roca, masticando una grasienta empanada de res y papas, y pasando los bocados con un botellón de cerveza de malta. Protegido a medias por la pared derruida y cubierta de liquen, nada parecía perturbarlo; ni el viento, ni los copos de nieve que comenzaban a caer… ni el hecho de que, para fines prácticos, acababa de secuestrar a un colega.

Su actitud tan despreocupada empeoró mi mal genio. Sentí que los labios se me torcían involuntariamente, revelando mis rechinantes dientes mientras resoplaba con furia.

—*¡Tú…!* —gruñí, pero percatándome de mi voz adenoidea tuve que hacer una pausa para sonarme la nariz—. *¡Tú…* —continué, con la ira en mi voz un poco más creíble—, *pérfido…, jodido…, fétido escocete con hueva de rana por cerebro!*

Al fin me miró a los ojos:

—No sé por qué, pero como que algo parece molestarte.

—*¿Cómo pudiste hacer eso?* —bramé, agitando los brazos en un síncope de furia.

McGray sonrió, pero habló hasta que los ecos de mis gritos se desvanecieron por completo:

—Oi, mírate, Frey, lloriqueando y pataleando porque te robaron el postre.

—¿Me robaron el…? —tuve que obligarme a respirar profundo, pues la agitación empeoraba el dolor en mi rostro—. ¿Cómo puedes fingir que nada…, cómo puedes…? —incliné la cabeza—. ¿De dónde sacaste cerveza y empanadas?

—Se los compré a una viejita mientras lloriqueabas en el carruaje. Y su licor no está mal. Ten, come algo.

Me arrojó una de las aguadas empanadas, que no me molesté en atrapar. El grasiento bulto de masa rebotó en mi pecho y se cayó a la nieve.

—Te vas a arrepentir de no comerte eso.

Sus palabras se volverían realidad, y muy pronto, pero estaba tan enfurecido que sólo pude patear la desdichada empanada fuera de mi vista.

—Dame mi revólver.

—Oi, ¿como para qué? ¿Vas a regresar a Lancaster a pie?

—Debería ser libre de hacerlo si me da la gana. ¡Esto es prácticamente un secuestro! Todos en Londres sabrán lo que has hecho, así tenga que hablar con el comisionado Monro en persona.

McGray le dio una gran mordida a su empanada y me contestó escupiendo migajas:

—Ei, se me olvida lo sentidos que son los inglesitos. Apenas te doy un toquecito y luego luego gritas que “te agredí”.

Iba a discutir, pero el terrible viento me hizo estornudar como pocas veces. Me limpié la nariz de nuevo y sentí lástima por mi pañuelo, embadurnado de sangre coagulada y los peores frutos de dolorosa expectoración. Lo tiré a un lado.

—Te espero en el carruaje —le dije—. Puedes congelarte aquí si quieres. Así al menos podré quitarte mi dinero y llevarme a esa enclenque mula al conato de civilización más cercano.

La madera cuarteada ofrecía poca protección, pero aun así era bienvenida. No hubiera soportado más de unos minutos en aquella intemperie, y la forma en que McGray sobrellevaba los elementos me recordó a esos borrachos que solemos ver dormidos en los gélidos callejones de Edimburgo.

Lleno de cerveza y empanadas, McGray continuó la marcha y descendimos por el lado oeste de la colina. Pronto desapareció el último destello del crepúsculo y la noche se asentó, trayendo consigo una tupida nieve. Las nubes negras ahora estaban justo sobre nosotros, oscureciéndolo todo y haciendo que el mundo pareciese una caverna tenebrosa. Entonces me percaté de que ni siquiera teníamos una linterna.

McGray tuvo que detenerse y sacar el carruaje del camino. Estábamos en un terreno empinado, y McGray usó el muy ancho tronco de un viejo roble para proteger a la mula del viento. Le costó bastante atar al animal; intentó iluminarse con la ridícula flama de un cerillo, pero el viento era implacable y al final tuvo que hacer la tarea a ciegas.

—Ni siquiera puedo ver el trinche camino —dijo al entrar al carruaje.

—¿Así es como termina tu épica cruzada? —dije con burla—. ¿Varado en medio de la maldita nada, en un carruaje que es prácticamente un huacal con ruedas, tirado por una patética criatura que no va a ver la luz del día?

—Un pinche remilgo más y te saco a patadas —me advirtió, acurrucándose en el asiento opuesto, donde se quedó dormido en

menos de un minuto.

Jamás lo había visto dormir tan profundamente, mucho menos dos noches seguidas, y me sorprendió que sucediese bajo estas extenuantes circunstancias.

En realidad lo envidié. El despiadado frío y sus ronquidos ensordecedores no me dejaron descansar, y muy pronto todos los huesos y articulaciones de mi cuerpo estuvieron entumecidos o adoloridos. Pasé horas cambiando de posición en aquel duro asiento, sintiendo las heladas ráfagas de viento que se filtraban por entre las grietas de la madera. Pero a pesar de todo, finalmente los párpados me pesaron, y acogí la deliciosa somnolencia y la promesa de un buen descanso.

Debo haber dormido un largo rato, aunque me pareció un pestañeo. Entonces, antes de poder soñar, algo emergió de entre la impenetrable oscuridad: un tenue resplandor atravesando mis párpados como la luz del sol.

Sólo que era verde.

Abrí los ojos de inmediato, pero incluso entonces sólo pude ver un borroso resplandor. Una gota escurrió y me di cuenta de que estaba mirando a través de la ventanilla empañada. Me incliné para limpiar la condensación con el dorso de la mano y entonces vi, nítida entre la negrura, una fila de verdes bolas de fuego.

Marchaban lentamente por el camino, a sólo unos metros de nosotros, en una procesión silenciosa hacia el oriente. Quise contarlas, pero las luces serpenteaban y se cruzaban entre sí conforme avanzaban. No supe el número exacto, pero estimé que debían ser al menos una docena.

Le di un codazo a McGray, desesperado por alertarlo, pero dormía tan profundamente que sólo unos francos golpes habrían podido despertarlo. No se movió cuando le registré el bolsillo del abrigo para buscar mi revólver. Sus pesados brazos estaban cruzados fuertemente contra su pecho, y supuse que se había guardado las armas en los bolsillos interiores.

De nuevo miré las luces, que ya se perdían en la distancia, tan rápido como habían aparecido. Imprudentemente abrí la portezuela, y el viento helado me apaleó cuando bajé de un salto.

Marché penosamente por el camino, con mis botas hundiéndose en la nieve mientras observaba las ya distantes luces. Quise gritar y ordenarles que regresaran, pero recordé el horrible calor que había experimentado en el campanario, el ardor de las llamas verdes traspasando mi ropa, y entonces la escalofriante risa de Redfern resonó en mi mente, tan clara como si la bruja estuviese frente a mí.

Desarmado y con un compañero inconsciente, lo más sabio fue guardar silencio, a pesar de la frustración que me oprimía el pecho.

Para entonces, mi rostro estaba entumido, pues la brisa nocturna era como una mortaja letal, y volví cansinamente al viejo carruaje. McGray no había visto nada; ni la corriente helada había logrado despertarlo.

Me quedé despierto un largo rato, con los ojos abiertos al máximo, esperando que más antorchas verdes aparecieran de cualquier dirección, sin saber qué podría hacer si se topaban con nuestro carruaje. Cada ráfaga de viento y cada roce de las ramas me hacían saltar, y mi ansiedad empeoró cuando el cansancio hizo que mis ojos lagrimearan. Intenté permanecer alerta, pero a pesar de mis esfuerzos pronto caí rendido.

*

Escuché golpes y gruñidos, y antes de abrir los ojos creí estar de vuelta en Londres, en la modesta casa de Suffolk Street que había extrañado tanto desde mi partida a Edimburgo, y que Joan estaba en la cocina, ablandando carne con un mazo.

Nada más alejado de la realidad: me estiré, con el cuerpo tan tieso y entumecido como el de un abuelo, y eché un vistazo por la ventanilla. Era muy temprano por la mañana, el cielo estaba totalmente encapotado, y la tenue luz que dejaban pasar las nubes lo teñía todo en tonos grises y azulados.

Por primera vez pude ver con claridad dónde nos habíamos detenido: estábamos al centro de un estrecho valle, con empinadas colinas a ambos lados del camino. La nieve se había endurecido y descarapelado en secciones, dejando ver que bajo el hielo aquellos montes se hallaban cubiertos de frondosos brezos lilas. Cualquiera habría pensado que las colinas nos protegerían del viento, pero en realidad hacían lo opuesto: las ráfagas se aglutinaban por aquel paso, golpeándonos con más fuerza que en las planicies abiertas.

Entre el silbante viento encontré la fuente de los sonidos que me habían despertado: McGray estaba pateando los cuartos traseros de la vieja mula, que yacía muerta y medio enterrada en la nieve.

Por un momento sentí lástima por la infeliz bestia, pero luego comprendí lo que aquello significaba: estábamos atrapados sin remedio en los páramos más desolados de Lancashire, a leguas de cualquier poblado, y sin transporte alguno además de nuestros propios pies.

En vez de renovada furia, sentí el irracional impulso de estallar en

carcajadas.

—Mira nada más —dije con regodeo—, sí se murió.

McGray le asestó una última patada, después me agarró de la solapa y sacó la mitad de mi cuerpo a través de la ventanilla:

—¡Debí darle tu asiento a la maldita mula!

Me dejó balanceando precariamente sobre la portezuela, y casi me caigo de cara a la nieve. Me empujé aparatosamente, consciente de cuán torpes debían parecer mis movimientos, y salí del carruaje. La nieve era profunda y mis pies se hundieron por completo, pero el borde del camino todavía era reconocible. La nieve lucía inmaculada, sin rastro de la extraña procesión que había visto la noche anterior. Iba a contarle el incidente a McGray, pero preferí no hacerlo; aquellas luces habían ido en la misma dirección que yo intentaba evitar, y su presencia sólo reforzaría la demente determinación de McGray.

—Podemos seguir este sendero —dije, alisándome el abrigo—. Si emprendemos el camino ahora y a buen paso, llegaremos a Lancaster antes de que anochezca. Habremos perdido un día entero gracias a tu necedad, pero al menos…

—Estamos más cerca de esta villita —interrumpió McGray, sentado sobre la mula muerta y examinando el arrugado mapa. Me extrañó que entrecerrara los ojos y se acercara el papel a centímetros de la nariz—. Slaidburn.

—¿Slaidburn? ¿No es ésa la villa donde…?

—Donde nació Pimblett. Ei. Nos desviaríamos un poco del camino, pero sólo nos tardaríamos unas dos horas en llegar. Incluso a tu paso de tortuga embarazada. Puede que encontremos ayuda. Y quizá podamos indagar más sobre Pimblett. Seguramente es uno de esos poblados donde todos conocen a todos; alguien podría decirnos cómo es que Pimblett acabó trabajando para aquella vieja bruja… y para Redfern también.

—¿Exactamente dónde estamos? —pregunté, y McGray señaló el pequeño cañón.

—En el Paso de Bowland.

Miré el mapa y de inmediato protesté:

—Esa villa está al este. Yo quiero ir al oeste. *¡De regreso!*

—¿Sigues pensando que lo que quieres me importa un soberano alpiste, Frey?

—No iré hacia allá —declaré, pero incluso al pronunciarlo supe cuán ilógico era, y mi orgullo no me permitía retractarme—. Prefiero caminar veinte kilómetros al oeste que seis kilómetros hacia tus brujas locas.

—Como quieras —dijo McGray, poniéndose de pie y caminando al

este sin desanimarse—. Nomás recuerda que no tienes armas, dinero o credenciales de policía. No me sorprendería que alguien en el camino te dé una golpiza, o te mate… o te *profane*.

Sin importar cuán exasperado estuviese, tuve que seguirlo, trotando patéticamente hasta alcanzarlo:

—No tienes idea de cuánto deseo darte un puñetazo en la garganta.

—Pos nomás inténtalo.

—No, muchas gracias.

—¡Oi, no le saques!

—No es que… "le saque". Me contengo sólo porque si nos topamos con una jauría de lobos o una pandilla de asaltantes necesito algo que arrojarles.

*

Apretamos el paso, esperando llegar a la villa lo antes posible, pero era como si los mismos cielos se empeñaran en evitarlo. El viento y la nieve se volvieron una colosal tormenta, latigueándonos las caras sin piedad. Me agaché y cubrí mi rostro lo mejor que pude con mis solapas de piel, caminando tras McGray, y con los ojos abiertos sólo lo suficiente para distinguir sus pisadas. Con cada inhalación sentía el viento helado quemándome la nariz, y mi estómago se retorcía con un hambre insoportable. Añoré la grasienta empanada que había dejado caer sin pensar.

—¡Hay que buscar refugio! —grité al darme cuenta de que ya no sentía los pies, pues el interior de mis botas estaba tan frío como la misma nieve. Pensé en aquellas horribles historias de exploradores en los Alpes: piernas con gangrena y dedos tan congelados que la carne y el hueso se trozaban como vidrio.

McGray no se detuvo ni aminoró la marcha, así que grité por segunda vez.

Se dio la vuelta, pero no por mis protestas. Su mirada estaba fija en el camino, en la dirección de donde habíamos venido.

—¿Qué pasa? —le pregunté, pero de nuevo no me respondió.

Volteé, buscando lo que McGray observaba, pero en la ventisca el mundo se había reducido a un manchón blanquecino. Un momento después vi aparecer una sombra difusa en el horizonte, emergiendo por detrás de la colina más cercana. En cuanto la vi escuché el sonido apenas audible de ruedas y cascos de caballos.

—¿Es eso lo que escuchaste? —pregunté, pero McGray negó con la cabeza. Se veía genuinamente confundido.

—No. Escuché… que alguien gritaba.

—¿Gritaba? No escuché ninguna voz.

—Alguien gritaba mi nombre —musitó.

—Estoy totalmente seguro de que no… —me quedé mudo. El contorno del carruaje se volvió más nítido, y tuve que frotarme los ojos para convencerme de que no era una alucinación—. McGray…, ése es el carruaje que vimos cerca de la bodega.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

—Totalmente. Era un landó negro; algo que definitivamente no esperarías ver en un camino como éste.

McGray se protegió el ceño con su mano de cuatro dedos, entornando los ojos y frunciendo el entrecejo, como si sólo pudiera ver sombras borrosas.

Cuando miré de nuevo, el carruaje estaba mucho más cerca. Incluso distinguí los costosos baúles atados al capó, pero mi corazón dio un vuelco cuando vi la voluminosa silueta del conductor. Estaba envuelto en una gruesa capa con capucha, pero no necesitaba verle la cara pare deducir que se trataba del mastodonte que nos había atacado en los astilleros.

—El fenómeno de circo —siseé, y McGray desenfundó ambas pistolas—. *¡Dame mi revólver!*

—Ei, buen intento, princesita. Hazte a un lado.

Apenas tuve tiempo de moverme, pues el carruaje ya estaba a menos de veinte metros de nosotros. McGray se plantó en medio del camino y le gritó al conductor que se detuviera, pero el hombre continuó inexorablemente. Salté a un lado, mirando a los caballos galopantes y su aliento vaporoso, lanzándose como dardos hacia Nueve Uñas. Entrecerré los ojos, imaginando que lo arrollaban y pisoteaban con sus tremendas pezuñas. El hombre que había intentado matarnos no se detendría ahora.

McGray disparó dos veces pero erró los tiros, y ambas balas dieron en la esquina del carruaje. Hubo relinchos ensordecedores, al tiempo que el hombre tiraba de las riendas con tal fuerza que pensé que estrangularía a los caballos y el carruaje se despedazaría por la inercia. Las bestias se detuvieron, una de ellas lanzando un húmedo resoplido a centímetros de la cara de Nueve Uñas, que se limpió la mucosidad con toda impavidez. Aún empuñaba las armas con firmeza. Era una imagen más que extraña.

—¿Te molestaría demasiado que te hagamos… —hubo movimiento dentro del carruaje, pero sólo pude ver la espalda de una figura que se agachaba— que *les* hagamos una que otra preguntilla?

Mis oídos sólo escucharon el rugir del viento, mientras que mis

ojos iban del agitado McGray a las manos temblorosas del conductor. ¿Por qué se había detenido? ¿Por qué no acabarlo de una vez por todas, ahora que McGray se había colocado voluntariamente en su mira?

—*¡Bájate!* —rugió McGray.

De nueva cuenta alguien se movió en el carruaje: la figura delgada de una mujer emergió, asomándose cautelosamente por la ventana más alejada de mí. Me resultaba claro que se trataba de Oakley, pero la expresión de McGray se transfiguró en una mezcla de sorpresa y un terrible miedo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Sólo pude ver la espalda de la muchacha, que entonces alzó un brazo y fue como si lanzara una maldición. McGray gritó al tiempo que un proyectil volaba hacia él: una botella oscura que Oakley le arrojó. Se estrelló a los pies de Nueve Uñas y estalló en llamas tan violentas que la ventisca no pudo extinguirlas. La ropa de McGray se encendió con fuego verde, que intentó extinguir desesperadamente con las manos desnudas. Los dos revólveres cayeron al suelo.

—¡Déjate caer! —le grité, corriendo hacia él, pero no pude alcanzarlo. El troglodita del conductor había bajado y golpeó mi todavía dolorido rostro con el dorso de su mano, haciéndome ver estrellas y lanzándome de espaldas a la nieve.

A través de la ventisca apenas logré ver la sombra del gigante, que caminaba a grandes zancadas. McGray se había dejado caer de rodillas, pero no consiguió extinguir todas las llamas; el grandulón lo asió del cuello y lo levantó con un solo brazo como si fuera un guiñapo. McGray seguía en llamas cuando el hombre alzó su otro puño y lo golpeó salvajemente en el rostro. El impacto resonó tan fuerte que creí sentirlo, después hubo un segundo golpe sobre el mismo pómulo y vi que McGray escupía sangre.

El conductor lo lanzó al suelo, donde McGray yació inmóvil. Entonces el gigante se agachó para recoger las dos armas, apuntándome mientras esculcaba los bolsillos de McGray. Lo vi llevarse el dinero, nuestras credenciales y un par de frasquitos que Nueve Uñas seguramente había robado de la bodega de las brujas.

—¿Qué es lo que quieren? —pregunté. Mi voz temblaba por la ira y el frío—. ¿Están siguiendo a lord Ardglass o están huyendo de él?

El tipo me ignoró, acomodándose la capucha para mantener su cara oculta. En cuanto se guardó el botín volvió a saltar al carruaje y latigueó a los caballos. De nuevo pensé que iba a arrollar a McGray, pero por segunda vez desafió mi lógica: el conductor dio un cuidadoso rodeo, evadiendo a Nueve Uñas y al fuego verde que, extrañamente,

continuaba ardiendo sobre la misma nieve.

—*¡Regresen!* —vociferé con voz rasposa, pero la palabra apenas fue audible en medio del viento.

Vi que las ruedas dejaban profundas marcas sobre la nieve, alejándose a toda prisa y abandonándonos en medio de la brutal tormenta.

25

Era como si también hubiesen traído el peor de los climas, pues en cuanto se fueron el viento arreció, acarreando más nieve para golpearnos sin piedad.

Gruñí con cada movimiento, incorporándome con torpeza y yendo hacia McGray con pasos tambaleantes. Nueve Uñas lucía tan pálido como un cadáver, y pese a lo enojado que estaba no pude contener un grito ahogado cuando lo vi: yacía sobre la nieve con los ojos muy abiertos, y justo cuando temí lo peor lo vi inhalar profunda y ruidosamente. Las marcas de los puñetazos abarcaban toda el área entre su pómulo y su mentón, el labio se le había reventado y la piel ya comenzaba a inflamarse. Había una flamilla verde que continuaba ardiendo entre los pliegues de su abrigo; la sofoqué con un puñado de nieve y descubrí que la tela no estaba chamuscada, sino embarrada de una sustancia negra y viscosa.

Las llamas más grandes, en el punto donde la botella había golpeado la nieve, temblaban violentamente con el viento, pero se rehusaban a extinguirse, y en la base del resplandor verde había una enorme mancha oscura.

Le arrojé más nieve, y cuando no hubo más fuego vi que aquella mancha era un charco de la misma sustancia. De inmediato pensé en la resina negra que McGray había encontrado en la cripta. ¿Acaso la tumba había sido una bodega secreta?

Palpé el líquido con las yemas de los dedos, pues la nieve lo había enfriado rápidamente, y olfateé con cuidado. Aquello no era magia: tenía el penetrante olor sulfuroso de la pólvora, y la viscosidad seguramente se debía a una mezcla de aceites, brea y quizá resina de pino. Vista desde ciertos ángulos, la sustancia brillaba con minúsculos destellos, que debían ser finas ralladuras de metal. Quise limpiarme, pero la horrenda brea se impregnaba en todo, dejando una capa grasosa sobre cualquier superficie que tocara.

Escuché que McGray volvía a respirar con dificultad. Lo miré y solté un jadeo: nevaba tan copiosamente que sus manos, sus pies y la mitad de su cabeza ya estaban enterrados bajo el hielo. Teníamos que movernos de inmediato o aquel paso sería nuestra tumba.

Tuve que levantar su torso (tarea hercúlea) e inclinar su cabeza al frente, pues tal vez se estaba atragantando con su propia sangre.

Al sostenerlo no pude contener el más profundo gemido. Me encontraba solo, perdido, desarmado, en medio de una de las peores ventiscas del siglo, y con un herido que ni siquiera podía moverse… Sacudí la cabeza, intentando deshacerme de esos pensamientos antes de que me abrumaran.

—Piensa, Ian —dije en voz alta—. Una cosa a la vez… —batallé por un agonizante momento, pero al fin pude enfocar mis pensamientos—. Un refugio —murmuré—, o nos morimos congelados.

Miré a los alrededores, pero no había una sola saliente o un árbol o una roca que pudiésemos usar. Gimoteé de nuevo, pero antes de que la pesadumbre me invadiera de nuevo me puse de pie, respiré profundo y tiré del brazo de McGray. No esperaba que fuese tan pesado. Tuve que agacharme, poner su brazo alrededor de mis hombros y lo levanté, gruñendo mientras escuchaba el tronar de mi espalda. Volví a respirar profundo y di mi primer paso, con McGray colgando tan laxo como un costal de papas, y sus botas arrastrándose sobre la nieve mientras emprendía el penoso camino.

El movimiento lo despertó, pero no totalmente, y comenzó a quejarse. De repente abrió los ojos, alzó la cara y balbuceó con pánico.

—¡La vi! *¡La vi!*

—Tenías una vista privilegiada —le dije, batallando con su peso.

—No era la bruja.

—¿Entonces quién era? —escuché atentamente, pero McGray tartamudeó y profirió balbuceos—. Aún no hablo tu dialecto con tanta soltura.

Tragó con dificultad, y pude ver que aquel intento por hablar estaba drenando la poca energía que le quedaba. Al final logró pronunciar una sola palabra:

—Pensy.

Estuve a punto de tropezarme con las piernas laxas de McGray.

—¡Pensy! —exclamé—. Eso no puede ser. Tu hermana está a salvo en el manicomio, en Edimburgo —McGray sacudía la cabeza, gruñendo de nuevo, y suspiré con impaciencia—. Confía en mí; Pensy está en un cuarto cálido y agradable, quizás en una cama suave, y alguien le está trayendo una bandeja con una cena abundante…

Supe qué había detrás de mis palabras. Me moría de hambre. Con razón me costaba tanto sostener el cuerpo de Mc-Gray: mi última comida había sido el desayuno en el hotel de Lancaster. De nuevo añoré la empanada que McGray me había ofrecido, y quise correr en esa dirección y desenterrarla de entre la nieve.

No supe durante cuánto tiempo caminé, o si seguí el camino o no. Mi mente se concentraba únicamente en dar el siguiente paso, viendo cómo mis botas se hundían más y más profundo en la nieve. Pudieron haber sido minutos u horas, pero sentí como si mi existencia no hubiese sido más que aquella dolorosa marcha. Justo cuando sentí que el cuerpo de McGray se me resbalaba de las manos divisé una sombra gris en la distancia, detrás de una hendidura en el terreno.

Era un viejísimo roble, con ramas desnudas que parecían manos y garras, prestas a atraparnos y arrastrarnos al inframundo. Sus raíces nudosas se adherían a las grietas y bordes de una enorme roca, formando un amplio recoveco entre el granito y el suelo.

Casi grité vítores y me moví con renovada energía. En los últimos metros arrastré a Nueve Uñas de las muñecas, ya sin importarme nada, y lo acomodé como mejor pude en el rincón más profundo de aquel hueco.

Apenas había espacio para los dos, y tuve que agazaparme como un feto, presionando la espalda contra las raíces y el suelo húmedos. Arropado fuertemente en mi abrigo, con la nariz escurriéndome como un grifo abierto y temblando de pies a cabeza, fui la imagen misma de la miseria.

Todo lo que podíamos hacer era esperar, con nada frente a nosotros además de la blancura y el vacío de aquel inmenso lugar. Intenté pensar en algún momento más desafortunado de mi vida, pero sin éxito; jamás había estado tan aislado, tan perdido y tan solo. Ni siquiera tras la muerte de mi madre, cuando me escondía bajo las mesas, acurrucado en una posición muy similar a la de aquel momento.

Me froté los brazos y el pecho, y traté de distraerme con pensamientos más agradables, desesperado por mantenerme caliente y cuerdo.

Pensé en mi última Navidad: en el despreocupado viaje en tren a Gloucestershire, que había pasado en un cómodo compartimento privado, con un habano, una copa de brandy y leyendo mi correspondencia atrasada.

Mi muy estimado tío Maurice y Myles, el menor de mis hermanos, me habían recibido en la estación del tren, y sentí una oleada de nostalgia al verlos aparecer; esos dos pillos eran los únicos miembros de mi familia cuya presencia podía tolerar con ecuanimidad, y verlos después de aquellas arduas semanas en Escocia fue la más cálida de las bienvenidas.

Luego siguió la cacería de venados, los banquetes, mi hermano tocando excelentes piezas al violín…

Intenté concentrarme en los buenos recuerdos, pero no pude evitar que mi mente volviese al desafortunado encuentro con mi hermano mayor y mi exprometida.

Laurence y Eugenia llegaron sin previo aviso, con el pretexto de darle una agradable sorpresa navideña a papá. El viejo Mr. Frey en verdad se había quedado anonadado, pero no de la forma esperada. Laurence siempre había sido su favorito: el que había alcanzado una posición importante en las cortes de Chancery Lane, el que se codeaba con conocidos ilustres y el que se había afincado más cerca de casa… pero nada de eso importó aquel día. Mi padre dejó bastante claro que no podía perdonar que uno de sus hijos "le robara la yegua a su propia sangre".

Eugenia casi se había desmayado cuando mi padre la llamó *fresca*, y el viejo Mr. Frey incluso se negó a compartir la mesa con ellos. Los palomos, ahora con la cresta caída, se habían visto obligados a degustar su cena de Navidad solos, en la antigua casa de mi difunta abuela (desocupada desde hace años) y también habían pasado la noche allí, pues no había trenes que pudiesen llevarlos de regreso a Londres.

Aún no puedo creer que mi padre me haya apoyado. Incluso compartimos una copa de su mejor whisky (*lo único bueno que ha salido de Escocia*, según sus palabras), mientras me daba el discurso más afectuoso que su flema inglesa le permitió. Tras reafirmar que, en su opinión, me había dedicado a tirar mi carrera a las escupideras de Edimburgo, farfulló un muy largo enunciado que vagamente puede traducirse como: *eres capaz de tomar tus propias decisiones, y el que no me agraden no significa que estés completamente equivocado*.

Ésa ha sido la conversación más honesta que he tenido con mi ausente padre, y no puedo creer que se lo debo a los caprichos de Laurence y Eugenia. Ahora sé que su matrimonio siempre será como una molesta piedrita en el zapato, y lo único que puedo hacer es verlos y pensar en ellos lo menos posible. Después de aquel episodio esperé con ansia el fin del viaje, y al regresar a Escocia creí que la distancia me aislaría lo suficiente del asunto, pero una vez más estaba equivocado. Recordé cuánto me había enfadado que Nueve Uñas mencionara el tema tan casualmente frente a la bellaca madame Katerina. ¡Los bribones!

Entonces deduje cómo se había enterado: Joan, mi ama de llaves y la chismosa más excelsa de Inglaterra, había sabido del asunto de principio a fin, y no sería de sorprender que se lo hubiese narrado diligentemente a George, el viejo mayordomo de McGray, que a su vez debía habérselo contado en detalle a su patrón. Podía imaginármelos

riéndose por lo bajo de “la ropa sucia” del suave inglesito; el endeble pretendiente que ni siquiera había sido capaz de mantener el interés de su “yegua”.

Gruñí sólo de pensarlo, y le lancé una mirada asesina a McGray, deseando apalear su ya inflamada cara.

Era bueno sentir rencor, pensé. Al menos me haría entrar en calor.

26

Ninguna tormenta puede durar para siempre. Ni siquiera aquélla.

El viento cedió gradualmente y las nubes terminaron de vaciar su nieve sobre las colinas, pero para entonces ya había anochecido.

En cuanto la borrasca se disipó escuché el graznar de un cuervo, y vi que el ave volaba alborotada hacia los claros del cielo. Su ondulante trayectoria lo llevaba hacia el este, a la suave colina que ascendía desde nuestro escondite. La pendiente conducía a un pico altísimo, con una corona de nieve que refulgía en tenues tonos de azul, bajo la delgadísima fracción de luna creciente. Era un paisaje ominoso, con las ramas de roble meciéndose sobre nosotros, y pronto sentí su influencia: pensé en las antorchas verdes, en gatos negros y en cuervos amenazantes. No me aventuraría en aquellos parajes de noche, y temí las peripecias a las que Nueve Uñas me arrastraría por la mañana.

Le eché un vistazo: estaba encorvado en sí mismo y respiraba con dificultad. Se veía totalmente abatido, hasta enfermizo; nada que ver con su recio semblante de siempre. Ahora, después de algunas horas, dormía profundamente, roncando como un toro agonizante, tal y como lo había hecho las dos noches anteriores.

—Dos noches… —musité, extrañado.

De nuevo me inquietó cuán inusual era aquello. Nueve Uñas rara vez dormía más de dos o tres horas, y cuando llegaba a suceder le seguían dos o tres días de vela ininterrumpida.

Eso no era todo. Se había estado comportando (si eso era posible) de manera mucho más errática que de costumbre: jamás lo habría creído capaz de golpear a un abad indefenso o encontrar placer al patear a un animal muerto, y debo admitir que lo he provocado de formas mucho peores sin que intente romperme la nariz a puñetazos. Su obsesión por encontrar a Joel había sido ferviente, pero arrojarnos en esta ridícula persecución por las llanuras de Bowland, sin un rastro que seguir y sin siquiera pensar en los detalles prácticos… eso había sido una completa estupidez.

Siempre era impulsivo e imprudente, claro está, pero no en esta magnitud. Era como si algo hubiese intensificado sus obsesiones y bloqueado el hilo de sentido común que lo había mantenido vivo en el

pasado.

Para coronarlo todo, su excelente vista y puntería se habían vuelto patéticas: recordé verlo entornar los ojos para leer los mapas, y más tarde no había podido dispararle al vastísimo cuerpo del fenómeno de circo, incluso a muy corta distancia.

—¿Qué tal si…? —susurré de nuevo, con la idea enraizándose en mi mente: ¿Qué tal si las brujas le habían lanzado algún… *hechizo*? Por supuesto que no pensaba en magia verdadera, sino en algún truco astuto como el té de *digitalis purpurea.* Las brujas tenían incontables alucinógenos de donde escoger: belladona, opio, mandrágora… Sin embargo, no podía pensar qué medio habrían podido usar para administrarle algún veneno. Descarté alimentos o bebidas, pues ambos habíamos comido de las mismas fuentes (y como el té de Oakley lo había demostrado, mi cuerpo era mucho más susceptible a reacciones violentas). Pensé en la empanada que me había rehusado a comer, y que McGray se la había comprado a una mujer mayor, pero también descarté aquella idea; Nueve Uñas había mostrado síntomas mucho antes de engullir aquellas empanadas.

Pensé en el problema un largo rato, pero no se me ocurrió una teoría plausible. Entonces recordé a la vieja que casi habíamos atrapado en la iglesia, y así como uno recuerda una vieja melodía, me vinieron a la mente las palabras de madame Katerina: *las brujas pueden maldecirte sólo con verte; un parpadeo y estás perdido.*

Justo entonces Nueve Uñas se movió, asustándome.

Se estiró tan pausadamente como si despertara en una idílica mañana de domingo, y bostezó tan ampliamente que le vi hasta los últimos molares y la campanilla. Cuando habló, su voz sonó cansina y rasposa:

—¿Fre… Frey?

—Sí. ¿Esperabas a alguien más?

Miró de lado a lado, palpando la roca y las raíces que lo rodeaban.

—¿Dónde estamos?

—En el Palacio de Kensington.

—¿Eh?

—No tengo la más remota idea —espeté—. Estaba bastante distraído arrastrando tu fofa humanidad a algún refugio.

—¿Se escaparon?

—Sí, McGray, se escaparon. Y no puedo concebir por qué no acabaron con nosotros de una vez.

Volvió a estirar los brazos y la espalda, tronando todas sus articulaciones:

—Me siento como si me hubiera arrollado un maldito elefante. ¡No

puedo creer que hayas cargado conmigo hasta aquí y en medio de la tormenta!

Mantuve los brazos cruzados.

—Lo que yo no puedo creer es que a pesar del frío aún puedo oler tu aliento.

McGray se tocó la mejilla y movió la mandíbula de lado a lado.

—¡Oi, ese desgraciado sí que sabe tirar un gancho derecho!

Su rostro ahora estaba bastante más magullado que el mío; ya menos inflamado, claro está, pero su piel había adquirido los más desagradables tonos de negro, verde y púrpura.

—¿Qué? —preguntó, viendo mi sonrisa socarrona.

—Desearía que el infeliz no hubiera dejado el trabajo a medias.

McGray suspiró.

—¿Su alteza serenísima me va a soltar otro sermón?

—¿Puedes culparme? Casi me lanzas a la muerte.

—Oi, qué lata das. A mí también me han dado unas buenas tundas.

—Me importa un bledo cuántas veces te apaleen. En realidad, me gustaría presenciarlo un par de veces más.

McGray estaba hurgando en sus bolsillos.

—Se llevaron las armas —refunfuñé—, y el dinero y nuestras credenciales. En verdad te luciste esta vez.

Me ignoró, rascándose distraídamente el interior de la bota.

—Todavía tengo el mapa y algunos cerillos.

—Y yo tengo la brújula —agregué, palpándome el bolsillo interior.

—No necesitamos más —dijo con resolución, impulsándose al frente y saliendo a gatas de nuestro escondite—. Dime para dónde queda el este.

Lancé un bufido:

—¡No puede ser que quieras viajar a esta hora!

—¿Por qué no? Al fin salió un poquito de luna. Mientras más pronto lleguemos a Slaidburn más pronto…

Se quedó en silencio.

Iba a preguntarle por qué, pero no hubo necesidad. Casi de inmediato mis ojos vieron un pequeño destello de luz en la distancia; tuve que pestañear para convencerme de que en verdad estaba allí.

Era una flama trémula, una antorcha, ascendiendo a través de la colina por una hondonada zigzagueante. La luz era dorada, pero justo cuando registré ese detalle la flama soltó un fulgor verde, tan breve como un parpadeo.

—¿Viste eso? —preguntó McGray, encaminándose ya hacia la luz.

—Sí, pero…

McGray se movía de prisa, y tuve que saltar al frente y asirlo del

hombro.

—¡No estás pensando con claridad! —siseé—. No podemos enfrentarlas en estas condiciones. Ambos estamos apaleados, no tenemos armas ni…

Se soltó y de nuevo pude ver aquel fuego en su mirada. Había tomado su decisión, y sólo la muerte podría detenerlo.

No tuve otra opción más que seguirlo, sin poder proferir sonido alguno.

Avanzamos furtivamente, manteniéndonos a una distancia prudente de la antorcha. Mientras nos acercábamos vi cómo iluminaba la nieve a su alrededor, proyectando las sombras de las figuras que la sostenían.

Eran dos de ellas, envueltas en lo que parecían ser harapos negros que arrastraban por la nieve. Una figura era ligeramente más voluminosa que la otra, y me pareció que ambas eran mujeres.

Hubo un segundo destello esmeralda en las flamas, y entonces un segundo fuego apareció en la cima de la colina. También parpadeaba entre amarillo y verde, y la antorcha más cercana respondió de igual manera, como si las llamas conversaran en un escalofriante código morse.

Seguimos los rastros en la nieve, pero el fuego en la cima se volvió más y más intenso, y tuvimos que escondernos detrás de un ancho arbusto. Aquella luz era un faro, quizás uno de los que habíamos visto desde Lancaster, pero no podía estar seguro.

Nuestras miradas estaban fijas en las dos figuras conforme ascendían los últimos veinte metros, dirigiéndose directo hacia el fuego.

Una figura encorvada pareció emerger desde detrás de la pira de fuego, pero sólo se veía como una sombra negra recortada contra la luz.

—No puedo ver —susurró McGray—. ¿Quién es?

Entrecerré los ojos, intentando distinguir algún rasgo, pero todo lo que pude ver fueron siluetas oscuras. Las dos mujeres plantaron su antorcha en la tierra y después hicieron reverencias tan profundas como si quisieran tocar sus rodillas con sus frentes.

—¿Qué están haciendo? —preguntó McGray—. Sólo veo un borrón.

—Tu vista se ha vuelto desastrosa —susurré. Iba a mencionar sus otros extraños síntomas, pero entonces el corazón me dio un vuelco.

La tercera figura, mucho más baja que las dos mujeres, de pronto pareció brotar de la tierra, ascendiendo como un mástil, y entonces el viento nos trajo el sonido de alaridos agudos.

Las mujeres arrojaron algo que estalló en llamas rojas y magentas. La ahora imponente figura desvió las llamas de un golpe y desplegó un par de largos brazos, extendiéndolos como un oscuro crucifijo, y la imagen hizo que las mujeres aullaran de miedo. El sonido me estremeció.

McGray saltó como una flecha, y antes de que pudiera detenerlo ya estaba corriendo hacia la macabra escena.

Lancé un gruñido, harto de correr tras él, pero no podía abandonarlo a su suerte. Me imaginé aquellas figuras atacándolo y lanzándolo al fuego, y entonces dejé la seguridad de mi escondite para emprender la carrera. Para entonces las tres figuras se habían enfrascado en una lucha salvaje, forcejeando y sacudiéndose demasiado cerca del fuego. Un pequeño bulto saltaba en los alrededores; era un gato negro, siseando y corriendo con desesperación.

La más alta de las figuras, de hombros anchos, llevaba un abrigo negro que revoloteaba al tiempo que las mujeres se le echaban encima. Una voz profunda les gritó ferozmente, y de inmediato supe de quién se trataba.

Lord Ardglass.

Percibió a McGray corriendo hacia él, y vi con claridad sus ojos enrojecidos, reflejando las llamas, como los de un demonio.

—*¡Lárgate!* —bramó.

La mujer más delgada dio media vuelta y reconocí las facciones juveniles de Oakley. Sólo desvió la mirada por un segundo, pero fue suficiente para que Joel le asestara un tremendo puñetazo en la sien. La muchacha gritó y cayó de lado, alejándose a rastras mientras la otra mujer blandía un pequeño frasco como si fuese un arma.

Joel debía saber lo que contenía, pues miró la botellita con horror, a pesar de estar armado con un enorme puñal. Era una daga de vidrio que reflejaba el resplandeciente fuego; una visión que me fue horriblemente familiar. Lanzó puñaladas para mantener a la vieja a distancia, pero lentamente le iba ganando terreno, esquivando las estocadas y gritando palabras ininteligibles, quizá maleficios. Empujó el frasco hacia Joel, que tuvo que dar un paso atrás, acercándose más a la ardiente pira. La mujer se carcajeó; era un sonido horrible y penetrante que recordé de inmediato. Aquélla era la mujer que habíamos visto en la iglesia, la infame Redfern. Su mera imagen me dio escalofríos: su cara arrugada y gris, y sus ojos saltones ardiendo con más furia que el fuego verde. Su mano huesuda sostenía el frasco en alto, y lord Ardglass observaba la siniestra pócima con terror.

McGray fue directo a la hoguera, levantó un madero encendido y

tan largo como sus muslos, y corrió en pos de Ardglass. Redfern mostró sus dientes amarillentos en una sonrisa retorcida, retrocediendo para dejar que los dos hombres peleasen entre sí.

Joel lanzó una cuchillada que McGray apenas esquivó. Entonces Nueve Uñas agitó la antorcha, y las llamas alcanzaron la mano de Joel, que dejó caer la daga.

—*¡Bastardo!*

McGray le asestó un puñetazo en el pecho y Ardglass cayó de espaldas. Rodó por la tierra y se arrastró rápidamente, esquivando los golpes que McGray le lanzaba.

Redfern alzó su brazo huesudo, lista para arrojar la poción, y me quedé helado al percatarme de que su objetivo no era Ardglass.

Corrí tan rápido como pude, gritándole a McGray, pero estaba muy ocupado lanzándole macanazos a Joel. Estiré un brazo pero sólo conseguí asir los pliegues de la manga de Redfern, justo cuando le lanzaba el frasco a McGray. La diminuta botella apenas erró: se estrelló en la base del fuego, liberando una nubecilla de vapores que me quemaron la nariz y los ojos a pesar de la distancia.

Redfern aulló como un águila y volteó hacia mí. Tuve una fugaz visión de sus uñas largas y repugnantes al tiempo que me alcanzaban la cara y me arañaban la mejilla. Sin pensarlo, lancé adelante mis puños, sin saber qué golpeaba, pero la mujer cayó de espaldas, y todo lo que vi después fue su cuerpo rodando por la nieve antes de desaparecer en la oscuridad de la noche.

—¡Madame! —gritó Oakley, que aún se arrastraba miserablemente por el suelo—. ¡Espere!

Entonces empezó a lloriquear, al darse cuenta de que la vieja la había abandonado.

La así de la muñeca y le grité:

—¡Tienes mucho que explicarnos!

Hubo un disparo a mis espaldas y al volverme vi que McGray caía al suelo, gritando de dolor. Su pierna sangraba, pero no soltó el madero encendido.

Lord Ardglass se ponía de pie, apuntándole a McGray con el mismo revólver de alto calibre que habíamos visto en Edimburgo. De nuevo tuve que lanzarme al frente sin tiempo de pensar; agarré la mano de Ardglass y, al moverla, el arma se disparó dos veces hacia el cielo.

Me golpeó en la cara, justo en los arañazos abiertos, y perdí el equilibrio. Mientras caía hacia atrás vi que las llamas verdes del madero golpeaban a Joel de lleno en el estómago, y él también cayó a tierra. El arma se le resbaló de las manos y alguien la pateó hacia la pira.

Había sido McGray, con renovada ira en los ojos.

Ardglass buscó a su alrededor con desesperación mientras McGray se le aproximaba. De pronto Joel jadeó y se arrastró con movimientos espasmódicos. Antes de que pudiese hacer algo lo vi recoger la brillante daga de vidrio.

Sin quererlo Oakley se le había acercado demasiado. Joel la agarró del cabello, la levantó de un tirón y le llevó la daga al cuello. El rostro de la muchacha estaba deformado por el terror, con los ojos llorosos y los labios temblando. Recordé el brevísimo gesto de terror la primera vez que la interrogamos; ahora sus peores miedos se habían materializado.

—*¡Suelta eso!* —gritó Joel, mirando el madero encendido que blandía McGray—. O la degüello aquí mismo.

McGray sostenía la antorcha en alto, listo para lanzar un golpe fatal, y su pecho subía y bajaba como un fuelle.

—La necesitas viva —farfullé, sintiendo que la cara me iba a explotar—, o la habrías matado de un tiro, y también a la otra bruja.

Joel sonrió con desdeño. Bajo la trémula luz esmeralda sus dientes me recordaron los colmillos de un perro de caza:

—Te crees tan listo, muchacho. ¿Estás dispuesto a poner tu teoría a prueba?

Al decir eso enterró la punta de la daga en la piel de la muchacha, que aulló en agonía mientras una gota de sangre se deslizaba por su cuello.

—*¡No!* —gritó McGray, y Joel se carcajeó de él.

—No deberías preocuparte tanto por esta calaña. Esta maldita bruja ya debe haberlo intentado todo contra ustedes, ¿o me equivoco? —no respondimos, lo que complació a lord Ardglass—. Eso pensé. Les dije que seguirme sólo les traería desgracias —entonces llevó la daga al pómulo de Oakley, acariciándola suavemente con la hoja de vidrio afilado, untándole la piel con su propia sangre—. *¡Te dije que soltaras eso!*

Oakley lanzó un chillido y mi corazón dio un vuelco. McGray tuvo que obedecer, lanzando el madero a los pies de Joel.

—Qué buen chico. Y ahora, como les dije antes: *¡no se atrevan a seguirme!*

Mostró los dientes al decir eso, retirándose a las sombras y llevándose a la pobre muchacha con él.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó McGray.

Joel ya estaba lejos del fuego, pero aún podíamos ver su perturbada sonrisa, y las arrugas alrededor de sus ojos y su boca, que parecían profundas cortadas.

—Muchacho, ¿no te han dicho que estoy *loco*? Tan loco como tu hermanita.

McGray rechinó los dientes, y con el ceño fruncido y los ojos empañados, parecía que Joel acababa de apuñalarlo de verdad.

Nueve Uñas dio un paso al frente, listo para ir en pos de ellos, pero lo obligué a detenerse. Débil y hastiado, McGray cayó de rodillas y sus lágrimas casi se desbordaron.

Muy pronto los perdimos de vista. De nuevo escuchamos la voz de Oakley, lloriqueando y después gritando. Profirió un alarido final y después el mundo quedó en silencio. Preferí no pensar en lo que podía estar sucediendo en aquellos páramos oscuros.

Nos quedamos solos en aquella helada cumbre, iluminados por la luna y las llamas menguantes de aquel faro.

27

—Tenemos que encontrar refugio —urgí, acercándome a McGray y percatándome de su pantorrilla sangrante—. Y hay que atenderte esa herida.

No se movió. Su mirada estaba perdida en la oscuridad.

Lo jalé del brazo, pero si fue difícil moverlo cuando yacía inconsciente, ahora que estaba despierto me fue absolutamente imposible.

—¡Tenemos que irnos de aquí! —farfullé—. Joel o alguna de las brujas podrían volver, y éste no es lugar para esconderse.

La mirada de McGray seguía fija al frente, y pesadamente levantó un brazo, apuntando a las faldas de la colina. De inmediato divisé otra luz en las partes más bajas de la pendiente.

—Ay, por Dios —gemí, exhausto hasta el tuétano. Se trataba de otra antorcha, que aunque no era verde, ascendía en dirección nuestra.

Tiré del brazo de McGray con urgencia, lo sacudí y señalé la antorcha:

—¡Tenemos que irnos!

McGray sí se movió, pero con demasiada lentitud, poniéndose de pie con mi ayuda. Se recargó en mí y casi me voy de bruces bajo su peso. Al tiempo que luchaba por dar el primer paso, me percaté de que su cara estaba salpicada de sudor y todo su cuerpo temblaba. Eso despejó cualquier duda: aquél no era el Nueve Uñas McGray que conocía. Habían hecho algo para incapacitarlo.

Nos movimos apenas un par de metros cuando volví a mirar. La antorcha se acercaba lenta pero inexorablemente, y supe que nos alcanzaría antes de que pudiésemos escapar de la luz de la hoguera.

—No tiene sentido —dijo McGray, dándose cuenta también, y después se dejó caer sobre la nieve, aferrando la pierna herida con ambas manos.

Tragué con dificultad. Parte de mí deseaba colapsar como él, rendirme y dejar que aquellas brujas al fin me dieran el descanso final. Miré alrededor con desesperación, pensando qué podría hacer. Vi el revólver de Joel en el fuego, pues sus bordes refulgían al rojo vivo;

aun así intenté levantarlo, pero el calor me quemó las manos mucho antes de tocar nada.

La antorcha ya estaba a menos de diez metros. Vi la silueta de una cabeza encapuchada y pensé que se trataba de Redfern, regresando con otro frasco de ácido para acabar con nosotros.

—Usa una antorcha —dijo McGray; su cara se retorcía por el dolor.

Intenté retirar maderos de la pira, pero estaban ardientes, y no pude creer que McGray hubiese sido capaz de blandir uno. Corrí al que él había usado, ahora tibio sobre la nieve, pero la sustancia viscosa aún mantenía las llamas verdes y chispeantes. El madero era increíblemente pesado, y tuve que usar ambas manos para levantarlo. Entonces me planté frente a Nueve Uñas.

—¡Atrás! —grité, abanicando la antorcha de lado a lado. Para mi desdicha las llamas ya comenzaban a amainar, pero no tuve tiempo de recurrir a algo más, pues la figura negra ya estaba muy cerca. Podía escuchar sus pasos amortiguados por la nieve y ver la mano arrugada y huesuda que sostenía la antorcha. Una segunda mano emergió de entre los harapos negros, armada con uñas enroscadas como garras, y muy lentamente se retiró el deshilachado velo.

McGray y yo contuvimos el aliento al ver emerger aquel rostro: primero un cuello flácido, de piel tan pálida como la de las criaturas subterráneas, y cada centímetro tan arrugado como la corteza de un árbol. Luego vimos una boca entreabierta, con unos dientes ennegrecidos y desviados en todas direcciones. Y luego la punta de una nariz retorcida. Al final vimos un par de ojos rodeados de pliegues de piel, y tan hundidos que apenas logramos ver el brillo de sus pupilas.

No era Redfern, sino una mujer que no habíamos visto antes, y seguramente una de las personas más viejas que hubiese conocido.

—¿Quién eres? —rugí, sin creer que una mujer tan anciana y endeble pudiese asustarme de aquella manera.

Hubo un maullido y vi los ojos grandes y refulgentes de un gato, frotándose contra la capa de la mujer. Era el mismo gato negro que había visto huir apenas unos minutos antes.

—¿Quién eres? —repetí, y después esperé, pero la mujer no dijo nada. Levantó una mano, mostrándonos una palma correosa, como si pidiera paciencia. Le acerqué las flamas, pero no se movió ni parpadeó; simplemente me observó con unos ojos muy tristes que jamás podría olvidar.

—¿Qué quieres de nosotros?

De nuevo no respondió. Sentí como si aquellos ojos me taladraran, buscando algo por debajo de mi misma piel, y tuve que desviar la

mirada por un instante. Cuando la vi de nuevo sus ojos estaban fijos sobre los de McGray, y él le devolvía la mirada como si estuviese en trance.

Su palma extendida se movió entonces, tan furtiva como el gato, ambos acercándose a McGray como predadores. Les bloqueé el camino con la antorcha.

—*¡Váyanse!*

Se detuvieron, pero no dieron marcha atrás. El gato me siseó, mientras que la mujer no quitaba la vista de McGray. Empujé la antorcha de nuevo, decidido a quemarle las manos si era necesario, pero entonces McGray asió el madero e intentó arrebatármelo.

—¿Qué diablos estás…?

Tiró de la antorcha, sentí la madera resbalándoseme de las manos, y McGray la arrojó fuera de mi alcance.

Se estiró para tomar la mano de la mujer. Me interpuse entre ellos, pero McGray me empujó a un lado con renovada fuerza, haciéndome caer de espaldas.

—¿Qué demonios estás haciendo? —aullé, viendo que McGray tomaba la mano de la anciana.

—Ésta es diferente —murmuró.

—¡McGray, no eres tú el que habla! ¡Estas brujas te hicieron algo!

Pero no me escuchó. La mujer tironeó de su mano, y justo entonces hubo dos movimientos simultáneos: el rostro de la mujer y la cabeza del gato giraron de repente, mirando al otro lado de la colina. No vi nada en aquella dirección.

La vieja jaló a McGray con persistencia, y entonces arrojó su propia antorcha a las flamas de la pira.

—Tenemos que seguirla —dijo Nueve Uñas, luchando por levantarse. No me había percatado de cuánto sangraba hasta que estiró la pierna y vi el manchón rojo sobre la nieve.

—No pienso seguir a esa bruja —insistí, pero la mujer y McGray ya se alejaban con pasos tambaleantes.

La mujer gimoteó, volviéndose hacia mí con ojos implorantes, y su dedo nudoso señalaba hacia un punto en la oscuridad; el gato aún miraba hacia allá.

Tres, y luego cuatro flamas aparecieron en la distancia. Todas eran verdes, como las antorchas fantasmales que había visto la noche anterior.

—Iremos más rápido si nos ayudas —espetó Nueve Uñas.

Lo miré y después miré las luces, gruñendo de frustración. Al final decidí ir con ellos y ayudar a la vieja con el peso de McGray, pero sólo porque enfrentarme a una bruja era preferible que a cuatro.

Atisbé hacia atrás mientras nos adentrábamos en la oscuridad, y vi que el gato permanecía en aquel lugar.

Nos movimos casi a ciegas, a entera merced de aquella desconocida, que parecía conocer cada roca y rasgo del terreno. Seguimos una ruta ondulante, pero jamás tropezamos con algún obstáculo o con un terreno que no fuese llano.

La mujer comenzó a jadear, y gimió de nuevo cuando escuchamos gritos de mujeres que venían de la cima de la colina. No respiró con tranquilidad hasta que llegamos a un terreno cubierto de pinos. Escuché la corriente de un riachuelo, pero bajo las copas siempre verdes y con la luz mortecina de la luna no conseguí ver sus aguas. El terreno, sin embargo, descendía abruptamente a su lecho, pero la anciana nos llevó por una ruta sencilla. Sentí rocas planas bajo mis pies, como escalones que nos llevaban a lo que a primera vista parecía una pila de escombros. Era en realidad una pequeña vivienda de piedra, encajada en una hondonada del terreno.

La mujer se lanzó al frente mucho más rápido de lo que la creí capaz y abrió una puerta rechinante que ni siquiera habíamos visto. Empujó a McGray al interior y los seguí de cerca, moviéndome a tientas hasta que me golpeé la cabeza con una viga de madera, pues la morada apenas pasaba el metro y medio de alto. No tuve tiempo de quejarme, ya que la mujer me empujó también y cerró la puerta a toda prisa.

De pronto nos quedamos atrapados en una oscuridad impenetrable.

*

No sé cuánto tiempo aguardamos en aquel lugar, pero me parecieron horas. No podía escuchar nada además de la respiración de McGray y de la mujer, pues ninguno de los tres movió un dedo; simplemente nos agazapamos allí, expectantes. Percibí el aroma de una multitud de hierbas, no muy distinto a lo que habría olfateado en los cuartos de madame Katerina.

Al fin escuchamos un rasgar en la entrada, y vi que la mujer encendía un cerillo. Tuve una primera impresión de aquellas paredes ocupadas en su totalidad por frascos, mientras la anciana se ponía de pie para abrir la desvencijada puerta.

El gato había regresado, ronroneando ruidosamente al entrar. La mujer dio un suspiro de alivio, y tras echar el cerrojo fue a encender una improvisada lámpara de aceite (una lata oxidada con un pabilo de yute). La luz se reflejó en cientos de frascos de vidrio que contenían desde hierbas secas hasta insectos y reptiles pululantes. El techo era

bajo y ligeramente abovedado, y no había ventanas. Aquella construcción podía haber sido un horno abandonado o un viejo granero, pero esta mujer la había hecho su hogar, y no parecía la casa de una pordiosera. Había una ordenada pila de mantas que usaba como cama, y una más pequeña donde el gato se acurrucó, además de tener una pequeña chimenea de piedra. Encendió un fuego en un santiamén, sobre el que pendió una olla de peltre.

—¿Quién eres? —le pregunté una vez más, pero la mujer estaba ocupada, reuniendo frascos y vertiendo meticulosamente sus contenidos en la olla. No pude evitar mirarla con desconfianza—. ¿Qué estás preparando?

Mezcló hojas secas con aceite, dándome la espalda, y no supe qué más decir o hacer. Ni siquiera estaba seguro de que seguirla hubiese sido lo mejor; la anciana bien podía estar preparando venenos y explosivos, alistándose para matarnos o torturarnos.

—¿Por qué he de confiar en ti? ¿No eres una de ellas?

Ni yo mismo supe a qué me refería al decir *ellas*.

—¿Al menos entiendes lo que digo?

Volteó con lentitud, con la mirada tan triste como antes, y señaló la pierna de McGray. Hasta entonces me percaté de que se había tumbado en el piso, recargando la espalda contra la pared, y sus piernas estiradas cubrían casi todo el ancho de la vivienda. La pierna de su pantalón se hallaba empapada en sangre, y sin embargo McGray dormía con placidez, respirando lenta y profundamente.

Me arrodillé al instante, desgarré el tartán escocés y examiné la herida. La bala había entrado y salido limpiamente, sin tocar el hueso, pero se infectaría pronto a menos que…

Justo al pensar en ello, la vieja me lanzó un trapo limpio a las manos. No supe si usarlo o no, hasta que el olor penetrante de algún tipo de alcohol me llegó a la nariz. La mujer parecía saber bien cómo desinfectar lesiones. Después de limpiar bien la herida le apliqué un torniquete, usando tiras del mismo pantalón de McGray, y apenas terminé de anudar la tela, la anciana me hizo a un lado.

Antes de que pudiera protestar ya estaba untando una pasta verde sobre la herida; un puré aceitoso de hierbas que olía a menta y alcanfor. McGray soltó un gruñido pero al instante volvió a dormir. La mujer terminó envolviendo la pierna con un vendaje limpio, tan pulcramente como lo habría hecho yo con mi entrenamiento oxfordiano.

Cuando hubo terminado se levantó y fue de vuelta al fuego, donde empezó a hervir papas como si se tratase de una noche común y corriente.

El fuego pronto calentó el pequeño recinto, y el olor a verduras cocinadas me recordó cuán hambriento estaba. Incluso el aroma insípido de papas sin condimentar hizo que me gruñera el estómago, y cuando vi que la mujer ponía dos enormes tubérculos en cuencos de madera comencé a salivar.

Bruscamente dejó uno de los cuencos sobre mi regazo. Tenía tanta hambre que la triste raíz parecía el más tentador de los manjares… y sin embargo seguí mirándola con desconfianza.

La anciana se percató de ello, así que pellizcó un trozo y se lo llevó a la boca. Masticó lentamente, mirándome con aire desafiante. En cuanto la vi pasar el bocado, hundí los dedos en el cuenco y devoré la papa con ansiedad, relamiéndome dedos y labios de una manera que habría sonrojado a McGray. Cada bocado de aquella suave pulpa, caliente y reconfortante, era como un regalo divino. Increíble que una humilde papa, nacida del lodo y pisoteada por cerdos y gallinas, pueda ser la salvación de un ser humano.

No alcé la mirada hasta haber engullido el último pedacito de cáscara. Vi que la mujer se había sentado junto a Nueve Uñas, y estaba moliendo la otra papa y dándosela en la boca, con el cuidado de la más experimentada enfermera.

Mientras los miraba comenzó a invadirme un sueño irresistible. No supe si había sido algo en la comida, o el aroma de las hierbas, o el terrible cansancio, pero mis párpados se sentían tan pesados que no pude mantenerme despierto. En un momento caí rendido, y lo último que escuché fue el cuenco resbalándoseme de las manos.

28

Me despertó un sonido raspante, seguido por el tintineo de vidrio. Cuando abrí los ojos vi que el gato negro estaba jugando con un frasco vacío, rodándolo por el suelo con sus garras y después persiguiéndolo. El único rastro de la anciana era una olla de avena que se cocinaba lentamente sobre el fuego.

Nueve Uñas yacía exactamente en la misma posición, tan pálido e inmóvil que mi corazón dio un vuelco. Iba a despertarlo, pero entonces inhaló profundamente. Ni siquiera los bebés duermen tan profundamente, y por supuesto me llené de envidia.

Estuve a punto de despertarlo a bofetadas, pero entonces se abrió la puerta y la anciana regresó, trayendo una canasta llena de raíces y hierbas cubiertas de escarcha.

Se sirvió una porción de avena y después me ofreció un cuenco. Aquello tenía el color del fango, pero con el hambre que aún tenía lo devoré sin protesta.

—¿Vas a decirnos quién eres? —le pregunté, pero de nuevo sólo hubo silencio, lo cual empeoró mi mal humor matutino—. ¿Te comió la lengua el gato?

La mujer me dio la espalda al instante, como si mis palabras hubiesen sido un salpicón de agua fría. Hubo un leve, casi imperceptible, temblor en sus manos. Había adivinado: la mujer no podía hablar, y al instante sentí una culpa terrible.

—Al menos debes entender lo que digo… me imagino —negué con la cabeza al no recibir respuesta, y lleno de remordimiento dije lo primero que me vino a la mente—. ¿Cómo puedo llamarte? Debes tener un nombre.

Por un momento no reaccionó, y estuve a punto de pensar que en realidad no entendía mis palabras, pero entonces estiró un brazo y señaló uno de los frascos. Me costó trabajo pero reconocí las hojas que contenía.

Fruncí el ceño.

—*Arctium lappa*… ¿Bardana?

La mujer no negó o asintió, sino que sólo continuó con sus labores.

—Bardana será, entonces, ya sea que me estés insinuando la

verdad o no.

Comimos el resto de la avena en silencio, y cuando Bardana terminó sirvió una porción más y empezó a alimentar a McGray.

Miré alrededor y lo obvio se hizo evidente: aquel cuartillo era una réplica en miniatura de la bodega en Lancaster. Justo cuando reparé en ello, Bardana estiró el brazo, ofreciendo una cucharada de avena, y vi una forma oscura en su muñeca, desvanecida y deformada por los pliegues de su piel: era una cicatriz muy vieja, que mostraba dos serpientes enrolladas, cada una mordiéndole la cola a la otra, formando la figura de un ocho.

—Definitivamente eres una de ellas —le dije—, pero ¿por qué estás ayudándonos? —sentí el cuenco de avena que se enfriaba en mis manos—. No estás intentando dañarnos, ¿o sí?

Ésa fue la primera vez que me respondió claramente. Bardana me miró directo a los ojos y negó con la cabeza. Después tiró de su manga para cubrir la vieja marca.

Tuve que creerle.

McGray masticaba con letargo. Aún no podía creer que un tiro en la pierna lo hubiese noqueado de aquella manera…, no al recio Nueve Uñas McGray.

Miré alternativamente a la anciana y su colección de hierbas. Quizás el destino nos había traído al lugar que más necesitábamos.

—Si sabes de brujería —le dije, sintiéndome totalmente ridículo—, tal vez puedas ayudarnos —Bardana no pareció escucharme, pero supuse que aquella simplemente era su forma de ser—. Creo que… —tuve que tomar aliento— creo que McGray, tu actual paciente, ha sido…, pues, embrujado de alguna forma.

Bardana volteó hacia mí como si hubiese escuchado una explosión. Incluso su gato pareció observarme. Nadie en mi vida me había mirado con tanta atención.

—Ha… ha actuado de forma extraña —continué—. Rara vez duerme, pero ahora se desploma como tronco ante cualquier oportunidad; su puntería es admirable pero ahora falla los tiros más cercanos; y nunca ha sido un dulce de almendras, pero se ha vuelto irascible y tira puñetazos a la menor provocación; su vista parece dañada; y… —pensé en lo que había dicho sobre su hermana— creo que ve y escucha cosas que no están ahí.

Sus ojos hundidos y medio ocultos bajo pesados párpados no pudieron mostrar más preocupación. Se puso de pie y comenzó a hurgar entre sus frascos, tirando algunos que se estrellaron en el piso. La vi sacar una velita de cera negra y después un ramito seco de una hierba que pudo haber sido tomillo.

Bardana anudó el ramito a la vela con dedos temblorosos y después movió los labios. Pensé que al fin iba a decir algo, pero sólo profirió un interminable "ommm" desde la boca de su estómago. Era un sonido grave y gutural, que rebotó por las paredes y me erizó la piel. Llevó la vela y la hierba a las llamas, sin interrumpir su canto, y las encendió.

El gato se sentó a su lado, inmóvil, sus ojos refulgentes hipnotizados por el ritual mientras la fragancia de hojas requemadas llenaba la vivienda.

Se dio la vuelta y casi salté, pues sólo pude ver el blanco venoso de sus ojos entrecerrados. Ondeó el pequeño racimo, dibujando formas erráticas con el humo conforme avanzaba, intensificando su cántico más y más, interrumpiéndolo sólo cuando se quedó sin aliento. Tras una pausa continuó, más fuerte que antes.

Escuché que McGray se agitaba. Su cara estaba contorsionada, arrugando la nariz como si el aroma herbal lo perturbara.

Bardana se inclinó sobre él. Sus harapos negros, su espalda encorvada y su encrespado cabello gris no me dejaron ver lo que sucedía, pero escuché que McGray gruñía con locura. Me acerqué rápidamente, temiendo que le estuviese haciendo cosas terribles, pero vi que Bardana simplemente sostenía el ramito sobre él, y apenas le tocaba el pecho con la punta de un dedo. Tensé las piernas, listo para abalanzarme sobre ella si hacía algo inesperado.

Palpó el abrigo de McGray, en especial la tela de los bolsillos. Entonces el gato se movió, tan subrepticio como si estuviese cazando ratones, y usó una garra para tirar de un pliegue de la prenda. Enterró las uñas con avidez, pero de repente pegó un salto y se alejó, siseando, como si acabara de enterrarse una espina. Corrió al rincón más alejado, donde se agazapó y escondió la cabeza.

Bardana tiró de la tela y su cántico cesó de inmediato, al instante en que sus dedos tocaron el forro interior del abrigo.

—Por supuesto —susurré, reconociendo las puntadas: aquél era el punto que la muchacha del hotel había remendado, pretextando que lo había desgarrado al lavarlo. Me quedé boquiabierto, y un millón de preguntas se arremolinaron en mi mente—. ¿Cómo supiste de esa costura?

Bardana describió círculos con el humo una y otra vez, hasta formar una nubecilla sobre la tela. Encajó las uñas, y al arrancar el parche emergió una nube de polvo, mezclándose con el humo. Debajo vi que caía un pequeño bulto, y Bardana dio un paso atrás, soltando un gemido de espanto.

El objeto tenía la forma de un polluelo ennegrecido, tan diminuto

que debía haber sido sacrificado antes de romper el cascarón. No pude reprimir mi curiosidad y me incliné hacia él. Mirándolo más de cerca vi que en realidad se trataba de un colibrí, aplanado como una flor puesta a secar en un libro. Tenía atada al cuello una rebanada de algún fruto reseco, aunque pudo ser alguna especie de cactus…

Bardana me jaló, gimiendo con angustia. Señaló el ave muerta, y luego su nariz, y luego se dio golpecitos en la sien.

—¿Eso hace que la gente vea visiones? —pregunté—. ¿Es… una maldición?

Pensé que debía serlo, pues Bardana no se atrevió a tocarlo. Lo atravesó con un atizador de la chimenea, y, sosteniéndolo tan lejos de su rostro como le permitía su brazo, lo lanzó al fuego junto con la velita y la hierba. Se movió demasiado rápido y no pude protestar.

—¡Eso es evidencia! —exclamé.

Intenté sacar el amuleto de las llamas, pero Bardana me jaló, desesperada, y emitiendo un sonido muy cercano a un grito. Sentí sus uñas hundiéndose a través de mi manga. Retrocedí, aunque más bien por pena, y la anciana se plantó frente a mí, con las manos en alto y el gesto más angustiado.

—Ya entiendo —le dije—. No debo acercarme.

Bardana bajó las manos lentamente, lanzándome una mirada desconfiada. Juntó más hierbas y ramas de sus frascos y fue con McGray. El aroma era tan intenso que podía percibirlo a metros de distancia: una mezcla empalagosa de regaliz, tabaco rancio y algo más que no logré identificar. Bardana pasó las hierbas frente al rostro de McGray, que retiró la nariz, gruñó y pataleó. De repente saltó al frente, espantándonos, y rugiendo al tiempo que vomitaba un chorro de bilis por toda la habitación. Una sustancia horrenda de color negro.

Me sentí impotente, contemplando cómo Bardana tiraba del torso de McGray y lo ayudaba a reclinarse al frente, para que vaciara sus entrañas sobre el piso y no sobre sí mismo. Tosió y se atragantó, y sentí verdadera lástima.

Bardana me llamó con un dedo nudoso y la ayudé a retirar el cuerpo de McGray, totalmente exhausto, del charco de vómito negro. La mujer abrió la puerta para dejar entrar aire fresco, y después comenzó a limpiar el desastre con el faldón de sus harapos. Esa imagen me produjo incluso más asco que el mismo vómito.

Acomodé a McGray en una esquina, donde cayó en un sueño profundo pero perturbado. Vi sus pupilas agitándose alocadamente bajo sus párpados, y su debilitada mandíbula se movía como si intentase hablar.

Nueve Uñas era una imagen sombría, y el chacualeo de la mujer

limpiando me abatió aún más. Sentí que mi alma se hundía a aquel pozo oscuro que no había visitado desde la muerte de mi madre. Quería escapar de aquel horrible lugar, comer, ponerme ropa limpia, o al menos poder respirar aire cálido y libre de inmundicia.

Tuve que darles la espalda, sintiendo que la desesperanza me estrujaba el pecho, y acabé mirando la diminuta chimenea. Desde una distancia prudente observé la silueta del colibrí, y me quedé absorto contemplando cómo se consumía entre las llamas.

Me pregunté cuántos secretos más guardaría aquella mujer, cómo había aprendido todo lo que sabía… y cómo había terminado así: una ermitaña muda y paupérrima.

Una de las minúsculas alas saltó con el crepitar del fuego, y hubo un súbito destello de color en las flamas: un carmesí intenso que me recordó los tonos de la sangre coagulada.

29

McGray durmió con el sueño más agitado, pero no pude contener una leve sonrisa; aquello tal vez quería decir que comenzaba a recuperarse.

En el jacal sin ventanas era imposible saber qué hora era, y salí tanto para mirar como para tomar aire fresco, que me hacía mucha falta. Para variar, el cielo lucía limpio y azul, y el sol por fin derramaba luz dorada sobre los campos. Supe que aquel calor no duraría, así que lo aprecié al máximo.

Bardana iba y venía recolectando hierbas, desenterrando raíces y lavando sus harapos en las aguas heladas del riachuelo. Ésa era su vida, una existencia magra y ardua, extrayendo alimento de los bosques en completa soledad.

Muy laboriosamente improvisó una especie de caldo con nieve derretida, granos silvestres y una sola zanahoria, y cuando lo compartió con nosotros sentí una inmensa gratitud. Aquella mujer era tan pobre como puede concebirse, y tan fea como una bota vieja, pero era toda compasión y generosidad.

Primero le dio de comer a McGray, que después de unos cuantos sorbos logró sostener el cuenco sin ayuda. Estaba volviendo rápidamente a la vida, y las primeras palabras que pronunció no pudieron ser más elocuentes:

—¿Alguna vez te has sentido como si te hubieran metido en un barril lleno de puercoespines para lanzarte por la ladera de Calton Hill?

Me reí.

—¿Así es como te sientes?

—Naaa. Así es como te ves.

Incluso la vieja Bardana sonrió.

—En eso debo darte la razón —declaré con toda amargura—. Sin afeitar, enlodado, medio muerto de hambre, aporreado, rasguñado y sin haberme cambiado la ropa interior en los últimos cinco días… —señalé mi nariz amoratada—. Ah, y esto ha sido obra tuya.

McGray sonrió de oreja a oreja:

—Ei, fue un placer. Siempre había querido darte una madrinita en

la jeta de dandi. Sobre todo cuando pones esa cara de que estás oliendo mierda… 'ira, así como ahorita. Me había contenido sólo por consideración a tu complexión delicada.

Arqueé una ceja.

—Pensé que había sido efecto de "la maldición".

La mirada de McGray se ensombreció.

—Ei y neh.

Se puso de pie (aunque tuvo que encorvarse bajo el techo tan bajo) y cojeó hacia la chimenea. Levantó el atizador de Bardana y comenzó a escarbar entre las cenizas. Todo lo que quedaba del amuleto era un diminuto cráneo, que McGray recogió y se pasó de una mano a otra mientras se enfriaba. Bardana no intentó detenerlo, y supuse que todos sus venenos se habían consumido en el fuego.

McGray se sentó junto al fuego, examinando los restos chamuscados del colibrí.

—Qué maldición tan peculiar —comentó—. Nunca había leído sobre algo parecido. Ni siquiera fue perceptible al principio.

Me le acerqué.

—Cuéntame más.

McGray pasó la mirada del cráneo al fuego, meditando por un momento antes de contestar:

—Sólo puedo describirlo… como una fiebre. Como si algo me ardiera en la sangre. Me sentía como una locomotora sin frenos. Podía hacer todo lo que quisiera, y si algo o alguien se interponía en mi camino tenía el poder de aplastarlo sin remordimiento. Pero no me nubló la memoria; me acuerdo bien de todo… —observó el cráneo con atención, directo a las cuencas oculares tan pequeñas como ojos de agujas—. Ahora siento vergüenza de lo que hice… Agarrar a golpes al abad, lanzarme a lo desconocido sin un plan, plantarme enfrente de ese carruaje…

—¿Golpearme y virtualmente secuestrarme?

—Frey, ya te dije cuánto disfruté aquello. Este amuleto no puso nada nuevo en mi mente. Era yo y nadie más que yo, sólo que amplificado; sin pensar en las consecuencias. No me di cuenta de ningún cambio hasta que…

—¿Hasta que empezaste a escuchar y ver cosas extrañas? —aventuré.

McGray bajó la vista.

—Ei. Todo se fue en picada en cuanto creí haber escuchado… y visto a Pensy.

Me alegró que incluso él reconociera que sólo había sido una visión, pero no era momento de regodearme:

—Ésa por supuesto fue Oakley.

—Ei, no pudo haber sido nadie más, pero el amuleto me afectó los ojos, como tú mismo notaste. Sólo podía ver contornos borrosos, y sin distinguir todos sus rasgos me pareció que aquella muchacha se veía exactamente igual a Pensy.

—Tiene sentido —dije—. Ambas son delgadas y de cabello oscuro; además, todo pasó muy rápido.

McGray se presionó la frente con pesadumbre.

—Y era algo que yo… *deseaba* ver.

Sentí que mi rostro se relajaba en una sonrisa. ¿Podría ser que el testarudo Nueve Uñas al fin comenzaba a mostrar algo de raciocinio?

—Un colibrí… —susurró, sosteniendo el cráneo a centímetros de sus ojos—. Es un ave sagrada y sin sombra.

Me recliné sobre la pared, sabiéndome derrotado.

—Ay, aquí vamos de nuevo…

—Estos animalitos simbolizan felicidad, renovación…, paz. Se sacrifica colibrís para infligir inmenso daño. Para destrozar almas.

Bardana asentía con convicción mientras yo rechinaba los dientes. McGray volvía a hablar con la insensatez de siempre.

—¿No es más sencillo pensar que impregnaron ese pajarraco con alguna sustancia que te produjo esos síntomas?

—¿Y qué cree su majestad que haya sido esa dichosa sustancia?

—No lo sé, dejé todos mis libros de toxicología en Londres, pero vi que ataron un trozo de fruta o cactus, y al quemarlo resplandeció en un color extraño. Hay infinidad de sustancias que…

—Se te olvida que aquí la Bardana me sacó todos los chamucos.

—¿Los qué?

—Los chamucos, los demonios, la maldición.

Resoplé:

—¿Inducirle el vómito a un enfermo con olores fuertes? Difícilmente puede llamarse un gran logro —miré a la anciana con el rabillo del ojo—. Sin afán de ofenderla.

—Fue vómito negro —McGray me recordó.

—Pudiste haber tragado sangre cuando aquel troglodita te golpeó.

—O quizá… ¡Bah! No tienes remedio.

Metió el cráneo en el bolsillo de su camisa; un recuerdo que probablemente añadiría a su colección de cacharros siniestros… si es que lográbamos regresar, claro está. Buscó en sus otros bolsillos y extrajo el ahora arrugadísimo mapa que se había robado en Lancaster.

—Oi, vieja, dinos ’ónde estamos —Bardana frunció el ceño y le dio la espalda—. ¡Ay, anda! No le diremos a nadie que vives aquí. Palabra de honor.

Muy a regañadientes, pero mucho antes de lo que me esperaba, Bardana hizo a un lado su quehacer y vino a inspeccionar el mapa. Señaló un fino riachuelo; una línea azul que serpenteaba desde un monte llamado Winfold Fell. Supuse que aquél era el punto donde nos habíamos topado con Joel y las otras brujas.

—Un poco más alejado de los caminos de lo que me esperaba —admití.

—Ei, pero no demasiado lejos de Slaidburn o de Dunsop Bridge. Todavía podemos buscar ayuda allí. A menos que… —McGray miró a la bruja con interés—. A menos que Bardana nos sugiera otro destino.

Esta vez la anciana no necesitó persuasión. Alcanzó un frasco lleno de garbanzos secos y comenzó a repartirlos sobre el mapa. Uno en Lancaster, otro en Pendle Hill, otro en Beatrix Fell…

—Ésos son los faros —dijo McGray, mientras Bardana colocaba más y más garbanzos, algunos incluso fuera del mapa, donde habrían estado los condados de Cumbria y Yorkshire. Bardana trajo otras semillas: pimienta, estrellas de anís y otras que no conocía.

El gato se acercó, olfateando las pepitas y tocándolas con sus garras, pero sin moverlas un ápice. Después de un momento se sentó muy rígido, con una garra cerca de la pimienta que marcaba una pequeña villa: Slaidburn.

Bardana asintió, acarició al gato, y luego plantó un dedo sobre el nombre de Slaidburn con vehemencia. Para finalizar señaló otro punto más al sur, donde colocó un último garbanzo.

—No hay nada allí —le dije, pero McGray se quedó pensativo.

—Son las faldas de Pendle Hill.

—¿El monte de las brujas? —le pregunté.

—Ei. ¿Necesitas más pruebas? Ahí es a donde Joel se dirige.

—No es persuasión lo que necesito en este momento —objeté, pero McGray ya estaba de pie, como si un envenenamiento agudo y una bala en la pierna fuesen meras niñerías.

—¿Vienes o qué?

Lancé un suspiro.

—Nueve Uñas, ¿es que no has escarmentado ni un poco? Esta mujer puede habernos dado el mapa que conduce a nuestras muertes.

Pero McGray se rio a carcajadas.

—Oi, qué teatrero eres. Con esa labia (y si sobrevives a este viaje, claro está), puede que tengas bastante futuro escribiendo novelitas desquiciantes.

*

Había olvidado cuánto frío hacía afuera.

McGray se envolvió en su abrigo, profiriendo un fuerte "¡brrrrrrr!". Seguía cojeando un poco, pero me sorprendió con cuánta rapidez se recuperaba. Volteó a ver a Bardana:

—Oi, vieja, gracias por tu… ¿qué?

La anciana lo tomó del brazo y tiró de él. Su gato saltaba de lado a lado con entusiasmo, dejando marcas erráticas en la nieve. Bardana lo siguió hasta el pie de un fresno muy ancho y nudoso. La corteza era casi tan pálida como la nieve a su alrededor, y sus capullos negros esperaban pacientemente la llegada de la primavera para estallar en follaje. Bardana se agachó, pateando la nieve a ambos lados, y después escarbó con las manos desnudas. McGray le ayudó y pronto llegaron al suelo congelado. Bardana usó un guijarro para desmenuzar la tierra y extraer un objeto redondo y enlodado.

Al principio me pareció un nabo descomunal, pero en realidad era un bulto envuelto en trapos, que Bardana levantó con gran esfuerzo. McGray le ayudó, y la anciana comenzó a desatar nudos muy apretados. Aquel objeto debía haber estado enterrado durante años, pues los trapos se desgarraban al menor jalón.

La mujer retiró capa tras capa de tela, y el envoltorio más interior resultó estar sorprendentemente limpio: habían espolvoreado esos trapos con un polvo blanco que no era más que harina ordinaria, pero muy efectiva para aislar el contenido de los elementos, y nos sorprendimos al ver un bolso de cuero oscuro, con una hebilla brillante de bronce.

Estiré el cuello para mirar mientras Bardana lo abría y vaciaba su contenido. Lo primero que vi fue un ramillo de varias flores y hierbas secas. Le siguieron objetos extraños: mechones de cabello humano, una rana momificada, y otros que tristemente ya me resultaban familiares, como clavos torcidos y una cebolla morada. Finalmente escuché un sonido metálico, y lo que Bardana extrajo me dejó boquiabierto.

Era un revólver. Un arma muy fina con empuñadura de marfil y el metal tan lustroso como si fuese recién forjado. También había una pequeña bolsa llena de balas.

McGray se hizo de ellas antes de que pudiera detenerlo, y examinó la pistola con los ojos emocionados de un niño en Navidad.

—Esto nos va a facilitar mucho las cosas. ¡Gracias, vieja!

La mujer también extrajo un ramito de lavanda atado a una hoja de laurel, y los puso en el bolsillo de mi camisa con un cuidado casi maternal.

Quería ofrecerle algo, lo que fuera, en agradecimiento, pero

además de aquellas flores secas mis bolsillos estaban vacíos.

Milagrosamente una de mis mancuernillas aún pendía de mi camisa. Era una pieza pequeña y fina de oro. Me la quité y se la ofrecí a la mujer, pero negó con la cabeza y dio un paso atrás.

Tomé una de sus manos, de piel más reseca y callosa de lo que esperaba, y presioné la mancuernilla sobre su palma, cerrando sus dedos en un apretado puño.

—Acéptala, por favor.

Finalmente accedió, agitando la otra mano, indicándonos que nos marcháramos. Cruzamos el riachuelo saltando sobre rocas resbaladizas, y conforme escalábamos la pendiente de vuelta al camino, volteé para mirarla por última vez.

Vi a la anciana de pie e inmóvil junto a su casita de piedra, con el gato echado sobre sus hombros, ambos observándonos con atención. Inexplicablemente, parte de mí no quería marcharse.

Cuando miré al frente vi que McGray me sonreía:

—¡Ei, te gustan mayorcitas!

—Jódete.

*

Pronto llegamos al final de la arboleda y la vista se abrió hacia los desolados páramos. Un nubarrón comenzaba a ocultar el sol, y los rayos lanzaban una luz cada vez más débil sobre las colinas nevadas, pero no tuvimos problema en encontrar el camino que iba hacia el este.

Descendimos por la suave cuesta, alfombrada uniformemente con nieve brillante, llana y virgen, excepto…

—Frey, mira —dijo McGray, en el instante mismo en que vi aquello.

La nieve no estaba totalmente lisa, sino que había un rastro desordenado, como puñaladas en medio de la blancura. El rastro cruzaba todo el campo entre la arboleda que acabábamos de dejar y llegaba hasta el camino principal. Al acercarnos vimos manchas oscuras que moteaban la nieve.

—¿Sangre? —preguntó McGray, y nos acuclillamos para inspeccionar.

—Así es —dije, tocando y olfateando una de las gotas. El rastro era profundo y fácil de seguir, hasta llegar al tocón de un árbol. Allí, colgando de las astillas del tronco y ondeando como un estandarte bajo la brisa, encontramos un delantal sucio, hecho jirones y manchado de carmesí.

McGray tomó aliento, se acercó a la desgarrada prenda y ambos la inspeccionamos detenidamente.

—Le pertenecía a una mujer delgada —dije, mirando las cintas.

Nueve Uñas tomó una esquina y la miró de cerca, tanto que pensé que su vista había vuelto a empeorar.

—Aquí —dijo, mostrándome la tela.

Tenía un bordado muy delicado: hilos color lila que formaban un largo tallo de flores *digitalis purpurea*.

—Es de Oakley —murmuré, y el recuerdo de sus gritos desesperados me perturbó tanto como cuando los escuché por primera vez—. ¿Crees que esté…?

McGray miró el entorno. El terreno alrededor del tocón estaba enlodado, como si lo hubiesen pisoteado repetidamente durante bastante tiempo. Había salpicones de sangre alrededor, y Nueve Uñas se estremeció.

—Ei. Espero que haya sido rápido…

*

No habíamos caminado ni dos kilómetros cuando los primeros copos de nieve comenzaron a flotar a nuestro alrededor, y las nubes de nuevo se arremolinaban sobre nosotros. Había sólo una delgada línea de cielo visible en el horizonte, teñida de rojo con los últimos rayos del sol.

—¿Ya está anocheciendo? —exclamó McGray, hundiendo sus botas en la nieve mientras descendíamos por el largo camino. Además de su paso aletargado y una ligera cojera, nadie creería que le habían disparado la noche anterior.

—Sí —le gruñí—. Dormiste a tus anchas.

—Oi, Frey, suenas como gatita lamiéndose un espinazo.

—Estoy más que espinado —protesté, arrastrando las piernas con dificultad—. Jamás me había encontrado en un estado tan lamentable en toda mi vida.

—Pos no todos podemos decir lo mismo, dandi —dijo, mirando su mano de cuatro dedos con amargura—. Las cosas deberían mejorar en cuanto lleguemos a Slaidburn. Esta noche podemos descansar como Dios manda y en la mañana nos encaminamos a Pendle… ahora que sabemos definitivamente que algo raro pasa allí.

Resoplé. No quería anunciar mis intenciones tan pronto, pero no podía dejar que McGray siguiese haciendo planes para su cruzada.

—No iré a Pendle.

No pareció procesar mis palabras. Tuve que repetirlo, pero esta vez

con mucha más firmeza. Entonces McGray me lanzó una mirada perpleja:

—Deja de decir babosadas. Has venido recitando la misma monserga una y otra vez como guacamaya desde que todo esto empezó.

—Ya he soportado suficiente —espeté; mi ira al fin salía a la superficie—. En cuanto lleguemos a esa maldita villa dejada de la mano de Dios vas a tener que seguir solo. Yo me iré de regreso a Edin-jode-burgo.

McGray se detuvo:

—¿Vas a abandonar tu puesto?

—Difícilmente puede llamársele así. Cuando entregue mi reporte, Campbell estará de acuerdo con mi decisión. Nunca debimos aventurarnos tan lejos.

—Suenas como el trinche Missy de Lancaster, desligándote de toda responsabilidad que te caiga sobre los hombros. ¿No te importa que este demente mate y torture gente adondequiera que vaya? ¿No estás ni remotamente interesado en saber más de la red de contrabando de estas viejas brujas?

Me froté la cara con frustración.

—Nueve Uñas, *tú mismo* no estás interesado en esas muertes. ¡Todo lo que te motiva es tu propia familia!

El pecho se le hinchó.

—Siento verdadera pena por tu hermana —farfullé—. De verdad lo siento, pero no puedo seguirte más. Admítelo: ésta es una búsqueda inútil cuyo objetivo final es la más vaga de las pistas. Hasta donde sabemos, Pensy pudo haberle pedido a lord Ardglass un vaso de leche tibia. E incluso si dijo algo de importancia, eso no quiere decir que haya esperanzas de que vuelva a hablar en lo que le resta de vida.

McGray me asió de las solapas, soltando bocanadas de aliento como los vapores frenéticos de una locomotora. Pude ver el entendimiento en su mirada, la angustia, el rencor hacia unas palabras que quizás él mismo había pensado pero se negaba a admitir. Bien pudo haberme descuartizado con sus propias manos en aquel preciso instante.

Aun así encontré el valor (o la locura) para musitar mis palabras más incisivas:

—Crees que vale la pena matarte por esto, y no voy siquiera a intentar persuadirte de lo contrario, pero no te seguiré más.

Habló ominosamente, al tiempo que el sol terminaba de ocultarse, y fue como si sus mismas palabras oscureciesen el firmamento:

—No tienes idea de lo que se siente, ¿verdad? Aferrarte al último

vestigio de esperanza, mientras todo el mundo te restriega en la cara cuán inútil es todo.

—McGray…

—*¡No me queda nada!* Nada además de la más remota posibilidad de curarla. Cuando te das cuenta de algo así… te cala y te muele hasta los huesos —se rio con resentimiento—. Pero ¿cómo podrías entenderlo? Ni siquiera soportas a tu camada. Vienes de una jauría de lobos que se apuñalan por la espalda a la primera oportunidad. Apuesto a que ni siquiera aguantabas a tu propia madre.

Aquello se sintió como un golpe físico. Mi madre había fallecido hacía más de veinte años, pero jamás había olvidado los horrendos días que precedieron a su muerte. Siempre que pensaba en ello sentía que los ojos se me empañaban con lágrimas que había aprendido a reprimir desde mi infancia.

Preferí no contarle nada de aquello a McGray. Debí haberlo herido mucho más y con menos palabras. Sin embargo, no había empatía suficiente en el mundo para hacerme cambiar de parecer: esta misión estaba destinada a la ruina, lo sabía con certeza, y no me resignaría a ser una víctima más de las tragedias de los Ardglass y los McGray.

Se me hizo un nudo en la garganta:

—Ya que sabemos nuestras decisiones… Sigamos la marcha. Mientras más pronto lleguemos a un lugar civilizado, más pronto podemos irnos a nuestros respectivos destinos.

—Frey, antes de que sigas, quiero que estés perfectamente consciente de que no estaba embrujado, borracho, drogado o confundido en absoluto cuando hice esto…

Entrecerré los ojos, anticipando una buena tunda, pero por alguna razón McGray cambió de parecer, me soltó las solapas y me empujó a un lado, siseando de coraje.

—Ve adonde chingaos quieras, niño bonito de Londres.

Su voz sonaba tan brutal, tan llena de odio, que casi habría preferido otro puñetazo en la nariz.

Continuó la marcha, imperturbable, y conforme lo veía alejarse vi que los copos de nieve se habían vuelto más gruesos y pesados. No quería seguir a Nueve Uñas, pero teníamos que encontrar refugio y pronto, y Slaidburn era el punto más cercano.

Justo cuando fui tras él escuchamos unos gritos rasposos, seguidos del repiqueteo de ruedas. El sonido venía de más adelante, detrás de la siguiente vuelta del camino.

McGray se llevó una mano al bolsillo del abrigo, acariciando el revólver. Su tensión sólo disminuyó un poco cuando vimos la fuente del ruido. Era una carreta, vieja y traqueteante, cargada de al menos

una docena de barriles de cerveza. Una mula enfermiza tiraba de la carreta a paso de tortuga, y el hombre que conducía se veía igual de miserable: encorvado, famélico, y con una de esas caras aletargadas que contagian apatía sólo de verlas.

McGray se plantó en medio del camino y esperó pacientemente a que la carreta nos alcanzara, mientras la nieve se acumulaba velozmente sobre nuestros hombros. La mula decidió que rodear a McGray sería demasiado esfuerzo, y cuando se detuvo frente a nosotros el conductor dio un descomunal bostezo. Habló arrastrando las palabras, tras escupir algunos copos de nieve:

—¿Qué pasa?

—¿Cómo te llamas? —espetó McGray.

El hombre se tomó su tiempo:

—Floyd. ¿Pa' qué pregunta?

—Necesitamos transporte. Vamos a Slaidburn.

El tal Floyd nos miró detenidamente, inspeccionando nuestras ropas enlodadas y nuestras caras maltrechas. Le tomó un tiempo irritantemente largo responder, como si hablar requiriera de todo su esfuerzo:

—Naaa. De ahí vengo. Y no quiero problemas.

Arreó a su patética mula, pero no tuvo ocasión de dar más de tres pasos: McGray detuvo a la bestia de la crin al tiempo que desenfundaba el arma de Bardana.

—O nos llevas, flaquito —le gruñó, y escuché el cliquear del martillo del arma—, o te ensarto un pinche problemota en medio de esa jeta de imbécil.

Las venas pulsaban en las sienes de McGray, y temí que hiciera algo estúpido, pero incluso aquel carretonero tuvo suficiente sentido común para soltar las riendas.

Nueve Uñas se instaló en el asiento del conductor mientras Floyd saltaba al suelo.

—¿A dónde vas? —espetó McGray.

—¿Eh? Pensé que…

—Necesito a alguien que me sirva una cerveza —dijo Nueve Uñas, y el carretonero no lo pensó dos veces. Mucho más rápido de lo que lo creí capaz, saltó de nuevo y se encaramó sobre los barriles, mientras McGray le daba la vuelta a la desvencijada carreta.

Tras mi apasionado discurso estaba seguro de que me dejaría allí, y no lo habría culpado. Todavía no puedo creer que tuvo la compasión de voltear la cabeza y lanzar un silbido:

—¡Súbete, princesita, o te quedas para siempre!

Me reí.

—¿Y seguirte a donde te diriges? ¿Estás loco?

—Date gusto, pues —dijo, arreando a la mula y alejándose. Le espetó a Floyd—: Aviéntale tu manta apestosa. El dandi la va a necesitar en este clima.

Floyd sacó una manta sucia de debajo del asiento, junto con un saco que contenía pan y una botella muy probablemente llena de cerveza de malta, y los arrojó a mis pies. El pan estaba tan duro que se hundió en la nieve como una piedra.

McGray latigueó las riendas, la mula continuó sus pasos lastimeros y las ruedas crujieron conforme ganaban velocidad. Justo entonces el viento me golpeó con fuerza, como si intentara sacudirme la terquedad. La carreta continuaba acelerando, así que no tuve tiempo de pensar. Tuve que trotar cómicamente para saltar a la carreta, aferrándome precariamente a una de las correas de cuero que sujetaban los barriles.

Nueve Uñas ya estaba bebiendo la cerveza ofrecida por Floyd, y el carretonero me miró con socarronería.

—¡'ire, don escocés! Su compañerito de buena cuna decidió…

—No te pases de confianzas, flaquito —McGray le vociferó—, que me acabas de conocer.

Me acomodé como pude entre los barriles, prefiriendo sentarme allí que al frente junto a Nueve Uñas.

El trayecto fue corto pero demasiado tenso, y me pareció que se prolongaba por horas. McGray se concentró en guiar a la mula, con una cara tan malhumorada que nadie se atrevió a hablar.

Ambos habíamos cruzado una línea de la que no había marcha atrás, y darme cuenta de eso me hizo sentir… extrañamente triste. Me pregunté si algún día podríamos tenernos confianza nuevamente.

30

Los páramos vastos y desolados dieron lugar a un exiguo bosque. Robles y coníferas flanqueaban el camino, pero en la creciente oscuridad apenas lograba distinguir sus contornos.

Mientras más avanzábamos más agitado me sentía, pero no podía identificar la razón.

Había algo en el aire que no me gustaba, como una oscura premonición traída por el viento helado y el aroma terroso de los bosques. Sacudí la cabeza para no pensar en ello.

Al fin vimos emerger las primeras luces de la villa. Un pequeño racimo de destellos dorados se convirtió, conforme nos acercábamos, en ventanas rectangulares, cuyo brillo alumbraba las paredes de arenisca de unas viviendas antiquísimas. Me sentí como si me estuviese adentrando en el pasado, pues esas regiones de Inglaterra habían cambiado muy poco desde la reforma protestante del siglo XVI, cuando el rey Enrique VIII había roto cualquier lazo con el Vaticano. Y me esperaba que los residentes fuesen tan supersticiosos como los de aquellos tiempos.

Slaidburn era una villa diminuta; poco más que una larga calle en medio de la nada, así que fue muy fácil encontrar nuestro destino. En medio de las tenues luces vimos el abatido letrero del único mesón de la villa. Aunque estaba cuarteado y erosionado, aún podía leerse el nombre del local: *Hark to Bounty*.

—Éste es el lugar —dije con alivio, pues hasta ese momento parte de mí no creía que los consejos de Bardana nos llevarían a algún lado. Los vidrios de las ventanas estaban empañados, pero alcanzaba a verse el fuego de una enorme chimenea en el interior—. Al menos se ve acogedor ahí adentro.

McGray silbó con sorpresa al saltar de la carreta:

—¡Que me parta un rayo! Vi un grabado de este lugar en un libro viejísimo. ¡Es el mismo mesón donde pernoctaron las brujas de Pendle cuando las llevaban presas a Lancaster!

—Espero que hayan lavado las sábanas desde entonces —fue mi lacónico comentario.

McGray no se molestó en insultarme; estaba demasiado ocupado

bajando a Floyd de la carreta a tirones.

—Vamos a necesitar tu desvencijada carreta de mierda —le dijo, al tiempo que se quitaba una bota y extraía un grueso fajo de billetes.

—¿Has cargado con eso todo este tiempo? —chillé, atónito.

—Claro. Escondí la mayor parte de tu dinero aquí mientras lloriqueabas del golpe que te di. No es la primera vez que viajo por caminos peligrosos —volteó hacia Floyd—. Ten, por tus servicios —y le lanzó una copiosa cantidad de libras.

—¿Qué estás haciendo? —protesté, pero Floyd ya estaba contando los billetes con avaricia:

—¡Uy, con esto puedo comprarme mi propio carretón y mandar a míster Brewer al infierno!

—'tonces lárgate y sé feliz —concluyó McGray, y antes de que dijera otra palabra, Floyd se había marchado.

—Nueve Uñas, en el futuro agradecería que me consultaras antes de derrochar mi dinero.

—¡Oi, ya cállate!

Fue a la puerta principal del mesón, que encontró cerrada con llave, a pesar de que todos los cuartos de la planta baja estaban iluminados. Miré hacia arriba y vi que había luz en una de las habitaciones del primer piso, pero se extinguió en cuanto levanté la cabeza.

—Hay gente aquí —rezongó McGray, aporreando la puerta de roble, pero no hubo respuesta alguna. De hecho, la villa estaba completamente desierta, como si la gente hubiese huido con tanta prisa que no habían tenido tiempo de apagar sus velas.

McGray llamó de nuevo y esperamos, pero no hubo sonido alguno hasta que un par de cuervos aterrizaron sobre el techo del mesón, batiendo las alas y graznándose mutuamente. Nueve Uñas los vio con recelo, y estaba a punto de decir algo, pero entonces la puerta se abrió de golpe, casi dándole en la nariz.

Una mujer de unos cincuenta años salió apresurada, agitando los brazos y con el rostro lleno de angustia. Llevaba un delantal lleno de manchas y estrujaba un trapo con manos nerviosas.

—¿Ya encontraron a las niñas? —preguntó con premura.

—¿Niñas? —dijo McGray frunciendo el ceño.

La mujer se detuvo, mirando la carreta y luego a nosotros con ojos que mostraban extrañeza.

—¿Podemos ayudarla, ñora? —preguntó McGray, pero la mujer estaba frenética.

—¿Dónde está Floyd? —preguntó, sin quitar la vista de la carreta. Quise decir algo, pero McGray se apresuró a contestar:

—Nos… nos encontramos esta chunche abandonada en el camino. Pensamos que venía de aquí. ¿Quién es Floyd? ¿Su marido?

La mujer pareció asqueada ante la mera insinuación:

—¡Dios, no! Floyd nos surte la cerveza, pero ahora toda la villa está buscando a nuestras niñas. *Nuestras*…

Entonces se desmoronó, entregándose al llanto y cubriéndose el rostro con el trapo grasiento. McGray le dio una palmadita en el hombro:

—Cálmese, ñora. Somos de la policía. Puede que le seamos de ayuda. ¿Nos deja pasar?

Realmente no estaba pidiendo permiso; la mujer estaba deshecha y McGray la llevó del brazo al interior de su propio mesón.

Apenas habíamos entrado al pórtico cuando un hombre altísimo se interpuso en nuestro camino. Mi corazón dio un vuelco al ver su imponente figura, esperando ver un bigote relamido y una vieja bruja a sus espaldas. No fue así, y lo miré con alivio, a pesar del gesto amenazante con que nos observaba. El hombre tenía ojos fieros, piel curtida y una barba rubia y muy enmarañada. Pude ver gotas de sudor por toda su frente.

—¿Qué rayos le hicieron a mi mujer? —nos gritó.

Me percaté de que debíamos parecer un par de sucios rufianes. Y no podía culpar a la gente por mirar a McGray con recelo, incluso en sus mejores días.

—¡Oi, oi! —le dijo McGray, dándole un gentil empujoncito a la mujer para acercarla a su marido—. Nomás encontramos a la ñora afuera, preguntándonos por unas niñas perdidas.

La mujer enterró el rostro en el hombro de su esposo y siguió llorando. El hombre entornó los ojos, lleno de suspicacia:

—No son de por aquí, ¿verdad?

—Está en lo correcto —le dije, ofreciendo una mano que el hombre no se molestó en apretar—. Somos inspectores de Scotland Yard. Estamos varados y necesitamos asistencia.

—Ya tenemos suficientes problemas.

—Tal vez podamos ayudarlos —ofreció McGray.

—No tenemos cuartos —refutó el hombre.

Miré por encima de su hombro. Había un amplio salón de estar con varias mesas dispuestas alrededor del fuego, y el olor a estofado de res se esparcía hasta el pórtico; sin embargo, no había un alma a la vista.

—No parece que su negocio prospere de momento —comenté.

—*¡Dije que estamos llenos!*

Hizo a su mujer a un lado y dio un paso al frente. Vi que McGray se llevaba la mano al bolsillo donde guardaba el revólver y tuve que

tirar de su brazo.

—Nosotros tampoco necesitamos más problemas —dije en voz baja —. Será mejor que nos vayamos. Puede que tengamos más suerte en otro lugar.

—Hágale caso al niño bonito —gruñó el dueño del mesón, mirando el tartán de McGray—. No queremos extranjeros aquí.

Nadie se movió por un momento, hasta que el silencio fue roto por los pasos de un muchacho, obviamente un sirviente, que entró cargando a cuestas una tina de cobre. Nos miró confuso antes de hablarle a su patrón:

—¿Dónde quiere que prepare la tina, míster Greenwood?

No pude creer lo que oía; de inmediato recordé a la primera víctima de lord Ardglass: la muerte que había desencadenado toda esta expedición.

—¡Greenwood! —exclamó McGray, sin poder ocultar su sorpresa.

El hombre, Mr. Greenwood, nos miró con más desconfianza que nunca:

—¿Qué le extraña de mi nombre?

McGray carraspeó:

—¿Tienen ustedes… alguna conexión con Elizabeth Greenwood? ¿Enfermera en Edimburgo?

La explosión de un barril a nuestras espaldas no habría causado mayor impacto. Mr. Greenwood jadeó, el llanto de su esposa se detuvo y la mujer miró a McGray con los ojos enrojecidos.

Nueve Uñas asintió sombríamente:

—Veo que sí.

Marido y mujer intercambiaron miradas de desconcierto. Estaban aterrados, y sus manos y labios temblaban.

—¿Qué hacemos? —profirió la asustada mujer, y Mr. Greenwood le estrujó un hombro.

A regañadientes, y después de más de un minuto de lucha interna, el hombre se hizo a un lado y nos dejó pasar.

—Nos traen noticias de nuestra hija Lizzy —profirió el tipo con una voz innecesariamente escandalosa—. Tráeles algo de beber.

—¿Dónde están sus establos? —preguntó McGray.

—¡Deje la mula donde está! —espetó Mr. Greenwood—. En un rato mando a alguien que se haga cargo de ella.

*

Mrs. Greenwood trajo dos pintas de cerveza oscura y una copita de brandy (esta última para mí) y dispuso las bebidas sobre la mesa.

—Siéntese, ñora —le ofreció McGray, pero la mujer miró a su esposo con nerviosismo.

—No hay necesidad —dijo él, encendiendo un cigarrillo—. Mi mujer tiene cosas que hacer. Ve a ver cómo va ese estofado; los inspectores han de tener hambre.

La mujer parecía horrorizada:

—¡Los inspectores no pensarán quedarse, seguramente!

Mr. Greenwood gruñó entre dientes:

—Haz lo que te dije.

La mujer hizo una reverencia, y cuando se marchaba noté cuánto le temblaban los tobillos. Mr. Greenwood la siguió con la mirada, y no habló hasta que estuvo seguro de que su mujer se había alejado.

—Son malas noticias sobre Lizzy, ¿verdad?

McGray tomó un largo trago de cerveza para humedecerse la garganta:

—Me temo que sí. Lo sentimos mucho.

El hombre contempló su enorme vaso, mordiéndose un labio. Dio una fumada larga y lenta, mirando hacia arriba y pestañeando con ansia para disipar las lágrimas. A duras penas lo logró, y se tomó media pinta de un solo trago.

—¿Có… cómo pasó?

—Mejor que su mujer no esté presente —admití. Les había dado malas noticias a los familiares de infinidad de víctimas, pero jamás me acostumbraría—. Su hija fue asesinada por uno de sus pacientes…, un hombre recluido en el manicomio de Edimburgo.

Mr. Greenwood de nuevo alzó la vista, con las pupilas agitándose. Le dimos unos minutos para que asimilara la noticia, pero la angustia del hombre sólo empeoró. Respiraba agitadamente, y con una mano temblorosa se cubrió la frente.

—¿Por… por qué haría alguien algo así? ¿Fue sólo por su locura?

—Hasta este momento —dije con algo de vergüenza—, no estamos totalmente seguros.

—Pero usted tal vez pueda ayudarnos —McGray intervino—. ¿Puede contarnos más sobre ella?

—No la hemos visto en años —dijo Mr. Greenwood aclarándose la garganta—. No… no partimos en buenos términos.

McGray se inclinó al frente y musitó:

—Sabemos que tuvo un hijo en algún momento. ¿Fue por eso que se pelearon?

Fue como si alguien hubiese abofeteado a Mr. Greenwood:

—¿Cómo se enteraron de eso?

—Durante la autopsia —le dije—. El hecho llamó nuestra atención,

dada su soltería.

Mr. Greenwood sacudió la cabeza, frunciendo el ceño con una pena indescriptible.

—Ahí fue donde empezaron sus problemas; la pobre mocosa. Nos sentamos a esta misma mesa cuando nos lo confesó. Estaba furioso. Su madre la abofeteó…

—¿La echaron de aquí? —preguntó McGray.

—Inspector, usted debe entender que somos una familia muy conocida en la región. No somos ricos pero al menos somos personas honradas. No habría soportado las habladurías de la gente; que la insultaran a sus espaldas…, que dijeran que mi hija se había acostado con cuanto gañán se hospedaba aquí. Jamás habría soportado que la gente la llamara una…

Se mordió los nudillos.

—Entonces la echaron —repitió McGray.

Mr. Greenwood le dio un sonoro puñetazo a la mesa:

—Ella sabía que no podía quedarse. Sabía la clase de vida que le esperaba… y a su bebé. Cuando le sugerimos que se fuera estuvo más que dispuesta.

—¿A dónde fue inicialmente? —le pregunté.

—Por vez primera el desgraciado que la embarazó fue de ayuda. Lizzy le mandó cartas contándole todo. El infeliz dijo que no se casaría con ella; en vez de eso le mandó la dirección de una mujer en Lancaster que podría darle trabajo… ¡Qué jodidamente caritativo!

—¿Sabe quién era esa mujer? —McGray se apresuró a preguntar.

—Nunca la vi en persona, inspector, pero se llamaba… no sé qué Redfern.

Inhalé y casi solté una injuria, pero McGray me silenció con una fuerte mirada:

—¿Qué clase de trabajo le ofreció?

—Lizzy nos dijo que la mujer era una comadrona. Había accedido a atenderla durante el embarazo con discreción, y tomó a Lizzy como su aprendiz. Estaba al tanto de la situación y no parecía importarle, así que todo el arreglo fue muy oportuno. Lizzy hasta tuvo tiempo de empacar sus cosas e irse antes de que el vientre la delatara.

”Sólo la vimos una vez más después de eso. Mi mujer y yo fuimos a Lancaster a recoger a la criatura, una niña. Lizzy era una mujer totalmente diferente para entonces. Se había vuelto muy impetuosa y emancipada; demasiado para escuchar nuestros consejos. Esa maldita bruja le había llenado la cabeza de ideas estúpidas: le dijo que no necesitaba a nadie, que podía mantenerse ella sola, y todo ese mierdero chisme liberal que está poniéndose en boga. Su plan era

ahorrar dinero y comprar una casita, y entonces mandar por la niña y hacerla pasar por su sobrina.

Pensé en la pequeña pero cómoda casa donde Oakley nos había recibido. Había dicho que la propiedad era de miss Greenwood.

—Casi llevó a cabo ese plan en su totalidad —dije—. Me pregunto por qué decidió mudarse a un lugar tan alejado como Edimburgo.

Mr. Greenwood se encogió de hombros:

—Hasta en Lancaster la gente sospechaba de su embarazo. Y según sé, esa tal Redfern tenía contactos en Escocia. Me imagino que así es como mi hija fue a dar allá. Supuse que no le había ido mal; nunca nos escribía o contestaba nuestras cartas, pero siempre mandaba suficiente dinero para la manutención de la niña. Apuesto a que el desgraciado de su padre no habría podido hacer un mejor trabajo.

Hubo un dejo de orgullo en esa frase, pero acompañado de una gran culpa.

—Por lo que nos ha dicho —agregué—, supongo que usted conoció al padre de la criatura.

—Sí. Un canalla mujeriego de la villa. Era unos quince años mayor que nuestra Lizzy. Se fue de Slaidburn cuando su madre (una costurera) falleció. Aún era bastante joven y no había quien cuidara de él. Un buen día, años después, regresó ya crecido. Con botas nuevas y los bolsillos llenos. Todos sospechamos que se había metido en negocios truculentos, y aunque no le teníamos confianza eso no impidió que llamara la atención de nuestras niñas tontas. ¡Venía, las metía en problemas y se largaba!

”Llegamos a oír que trabajaba en algún lugar de Edimburgo y supusimos que ésa era la razón por la que Lizzy se había mudado para allá. Pensé que en algún momento se casarían, pero hace más o menos un año mi esposa escuchó que el tipo había ido a dar a la cárcel —se rio con desdén—. Merecido se lo tenía.

McGray inclinó la cabeza, seguramente pensando lo mismo que yo.

—¿De casualidad el tipo se llamaba Harry Pimblett?

Los ojos del hombre se abrieron al máximo:

—Caray, ¡ustedes están más enterados que yo!

McGray y yo intercambiamos miradas. Así que el padre de la bebé de Greenwood era el mismo hombre que habíamos encontrado en la prisión de Lancaster; el mismo hombre que había sido mayordomo de lord Ardglass durante años, y a quien su antiguo patrón había asesinado tras viajar cientos de kilómetros ex profeso.

Greenwood y Pimblett, conectados tan íntimamente como Redfern y Oakley… y de alguna forma, el clan de los Ardglass debía encajar también en esta misteriosa red.

—Debe saber que Pimblett también ha muerto —le dije—. Asesinado… por el mismo hombre que le quitó la vida a su hija.

Mr. Greenwood se estremeció, y a pesar de la tenue luz del fuego vi que la sangre se drenaba de su rostro.

—¿Cómo nos encontraron? —farfulló, y vi que él también comenzaba a entender.

—Hemos estado siguiendo el rastro del asesino —respondió McGray—, y pues… supimos de buena fuente que se dirigía a esta villa.

—Ay, Dios —profirió Mr. Greenwood. Se cubrió la boca, se puso de pie y nos dio la espalda, para después recargar ambas manos sobre el marco de la chimenea.

McGray se levantó también y se le acercó:

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja—. ¿Es lo que creo?

Mr. Greenwood asintió con vehemencia, y escupió las palabras como si le quemaran por dentro:

—No puede ser coincidencia que ustedes aparezcan justo la noche después de que la hija de Lizzy desapareció…

—¡Así que fue su hija! —exclamó McGray.

—Nos dijeron que la criatura había muerto —dije, recordando la declaración de Oakley.

—Pues les dijeron mentiras —dijo Mr. Greenwood—. La niña, Daisy, vivía perfectamente feliz con nosotros, hasta… —la voz se le quebró y el pobre hombre volvió a morderse los nudillos— hasta anoche…

Entonces vi a Mrs. Greenwood. La mujer nos observaba desde la puerta de la cocina, derramando copiosas lágrimas y estrujando su delantal tan fuerte que la tela había comenzado a desgarrarse. Lo había escuchado todo.

Nuestras miradas se cruzaron y la mujer dio un salto hacia atrás, dejando salir un sollozo penetrante. Entonces escuchamos el estrépito de cacerolas y vidrios rotos en la cocina.

Mr. Greenwood corrió hacia ella y fuimos tras él, para encontrar a la mujer de rodillas, peligrosamente cerca de la ardiente estufa, y meciendo espasmódicamente una pequeña cuna de mimbre. Unos listoncillos rosas se balanceaban en el aire, junto con una rosa de tul que estaba a punto de desprenderse. Una joven sirvienta, aterrada, lo miraba todo desde un rincón del cuarto, presionando la espalda contra la pared y con las manos aferradas a un cucharón.

Mr. Greenwood se arrodilló frente a su esposa a toda prisa. La mujer se agazapó y se cubrió el rostro, como si esperase que su marido la abofeteara. En vez de eso el hombre la tomó en sus brazos y la

estrujó con una ternura impensable, murmurándole suavemente al oído.

McGray se me acercó y también susurró:

—Pensé que la niña tenía al menos algunos años de edad.

—Yo también… aunque… la mujer inicialmente dijo "las niñas".

La temblorosa Mrs. Greenwood logró ponerse de pie, y McGray ayudó a su marido a llevarla a la mesa del salón principal.

—No debiste escuchar —le decía mientras pasaban frente a mí—. No debiste, mi tontuela.

Miré a la asustada sirvienta:

—Muchacha, tráele una copa de cualquier licor que tengan.

Asintió con torpeza, y se las arregló para poner una copa en la mesa en cuanto todos estuvimos sentados.

—Fue ese hombre horrible —decía Mrs. Greenwood, meciéndose hacia atrás y hacia delante—. Llegó anoche pidiendo un cuarto. Nunca me imaginé que todo esto iba a pasar: parecía un caballero muy elegante, aunque su ropa sí estaba toda mugrienta.

—¿Le dijo su nombre? —le pregunté.

—Sí, señor. Dijo que se llamaba Ardglass.

—Volvió a dar su verdadero nombre —dijo McGray—. Igual que en el castillo de Lancaster. No tenía intención de esconderse… —vi la inquietud que crecía en su rostro—. Continúe, ñora.

—Pues le di un cuarto y le serví la cena. Se portó muy educado todo el tiempo… hasta que vio a las niñas. Daisy corría de un lado a otro con sus juguetes, y Hannah le estaba dando de comer a la más pequeña. El hombre preguntó si… ¡si una de ellas se llamaba Daisy! Se me heló la sangre cuando lo escuché, señores. Dios mío, los ojos que les echaba… —la mujer tembló de pies a cabeza—. Sabía todo sobre ellas, ¡sobre nuestra Lizzy! ¿Cómo podía ser?

Los nervios de la pobre se estaban desmoronando, así que McGray la animó a que bebiera unos sorbos.

Me imaginé la perturbadora escena de Joel extrayéndole toda aquella información a Oakley, y quizá también a Lizzy Greenwood… y a las jóvenes contándole todo antes de ser asesinadas.

—Podemos explicarle cómo se enteró de todo eso —le dijo McGray sombríamente, con la misma imagen en la mente—, pero antes necesitamos que nos cuente el resto. ¿Quién era la otra niña?

—Primrose. Una bebé huérfana, señor —Mrs. Greenwood carraspeó tras un sorbo de licor—. También la cuidábamos. Aquel hombre me preguntó cuál era Daisy… No iba a decírselo, por supuesto, ni por todo el oro del mundo. Y eso mismo le dije, y el demonio se me echó encima… —Mrs. Greenwood tragó saliva,

llevándose una mano al vientre— y me golpeó en el estómago. ¡Me tiró a un lado y se las llevó a las dos!

Se cubrió la boca y lloró miserablemente sobre el hombro de su marido.

—Yo andaba afuera —dijo él—, atendiendo al caballo del desgraciado. Escuché gritos y vine de inmediato, pero Ardglass usó esos segundos para salir por la puerta trasera. Sólo pude escuchar su caballo galopando por el camino principal.

—Y las niñas gritaban —Mrs. Greenwood gimoteó—. *¡Las niñas gritaban!*

La sirvienta apartó la vista, enjugándose las lágrimas con el delantal. Incluso Nueve Uñas se estremeció al imaginarse la escena.

—¿Qué creen que les hará a las pobrecillas? —nos preguntó Mrs. Greenwood.

McGray, con todo y su sangre fría, no pudo contestarle. Tuve que respirar profundo:

—Honestamente… no sé qué decirle.

31

—Tal vez podamos echarles una mano —aventuró McGray.

Mr. Greenwood le ayudaba a su mujer a subir las escaleras:

—Casi todos los hombres de la villa están buscándolas en los alrededores. No creo que pueda hacerse mucho más —miró a la sirvienta—. Hannah, dale algo de comer a los inspectores. Después de eso quiero que se vayan.

—*¿Qué nos qué?* —chillé—. ¿Está loco? ¡Está cayendo una ventisca allá afuera!

La pareja subió el resto de las escaleras sin responder, y la joven Hannah hizo una reverencia y se fue despavorida a la cocina.

McGray se sentó junto a la mesa, se quitó las botas y estiró las piernas, masajeándose la que estaba herida.

—Pos cerveza y cena gratis son mejor que nada, ¿no crees?

Me paseé por el cuarto.

—Podríamos mandar traer refuerzos. Aún estamos en el condado de Lancashire. Podríamos mandar un mensaje a Lancaster y si tenemos suerte puede que Massey nos mande oficiales de los pueblos aledaños.

—Oi —dijo McGray arqueando una ceja—, ¿no que estabas hartito de todo? ¿Qué pasó con tu lloriqueo de "ya no quiero perseguir al tal Joel y seguir ensuciándome la levita"?

—No dije que te ayudaría a perseguir a Joel, dije que quiero ayudar a esta gente a buscar a sus niñas.

—Que a fin de cuentas es lo mismo, Pitágoras. Joel se las llevó.

Me senté.

—Así es, y comienzo a ver un patrón en sus movimientos.

—¡Oi, qué malditamente veloz es tu mente!

—¿Quieres dejar que termine? A duras penas hemos tenido tiempo de especular —miré al fuego, recordando cómo había iniciado todo—. En medio de su locura, Joel quiere acabar con esas brujas, eso queda claro. Recuerdo lo nerviosa que estaba Oakley cuando la interrogamos… Debió imaginarse que Joel iría tras ella.

—Ei. Por eso la tipa huyó a Lancaster. Redfern le mandó ese telegrama que encontraste… Redfern deber ser una especie de bruja mayor. Oakley y Greenwood seguramente fueron sus compinches.

Igual que Pimblett.

—Así es. Ahora, ¿por qué un hombre demente habría de lanzarse en una cacería de brujas? Deben haberle hecho algún daño… a él o a los suyos.

—¡Y tiene que haber sido algo bien pero bien malo! Recuerda cómo se deshizo de Greenwood y Pimblett. No se me ocurre una forma peor de acabar con una persona. Y ese cuervo que dejó en casa de Redfern con la amenaza… Hasta *yo* me puse a temblar.

Asentí:

—Eso explica por qué Oakley no pidió nuestra protección. Habría tenido que explicarnos las acciones de las brujas. Por eso debió envenenarnos con el té… y después, cuando se hospedaba en el cuarto adyacente al nuestro, es muy probable que haya sobornado o persuadido de alguna forma a la muchacha del hotel, para poder esconder ese amuleto del colibrí en tu ropa. Pero eso…

McGray completó la frase:

—Eso no explica por qué puso a Joel sobre aviso en el tren a Lancaster… o por qué se robó su fotografía de nuestro cuarto. Por alguna razón no quiere que lo encontremos.

—Es muy probable que sea porque Joel nos daría información sobre ellas. Debe saber detalles incómodos sobre su contrabando y su cofradía.

McGray pensó en ello:

—Ei, ésa tiene que ser la causa. Estas brujas parecen tenerle mucho miedo. Oakley fue con Redfern buscando refugio, pero por alguna razón Redfern pensó que lo único que podían hacer era empacar sus cosas y escapar. Joel en verdad debe saber algo terrible sobre ellas —McGray se masajeó los párpados—. ¡Maldito sea el infeliz! Siempre un paso adelante de nosotros. Incluso secuestró a estas niñas antes de que supiéramos que existían.

—Y nada garantiza que éste sea el fin del asunto —murmuré—. Es posible que quiera deshacerse de todas las brujas de Gran Bretaña —pensé en el puñado de garbanzos dispuestos sobre el mapa y sentí un escalofrío—. Si ése es el caso, podríamos…, no, *podrías* pasar meses persiguiéndolo.

—Naaa. Nos ha llevado la delantera pero ya no más. Según la vieja Bardana, Pendle Hill es su destino final. ¿Y recuerdas la nota del viejo juez? ¡Cobden Hall, en Pendle!

Suspiré, sin creer lo que estaba a punto de decir:

—Detesto admitir que, sabiendo lo que sabemos ahora, esas dos declaraciones tienen sentido… pero no estás tan adelantado como crees. Si Joel se llevó a las niñas anoche, es posible que ya esté en

Pendle. Y no estás en condiciones de salir corriendo tras él; aún tienes la pierna herida y no te convendría estar exhausto y muerto de hambre cuando te topes con él… o con lo que sea que encuentres en Pendle Hill.

Como deseando apoyar mi argumento, el estómago de McGray gruñó violentamente.

—Bien, bien. Comeremos e intentaremos descansar un poco, pero nos vamos al pueblo más cercano lo más pronto posible. Definitivamente necesitaremos refuerzos.

—Deja de decir que *necesitaremos*. Puede que te ayude a encontrar esos refuerzos, pero ya no soy parte de la investigación de Joel.

Hannah regresó entonces con una bandeja rebosante de comida caliente, y McGray ni siquiera registró mis últimas palabras.

—¿Hay una oficina de telégrafos cerca? —le pregunté a la muchacha.

—No, patrón. Para eso tiene que ir a Whalley o a Clitheroe. Puedo buscar a alguien en la villa que le dé direcciones, si le urge.

Nuestros ojos estaban fijos en los tazones de estofado humeante que nos servía.

—No es tan urgente como esto —dijo McGray, agarrando una cuchara y atiborrándose de comida como puerco en temporada de engorda, pero mis propios modales no fueron mucho mejores. Las papas de Bardana a duras penas me habían mantenido en pie, y no me había percatado de cuánta sed tenía hasta que tomé el primer sorbo de cerveza de malta diluida. Siempre me había parecido una bebida vulgar y primitiva, pero esa noche debí beberme dos pintas en menos de seis tragos.

Devoramos pan, papas y carne, que se deshacía en la boca, y la muchacha se dedicó a rellenar nuestros vasos y platos con diligencia.

McGray finalmente profirió el eructo más largo, escandaloso y placentero de su vida, con la boca y las mejillas vibrando cual velas al viento.

Abaniqué el aire frente a mi nariz:

—¿Intentas desprender el yeso de las paredes?

Mr. Greenwood volvió entonces y se sentó a la mesa. Por su expresión parecía que alguien acababa de molerlo a golpes con una macana.

—¿'tá bien, ñor? —le preguntó McGray. El hombre asintió, pero su voz denotaba todo lo contrario.

—Inspectores, me temo que… —tragó saliva— me temo que sólo puedo permitir que se queden una noche, y todo lo que puedo ofrecerles son los sillones del salón de fumar —sacó un pañuelo y se

enjugó el sudor de las sienes—. Ustedes… ustedes entenderán. Los cuartos de arriba no están en condiciones de recibir a nadie.

Estuve a punto de decirle que hasta una cama apolillada me sentaría bien, pero Mr. Greenwood se veía demasiado afectado para contradecirlo.

McGray pensó lo mismo:

—'tá bien —dijo conciliadoramente—, no les estorbaremos. Mañana partimos a primera hora y veremos si podemos traer oficiales de Clitheroe —me lanzó una mirada recriminatoria—. Le prometo que al menos yo me aseguraré de que encuentren a sus hijas y al bastardo que se las llevó.

Cualquiera habría pensado que esas palabras serían tranquilizadoras, pero fue como si le hubiese apuntado a Mr. Greenwood con una pistola. El hombre se cubrió la boca con su pañuelo; sus ojos se veían aterrados.

—Les agradezco sus intenciones —de nuevo tragó con dificultad—, pero no necesitamos más ayuda.

Y se levantó de inmediato, golpeando la mesa con los muslos y derribando los vasos, para desaparecer por las escaleras a toda prisa. Intentamos seguirlo, desconcertados por su comportamiento, pero no tuvimos oportunidad de hablarle: Mr. Greenwood rugió al ver al otro joven sirviente. El muchacho había aguardado junto a la puerta desde nuestra llegada, plantado junto a la tina de cobre y tres cubetas llenas de agua hirviendo.

—¿Entonces dónde quiere la tina, patrón?

—*¡Al coño con la tina!* —bramó con la cara roja de ira, y subió las escaleras antes de que alguien pudiera pronunciar una palabra más.

Debo haber estado desesperado, pues levanté una mano con presteza:

—Oye, muchacho, la… la verdad es que un baño me sentaría muy bien…

*

Fue un verdadero placer desprenderme de aquellas costras de lodo, mugre y sudor.

Dado que Mr. Greenwood no quería a nadie en la planta alta, Hannah y el muchacho instalaron la tina en la enorme despensa, y tuve que bañarme entre barriles de cerveza y piezas de carne curada que pendían del techo.

En cuanto me sumergí en el agua supuse que el objetivo original del baño debía haber sido apaciguar los nervios de Mrs. Greenwood: el

agua había sido hervida con lavanda y romero, y el dulce aroma se arremolinaba en el aire como una oleada de tranquilidad.

Hannah amablemente se ofreció a lavar mi ropa, y dijo que podría secarla muy rápido con una plancha caliente. En un principio pensé en rehusarme (no podía confiar en nadie después de lo que sucedió con el abrigo de McGray) pero recordé cuántos días habían pasado desde la última vez que me había puesto ropa limpia. Francamente, unos amuletos venenosos y potencialmente mortales eran preferibles a ponerme esa ropa interior en su estado actual.

La muchacha se fue con mis prendas y me entregué a las delicias del agua y el jabón. O al menos por unos minutos. La puerta se abrió de golpe y McGray entró intempestivamente, buscando una botella de vino y frascos de frutas en conserva.

—¿Quieres hacer el favor de largarte? —le grité, cubriéndome instintivamente con una toalla.

—Ei, todo el mundo quiere ver cómo te tallas la espalda.

Se fue pronto, pero dejó la puerta entreabierta, y una corriente helada me dio justo en la cara. Llamé a Hannah tres veces, pero debía estar ocupada con mi ropa. Tuve que salir aparatosamente de la tina para cerrar la puerta y asegurarme de que el pasador estaba puesto. No dejé nada al azar y bloqueé la puerta con un pesado saco de harina. Fue una sabia decisión, pues apenas cinco minutos después alguien intentó entrar de nuevo. Había una escoba cerca de la tina; la tomé y golpeé la puerta.

—*¡Joder! ¿Les importaría dejarme en paz?*

Lancé la escoba al suelo e intenté relajarme, sólo para ser interrumpido de nueva cuenta por otro golpeteo en la puerta.

—*¿Y ahora qué?*

Escuché la voz nerviosa de Hannah:

—Le traje su ropa, patrón. ¿Quiere que la deje cerca de la puerta?

Gruñí algo que debe haber sonado vagamente afirmativo, y escuché que la muchacha arrastraba una silla, donde después encontré mis prendas dobladas cuidadosamente y todavía calientes por la plancha. La sirvienta no había logrado deshacerse de todas las manchas, pero no pude estar más agradecido, y así le dije en cuanto me vestí: la vi venir trayéndome una taza de té y me mostró el camino al salón de fumar, donde había tendido sábanas y almohadas sobre dos sillones raídos.

Ahí encontré a McGray, comiéndose los últimos trozos de pera en conserva. Había descorchado la botella de vino pero aún no tomaba más que unos tragos. Le habían dado una muda de ropa limpia, incluyendo unos pantalones cafés y guangos que quizá le habían

pertenecido a Mr. Greenwood cuando era más delgado.

Pero lejos de estar relajado, había algo extraño en la expresión de McGray. Su mandíbula estaba tensa, y las arrugas de su ceño se veían un poco más profundas que de costumbre. En realidad me sorprende haberlo notado. Cuando entré sus ojos miraban hacia un lado, como si se esforzara por escuchar algo.

—¿Qué pa…?

Alzó una mano, mirando a Hannah mientras la muchacha desdoblaba una última sábana. No dije más y esperé pacientemente hasta que la joven terminó su labor. Tras asegurarse de que no necesitábamos nada más, hizo una reverencia y se marchó. Quise hablar entonces, pero McGray alzó la mano de nuevo.

Dibujé con los labios "¿Qué pasa?", pero McGray seguía mirando hacia un lado, sin siquiera parpadear. El cuarto estaba tan silencioso que podía escuchar el roce de mi ropa movida por mi respiración.

McGray apagó la única lámpara de aceite y el salón quedó en completa oscuridad. No pude distinguir nada mientras esperaba que mis ojos se ajustaran a la falta de luz. Finalmente vi la silueta de McGray, sacando con sigilo el revólver de Bardana. No sé por cuánto tiempo esperamos, pero debe haber sido un largo rato, hasta que al fin vi que McGray inclinaba la cabeza. Había escuchado algo.

Se puso de pie muy despacio, pero se quedó inmóvil cuando escuchamos el crujir de la madera.

El sonido venía de la planta alta, y pronto lo siguió otro crujido. Se trataba de pasos lentos y mesurados, moviéndose cuidadosamente a través del primer piso… pero aun así hacían que el techo vibrara.

McGray fue hacia la puerta, sincronizando sus pasos con aquel movimiento, esperando que ese ruido ocultara sus propias pisadas. Lo imité y me planté detrás de él mientras lo veía girar la perilla de la puerta, con el cuidado y la destreza de un cirujano. Esperó al momento preciso y abrió la puerta con un movimiento veloz y decidido. La madera de la puerta crujió, pero también lo hicieron las escaleras.

Tomé aliento con ansiedad, y el tiempo mismo pareció alargarse mientras esperábamos a escuchar el siguiente paso.

McGray había abierto la puerta apenas unos centímetros y tuve que encorvarme para atisbar a través del resquicio. Observamos el cuarto donde habíamos cenado antes: habían extinguido el fuego, pero algunos tizones aún refulgían. Su débil luz no alcanzaba a iluminar el extremo opuesto del cuarto, donde la puerta de la cocina estaba totalmente oculta entre la oscuridad.

Los pasos continuaron, más fuertes pero también más pausados;

más cautelosos. De pronto sentí que no era sólo el sonido lo que se aproximaba, sino algo ignominioso que tornaba el aire asfixiante.

¿Nos volvieron a envenenar?, pensé, pero mis dudas se aclararían muy pronto.

Esperaba ver el brillo de una lámpara o una vela, pero nada de eso apareció. También esperaba ver la figura de Mr. Greenwood, escabulléndose entre la oscuridad con algún maligno propósito, pero él tampoco se hizo ver.

Un estremecimiento me recorrió el cuerpo cuando una sombra negra finalmente apareció; una masa que oscurecía la entrada y bloqueaba el resplandor de la chimenea. Pestañeé, intentando distinguir cualquier rasgo, y cuando lo identifiqué deseé que hubiese sido un verdadero demonio.

Era aquel hombre gigantón, tan alto y ancho de hombros como lo recordaba: el rufián que habíamos encontrado en la bodega, el que después había molido a McGray a golpes en medio de los páramos.

Miró directo en nuestra dirección. Sin duda nos había visto y estaba tomando impulso para abalanzarse sobre nosotros, pero un instante después siguió su camino.

El tipo caminó derecho hacia la cocina, pero justo antes de que la oscuridad se lo tragara por completo, escuché que McGray preparaba la pistola, y entonces abrió la puerta de una patada:

—¡Te estoy apuntando a los sesos! —le gritó con furia—. ¡Muévete y te mato!

32

El hombre se quedó inmóvil como una estatua.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —espetó McGray, moviéndose al frente. Fui por la lámpara y la encendí a toda prisa.

Al iluminar el cuarto vi las espaldas del grandulón, tan anchas que seguramente tenía que atravesar las puertas de lado, y cada uno de sus brazos era tan ancho como mi cintura. Agradecí que esta vez McGray estuviese lúcido y armado.

—*¿Qué estás haciendo aquí, desgraciado?* —vociferó Nueve Uñas.

El hombre comenzó a dar media vuelta, y mientras lo hacía comenzó a reírse. Esperaba encontrarme con el bigote relamido y la cara redonda que habíamos visto en Lancaster, pero éste era un rostro completamente diferente: de cabello oscuro y piel más morena, con cachetes rubicundos, nariz ancha y unos diminutos ojos negros que nos observaban con fiereza.

—¿Quién demonios eres? —pregunté. No había visto a aquel hombre en mi vida, pero McGray jadeó, tan impactado que temí que dejara caer el revólver.

El granuja estaba abriendo la boca, pero antes de que pudiese hablar nos atacaron por un costado.

Nos lanzaron una lluvia de agua caliente; percibí el olor de té barato, y la fracción de segundo que miramos a un lado fue suficiente para que el gigantón levantara la mesa y la usara para golpear a McGray en el brazo.

Tuve la fugaz visión de una anciana envuelta en ropa negra, y detrás de ella la figura de una joven delgada que cargaba una enorme tetera.

—*¡Oakley!* —grité—. ¡Pensé que estabas muerta! —pero entonces un puño tan ancho como un sartén me golpeó en la sien y me lanzó al piso. El golpe ni siquiera había sido premeditado, sino que me había alcanzado mientras el brazo de la bestia giraba vertiginosamente para atacar a McGray.

La lámpara de aceite rodó por el suelo pero no se extinguió, y desde el piso vi a Nueve Uñas y al gigante enfrascados en una lucha feroz, lanzándose puñetazos y muebles, y haciéndome pensar en un

par de osos combatientes. Una bota enlodada descendió a centímetros de mi nariz y tuve que arrastrarme con pies y manos, aún aturdido por el golpe. Entonces escuché que alguien se atragantaba y vi que McGray había agarrado al bruto por el cuello, estrangulándolo con toda la fuerza de su brazo.

El arma había caído a los pies de McGray. Debimos verla al mismo tiempo, pues la pateó en dirección mía. Estiré un brazo pero no la alcancé. Me moví a gatas desesperadamente, mirando por un instante la cara del grandulón, que comenzaba a tornarse púrpura.

En el momento mismo en que las yemas de mis dedos tocaron el revólver, la tetera voló por los aires como un proyectil y golpeó a McGray justo en medio de los ojos, haciéndose añicos. Gritó, perdió fuerza en el brazo y el gigantón se liberó. Luchando por respirar, logró patear la pistola antes de que Nueve Uñas pudiese atacarlo de nuevo.

—*¡Atrapa a las zorras!* —rugió McGray, con un hilillo de sangre en la frente, y vi que las mujeres corrían hacia la entrada.

No podía dejarlo a merced de aquella bestia, pero entonces una mano ancha me asió del hombro y me levantó de un tirón.

—Haz lo que te dice —me ordenó la voz rasposa de Mr. Greenwood, al tiempo que se unía a la pelea.

No hubo tiempo de pensar. Corrí al pórtico donde encontré a Mrs. Greenwood. La mujer temblaba incontrolablemente, ofreciéndome otra pistola.

—De mi marido —me dijo, y tomé el arma sin detenerme.

El gélido aire de la noche me golpeó, pero no había tiempo de volver por abrigos. Escuché el relinchar de caballos en los establos y de inmediato corrí allí, con mis pies resbalándose sobre la nieve, ahora endurecida por el viento.

La puerta del establo estaba abierta al máximo, batiéndose bajo las ráfagas heladas, y alcancé a ver la capa negra de la anciana que se escabullía. La seguí a grandes zancadas y lo primero que vi fue el enorme carruaje con el que nos habíamos topado antes. ¡Había estado aquí todo el tiempo! Pero las mujeres no habían subido a él. En su lugar, se estaban encaramando en la desvencijada carreta que McGray y yo habíamos traído.

Oakley, envuelta en capa y capucha negras, se encontraba de pie sobre el asiento del conductor, inclinándose sobre los barriles de cerveza.

—*¡Detente!* —le grité, corriendo alrededor del carruaje y preparando la pistola, pero antes de que pudiese apuntar, Oakley soltó las correas de los barriles y Redfern los empujó. Cayeron al suelo y rodaron hacia mí, y todo lo que pude hacer fue saltar a un lado, pero

uno alcanzó a golpearme en la pierna y caí de bruces.

Oakley dejó salir una escalofriante carcajada, fría y escandalosa como el graznar de un cuervo, al tiempo que latigueaba a la mula sin piedad y la carreta salía disparada del establo.

Me metí el revólver en el bolsillo, me incorporé de un brinco y después salté sobre uno de los barriles que aún rodaban por el suelo. Justo antes de perder el equilibrio logré lanzarme al frente y milagrosamente pude asirme al borde mismo de la carreta. Mis pies se arrastraron sobre el suelo congelado mientras las ruedas se movían presurosas hacia el camino principal.

La anciana me enterró las uñas en las manos y le rugí las peores injurias.

Tuve que soportar el dolor mientras intentaba subir a la carreta. La mujer retiró las uñas para abofetearme. Eso me liberó un brazo y pude soltarle un golpe con el dorso de mi mano, lanzando su frágil cuerpo de espaldas. La mujer aulló de dolor, y desde el asiento del conductor vino el grito aún más angustiado de Oakley.

La vieja bruja se agazapó, gimoteando, y tuve suficiente tiempo para impulsarme hacia arriba. Salté hacia el asiento del conductor, pero Oakley no había dejado de observarme desde las profundidades de su capucha, y antes de que pudiera alcanzarla me lanzó golpes con el látigo. Me hice a un lado justo a tiempo para salvar la cara, pero el látigo me alcanzó en el pecho, justo cuando la carreta rebotó sobre un bache y yo también caí de espaldas. Grité mientras el mundo entero se volvía un remolino desordenado, pensando que rodaría directo a las ruedas de la carreta. Logré asirme a la madera, con la mitad de mi torso sobresaliendo del borde, y las ramas de los arbustos que rodeaban el camino comenzaron a aporrearme.

Con una pierna golpeada, el pecho latigueado y las manos arañadas, no sé de dónde reuní fuerzas para incorporarme. Rugí desde la boca de mi estómago, profiriendo un sonido salvaje que intimidó aún más a la vieja agazapada.

Alcancé el frente de la carreta. Oakley me lanzó latigazos, pero esta vez ni siquiera registré el dolor. La agarré de la muñeca, que era sorprendentemente delgada, y me fue fácil arrancarle el látigo de la mano.

Entonces soltó las riendas y comenzó a darme una tunda con manos, rodillas y pies. La mula se asustó y comenzó a cabalgar erráticamente, llevando la carreta sobre baches y piedras, rebotando tan violentamente que casi salíamos disparados del asiento.

—*¡Ya basta, mocosa estúpida!* —le rugí—. ¿Nos quieres matar a todos?

Hice todo lo posible por contenerla, pero era una criatura salvaje y sólo había conseguido asirla de una muñeca.

Llegamos a una curva muy cerrada en el camino y la carreta entera se hizo de lado, a punto de volcarse, y sentí cómo nuestros cuerpos se deslizaban hacia el borde. Pensé que ambos nos desplomaríamos bajo el paso de las ruedas, pero justo entonces volvieron a caer en posición. Bajo la constante lluvia de golpes no podía ver el camino o siquiera pensar.

—Disculpe mis modales —dije al final, y asesté una tremenda bofetada sobre la capucha de Oakley.

La muchacha bramó, más de ira que de dolor, y tuve tiempo de atraparla. Con un brazo la sostuve fuertemente contra mi pecho, mientras buscaba las riendas con el otro. La joven forcejeaba y pataleaba, pero sus brazos estaban atrapados con firmeza. Me sorprendió cuán pequeña y raquítica era en realidad.

Busqué las riendas a tientas, y las encontré colgando muy cerca de mis pies. Detuve la carreta intempestivamente, casi lanzándonos al frente por la inercia. En cuanto las ruedas se detuvieron salté a tierra, arrastrando a Oakley conmigo. Luego la lancé sobre un banco de nieve y desenfundé la pistola antes de que la desquiciada muchacha pudiera moverse.

—No te atrevas a intentar otro de tus jodidos trucos —le dije, esforzándome por recuperar el aliento—. Estoy más que hastiado de perseguirte.

Se agazapó miserablemente, sosteniendo la capucha con manos temblorosas, y las palabras más rencorosas salieron de sus labios:

—¡Asqueroso… desdichado animal!

La escuché con toda claridad, pero me tomó un momento asimilar el sonido. Incliné la cabeza y di un paso titubeante, y luego tartamudeé, pero todas las palabras lúcidas parecían haberme abandonado.

—¿Cómo… cómo puede ser posible?

—Ya me ha escuchado —gruñó—. ¿No es así, míster Frey?

Inhalé profundamente, sin dar crédito a mis oídos, y mi corazón latía incluso más de prisa que durante el forcejeo en la carreta. Retiré la capucha de un tirón y la muchacha alzó el mentón, con lágrimas de cólera manando de sus fieros ojos cafés.

Los ojos de Caroline Ardglass.

33

Había arrestado a más de un aristócrata a lo largo de mi carrera, pero jamás a una joven dama y a su nana entrada en años.

Miss Ardglass estaba muy alterada, pero no podía arriesgarme a que hiciera alguna otra imprudencia, así que tuve que obligarla a conducir la carreta a punta de pistola, con la vieja Bertha sentada a su lado todo el tiempo. Fue el trayecto más extraño e incómodo que pueda imaginarse, sin que nadie se atreviera a hablar, y me sentí aliviado cuando estuvimos de vuelta en los establos.

Encontramos el mesón en un estado deplorable. Había ventanas rotas, vidrios y escombros por todo el pórtico, y la nieve alrededor de la entrada había sido pisoteada hasta convertirse en lodo. Un largo tenedor para cortar carne había sido clavado en el marco de la puerta, justo a un lado de un embarrón de sangre. Temí lo que podríamos encontrar en los otros cuartos.

—Primero las damas —dije, empujando el hombro de Caroline—. Y si su lacayo sigue en pie dígale que se comporte.

La chica buscó la mano de Bertha, y se encaminaron al salón principal con las piernas temblorosas. La voz de Caroline también se quebró:

—¿Hola?

Escuché una voz rasposa y vi una enorme sombra aproximándose desde la sala de estar. Tensé todos mis músculos, pero afortunadamente se trataba de Mr. Greenwood.

—Mire nada más, ¡las damas decidieron regresar! —el hombre se cubría un ojo con un grueso bistec, su camisa estaba desgarrada y sus nudillos raspados. Me vio apuntando con la pistola a la espalda de Caroline—. Espero que no le hayan dado muchos problemas.

—¿Dónde está el lacayo? —rezongué.

—Ah, nos encargamos de él.

Mr. Greenwood nos llevó al comedor y el desorden me impactó. La mesa se había partido en dos, le habían arrancado dos patas (posiblemente para usarlas como garrotes), había un enorme boquete en una de las ventanas (posiblemente el resultado de una silla volando) y había cenizas esparcidas por doquier (seguramente

arrojadas a los ojos de alguien).

El grandulón (Jed) estaba sentado en el piso, con las manos atadas con un cinturón de cuero y su apaleada cabeza balanceándose de un lado a otro. Había un profundo corte en su frente, aunque ya le habían limpiado la sangre, y con sus cachetes flácidos y cejas prominentes, el tipo parecía un deprimente perro bulldog. Mrs. Greenwood estaba de pie junto a él, sosteniendo la pistola de McGray con inesperada firmeza.

—Nuestro mejor trabajo —dijo con amargura, lanzándole miradas rencorosas a Jed y a miss Ardglass.

—¿Dónde está McGray? —pregunté.

Salió de la cocina, bebiendo whisky directo de la botella. Además de marcas en su cuello y un leve cojeo, se veía bastante fresco.

—¿Por qué tardaron tan…?

Vio los rostros golpeados de las mujeres: la mejilla de Caroline estaba hinchada y enrojecida, y Bertha presionaba un pañuelo contra su labio reventado.

McGray vino a mí y me pegó en el brazo con todas sus fuerzas:

—¡Ei, pinche golpeador de viejitas!

—*¡Oh, discúlpame!* —chillé, estrujándome el dolorido brazo—. ¡Estas mujeres tienen tanto de damas como yo!

—Eso es lo que he dicho desde que te conocí.

—¡Ni te atrevas a empezar, Nueve Uñas!

—No me sorprende que lo dejaran plantado en el altar —agregó Caroline.

—*¡Jamás me dejaron plan…!* —entonces resoplé, sin pizca de paciencia—. Ay, olvídenlo. ¿Te parece si le preguntamos a las *encantadoras damas* por qué nos han estado siguiendo todo este maldito tiempo?

—¡Nos amenazaron! —espetó Mrs. Greenwood, mostrando los dientes—. ¡Nos dijeron que nos deshiciéramos de ustedes o jamás volveríamos a ver a las niñas! La desdichada bruja…

Bertha enrojeció de ira:

—¡No le hable así a mi muchacha, vaca inmunda!

Ambas mujeres estallaron en gritos y vilipendios, hasta que McGray levantó los brazos y rugió desde lo más profundo de su estómago:

—*¡Cállense las dos!*

Los gritos sí terminaron, pero ambas continuaron musitándose insultos entre dientes. McGray levantó las únicas dos sillas que no estaban rotas y les ofreció los asientos a Caroline y a Bertha.

—Las damas tomen asiento. Supe que eran ustedes en cuanto vi a

su perro de caza, aquí el buen Jed. El monigote es todo un personaje en Edimburgo: todo el mundo sabe que Lady Copas lo tiene para protegerse de los enemigos que se ha ganado a pulso.

Esa frase pareció herir profundamente a miss Ardglass. Ya estaba alterada, pero aquellas palabras destrozaron la poca fuerza que le quedaba: la muchacha frunció el ceño y estalló en llanto.

—Y más te mereces, condenada bruja —murmuró Mrs. Greenwood.

McGray le arrebató la pistola:

—¡Oi! Vaya a hacernos el té.

—Pero…

—¡Ya!

Mrs. Greenwood se fue a la cocina y Bertha la siguió con la mirada, mostrándole una sonrisita mordaz. McGray sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo dio a Caroline. La muchacha iba a enjugarse las lágrimas, pero entonces olfateó el pañuelo y lo tiró a un lado.

—Tan empingorotada como tú —me dijo McGray—. Ahora, miss Ardglass, supongo que fue *usted* quien me prendió fuego en el camino.

—Así es. Usted no me dejó opción; nos estorbaba el paso y no daba señales de moverse.

—Y fue su maldito carruaje el que vimos en el astillero de Skerton aquella otra noche.

—Sí.

—¿Qué demonios estaban…?

—Y fuimos nosotras quienes le prendieron fuego al hotel —espetó Caroline—, para tener tiempo de entrar a su cuarto y sustraer la fotografía de mi padre, antes de que siguieran exhibiéndola por todo Lancaster.

—Espere un minuto —dije, quitándome la chaqueta, que seguía empapada del té que Caroline nos había arrojado—. Preferiría que nos contara su historia desde el principio. Y la historia de su padre. Con todo detalle, si es tan amable.

*

—Todo empezó hace unos seis meses —dijo Caroline, con todas las miradas fijas en ella, incluso Hannah, la joven sirvienta, que fingía barrer las astillas y escombros—. Una noche mi padre tuvo uno de sus momentos de lucidez y se topó con un libro extraño en su habitación; estaba lleno de notas escritas por una enfermera primeriza, miss Oakley. Esas páginas eran únicas, míster McGray. Eran apuntes de brujería, pero no estaban escritos en grimorio.

—¿Grimorio? —intervine.

—Ei —dijo McGray, con una envidiable luz de entendimiento en su mirada—, las brujas han escrito en código desde hace siglos. Cuando la receta de una poción dice *ojos de salamandra* o *ancas de rana* no es precisamente eso lo que quieren decir.

—Exactamente —dijo Caroline—. Pueden ser códigos para cosas como sales de mercurio… o sulfato de cobre para teñir sus fuegos de verde.

—¿Las notas de Oakley contenían alguna clave? ¿Un índice de decodificación? —preguntó McGray con un interés casi académico.

—No, míster McGray. Mi padre me dijo después que ninguna bruja en la historia ha escrito el código. Es casi un lenguaje entero en sí mismo, pero sólo existe en sus mentes y lo han pasado de boca en boca por generaciones. A las brujas no se les permite plasmar nada por escrito a menos que sea en ese código, pero miss Oakley debía ser una bruja muy inexperta. Rompió las reglas y dejó todo ese conocimiento expuesto en lenguaje común y corriente. Cuando mi padre encontró el libro se percató de que las brujas le habían hecho… *trabajos*.

Se cubrió la boca, con un ceño tan fruncido que las arrugas parecían verdaderos cortes en su suave piel.

—¿Trabajos? —repetí, pero de nuevo McGray estaba un paso más adelante, y se veía impactado:

—¡Las brujas lo volvieron loco! ¿No es así?

Caroline asintió agitadamente.

—Mi padre tuvo bastante tiempo para leer esas notas. Pimblett debió ser quien empezó todo, poniendo hierbas y polvos venenosos en la comida y la bebida de mi padre. Y cuando lo recluyeron en el manicomio las enfermeras continuaron el trabajo. No lo querían muerto; sólo lo querían demente. Usaban el polvo de cactáceas y hongos secos para provocarle alucinaciones, o para volverlo violento; o le daban otras hierbas para causarle sopores, y a veces químicos o flores de dedalera para debilitarlo y mantenerlo dócil… ¡Lo manipularon como a una marioneta durante años!

—Miss Ardglass, espere un momento —le dije—. ¿Cómo es que sabe todo esto? Pensé que no había visto a su padre en todos los años que llevaba en el manicomio.

—Es cierto que no se me permitía verlo, pero encontré la forma. Muy pronto comencé a visitarlo por las noches, siempre que había luna nueva, para que nadie pudiera verme caminar por los jardines. Me ponía esta misma capa y le decía a mi abuela que iba a alguna de nuestras casas de campo, o a Londres, y nunca sospechó nada. Pero

han sido seis años, así que a la larga fui vista por algunos de los pacientes, pero al parecer me confundieron con un fantasma: algún alma en pena que sólo se les aparecía cuando no había luna en el cielo. Por supuesto nadie les creyó. Eso me mantuvo a salvo.

Miré su capa negra, y sólo entonces reparé en la ropa barata que llevaba puesta, como si intentara hacerse pasar por una pobretona. Con razón la descripción del hotelero en Lancaster nos había confundido: dos jovencitas delgadas, ambas de cabello oscuro, ambas con buenos modales, y ambas viajando con una mujer mayor y un troglodita…

—Las brujas… ¿qué más le hicieron a Joel? —preguntó McGray.

—Mi padre llegó a saber cuáles eran las sustancias exactas que habían estado dándole, pero nunca me dijo nada más específico de lo que acabo de contarles. Dijo que era por mi propia seguridad.

—¿Le enseñó pociones? ¿Amuletos?

—Sólo una vez, hace poco. Me pidió que lo ayudara a registrar su habitación y encontramos un colibrí disecado y relleno de hierbas. Era una cosita horrorosa. Mi padre lo arrojó al fuego de inmediato. Sabía bien lo que era, pero de nuevo prefirió no decirme, para protegerme.

”Entonces me dijo que usaría los mismos métodos de las brujas para salvaguardarse. Me pidió que le llevara cosas a las que no tenía acceso en el manicomio: hierbas exóticas, químicos, cebollas rojas que mandé traer de España…

McGray estaba fascinado.

—¿Y funcionó?

Caroline se mordió el labio, de nuevo con lágrimas a flor de piel.

—Al principio pensé que se estaba volviendo loco otra vez —admitió— y peor que antes, al pedirme toda esa parafernalia tan extraña, pero después de un tiempo… —sorbió la nariz y se enjugó las lágrimas— ¡todo parecía funcionar! Mejoró muchísimo. Hasta lo vi reírse algunas veces. El pobre no había sonreído en diez años. Nunca reía demasiado; ni siquiera antes de perder la cordura…

Tuvimos que aguardar un momento, mientras a Caroline se le disipaba un repentino nudo en la garganta. Bertha le tomó ambas manos con afecto maternal.

—Si se estaba sintiendo mejor —McGray aventuró al fin—, ¿por qué no le dijeron a nadie? ¿Por qué no denunciaron a las arpías?

—Le hice esa misma pregunta —respondió Caroline—. En los últimos meses estaba tan bien y tan lúcido que habría podido salir del manicomio por su propio pie como un hombre completamente restablecido. Pero sencillamente me dijo que debíamos esperar… y eso hice. No podía decirle a nadie; ¡ni siquiera se suponía que debía verlo!

—Me imagino que ocultó el libro de Oakley —dije—. ¿Ella intentó recuperarlo en algún momento? ¿Cree que le haya dicho a las otras brujas que lo había perdido?

—No podría decirle con certeza —comenzó a decir Caroline—. No lo creo…

—Lo más probable es que Oakley haya intentado mantenerlo en secreto —McGray interrumpió, meditativo—. Uno no busca encrespar a una manada de brujas despiadadas… Pero me estoy adelantando.

—¿En algún momento sospechó que su padre planeaba escapar? —pregunté.

—No…, bueno…, no.

Incliné la cabeza:

—No suena muy convencida.

—Nunca me imaginé que escaparía, míster Frey. Si dudé al contestarle es porque la última vez que lo visité actuó de manera muy extraña. Me pidió que no lo visitara en la próxima luna nueva… —entonces se le escapó un sollozo, pero consiguió hablar entre las lágrimas—. Me… me dijo que me amaba más que a nada en el mundo, que siempre me había amado así. Me abrazó como nunca lo había hecho y me pidió que me fuera.

”La próxima luna nueva fue este primero de enero. La noche en que él…

Caroline apartó la vista.

—¿Cómo es que las brujas se ensañaron contra Joel? —preguntó McGray. Mrs. Greenwood había vuelto y estaba sirviendo tazas de té para todos.

—En un principio ni siquiera él estaba totalmente seguro —dijo Caroline—, pero poco después de encontrar el libro me pidió que lo ayudara a investigar por qué lo habían elegido. Obviamente no pude pedirle ayuda a mi abuela, así que me tomó más tiempo de lo esperado. A veces tenía que salir de viaje para continuar las investigaciones, siempre bajo pretextos falsos, y al final encontré las primeras pistas de la verdad en nuestra propia casa, en un inventario de las propiedades de mi abuela. Encontré una adquisición relativamente reciente que nunca me había mencionado: se trataba de una mansión en el campo, rodeada de unos cincuenta acres de terreno… en Lancashire.

McGray levantó la vista:

—¿Esa propiedad se llamaba Cobden Hall?

Caroline por supuesto se sorprendió:

—Entonces sabe de su existencia.

—Hemos hecho nuestras investigaciones también. Continúe.

—Quise indagar más, aunque nunca me atreví a viajar al lugar en cuestión, ni siquiera cuando me enteré de que la mansión y las tierras le habían pertenecido a nuestros antepasados distantes, cuando el apellido de la familia era Ambrose…

Recordé la cripta que habíamos encontrado en la abadía de Lancaster, y el escalofriante cráneo relleno de caléndulas y clavos oxidados.

—Mi tátaratatara… muchas veces tatarabuelo —continuó Caroline— perdió la propiedad tras una desafortunada cadena de eventos. Todo fue subastado y terminó en manos de un tipo apellidado Oakley. Nadie lo conocía, ni sabía cómo se había hecho de tanto dinero, pero se afincó en la mansión y su familia y descendientes vivieron allí por muchísimo tiempo.

”Mi propia familia gradualmente recuperó fortuna y prestigio. La baronía Ambrose, que era el título de mi antepasado, se extinguió hace mucho tiempo, pero mi abuela se hizo de otro título nobiliario cuando se casó con alguien del clan Ardglass.

—¿Cómo es que su abuela recuperó la propiedad? —pregunté, y Caroline sonrió con socarronería.

—Mi abuela tiene un talento natural para adquirir propiedades con métodos… cuestionables —miró a McGray—. Hasta intentó incautar su casa en Moray Place, a pesar de que el difunto míster McGray ya le había pagado más de la mitad de su valor.

Nueve Uñas sonrió con resentimiento, seguramente recordando viejas querellas.

—Al parecer fue todo un escándalo —prosiguió Caroline—. Mi abuela debió dar algún tipo de declaración en las cortes de Lancaster hace algunos años, pero no pude encontrar ningún registro de esos juicios. Yo misma viajé a Lancaster el pasado noviembre y contraté a un abogado para que indagara en los archivos, pero todo lo que encontró fue una entrada en el registro de la propiedad, declarando que la mansión y todas sus tierras pasaron a manos de mi abuela en junio de 1882. Me horroricé al enterarme de esa fecha: apenas semanas antes de que mi padre comenzara a perder la razón. Unos meses después era un hombre distinto, y para diciembre ya se encontraba recluido en el manicomio.

De nueva cuenta necesitó un momento para serenarse, y Bertha la animó a que tomara unos sorbos de té.

McGray se estaba acariciando el mentón.

—Así que Lady Copas encabritó a las brujas arrebatándoles Cobden Hall… (tiene que haber algo raro ahí, eso es cada vez más claro) y entonces las brujas decidieron vengarse de ella volviendo loco a su

hijo…

—Eso es lo que me imagino.

McGray hizo su té a un lado y en su lugar tomó un sorbo de whisky.

—Algo no cuadra, miss. ¿Su abuela comprando propiedades en Inglaterra? Pensé que sus tentáculos se limitaban a Escocia y una que otra inversión en Londres.

Caroline asintió.

—Así es. Cobden Hall era una compra muy inusual para ella.

—¿Hizo negocios con la propiedad? —le pregunté—. Supongo que no, o usted se habría enterado de su existencia.

—Ésa es la parte más extraña. Mi abuela no hizo nada. No rentó la mansión, o las tierras para pastoreo. Todo lo que hizo fue desmantelar los interiores y subastar los muebles y las molduras. Según los libros de cuentas ganó una fortuna vendiendo artefactos isabelinos y jacobinos. En cuanto vendió todo se olvidó de que el lugar existía. Mi abuela suele sacarle todo el jugo que puede a sus inversiones, y esto me pareció muy raro. No ha puesto un pie en la mansión desde hace años, y en todo ese tiempo ni siquiera ha enviado agentes a inspeccionar la propiedad. Cualquier cosa podría estar sucediendo allí.

McGray pensaba con detenimiento. Se puso de pie y comenzó a pasearse por el cuarto.

—Eso realmente no tiene sentido. ¿Será que…? ¿Quizá las brujas la amenazaron con hacer algo más si no les permitía usar las tierras?

—Es posible —dije—. Y eso también explicaría por qué no mataron a Joel, y en su lugar se tomaron tantas molestias para mantenerlo en el manicomio todos estos años; como una especie de garantía.

McGray seguía dando vueltas. Iba a decir algo pero cambió de parecer.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Además de los movimientos inusuales de Lady Copas…, este tal Pimblett… según los registros de la corte fue mayordomo de su padre por varios años, ¿correcto?

—Sí, por muchos años, pero se fue en cuanto mi abuela internó a mi padre en el manicomio. Ni siquiera dejó una nota; simplemente desapareció. Mi abuela estaba furiosa.

—Aunque conociéndola, también debió estar feliz de no tener que pagarle una liquidación —murmuró Bertha.

McGray asintió.

—Por lo que hemos visto, Pimblett también debe haber servido a las brujas por mucho tiempo…

—No me sorprendería que se les haya unido en cuanto salió de

Slaidburn —aventuró Mr. Greenwood.

McGray se masajeó el entrecejo, como si estuviese cansado de pensar.

—Parece que estaban planeando esto mucho antes de que Lady Copas comprara la propiedad.

Caroline lo miró con ojos alarmados:

—Mi padre siempre fue algo propenso a la depresión, pero… ¿quiere decir que no lo volvieron loco sólo para vengarse por el asunto de las tierras? ¿Cree que haya alguna otra razón? ¿Por qué pasaría alguien tantos años espiándolo?

—Y después enviaron a dos brujas haciéndose pasar por enfermeras para continuar el trabajo —McGray nos recordó—. Es demasiado esfuerzo. Y luego están las caléndulas…

Supuse que estaba pensando en las flores insertadas en aquel cráneo.

—¿Las caléndulas? —preguntó Caroline.

McGray y yo intercambiamos miradas preocupadas. Parecíamos estar descubriendo una sombra malévola alrededor de la familia Ardglass.

Nueve Uñas negó con la cabeza.

—No se preocupe, miss. Es algo de lo que nos preocuparemos después.

—Por su expresión debe ser algo importante —dijo Caroline.

—Ei, puede ser. Pero no le puedo dar una respuesta. Aún no. Ustedes, por el contrario, sí pueden contestarme otras preguntas. Como por ejemplo, ¿por qué decidió seguir los pasos de su padre, y en el camino atacar a dos inspectores de Scotland Yard?

La muchacha palideció.

—¿Y cómo supieron a dónde se dirigía? —les pregunté—. Nos ha dicho que no sabía nada sobre sus planes, pero nos hemos topado con usted en cada etapa de nuestro viaje… y del viaje de Joel.

Miss Ardglass abrió más los ojos.

—¿Qué intenta insinuar, míster Frey?

Sentí que la tensión se acumulaba en el aire, y los Greenwood se veían cada vez más indignados conforme hablaba:

—¿Ayudó usted a lord Ardglass en alguno de sus crímenes?

—*¡Por supuesto que no!* —bramó Caroline—. Ya se lo he dicho; jamás pensé que escaparía, y jamás habría siquiera soñado que asesinaría a alguien. Estaba genuinamente impactada cuando nos trajeron la noticia aquella mañana.

—Quizá —dijo McGray—, pero después lo siguió muy de cerca. ¿Cómo?

Caroline se quedó muda, de pronto encogiéndose en el asiento. Bertha le dio palmaditas en una mano, y miss Ardglass tomó aliento.

—Supongo que no hay razón para ocultarlo más —dijo—. En cuanto nos dejaron aquella mañana, tomé un carruaje y fui a una de las viejas casas de campo de mi abuela. Mi padre solía jugar ahí en su niñez, y aquél fue el lugar donde lo dejamos en manos del doctor Clouston. Mi abuela jamás volvió a rentar el lugar; me imagino que le traía malos recuerdos. De alguna forma supe que mi padre iría allí; fue mera intuición.

—¿Por qué no nos lo dijo? —la interrumpí—. Le preguntamos específicamente si tenía idea de dónde…

McGray me contuvo:

—Así que usted fue a la casa y lo encontró.

—Sí. No podía creer que hubiese hecho algo así. Me dije una y otra vez que tenía que haber un error.

—¿Y él admitió que…? —McGray miró a los Greenwood de reojo. Sus rostros estaban más y más mortificados—. ¿Admitió ser responsable de la muerte de miss Greenwood?

Caroline a duras penas logró pronunciar las palabras:

—No lo creí hasta que lo escuché de sus propios labios.

—*¡Sabandijas!* —rugió Mrs. Greenwood, abalanzándose sobre miss Ardglass con las uñas listas para atacar, pero su esposo la sostuvo de los hombros—. ¡El bastardo de tu padre mató a nuestra pobre niña!

Caroline se puso de pie.

—*¡Su preciosa hija envenenó a mi padre durante años!* ¡Se merecía eso y más!

McGray intentó apaciguarlas, pero ambas continuaron gritando, coloradas de furia, e injurias y saliva volaron entre ellas como proyectiles. Nueve Uñas retrocedió unos pasos y las observamos descargando todo su rencor, esperando que tarde o temprano se agotaran, pero habrían podido continuar así hasta el amanecer.

Nueve Uñas apuntó con el revólver a la chimenea y disparó. Sólo entonces las mujeres guardaron silencio. No hubo sonido alguno por un instante, pero entonces Mrs. Greenwood estalló en llanto; se cubrió el rostro y una vez más volvió a lloriquear sobre el hombro de su marido.

—Siéntese —McGray le ordenó a miss Ardglass, pero el pecho de la chica aún subía y bajaba con furia, y tuvo que empujarle el hombro para que obedeciera—. Ahora concéntrese, damita. Usted habló con Joel. Fue entonces que le dijo a dónde iba, ¿verdad?

Caroline gruñó:

—Sí. Dijo que iría a Lancaster para buscar a Pimblett… Dios sabe

que intenté disuadirlo, lo juro. Pero me dijo que su vida ya estaba arruinada. Me hizo jurar que no lo seguiría… pero no podía quedarme de brazos cruzados.

”Bertha y Jed no me dejaron partir sola. Tomamos el siguiente tren, el mismo donde vi a míster Frey vomitando como la Fuente de Trevi. Por supuesto que lo primero que hice fue alertar a mi padre. Creo que se escondió en el vagón carbonero. Cuando bajamos del tren Bertha lo vio, pero sólo un instante.

—Estaba todo cubierto de tizne —informó Bertha.

Los ojos de Caroline pasaron de McGray a los míos y de vuelta.

—Después de eso nos topamos con ustedes en el mismo hotel. Todo lo que tuvimos que hacer a partir de entonces fue seguirles los pasos para saber a dónde se dirigía mi padre.

—¿Nuestros pasos? —repetí—. ¿Cómo pudieron seguirnos la pista hasta aquí?

Miss Ardglass me miró con desdén.

—¿Es usted así de tonto, míster Frey? Ustedes dos son inconfundibles: un inglés larguirucho que se siente el duque de York, viajando con un escocés zarrapastroso con pantalones ridículos… Sólo teníamos que preguntar. Por dondequiera que pasaban, la gente los recordaba.

—Buen punto —McGray susurró.

—Así es —dije—. Tus pantalones de verdad son bastante ridículos.

Caroline prosiguió:

—Logramos seguirlos hasta esas bodegas cerca de los muelles. Fue un milagro encontrar a mi padre saliendo despavorido de uno de esos edificios. Apenas conseguimos subirlo al carruaje antes de que ustedes dos y aquel bruto bigotudo salieran también —sus ojos se ensombrecieron entonces—. Mi padre estaba furioso de verme. Nunca lo había visto actuar con tanta brutalidad. Dijo cosas horrendas y pensé que había vuelto a perder la cordura. Se había robado muchos artefactos de aquel lugar… Una daga con hoja de cristal, hierbas, aceites raros para lámparas… Me dio una extraña “botella de fuego” y dijo que debía arrojársela a las brujas si llegaba a toparme con ellas.

—Por supuesto —dije—. Fue usted quien nos atacó en el camino.

—¿Quiere que le pida perdón de rodillas? —preguntó con sarcasmo.

—Las disculpas de un Ardglass no valen una mierda —dijo McGray.

—Hicimos todo lo que pudimos para *evitar* matarlo —le replicó Caroline—. Usted estaba plantado en medio del camino como un idiota… Jed casi destroza el carruaje intentando frenar a tiempo. Y en

verdad intenté arrojar la botella un poco fuera de curso.

—*¡Intentó!* —McGray protestó—. ¡Esa cosa me prendió en llamas!

—Sigamos adelante —dije, antes de que hubiese otro estallido de emociones—. ¿Su padre le dijo entonces cuál era su destino final?

—No, a partir de entonces ustedes dos fueron nuestros guías —Caroline se rio por lo bajo—. Míster McGray hostigó a todos los carretoneros y choferes de Lancaster buscando quién lo llevara a Pendle. En cuanto lo escuchamos supusimos que mi padre iba a Cobden Hall, aunque no sabía que pasaría por esta villa. Nos detuvimos aquí porque recordé que era el lugar natal de Pimblett… y porque necesitábamos donde pasar la noche.

—Pues casi alcanzas al monstruo de tu padre —espetó Mrs. Greenwood.

Caroline respiró profundamente, echando chispas, pero prosiguió:

—Cuando llegamos, la villa entera era una conmoción. Como ha dicho esta… señora, las niñas acababan de ser secuestradas y todos los hombres se estaban alistando para salir a buscarlas. Nos rechazaron cuando pedimos alojamiento. Entendí perfectamente en qué predicamento se encontraban, pero yo tampoco tenía opciones, así que tuvimos que forzarlos a dejarnos entrar.

—*¡Nos aterrorizaron!* —exclamó Mrs. Greenwood.

—Puede que hayamos sido algo descorteses, pero les ofrecimos muy buen dinero. No veo que se queje de ello —siseó Caroline antes de mirarnos de nuevo—: Les pedimos que no le dijeran a nadie de nuestra presencia; me imaginé que ustedes dos también podrían aparecer por aquí, y tenía razón. Fue indignante tener que encerrarnos allá arriba mientras ustedes se devoraban *nuestra* cena, y su real majestad se remojaba en *mi* baño de lavanda. No tenía la menor idea de que la desaparición de las niñas estuviese relacionada con mi padre.

Mrs. Greenwood iba a decir algo, pero su marido levantó una mano:

—La señorita dice la verdad. No sabían que se trataba de la hija de Lizzy y nosotros no les dijimos nuestros nombres cuando llegaron. No escucharon toda nuestra historia hasta que llegaron ustedes y nos interrogaron. Cuando llevé a mi esposa a su cuarto encontré a la señorita aterrada. Me dijo que si nos deshacíamos de ustedes nos llevaría con nuestras niñas. Nos dijo que podía recuperarlas, y la única condición era que ustedes dos no se enteraran de que estos tres estaban hospedados aquí… —miró a Caroline con desprecio—. Ese trato no me gustó para nada, y habría preferido contarles toda la verdad… pero alegó saber dónde estaban nuestras niñas.

Arqueé una ceja y volteé lentamente a ver a Caroline:

—Miss Ardglass, usted en verdad lo sabe, ¿no es así?

No respondió, pero bajó la mirada con la rapidez de un gato asustado.

McGray sonrió:

—Ei. Creo que esta damita por primera vez ha dicho la verdad… o al menos una parte.

34

—*¡Confiesa!* —rugió Mrs. Greenwood—. *¡Confiesa ahora mismo!*

La paciencia de McGray se agotó:

—Míster Greenwood, controle a su trinche esposa, porque la próxima vez que grite al que voy a golpear es a *usted*.

El hombre apretó la mano de su esposa con firmeza y McGray se dirigió a Caroline:

—Miss Ardglass, necesito que nos diga qué cree que su padre les hizo a esas niñas.

—Y mientras más pronto mejor —agregué—. No queremos perder vidas inocentes si Joel decide tener otro episodio psicótico.

Caroline se puso de pie al instante, vino a mí y me propinó una tremenda bofetada.

—¡Cuide sus palabras! Está hablando de mi padre.

Estiré la quijada de lado a lado, sintiendo cómo me ardía la piel:

—Con todo respeto, miss Ardglass —gruñí entre dientes—, su padre es un asesino confeso.

Caroline alzó los puños y McGray tuvo que interponerse entre nosotros.

—¡Oi, ya basta! Lo último que necesito es verlos pelearse como gatas en el piso —miró a Caroline—. Aquí el dandi tiene razón. Su padre es un lunático muy peligroso.

Los ojos de Caroline se llenaron de veneno:

—Igual que la hermana de usted.

Nadie se movió. Ni siquiera los Greenwood, que no sabían nada de Amy McGray, pero la expresión de Nueve Uñas fue sinopsis suficiente. Inhaló profundamente, y hubo un instante de silencio, como la pausa entre el resplandor de un rayo y el retumbar del trueno.

Entonces, asustando a todos, lanzó un brazo al frente y asió a Caroline por la garganta; la empujó hacia atrás, tumbando la silla, y la aprisionó contra la pared.

—*¿Cómo te atreves?*

Bertha gritó y le lanzó golpes, llorando con desesperación, pero haciéndose más daño del que podría infligirle al escocete. Ninguno de los Greenwood movió un dedo, y tuve que intervenir:

—¡McGray, suéltala!

—He roto huesos por insultos menores —McGray farfulló entre dientes.

El rostro de Caroline estaba perdiendo color, pero sus ojos estaban tan llenos de furia como los de McGray. Era como si aquella rabia no le permitiera sentir dolor.

—Somos compañeros en desgracia, míster McGray —espetó—. Le guste o no.

Presioné mi revólver contra la espalda de McGray:

—¡Suéltala!

Después de una pausa que me pareció eterna, McGray me escuchó, dejando a miss Ardglass tosiendo desde lo más profundo de su garganta, mientras Bertha la llevaba de vuelta a una silla.

McGray fue al rincón más apartado del cuarto y debió beberse un cuarto de la botella de whisky de un solo golpe.

Me incliné junto a Caroline:

—¿Está en condiciones de hablar?

Alzó el rostro, lanzándole una mirada homicida a McGray a través de sus ojos llorosos:

—Sé que su hermana habló con mi padre. Si me ayuda, seguramente podré convencerlo de que le cuente todo.

Nueve Uñas volteó lentamente. Sólo pude ver un lado de su cara, pero el brillo en su mirada era evidente.

—¿Qué clase de… ayuda?

—¡No la escuches! —dije de inmediato—. Es muy astuta. Te dirá lo que sea que quieras escuchar.

—Mi padre se dirige a Cobden Hall para buscar venganza —continuó Caroline con la voz quebrada—. En cuanto llegue estoy segura de que esas brujas lo matarán, pero si lo interceptamos antes puede que lo salvemos. Sé la hora exacta en la que estará allí, pero no nos queda mucho tiempo.

—¿Qué hay de las niñas? —preguntó Mr. Greenwood.

—Sí, ¿qué hay de las niñas? —secundó su esposa.

—Mi padre jamás les haría daño —dijo Caroline—. Debe haberlas escondido en algún lugar seguro. Ignoro dónde o por qué, pero estoy segura de que están bien, y también estoy segura de que lo convenceré de devolverlas.

Había un destello de esperanza en las miradas de todos los presentes, excepto en mí. Estaba indignado.

—¿Quiere que la llevemos con su padre? —pregunté—. ¿Quizás en un carruaje cabriolé de lujo? Y después, una vez que haya entregado a las criaturas, ¿desea que los dejemos partir felizmente hacia el

horizonte?

La chica se veía desafiante, y mis palabras fueron como el viento contra la roca.

—Sí.

McGray se dio la vuelta:

—Es un trato tentador, damita.

—*¿Qué?* Nueve Uñas, ¿estás completamente loco? Esta gente ha auxiliado y ocultado a un asesino. Han mentido, robado evidencia, agredido a dos inspectores… ¿Quieres que diga más? Si te queda una pizca de cordura debes entender que es nuestro deber entregarlos a la justicia, antes de que elucubren otra manera de engañarnos.

Al instante se desencadenó una sucesión colectiva de gritos: *¿qué?, ¡no!, y ¿cómo se atreve?*

McGray se acercó a Caroline con pasos imponentes:

—¿Está segura de que su padre me contará lo que Pensy le dijo?

—Si le digo que estoy en deuda con usted… por supuesto que lo hará.

—¡Y queremos a nuestras pequeñas! —intervino Mrs. Greenwood.

—Ya se lo he dicho —replicó Caroline—. Sus niñas deben estar a salvo. De eso estoy segura.

—Y espero que nos esté diciendo la verdad —dijo McGray con tono amenazante—, porque si les hizo algo, o si se niega a contestar mis preguntas… —levantó el dedo índice, apuntándole a Caroline tan cerca que casi la toca entre la cejas— lo mataré yo mismo.

Caroline le sostuvo la mirada, y Nueve Uñas no esperó a que le respondiera.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —le preguntó.

—No mucho —dijo Caroline—. Antes del amanecer a más tardar.

Fue como si el mundo se hubiese detenido, esperando únicamente a que McGray tomara una decisión. Me quedé horrorizado, aunque no puedo decir que sorprendido, cuando lo vi estrechar la mano de miss Ardglass.

—Trato hecho, damita.

Me atraganté y tartamudeé antes de poder exclamar algo:

—¡No puedes hablar en serio! El arreglo que esta mujer sugiere es ilegal. *¡Ilegal!* ¡Y tú eres un maldito inspector de Scotland Yard!

Todas las miradas se posaban en mí. Y todos estaban indignados.

—Si cree que el niño bonito le dará problemas —dijo Mr. Greenwood, estampando la palma de su mano con el puño—, aquí se lo cuidaremos bien. Y mucho mejor cuando regresen los dueños de la cervecería: son unos tipos enormes, y ya no hay necesidad de que busquen a las niñas.

McGray se acarició la barba.

—Ei, pero de todas formas habrá que atarlo hasta que lleguen sus compadres. No quiero que haga alguna de sus tarugadas.

Se me acercaron como un círculo de buitres, listos para poner el plan en acción, y lancé un grito gutural:

—*¡Esperen un jodido segundo!* ¿Acaso soy la única persona en esta habitación que cree que el asesinato y la tortura deben ser castigados?

Caroline me observó con ojos turbulentos. Había visto esa expresión antes, y me hizo sentir una incomodidad extrañamente familiar.

—No —me dijo—, pero usted es el único presente que no ama a nadie como nosotros.

Jamás, en toda mi vida, había escuchado palabras que me hiriesen tan rápido y tan profundamente. Perdí todo control sobre mis facciones, y lo recuperé sólo tras ver mi expresión aturdida reflejada en la ventana.

—Nueve Uñas —dije—, ahórcala.

—Frey, si tratas de ahorcarla te arrancaré tus escasos testículos y te los pondré de aretes.

—Yo digo que lo encerremos en uno de los cuartos —dijo Mrs. Greenwood. Su marido ya estaba desatando las gordas muñecas de Jed, y McGray ya se acercaba para aprenderme.

Levanté el arma de Greenwood y apunté directo a la cara de Nueve Uñas, con el cañón a centímetros de su nariz:

—Ponme una de tus asquerosas manos encima y te juro que lo haré.

—Somos bastantes más que tú, Frey —me dijo tras una risita.

—Así es, no creas que no sé contar, pero no permitiré que me arreen como a una mula. Aún tengo mi dignidad. Y puedo caminar solo.

McGray y Greenwood marcharon a mis espaldas. Subimos las escaleras y entré al primer cuarto de huéspedes que encontré abierto. Una decisión desafortunada, pues a la ventana le faltaba uno de sus pequeños rombos de vidrio al estilo Tudor, que dejaba pasar una corriente helada.

—El arma —dijo McGray.

—No puedo creer que estés haciendo esto —le dije—. Puedo tolerar tus estúpidas obsesiones con el ocultismo, pero ahora mismo estás tomando parte en un verdadero complot para… Estás obstruyendo… ¿Es que nadie está escuchando lo que digo?

—Naaa. La pistola. Y rapidito, o en lugar del cuarto te lanzamos al foso de la letrina.

Le entregué el arma mientras Mr. Greenwood sacaba de su bolsillo un juego de llaves, y vi cómo se cerraba la puerta, dejándome solo en medio del frío y la oscuridad.

*

Era evidente que el cuarto no había sido ocupado desde hacía mucho tiempo. Los Greenwood lo usaban como bodega, y bajo una pila de ropa vieja encontré un abrigo. Apestaba a humedad y pan mohoso, pero aun así me arropé con él.

Escuché voces en la planta baja y no pude reprimir mi curiosidad. Afortunadamente no había nadie que pudiese verme, pues tuve que tenderme sobre el piso y pegar una oreja a los tablones… algo que miss Ardglass seguramente había hecho también.

Mrs. Greenwood estaba vociferando de nuevo, balbuceando cosas ininteligibles, hasta que de pronto alguien la silenció.

Miss Ardglass siguió hablando de las cosas que había descubierto sobre los faros verdes, y de cómo las brujas utilizaban diferentes colores para comunicarse a través de toda Gran Bretaña. McGray preguntó algo, pero no pude entenderlo con su horrible acento escocés. Miss Ardglass habló entonces sobre un código visual, y recordé las llamas centelleantes que habíamos visto en aquella colina, justo antes de nuestro violento encuentro con Joel y las dos brujas. A partir de la descripción de McGray (los destellos verdes en las flamas) Caroline dedujo que Joel había engañado a Redfern y a Oakley, haciéndoles creer que se trataba de otra bruja esperándolas en la cima.

El verde, añadió, era una señal de alarma, usado para llamar a las brujas mayores a un aquelarre de emergencia. Según el libro de Oakley, sus códigos ancestrales dictaban que cuando apareciesen faros verdes, las brujas disponían de tres días para reunirse, lo que les daba tiempo para viajar desde los rincones más apartados de las islas británicas. Así era como había calculado el momento exacto en el que Joel estaría en Cobden Hall.

Pensé en las luces que había visto en el camino a las afueras de Lancaster, aquella horrible noche en la que había pernoctado en el desvencijado carruaje. No era de extrañar que las brujas decidieran reunirse: con un psicópata matándolas como moscas, y con inspectores de la policía hurgando entre sus bodegas de contrabando, todo su gremio se dirigía a aquel punto solitario a las faldas de Pendle Hill.

No envidié a nadie en la planta baja. Estaban a punto de seguir los pasos del despiadado Joel Ardglass, y quizás acabarían enfrentándose a todas aquellas brujas con su miríada de pociones y venenos. Los

escuché preparando armas y cargando rifles, y de pronto sentí una terrible punzada de culpa. Sólo Dios sabe qué estaban a punto de enfrentar, y necesitarían toda la ayuda posible. Levanté un puño, listo para golpear el piso y gritarles que me uniría a su fatal expedición, pero entonces escuché un alarido penetrante.

Lo escuché claramente a través del vidrio roto: era un lamento escalofriante traído por el viento. No pude descifrar si se trataba de un hombre o una mujer, pero cuando lo escuché de nuevo supe que se encontraba mucho más cerca.

Era un grito agudo y atormentado, pero indudablemente masculino.

Todos en la planta baja enmudecieron. Lo habían escuchado también.

Me puse de pie y fui a la ventana, sintiendo el viento helado dándome en la cara. Mi corazón dio un vuelco cuando vi todas aquellas antorchas verdes y rojas centelleando en la distancia.

Venían por nosotros.

35

Me froté los ojos, pensando que aquello debía ser una pesadilla, pero ahí estaban.

Venían del sureste, desde Pendle, formando una fila ordenada de antorchas multicolores que marchaban hacia nosotros.

Me tiré al piso y aporreé los maderos con los puños, gritando a todo pulmón:

—*¡Ya vienen las brujas!*

McGray gritó desde abajo:

—¿Puedes verlas?

—Sí. Más de veinte antorchas.

Escuché los gritos angustiados de Bertha y Mrs. Greenwood, y apenas alcancé a escuchar a Caroline exclamando:

—¡Esto no me lo esperaba!

Escuchamos el grito de una mujer, ronco y muy cercano. Salté de vuelta a la ventana y vi que una de las casas se hallaba envuelta en llamas. Las flamas eran normales, pero ocasionalmente destellaban en verde, que de inmediato causó pánico entre los habitantes.

Entrecerré los ojos y pude ver las figuras de una mujer y un niño que salían corriendo de la casa en llamas. Sus voces aterradas resonaban en la oscuridad, junto con los escandalosos graznidos de un cuervo. Me sentí como Ramsés presenciando la llegada de las siete plagas.

El fuego en el techo iluminó todo el camino, y me sorprendió que nadie en la villa saliera a ayudar. Ni siquiera podía ver las caras de los curiosos asomándose por las ventanas.

Entonces vi un carruaje negro, con un capó reluciente que reflejaba las flamas del incendio. Lo escoltaban cuatro fantásticos percherones, montados por hombres casi tan grandes como sus bestias, y seguidos por una fila de caballos más pequeños, todos llevando a cuestas figuras ataviadas con capuchas negras.

—Santo Dios… —murmuré, pensando que cada uno de esos jinetes debía estar armado no sólo con pistolas o rifles, sino también con frasquitos llenos de cosas peores que estricnina.

De nuevo escuché el lamento de aquel hombre, pero no venía del

este, sino de la dirección opuesta; del camino por el que McGray y yo habíamos venido hacía unas horas.

Había un solo jinete allí, cabalgando a toda velocidad y tirando de una soga. El corcel gris se detuvo justo frente a mi ventana, y seguí la cuerda con la mirada, hasta que vi una figura oscura agazapándose en la nieve pisoteada. Era un hombre al que le temblaban los brazos y las piernas al intentar moverse. Reconocí la espalda encorvada y las facciones huesudas de Floyd, el carretonero. Eran sus gritos los que habíamos escuchado, pues lo habían arrastrado por el suelo como un saco de harina.

El carruaje negro se acercó y su escolta de jinetes se dispuso a su alrededor. Había una precisión perturbadora, casi militar en sus movimientos.

Bajó una figura oscura y de corta estatura, ayudada por los gigantones. Pude darme cuenta de que se trataba de una mujer, ataviada toda de negro, y la única piel que pude ver fue el pellejo descolorido de su mano derecha. Su mano izquierda estaba envuelta en un guante muy grueso de cuero, como el de un cetrero.

La mujer se acercó a Floyd con una cojera muy notoria, y cuando habló, la resonancia de su voz de inmediato me transportó a aquella horrenda noche en la cima de Winfold Fell:

—¿Es éste?

—Sí, miss Redfern —alguien le contestó. Aquélla era la primera vez que alguien confirmaba su nombre—. Dice que venían para acá.

Redfern se inclinó, agarró un mechón de Floyd y le levantó la cabeza de un tirón:

—¿Es cierto?

Floyd gimió. Su estado era lamentable, con la cara llena de ampollas enrojecidas, como las quemaduras de ácido que había visto en la escuela de medicina. Redfern le dio una bofetada, y entonces presionó el pulgar de su mano enguantada contra una de las ampollas, y podría jurar que escuché su piel chisporrotear como agua sobre las brasas. Floyd aulló con un dolor inimaginable; su voz rasgó la noche y sus piernas se convulsionaron sin control.

—¿Es cierto? —repitió la bruja.

Floyd asintió y Redfern se inclinó más, escuchando de cerca con su oído encapuchado. Entonces se irguió como un dardo, levantó su mano izquierda y el cuervo se encaramó en su guante. Uno de los hombres le entregó algo (supuse que debía ser una pequeña nota), que la mujer ató a la pata del cuervo antes de lanzarlo de vuelta al aire. Mientras el ave se alejaba, Redfern les hizo señas a sus lacayos. Dos de ellos aporrearon la puerta del mesón con sus enormes puños, y la

bruja gritó:

—¡Entréguennos a la hija de Ardglass!

La voz atronadora de McGray respondió al instante:

—¡A la chingada, pinches viejas!

Hubo un alboroto general: carcajadas agudas de debajo de las capuchas, y risas reverberantes y crueles de los monumentales guardias.

—¡No me gusta pedir dos veces, Nueve Uñas McGray! —dijo Redfern, con una voz que se imponía por encima del clamor de su gente.

Habría dado lo que fuera por un arma. Desde esa ventana habría podido disparar un tiro certero a la cabeza de la bruja. Maldije a todos en la planta baja.

Escuché a McGray proferir un "no" frenético, y después Mr. Greenwood gritó algo más, y entonces el disparo de un rifle salió por la ventana, pasó a centímetros del hombro de Redfern y le dio al carruaje.

La bruja asintió y retrocedió unos pasos. Todos los hombres prepararon pistolas y rifles, y sin más órdenes vaciaron una lluvia de balas sobre las puertas y ventanas del mesón. Tuve que taparme los oídos, aun a esa distancia, y los disparos ensordecedores no me dejaron escuchar nada de lo que sucedía bajo mis pies.

Temí mirar, pero no pude dejar de hacerlo: cuatro hombres altos y fornidos tiraron la puerta principal a patadas, mientras el resto continuaba los implacables disparos, y al final escuché un alarido. Era Caroline, vociferando mientras un hombre la sacaba a rastras. Los disparos terminaron y entonces escuché los gruñidos de McGray.

Los otros tres hombres luchaban por sacarlo del edificio: dos le sostenían los brazos y el tercero le propinaba repetidos golpes en los riñones.

Caroline observó, con pánico, la multitud de antorchas que se arracimaban a su alrededor, y se quedó petrificada al ver a Redfern.

La bruja se quitó la capucha, mostrando por primera vez su cabello blanco y fibroso, y su cara huesuda y muy angular. Con sus pómulos altos y su suave mandíbula, daba la impresión de haber sido muy hermosa en su juventud. Y como Oakley, sus modales no eran los de una campesina.

—¿Dónde está tu padre? —exigió.

Caroline le escupió en la cara. La vieja se limpió con una manga raída, y después le propinó una terrible bofetada.

—Lo encontraremos de cualquier forma, querida. Ahórrate algo de dolor.

—Pues búsquenlo entonces.

Redfern la aferró del cabello:

—No te doy la tunda que te mereces por una sola razón: doña Caléndula quiere verte.

No pude creer lo que oía: Caléndula, la palabra escrita por miss McGray, y las flores con las que habían rellenado las cuencas oculares de aquel cráneo en la cripta.

—Puede que se muestre piadosa si sabe que cooperaste —Redfern prosiguió.

Caroline sostuvo la mirada de la bruja. Desde mi ángulo no pude ver su expresión, pero sí vi la inmunda hilera de dientes manchados y disparejos cuando Redfern sonrió.

—Como gustes —concluyó.

La vieja buscó entre los pliegues de su capa. Extrajo un frasquito y lo que parecía ser un pequeño saco de yute, sobre el que vertió unas gotas.

—Deténganla —ordenó, y un segundo guardia avanzó.

Caroline pataleaba y se retorcía salvajemente, y sólo pude apretar los puños con impotencia mientras contemplaba lo siguiente.

Redfern batalló, recibiendo varias patadas, pero al final logró cubrir la cabeza de Caroline con el saco, sosteniéndolo firmemente contra el rostro de la chica con su mano enguantada. McGray rugió y Caroline siguió forcejeando, pero muy pronto su voz y su cuerpo perdieron toda fuerza. Sus extremidades cayeron laxas, y los hombres la subieron al carruaje como si fuese una muñeca de trapo.

—Dios, que sólo sea láudano —murmuré, pensando en las ampollas que cubrían el rostro de Floyd. Hablé tan quedo que incluso alguien a mi lado habría luchado por escucharme; sin embargo, Redfern alzó la vista. Instintivamente salté a un lado, con la espalda contra la pared. Sabía que no podía haberme escuchado, pero de cualquier forma no me atreví a mirar de nuevo.

McGray gritó entonces:

—¡Déjala ir! No tiene idea de a dónde se fue el lunático de su padre.

Redfern no se molestó en contestarle:

—Átenlo bien. Y amordácenlo; no soporto su acento.

—¿Qué hacemos con los de adentro? —preguntó uno de los hombres.

Muy lentamente me incliné hacia la ventana, y vi cómo ayudaban a Redfern a subir al carruaje. La mujer volteó para mirar el mesón por encima de su hombro:

—Quémenlo todo.

*

Le tocó el turno a las mujeres encapuchadas, que avanzaron con sus antorchas verdes y rojas, y las lanzaron a través de las ventanas. Mrs. Greenwood profirió alaridos de terror, al igual que su sirvienta. No escuché la voz de su marido, ni a Jed o a Bertha.

Conforme el fuego se extendía, la nieve sobre el camino refulgía, y tuve una vista clara de la escalofriante procesión que se alejaba: las capuchas de las mujeres no eran harapos, sino terciopelo negro y fino, y los hombres montaban unos de los corceles más selectos que había visto en mi vida. Los caballos que tiraban del carruaje eran incluso más refinados y musculosos. Miré en todas direcciones, pero no encontré rastro de McGray y ni siquiera supe qué habían hecho con él.

El fuego avanzó rápidamente, pero sólo me percaté de ello cuando el olor alcanzó mi nariz, y de pronto sentí que el piso se calentaba bajo mis zapatos. Pensé con terror que el edificio entero estaba en llamas, y yo estaba encerrado en aquel cuarto.

—¡Fueron las brujas! —gritó alguien en la calle, seguido por muchas voces aterradas, pero nadie vino a prestar ayuda. ¿Cómo podían abandonar a sus vecinos a su suerte?

No hay quien pueda ayudarte, Ian. Estás solo.

Me lancé contra la puerta una y otra vez, pero era de recio roble y con bisagras gruesas. Cuando mis hombros estuvieron adoloridos lancé patadas sin descanso, pero también sin resultados. Hasta uno de los lacayos de las brujas habría sudado contra aquella puerta.

Hubo un estallido de llamas que ascendieron hasta mi ventana, iluminando el cuarto como si fuese mediodía. Fue sólo una llamarada pasajera, pero estrelló los vidrios de la ventana y el calor me golpeó como cuando se abre un horno.

—Morir quemado… —musité, y la desesperación comenzó a envolverme. Me asomé de nuevo por la ventana.

Las brujas y sus hombres ya eran sólo un grupo de tenues resplandores en la distancia. Hasta entonces vi que la gente salía de sus casas. Los campesinos corrieron en todas direcciones como hormigas asustadas, pidiendo agua y lanzando nieve a las ventanas.

—¡Míster Greenwood! —gritó alguien, pero no hubo respuesta.

Los imaginé a todos en el piso, las flamas consumiendo sus cuerpos sin vida, y las llaves de mi cuarto yaciendo junto a ellos, ahora al rojo vivo.

El humo entró por entre los vidrios rotos, haciendo que los ojos me escocieran mientras miraba el caos allá abajo. Los habitantes de la villa seguían afuera, y solamente vi ancianos, algunas mujeres y niños

bastante jóvenes, todos ellos tan aterrados como yo, y sus cubetas de agua y puñados de nieve eran remedios patéticos contra el incendio.

Tuve la horrenda imagen de mi piel achicharrándose y burbujeando con ampollas, y mis ojos hirviendo, y el miedo hizo que me doliera el pecho. Entonces vi el enrejado de la ventana y de inmediato tomé una decisión: preferiría saltar y romperme todos los huesos sobre el camino empedrado a quedarme allí y sufrir una muerte terriblemente dolorosa.

Los rombos del antiguo enrejado eran demasiado pequeños para que siquiera un bebé pasara a través de ellos. De inmediato busqué cualquier cosa en el cuarto que pudiese usar para romperlo. Todo lo que pude encontrar fue un candelabro de latón, y aporreé los marcos de plomo con locura.

—¡Hay alguien arriba! —gritó la gente al ver los vidrios que caían a la calle.

Tosí varias veces, con todo mi cuerpo estremeciéndose. El humo se volvió tan espeso que a duras penas podía ver el exterior.

Pero incluso en medio del pánico me percaté del jinete solitario que galopaba hacia Slaidburn. Entre el fuego y mis ojos llorosos no pude distinguir ningún detalle, pero escuché gritos asustados mientras la gente le abría paso al caballo.

—Ay, no…

Golpeé el enrejado de plomo con renovada fuerza, al fin consiguiendo doblar el metal, y con chorros de sudor escurriéndome por la frente y la espalda.

El jinete desmontó justo frente a la entrada, sin que nadie se atreviera a hablarle o siquiera mirarlo a los ojos. Extrajo algo de su bolsillo interior, que seguramente fue un arma, pues todo el mundo gritó, y el hombre entró al mesón sin titubeos.

Un segundo después vi que Mrs. Greenwood salía despavorida, doblada sobre sí misma y tosiendo sin control. Lo siguiente que escuché fueron golpes en la puerta del cuarto; tres impactos resonantes e insistentes, y después un disparo que lanzó el cerrojo por los aires.

El hombre abrió la puerta al máximo, tirando astillas por todas partes, y fue como si alguien hubiese abierto la puerta a los infiernos: hubo una oleada de calor insoportable, seguida de cerca por una nube de humo negro y espeso. Tomé aliento, pero el aire mismo era tan ardiente como el fuego, y comencé a asfixiarme.

El corredor estaba alumbrado al máximo, y recortado contra esa luz vi al hombre alto que habíamos venido persiguiendo.

—*¡Usted!* —bramé.

—Sígueme o eres hombre muerto.

Me encorvé y retrocedí, y lord Ardglass me asió del brazo y comenzó a jalarme. Me resistí instintivamente, y entonces vi sus ojos inyectados de sangre:

—Tienes un segundo para decidir, muchacho. No voy a morir por ti.

No tuve opción. Salimos corriendo del cuarto y luego a las escaleras, que ya se habían encendido en secciones; las flamas danzaban y el humo se arremolinaba hacia los techos. Joel me llevó por aquellos escalones, nuestros hombros rozaron el fuego vivo y la madera crujió bajo nuestros pies. El aire estaba tan caliente que ni siquiera podía saber si me quemaba o no, y mucho menos podía percatarme de lo que sucedía más allá de los barandales.

Vi la salida como un rectángulo oscuro en medio de las llamas, y me concentré en alcanzar aquel punto, contando cada atormentado paso. Escuché el ruido de una crepitación que pudo venir de la ropa de Joel, o de mi cabello, o de cualquier fuente. Ese horrible sonido me inyectó un miedo terrible que me impulsó hacia el frente. De pronto me encontré rodeado de oscuridad, en el exterior, con el viento helado golpeándome, pero sin lograr disipar el calor infernal que mi cara había absorbido.

Ni siquiera hubo tiempo de mirar los rostros de la aterrada multitud, pues Joel presionó una pistola contra mi cuello, tan fuerte que pensé que me había perforado la piel.

—¡Al caballo! —ordenó, y me llevó a empujones al animal, que permanecía extrañamente inmóvil entre el caos reinante. Vi el morral de piel de Joel, con la elaborada “A” grabada en un costado, pendiendo de la montura.

Tuve que saltar al lomo del caballo y Joel montó detrás de mí.

—¡Llévalo a todo galope! —me dijo, presionando el revólver con más fuerza—. Y si intentas algo te vacío esto en el pescuezo.

Espoleé al caballo. No tuve oportunidad de mirar atrás, o ver qué había quedado del mesón o qué le había ocurrido a sus ocupantes. Ni siquiera pude ver si el fuego se había extendido a las casas aledañas.

Mientras galopaba y nos alejábamos de la villa, el mundo se tornó cada vez más frío y oscuro, como si estuviésemos cayendo a un inmenso abismo.

36

En cuanto las luces de la villa se desvanecieron por completo, Joel me asestó un golpe en las costillas y reafirmó la presión de la pistola sobre mi cuello, espetándome al oído:

—¿Qué le hicieron a Caroline?

—Se la llevaron.

—Eso ya lo sé. ¿La lastimaron?

—No podría decirle —dije con toda honestidad—. Desde donde vi parecía que usaban láudano para sedarla.

—¿Le pusieron un saco sobre la cara?

—Sí.

La voz de Joel se tornó más tensa:

—Seguramente quieren divertirse con ella antes de…

No terminó la frase.

—Le preguntaron por usted —resoplé—. Querían saber a dónde se dirigía. No me sorprende, después de que ha estado matándolas casi a diario.

Intenté hacer más preguntas, pero cada vez que hablaba Joel me daba otro golpe en las costillas.

Cabalgamos casi a ciegas durante más de dos horas. La luna creciente no se podía ver, y la única luz provenía de las pocas estrellas que las nubes no cubrían. Sin embargo, Joel parecía prever cada curva y esquina en aquel camino, tirando de las riendas él mismo cuando era necesario. Aunque íbamos al sureste nunca vi o escuché la procesión de brujas; quizá Joel estaba tomando otro camino para evitarlas.

En la tenue luz al fin vi los contornos plateados de un monte largo y nevado, que se elevaba desde el este en una suave pendiente, para romperse bruscamente en un afilado precipicio en su lado oeste. Era una colina solitaria, y su cima era el punto más alto en el horizonte. No necesito decir que estaba contemplando Pendle Hill, el lugar al que Joel se había dirigido desde un principio. No podía recordar cuántas veces había asegurado que no iría a ese lugar, pero era como si una fuerza inexorable me hubiese arrastrado allí.

Estábamos a unos tres kilómetros de aquel monte cuando el caballo

comenzó a jadear de cansancio. Joel tiró de las riendas junto a las ruinas de un antiguo muro de piedra. Un grueso fresno crecía justo a su lado, y la nudosa corteza parecía querer abrazar el granito erosionado de la construcción.

Joel desmontó.

—Bájate, muchacho —ordenó—. Deja que la bestia descanse.

Así lo hice, pero no reprimí mi acritud:

—Parece sentir más compasión por… las bestias.

Pero entonces pensé en el caballo de McGray, y su aliento condensándose en el aire helado conforme la vida abandonaba su cuerpo.

Joel mantuvo el arma apuntándome a la frente, y sus pupilas penetrantes estaban fijas en las mías.

—No es asunto de compasión. Se trata de retribución: ojo por ojo —su voz susurrante me heló la sangre. En medio de las sombras su cara se veía de un gris fantasmal, como la de un cadáver recién vuelto a la vida. Además de su vieja fotografía y el borroso reflejo en una ventana, ésta era la primera vez que lo veía. Estando tan cerca pude ver que el joven enfermizo y endeble había desaparecido. Ahora, en sus cincuentas, su rostro se había endurecido, luciendo magro y más afilado. No tenía muchas arrugas, pero esas pocas se habían asentado como los cortes finos y profundos de un escalpelo, a ambos lados de su boca y entre sus cejas. Era como si su rostro se hubiese congelado durante años en un único gesto de aflicción.

No pude contener mis palabras:

—Su hija es rehén de una jauría de brujas, pero me imagino que todo ha valido la pena, ahora que usted ha tenido su estúpida venganza.

Joel inhaló entre los dientes, se lanzó hacia mí y quedé petrificado, pensando en la agonía de la enfermera Greenwood. Antes de poder dar un paso atrás me asestó un puñetazo en el pómulo.

Era diez veces más fuerte que Caroline, y me tambaleé, pero logré mantenerme en pie, con el rostro severo.

—Usted golpea como su hija.

—Púbero arrogante —siseó—. No vengas a sermonearme sobre compasión. ¡Esas *jodidas zorras me arruinaron la vida!* Mis manos jamás se inmiscuyeron en sus asuntos, pero aun así decidieron arremeter contra mí y los míos. Cuando encontré el librillo de Oakley me enteré de todos los venenos y rituales que habían usado para profanarme la mente y el cuerpo… —casi se atragantó por la ira—. ¡Las mismas enfermeras que se suponía debían cuidar de mí eran quienes me mantenían desquiciado!

—Su hija mencionó que usaban cactáceas, químicos…

—Sí, y hasta lograron engañar al buen doctor Clouston. Esa maldita Greenwood me mantuvo al límite de la locura. ¡La perra inmunda! Siempre portándose tan dulce y amable conmigo… Hasta recuerdo haber pensado que era muy hermosa.

—Nos estábamos preguntando… si lo usaron como garantía para mantener a lady Anne alejada de…

—¿Cobden Hall? Sí. Greenwood me lo confesó todo justo antes de que la estricnina surtiera todo su efecto. Mi madre quería que la familia recuperara esa propiedad, pero ése había sido el refugio de las brujas durante siglos. Amenazaron con matarme, y embrujar a Caroline y hacerle cosas terribles a mi madre si no abandonaba la casona. Ahora administran todos sus negocios desde allí, incluso aprovechándose de que el lugar está escriturado bajo el nombre de alguien más. Si su contrabando se hiciera público mi madre sería acusada de cómplice. *¡Las arteras, inmundas harpías!* Cuando me enteré de todo esto… —de nuevo la rabia se apoderó de él y tuvo que hacer una pausa, resoplando y rechinando los dientes—. Cuando me enteré de esto sentí que me ardían las entrañas.

Vi sus puños tensos y las venas abultadas en su cuello.

—Eso es todo lo que puedo sentir ahora, muchacho; este odio que me quema el pecho y que ahoga cualquier otro pensamiento. Y las aborrezco por eso también. Me he imaginado una y otra vez inflingiéndoles todo tipo de tortura, toda clase de tormento, pero nada es suficiente para apaciguarme esta furia. ¿Envenenamiento con estricnina? ¡Bah! No produce más que unos minutos de dolor y después sólo sigue la paz de la muerte.

Sonrió ominosamente y sus últimas palabras me erizaron la piel:

—Si no me hicieron perder la razón con sus pócimas, lo lograron con este rencor.

*

—No me arrepiento de nada —prosiguió Joel— ni siquiera de la muerte de Pimblett. Él fue el peor de todos, el pérfido y desgraciado. Fingió ser mi amigo durante años. Le conté todos mis secretos, sin saber que mantenía registro de cada palabra y movimiento, guardándolo todo en su mentecilla retorcida, hasta que tuvo ocasión de usarlo todo en mi contra. No, muchacho, en verdad no me arrepiento de nada.

Contempló Pendle Hill, inmóvil, y escuché su respiración intensa.

—Pero sí me maldigo por arrastrar a Caroline —continuó—. Hice

todo lo que pude para mantenerla a raya, pero no me escuchó. Incluso la amenacé la última vez que la vi. Todo fue inútil. Heredó demasiado de mi infeliz madre. Parece que el destino no quiso darme una hija dócil.

Su labio tembló, y por un brevísimo instante volvió a verse como el hombre temeroso de la fotografía. Iba a decir algo más, pero en lugar de ello carraspeó, como queriendo ahogar ciertas palabras.

—Pudo haberse detenido —le dije—. Cuando se dio cuenta de que su hija no dejaría de seguirlo.

Joel negó con la cabeza:

—No. No podía dar marcha atrás. *Precisamente* por Caroline. Hay un detalle final que no te he dicho. ¿Te has preguntado por qué estas brujas han llegado a tales extremos para perjudicar al clan Ardglass?

Arqué las cejas, pensando en las mismas palabras pronunciadas por McGray.

—En realidad, es una de las preguntas que más hemos deseado hacerle. Dedicaron una vida a espiarlo y envenenarlo, y todo comenzó mucho antes de la querella por Cobden Hall. ¿Por qué?

Joel asintió.

—Bastante más que una vida, muchacho. Esto va más allá de una mera disputa por unos terrenos. Esto se remonta a generaciones.

—Miss Ardglass nos dijo que los Oakley les arrebataron las tierras a sus antepasados —recordé— y mencionó que el apellido de su familia entonces era Ambrose… Me topé con la tumba de un Ambrose en Lancaster. McGray abrió la cripta y encontramos indicios de…

—¿Brujería?

—Así es.

Joel exhaló:

—Las malditas brujas. Cuidaron hasta el más mínimo detalle. Verás, antes de que te cuente más, debes saber que no se trata de una organización cualquiera. Sólo hay unas cuantas, y sólo un puñado de privilegiados (muy privilegiados) saben de ellas.

”Primeros ministros, familias reales, los industriales más acaudalados… Las brujas los conocen y hacen trabajos para ellos. Durante casi treinta años han dicho recibir mensajes del difunto príncipe Albert para su querida reina Victoria. Son el último vestigio de esas antiguas curanderas a las que la gente acudía en la Edad Media… en los tiempos en que todos en estas islas aún eran feligreses católicos.

”Cobden Hall le pertenecía a una familia especialmente devota. Durante la reforma protestante, cuando los monasterios fueron incautados y desmantelados, esa familia recolectó cuantas piedras y

vitrales pudieron. Compraron reliquias de los monasterios de Whalley, Preston e incluso York. Fingieron haberse convertido al protestantismo, claro está, para cumplir con los decretos de Enrique VIII, pero mantuvieron su antigua fe con fervor. Invitaban a sacerdotes para llevar a cabo misas secretas… ocultos bajo las mismas piedras de los templos de antaño, rezándoles a vírgenes y santos hechos de lingotes comprados a la corona, que habían sido forjados por el rey derritiendo sus más antiguas imágenes y crucifijos. También le dieron la bienvenida a las viejas curanderas, la mayoría de ellas mujeres, que llevaban a cabo toda clase de trabajos para los campesinos: curaciones, bendiciones, partos… pero también maldiciones y clarividencia.

”Todos a lo largo y ancho de Lancashire sabían lo que pasaba detrás de esas paredes, pero nadie los denunciaba. Este condado era tierra fértil para las tradiciones de antaño, lejos de la opresión de Londres y los Reformistas. Me imagino que la gente encontraba consuelo más inmediato aferrándose a las cuentas de un rosario o contemplando la imagen de un santo, que en los conceptos más abstractos que predicaban los luteranos.

”Lord Ambrose fue la única persona con suficiente poder para desafiarlos, y a la larga los llevó a la ruina. Nunca podría demostrar sus rituales católicos (nadie habría atestiguado en su contra), así que los acusó de brujería. Lord Ambrose había estado entre los magistrados que sentenciaron a incontables mujeres para complacer al rey Jaime I, así que tenía muchos casos en los que basar sus mentiras. Seis mujeres fueron a la horca, pero durante su ejecución lo maldijeron.

”Bueno, no sólo a él. Frente a una gran multitud lo maldijeron a él y a sus descendientes. Trece generaciones sólo conocerían miseria y muerte, y al cabo de esas trece generaciones la línea de los Ambrose llegaría a su fin.

”Según la leyenda, lord Ambrose murió justo cuando se pronunciaba la maldición. Su hijo fue asesinado, al parecer por una amante despechada, y su nieto fue famoso por su locura; murió a los veinte años.

”Pasaron las décadas, y luego los siglos, y la maldición se desvaneció de la memoria de la gente… pero no para las brujas que sobrevivieron. Continuaron haciendo trabajos para cualquiera con suficiente dinero o influencia; cualquiera que estuviese dispuesto a brindarles protección. Merodearon entre las sombras todo ese tiempo, pasando su sabiduría de generación en generación, aprendiendo nuevos trucos y ganándose la confianza de la clientela más poderosa.

Y lo lograron todo tan sólo gracias al poder… de su leyenda.

—¿El poder de su leyenda?

—Así es, muchacho. Las maldiciones son mucho más efectivas cuando uno se asegura de que sucedan. Habían "embrujado" a la familia Ambrose, y la mejor forma de hacer que la gente las temiera era cerciorarse de que sus maldiciones surtieran efecto.

"Nos espiaron con atención. Si lees la historia de mi familia no encontrarás un solo final feliz. Abundan las muertes prematuras, y los pocos que llegaron a la vejez tuvieron vidas miserables y sin sentido. Algo así tenían reservado para mí.

Fruncí el ceño, encontrando toda aquella historia difícil de creer:

—¿Cómo es que todo esto pudo continuar durante tanto tiempo sin que nadie hiciera nada al respecto? Sus antepasados deben haber estado al tanto de la supuesta maldición.

Joel torció la boca con amargura.

—Las brujas lograron lo que querían: los Ambrose se volvieron famosos por ser una dinastía maldita, y por supuesto que nosotros sabíamos las historias: desde que tengo memoria se rumoraba que éramos el objetivo de la magia negra. Era una leyenda familiar como tantas. No todos lo tomamos en serio; ni yo mismo, hasta que…, bueno, digamos que ahora me arrepiento de mi escepticismo.

"Aprendimos a protegernos de ciertas formas, que también considerábamos folclor familiar. Durante décadas aplicamos nuestros propios rituales, algunos con éxito, otros no tanto. Mi propia madre deja amuletos de protección en todas sus propiedades…

—¿Botellas llenas de clavos y horrendos líquidos? —interrumpí, y Joel arqueó una ceja.

—Así que las encontraron.

Arrugué la nariz.

—Desearía que no. McGray decidió abrirla.

Joel lanzó un suspiro:

—Y yo desearía no tener que contarte todo esto. Ahora mi hija está en manos de esas malditas lobas… Ella es la treceava, ¿sabes? He contado las generaciones. Ahora sospecho que tal vez por eso no ha logrado encontrar un buen partido: las brujas quieren que nuestra dinastía muera con ella. ¿Ahora me entiendes? La muerte de mi Caroline será la prueba final de sus supuestos poderes.

De nuevo no podía creerle.

—¿Quiere decirme que estos supuestos "clientes" han seguido la historia de su familia durante todos estos siglos? ¿Que esperan verlos morir miserablemente, y que su hija no deje descendencia? —Joel asintió—. ¿Llegarían a tales extremos sólo para construir esta leyenda

a su alrededor?

Joel se rio desdeñosamente.

—Religiones enteras se han construido alrededor de anécdotas mucho más endebles que ésta. El poder no reside en lo que eres capaz, sino en lo que los otros *creen* que eres capaz.

Pronunció aquellas palabras con gran intensidad, pero sólo pude negar con la cabeza. Quizás era por mi inherente escepticismo, pero si la historia de Joel no había logrado convencerme de la inmensa autoridad de las brujas, lo que vería a continuación disiparía cualquier duda.

*

Permanecimos en silencio por un momento, mientras intentaba procesar la historia de Joel. Él aprovechó el tiempo para hurgar en su morral de piel. Sacó un habano a medio fumar y lo encendió.

—Se llevaron a Adolphus también, ¿verdad?

—Sí.

Joel frunció el ceño, y luego murmuró:

—Puede que mi plan aún funcione.

Entonces tomó el morral y extrajo una gran botella, con el corcho sellado con cera. Escuché el tintineo de vidrio; aquel morral estaba atestado de frascos.

—¿Ha traído todo eso de la bodega de las brujas?

—Así es —y Joel empezó a salpicar las ramas desnudas del fresno con el contenido aceitoso de la botella. Justo cuando percibí aquel familiar olor acre, Joel encendió un cerillo y lo lanzó al combustible. El árbol se envolvió en llamas a una velocidad antinatural, y el fuego lanzó destellos verdes y dorados a través de las planicies.

—¿Qué rayos está haciendo? —pregunté alarmado, esperando ver incontables antorchas verdes abalanzarse sobre nosotros en cualquier momento.

—No te preocupes, muchacho. Al menos todavía no.

—¿De qué habla? ¿No es ésta una de las señales que las brujas siguen como polillas?

—Aprendes rápido. Sí, pero ahora sé cómo engañarlas. ¿No me viste atraer a esas dos imbéciles a Winfold Fell? —de nuevo sonrió socarronamente—. Las tontas esperaban encontrar a una de las suyas, pidiéndoles ayuda. Supe que tomarían aquel camino para pasar cerca de uno de sus faros, así que me les adelanté, eché a la vieja que vigilaba aquella pira y las esperé en silencio. Fue un verdadero deleite ver el terror en sus caras cuando aparecí —contempló las llamas

crepitantes, regocijándose en el cruel recuerdo.

Pensé en el delantal de Oakley, salpicado de sangre, y las manchas rojas alrededor del solitario tocón de aquel árbol.

—¿Sintió igual deleite al matar a Oakley? —simplemente no pude contener la pregunta—. ¿Y qué hizo con esas niñas?

Joel arqueó una ceja, con una sonrisa escalofriante torciéndole los labios.

—¿Estás muy preocupado por ellas, muchacho? Eso habla bien de ti. Tienes razón, quiero atraer a las brujas, pero no estaremos aquí cuando lleguen —de nuevo metió una mano al morral, y esta vez sacó dos revólveres, que me mostró antes de asegurarlos bajo su cinturón —. Te confiaré uno de éstos cuando llegue el momento. Justo ahora no eres de fiar; pareces ser demasiado mojigato cuando de ley se trata.

—¿Cuando llegue el momento? ¿A qué se refiere?

—Te traje porque tal vez necesite otro par de manos —dijo, atando las riendas de su caballo a un árbol cercano, asegurándose de que los arbustos ocultaran bien al animal. Aunque en realidad jamás volveríamos a verlo.

—¿Otro par de manos? —protesté—. No voy a ser su compinche en ningún…

—Muchacho, no estás en posición de decirme lo que harás o no —respondió, mientras contaba cuántas balas quedaban en su revólver, y después se colgó el morral sobre el hombro—. Ahora sígueme; ya no estamos muy lejos.

—¿Lejos de dónde? —fue mi inocente pregunta, pues no necesitaba que Joel me respondiera:

—Vamos a invadir la madriguera de las brujas.

37

Seguimos un sendero serpenteante, que no era más que un desfiladero creado por el paso de ganado. El silencio de la noche era sepulcral, pero esperaba escuchar en cualquier momento el graznido de un cuervo o el siseo de un gato negro.

—Ya que es probable que me mate en esta tarea —susurré—, tengo que hacerle una pregunta —Joel no respondió, e interpreté su silencio como invitación suficiente para hablar—. El inspector McGray, a quien usted no ha tenido la dicha de conocer, me arrastró hasta aquí por su hermana; porque una enfermera aseguró haberla escuchado hablando… con usted —Joel siguió caminando, sin siquiera voltear la cara. Tuve que dejarme de indirectas—. ¿Miss McGray de verdad habló con usted?

Joel resopló:

—Ay, ahora tú también…

—Miss McGray no ha pronunciado una palabra en años.

—Cierto. No *había* hablado en años.

—¡Ah! Entonces sí habló con usted.

—Eso no te incumbe, muchacho.

—¿Cómo coños puede decir que no me incumbe? En este momento estaría durmiendo en una cama mullida y calientita, sin todo el jodido cuerpo lleno de rasguños y quemadas y moretones, y todo porque a esa desdichada loca se le ocurrió abrir la…

Joel me aferró la quijada, tapándome la boca, y su guante de piel me estrujó el rostro como una prensa.

—*¡Cállate!* —siseó—. Estamos muy cerca.

Siguió la marcha y en unos minutos llegamos a un denso grupo de robles y abedules, que crecían a todo lo largo de una barda de piedra. Estábamos en las faldas mismas de Pendle Hill: su pendiente, escarpada y cubierta de nieve, comenzaba a ascender a menos de cien metros de distancia. Entre nosotros y el monte había un pequeño valle delimitado por coníferas muy altas, y en una esquina, enclavada entre los árboles, se levantaba la sombra de Cobden Hall.

Había luz proveniente de sus muchas ventanas, y vi que se trataba de una construcción muy rara: cimentada en forma de L, y mezclando

estilos de arquitectura bastante incongruentes.

El ala más corta tenía imponentes ventanales de arcos góticos, tallados con diseños intrincados como los de una catedral. El ala más larga y grande, por otro lado, debía ser algunos siglos más reciente, con unas chimeneas altas y techos a dos aguas indudablemente al estilo Tudor.

Había dos carruajes estacionados a la entrada. Uno de ellos era el de Redfern, recién llegado. El otro era incluso más grande, y tan bien pulido que su superficie reflejaba perfectamente el resplandor de las ventanas. Lo llevaban cuatro magníficos corceles, de pieles tan blancas como la prístina nieve de los alrededores.

Iba a preguntar a quién le pertenecía aquel coche, pero Joel levantó una mano, pidiendo silencio. Entonces vi los brillantes ojos amarillos de un gato. Su pelaje negro sólo era visible por la blancura de la nieve.

El pequeño animal caminó hacia nosotros, y Joel no se movió hasta que lo vimos perderse en las sombras. Nos agachamos y caminamos detrás de la barda, hasta que encontramos una estructura pequeña y redonda de piedra. Me recordó la especie de horno abandonado donde vivía la vieja Bardana, pero no parecía tener entrada o escape para una chimenea. Más bien parecía una masa de roca sólida sin utilidad alguna.

Joel se quitó un guante y sacudió la nieve, palpando la roca con las yemas de sus dedos. Al llegar a cierto punto se detuvo, raspó el musgo congelado y volvió a palpar la piedra.

—Aquí es —murmuró, tocando una roca erosionada, del tamaño de un barril de cerveza.

Vi que se trataba de un bloque de piedra volcánica, porosa y suficientemente ligera para ser movida por un solo hombre. Me recordó los escombros quebradizos junto a la cripta de lord Ambrose. Joel empujó la roca a un lado y entonces vi la profunda oscuridad de un ancho pozo. Joel sacó una velita de su morral, y cuando la encendió ardió con una pequeña pero persistente llama azul.

—Si ven esto —susurró— tal vez crean que se trata de una de ellas. Al menos nos daría unos segundos de ventaja para huir.

Bajo ese destello índigo vi unos ordenados escalones de piedra que descendían pronunciadamente hacia la impenetrable oscuridad.

—Sígueme, muchacho —dijo Joel, bajando los primeros escalones pero sosteniendo el arma firmemente—. Y por favor no intentes alguna estupidez. De verdad no quiero tener que dispararte.

Descendí tras él, adentrándome en el aire húmedo y fétido de lo que resultó ser un túnel muy estrecho. Esperaba que fuese un pasaje

inmundo y salitroso, pero esas paredes subterráneas se hallaban cubiertas de losas de granito, y sus superficies pulidas reflejaban la flama trémula de la velilla. Las piedras ascendían en una suave curva para formar un arco puntiagudo.

—Éste es el túnel que usaban para traer a los sacerdotes que celebraban las misas —me dijo Joel, y entonces la gracia del pasadizo cobró sentido: uno no esperaría que los reverentes católicos forzasen a sus clérigos a deslizarse por túneles inmundos—. Construyeron este pasaje al mismo tiempo que ampliaban la mansión, cuando agregaron el ala mayor. Este tipo de escondrijos siempre son más fáciles de insertar al principio de una construcción. Los Oakley sabían de su existencia, pero nunca le dijeron a nadie, ni siquiera a las otras brujas.

—¿Cómo es que *usted* sabe de él?

Hubo una corriente de aire helado, que me estremeció junto con la respuesta de Joel:

—Me lo dijo la enfermera Oakley, por supuesto. Ella vivió aquí hasta que mi madre le arrebató la propiedad a su familia… No sabes toda la información que le saqué…

De nuevo recordé el delantal ensangrentado, y mi mente se llenó de imágenes espantosas de Joel torturando a la joven hasta hacerla hablar. Me obligué a no pensar en ello.

—¿En verdad cree que las brujas aún no han descubierto este túnel?

—No lo sé, muchacho, pero esto fue diseñado para engañar a los mejores agentes de la corona durante la reforma protestante. No esperaría que alguien se topara con este pasaje por accidente.

—Espero que tenga razón —musité—, o nuestra visita será demasiado corta.

Continuamos avanzando por el pasaje, que corría en una línea muy recta. La vela de Joel iluminaba los dos o tres metros más próximos, pero más allá el túnel se fundía en tinieblas. Pensé en la garganta de un lobo, esperando pacientemente a que nos adentráramos en ella, para cerrar las fauces en cuanto fuese demasiado tarde para retroceder.

Aquel momento llegó antes de lo esperado, y vi aparecer el abrupto final del túnel: había una escalera en espiral, de escalones tan lisos y regulares como los de la entrada, y que ascendían hacia una angosta abertura. Comencé a sentirme más y más nervioso: debíamos estar bajo el centro mismo de la mansión, y no tenía un arma en mis manos, o modo alguno de defenderme.

Joel subió muy lentamente; cada paso era un movimiento cauto y bien calculado. Vacilé, pero entonces la luz azulada de la vela

comenzó a desaparecer a medida que Joel se la llevaba a lo que fuese que nos esperara allá arriba. Estuve a punto de jadear, imaginándome perdido en aquella negrura total, y me apresuré a seguirlo.

Comencé a subir iluminado por el último resplandor de la flama, pero por un aterrador instante me quedé a ciegas. Encontré mi camino a tientas, palpando las frías paredes hasta que al fin se abrieron a la húmeda cámara superior.

Joel me esperaba allí, mirando hacia arriba y admirando el receso en la tenue luz.

El espacio debía medir unos dos o tres metros de largo e igual de ancho, pero fue su techo abovedado lo que me maravilló: era un mosaico de ángeles, santos y vírgenes esculpidos en toda clase de piedras. Vi mármol, arenisca y granito en todas sus tonalidades. Las piezas, en su mayoría bustos y rostros, habían sido cortadas para encajar a la perfección, como un antiquísimo rompecabezas que ocupaba toda la superficie, sin dejar un solo espacio vacío.

Aunque la cámara estaba totalmente desocupada, era evidente que se trataba de una antigua capilla, y sentí un hormigueo que me recorría toda la piel. Nunca he sido muy predispuesto a la espiritualidad, pero aquella imagen me conmovió al instante. Era como si el lugar aún estuviese repleto de las almas de aquellos sacerdotes y sus feligreses, muertos hacía tantos años. Los imaginé arriesgándolo todo para salvar sus reliquias, incluso si tenían que decapitarlas, o cortar los bustos y dejar atrás el resto; y después los imaginé puliendo y tallando los despojos minuciosamente, para poder conservarlos en aquel refugio. Me imaginé a la perfección aquellas misas clandestinas, aquella pequeña capilla resplandeciendo con la luz de incontables velas, y un vasto grupo de fieles apiñados bajo la multitud de santos que los contemplaban desde las alturas.

—Esto era una antigua chimenea —dijo Joel después de un momento—. El centro de la mansión es mucho más viejo que la época isabelina o Tudor. Esto debió ser uno de esos enormes fuegos abiertos de la Edad Media que se colocaban al centro de los salones para calentar todo el edificio. En el reinado de Enrique VIII pasaron de moda, así que tiene sentido que lo hayan taponado y convertido en una capilla secreta. Nadie habría sospechado de una remodelación así. Qué gente tan lista.

Me sorprendió cuán letrado era Joel, pero su inteligencia sólo lo hacía más intimidante.

Caminó al lado opuesto de la capilla, sosteniendo la vela cerca de la pared y palpando los ladrillos.

—Debe haber una entrada en este extremo —susurró, pero tan

quedo que tuve que adivinar las palabras.

Le dio golpecitos a una sección particularmente erosionada, y entonces apagó la vela con un veloz soplido.

La oscuridad fue absoluta. Se me hizo un nudo en la garganta y me esforcé en tragar, aunque sólo para convencerme de que mi cuerpo aún existía en aquella sólida negrura. Entonces escuché una leve fricción.

Una línea delgadísima de luz apareció frente a mis ojos, mientras Joel parecía abrir una puerta que yo no había visto. Pensé que se trataría de una salida, pero esa puerta sólo conducía a un pequeño espacio vacío, como un guardarropa empotrado en la pared.

La tenue luz dorada provenía de unos resquicios en la pared de aquella cavidad: dos grietas de apenas unos milímetros de ancho, y camuflados a la perfección entre la configuración de los ladrillos. Se trataba de mirillas para espiar el interior de la mansión.

Aquel pequeño pasaje, del tamaño de un guardarropa, conectaba la capilla con el interior de la casona. Quizás había sido usado para vigilar, y la doble puerta mantendría el resto de la capilla oculta en caso de que alguien descubriese las mirillas.

Vi la sombra nítida de Joel, indicándome con sus largos dedos que me aproximara para mirar. No quería acercármele demasiado, pero mi curiosidad fue mayor que mi miedo. Nos apretujamos contra aquel muro polvoso, presionando las caras contra los ladrillos sorprendentemente tibios, y atisbando a través de las delgadas mirillas.

Percibí el olor de madera y carbón, que junto con un resplandor anaranjado revelaban lo que aguardaba detrás de esta pared: otra chimenea, aunque ésta mucho más pequeña.

Y aquella chimenea calentaba el despacho de la bruja más temida de Gran Bretaña.

38

Era un punto ideal para espiar: el fuego alumbraba la vista y también mantenía a la gente a distancia. Incluso cuando el fuego estuviese apagado, las únicas personas interesadas en acercarse serían las sirvientas encargadas de sacudir el hollín.

Entorné los ojos, pues mis pupilas eran más anchas que la mirilla, y vi una habitación que hacía las veces de biblioteca, quirófano veterinario e invernadero de plantas exóticas.

La chimenea y una docena de velas iluminaban anaqueles repletos de enormes libros; cuencos llenos de hongos, cactáceas y otras plantas carnosas; jaulas para ratas, hurones y cuervos; jarrones de vidrio que contenían serpientes, ranas y arañas. Junto con el olor a carbón percibí los aromas de incontables hierbas, minerales… y también el repugnante hedor ferroso de sangre fresca.

Escuché un goteo lento pero constante, y un chacualeo asqueroso, mientras mis ojos miraban temerosos hacia una larga mesa de trabajo. Era una imagen turbadora, cubierta con un desorden de hierbas y matraces, así como instrumentos afilados y trapos empapados de rojo.

Una sombra gigante se proyectaba sobre los artefactos, mucho más grande que el cuerpo que imitaba: el cuerpo de una mujer increíblemente anciana, que a duras penas superaba el metro y medio de estatura, de cintura ancha y brazos cortos y rechonchos, que se movían espasmódicamente por toda la mesa. No pude distinguir qué estaba diseccionando, pero sus manos arrugadas estaban embarradas de sangre oscura y viscosa.

Un gato negro saltó sobre la mesa, acercándose con tiento a las manos de la vieja, que le ofreció un repulsivo trozo de carne blanquecina.

Me obligué a mirar más arriba, hacia aquel antiquísimo rostro. Tenía la piel curtida, cuarteada como la portada de un libro arcaico, y estirada sobre huesos afilados. Sus ojos eran meras rendijas rodeadas de pliegues y pliegues de piel, hundidos en cuencas profundas, haciendo que su cara entera pareciese un cráneo viviente.

Si alguien me hubiera dicho que el diablo era una mujer, aquél era el rostro que habría imaginado.

Por un instante incluso pensé que tenía alas, pero se trataba de ilusiones macabras creadas por las sombras: encaramado en su hombro izquierdo había un murciélago enorme y peludo. Sus alas coriáceas terminaban en garras largas y filosas que se aferraban a la ropa de la anciana. Con una melena de pelambre dorado alrededor de su cuello, y sus ojos enormes y vidriosos, la criatura se parecía más a un zorro alado. Era el murciélago más grande que había visto en mi vida, y mi mente se remontó a mi niñez, cuando hojeaba los libros de zoología de mi abuelo.

—¿Doña Caléndula?

Era la voz servil de uno de sus musculosos lacayos, plantado bajo el marco de la puerta.

La bruja levantó la mirada. En las profundidades de sus cuencas no podía verse nada de sus ojos, y un par de brillos diminutos eran el único indicio de que allí estaban.

—Le llegó este mensaje —dijo el hombre, entregándole un sobre muy fino—. Y lord Cecil acaba de llegar.

Tuve que cubrirme la boca para reprimir un jadeo.

¿Podría tratarse de Robert Cecil… lord de Salisbury? Si así era, ¡esta bruja estaba a punto de reunirse con el primer ministro!

Se limpió las manos con un trapo grasiento, y habló con una voz rasposa y autoritaria:

—¿Trajo a la señora?

—Sí.

—¡Maldita sea, le dije que no quería verla! Tráelo aquí. A él solo.

En cuanto el hombre se fue la bruja abrió el sobre con mucho cuidado. Para mi sorpresa ignoró la carta, lanzándola a un lado, y en su lugar se concentró en el sobre. Lo desdobló meticulosamente y lo acercó a la flama de una de las velas. Unas letras cafés comenzaron a aparecer como por arte de magia.

¿Cuántos medios de comunicación tenían? Gatos, cuervos, escritos secretos con vinagre…

Caléndula cubrió la mesa con una tela negra, se enjuagó en un aguamanil y se sentó en una silla de roble, antigua y muy ornamentada.

El guardia volvió y me esforcé por ver quién entraba tras él. Me había topado con el primer ministro recientemente (un verdadero infortunio) así que sabía bien qué esperar.

Afortunadamente no se trataba de él.

Quien entró fue un hombre mucho más joven, delgado y de complexión endeble. Su chaqueta y pantalones finos se veían completamente fuera de lugar, al igual que el sombrero de copa que

estrujaba entre las manos.

Contempló el cuarto y tragó saliva, pero su repulsión no se acercaba siquiera a la mía. Era evidente que no se trataba de su primera visita.

—Ven acá —le dijo doña Caléndula, indicándole con su mano manchada que se le acercara—. Ay, apúrate, William. No te puedo atender por mucho tiempo.

La obedeció con la timidez de un niño pequeño. Cuando pasó cerca de la chimenea reconocí aquel entrecejo de líneas tan suaves que no proyectaban sombras sobre sus ojos. Mi mente voló a los debates políticos entre mi padre y mi hermano mayor, y entonces recordé aquel nombre. El hombre ante nosotros era en verdad de la familia Cecil, pero para nada su miembro más destacado: estábamos mirando al segundo hijo del primer ministro, un lord por derecho propio, pero Caléndula le hablaba por su nombre de pila y con el menosprecio reservado para los borrachos.

Sus labios temblorosos intentaron hablar, pero Caléndula se le adelantó, haciéndolo saltar:

—Te dije que no trajeras a tu mujer.

Lord William Cecil a duras penas logró responderle:

—Ella… ella insistió.

—¡Entonces debe intimidarte más que yo! —le dijo la bruja burlonamente. Lord Cecil balanceó el peso de su cuerpo de una pierna a otra, y la bruja se deleitó al verlo tan asustado—. ¿Estás completamente seguro de que esto es lo que quieres?

El hombre se enjugó el sudor de las sienes, con los ojos fijos en el enorme murciélago:

—Sí, madame.

—Ya te lo dije. Si tienes hijos serán almas miserables.

—Mi esposa está desesperada.

—Ay, muchacho, no tienes idea de lo que significa estar desesperado.

Lo observó con detenimiento, sin mover un músculo, hasta que el gato negro saltó a su regazo, relamiéndose sangre de los bigotes.

—Tus hijos tendrán muertes tempranas y destinos espantosos. Ya te lo he dicho, ¿y aun así los quieres? ¿Sólo para continuar tu apellido? ¿Para preservar tu dichoso linaje?

Lord Cecil se quedó paralizado como una roca, apenas logrando respirar.

Doña Caléndula acarició al gato.

—La aristocracia me da asco.

El hombre temblaba, desconcertado, sin saber si debía hablar o no,

o si debía marcharse o permanecer allí. Y Caléndula no habló de nuevo hasta que el hombre parecía a punto de desmoronarse.

—Vamos a ayudarte, pero sólo porque estoy en deuda con tu padre.

¡Estaba en deuda con su padre! Con el primer ministro de Gran Bretaña. No sólo sabía de las brujas, ¡sino que el primer ministro les había hecho favores!

Tomé aire, y Joel tuvo que darme un codazo para que guardara silencio.

No supe qué ocurría en la mente de William Cecil. Se veía tan aliviado como aterrado.

Doña Caléndula se puso de pie. El gato saltó y fue a la misma repisa a donde se dirigía la bruja, donde había una multitud de frascos muy bien alineados.

—Es un trabajo sencillo —dijo, mirando las etiquetas rotuladas a mano. Abrió un frasco especialmente grande, olfateó el contenido y sacó un puñado de hierbas pulverizadas—. Una de mis hermanas visitará a tu mujer muy pronto. Mientras tanto, hazle un té con una cucharadita de esto, con bastante miel. Debe ser lo primero que beba en la mañana y lo último que beba en la noche. Esto la preparará —y sin ceremonia alguna, aventó el puñado de hierbas al sombrero de copa de lord Cecil. El hombre la miró con una patética expresión de agradecimiento, como si pudiera caer de rodillas y besarle las faldas.

—¿Cómo podré pagarle?

Doña Caléndula se rio por lo bajo:

—Ah, ya te lo diremos, William. A su debido tiempo —entonces lo tomó del brazo, abrió los ojos un poco más, y al fin pude ver el indicio de unas pupilas grises—. Habrá problemas —le dijo, borrando la sonrisa del hombre en el acto—. Y vendrán pronto. No digas que no te lo advertí.

Sin decir más dio media vuelta y regresó a su silla, pero el murciélago no apartó los ojos de lord Cecil, contorsionando su cuello peludo en un ángulo imposible.

—¿Qué… qué debo hacer cuando lleguen los problemas?

Caléndula hizo un gesto desdeñoso:

—Si no puedes arreglártelas solo ya sabes cómo contactarnos.

—¿El verde?

—Sí, el verde. Ahora lárgate.

Cecil no pudo decir nada más. El gigantón del guardia, que había permanecido pegado a su espalda todo el tiempo, lo jaloneó del brazo como si se tratara de un limosnero. Salieron de la habitación y los gimoteos de lord Cecil pronto se perdieron en la distancia. La puerta

no se cerró, y pronto entró otra mujer.

Era Redfern, con la capa aún húmeda por los copos de nieve. Se apresuró a saludar a Caléndula con una pronunciada reverencia, y le ofreció una mano envuelta en un guante negro.

La bruja le estrechó la mano apresuradamente.

—¿Los trajiste?

—Sí, madame. Están afuera.

Caléndula chasqueó los dedos y comenzó una procesión de caras miserables.

Primero entraron dos de sus guardias, bufando y gruñendo. Traían a Nueve Uñas a empujones, amordazado y con los ojos vendados. McGray no dejaba de forcejear, aunque era claro que estaba exhausto.

Uno de los hombres le pateó la espinilla, y entre ambos rufianes lo forzaron a hincarse a menos de un metro de doña Caléndula.

Detrás de ellos entró un tercer guardia, no tan alto como los otros dos, trayendo en brazos el cuerpo inerte de Caroline. Escuché que Joel inhalaba entre dientes al ver a su hija. La cabeza de la muchacha, aún envuelta en aquel saco inmundo, colgaba laxa de su delgado cuello. Las uñas de Joel arañaron los ladrillos, y tuve que estrujarle el hombro para recordarle nuestra delicada posición.

La última persona en entrar venía custodiada por un cuarto gigantón. Era una mujer, con la cabeza inclinada hacia abajo, y sus manos pequeñas y pálidas entrelazadas al frente. Pestañeé con sobresalto al verle el rostro.

Miss Oakley.

¡Estaba seguro de que había muerto! ¿Por qué Joel no me había desmentido? No pude más que imaginarme qué había ocurrido en aquel monte, o por qué su delantal había terminado en aquel punto, desgarrado y cubierto de sangre.

—Qué asquerosa colección de sabandijas —dijo Caléndula, y McGray estalló en un ataque de furia. Los guardias le asestaron patadas en la columna—. Apláquenlo. Primero tengo que hablar con esta alimaña traidora.

Señaló a Oakley, y las piernas de la muchacha casi se desplomaron. Su rostro estaba tan pálido como un hueso. El guardia la empujó al frente, y a duras penas logró mantener el equilibrio mientras Caléndula le gritaba:

—*¡Todo esto es tu culpa, maldita puerca!*

El labio de Oakley tembló, y ése fue el único movimiento del que fue capaz, pues Caléndula se abalanzó sobre ella con la velocidad de un zorro y la abofeteó con su gruesa mano. Las uñas alcanzaron la piel de Oakley, dejándole tres largos rasguños en la mejilla.

La muchacha cayó de lado, aullando de dolor, y se encogió en el piso, protegiéndose la cabeza con manos temblorosas.

Caléndula se le aproximó, rondándola mientras el murciélago extendía las alas, intentando mantener el equilibrio sobre la joroba de la anciana.

—Me importa un bledo que hayan matado al idiota de Pimblett… *¡Pero Greenwood!* ¡Greenwood está muerta por tu culpa! Una de mis muchachas más prometedoras. Y su muerte atrajo a estos desgraciados policías a nuestra mercancía más valiosa. ¿Cómo pudiste ser tan imbécil? —tomó un mechón de Oakley y le levantó la cabeza de un tirón—. ¡Al menos ten la decencia de verme cuando te hablo!

El pecho de Oakley subía y bajaba como un fuelle, pero, sin importar cuán aterrada estuviese, había un destello de furia en sus ojos.

—Nuestra regla más importante —espetó doña Caléndula—. Sólo escribe en grimorio. O guárdatelo todo en la cabeza. ¡Doscientos años de nuestro trabajo y tú lo dejaste todo a la vista! Debí dejar que tú y tu bastardilla se murieran de hambre en los arrabales. Jamás debí escucharte cuando viniste a rogarme. Tus padres deben estar retorciéndose en la tumba.

—Lo siento —alcanzó a decir Oakley, pero su voz sólo reflejaba un inmenso odio.

—No lo suficiente —replicó Doña Caléndula—, pero me encargaré de que lo sientas como es debido. Ya sabes lo que les pasa a las brujas descarriadas, ¿verdad? —Caléndula buscó entre sus faldas y sacó una pequeña daga con hoja de vidrio. Los ojos de Oakley casi se salen de sus órbitas—. Ah, eso sí te lo aprendiste. Así es: les cortamos las lenguas y las mandamos a vivir en los matorrales.

Me estremecí, pensando en la pobre Bardana, y en los únicos sonidos que podía emitir: gemidos desde la garganta.

Caléndula lanzó a Oakley al piso:

—Nos encargaremos de ti a su debido tiempo.

Entonces la bruja volteó a ver a McGray, y al girar su daga la hoja de vidrio afilado reflejó las llamas de la multitud de velas en el cuarto. Sus ojos se abrieron más y más, creciendo de diminutos destellos hasta convertirse en unos globos enormes, venosos y amarillentos. Le apuntó a Nueve Uñas con la daga, y entonces los guardias le quitaron la mordaza y la venda de los ojos.

Nueve Uñas sacudió la cabeza y estiró la quijada de lado a lado. Cuando sus ojos se cruzaron con los de doña Caléndula pareció que le daban arcadas:

—¡Pero qué *pinche* fea estás!

La vieja sonrió burlonamente, dando un paso al frente y acercando la punta de la daga directo al ojo derecho de McGray, pero él no se amedrentó.

Caléndula acercó la daga lenta pero inexorablemente, y justo cuando pensé que iba a perforar la córnea de McGray, la bruja sacó una manzana verde de uno de sus bolsillos. Con un movimiento veloz cortó una rebanada y se la ofreció a su repulsiva mascota.

—No, no te quiero estropear todavía. Antes quiero que me contestes algunas preguntas. ¿Cómo encontraste nuestra bodega? ¿Fue el desgraciado de Spotson?

—Vete a la mierda —respondió McGray, pero fue como si Caléndula pudiera leerle la mente.

—Parece que no le dimos la dosis suficiente —dijo—. Hemos manipulado a los jueces de Lancaster desde hace años: nos dan libertad para comerciar a través de esos puertos. A veces tenemos que hacer concesiones para guardar las apariencias, como aquella vez que uno de nuestros cargamentos de opio fue descubierto por un maldito aduanero que no aceptó sobornos. Pimblett tuvo que ser nuestro chivo expiatorio y declarar que había actuado solo. El pobre tuvo muy mala suerte; habíamos acordado recompensarlo muy generosamente cuando saliera de la cárcel —se encogió de hombros—. Mejor para nosotras; su muerte nos ahorrará bastante dinero.

”El juez Spotson fue una gran ayuda en su momento. No tenía opción; nos debía muchos favores… Ah, sí, hemos impulsado muchas carreras en el último siglo. Aunque tristemente siempre llega el momento en que ya no nos son de ayuda y tenemos que silenciarlos… pero hay que saber cómo hacerlo. Por supuesto que preferimos matarlos (es más limpio así), pero no podemos hacerlo todo el tiempo, o los nuevos jueces ya no querrían ayudarnos. Spotson parece recordar mucho más de lo que nos conviene… —acarició la cabeza peluda de su murciélago—. Aunque supongo que ya está bastante viejo y endeble como para que su muerte no despierte muchas sospechas —miró a Redfern—. Encárgate de que suceda pronto; ya no podemos correr más riesgos.

Caléndula fue de vuelta a Nueve Uñas:

—Una pregunta más, antes de que te deje… descansar en paz.

Pasó un dedo nudoso y retorcido por la mandíbula de McGray, presionando su uña repulsiva lo suficiente para dejarle una fugaz línea blanca sobre la piel; un poco más de fuerza y le desgarraría la mejilla.

—¿Por qué, jovencito? ¿Por qué estás tan interesado en nuestros asuntos?

McGray le sostuvo la turbadora mirada.

—Es mi trabajo, vieja apestosa.

Caléndula soltó una carcajada.

—Tú trabajo… por supuesto. Y lo haces con demasiada dedicación. Sabemos bien cómo funciona tu dichosa policía. ¿Por qué decidiste seguir a Ardglass hasta aquí? Estamos muy lejos de tu jurisdicción.

Detuvo su uña y presionó con un poco más de fuerza. Un segundo después vi un hilillo de sangre escurriendo por la mejilla de Nueve Uñas.

—Vine hasta aquí… —comenzó a decir— porque quería saludar a la víbora más añejada y fea de toda Inglaterra.

Le dio una bofetada, pero McGray apenas movió la cabeza. Dejó caer la manzana para asir la cara de McGray con una mano, y blandir la daga con la otra. La hoja de vidrio se abalanzó presurosa hacia el ojo de McGray, deslumbrándome con el reflejo de las velas, sin que la mujer intentara frenarla, hasta que…

—¡Su hermana le habló a Joel! —aulló Oakley, y la cara de Caléndula de inmediato volteó hacia ella.

—¿Qué?

—La hermana de este hombre también está recluida en el manicomio de Ardglass.

Una amplia sonrisa apareció en la cara de doña Caléndula, arrugándole la piel reseca como pliegues de papiro. Sus ojos saltones, enloquecidos de placer, me erizaron la piel.

—Dime más, querida —susurró, soltando la cara de McGray y acercándose de nuevo a Oakley—. ¿Por qué fue tan especial aquella charla?

Oakley se agazapó:

—La joven está loca. No había hablado en más de cinco años. Escuché a la jefa de enfermeras decirle al doctor Clouston que la paciente había hablado por primera vez. Había hablado con lord Ardglass. Seguramente míster McGray quiere a Ardglass para preguntarle qué le dijo su hermana. Todo el mundo en Edimburgo sabe que está obsesionado con curarla.

—*¡Zorra!* —gruñó Nueve Uñas—. ¿Cómo es que Joel no te empujó algún veneno por la garganta?

Caléndula estaba chasqueando la lengua, mirándolo con el gesto más desdeñoso:

—¿Eso es todo? ¿Ése es el gran misterio?

McGray no tuvo que responderle. Su expresión era suficientemente elocuente.

—Pues entonces en verdad te sobreestimé —agregó Caléndula—. Aunque no sin razón. Tienes fama de estar muy interesado en asuntos

de brujería. Mis muchachas escucharon hablar muchas veces de un tipo de nueve dedos que no dejaba de ofrecer buen dinero por nuestros libros en el mercado negro; recetas de pociones, compendios de demonología, curas contra maldiciones… Al menos ya sé que nunca fuiste una amenaza.

Doña Caléndula volvió a su ornamentado asiento, con todas nuestras miradas sobre ella. Nadie hablaría o se movería hasta que ella lo indicara, y la mujer se tomó su tiempo. Limpió la hoja de su daga antes de guardarla en uno de sus bolsillos, y después entrelazó los dedos, escrutando con la mirada a Oakley, y luego a McGray, y luego a Caroline.

Y cuando por fin habló, sus palabras fueron como veneno:

—Preparen a miss Ardglass para morir en la hoguera. Que sea antes del amanecer.

Joel no pudo contener un siseo, y supe que ni siquiera debía intentar silenciarlo. Vi que el gato negro se paseaba al borde mismo de la chimenea, escudriñando el falso muro de ladrillo con sus enormes ojos amarillos.

Afortunadamente doña Caléndula estaba muy ocupada para mirar a su felino.

—¿Y el escocés? —preguntó Redfern en cuanto el grandulón se llevó a Caroline.

—Mátalo a la primera oportunidad —respondió Caléndula, como si ordenara crema en su té. McGray no se alteró por sus palabras, hasta que la bruja añadió—: Y manda a alguien a Edimburgo para deshacernos de su hermana la loca. Con urgencia. Ardglass pudo haberle contado sobre nosotras y no podemos correr más riesgos.

—*¡Al carajo!* —rugió McGray, tan fuerte que creí que las paredes se cimbraban, y forcejeó como una bestia mientras los guardas se lo llevaban a rastras—. ¡Te voy a matar, maldita bruja! ¡A ti y a todas tus ratas! ¡Te voy a matar con mis propias manos!

Los gritos estridentes de McGray tardaron bastante en perderse. Su voz seguramente había sido escuchada a lo largo y ancho de Cobden Hall.

Aún podíamos escuchar sus ecos cuando Caléndula le gritó a Oakley, que seguía hecha un ovillo al pie de los anaqueles de libros:

—¡Lárgate de mi vista, eres una desgracia para todas nosotras! Será un milagro si tú y tu hija bastarda salen vivas de esto.

Oakley arrastró los pies al salir del cuarto, apenas logrando que las piernas le obedecieran, y sus sollozos se mezclaron con los ecos de McGray.

Sólo quedaba Redfern. A pesar de su edad, su piel parecía tersa

comparada con el pellejo de Caléndula, y frente a la matriarca su voz autoritaria se redujo al dócil musitar de una adolescente:

—¿Qué debemos hacer con ese faro?

Caléndula le dio una palmada al murciélago, y el animal voló para colgarse de una de las vigas del techo, envolviéndose en sus alas nervudas.

—¡Ese jodido faro! —farfulló—. Aparecer justo ahora…

Supuse que hablaban del fuego que Joel había encendido en aquel fresno.

—¿Ya llegaron todas las hermanas? —preguntó Caléndula.

—Casi todas, madame, pero siguen faltando algunas.

—¿Y los cuervos?

Redfern frunció el ceño y su voz se volvió más grave:

—Mandamos un par, madame, pero ninguno ha vuelto.

La vieja bruja se rascó una verruga en el mentón. Ahora que todos los demás se habían ido podía mostrarse dubitativa.

—¿Dijiste que Ardglass era fluido en el código?

Redfern, la tan atemorizante Redfern, se sonrojó:

—Lo suficiente para engañarme, madame.

Los horrendos ojos de Caléndula se movieron en círculos:

—No podemos arriesgarnos. Manda a tres hombres… Sólo hombres. Si es una trampa, mejor sacrificar músculo y no cerebros.

Redfern hizo otra reverencia, y, como los otros, se retiró. Afortunadamente, el gato negro corrió tras ella.

Doña Caléndula permaneció en su asiento por un momento, juntando las yemas de sus dedos y entrecerrando los ojos, hasta que casi volvieron a desaparecer en las profundidades de sus cuencas. Era como si pudiese retraerlos a voluntad. Pudimos haber aguardado allí durante horas, pero entonces escuchamos una voz muy familiar (y escocesa) rugiendo en la distancia. Y luego siguieron golpes, gritos femeninos y el siseo de gatos.

La bruja se incorporó en su silla, al tiempo que se escuchaba el grito desesperado de uno de los guardias:

—¡El escocés se escapa!

Caléndula saltó en el acto, agarró un cuchillo ensangrentado de la mesa y salió a toda prisa.

Joel buscó a tientas y escuché un tintineo metálico. Estaba tirando de un oxidado anillo de fierro clavado en la pared:

—Hazte a un lado, muchacho.

Cuando retrocedí, Joel ya estaba moviendo la falsa pared, también hecha de ligera roca volcánica, que se abría hacia adentro para apenas permitir el paso de una sola persona. Chispas encendidas revolotearon

alrededor de nuestras botas, mientras Joel saltaba sobre el fuego para adentrarse en el escondite de las brujas.

39

Salté tras él, las llamas alcanzaron mis pantalones y tuve que extinguirlas con las manos desnudas.

Joel no perdió un instante: ya estaba metiendo frascos a su morral de piel. Uno de ésos estaba lleno de arañas diminutas, y distinguí en ellas la característica mancha roja de las viudas negras.

—¡Nada de brujas! —exclamé con rencor—. ¡Esto no es magia! Son artimañas y teatro y mentiras.

—No es tan blanco y negro, muchacho —Joel me dijo con expresión severa—. Ahora hay que buscar a Caroline.

Tuve que reírme:

—Eso es suicidio.

Me apuntó con la pistola directo a la cara:

—Te dije que odiaría tener que dispararte, pero eso no quiere decir que no lo haré. Andando.

No me moví. Ni siquiera pestañeé.

—¡Tu amigo también está allá afuera!

Al tiempo que Joel gritaba aquello, escuchamos otro rugido de McGray.

—Ese "amigo" como usted lo llama es tan responsable de que me encuentre en este predicamento como lo es us…

—*¡No me hagas perder los estribos!* —exclamó, presionando una pistola contra mi pecho, y cuando me di cuenta ya estábamos afuera del estudio, en un oscuro corredor, y los gritos de brujas y guardias venían de todas direcciones.

Un hombre muy alto se aproximó: una pared de músculos emergiendo de entre la oscuridad. A duras penas reconocí el bigote relamido que había visto en Lancaster, y sus ojillos alelados no tuvieron tiempo de abrirse por la sorpresa, pues Joel le disparó directo al entrecejo.

El hombre cayó de espaldas con gran estruendo, y hubo una inmediata cacofonía de voces. El disparo debía haber resonado por todo el edificio, y escuchamos un crescendo de pasos acelerados; hasta pude sentir que el piso se cimbraba bajo mis pies. Ambos corrimos sin rumbo, pues ni Joel ni yo conocíamos aquella mansión.

—¿Cuántos son? —pregunté entre jadeos.

—No tengo idea —dijo Joel, al fin entregándome una de las tres pistolas.

Llegamos a la esquina del corredor, justo cuando una figura delgada volvía a la oficina de Caléndula: era Oakley, saltando sobre el voluminoso cadáver del guardia sin siquiera bajar la vista.

Pensé que me había visto, pero la muchacha desapareció tras la puerta y entonces la escuché proferir un grito ahogado, seguramente al ver el pasaje abierto en la chimenea.

—¿Está huyendo? —proferí—. ¿Qué…?

Joel me dio un manazo en la nuca y se llevó un dedo a los labios. Pero no estaba mirándome; sus ojos estaban fijos en la siguiente esquina al final del corredor, donde podían escucharse murmullos de mujeres. Se movió tan silencioso como un lobo al acecho, sosteniendo el arma con firmeza, y yo me alisté también.

En cuanto llegamos a la esquina, Joel saltó al frente, apuntándole a las dos mujeres que encontramos allí y gritando como demente:

—*¿Dónde está mi hija?*

Una mujer madura y regordeta se quedó petrificada, al igual que la adolescente que la acompañaba.

—¡Las conozco! —espeté, apuntándoles alternadamente. Reconocí los apretados rizos rubios de la sirvienta de Spotson—. Así que tú has estado envenenando al pobre anciano —miré a la jovencita—. ¡Y tú lavaste la ropa de McGray! ¡Fuiste tú quien plantó el amuleto en su abrigo!

—Estas brujas se infiltran en todas partes —farfulló Joel—. *¿Dónde está mi hija?*

—No les diremos nada —farfulló la mujer—. Su preciosa hija estará muerta antes de lo que se imagina— y entonces gritó a todo pulmón, con una voz tan potente que los oídos me dolieron—. *¡Ardglass está aquí!*

Joel la golpeó en la cara con una de las pistolas, la mujer cayó de espaldas y la muchacha corrió como el viento, gritando “Ardglass” una y otra vez. Joel le disparó, pero erró el tiro, y la bala dio en la pared al tiempo que la joven desaparecía; entonces Joel miró a la regordeta. La bruja presionaba un pañuelo contra su pómulo, con sangre escurriendo entre sus dedos.

—¡Habla!

La bruja le escupió, y supe que Joel iba a dispararle. Lo empujé y la bala perforó el piso.

—*¡Coño, muchacho!*

—¡No me voy a cruzar de brazos mientras masacra a esta gente!

De nuevo vi aquella incontrolable furia en él: la sangre arremolinándose en los capilares de su rostro y en sus ojos al tiempo que dirigía las armas lentamente hacia mí. La mujer comenzó a levantarse y esta vez fui yo quien le apuntó.

—¡No dije que podías moverte!

—Estas zorras no merecen misericor…

Le asesté un puñetazo justo en la nariz, tan fuerte que escuché y sentí cómo se le rompía el tabique, y tan inesperadamente que el impacto lo lanzó de espaldas contra la pared.

—¡Estoy harto de todos ustedes! —bramé con el rostro incandescente—. ¡Tú y el *pinche* Nueve Uñas! Si me amenazas con… ¡Joder, *gordinflona, te dije que no podías moverte*!

Mientras gritaba metí una mano al morral de Joel y saqué el frasco de arañas, amenazando con lanzarlo sobre la corpulenta bruja.

—*¡Ahí están!* —gritó alguien más.

Tres enormes guardias vinieron del corredor por donde había desaparecido la muchachilla, seguidos por otra joven bruja, e instintivamente les arrojé el frasco. El vidrio se hizo añicos contra el pecho de uno de los brutos; astillas y arañas volaron en todas direcciones, y los rufianes perdieron toda su valentía. Uno dejó caer su pistola y otro soltó un chillido agudo, mientras todos retrocedían e intentaban quitarse las diminutas alimañas de encima.

No vi más que un instante de aquello, pues Joel y yo dimos media vuelta y huimos por otro corredor, corrimos por otra bifurcación y llegamos a un estrecho tramo de escaleras.

En la distancia, y logrando traspasar las paredes, se escuchaba la voz de Caléndula, rugiendo los nombres de Joel y McGray y anunciando que andaban sueltos por la mansión. Mencionó a Caroline y Joel se paralizó, expectante.

—¿Dijo “llévenla abajo”?

Ésas habían sido sus palabras. De hecho, sonaba mucho más cerca de lo que me habría gustado.

Joel subió por las escaleras, saltando por los escalones sin aliento y sin cordura. Era el mismo frenesí que había visto en McGray y en Caroline. Joel ni siquiera se intimidó cuando pudimos escuchar pasos, voces y maullidos de gatos a metros de distancia.

Llegamos al final de las escaleras, que se abrieron a un largo y ancho corredor. A nuestra izquierda había enormes ventanales con arcos puntiagudos, que miraban a los terrenos nevados frente a la mansión y dejaban entrar la tenue luz de la luna. A nuestra derecha había al menos una docena de puertas de roble.

El corredor estaba desierto, pero las voces sonaban

alarmantemente cerca, sin duda de atrás de alguna de aquellas puertas. La más cercana estaba entreabierta, apenas lo suficiente para dejar ver que se trataba de un armario atestado de escobas.

Mi corazón dio un vuelco cuando vi una línea de luz emerger de la puerta que le seguía. Apenas tuve tiempo de empujar a Joel, y en un rápido movimiento lo lancé al guardarropa y salté detrás de él, justo en el instante en que el cuarto adyacente se abrió.

Joel tiró de la puerta para cerrarla, pero con la prisa la correa de su morral quedó atrapada, dejando un resquicio que nos exponía al pasillo.

Era demasiado tarde para hacer algo. Brujas y guardias salían en tropel y se dirigían a las escaleras; cada mujer llevaba una rama de pino, y cada hombre iba armado con una pistola o un rifle.

Contuvimos el aliento. Incluso podíamos percibir el aroma herbal de la ropa de las brujas, y el olor sudoroso de sus guardianes.

Caléndula emergió también, escoltada por cuatro hombres especialmente fornidos.

—¿Y Redfern? —decía la bruja mayor—. ¿Dónde demonios está Redfern? Encuéntrenla y díganle que quiero que baje a la chiquilla de Ardglass. La quiero en el patio en cuanto la pira esté lista para el fuego.

Un sonido vino del piso, tan suave como aterrador. Era un rascar suave contra la puerta, y vi que se trataba de un gato negro, con sus garras en la madera, intentando insertar la nariz y los bigotes en el armario.

Joel iba a patearlo, pero lo detuve. Todo lo que podíamos hacer era quedarnos quietos mientras aquella jauría de brujas y hombres armados marchaban a centímetros de nosotros… y rezar para que estuviesen demasiado ocupados para preguntarse qué hacía aquel desdichado felino.

Cada paso de aquellas personas y cada roce de sus ropas me retumbaba en los oídos como una verdadera tortura, al igual que cada arañazo de esas diminutas garras.

Y así aguardamos. El número de personas amainó, hasta que la última rezagada, una muchachilla adolescente, corrió con torpeza tras el grupo principal.

Tuve tiempo de respirar profundamente, y entonces Joel abrió la puerta de golpe, mandando al gato por los aires. El animal cayó sobre sus cuatro patas y de inmediato corrió hacia las escaleras.

Al otro lado de las ventanas unas luces nacientes captaron nuestra atención.

El cielo había clareado, y sólo quedaban franjas de nubes

reflejando la luna creciente. Había un muy tenue resplandor en el horizonte, anunciando que pronto saldría el sol. En el centro del patio se alzaba una enorme estaca, rodeada ya de una montaña de heno y maderos. La pira se veía muy oscura en medio de la nieve plateada, y había hombres apilando más y más combustible. Las brujas habían formado un círculo a su alrededor, cada una blandiendo una rama de pino en la mano izquierda. Las estaban encendiendo, pasando fuego de antorcha en antorcha, y bolas de fuego azul aparecieron por todo el patio.

—Justo cuando necesitamos una buena tormenta —dijo Joel, mirando con furia el limpísimo cielo. No había forma de que los elementos extinguiesen el fuego.

—No podemos permanecer aquí —urgí, dándole golpecitos en el brazo, aunque en verdad no tenía la más remota idea de a dónde podríamos ir, o qué debíamos hacer.

Corrí detrás de Joel y entonces comenzó a invadirme una terrible desesperación. ¿Cómo podríamos salvar a Caroline o encontrar a McGray? ¿O siquiera salir con vida de aquella mansión?

Cruzamos el corredor y llegamos a un enorme salón, que debía ser el final de aquella ala, pues tenía imponentes ventanales en tres de sus paredes. Los arcos de piedra y los vitrales sin duda habían sido salvados de una iglesia o catedral, pero las imponentes estructuras flanqueaban un espacio austero y abandonado. El piso de madera tenía marcas de muebles removidos hacía mucho tiempo, muy probablemente por lady Anne, para intentar sacarle jugo a la propiedad antes de que las brujas la echaran.

—Debemos regresar —dije, sintiéndome totalmente expuesto en aquel salón vacío—. Si alguno de esos trogloditas nos encuentra aquí no hay sitio para…

Me interrumpió el sonido de disparos. Venían de los niveles superiores: una sucesión de descargas cuyos ecos resonaron como truenos. Los siguió el aullido agudo y penetrante de una mujer. Hubo un jubiloso rugido general en el patio, y Joel corrió a los ventanales.

A través de los vitrales (una pieza fragmentada que debía haber sido parte de un manto de la virgen María) vi al aquelarre inmerso en una gran confusión: las caras de las brujas, iluminadas por las llamas azules, miraban todas hacia arriba, señalando y gritando con pavor. Hubo un grito masculino, seguido de inmediato por otro disparo, y entonces, a escasos centímetros del vidrio contra el que presionaba mi rostro, cayó un cuerpo.

Apenas vi un borrón, pero la fugaz visión de una cabellera oscura se grabó en mi memoria. El cuerpo se estrelló en el piso del patio, y

bajo la luz de la luna y el resplandor azulado de las antorchas, aquel salpicón de sangre me pareció de un rojo refulgente.

Era el cuerpo de un hombre bastante alto, arropado con un abrigo muy familiar.

Desde arriba, de donde habían venido los gritos, una mujer bramó con una voz que sonaba más como el llamado de un águila:

—*¡El escocés ha muerto!*

Se me heló la sangre.

—No puede ser —musité.

Las brujas estallaron en vítores y alguien le disparó al cadáver un tiro de gracia, pero aquellos sonidos llegaron a mis oídos amortiguados, como ecos distantes. Como si alguien acabara de noquearme.

¿Por qué no me escuchó?, fue lo primero que pensé, y la conmoción y la ira parecían arremolinarse en mi garganta. Nadie más que él había provocado esto: el viaje a Lancaster, la obsesión con el ocultismo, los años de soledad mientras el mundo se burlaba de él sin piedad… Todo por devoción a su hermana, por buscarle una cura que jamás había logrado encontrar.

Experimenté una sensación muy extraña que no esperaba: un vacío helado que se expandía desde mi interior, mientras pensaba que Adolphus se había destruido a sí mismo, y ahora su triste vida no tendría redención.

—No merecía acabar así —me escuché decir, con el rostro petrificado contra el ventanal.

Caléndula salió entonces, inconfundible entre la multitud por el murciélago encaramado en su hombro y que la hacía verse mucho más alta e intimidante de lo que en realidad era. Todo aquello era parte de su teatro macabro. Pasó cerca del cadáver de McGray, le escupió y siguió su camino hacia la pira. Alzó una mano arrugada y les hizo señas a sus hermanas, que al instante comenzaron a danzar alrededor de la encumbrada hoguera. Sus antorchas azules dibujaban círculos en el aire mientras las brujas cantaban un himno macabro al unísono: sus notas, estacatos muy agudos, eran como dagas apuñalando el aire, y tan estremecedoras como el réquiem de Mozart.

Uno de los guardias salió entonces, llevando a Caroline en brazos, y al verla las mujeres estallaron en un turbulento éxtasis. La chica seguía inconsciente, con las manos y piernas colgando laxas mientras el hombre la llevaba hacia la estaca.

—*¡Mi hija, no!* —gritó Joel, golpeando la ventana y dando media vuelta. Corrió por el salón, tan resoluto que una bala no habría podido detenerlo.

Tardé un momento en reaccionar, pues mi mente aún batallaba por procesar la imagen de McGray, muerto sobre la nieve. Mis ojos seguían fijos en su cadáver y en el espantoso salpicón de sangre alrededor de su cabeza. Debieron ser sólo unos segundos, pero parecieron no tener fin. Entonces algo, y aún no sé qué fue, me arrancó de aquella conmoción y me trajo de vuelta a la realidad. Vi que el gigantón escalaba la montaña de maderos y paja, cargando a Caroline consigo, y apuradamente comenzó a atarla a la estaca central.

Corrí en pos de Joel, de vuelta al largo corredor, donde lo encontré subyugado por un altísimo guardia. El hombre lo sostenía del torso con un solo brazo, y con el otro apretaba el cuello de Joel con una fuerza demoledora. Sus armas cayeron al piso.

Me abalancé hacia ellos y golpeé la sien del grandulón con la empuñadura de mi pistola.

El impacto apenas lo perturbó. Tuve que golpearlo por segunda vez, con todas mis fuerzas, y luego una vez más antes de que soltara a Joel, quien al instante estiró los brazos hacia sus armas.

El guardia me lanzó un puñetazo veloz que esquivé milagrosamente, y entonces Joel hizo lo que yo había querido evitar: le disparó al hombre en la espalda, y tuve que saltar a un lado o su gigantesca humanidad me habría aplastado.

El pobre hombre aulló y se retorció de dolor, pues la bala le había dado directo en la columna. No pude evitar sentir pena por él, pero, antes de que pudiera protestar, Joel gritó una injuria y de nuevo salió corriendo.

A través de los arcos de los ventanales vi que la pira comenzaba a encenderse. Las brujas danzaban a su alrededor, inclinándose para rozar los troncos con el fuego de sus antorchas. Entre el resplandor azul apenas logré distinguir la capa negra de Caroline; aún estaba inconsciente, con la barbilla descansando sobre su pecho.

Bajé las escaleras a toda velocidad, y los ecos sonaron más y más fuertes, taladrándome los oídos. Verdaderos horrores sucedían allá afuera: el fuego a punto de consumir el cuerpo de Caroline, el cadáver de McGray, la vida arruinada de Joel… Éstas no eran leyendas lejanas, sino desgracias tangibles. Todo este tiempo había intentado persuadir a Nueve Uñas de que todo aquello no existía más que en sus libros de ocultismo, sólo para encontrar que las leyendas enmascaraban una realidad mucho más siniestra. Estas personas eran unos monstruos con poderes que no residían en la magia o en hechizos místicos, sino en la perversidad de sus mentes, en sus venenos, en su perfecta organización y en sus conocimientos ocultos.

Tras dar una vuelta equivocada me encontré en un corredor que no reconocí, y Joel no aparecía por ningún lado. De pronto me hallaba solo. Perdido y solo, pues McGray había muerto, Caroline pronto lo seguiría, y su padre estaba corriendo como salvaje por toda la mansión.

Sentí la urgencia de salir y hacer algo, pero ¿qué? No podría hacer nada incluso si lograba llegar a la hoguera a tiempo. Me superaban en número, y esos guardias me acribillarían a disparos antes de que pudiese avanzar dos pasos. Y entonces quizá me arrojarían también al fuego. ¿Debería huir? ¿Debía al menos intentar salvarme?

Si lograba encontrar una salida, tal vez tendría alguna esperanza. Decidí seguir los cánticos; me fui por un corredor y di vuelta en una esquina, y conforme las voces sonaban más fuertes los cuartos también se sentían más fríos. Iba por buen camino.

Al fin llegué a un enorme recibidor, castigado por las ráfagas invernales y alumbrado sólo por el resplandor de los fuegos en el patio. A mi derecha vi el grueso arco de la entrada principal, con sus puertas de roble abiertas de par en par hacia la explanada cubierta de nieve.

Una figura oscura emergió de una puerta lateral. Me sobresalté, pero se trataba de Joel. Corrí hacia él y logré interceptarlo a unos pasos de la salida.

—*¡Déjame!* —rugió, pataleando y soltando golpes, como si lo hubiese poseído algún demonio.

Mientras forcejeábamos intenté hacerlo entrar en razón, pero entonces un disparo nos silenció a los dos.

Por un instante pensé que la bala lo había alcanzado, pero entonces escuché una voz familiar. Una mujer.

—¡No se muevan!

Lentamente miramos hacia las escaleras principales, y vimos que quien se aproximaba era Oakley. Blandía un revólver, y a pesar de la distancia reconocí el arma de Bardana; el arma que McGray habría traído consigo.

Joel rugió:

—*¡Arpía traicionera!* Teníamos un trato. La vida de mi hija a cambio de la tuya y la de tu bastarda.

Oakley se veía más pálida que un muerto, con el cabello enmarañado y los ojos hundidos.

—Lo que estoy haciendo es necesario —siseó.

No pude contenerme:

—¡Mataste a McGray!

—No hay nada que no haría para recuperar a mi hija —se acercó

más, rechinando los dientes antes de continuar—. Por ella soy capaz de robar, hacer trampa, mentir, matar…

De pronto el resplandor del exterior se tornó más intenso. No pudimos dejar de mirar en aquella dirección, para contemplar la alta estaca y la multitud de brujas arracimadas a su alrededor. Conforme el fuego crecía, el murciélago de doña Caléndula se inquietaba, extendiendo las alas; la piel translúcida se estiró a una envergadura de casi dos metros, y el animal abrió el hocico, armado de afilados colmillos, como si intentara proferir un aullido.

Las llamas ahora rugían con fiereza, arremolinándose y lanzando luz y humo negro hacia el cielo. Entonces, traído por el viento helado, escuchamos un alarido atormentado: un aullido largo y penetrante que cortaba la noche, más potente que todos los cánticos.

Caroline había despertado, y su cuerpo, empequeñecido entre la columna de fuego, se contorsionaba en agonía. Las brujas vitoreaban, llenando el aire con un griterío infernal.

Un escalofrío incontrolable me invadió todo el cuerpo, y no pude hacer nada para detener a Joel, que se lanzó hacia delante en una carrera frenética.

—*¡Quédese aquí!* —me ordenó Oakley, apretando el arma contra mi espalda—. Si sabe lo que le conviene.

A duras penas registré sus palabras, pues mi atención estaba fija en Joel. Lo vi correr hacia su hija, y la imagen fue perturbadora: su silueta oscura entre el fuego verde y azulado, abriendo fuego fríamente contra las cabezas de quien se interpusiera en su camino… Y más allá, su adorada hija quemándose viva. Pude ver las llamas arrastrándose por su ropa y subiendo presurosas a su rostro, aún envuelto en aquel inmundo saco de yute. Debió estar empapado en aceite, pues se encendió en un parpadeo.

Entonces los vítores de las brujas se volvieron aullidos de pánico, hubo disparos de todas direcciones y los gritos de Caroline se volvieron cada vez más atormentados, mientras hombres y brujas caían al piso.

Escuché que Caléndula gritaba una orden ininteligible, y antes de que hubiese terminado, el guardia más cercano fue a su rescate. El altísimo hombre la asió del cuello y del brazo, con unas manos enormes envueltas en guantes negros, y la llevó hacia un cuarteto de hombres que la rodearon como una pared protectora.

Joel no llegó muy lejos. Una bala le dio en el hombro y vi una explosión de sangre. No se detuvo, pero casi al instante una segunda bala le atravesó el estómago, y una tercera lo alcanzó en la pierna. Cayó de bruces sobre la nieve y una docena de brujas se abalanzaron

sobre él, todas blandiendo dagas y listas para descuartizarlo.

El protector de Caléndula se acercó también, hundiendo sus botas en la profunda nieve. Parecían una parvada de buitres negros a punto de picotear y desmembrar a un animal moribundo.

Detrás de ellos Caroline profirió un último grito, el más desgarrador, y su cabeza cayó al frente mientras el fuego devoraba el yute a su alrededor.

En ese momento Caléndula rugió victoriosa:

—*¡El clan Ardglass ha muer…!*

Se atragantó.

Y luego tosió estruendosamente.

Las brujas se detuvieron, observándola, y entonces los guardias abrieron sus flancos para dejar ver lo que ocurría.

La bruja más temida de la nación se atragantaba, llevándose una mano al cuello y estirando la otra, mientras su recio cuerpo parecía hundirse entre la nieve. El murciélago batió las alas con locura, hasta que Caléndula en su desesperación le propinó un golpe.

Las brujas dejaron caer sus dagas y corrieron en su auxilio. Todos los cánticos se extinguieron, y el cuerpo de Joel yació en el suelo, olvidado por todos excepto por una persona. El alto guardia que acababa de aproximarse permaneció a su lado, y después se inclinó, asió uno de los brazos de Joel y lo arrastró hacia la mansión.

Mientras las brujas y guardias se reunían alrededor de la agonizante Caléndula, este hombre vino a nosotros con aire impasible.

Lo vi retirarse la capucha, pero para entonces ya sabía de quién se trataba. Nueve Uñas me mostró la palma de su mano, y vi con repulsión, embarrada sobre aquel guante de cuero negro, una diminuta rana muerta.

—Corran, damitas —nos dijo—, o de aquí no salimos nunca.

40

McGray se quitó el guante envenenado, lo tiró junto con la horrenda rana amarilla y levantó en brazos al gimiente Joel. Asombrado, troté tras él y Oakley.

—¿Cómo hiciste eso? —pregunté, mientras Oakley nos guiaba por los ya familiares corredores—. ¿Cómo lograste salir y plantarte allí?

No tuvieron tiempo de contestarme. Ya podíamos escuchar los gritos feroces de los guardias que irrumpían de vuelta en la mansión y el retumbo de sus pasos cada vez más cerca. Habían sido engañados por unos preciosos segundos, pero ahora teníamos que huir a toda prisa.

—Mi hija —susurró Joel, con sangre escurriéndole por la boca.

Entonces llegamos al estudio de Caléndula, casi pisoteando el cuerpo del guardia muerto, y percibí un olor aceitoso que venía de atrás de la puerta.

Cuando entramos vi que el suelo y los muebles estaban empapados con aquella sustancia combustible. Sin embargo, el muladar no fue nada comparado a lo que vi entonces, que me dejó boquiabierto.

Detrás de la mesa de trabajo de Caléndula, balanceándose en confusión y hecha un ovillo, estaba Caroline Ardglass.

Se puso de pie, horrorizada ante el estado de su padre, y fue hacia él con pasos tambaleantes. Sólo logró acariciarle el rostro, antes de caer de rodillas.

La atrapé en el aire antes de que tocara el piso, y olí el penetrante aroma de láudano que aún despedía su cabello.

—Si ella está aquí —mascullé—, ¿en… entonces quién estaba en la hoguera?

—Redfern —respondió McGray, hablando a toda prisa—. Oakley me ayudó a liberarme. Entonces fuimos al cuarto donde la vieja estaba "preparando" a Caroline, y usamos su propio láudano para dormirla.

—¿No escucharon a Caléndula gritando que no podía encontrar a Redfern? —agregó Oakley—. Le cubrimos la cara con el saco empapado en láudano. Míster Frey, va a tener que cargar a miss Ardglass —y al decir eso se deslizó a través del resquicio de la chimenea—. Le di a oler unas sales, pero Redfern siempre usaba los

mejores soporíferos.

Caroline no opuso resistencia cuando la llevé al pasadizo. Oakley extendió las manos para recibirla al otro lado, pero titubeé. No confiaba para nada en aquella mujer.

—Apúrate —urgió McGray, y una vez más tuve que confiar en el destino.

Le entregué a Caroline, y enseguida entré a la capilla y me di la vuelta para recibir el cuerpo ensangrentado de Joel.

Nueve Uñas fue el último en seguirnos. Con la mano enguantada recogió un puñado de carbones al rojo vivo y los arrojó a los charcos de aceite. Por un instante vi una explosión de llamas, pero McGray cerró la entrada de inmediato. Hubo un momento de oscuridad, pero entonces Oakley encendió un cabo de vela.

—Rápido —dijo—, esto no nos alumbrará por mucho tiempo.

Escuchamos gritos amortiguados por las gruesas paredes, pero se desvanecieron en cuanto descendimos al largo túnel.

—Supiste jugar bien tus cartas —le dije a Oakley, recordando las palabras de Joel—. Fue brillante mantener este pasaje en secreto.

La muchacha gruñó:

—Mi madre siempre me advirtió que las brujas no perdonan. Si las cosas llegaban a salir mal, ésta en verdad sería nuestra única salida.

Seguimos la menguante flama de su vela a toda prisa. Caroline pudo caminar los primeros metros, pero después de eso tuve que cargarla.

—¿Cómo está mi padre? —preguntó Caroline. A pesar de mis esfuerzos más caballerosos, tuve que apretujarme contra ella en aquel estrecho pasaje, hasta sentir los latidos estrepitosos de su corazón golpeando mi propio pecho.

—Está aguantando, damita —le respondió McGray, y escuchamos la respiración entrecortada de Joel—. Apenas, pero aguantando.

Oakley dejó caer la vela, y cuando la llama se extinguió pude ver el más tenue de los resplandores reflejándose en los ladrillos a nuestro alrededor. Habíamos llegado al final del túnel, y los primeros rayos del amanecer se filtraban hacia nosotros.

El alivio no duró mucho. Después de que Oakley ascendió los primeros escalones, la luz nos mostró con claridad la ropa de Joel: su camisa estaba empapada en sangre. Caroline gimió de terror, y una vez más tuve que hacer a un lado el decoro: coloqué una mano sobre su rostro y gentilmente le cubrí los ojos. Fue desafortunado que McGray ascendiera frente a nosotros, pues Caroline vio perfectamente el rastro de sangre recién dejado por su padre.

Emergimos tras la barda de piedra. Recordaba haber entrado por

aquel punto junto con Joel, pero la imagen ya estaba difusa en mi memoria, como si hubiese sucedido años atrás.

McGray ya estaba colocándolo sobre el suelo, recargando la espalda del pobre hombre contra la base de un grueso roble.

—No podemos detenernos aquí, aún estamos muy cerca —susurré, mirando de vuelta a Cobden Hall. La hoguera seguía ardiendo, lanzando una columna de humo espeso hacia el cielo índigo. También había humo saliendo de las ventanas rotas. Estábamos tan cerca que incluso podía ver las siluetas de hombres y mujeres corriendo sin control.

Sin embargo, nadie me escuchó.

Caroline se soltó de mí y cayó de rodillas. De todos los horrores que había presenciado, el cuerpo lisiado de su padre debía ser por mucho el peor. Tomó una de sus largas manos y la besó, sin importarle que estuviese cubierta de lodo y sangre.

Joel inhalaba bocanadas adoloridas y silbantes.

—Mi pobre criatura —comenzó a decir, con tremendo esfuerzo—. Debes quererme tanto…

La entereza de la muchacha se desmoronó. Presionó la mano de su padre contra su mejilla, sollozando y seguramente sintiendo la piel cada vez más fría.

Me sentí terrible al verlos, aunque parte de mí no podía olvidar que aquel hombre era un asesino. Había envenenado y torturado. Nos había arrastrado a todos a esta loca contienda, de la que aún no estábamos a salvo.

—Todo lo hice por ti —dijo—. Quise deshacerme de ellas antes de que llegaran a ti y te hicieran la vida miserable.

—Debiste decirme —susurró Caroline entre el llanto—. Pudimos haber escapado. Te habría llevado hasta el fin del mundo si hubiera sido necesario.

—Jamás, jamás te tortures pensando qué hubiera…

Tosió y regurgitó sangre, y pude ver que una de las balas lo había alcanzado en el pulmón. Cada respiro debía ser una agonía.

Para mi sorpresa miró hacia arriba, buscando a McGray, y repitió las palabras que nos había dicho en Edimburgo:

—Harías cualquier cosa por ella, ¿verdad? Por tu hermana. Si pudieras curarla… harías lo que fuera.

McGray estaba igual de atónito.

—Ei.

—Entonces me entiendes.

—No…, no puedo condonar todo lo que ha hecho… Pero sí entiendo por qué llegó tan lejos.

Al decir eso palpó el muñón que quedaba de su dedo, con una expresión mortificada. ¿Cuánto de sí mismo estaría viendo en Joel? ¿Acaso temía convertirse en alguien como él? Quizá ya había sucedido y McGray no podía verlo aún.

Joel tuvo otro ataque de tos. Caroline sacó un pañuelo y le limpió la sangre de la boca.

—Amy… —comenzó a decir—. Me dijo…

Tosió de nuevo, cada vez más brutalmente. Nadie supo si viviría para pronunciar otra palabra, y McGray contuvo la respiración.

Toda aquella búsqueda, toda su angustia, todos estos años mirando a Pensy, añorando una palabra, añorando respuestas… Todo se reducía a este momento.

Jamás olvidaré su rostro, distorsionado por todas aquellas emociones mientras aguardaba, impotente, a que Joel Ardglass pronunciara sus últimas palabras.

Joel volvió a respirar con profundo dolor, y todos pensamos que había llegado su fin, pero entonces consiguió susurrar:

—Me dijo… *No lo hagas.*

McGray frunció el ceño, como si acabara de escuchar la peor mentira del mundo.

—En un arrebato —prosiguió Joel— le conté lo que planeaba hacer… Le conté todo sobre las brujas, sobre Caléndula, todo. Y ella me dijo… *no lo hagas*. Quiso advertirles también.

Los ojos de McGray se llenaron de lágrimas. Se jaló el cabello con ambas manos, probablemente con un millón de dudas arremolinándose en su mente. Y ya no quedaba tiempo para hacer más preguntas.

—¿Volverá a hablar? —dijo. Una pregunta sin sentido, pero fue lo único que salió de su boca.

Joel sonrió:

—Estará bien. Le dejé unos amuletos… para protegerla.

Una lágrima solitaria rodó por la mejilla de McGray, pero su voz no se quebró:

—¿Qué quiere decir? ¿Las brujas también la volvieron loca?

Pero Joel no respondió. Tragó con dificultad y de nuevo miró a Caroline:

—Qué hermosa eres también. Tan hermosa como mi…

La voz le falló entonces. Ni siquiera pudo toser más.

—Quédate conmigo —Caroline le imploró. Le estrujó la mano, como si intentara mantenerlo anclado en este mundo—. Quédate conmigo para siempre.

Joel alzó la mirada, hacia las tenues estrellas que aún podían verse

en el cielo del amanecer, y por un brevísimo instante hubo paz en sus ojos. Esa calmada expresión se fijó en sus facciones, y ya nunca volvió a moverse.

41

La pobre Caroline no tuvo un momento para llorar.

Por respeto le permití cerrar los párpados de su padre, pero no podíamos permanecer otro minuto allí. De inmediato la jalé para ponerla en pie, y no opuso resistencia. Fue como si de pronto hubiese perdido toda fuerza de voluntad; el único rastro de espíritu estaba en su mano, que se negaba a soltar la de su padre. Se aferró a él incluso cuando McGray levantó el cuerpo sin vida, y Caroline estrujó aquellos dedos pálidos y helados mientras trotaba para seguir el paso de Nueve Uñas.

Caminamos detrás de Oakley, que siguió una ruta errática hacia el norte, llevándonos por entre la maleza y no por los caminos. El cielo estaba clareando a una velocidad alarmante, y a cada paso que dábamos esperaba ver o escuchar a los lacayos de las brujas, persiguiéndonos para hacernos pagar por la muerte de doña Caléndula. ¿Sabrían ya que era Redfern a quien habían quemado en la hoguera? ¿Que el cadáver en el patio no era el de McGray? Era imposible saberlo.

—¿A dónde nos llevas? —McGray le preguntó a Oakley.

—Si lord Ardglass cumplió con su palabra, alguien vendrá a ayudarnos muy pronto.

—¿A ayudarnos? —repetí.

—Sí. Él y yo teníamos un plan.

—Explícanos, por favor.

Oakley no aminoró el paso mientras hablaba:

—Ustedes dos seguramente recuerdan la noche en que lord Ardglass nos engañó a miss Redfern y a mí; la noche en que nos atrajo a Winfold Fell con artificios…

—Claro que nos acordamos —dijo McGray, y Oakley se estremeció.

—Lord Ardglass me llevó a rastras y estaba dispuesto a matarme. Casi me hizo tragar una horrible píldora de estricnina… Le imploré piedad, le dije que tenía una hija a quien cuidar… y entonces me ofreció un trato.

—¿Un trato? —pregunté.

—Sí. Me pidió que engañara a las brujas para que dejaran de

seguir a su hija. A cambio fingiría secuestrar a mi bebé, y a la hija de mi mejor amiga, del mesón de Slaidburn. Lord Ardglass fingiría que todo era parte de su venganza; daría su nombre y dejaría bien claro que había sido él. También dejó mi delantal a campo abierto, manchado con la sangre de un cuervo que interceptó, para que ustedes —nos miró a McGray y a mí— me creyeran muerta y dejaran de perseguirme. Entonces me dirigí a Cobden Hall, donde debía contarle a Redfern y a Caléndula alguna mentira para desviarlas del trayecto de miss Ardglass. Tarde o temprano, Lord Ardglass me entregaría a las niñas, y volveríamos a fingir mi muerte para los ojos de las brujas, ¡y sería libre! Al fin podría escapar de su aquelarre y hacer lo que quisiera. Era un buen plan. Él cumplió su parte y se llevó a las niñas justo antes de que miss Ardglass llegara a Slaidburn. Yo iba a cumplir con mi parte del trato también, ¡lo juro! Fui con Doña Caléndula, pero la vieja estaba furiosa y no me dejó hablar. Redfern ya le había contado sobre mi error al dejar mis notas a la vista de lord Ardglass. Dijeron que me harían cosas horribles, a mí y a mi niña. Antes de que pudiera hablar llegó alguien para decir que habían encontrado el rastro de miss Ardglass… —la voz se le quebró—, así que me encerraron y fueron tras ella. ¡Y entonces temí lo peor! Temí que lord Ardglass creyera que lo había traicionado, y que…, pues, ustedes vieron lo que le hizo a mi amiga Elizabeth…

Caroline se tambaleó. Soltó la mano de Joel y pensé que se lanzaría sobre Oakley, pero la pobre criatura estaba exhausta, física y espiritualmente.

Oakley la miró con rencor:

—Temí verdaderamente lo peor. No, de hecho estaba segura. Podía ver a lord Ardglass en mi mente, creyéndose traicionado y haciéndole cosas terribles a las pobres niñas. Pero entonces una de las hermanas brujas vio un faro verde en las faldas de Pendle Hill. El mismo faro que lord Ardglass había acordado encender cuando las niñas estuviesen a salvo con una de las brujas exiliadas.

—¿Una tal Bardana? —preguntó McGray, y Oakley asintió.

—Sí, hay gente que la llama así. No podía estar totalmente segura de que lord Ardglass había continuado de acuerdo al plan, pero mientras hubiera esperanza, por más irracional que fuera, de que las niñas estuvieran sanas y salvas, tendría que seguir cumpliendo con mi parte del trato. Así fue como decidí ayudar a míster McGray a escapar de los guardias.

—Botella de fuego —agregó él.

—Entonces me pidió que lo llevara con miss Ardglass. Sabía que Redfern la tendría en el saloncito donde preparan a la gente para la

hoguera… untándolas con aceites para que ardan más deprisa. Tomé una botella del mismo láudano de Redfern y se la lancé a la cara. Había sólo un guardia presente…

—Fue facilito noquear al bruto —dijo McGray con una nota de orgullo—. Teníamos a un gañán y a una bruja inconscientes a nuestros pies, y fue ahí cuando pensé en hacer los cambios.

Miré los pantalones simplones que le habían dado en el mesón.

—¿Te das cuenta de que *no* usar tu maldito estampado escocés nos salvó la vida a todos?

Contempló los pantalones con aire abatido.

—Ei. Por única vez te doy la razón.

Oakley prosiguió:

—Mientras míster McGray intercambiaba abrigos corrí al estudio de doña Caléndula para traer la rana venenosa —volteó hacia mí—. Me parece que usted me vio entrar.

—Sí —respondí—, así es.

—Entonces míster McGray llevó el cuerpo de Redfern a la hoguera, con la cara cubierta, mientras yo llevaba a la verdadera miss Ardglass a la entrada del pasadizo, y después usé al guardia inconsciente para desviar la atención. Casi me desgarro los brazos arrastrándolo a la azotea, donde disparé la pistola de míster McGray antes de arrojar el cuerpo al vacío. Eso permitió que míster McGray atara a Redfern a la estaca sin que la gente le prestara demasiada atención.

—Entonces busqué la manera de acercarme a Caléndula y untarla con la ranita —dijo McGray—. La vieja seguramente habría sospechado algo, pero los disparos de Joel me dieron la excusa perfecta: tuve oportunidad de agarrar a la vieja por el cuello y fingir que la llevaba a la protección de sus lacayos. Sólo lamento no haber actuado más deprisa. Pude haber salvado a Joel.

—Le dije a lord Ardglass que no se moviera —añadió Oakley—, pero no me escuchó.

McGray miró al cuerpo que llevaba en brazos:

—Pensó que su hija estaba a punto de morir.

—Sin embargo —dijo Oakley—, me recordó nuestro trato. Lo mencionó justo antes de salir a su muerte. Por eso creo que Bardana vendrá a nosotros. Lord Ardglass debió pensar lo mismo que yo: *sigue con tu parte del plan y ruega que el otro lo haga también* —se llevó una mano temblorosa al pecho, con los ojos centelleando en todas direcciones, escudriñando las sombras del bosque—. Debería estar aquí…, o no muy lejos, la piadosa Bardana. Es una fortuna que viva tan cerca de Slaidburn; no pude haber deseado manos más gentiles.

—Estamos a varios kilómetros de su… residencia —le hice notar—.

No es una distancia fácil de cubrir para alguien de su edad, y mucho menos con dos niñas en brazos.

—Bardana vendrá —recalcó Oakley, pero con un dejo de desesperación en la mirada, como si intentara convencerse a sí misma más que a nosotros.

Todos miramos alrededor con ansiedad; todos excepto Caroline, que de nuevo tomó la mano de Joel y la frotó con delicadeza, como queriendo mantenerla tibia.

Desde la distancia vino el sonido de una varita que se rompía, sonando fuerte y claro en el silencio de la mañana. Pudo ser cualquier cosa, o cualquier persona, pero ninguno de nosotros se atrevió a emitir sonido alguno.

McGray contuvo el aliento, dando un pequeño paso al frente. Seguí su mirada y vi el pelambre negro de un gato bastante corpulento. Palpé la empuñadura de mi revólver, listo para deshacerme del animal, pero al acercarnos más lo reconocí.

—Es el gato de Bardana —dijo McGray.

Oakley asintió y su rostro brilló con esperanza. Corrió hacia el gato, se arrodilló y lo tomó entre sus brazos. Para entonces ya podían escucharse los pasos de una docena de pies.

—No viene sola —musité, temiendo que Bardana llegara con un tropel de hombres a sus espaldas.

Su figura recia y encorvada sí apareció, borrosa al principio entre la neblina matutina, y con un hombre altísimo a su derecha. Sin embargo, a su izquierda venían dos mujeres de corta estatura.

Caroline las miró y abrió la boca, pero sin poder decir una palabra. Al fin logró proferir “Bertha”, y corrió hacia las siluetas con los brazos abiertos.

—¡Bertha, creí que te habían quemado también!

Las primeras facciones que reconocí fueron las de Mrs. Greenwood, demacrada y exhausta, pero luego vi con claridad a Bertha, recibiendo a Caroline en su regazo, y su voz fue dulce y maternal:

—No, mi niña, no fue así. Pero casi. Le dispararon al pobre míster Greenwood, pero Jed nos sacó a las dos justo a tiempo.

El gato saltó de los brazos de Oakley, que se puso de pie, y entonces Bardana se le acercó. Cargaba un bultito envuelto en mantas.

—¡Primrose! ¡Mi niña! —Oakley estalló en lágrimas de dicha, abrazando a la bebé con todo el amor maternal.

El rostro de McGray mostró el leve indicio de una sonrisa.

—Me da gusto verte, vieja —le dijo a Bardana, y la anciana le estrujó un brazo con afecto.

Entonces Bertha vio el cuerpo de Joel, y su dolor sólo fue superado

por Caroline, a quien abrazó con más fuerza:

—Ay, mi niña, lo siento tanto.

Caroline enterró la cara en el hombro de Bertha, y al fin se permitió llorar a sus anchas. Dejó salir un torrente de lágrimas que seguramente había reprimido todo este tiempo.

Todos estaban demasiado conmovidos, y yo fui el único que siguió pensando en la logística de nuestro escape.

—Tenemos que movernos pronto —le dije a Jed—. ¿Cómo llegaron aquí? ¿Tienen algún transporte?

—Ei, patrón. Vinimos en una carreta. Creo que la misma que ustedes dos se robaron.

—Esa misma —agregó Mrs. Greenwood, que cargaba a una soñolienta niña de unos cinco años, con listones rosas entretejidos entre su cabello oscuro. Daisy. La niña ya se parecía muchísimo a la difunta Elizabeth Greenwood, pero sus grandes ojos azules sugerían que cuando creciera sería incluso más hermosa.

Quizás era porque no había sentido más que miseria durante tanto tiempo, pero ver a aquella niña inocente, con la vida entera por delante y llena de posibilidades, me reconfortó el alma.

—Muy bien —dije—. Llévanos a la carreta. Mientras más pronto y más lejos nos vayamos, mejor.

Emprendimos la marcha, pero Oakley, Bardana y Mrs. Greenwood se quedaron atrás.

—¿Qué esperan? —les pregunté con impaciencia.

—Aquí nos quedamos —contestó Oakley, y Bardana asintió fervientemente.

—¿Qué dijiste?

—Ya tenemos a dónde ir. Será un nuevo comienzo para todas nosotras.

Estaba a punto de protestar, pero McGray me habló en un tono que no admitía objeciones:

—Déjalas ir, Frey. Ésta no es nuestra jurisdicción. ¿No te encanta decir eso?

Sin argumentos (o apoyo, o siquiera energía) no dije más.

Caminamos a través del bosque, en una procesión muy triste guiada por Jed y McGray, que compartían el peso del cadáver de Joel. Los seguían Caroline y Bertha, tomadas de las manos, y detrás estaba yo: Ian Frey, solo como siempre.

Miré hacia atrás sólo una vez, pero Mrs. Greenwood y las exbrujas ya se habían ido. Parecían haberse desvanecido en el aire, como si nunca hubiesen existido. El único rastro que dejaron fue el gato negro, sentado con aire arrogante sobre el tocón de un árbol. Sus ojos

amarillos nos observaban sin pestañear, asegurándose de que nos marcháramos de su territorio.

Epílogo

El jardín de Oakley estaba iluminado por las llamas trémulas de una pequeña hoguera, rodeada de lodo y tierra profanada. Habíamos arrancado todas las plantas sin misericordia: ningún bulbo, raíz o tallo se había salvado, y los habíamos apilado todos en medio del huerto.

No me había molestado en registrar las plantas. Bien podíamos estar quemando camotes y ñames congelados, pero no me arriesgaría. Lo último que deseaba era que viniera gente extraña a buscar ingredientes para pociones.

El oficial McNair seguía lanzando chorros de aceite al montón de plantas, pues el follaje había estado muy frío y húmedo. Ahora las hortalizas chisporroteaban y crepitaban, encogiéndose y arrugándose conforme las consumía el fuego. La imagen, como todos los fuegos, era hipnotizante, y al contemplarla me sentí como el rey Jaime I, cazando brujas y quemando todo aquello que no podía entender.

El destino de aquella casa era incierto. Elizabeth Greenwood no había escrito un testamento, y su hija, al igual que Oakley y Primorse, quizá no aparecerían jamás. Supuse que dentro de algunos meses la propiedad sería subastada.

Me acomodé las solapas de piel de castor, envolviéndome el cuello más apretadamente. Me había dado el gusto de comprarme un abrigo nuevo, y mientras entraba en calor y percibía los aromas de las hierbas quemadas, reflexioné sobre las penurias por las que había pasado.

Más que los horrores que había presenciado, me perturban los pequeños detalles, las rarezas que habían merodeado entre las sombras durante aquella renegrida semana.

No podía explicar cómo madame Katerina había predicho que alguien intentaría envenenarme; no sólo eso, sino que también había predicho el remedio que habría podido mitigar mis síntomas. También recordé sus palabras más ominosas, pronunciadas cuando tocó el garabato escrito por Amy: *Las más poderosas pueden convertirse en animales, o pájaros o bolas de fuego, y se esconden en todos los recovecos de la tierra. Cuídate mucho de ellas, muchacho.*

En algún momento Nueve Uñas me había fastidiado con su teoría

sobre Redfern; sobre cómo la vieja había escapado de la torre más alta en Lancaster, justo después de que el campanario había estallado en llamas. La habíamos seguido de cerca, habíamos visto el fuego, y después habíamos registrado cada rincón y superficie donde la bruja podría haberse ocultado. Recordé el instante en que ambos nos agazapamos, protegiéndonos las caras del fuego. Redfern bien podía haber usado esos segundos para escabullirse; sin embargo, no había manera de probarlo, y Nueve Uñas se aferraba a esa excusa.

Aunque nunca había creído que las brujas emplearan magia de verdad, no podía negar (o subestimar) el alcance de sus conocimientos: aquella sabiduría ancestral que poseían y que habían sabido mantener secreta durante siglos. No era probable que todo aquel conocimiento se extinguiese tras estos hechos. Las dos líderes de la organización habían muerto, y la sede principal de sus aquelarres había sido descubierta (sin mencionar que medio Cobden Hall había sido consumido por las llamas), pero sabía que era cuestión de tiempo para que se reagruparan. Y cuando lo hicieran quizá decidirían contraatacar con renovado esfuerzo.

Mis pensamientos sombríos fueron interrumpidos por el traqueteo de un carruaje. Vi que un coche de un asiento se había detenido frente al jardín, detrás de mi carruaje rentado. La portezuela se abrió y Nueve Uñas saltó a la nieve. Una de las cosas que aún lo mortificaban era la muerte de su querido caballo; nos encontrábamos en el mismo sitio donde Joel le había disparado, y hasta el momento McGray se había rehusado a comprar otro animal. Philippa, mi muy costosa yegua de Bavaria, había estado a punto de correr la misma suerte. Milagrosamente, el doctor Clouston la había salvado: la reconoció después de dejarnos en la estación Caledonia, mientras McGray y yo saltábamos a aquel infame tren. Mi pobre yegua había estado trotando sin rumbo, terriblemente asustada, en la avenida frente a la estación (Joel probablemente la había abandonado a su suerte). El musculoso enfermero, Tom, había logrado calmarla y llevarla a los establos del manicomio. Salté de júbilo cuando el fortachón llamó a la puerta de McGray para entregármela. Nueve Uñas, por otro lado, no pudo compartir mi dicha; sólo había gruñido y resoplado, con una expresión muy parecida a la que mostraba ahora.

Se acercó con pasos apesadumbrados, y sus gruesos hombros seguían tan encorvados como lo habían estado desde nuestro regreso. Al fin se había comprado un abrigo nuevo, pues el otro había sido usado para fingir su caída del techo de Cobden Hall. La nueva prenda era de un corte ridículo y una tela áspera y barata, pero había una gran mejora si se comparaba con el absurdo montón de costra

apolillada que se ponía antes. Si hubiera tenido manera de quitarle su viejo abrigo a aquel cadáver en el patio de Cobden Hall, aún seguiría usando la misma horrible prenda. Le había dicho aquello un par de veces, pero McGray no estaba de ánimo para bromas.

Nueve Uñas había quedado en un estado deplorable. Desgastado hasta el tuétano, no había dicho una sola palabra en nuestro trayecto de vuelta a Edimburgo, ni en las carretas ni en los trenes. Simplemente había permanecido con los ojos muy abiertos, observando los paisajes que dejábamos atrás.

Nos saludamos con un breve gesto de cabeza. Esperaba que me dijera algo, pero sólo permaneció a mi lado en silencio, contemplando también cómo se consumían las plantas. Con un escalofrío, pensé que su semblante ausente se asemejaba muchísimo al de su hermana.

Una parte de mí sentía lástima. Entendía mejor su desesperación, y cuán mortificante debía haber sido estar tan cerca de encontrar una respuesta o una cura para su hermana, sólo para que todas sus esperanzas se desmoronaran en un santiamén. Amy no había vuelto a hablar, a pesar de los mejores esfuerzos del doctor Clouston, y, con Joel muerto, se había esfumado cualquier prospecto de elucidar las causas de su misteriosa enfermedad.

—¿Fuiste al manicomio? —le pregunté. McGray asintió, pero tuve que presionarlo para que dijera algo—. ¿Encontraste todo en orden?

—Sin novedad —dijo, pateando unos tallos secos hacia el fuego—. No encontramos nada; ningún amuleto, o talismán, o más cebollas… Joel dijo que le había dejado protecciones. Tú estabas presente. ¡Eso fue lo que dijo!

Lancé un suspiro y hablé con todo el tacto posible:

—Sí, eso fue lo que dijo. Pero… estaba a punto de morir. Pudo haber estado delirando.

McGray se mordió el labio. Él también pensaba que era posible. Pude ver que era cada vez más consciente de la dura realidad, y saberlo lo estaba golpeando duro.

—Si tuvo que dejarle protección —murmuró después de una larga pausa—, es posible que las brujas sean responsables de la locura de Pensy.

Fruncí el entrecejo. También había considerado esa posibilidad, pero quería esperar a que McGray estuviese algo más recuperado antes de mencionarlo. Aunque había una pregunta que no podía esperar:

—¿Crees que las brujas vengan tras ella?

McGray se frotó la nuca y el cuello, visiblemente exhausto.

—No sé. Caléndula le dio la orden a Redfern, pero una está achicharrada y la otra ya debe estar bajo tierra. Pudieron haber

muerto antes de decírselo a alguien más.

No sonaba muy convencido, y yo tampoco lo estaba. Esa incertidumbre debía estar quemándolo por dentro. Una carga más sobre sus cansados hombros.

—Tal vez traiga a Pensy a la casa —dijo—, para que sólo mi gente de más confianza cuide de ella. Al menos por un tiempo.

Sabía que el doctor Clouston no lo permitiría, pero ése era otro asunto que no deseaba discutir por el momento.

—¿Hablaste con Campbell, Frey?

—Así es —respondí—. Una magistral pérdida de tiempo.

—Como siempre.

—Consiguió que le mandaran un reporte de la policía de Lancaster. Parece que legalmente el dueño de la bodega de las brujas era Pimblett, y ahora que está muerto será subastada. Registraron el lugar incluso antes de que tú y yo saliéramos de la ciudad, pero sólo confirmaron que no había más ocupantes. Después de eso lo "clausuraron". ¡Y esperaron cinco malditos días antes de dignarse a empezar un inventario de las mercancías! Oh, sorpresa: cuando volvieron, encontraron la bodega completamente vacía.

—¿Las brujas siguen ejerciendo influencia?

—Es muy probable. Sólo faltaba que les dieran la bienvenida a su vieja bodega con una alfombra roja, o que el alcalde les prestara un carruaje para llevarse sus mercancías. El viejo juez Spotson fue encontrado muerto apenas unos días después de nuestra visita. Una apoplejía, que no es algo raro en alguien de su edad…

—Pero sigue sonando bastante conveniente.

McNair ya estaba recogiendo su pala y su pico.

—Todo listo, inspectores.

—Buen trabajo, McNair —dijo Nueve Uñas—. Vete a casa, te vez muerto.

Y así lo hizo. El joven oficial había sudado profusamente al desenterrar las hortalizas; algunas raíces se habían extendido a casi un metro de profundidad.

—¿Viste a Lady Copas? —preguntó McGray.

—Sí. Estaba sola en su mansión y seguía bastante alterada. Dijo que miss Ardglass había salido en un largo viaje. La joven al parecer planea pasar la mayor parte de su tiempo en el continente, y Bertha será su chaperona.

—De seguro no quiere ni ver a la vieja borracha después de todo lo que ha hecho.

—Ésa es una razón, pero Caroline también teme, y con buena razón, que las brujas vengan por ella —sacudí la cabeza con

reprobación, pensando que la vida de Caroline comenzaba a guardar un perturbador parecido con la de su padre; como si la maldición se negara a morir—. Me temo que lo harán. Puede que esperen años (la paciencia parece ser su mejor virtud), pero sí, dudo mucho que dejen a miss Ardglass en paz. O a nosotros.

McGray levantó una mano, demasiado cansado para hablar de eso. Sin embargo, sí tenía otra pregunta.

—¿Le preguntaste a Campbell sobre el hijo del primer ministro?

Me reí con sarcasmo.

—Por supuesto. Incluso puse por escrito hasta el más mínimo detalle que logré recordar de su reunión con la vieja Caléndula. Lo anoté todo sobre papel carbón y le entregué una copia a Campbell… que el desdichado arrojó a su chimenea en mi presencia. Me dijo que no debía abrir una caja de Pandora.

McGray asintió.

—Típico de Campbell. Quiero la otra copia de tu reporte en mis archivos.

—¡Dios, qué halagado me siento! Mi contribución quedará inmortalizada en tus archivos de ocultismo.

Me dio la espalda, sin ánimos de responder a mi sarcasmo.

—Nomás deja el jodido reporte en mi escritorio.

Lo vi alejarse a paso lento, arrastrando las botas y exudando miseria, pero también despertando una chispa de ira en mí… y la causa me era más que clara.

Así como comprendía su tragedia, en lo más profundo de mí no podía perdonarlo. Nos había arrastrado a todos a peligros inimaginables, y de la manera más egoísta e irresponsable. Le había costado bastantes penurias, pero también a mí, y por un asunto en el que no tenía prácticamente nada qué ver. Ahora me encontraba en una posición tan delicada como el clan de los Ardglass: había sido parte integral de aquel duro golpe contra la cofradía de brujas, y como Oakley bien había dicho, esas arpías no perdonaban. McGray me había lanzado a su línea de fuego.

No me gusta patear a hombres caídos, y no mencionaría mi resentimiento en el futuro cercano, pero estaba seguro de que en algún momento saldría a relucir. Tarde o temprano estallaría contra Nueve Uñas, y sólo temía que sucediese en el peor de los momentos.

Mientras su coche se alejaba vi a un cuervo solitario planeando sobre los jardines. Volaba tan bajo que podía verle el plumaje agitado por el viento y sus ojos brillantes y escrutadores. En el antiguo folclor, ver a un cuervo era señal de mal agüero… Ahora sospechaba que quizá las mismas brujas habían instigado aquella superstición para

proteger a sus aves entrenadas.

Decidí que era momento de partir. Al respirar el aire limpio del campo también me deleité con el aroma de mi nueva agua de colonia y la calidez de mi ropa abrigadora. En los últimos días había apreciado como nunca la limpieza, el descanso, la buena comida y la buena bebida, y planeaba continuar así en las semanas venideras. Una vez en el carruaje, me acomodé en el asiento acolchado, saboreando ya el prospecto de un buen descanso en una cama cálida, la excelente comida de Joan y una buena copa de brandy. También recordé que debía visitar a Myles, que me había estado escribiendo casi a diario contándome sus avances en la orquestra del Teatro Lyceum. Quizá podría asistir a uno de sus ensayos; decía que estaban preparándose para una regia producción de Macbeth…

Sentí que me adormilaba, mientras los felices asuntos de la vida diaria comenzaban a colarse de nuevo en mis pensamientos. Me quedé dormido justo cuando el carruaje rodeaba la cumbre nevada y blanquísima del Trono de Arturo. Lo último que vi fue un hilo de luz asomándose por entre unas nubes amenazantes, como prometiendo una primavera agradable y tranquila. Incluso aquel desdichado invierno llegaría a su fin, y todos viviríamos para contarlo.

Qué pensamiento tan grato antes de dormir.

Nota del autor

Después de vivir dos años increíbles a corta distancia de Pendle Hill, que incluyeron el marzo más frío y nevado en cincuenta años, el tema de este libro no fue de extrañar.

Mucho se ha escrito (en inglés) sobre las brujas de Lancashire. En particular recomiendo el libro *The Lancashire Witches* de William Harrison Ainsworth, que narra en detalle los juicios de las brujas inglesas condenadas a la horca en el siglo xvii, cuando la mejor forma de congraciarse con el rey Jaime I era entregarle mujeres acusadas de hechicería. Las brujas que describo en este libro son una mezcla de esos hechos reales, aunque me tomé la libertad de agregar un toque de folclor latinoamericano y bastante de la química con la que me he topado entre la licenciatura y el doctorado.

El fuego siempre fue un elemento importante en la historia. Según mis difuntos abuelos, las brujas se aparecían en los caminos como bolas de fuego, y venían de noche para robarse a los niños. La gente decía que la mejor protección era llevar consigo cualquier objeto con forma de cruz; hasta unas tijeras abiertas.

Como los fuegos normales no me parecieron suficientemente espeluznantes, los experimentos de mis años de universidad resultaron muy útiles: las sales de cobre son muy usadas en pirotecnia y producen mi tono de verde favorito. Algunos textos del siglo xvii mencionan a brujas llevando antorchas de pino con llamas azules, que debían su color a una mezcla secreta de savias y aceites. Estas brujas también podrían haber usado metanol (llamado antiguamente alcohol de madera), que ya se utilizaba en el antiguo Egipto para embalsamar cuerpos.

Estas investigaciones inspiraron mi “código morse visual”, que en la época victoriana les habría permitido a las brujas conversar instantáneamente a grandes distancias.

Sólo mucho después de establecer que mis brujas usarían estos métodos de comunicación, y mientras buscaba nombres reales para su destacada clientela, me encontré con la biografía de lord William Cecil. Era el segundo hijo del entonces primer ministro, Robert Gascoyne-Cecil, pero, contrario a su padre, llevaba una vida mucho

más tranquila como párroco anglicano. Sin embargo, sus excentricidades eran muy bien conocidas: muchos de sus invitados llegaron a verlo aventando sales de cobre a su chimenea, argumentando que sólo lo hacía porque le gustaba el color de las llamas. ¡No pude creer aquella coincidencia! Lo que es más: el hijo mayor de lord William, bautizado Randle William (a los párrocos anglicanos sí se les permite casarse), habría sido concebido apenas dos meses después de los sucesos de esta novela. Randle y dos de sus hermanos menores habrían de morir muy jóvenes durante la Primera Guerra Mundial.

El amuleto del colibrí, aunque enteramente ficticio, fue muy entretenido de crear. Los colibrís son aves sagradas en la mitología azteca, pero en esta historia el ave habría sido utilizada como un mero medio de transporte: el plumaje tan fino fácilmente podría impregnarse con esporas alucinógenas (como lo menciona Frey, las posibilidades son incontables, pues hay miles de especies de "hongos mágicos" bien distribuidas por todo el mundo). Estas esporas se liberarían a través de la ropa para ser inhaladas cada vez que la víctima se moviera. En mi imaginación el trozo de cactácea era peyote, como otro guiño a la mitología mexicana. El mercado negro de las brujas les habría permitido abastecerse de estos y otros ingredientes exóticos, poco conocidos en Europa en aquellos tiempos. También insinué que el colibrí estaba impregnado con sales de mercurio (que habría producido los destellos rojos que Frey ve en el fuego); estas sales pueden inhalarse o ser absorbidas a través de la piel, y explicarían varios de los síntomas de McGray, como visión borrosa, letargo y debilidad, y tras una exposición prolongada lo habrían matado.

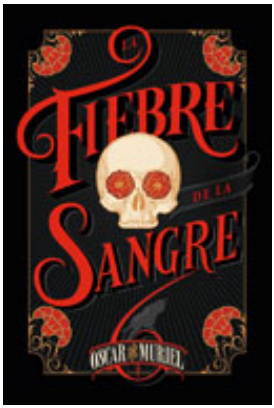
El código o "grimorio" me fue mencionado por practicantes de Wicca cuyos nombres no estoy autorizado a revelar, y aunque no encontré referencias de su existencia en la literatura, la idea tiene mucho sentido. La palabra *grimoire* sólo comenzó a asociarse con magia negra cuando las cacerías de brujas estaban en su punto máximo, y poseer o transmitir aquel conocimiento era potencialmente peligroso. En francés, idioma del que se deriva el término, *grimoire* significa enigma o acertijo.

Los contenidos escatológicos de la botella de las brujas y su uso como protección para el hogar los copié textuales de un escrito medieval (aunque no recomiendo para nada su aplicación).

La botella explosiva fue inspirada por las "brujitas" con las que jugaba en mi niñez, antes de que la muy legítima preocupación por la seguridad infantil nos quitara esos momentos de adrenalina y

diversión.

Finalmente, la flor de caléndula, en latín *targetes erecta*, en inglés *marigold* (popular como nombre propio en Inglaterra hasta principios del siglo XX), es mejor conocida en México como el cempasúchil, la flor de los muertos.



AÑO NUEVO, 1889. UN PACIENTE HA ESCAPADO DEL MANICOMIO DE EDIMBURGO, MIENTRAS UNA ENFERMERA YACE MORIBUNDA.

La investigación es encabezada por los inspectores Nueve Uñas McGray (extravagante leyenda local) e Ian Frey (londinense arrogante en exilio).

Antes del asesinato, el sospechoso fue escuchado conversando con otro paciente: una joven que hasta esa noche no había hablado en años. ¿Qué la hizo romper su silencio? ¿Y por qué no habla de nuevo? ¿Serán ciertos los rumores de magia negra en el manicomio?

Frey y McGray le siguen la pista al misterioso asesino, en una cacería que los llevará de Escocia al norte de Inglaterra, durante la peor tormenta de nieve de la que se tenga memoria. Las pistas apuntan a las faldas de Pendle Hill, hogar de las legendarias brujas de Lancashire, donde aguardan peligros inimaginables.

Oscar de Muriel nació en la Ciudad de México. Es doctor en Ingeniería Química, escritor, violinista y traductor. La sonata del diablo, su novela debut y primera en la serie de Frey & McGray, fue publicada inicialmente en el Reino Unido y ya ha sido traducida a cinco idiomas.

Actualmente divide su tiempo entre México y el norte de Inglaterra.

La fiebre de la sangre
Título original: *A Fever of the Blood* Primera edición digital en México: julio de 2018

D.R. © 2016, Oscar de Muriel

Publicado originalmente en lengua inglesa en Gran Bretaña por Penguin Books Ltd, London D. R. © 2018, de la presente edición en castellano para América Latina:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso, colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520, Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D.R. © 2018, Oscar de Muriel, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.
Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx) ISBN: 978-607-317-111-3

Penguin Random House Grupo Editorial

/megustaleermexico @megustaleermex

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación

Índice

La fiebre de la sangre
1624
1882
1883
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32

33
34
35
36
37
38
39
40
41
Epílogo
Nota del autor
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos